

PEDRO BOSCH-GIMPERA

El Poblamiento y la Formación de los Pueblos de España



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

PEDRO BOSCH - GIMPERA

**EL POBLAMIENTO
ANTIGUO
Y LA FORMACIÓN
DE LOS PUEBLOS
DE ESPAÑA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1995



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Primera edición: 1945
Segunda edición: 1995

DR © 1995, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-4439-2



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

**IOSEPHINAE
IN FORTUNA ET ADVERSITATE
UXORI DULCISSIMAE
SACRUM**



PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Se me ha concedido el honor de prologar la reedición de una de las obras fundamentales de don Pedro Bosch-Gimpera bajo el supuesto de ser, o haber sido, su discípulo, lo cual acepto con temor, pues don Pedro era inalcanzable, único.

Tan difícil y grave tarea sólo puede ser parcial y no ir más allá de dar a conocer algo semejante a una biografía, en parte con datos ajenos, algunas menciones de hechos más o menos conocidos y, claro está, con lo que de don Pedro me he quedado íntimamente.

Fuente informativa al respecto es la que hace poco tiempo, en 1993, aportó Teresa Bosch Romeu, quien presentó una tesis para obtener la Licenciatura en Historia del Arte titulada Pedro Bosch-Gimpera: la contribución humanista de un científico. Una primera parte de este trabajo la dedica a los datos biográficos, divididos en tres fases: 1891-1934: la familia, la formación académica, primera etapa de su vida científica; 1931-1939: su actividad universitaria social y política en Cataluña; 1939-1974: el exilio, segunda etapa de su vida científica. Una segunda parte de la obra está totalmente integrada por la trayectoria de don Pedro en México y la tercera más bien incluye las conclusiones que conforman la tesis.

De la segunda parte atraen la atención las catorce entrevistas que la autora hizo a quienes pensó que habían tenido algo que ver con don Pedro. De estas entrevistas, once se hicieron a quienes fueran sus estudiantes, la de Adela Ramón, quien además de estu-



dante fue secretaria y bibliotecaria en Barcelona del Museo Arqueológico con don Pedro y entonces empezó a cursar la carrera de Arqueología, carrera que terminó en la ENAH, más la que se le hizo a Carlos, hijo de Bosch-Gimpera. También la de un colega argentino, Juan Schobinger, discípulo de Osvaldo Menghin.

Lo dicho por los ex-estudiantes entrevistados tiene la variante interna y real de expresar, en la mayor parte de los casos, lo que suponen acerca de don Pedro, pues con él por lo general no tuvieron mayor relación que la obligatoria de atender a sus clases; algunos pudieron profundizar ese trato en los seminarios de doctorado, al menos en un tiempo, cuando los doctorandos éramos muy pocos; sin embargo, en todos está presente el reconocimiento de su calidad humana.

También aporta datos sobre don Pedro la sistemática y completa bio-bibliografía que Juan Comas hizo para el volumen que el INAH publicó en 1973 con motivo del septuagésimo aniversario de don Pedro. En la división temática de esta obra es aparente la diversidad de intereses de Bosch-Gimpera y se pone de relieve la capacidad del entonces homenajeadó. La sección I corresponde a publicaciones de carácter general (Prehistoria, Antigüedad, etcétera); la II a Prehistoria del Occidente de Europa y del Mediterráneo y sus relaciones; la III a Arqueología y Etnología de la Península Ibérica, producción tan abundante que tuvo que dividirse en: a) generales, b) Paleolítico y arte rupestre, c) Neo-eneolítico; la IV corresponde a colonizaciones fenicia y griega de España. España romana; la V sobre actividad arqueológica: museos, congresos, etcétera; la VI a ensayos, etcétera, sobre cuestiones históricas referidas especialmente a España; la VII a cronología de investigaciones, comentarios; la VIII a problemas universitarios; la IX a Prehistoria y Protohistoria americanas; la X a traducciones, y la XI a recensiones.

En 1976, la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Investigaciones Antropológicas —en aquellas fechas bajo la dirección del doctor Jaime Litvak—, publicó un



libro titulado In memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974, en el cual se reunieron varias aportaciones, entre ellas la útil bibliografía ya citada que preparó Juan Comas y artículos de algunos de los muchos estudiosos que mantuvieron algún género de relación con don Pedro.

Son de importancia, a mi modo de ver, sin que esto disminuya la calidad de las otras aportaciones, los trabajos que representan lo que en alguno de ellos se menciona como la "Escuela de Barcelona" en el ámbito arqueológico y que se atribuye al recordado Bosch-Gimpera. Ahora bien, el que Barcelona haya sido la sede física de todo un movimiento, el de restauración del ser histórico catalán, es un accidente geográfico. No, don Pedro era catalán, al igual que la escuela a la que dio inicio, en la que se comenzaba por los orígenes peninsulares, ya con sus peculiaridades territoriales y culturales, las que desde tiempos históricos dieran lugar a las existentes diferencias regionales. Originó, mantuvo (y se mantiene) la indudable "Escuela Catalana de Arqueología".

Otros documentos que juzgo importantes, como sus Memorias, publicadas en Barcelona en 1980 por Ediciones 82, y la entrevista que le hizo en París, en 1971, Baltasar Porcel, no los he podido consultar, pero pienso lo fueron con amplitud en el trabajo de Bosch Romeu citado.

Hace 20 años, el 9 de octubre de 1974, murió en la ciudad de México Pere Bosch i Gimpera, nacido en Barcelona el 22 de marzo de 1891.

Hace 50 años se publicó por la Universidad Nacional Autónoma de México su obra El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España, trabajo que totaliza 336 páginas de texto, 15 de addenda y corrigenda, 71 láminas, 12 mapas y el índice de materias, éste de 65 páginas.

Muy del autor las numerosas addenda y corrigenda y la amplitud de éstas, por lo general debidas a la tardanza en editar sus originales, lo que causaba la necesidad de incorporar datos recientes, necesarios, pues el autor se mantenía muy al tanto de las novedades en lo relativo a sus estudios.



Los originales que aquí en México daba para que las secretarías los transcribiesen y que alcancé a ver se caracterizaban por lo que llamaremos indulgentemente disparidad de formato, ya que se componían de páginas, originalmente de tamaño carta, a las que añadía fragmentos recortados y pegados que podían alcanzar casi medio metro. Alguna vez me dijo que él escribía con pegamento y tijeras.

El que ahora aparece fue un libro fundamentado en otro de 1932, Etnología de la Península Ibérica, del que, en la Introducción que hace a la obra que se comenta, dice: "Desde nuestra Etnología, publicada en 1932, se hacía necesario revisar muchas de nuestras conclusiones."

Mi relación con don Pedro comenzó a partir de la fecha en la que entré como alumno en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1945, y prosiguió hasta la de su fallecimiento en 1974. Maestro y amigo, maestro más en su forma de hacer la vida que en la cátedra y amigo en la relación que podía existir entre un alumno y el profesor con tal disparidad de edad y conocimientos, si bien en este aspecto había un campo de común interés, la Prehistoria, aunque por ésta en México se entienda tan sólo lo que en el resto del mundo se llama Paleolítico y, en cuanto a la visión generalizadora de don Pedro, el Paleolítico era de menor importancia que sus grandes amores, el vaso campaniforme y la Edad del Bronce.

Desde luego y como se demuestra en otra obra monumental, su Historia de Oriente, publicada en 1926-1928 en Barcelona y ampliada en Guatemala en 1947-1951, don Pedro manejó con soltura las arqueologías de varios continentes, sobre todo de Europa y Asia y, desde luego, la del área mediterránea como su mayor interés.

De lo de América, quizá su tardío interés en el tema, unido a su claro sentir difusionista heredado de su formación básica en Alemania, le condujo a establecer relaciones extracontinentales desde fechas muy antiguas, con lo cual, y por ciertas semejanzas en la



tipología del instrumental lítico, enunció un poblamiento inicial del continente decenas de miles de años antes de lo que, en aquellos tiempos, se admitía y, curiosamente, ahora se da por asentado en cuanto a las fechas.

Es importante, creo yo, señalar con claridad que don Pedro fue siempre don Pedro, esto es, jamás nadie le llamó maestro o profesor, salvo, puede ser, quienes no lo habían tratado. Era todo un señor, inclusive para aquellos que no entendían su muy superior calidad humana.

Los estudios los inició en la Escuela Poliglota de Barcelona, donde cursó toda la primaria y el primer año de bachillerato, que continuó en un instituto de enseñanza pública, el actualmente llamado Jaime Balmes; entonces comenzó a aprender francés en la Alianza Francesa local.

Se inscribió, una vez terminado el bachillerato, en las facultades de Filosofía y Letras y en la de Derecho, de la Universidad de Barcelona, alcanzando la licenciatura en ambas; la primera, que consideraba como ornamento cultural, y la segunda como fundamento económico. Llegó a ejercer algún tiempo como abogado.

Inmediatamente obtenidos ambos títulos se dirigió a Madrid, a la Universidad Central, para hacer allí los doctorados correspondientes, siendo el de Letras sobre la traducción y estudio de los poemas de Baquílides de Ceos en 1911, y el de Derecho sobre las relaciones de los estados griegos y el derecho de la guerra helénica, que no llegó a presentar públicamente, pues los sinodales tuvieron prisa por irse de vacaciones y, como su interés estaba centrado en lo correspondiente a Letras, no se preocupó por completar oficialmente su doctorado en Derecho.

En el mismo año, 1911, se fue becado a Alemania, orientándose primero hacia la helénica, luego a la Arqueología en Prehistoria e Historia Antigua. Pasó en Alemania dos ciclos académicos —1911-1912 y 1913-1914— y entre ambos hizo su licenciatura en Historia en la Universidad de Madrid, a la que siguió, en 1915, la tesis doctoral en Historia, ahora sobre la cerámica ibérica.



Desde su segundo año académico en Alemania empezó a manejar la Etnología Prehistórica con Kossina, de donde proviene su relación teórica con los kultur kreise. Su estancia alemana le facilitó establecer relaciones profesionales por toda Europa, las que lo llevaron a concebir que la prehistoria de España, tal como entonces se entendía, no debía consistir en estudiar las piedras únicamente, sino llevarla a una verdadera historia. Se había transformado en un arqueólogo-historiador, algo que entonces era inexistente en la península Ibérica, claramente expresado en la entrevista que le hicieron en 1971, en la que señaló que en aquellas fechas trataba de hacer un intento de sistematizar la evolución prehistórica, dándole un sentido histórico a partir del Neolítico, por lo que también ordenó el francés, identificando a los pueblos primitivos de España con los pueblos que los autores de la Antigüedad nos hacen conocer y así relacionarlos con los del resto de Europa, manejando tanto los vestigios arqueológicos como los índices históricos y sus raíces filológicas.

Sus maestros en Alemania fueron Wilamowitz, Frickenhaus, Loeschke, Rodenwalt, también Schmidt, Delitzsch, Regling y Meyer, los últimos respectivamente de Prehistoria, Mesopotamia, Numismática e Historia Antigua, lo que le dio las bases para su Historia de Oriente en 1926.

A partir de 1915 inició su carrera académica en el campo oficial, primero como director de Servicios de Investigación del Instituto de Estudios Catalán, el que, en 1933, tras el advenimiento de la República, pasó a ser el Servicio Oficial de la Generalitat de Catalunya. Ganó la cátedra de Historia Antigua y Medioeval de la Universidad de Barcelona en 1916 y creó entonces en ella el Seminario de Prehistoria, sobre el patrón establecido en las universidades alemanas.

Pienso que en ese momento se originó lo que se puede, y se debe llamar, la Escuela Catalana de Prehistoria, de tal calibre en un tiempo que alcanzó a resistir, con éxito, la estultez académica que el franquismo estableció durante su imperio, hasta el punto de



que los prehistoriadores allí formados llegaron a ocupar gran parte de las cátedras de Arqueología que se conseguían por oposiciones, salvo, claro está, las más jugosas, destinadas a los hijos o ayudantes de los prehistoriadores favorecidos por el régimen, sobre todo los de Madrid, desde donde los capitolos del aspecto cultural del Estado manejaban la Arqueología, entre otras muchas cosas, normándose por aquello de "España, una, grande, etcétera".

Don Pedro siempre trató de que en Barcelona se creara un Museo de Arqueología, lo que consiguió en el papel en 1931 y en la realidad hasta 1934. En Montjuic, cerro que forma parte de la ciudad, se inauguró en 1934 ese Museo, al que se incorporaron los Servicios de Excavaciones y los de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, obteniéndose la integración de la arqueología catalana.

La lucha creativa, insistente, conducida a lo largo de años, buscando plasmar el sentido histórico de la arqueología, fue su guía tanto desde el punto de vista de la integración cultural de la península, de donde surgió su obra de 1932: Etnología de la Península Ibérica, como el sentido catalanista, demostrado en múltiples publicaciones en su vernáculo catalán, que parece manejó con galanura.

La labor creativa de don Pedro pudo plasmarse con la llegada de la República en 1931, a lo que se unió pronto la Autonomía de Cataluña, la Generalitat, como se ha señalado. Habiendo establecido la realidad de la pluralidad cultural peninsular sobre bases inobjetables, era obligatorio que, en el reconocimiento de esa pluralidad, tuviese los elementos para entender la caracterización de lo catalán, sin negar por ello la relación del conjunto, parte del hecho ibérico, el de mayor profundidad histórica.

En 1917 se había matrimoniado con Josefina García, dama sevillana, que conoció en Madrid, con la que procreó sus tres hijos: Pedro, Carlos y Trini. La dedicatoria que hace a la obra que prologamos es demostrativa de algo que se mantenía tras 27 años de matrimonio: "Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum", y que duró hasta su muerte.



Parte importante en la actividad de don Pedro fue siempre la política, pues se consideraba habitante del mundo, español y catalán, por ese orden; y hay que aceptar que, ante algunas situaciones, el orden se invertía y, para ello, no hay más que revisar su bibliografía primero y, luego, su participación oficial en la República española y en la Generalitat catalana.

Pese a lo meticuloso de la bibliografía del doctor Juan Comas, en ella no se incluyen en la parte VI, la de ensayos, etcétera, los artículos de carácter político, sobre todo los que publicó en México (en su mayoría a partir de 1940, los años del exilio). La inclusión de tan importante actividad debió hacerse, además, en capítulo aparte.

Su participación en la República española en el campo académico fue de 1931 a 1933 como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y, de 1933 al final de la Guerra Civil, 1939, como rector, habiendo participado en su conversión en autónoma. Su rectorado significó, a pesar de las dificultades de la guerra, hacer de la universidad catalana uno de los centros de investigación de importancia y el de mayor esplendor en su tiempo.

Lo anterior señala la actividad académica; pero, como hombre comprometido con sus ideas, Bosch-Gimpera aceptó el nombramiento de Conseller de Justicia en el gobierno catalán como representante de su partido, Acción Republicana de Cataluña, a raíz de las modificaciones en la estructura del gobierno de la Generalitat que se produjeron por los hechos de mayo de 1937. Posición difícil ésta debido a que la pérdida de poder del sector anarcosindicalista y su aliado de supuesta caracterización troskista, el POUM, puso en las manos de los sectores republicano, socialista y comunista el manejo de, por ejemplo, la Justicia de la Generalitat, con lo que don Pedro se vio en un difícil equilibrio, como el que supuso mantener el culto religioso rescatándolo de la clandestinidad, normalizar la administración de justicia y, también, la preservación del patrimonio artístico.



En febrero de 1939 salió definitivamente para Francia, habiendo ayudado intensamente a la evacuación de intelectuales que, por el simple hecho de serlo, el franquismo los consideraba enemigos.

Pasó a Gran Bretaña, invitado por la Universidad de Oxford, para dar unas conferencias como huésped de la John Rybs Memorial Lectures de la British Academy, sobre arqueología céltica. En la Universidad de Edimbourg, invitado por Vere Gordon Childe, tomó parte como conferencista en la Society of Antiquaries de Londres y participó en la reunión anual de la British Speleological Association, al igual que en el Congreso de aquel año de la British Association for the Advancement of Sciences.

Estuvo en Colombia, primero, y en Panamá, después, dando conferencias en ambos lugares, hasta que, en 1941, llegó a México, donde reorganizó su vida familiar y académica.

Legalmente mexicano desde 1942, como tal representó a México en numerosísimas reuniones internacionales. Pedro Bosch-Gimpera, al adoptar la nacionalidad mexicana asumió el serlo, y jamás, en las varias veces que coincidimos en reuniones internacionales, dejó de representar a su país de adopción y lo honró como a tal.

En él, como en otros muchos de su edad, el concepto de "trans-terrados" pudo ser aceptado, pero la realidad es que el creador de tal concepto, José Gaos, empezaba a ser alguien cuando imaginó el concepto; don Pedro ya era él en aquel entonces y llevaba con él todo el mundo.

Tan pronto como llegó comenzó a dar clases, primero en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la ENAH, y en el México City College (luego Universidad de las Américas) después, sin duda debido al gran apoyo que siempre le dio don Pablo Martínez del Río, personaje muy interesante en la llamada Prehistoria mexicana y, sobre todo en la americana, pues a él le debemos la primera obra documentada publicada en español y en México sobre el poblamiento de América.

También dio cursos en Guatemala, entre 1945 y 1947, en don-



de fue distinguido en 1954 como profesor honorario, fundador de la Facultad de Humanidades en aquella Universidad de San Carlos, y dejó para ser publicada allí su Historia de Oriente.

Conferencista en varias instituciones de la ciudad de México y también en las universidades de Guadalajara, Monterrey y Saltillo, a las que unió las de El Salvador y La Habana.

Nombrado jefe de la División de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNESCO, en 1948, permaneció en ese cargo hasta 1952.

Al regresar a México, prosiguió sus cursos en la ENAH y la UNAM lo nombró investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas, que en aquellas fechas disponía de una Sección de Antropología, de gran calidad internacional, debida a la presencia de valores tales como don Pedro, Morrish Swadesh y Paul Kirchhoff. También había otros investigadores.

En 1967 la UNAM lo distinguió como investigador y profesor emérito del Instituto de Investigaciones Históricas, y más tarde del de Investigaciones Antropológicas, cuando la Sección de Antropología alcanzó existencia propia como instituto de investigaciones.

Viajero impenitente, asistió a múltiples congresos, simposios, seminarios o reuniones, siempre y cuando el tema o los temas le atañeran, y siempre como representante de México.

De acuerdo con su bibliografía, su etapa mexicana parece haber sido la más productiva. Algo comprensible, pues, alejado de compromisos políticos, para él ineludibles en un tiempo, dispuso después de todo del que sus intereses académicos requerían.

En el aula, don Pedro era una calamidad, aunque quizá nos quedaba grande, pues la magnitud de sus conocimientos lo llevaba a digresiones de varios días, saliéndose de lo específico del tema, ya que encontraba una serie de correlaciones que los alumnos, al fin y al cabo de maestría, no podíamos seguir con el carácter global que él manejaba.

En ciertos momentos daba clases exclusivamente para eruditos, sin que lo fuéramos; sin embargo, en los seminarios de doctora-



do, con mejor formación por parte de los doctorandos y, sobre todo, en pequeño número, se establecía una relación continua en la que se podía valorar no sólo la reconocida amplitud de conocimiento, sino también, y era lo más importante, el criterio en el modo de manejar la información, a pesar de la firme creencia que tenía sobre la imposibilidad de que alguien pudiera falsear tal cosa.

Parte de la dificultad de sus cursos era que partía del principio de que todos los alumnos éramos políglotas como él, por lo cual sus bibliografías incorporaban indistintamente el alemán, el inglés, el francés o el italiano, sin evitar algunas otras en latín o griego; es cierto que éstas últimas sólo como referencia secundaria. A lo anterior se unía lo que llamábamos las "sábanas" de don Pedro, enormes cuadros de correlaciones culturales basadas en las glaciaciones que conformaba pegando grandes hojas de papel cuadriculado en el que los estadiales, los tiempos de avance del hielo, se coloreaban de azul y los interestadiales, los retrocesos de los hielos, de rojo. Malamente unidas las hojas, las desplegaba en aquellas clases en las que su presencia era fundamento del tema, pues las alteraciones climáticas se unían a los desarrollos culturales y, sobre todo, a las expansiones de esos procesos, generándose algunas confusiones cuando las partes componentes se despegaban fragmentándose el conjunto, que era de algunos metros cuadrados.

Su formación unía el concepto geográfico al cultural en una línea que, después, en la ENAH nadie ha podido seguir, salvo en lo que llaman ecología; hubo un tiempo en el que mediante el curso de Antropogeografía se cubría, con mayor amplitud y realidad, el entorno del hombre a través del tiempo.

Sus famosas "sábanas" presentaban serios problemas de relación pues no todos los autores estaban de acuerdo en las fechas y, como don Pedro era incapaz de pensar que había quienes adulterasen los datos, se veía en dudas ante las informaciones opuestas que leía. Esta perplejidad era lógica en este caso, pues se trataba de un aspecto de la Prehistoria que, a pesar de que lo conocía, no era



campo en el que mejor se moviese. Para don Pedro el error de ciertas fechas podía existir, como él lo reconocía en algunos de sus escritos ante las nuevas informaciones, pero la adulteración se le hacía inconcebible.

Al igual, con amplitud de criterio y generosidad, perdonaba la ignorancia demostrada. Respecto de ello recuerdo que, habiendo sido sinodal de varios exámenes profesionales de maestría, junto con él, en algunos casos, al escuchar las pobres respuestas del sustentante, y, por haber leído y anotado la tesis, con suavidad dibujaba en la hoja en que llevaba sus notas un pez, que no era el símbolo de los primeros cristianos, sino la expresión española de "esta pez", denotativa de ignorancia completa. Esto no llevaba a negarle al incapaz la aprobación, porque en ese sentido era de una magnanimidad total, posiblemente algo calculado, pues alguna vez que le pregunté acerca de esa lenidad me contestó diciendo que en el camino profesional se establecería la diferencia.

No se imaginaba lo que años después sucedería cuando parte de aquellos tontos llegasen a ocupar lugares altos en la arqueología mexicana, aunque la mayor parte de los que ahora la manejan no pasaron por sus clases, pero han sido alumnos de los "peces". Es muy importante señalar que, con la desaparición de don Pedro y algunos otros profesionales de la arqueología, en la formación de los arqueólogos mexicanos se ha perdido la proporción entre lo local y lo mundial, o sea, la necesaria correlación comparativa, ausencia que mantiene el musical folklorismo del "como México no hay dos", olvidando que como cualquier país tampoco hay otro igual y que lo que en verdad existe y hay que tener en cuenta es cierta relación, por un lado, y similitud de patrones culturales, por otro, producto de la inevitable repetición que el desarrollo cultural del grupo humano alcanza en situaciones semejantes, independientemente de su temporalidad, matizadas claro está, por condicionamientos mediales específicos.

Lo anterior significa que en la ENAH se formó, con don Pedro entre otros, una serie de generaciones que pudieron obtener la ne-



cesaria visión de un pasado mundial, si no compartido, cuando menos con semejanzas y, con ello, una forma de entender la humanidad. La pobreza intelectual posterior de la ENAH impide tal visión mayor, sin que esto conlleve la repetición de un don Pedro como profesor, algo en verdad imposible, pero que se debiera haber intentado parcialmente al menos.

Su personalidad encajaba con la del profesor distraído de tanta literatura y, desde luego, lo era; recuerdo y recordaré siempre un caso concreto, pues lo contemplé. Llegó don Pedro a la que por muchos años fue sede de la ENAH, en los altos del ahora Museo de las Culturas, cuatro salones, sin otra ventilación que la de la puerta, y un salón más grande, el "aula magna", en el que se celebraban los cursos del primer semestre, durante cierto tiempo necesario debido a la afluencia de mucha gente, sobre todo de "cultas damas" que querían escuchar las conferencias maestras de Alfonso Caso.

Había entonces un solo empleado, bedel en la vieja nomenclatura, el inolvidable don Gabino (la curiosa cortestía mexicana de origen colonial mantiene el don para los varones en cualquier clase social). Un día don Pedro apareció, como siempre, con su enorme maletín lleno de libros y se metió en una de las aulas, ya ocupada por estudiantes, por lo cual se aposentó y comenzó con lo suyo. Algún osado muchacho le hizo saber que ellos, los allí sentados, esperaban recibir clase con otro maestro, al que le tocaba aquella aula aquel día, en aquella hora. Don Pedro preguntó a don Gabino, quien le dijo que era martes y no miércoles, por lo cual la clase de don Pedro no correspondía a esa fecha, lo que fue aceptado sin la menor protesta, salvo un gesto de sorpresa.

En sus cursos, a los que llevaba libros cuyas láminas pensaba proyectar, era frecuente que, en el episcopio, la permanencia de la misma ilustración por demasiados minutos hiciera que se quemase, o bien que, para facilitar la proyección, arrancase del libro la página necesaria.

En ese sentido, el de los libros, no era extraño que se dirigiera a



uno preguntándole, no pidiéndole, si tenía tal o cual ejemplar suyo. Me tocó alguna vez hacerle saber que sí, que me había prestado tal libro, pero que hacía tantos años lo había devuelto. También confieso que me quedé con uno suyo, quizá por no haberme lo pedido.

Un aspecto de sus únicas características era la manera de conducir el automóvil; gentilmente, como era su forma de ser, se ofrecía a sacarnos de la Universidad en ciertas ocasiones para participar en alguna reunión académica fuera del ámbito universitario. Nos subíamos a su vehículo y comenzaba un trayecto lleno de momentos angustiosos, pues el conductor, él, prestaba la mínima atención a lo que pasaba en la ruta que seguía ya que su interés era mantener la conversación con quienes habíamos tenido el atrevimiento de ser conducidos. Normalmente manejaba con una sola mano, la izquierda, pues la otra la dedicaba a accionar sobre lo que hablaba, volteando algunas veces para ampliar algún punto a los aterrorizados viajantes, abandonando por completo el volante para dirigirse a sus interlocutores. Aceptar la invitación de don Pedro era todo un riesgo, pero uno no se podía resistir, sobre todo con el fundamento de que Dios protege a la inocencia y, desde luego, en cuanto a manejar un vehículo él era un peligroso inocente. Más tarde sus hijos, en sus últimos años, le pusieron un chofer.

Curioso es que su indiferencia acerca del hecho mecanicista de manejar un vehículo terrestre de cuyo funcionamiento, como proceso técnico, jamás tuvo la menor idea ni buscó tenerla, se unía al desinterés en otros procedimientos científicos, como los fechamientos mediante el Carbono 14.

La in-memoria de don Pedro era algo muy sabido, aunque en realidad era una absoluta despreocupación de ciertos hechos materiales, considerados existentes, desde luego, pero sin mayor trascendencia.

En el tiempo en el que estuvo en la UNESCO como jefe de la División de Filosofía y Humanidades, de 1948 a 1952, vivió algo



sumamente curioso. En la entonces naciente organización ya se marcaba su profunda rémora burocrática, que más tarde conocí personalmente. Recuerdo los problemas que a ese respecto don Pedro alguna vez me comentó sobre las copias de los documentos que desde su puesto tenía que hacer, pues para ciertas cosas eran necesarias tres, para otras siete, con lo cual y tomando en cuenta sus frecuentes errores, considerados protocolariamente graves, mandaba hacer cuando menos ocho, cuyo destino, me dijo, no dependía de él, sino de los burócratas institucionales.

El cariñoso desprecio que don Pedro mantuvo respecto de todo lo protocolario y oficialesco se fundamentaba en la obvia inutilidad de tales procedimientos: El tiempo que pasó en altos puestos oficiales lo vacunó contra sistemas en los que su vocación científica, política, catalanista y republicana no permitía la inhibición.

De aquella estancia en la UNESCO guardo algunas cartas, pues mantuvimos cierta correspondencia, cartas que él, como lo que en su formación original era lo correcto entre amistades, escribía a mano, no en máquina de escribir, insultante degradación de las formas que entre amistades se deben guardar. Yo, con mi ausencia de sindéresis, le escribía a máquina, y creo que todo lo que le comunicaba podía ser entendido, pero la alrevesada escritura de don Pedro hacía que cada carta recibida tomase algún tiempo en descifrarla; conseguí bastante pero, en ciertos casos, no pude lograr la comprensión completa; había algunas frases de las difíciles que, por lo que precedía y continuaba, podían ser entendidas, otras no.

Cuando don Pedro regresó a México, en alguna visita a su biblioteca, su centro de trabajo, le llevé dos o tres de aquellas incógnitas y, tras un análisis fácil en algunas partes, en otras llegó a la conclusión de que había frases de las que no tenía ni la menor idea de qué es lo que había querido decir. Este vuela-pluma escrito tenía su parte en lo verbal, pues me acuerdo que, en aquel Congreso de la UISPP en Hamburgo, hablando con algún colega alemán, yo que en esas fechas algo entendía de su idioma, me di



cuenta de errores en algunas declinaciones. Con gran humildad, más bien sorpresa, se lo hice notar, siendo su respuesta, simple, directa y carente de posibles remordimientos, que los alemanes también manejaban mal sus declinaciones.

Desde luego, su poliglotismo era bastante independiente respecto de lo gramatical, sin que ello fuese impedimento alguno por cuanto a su relación con colegas en otras lenguas.

Gozaba de un magnífico apetito y se recreaba en él. Dicen, pero eso no lo sé, pues no participé en ello, que a veces, cuando tenía algún compromiso social, los que siempre eran en relación con el aspecto académico, invitaba a las personas del caso a un restaurant que existió en Tlalpan, llamado "Las Barracas", en el que se hacía, entre otras cosas, una muy buena paella, que se comía como entremés, y luego daba comienzo a la comida. Lo creo posible, aunque me parece que sólo él sería quien hiciese honores a la segunda parte.

Su cercanía a Pantagrúel la contemplé en dos ocasiones: la primera fue cuando, con motivo del Congreso de la UISPP, que se celebró en Roma, en el verano de 1962, los prehistoriadores catalanes, abundantes y encabezados por don Luis Pericot, quien había sido su discípulo, pues era nacido en 1899, unos ocho años más chico, organizaron en una "trattoria" una cena en honor de quien fuera el creador de los estudios de la Prehistoria española. También fui invitado.

Era el mes de agosto y en Roma el calor es en ese tiempo fuerte, por lo cual don Pedro desde el primer día apareció con policromas camisas acapulqueñas, llevadas por fuera del pantalón, algo entonces increíble en Europa. Nos reunimos al aire libre, una larga mesa encabezada por don Pedro y, en el extremo opuesto, don Luis. Ya acomodados (a mí me tocó más cerca del discípulo que del maestro) recibimos los menús e hicimos nuestra selección. Para esto don Pedro primero habló con el mesero, éste se fue y regresó con el cocinero, tras lo cual parece que estableció su menú.

En grata comparsa transcurrió la cena, con un jocosos comen-



tario de don Pedro acerca de lo que don Luis estaba cenando, un huevo y algo de pescado hervido, pues dijo algo así como "mira esos muchachos". La cena tuvo su natural sobremesa y los comensales, despidiéndose del maestro, se fueron yendo poco a poco. Y alguien, de quien no recuerdo el nombre, salvo que era catalán, y yo, ritualmente acompañamos hasta su hotel al homenajeado, quien, en la puerta, como había un café todavía abierto, nos dijo: "ahora invito yo", con lo cual nos sentamos y continuó la charla; él se bebió dos "expressos" y otros tantos brandies locales, una cosa que recuerdo se llamaba Buttoni, y hacia las tres de la mañana le dijimos que la sesión del congreso comenzaba a las nueve y que ya nos teníamos que ir, a lo que respondió: "bueno si ya os queréis ir..." En aquella fecha tenía 71 años.

Otra de sus expresiones de buen diente, que se dice, fue aquella vez que, entre otras cosas, se comió solo un "tortell". Aclaremos, en lo que entonces se llamaba Departamento de Antropología, como parte del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en el que entre algunos insignes maestros estaba don Pedro, era costumbre que el último día antes del comienzo de las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, precisamente con motivo de no verse hasta el otro año, se llevaba a cabo un ágape informal para el que todos llevaban algo comestible o bebible.

En cierta ocasión me tocó participar y aquella vez don Pedro había llevado el "tortell" referido, pieza de pastelería catalana, consistente en una rosca de unos 40 cm de diámetro, rellena de crema batida, producto entonces de una pastelería llamada Sendra, de pastelero catalán, por lo que fue la seleccionada, ya que en aquel entonces no había otra igual. Sentado en proximidad suya según transcurría la reunión, picando en aquello y en lo otro, me fijé que él no quitaba el renglón de frecuentes trozos de tortell, hasta que se lo acabó él solito, pero lo insólito fue que, de repente, miró el reloj y dijo: "¡ah caray!, me voy, pues tengo gente invitada a comer".

Otra de las pruebas de su buen apetito y gusto por el comer la contemplé en Lima, cuando, con motivo de celebrarse un congre-



so de americanistas, para mi gran sorpresa me encontré con don Pedro, quien acababa de ser operado de la vesícula biliar. Le pregunté que cómo era que estaba allí tras la operación, a lo que me respondió que sus hijos le habían pagado el viaje, que todavía llevaba drenaje, pero que lo habían mandado... con la policía. Me aclaró que tal cosa era su mujer, claro está que enviada por la familia para cuidarlo. Tres o cuatro días después, en un aparte me dijo que había encontrado un pequeño restaurant en el que servían la mejor gallina en aji del mundo, pero que se veía obligado a comerla entre comidas, para no denunciarse.

La categoría de don Pedro como bon vivant, como participante de la filosofía de la vida como belleza en todos sus aspectos, es algo que en él tuvo continua vigencia.

Alguno de sus colaboradores en Barcelona me contó que, cuando fue rector de aquella Universidad, las mujeres que limpiaban los pisos en la noche reconocían la retirada del señor rector, ya muy tarde, cuando ellas trabajaban, por la afectuosa palmada en las posaderas que recibían al pasar de salida del honorable rector, en un acto alegre, sin concupiscencia.

Si se contemplan las fotografías de sus tiempos, más frecuentes en los de su madurez, vemos todo un señor, buen tipo, con gran presencia y, si eso se unía al ser un gran conversador, no es un falso supuesto su gentileza con las damas; sencillamente recordemos los trabajos arqueológicos en Emporion, Ampurias, a los que asistían, entre otros, naturalmente, las más bellas arqueólogas europeas, donde, dice la leyenda, cada sábado había un baile al champán y de traje largo en honor de ellas. Qué belleza en originar tales situaciones.

Tenia, y mantuvo, una clara inclinación por lo bello, sobre todo hacia lo femenino. No es posible, para una mujer, recibir de su marido algo más bello que la dedicatoria de quizá su mayor obra, la que comentamos, en la que tiene la dedicatoria ya dicha: "Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum".



Fumar, para don Pedro, era una necesidad, la que por razones médicas le había sido prohibida. Consideró, sin embargo, que la prohibición era sobre los cigarrillos (fumaba Delicados), pero que no se había dicho nada sobre los puros, por lo cual se vio en la obligación de abandonar los primeros para dedicarse a los segundos.

Sobre los puros, recuerdo cuando lo acompañé a visitar, en Hamburgo, al Presidente del Congreso de la UISPP, que allí se celebró en 1958; viejo amigo, con la mayor naturalidad del mundo, de una caja que aquél tenía en su mesa, don Pedro tomó como una media docena de puros, sin que ninguno de los dos, el despojador y el despojado, mostrasen la menor seña por lo que había sucedido. Se trataba de un viejo amigo.

Pero lo que indica la afición al tabaco que tenía fue algo que me tocó contemplar y creo haber sido el único en ello. Entré en la biblioteca de don Pedro, que era un pabellón aparte en su casa, y vi, junto a él, un tanque de gas con su manómetro, del que salía un tubito, pasaba sobre el hombro derecho del personaje y se sujetaba a su frente con una tira de tela adhesiva, para bajar y llegar a su nariz, con dos ductos; se trataba de un tanque de oxígeno, según me pude dar cuenta y, ¡horror!, don Pedro tenía el cigarrillo en la boca, estaba fumando. Le hice ver el grave riesgo de explosión que se podía producir, a lo que con gran naturalidad me dijo: "es que tengo un asma que sin el oxígeno no puedo fumar, me abogo".

Su obra, la que ahora se presenta, tiene una parte débil en lo que corresponde al Paleolítico, pues ahora se conoce mucho más; incluye sus teorías acerca del arte parietal, las que existían y se manejaban en aquella época. El hecho es que don Pedro, si de la más lejana Prehistoria algo le interesaba era precisamente el arte parietal.

Su capacidad y su conocimiento del latín quedaron claramente demostrados en su tesis doctoral: Los Poemas de Baquilides de Ceos, traducida al castellano en 1910. Esto le permitió acceder a una documentación en esa lengua, e incorporar su obra acerca de la



Etnología de España todo lo que significaba la Protohistoria, así como la de muchos otros países de Europa, ciencia la Protohistoria que entre nosotros se nos ha falsificado con la expresión Etnohistoria.

En don Pedro había una composición personal aparente, que en todo ser humano la hay, pero la suya era grande, variada, y no variable. Aquél que hizo la hasta él inexistente Prehistoria española a principios de este feneciente siglo, no sólo restaura el ser profundo catalán, también español, sobre todo éste, puesto que, para aquellas fechas, lo catalán estaba impedido de existir, sin que esto significase su ausencia.

Sobre el mismo tema de su participación en lo arqueológico, él estuvo entre quienes fundaron la Internationale des Sciences Proto et Préhistoriques de carácter mundial.

Curiosamente, tanto don Pedro Bosch-Gimpera como V. Gordon Childe han sido acusados de tratarse de arqueólogos que, alcanzando altos planos de síntesis y teóricos, no respondieron con la requerida práctica. En ambos casos tal impugnación es falsa, sin que sea necesario enumerar lo que publicaron respecto de sus excavaciones. Curiosamente, al menos entre nosotros, las críticas a los arqueólogos y a la arqueología nacional, si es que como tales se les puede considerar, siempre han surgido de quienes menos trabajos de campo acumulan en su tarea, en eso que se llama curriculum.

Nuestro don Pedro fue de una calidad que escapa a la ecuación que ahora reina en las relaciones humanas, incluyendo las académicas, las de ser looser o winner. La imbecilidad de tal dicotomía muestra una incapacidad de aclarar en qué se es ganador y en qué perdedor, curiosa disyuntiva de variable calificación en eso que llaman cultura de la alguna vez supuesta civilización cristiana occidental.

Mostró despreocupación por algunas cosas, las que no creyó que fuesen importantes, pero respetó. Tuvo la gentileza de saber escuchar a todas las posiciones políticas de la emigración republicana tan llena de antagonismos, sin perder la propia. Posiblemen-



te tuvo aquel liberalismo decimonónico matizado por la necesidad de las autonomías españolas, que no era el cantonalismo, claramente existente en lo cultural, parcialmente en lo social y no siempre con correlación clara en lo económico.

No lo veo incluido en esa curiosa categoría de "transterrados", puesto que su tierra era la Tierra toda. Habitante del mundo, se decía catalán, español como algo lógico y más tarde mexicano. Ahora totalmente, pues aquí está enterrado, parte integral de su país de adopción al que honró internacionalmente.

Miembro de una verdadera elite, la cultural, la superior, la del oikumene. Si hubiera algún título nobiliario, la posteridad lo hubiese conocido como don Pedro el Bueno.

JOSÉ LUIS LORENZO



INTRODUCCIÓN

LA INVESTIGACIÓN DE LA PREHISTORIA Y DE LA HISTORIA ANTIGUA ESPAÑOLAS

Es ya posible ensayar una síntesis más o menos satisfactoria de la evolución del poblamiento de la Península ibérica que comprenda los tiempos primitivos pre-romanos y que se enlace con la época de formación histórica de los pueblos españoles, en la Edad Media. Ciertas regiones han sido exploradas suficientemente de modo sistemático y, para otras, nuestro conocimiento de su arqueología ha avanzado bastante para permitir conclusiones provisionales. Por otra parte, la reconstrucción etnológica de los tiempos primitivos de España ha alcanzado ya líneas bastante fijas que permiten imaginar el proceso de la constitución de los núcleos étnicos fundamentales y de su intrincada complejidad.

1. La investigación del paleolítico

El paleolítico y mesolítico español ha podido ser conocido merced al gran impulso que recibió su investigación con los trabajos del Instituto de Paleontología Humana de París, los cuales, dirigidos por H. Breuil y H. Obermaier y contando con numerosos colaboradores españoles (Alcalde del Río, Cabré, Carballo, P. Sierra, F. de Motos) y extranjeros (P. Wernert,



Burkitt, W. Verner), la organizaron por primera vez de modo sistemático, continuando en mayor escala la obra que habían realizado individualmente investigadores meritorios, desde muy antiguo (Casiano del Prado, Alsius, Bonsoms, Vilanova, Sautuola, Siret, Marqués de Cerralbo). Después de 1914 fué fundada la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas de Madrid, a la que se debe otro importante avance y que agrupó en su seno a Obermaier, Hernández Pacheco, el Conde de la Vega del Sella, Cabré, P. Wernert, etc. Por su parte el Institut d'Estudis Catalans de Barcelona organizó el "Servei d'Investigacions Arqueològiques" que sistematizó el estudio del paleolítico catalán con la colaboración de L. M. Vidad, M. Cazorro, Pallarés, Bosch, Colominas, Romaní, Duran, Vilaseca, etc., así como más tarde se organizaron otros servicios arqueológicos como el del Ayuntamiento de Madrid, dirigido por Pérez de Barradas, de especial importancia, el de las Diputaciones vascas (trabajos de Aranzadi, Barandiaran, Eguren), el de la Diputación de Valencia (Ballester, Pericot) y las excavaciones de yacimientos paleolíticos de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades del Estado. Estas organizaciones han emprendido o concentrado la mayor parte de los trabajos modernos, siendo pocos los que han quedado fuera de su órbita: de éstos hay que citar especialmente los de M. Such en Málaga. En Portugal desde antiguo la investigación del paleolítico y mesolítico se había realizado con gran actividad y método científico: son conocidos los trabajos de Ribeiro, Paula e Oliveira y otros y más modernamente han aportado importantes contribuciones Leite de Vasconcellos, Fontes, Mendes Corrêa, el P. Jalhay, y Serpa Pinto. La sistematización del inmenso material existente, que ya tuvo una etapa brillante con la obra de Cartailhac, modernamente cuenta con los trabajos de Breuil y Obermaier a los que debemos haber puesto en orden e incorporado a la ciencia general el arte rupestre el primero y el conocimiento



de las culturas paleolíticas y mesolíticas el segundo, sin que deba olvidarse la labor de Pérez de Barradas para los yacimientos de Madrid, de gran importancia.

2. La investigación de los periodos prehistóricos y protohistóricos (neolítico, bronce, hierro, cultura ibérica, colonización, época romana)

En la excavación y estudio monográfico de los yacimientos neolíticos y de las edades de los metales, se contó desde antiguo con numerosas iniciativas particulares (Góngora, Tubino, Amador de los Ríos, Vilanova, Martorell y Peña, Rubio de la Serna, Font y Sagué, Bonsor, P. Gil, Saavedra, Maciñeira, Castillo López, Saralegui, Murguía, Vidal, Cazorro y, en Portugal, Estacio da Veiga, Ribeiro, J. dos S. Rocha, Martins Sarmento, Marqués da Costa, etc.) De esta época de la investigación, anterior a los primeros años del siglo actual, destacan sobre todo los trabajos sistemáticos de excavación de Enrique y Luis Siret en el SE. de España y los del Museo Etnológico Portugués dirigidos por Leite de Vasconcellos. La sistematización de los resultados de este período de la investigación se debe a E. y L. Siret por una parte y a Cartailhac, por otra. El último, además de su libro de conjunto sobre la península, nos ha legado el primer estudio satisfactorio de los monumentos de las islas Baleares.

A principios del siglo se inicia una nueva época para la arqueología peninsular, que impulsan de modo extraordinario varias empresas importantes. Las excavaciones del Marqués de Cerralbo en la comarca del Jalón, revelan la cultura posthalls-tática del centro de España. Los estudios sobre el arte ibérico, arte peculiar cuya existencia había ya presentido Mérida, los continuaron activamente luego P. París y sus colaboradores A. Engel y Albertini, a los que pronto siguieron otros investiga-



dores españoles (Furgus, Cabré, Pijoan, Segarra, etc.), y extranjeros: L. Siret, Horace Sandars. A. Schulten reemprende las excavaciones que antiguamente había realizado Saavedra en Numancia, y al descubrir importantes restos de la ciudad y su estratigrafía, así como los campamentos de Escipión, reúne por primera vez los resultados de la arqueología con los de la investigación histórica de la antigüedad española, hasta entonces reducida al estudio de los textos y de las inscripciones o de determinados problemas (Emilio Hübner, Rodríguez de Berlanga, Padre Fidel Fita, Aureliano Fernández Guerra, Blázquez, Pella y Forgas, Arturo Campión, y en Portugal Martins Sarmiento y Leite de Vasconcellos, continuando los antiguos trabajos eruditos del P. Flórez, del P. Larramendi, del P. Masdeu, Cortés y López, Müllenhof, etc.), o de las monedas (Berlanga, Zobel, Pujol y Camps, Botet, Hübner, Vives) proseguido nuevamente por el último, por Ferrandis, Hill, Amorós, etc. La exploración de Numancia con brillantes resultados la continuó luego la Comisión española presidida por Mérida. Finalmente por esa fecha también inicia la excavación de la colonia griega de Emporion J. Puig y Cadafalch, desde el Museo de Barcelona recién fundado, con sus colaboradores M. Cazorro y E. Gandía.

De esta nueva actividad resulta la promulgación de la ley de excavaciones y antigüedades (1911) y la fundación de la Junta Superior que habrá de organizar numerosas investigaciones y agrupar a los excavadores en la mayor parte de España (Cabré, Motos, Calvo, Sentenach, Serra Vilaró, Mergelina, Visedo, Lafuente, Morán, etc.), debiéndose destacar especialmente en el círculo de sus trabajos propios y de los relacionados la exploración sistemática de la provincia de Soria y de parte de las vecinas por Blas Taracena desde el Museo de Soria, la de la necrópolis fenicia de Cádiz por P. Quintero, la de la necrópolis cartaginesa de Ibiza por A. Vives. Un complemento importante lo tuvo esta actividad con los estudios de arqueología del



Centro de Estudios Históricos, cuyo principal promotor fué M. Gómez Moreno, con sus discípulos (Mergelina, Navascués, Carriazo) y colaboradores (Cabré, Artíñano, García Bellido) y otros independientes (Obermaier, A. Schulten, A. de Llano, Martínez Santa-Olalla, Hernández Sanz, M. Murray, F. Esteve, Pérez de Barradas). Otro complemento importante fué la reorganización del Museo Arqueológico Nacional por Mélida y Alvarez Ossorio.

Independientemente de la obra realizada desde Madrid, se organizó la investigación sistemática de Cataluña por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Barcelona, fundado en 1915 por el Institut d'Estudis Catalans y convertido en el servicio arqueológico oficial de la Diputación de Barcelona primero, luego de la Mancomunidad Catalana y más tarde del Gobierno Autónomo de Cataluña, dirigido por nosotros y que trabajó siempre en íntimo contacto con el Museo de Arqueología, primero sección de los Museos de Barcelona y luego institución independiente desde 1932, así como con el Seminario de Prehistoria e Historia Antigua de la Universidad de Barcelona. En estas instituciones se agruparon los investigadores J. Colominas, A. Durán, M. Pallarés, L. Pericot, J. de C. Serra-Ráfols, J. Vilaseca y otros colaboradores, así como en relación con el Servicio se mantuvieron, realizando una labor particular, los museos comarcales de Solona (J. Serra Vilaró), Reus (Vilaseca), Vich (Gudiol), etc. Al Servicio se deben numerosas excavaciones de cuevas y sepulcros megalíticos, de necrópolis de urnas de la edad del hierro y de poblados ibéricos de Cataluña, la investigación de la cultura ibérica del Bajo Aragón (Bosch), de estaciones prehistóricas e ibéricas del reino de Valencia y de la cultura de los *talaiots* de Mallorca (Colominas), y la reanudación de las excavaciones de Emporion, suspendidas por la Dictadura, continuadas sin interrupción desde 1933 a 1936 (Bosch-Gandía).



Paralelamente se emprendió la investigación sistemática de otros territorios desde Servicios fundados por las administraciones locales: en Valencia por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia (Ballester, Pericot), en el país vasco por sus diputaciones (Aranzadi, Ansoleaga, Barandiarán, Eguren) y en Galicia sobre todo por el Seminario de Estudios Gallegos (Cuevillas, Risco, Bouza-Brey, Parga Pondal, Maciñeira, Pericot, etc.)

Portugal ha visto en los últimos decenios una gran actividad arqueológica debida a Mendes Corrêa, V. Correia, Serpa Pinto, Santos Junior, etc.

Puede decirse que la mayor parte de los territorios españoles, así como todos los períodos de su evolución arqueológica son regularmente conocidos. Las lagunas se refieren sobre todo a los territorios de la Meseta Central (a excepción de los de Soria, Guadalajara y los alrededores de Madrid), a la Mancha, Extremadura, el Norte de España (Asturias, Santander, el país vasco y los territorios pirenaicos, para los tiempos que siguen al eneolítico).

Para la época romana también en los últimos decenios se han realizado importantes trabajos, de los que el animador ha sido Mérida en buena parte y se ha excavado activamente en Mérida, Itálica, Sagunto, etc., lo mismo que en Cataluña. A los antiguos trabajos de excavación y de estudio de Saavedra, Hernández-Sanahuja, Fernández Guerra, Berlanga, Hübner, siguieron los de Mérida, Schulten, Puig y Cadafalch, Albertini, Gómez Moreno, Pijoan, Blázquez, Taracena, Floriano, Carriazo, Serra-Ráfols. Hay que destacar los estudios modernos de las vías romanas de Blázquez y Sánchez Albornoz que completan y rectifican los antiguos de Saavedra y Miller y los de problemas históricos de Schulten, Bouchier, Albertini, Feliciani, Frantz, Wilsdorf, Scullard, West, Beaumont, Rickard, Syme, Magie, Nostrand, Sutherland.



Después de la guerra civil la actividad arqueológica se ha traducido en la continuación de las excavaciones de la ciudad romana de Emporion (Martín Almagro) y en la publicación de las revistas “Ampurias” (Martín Almagro y los antiguos colaboradores del Servicio Arqueológico de Barcelona) y “Archivo Español de Arqueología”, continuación del “Archivo Español de Arte y Arqueología”, del Centro de Estudios Históricos (colaboraciones de Taracena, Cabré, Mergelina, García Bellido, Pemán, Uría, Pérez de Barradas, etc.)

También es de mencionar el estudio de la arqueología visigoda que en los últimos años antes de la guerra había comenzado a intensificarse (Zeiss, Martínez Santa Olalla, Pérez de Barradas, Mergelina).

3. *Los trabajos de sistematización arqueológica y las aportaciones de otras disciplinas*

Paralelamente a la excavación se llegó poco a poco a una sistematización del conocimiento de la arqueología y de los pueblos y culturas. Durante mucho tiempo fué vigente la de Cartailhac y de Siret, después de primeros ensayos de ordenar el material de Góngora, Tubino, Vilanova, Rada, en España, y de Estacio da Veiga, Ribeiro, Martins Sarmiento, en Portugal. Desde principios de siglo se realizó un gran avance con los trabajos de Déchelette, P. Paris, Mérida, Sandars, Wilke, y luego de H. Schmidt, Th. Leeds, Aoberg, Mayr, Leite de Vasconcellos, R. Severo, V. Correia, Mendes Corrêa, Serpa Pinto, Lantier, Carpenter, Cabré, Obermaier, Aranzadi, Taracena, García Bellido, los nuevos de Siret, las colaboraciones de Childe, Forde, Leisner, etc., y los nuestros, realizados desde el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Barcelona en colaboración con Pericot, Colominas, Serra-Ráfols, Vilaseca, Castillo. Puede decirse en gene-



ral, que se marcan dos direcciones que corresponden a las dos escuelas, la nuestra de Barcelona y la de Madrid inspirada por Gómez Moreno.

El estudio de las lenguas de la península en la antigüedad prerromana ha sido hecho en la medida de lo posible, y su conocimiento dista mucho de ser satisfactorio. Hübner reunió las inscripciones ibéricas en sus *Monumenta linguae ibericae* y los problemas referentes a esta lengua han sido discutidos desde antiguo (Humboldt, Gabelentz, Wackernagel, D'Arbois de Jubainville, Leite de Vasconcellos, Phillipon, C. Jullian) y más modernamente por Schulten, Gómez Moreno, Menéndez Pidal, Beltrán, Cejador y, sobre todo, por Hugo Schuchardt. El material lingüístico céltico fué recogido por Holder y estudiado en parte también por D'Arbois de Jubainville, Hubert, Meyer-Lübke, Pokorny, etc. El problema de la lengua vasca, planteado ya por Humboldt, ha sido estudiado modernamente por Schulten, Menéndez Pidal, Mahr, Uhlenbeck y, sobre todo, por Schuchardt. Otros problemas en relación con la lingüística primitiva de la península son los de un estrato ligur, planteado no con demasiada fortuna por Müllenhoff, D'Arbois de Jubainville, Phillipon, Schulten y el que promete resultados más interesantes del substratum primitivo anterior a todas las lenguas conocidas históricamente planteado por Bertoldi modernamente.

Los problemas históricos en relación con los de la población primitiva, después de la época de Hübner y de otras contribuciones antiguas y modernas, han sido estudiados especialmente por Schulten y por nosotros. Debe hacerse mención especial de la reunión del conjunto de las fuentes literarias antiguas patrocinada por la Universidad de Barcelona: Schulten-Bosch-Pericot, *Fontes Hispaniae Antiquae* (desde 1922, en curso de publicación y aparecidos cinco volúmenes).



Para la antropología prehistórica se cuenta con los trabajos sistemáticos antiguos de V. Jacques para España y de Paula e Oliveira para Portugal, puestos al día en Portugal por Mendes Corrêa y en España, con muchas lagunas, completados por Aranzadi, Obermaier, Batista y Roca, Barras de Aragón, Egueren, Serra Vilaró, Vilaseca. La antropología moderna, también muy llena de lagunas o estudiada imperfectamente, cuenta con los estudios de Oloriz, Antón, L. Sánchez, Hoyos, etc., y sobre todo, de Aranzadi y de Mendes Corrêa.

El estudio de la etnografía y folklore cuenta con trabajos que si aportan material interesante, difícilmente pueden considerarse como satisfactorios para un conocimiento de conjunto. Para la antigüedad hay que acudir a los viejos trabajos de Leite de Vasconcellos (instituciones jurídicas y costumbres, religión), y Joaquín Costa, y al material reunido por Menéndez Pelayo (sobre religiones primitivas), en su *Historia de los Heterodoxos*. Para el folklore se cuenta con un cierto trabajo sistemático sólo para determinados territorios. Para el país vasco, en donde existen los museos etnográficos de San Sebastián y Bilbao, los trabajos de Aranzadi, Barandiarán, Altadill y otros y la publicación dirigida por Barandiarán "Euzko-folklore". En los últimos años antes de la guerra, en Galicia, en derredor del Seminario de Estudios Gallegos, se realizaron importantes trabajos. En Cataluña realizó durante algún tiempo un trabajo sistemático el Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña, de la Universidad, dirigido por T. Carreras y Artau, en el que colaboraron Batista y Roca, Serra Boldú, Serra y Pagés, Amades, y el Museo de Arqueología había iniciado una sección etnográfica. Para el resto de España se cuenta con trabajos de Machado y Alvarez, Luis de Hoyos, Guichot, Carreras Candi, A. de Llano, Krüger, Frankowski, Pedrell, I. Palencia, etc. Trabajos de conjunto, incompletos, se hallan en los volúmenes de la *Geografía General de España* publicada por la editorial Martín de



Barcelona (país vasco-navarro, Galicia, Cataluña), en el capítulo referente a España de las *Razas Humanas* dirigida por nosotros (Instituto Gallach, Barcelona) y una bibliografía en I. Martín Echeverría, *España y sus Habitantes* (México, 1940).

El folklore portugués cuenta con una nutrida bibliografía.

4. *Centros de investigación, museos, publicaciones periódicas*

Desde principios de siglo los centros de investigación principales han sido en Madrid la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, organismo oficial del Estado para la protección de las antigüedades y la investigación arqueológica, la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, el Servicio de Investigaciones Prehistóricas del Ayuntamiento de Madrid, el Centro de Estudios Históricos. En Barcelona, el Servicio de Investigaciones Arqueológicas, fundado por el Institut d'Estudis Catalans y sostenido por las corporaciones administrativas de Cataluña y últimamente por el Gobierno Autónomo de la Generalidad. En Valencia, el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial. En Soria, el Museo Numantino. En el país vasco, las diputaciones vasco-navarras han patrocinado la investigación centrada luego en la Sociedad de Estudios Vascos. En Galicia, el Seminario de Estudios Gallegos. En otras regiones la falta de una verdadera organización era suplida en cierto modo por la actividad muy limitada de las Comisiones Provinciales de Monumentos y por los trabajos emprendidos por la Junta Superior de Excavaciones. En Portugal la investigación se centró en el Museo Etnológico Portugués de Lisboa y en el Instituto de Antropología de Oporto.

Los museos principales con materiales de arqueología española, son el Arqueológico Nacional de Madrid y el de Arqueología de Barcelona, que tenían el carácter de museos centrales,



como en Portugal el Etnológico Portugués de Lisboa. Museos regionales, provinciales o comarcales importantes son los de Valencia, el Numantino de Soria, Pamplona, San Sebastián, Bilbao, Santander, Alicante, Albacete, Granada, Sevilla, Zaragoza, Gerona, Tarragona, Reus, Vich, Solsona, Cádiz, Orense, y en Portugal los de Oporto, Figueira y Guimarães. Colecciones igualmente de importancia se hallan en Madrid, en el Museo Antropológico, en el Museo del Ayuntamiento, en el Museo Cerralbo, en la Academia de la Historia y en el Museo de Ciencias Naturales, en la colección Comillas (Comillas, provincia de Santander), en Orihuela, Yecla, Lérida, Villafranca del Panadés, Villanueva y Geltrú, Olot, Huesca, etc. Fuera de la península hay colecciones importantes en los museos de St. Germain, Louvre, en París; Británico, en Londres; Ashmolean, en Oxford; en el Museo Prehistórico de Berlín, en el Romanó-germánico de Maguncia y en la Hispanic Society de Nueva York.

La enseñanza, aparte de figurar la Prehistoria y la Arqueología españolas en los programas de los cursos de Historia, Arqueología, Geología y Antropología, de las Universidades, tuvo una cátedra especial en las Universidades de Madrid (Obermaier) y de Barcelona (Bosch), con sus respectivos seminarios. En Portugal se realizó especialmente en la cátedra de la Universidad de Lisboa (Leite de Vasconcellos) y en el Instituto de Antropología de Oporto (Mendes Corrêa).

Madrid y Barcelona tenían su Sociedad de Antropología: en Madrid la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria; en Barcelona la Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria, publicando la primera sus "Actas y Memorias" convertidas recientemente en la revista "Atlantis" y la segunda su "Butlletí". En Portugal la Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia (con su publicación: "Trabalhos da Sociedade", etc.)



Las publicaciones periódicas especializadas más importantes han sido: “Memorias” de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Archivo Español de Arte y Arqueología (hoy “Archivo Español de Arqueología”), “Anuario de Prehistoria Madrileña”, “Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas”, en Madrid; “Anuari del Institut d’Estudis Catalans de Barcelona”; “Archivo de Prehistoria Levantina”, de Valencia. También han publicado abundantes materiales y estudios las siguientes: “Boletín de la Academia de la Historia”, “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos” (transformada en “Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos”), “Boletín de la Sociedad Española de Excursiones”, “Revista de la Sociedad Española de Amigos del Arte” “Coleccionismo”, “Investigación y Progreso”, en Madrid; “Butlleti del Centre Excursionista de Catalunya”, de Barcelona y los de los centros de Vich y Manresa, el del Centro de Lectura de Reus, el “Butlleti Arqueològic”, publicado por la Sociedad Arqueológica de Tarragona; “Nós”, órgano del Seminario de Estudios Gallegos, de La Coruña; la “Revista Internacional de los Estudios Vascos”, de San Sebastián; los Boletines de las Comisiones de Monumentos de Navarra, Orense y algunas otras; “Don Lope de Sosa”, de Jaén; el “Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura”, de Castellón; el “Boletín de la Academia de Ciencias”, de Zaragoza; el de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; las “Memorias de la Academia de Ciencias de Barcelona”, etc. En Portugal las revistas principales han sido: “O Archeologo Portugues”, Lisboa; “Boletím de Sociedade Archeologica Santos Rocha”, Figueira; “Portugalia”, de Oporto; “Terra Portuguesa”, Coimbra; además de los “Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia”, de Oporto, mencionados.

Fuera de la península las revistas principales que han publicado materiales de aquélla han sido: “L’Anthropologie”, “Re-



vue Archéologique”, “Préhistoire”, “Bulletin Hispanique” y la antigua “Matériaux pour l’Histoire de l’Homme”, en Francia; “Archaeologia”, en Inglaterra; “Archaeologischer Anzeiger”, “Praehistorische Zeitschrift” y “Mannus”, en Alemania.

5. Síntesis de utilización actual

Las síntesis utilizables para el estudio del poblamiento primitivo y de la formación de los pueblos de España, en particular desde el punto de vista de la arqueología y la historia, que reflejan en lo posible, dada la renovación constante que impone el aumento prodigioso del material, el estado actual de la investigación, son las siguientes:

Como trabajos de conjunto: Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932; Obermaier-Bosch, *Pyrenäische Halbinsel*, en el *Reallexikon der Vorgeschichte*, de M. Ebert; L. Pericot, *Historia de España*, Vol. I, Barcelona, 1934, y H. Obermaier y A. García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*, Madrid, 1941, 2ª edición; y para Portugal: Mendes Corrêa, *Os povos primitivos da Lusitania*, Oporto, 1924, y Peres y Cerdeira, *Historia de Portugal*, Vol. I, Barcelona, 1928.

Para el *paleolítico y mesolítico*; además: H. Obermaier, *El hombre fósil*, 2ª edición, Madrid, 1923, y *Fossil Man in Spain*, New-Haven, Hispanic Society of America, 1924.

Sobre temas especiales: J. Serra-Ráfols, *El poblament prehistòric de Catalunya*, Barcelona, 1930; los artículos sobre Baleares en: *Comission Internationale de la Préhistoire Méditerranéenne. Conférence de Barcelone*, 1935, Barcelona, 1937; Bosch, *Die Bronzezeit auf der iberischen Halbinsel (Festschrift für H. Seger, Altschlesien, v, 1934, pp. 109 y ss.)*; Bosch, *Los celtas de Portugal y sus caminos (Homenagem a Martins Sarmiento)*, Guimarães, 1933; Bosch, *Los celtas y la cultura de las*



urnas (Homenaje a Mérida), III, "Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos", 1935; Bosch, *Los celtas y el país vasco* ("Revista Internacional de los Estudios Vascos", 1932); Bosch, *Two Celtic waves in Spain*, Londres, 1942, publicación de la British Academy; resumen de este trabajo en la parte referente a la Península Ibérica en "Revista de Catalunya", París, 1940; P. Dixon, *The Iberians in Spain and their relations with the Aegean world*, Oxford, 1940; Bosch, *Iberi*, en la Enciclopedia Italiana.

Para los *problemas históricos*, relacionados con la España indígena, además: A. Schulten, *Numantia*, I, Munich, 1914; Bosch-Schulten-Pericot, *Fontes Hispaniae Antiquae*, I-IV. Barcelona, 1922-1937.

Para la *España romana y visigoda*: C. H. V. Sutherland, *The Romans in Spain* (217. B. C., A. D. 117), Londres, 1939; Bosch-Aguado, *La conquista de España por Roma*, y Torres, *Instituciones romanas*, capítulos sobre la *época imperial* en el primer volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Madrid, 1935, y Torres y otros, estudios sobre la España visigoda en el volumen II de dicha *Historia de España*, Madrid, 1940. Para la arqueología romana: Mérida, *Arqueología española*, Barcelona, 1929, y varios artículos del II volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal.

El *Estudio cartográfico* fué intentado en su conjunto, por primera vez, en Bosch, *Ensayo de una reconstrucción de la etnología de la península ibérica* (Santander, 1922, "Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo"). Un atlas preparado por el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, por Bosch, Pericot y Serra, no llegó a publicarse; pero sus materiales fueron utilizados por Pericot en su *Historia de España*, I. Los mapas de Cataluña preparados por el Servicio de Arqueología de Barcelona, fueron publicados por Serra-Ráfols en su *Poblament prehistoric de Catalunya*. Para Portugal, Serpa Pin-



to había realizado el estudio cartográfico y sus mapas se reproducen o aprovechan en la *Historia de Portugal* de Peres e Cerdeira, Barcelona, 1928, y por Pericot en su *Historia de España*, I.

* * *

Desde hace bastantes años hemos intentado, a la vez que mantener al día la sistematización de los ingentes materiales de la prehistoria y de los tiempos de la intersección con la primera historia clásica, estudiar la formación de los pueblos de España en su complejidad. Un primer ensayo fué el publicado en el “Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander” en 1922, con el título: *Ensayo de una reconstrucción de la etnología prehistórica de la Península ibérica*, y paralelamente se realizaba el mismo propósito para Cataluña en nuestro “Discurso de entrada en la Academia de Buenas Letras de Barcelona”: *Assaig de reconstitució de la Etnologia de Catalunya* (1922). En mayor escala y recogiendo los resultados de nuevas investigaciones y nuevos trabajos de sistematización se estudió el tema en nuestra *Etnología de la Península ibérica*. (Barcelona, 1932.)

Desde nuestra *Etnología*, publicada en 1932, se hacía necesario revisar muchas de nuestras conclusiones. Esto ha sido hecho para los problemas célticos en varios trabajos publicados, especialmente en el último *Two Celtic waves in Spain*, que constituyó la Sir John Rhys Memorial Lecture de la British Academy, 1939. Para la cultura ibérica y su cronología en relación con los restos de las colonizaciones, esta labor la habíamos venido realizando en los últimos años y fué sintetizada en nuestros cursos de la Universidad de Oxford de 1939-40 y en nuestra conferencia sobre la cronología de la cerámica del SE. y S. de España en la Society of Antiquaries of London en 1940, pendiente de publicación. También era preciso revisar muchos problemas de la cronología del neo-eneolítico, y de nuestros resultados

XLIII



habíamos dado un avance en las *Rbind lectures* de la Universidad de Edimburgo en 1936, y tenemos en preparación un libro tratando ampliamente de ello, en relación con la prehistoria del occidente de Europa que debía aparecer en la Oxford University Press. Las circunstancias actuales dificultarán sin duda la publicación completa de estos trabajos, lo mismo que de un ensayo sobre el poblamiento primitivo de la Península que estaba preparado para las *Journées de synthèse* de París, que debían celebrarse en el verano de 1940. Sus conclusiones, que vienen a ser un esquema del presente libro se han publicado en nuestro artículo *El poblamiento primitivo de España* en la revista "Universidad de la Habana" IX, no. 52-54, enero-junio de 1944.

En todos estos trabajos el problema de la formación de los pueblos peninsulares se limitaba a las épocas prehistóricas y a los tiempos de contacto con las colonizaciones y con la conquista romana. En el presente libro, en su último capítulo, hemos intentado seguir la suerte de los núcleos étnicos primitivos, a través de transformaciones históricas, y especialmente de la Edad Media. Creemos que la diversidad de los pueblos, a través de aquellos siglos en que aparece en formación la España moderna, necesita, para su verdadera comprensión, ser relacionada con la de los tiempos primitivos y que la historia medieval gana mucha luz, juzgada teniendo en cuenta sus más profundas raíces.

* * *

Debo particular agradecimiento al Colegio de México, al Instituto de Antropología e Historia, especialmente a su Director Dr. Alfonso Caso, a la Escuela Nacional de Antropología y a su Director, Dr. Rubín de la Borbolla, y al profesor Pablo Martínez del Río, por haber hecho posible la continuación de mis trabajos aquí, así como a los Directores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, licenciados

XLIV



García Máynez y Jiménez Rueda y a la Universidad por haber acogido el presente libro en la serie de las publicaciones de aquella. En él se sintetizan los resultados que por ahora es imposible publicar de manera completa y que han seguido elaborándose en los últimos años. Debo hacer constar también mi agradecimiento a todos cuantos han facilitado mi labor en Inglaterra. En Oxford, sobre todo, a Sir J. L. Myres, de New College; al profesor Munro, Rector de Lincoln College; a la profesora Isabel Henderson; al profesor Beazley; al profesor P. Jacobsthal; al doctor E. Th. Leeds, Conservador del Ashmolean Museum; al doctor Marett, Rector de Exeter College; al profesor Gordon, Presidente de Magdalen College y Vice-Canciller de la Universidad de Oxford. En Londres, a Sir Frederic Kenyon, Presidente de la British Academy; a Mr. T. D. Kendrick, Director del Departamento de Antigüedades Británicas y Medievales del British Museum; a Mr. Ch. Hawkes, así como a la Society for the Protection of Science and Learning. Debo a la mediación de la Biblioteca "Benjamín Franklin", de México, haber podido obtener en préstamo libros de las bibliotecas norteamericanas, y al profesor Lehman Hartleben, de Nueva York, haberme facilitado la comprobación de datos bibliográficos.

México, marzo de 1944.



CAPITULO I

GEOGRAFIA

Para explicarse satisfactoriamente la complejidad del proceso del poblamiento peninsular, lo mismo que la de su evolución etnológica e histórica, es preciso no perder de vista ningún momento *la refracción, en la diversidad geográfica de la Península, de su abigarrada variedad de elementos étnicos*. Esta determina la infinidad de sus matices y mezclas, las evoluciones locales diferenciadas y su persistencia tenaz que actúa en forma retardataria, muchas veces, de la evolución y de su asimilación al ritmo de la historia general europea, imprimiendo a todo un sello de primitivismo y de tradicionalismo, que dificulta la consolidación de las grandes superestructuras que han intentado repetidamente abarcar toda la Península y que, al romperse o fracasar, dejan al descubierto, de nuevo, la variedad hispánica. Pero estos hechos, determinantes de una riqueza prodigiosa de fenómenos complejísimos, van unidos a la espontaneidad y a la fecundidad en la creación, y aun en la improvisación, de valores culturales de toda clase y a la facilidad de asimilación de los forasteros, que se transforman y funden con los propios, dando a todo producto de las culturas hispánicas un sello vivacísimo de personalidad.¹ Esta personalidad se des-



arrolla en el marco de grupos locales o regionales reducidos y en función de las comarcas naturales, con un sello de robusta individualidad profundamente anárquica y apasionada, que frustra llegar a organizaciones de tipo general y que limita la incorporación a ideales universales, los que, aunque se han solido considerar como otra característica típicamente española, son, por el contrario, casi siempre fruto de las superestructuras históricas y, por ello precisamente, encuentran obstáculos insuperables en el carácter esencial de los pueblos de España.

1. *El conjunto peninsular*

España,² o más propiamente la Península ibérica, es un promontorio gigantesco de Europa enfrentado con Africa, a la que casi toca con la punta de Tarifa, separada sólo 14 kilómetros de ella, mediante la parte más angosta del estrecho de Gibraltar que comunica los dos mares. La masa peninsular mantiene una altitud media de 700 m., con su ciudadela interior, las grandes *mesetas centrales*, sobre las que se levantan sus macizos montañosos, limitados al Norte por la cadena cántabro-pirenaica que, en su extremo oriental, la une y a la vez la separa de Europa. A lo largo del pentágono formado por la Península, en el borde, yacen de espaldas a las sierras que delimitan la meseta, excepto en la parte occidental, en que la transición es menos brusca, las *costas* estrechas, con valles litorales o con verdaderos fiords, base de las comunicaciones marítimas mediterráneas y atlánticas. La comunicación con las mesetas interiores, si no es en el ángulo sudoeste (Guadalquivir, Guadiana, Tajo), se hace difícil y sólo se logra salvando puertos de más de 1,500 metros de altitud, a veces, o por los valles de los ríos que casi nunca son un camino, ni siquiera el mismo Ebro. Nada de extrañar tiene que ciertas civilizaciones no rocen más que las costas y que el interior se mantenga en vivo con-



traste con ellas, así como que, según el centro de gravedad de la vida española se halle en la costa o en la meseta, su curso tome caracteres muy distintos.

2. *La altiplanicie central y sus apéndices*

La gran altiplanicie central es, a su vez, dividida en distintas mesetas, aisladas por grandes macizos montañosos, constituyendo las brechas que quedan entre ellos los caminos naturales, nada fáciles tampoco, de comunicación o de invasión. Así resultan las grandes regiones geográficas interiores de la Península.

a) *La meseta norte.*—En ella, la altiplanicie castellano-leonesa, con la Tierra de Campos en su centro, se halla encerrada totalmente: 1), por la *cordillera cantábrica*; 2), por la primera etapa de la serie de *macizos* que, en sentido transversal, forman el *margen de la meseta* (sistema marginal ibérico: Peña de Amaya, Montes de Oca, sierras de la Demanda y Cebollera, Moncayo), separada aquí de la fosa del Ebro, a donde conduce el desfiladero de Pancorbo; 3), por la *cordillera divisoria castellana* (Guadarrama, Gredos, Sierra de Francia y Gatas, prolongada a través de Portugal por la sierra da Estrella); 4), al oeste por la *unión del recodo galaico-astur* de la cordillera cantábrica, en su prolongación asturiana y gallega, con las *sierras del norte de Portugal* derivadas de ella (cimas de Mogadouro). Después de éstas se abre la *brecha* por donde sale el *Duero* de la meseta.

b) *Los apéndices de la meseta norte: Galicia y Portugal, las comarcas cantábricas y vascas.*—Pasado el reducto cerrado por los montes de León, en que termina el ángulo NO. de la meseta (el Bierzo), los pasos de dicho recodo (formado por las sierras de Picos, Caurel, Eje y Queijo) llevan a *Galicia* por sus puertos



de montaña o por el valle del Sil. Este se une al Miño, nacido entre las montañas en que se esfuma la vertiente occidental del recodo galaico-astur, bajando el Miño a los valles costeros del *norte de Portugal*, que se unen con los de la desembocadura del Duero y de las vertientes atlánticas de los montes de Beira y de la sierra da Estrella. En su ángulo SO., la meseta superior termina en la región de Salamanca y en la comarca de La Berzosa, desde donde, por Ciudad Rodrigo, los caminos llevan a la *alta cuenca del Coa*, encerrada en el reducto formado por el recodo Gata-Mesas-Estrella al S. y las sierras de Lapa y Marofa al N., entre las cuales se abre paso el Coa.

Esta configuración da lugar a la individualidad de los grupos que se fijan en estas comarcas cerradas y relacionadas a la vez entre sí: Galicia, Portugal, Asturias, la Montaña, Castilla-León.

La *alta cuenca del Ebro* y sus dependencias (Alava, Rioja, Navarra) entre el Centro, la costa N. y el E. de España, con sus conexiones con los valles vascos del occidente del Pirineo a través de Vizcaya y Guipúzcoa, forma un laberinto de comarcas montañosas que establecen la relación con Francia. Por el oeste, la alta cuenca del Ebro, arrancando del nudo de Peña Labra y Peña Prieta, próximo al recodo de los Picos de Europa, está en relación con otro laberinto de comarcas cerradas (Villarcayo, La Lora, Liébana, La Montaña de Santander), intermedias entre la meseta, la costa cantábrica y los valles asturianos.

c) *La meseta meridional*.—Al sur de la cordillera divisoria castellana, la meseta inferior resulta separada de la fosa del Ebro por el *segundo grupo de nudos montañosos marginales ibéricos* (serranía de Cuenca y macizos aragoneses) y relacionada con aquélla por la *brecha del Jalón*, que recoge las aguas del Jiloca procedentes del rincón montañoso sur aragonés. La *divisoria horizontal* secundaria de los montes de Toledo, sierras



de Guadalupe, de Montánchez y de San Pedro, forma la separación natural entre las cuencas altas del Tajo y del Guadiana, nacidos ambos propiamente en el nudo de la serranía de Cuenca (el Guadiana mediante sus afluentes Záncara y Gigüela). Estas cuencas quedan abiertas y descienden poco a poco hacia la llanura de la costa sudoccidental portuguesa. Los valles de dichos ríos, al principiar a descender en el occidente de la meseta, forman la *Extremadura española*, cerrándola, en la cuenca del Guadiana, la ondulación de pliegues de las sierras Madrona, Almadén y Hornachos, por el este.

En la parte oriental, desde los valles que forman el alto sistema del Tajo (Alcarria y la llanura madrileña-toledana) se pasa insensiblemente a la planicie de la *Mancha*, que termina la meseta inferior contra las sierras al sur de Albacete. A través de ellas se abren las *salidas naturales al Mediterráneo*, por Almansa y Játiba a la llanura valenciana, por Villena a Alicante y por Hellín, Cieza y Archena a la vega de Murcia.

Entre la Mancha, que inicia el descenso y las tierras altas de la serranía de Cuenca, un *escalón* más alto intermedio forma el *origen del Júcar* y sus afluentes que, bordeando el macizo de la serranía de Cuenca y sus estribaciones meridionales, va a morir a la llanura valenciana.

3. *El valle del Guadalquivir y Andalucía*

Al sur, la meseta es bordeada por el sistema montañoso de Sierra Morena, continuado al otro lado del Guadiana por las sierras del Algarve, ya en Portugal. A través de estas sierras se abren los pasos que llevan a Sevilla (entre las sierras de Aroche, Aracena y de Tudia), a Córdoba (valle de los Pedroches) o al alto Guadalquivir (Despeñaperros).

La sierra Morena limita el *hundimiento que forma el valle del Guadalquivir*, abierto al Atlántico. Este valle era origina-



riamente un golfo de ese mar, rellenado por los aluviones y separado del Mediterráneo por la espina Penibética. Esta se origina en los *nudos unidos con el extremo de Sierra Morena* (sierras de Alcaraz, La Sagra en donde nace el Segura que fecundiza la vega de Murcia, la Sierra Segura), a través de las sierras de María, Estancias y Baza y tiene derivaciones hacia el este (Espuña, Filabres) o hacia el oeste (Magina y Jabalcuz, Lucena y Priego). Las últimas determinan la *cuenca del Genil*, afluente del Guadalquivir, y siguen en dirección a Gibraltar a través de Sierra Nevada y de sus prolongaciones occidentales (Alhama, Abdalajis, Ronda, Bermeja). Estas, con sus estribaciones y contrafuertes meridionales, bordean la *costa*, dejando en ella los rincones de Málaga y Vélez Málaga, de Motril, Adra y Almería hasta el Cabo de Gata y, en el interior, forman la comarca abrupta de *Las Alpujarras*.

He aquí cómo Andalucía, constituida por el valle del Guadalquivir y sus bordes montañosos es, asimismo, un territorio complejo y de fuertes contrastes, con zonas de arrinconamiento cerradas, formando con todo una gran unidad geográfica intermedia entre África y Europa, en contraste marcado con la meseta y, en cambio, desde aquélla se pasa insensiblemente a Murcia y Valencia por el este y al sur de Portugal por el oeste.

4. *La fosa del Ebro*

La fosa del Ebro y sus límites montañosos ofrecen, asimismo, una gran complejidad y en ella se delimitan comarcas con individualidad bien marcada. La depresión, propiamente, empieza en la Rioja, después de salvar el río, en Haro, el desfiladero entre la sierra de Pancorbo y la sierra de Cantabria, contraba-



rrera paralela a la cordillera cántabro-pirenaica. Esta contrabarrera bordea la fosa, se prolonga por el monte Jurra y la Higa de Monreal y va a unirse con las sierras de la Peña y de Guara.

Al lado norte quedan las *comarcas* netamente *pirenaicas* de Navarra (Estella, Pamplona y Sangüesa, el Roncal) y del primitivo Aragón (valles de Ansó, Hecho y Jaca).

Entre estas tierras altas pirenaicas y la fosa del Ebro, forma la transición a ella, hasta el nivel de Zaragoza, un *escalón intermedio*, atravesado por los ríos nacidos más allá de la contrabarrera (los ríos Ega, Arga, Aragón y Gállego), escalón que delimitan los montes de Las Bardenas, del Castellar (Castejón y Zuera) y del sur de Huesca (Sierra de Alcubierre).

La cuenca del Ebro está delimitada al oeste por los macizos de la sierra de la Demanda al Moncayo y con los rincones que forman sus derivaciones, dependencias de la cuenca del Ebro (Cameros, Calahorra, Alfaro, Tudela-Tarazona-Borja, bajo Jaón). El marco montañoso de la llanura del Ebro, desde Zaragoza hasta el nivel de Caspe-Fayón, viene a cerrarse en el este en el sistema de las sierras catalanas, por las que el río se abre paso entre desfiladeros ("Pas del Ase" de Fayón).

El gran triángulo de su cuenca está bordeado al sur por los macizos de las sierras marginales ibéricas que, desde el Moncayo, siguen por las sierras de la Virgen y Vicor, entre las cuales pasa el Jalón, y el complejo Cucalón-San Justo-Gúdar-Javalambre, que forman un recodo, entre las provincias de Teruel, Valencia y Castellón que viene a unirse con las sierras costeras valenciano-catalanas. De este recodo, al nivel de la sierra de San Justo, arranca el río Alfambra que, en Teruel, se une con el Guadalaviar, salido del rincón entre la sierra de Albarracín y los Montes Universales (en contacto con la serranía de Cuenca) y que desciende hacia la costa de Valencia. Desde la sierra de Gúdar,



el recodo corre ya paralelo a la costa, constituyendo la sierra marginal valenciana (Peña Golosa, Monte de Ares, montes del Maestrazgo, Caro), terminando en las sierras de los Caballos y en la unión con las sierras catalanas marginales.

Dentro del recodo montañoso aludido, en el descenso hacia el Ebro, se hallan los *escalones del bajo Aragón*, simétricos de los del norte del río, que se forman entre el Gállego y el Segre, en los valles medios del Isuela, el Alcanadre y el Cinca, entre la sierra de Alcubierre y los Monegros por una parte y la prolongación de la contrabarrera pirenaica, de otra (Guara-Arbe-Montsech). El extremo oriental de estos escalones forman, en Cataluña ya, los valles de Ager, Camarasa y Artesa y los llanos de Urgel.

La cuenca del Ebro, desde su principio al mar, está constituida, pues, en cierto modo, por tres compartimientos estancos. Su parte alta, desde Reinosa y a través de las comarcas de Sedano, Villarcayo y Valdegobia hasta el valle de Miranda, está en relación con Asturias, con la Montaña, con el país vasco y con la alta Navarra, de una parte; de otra, con los páramos de La Lora, y con la Bureba, avanzada de la meseta castellana a través de Pancorbo, la puerta de entrada en aquélla.

El *valle central* del Ebro se extiende desde Haro y la Rioja hasta Fayón, con el punto medio en Zaragoza, aglutinador de las tierras aragonesas desde las pirenaicas hasta Teruel.

La *baja cuenca*, en Cataluña, es netamente mediterránea, hallándose sin comunicación fácil con la central y separada de ella por los montes de la costa entre los que el río se abre paso. Antes de penetrar en la llanura de Tortosa y en el delta de la desembocadura, forma el valle de Mora, a donde van a parar los caminos de montaña del bajo Aragón, por Gandesa, y del campo de Tarragona, por las sierras de Prades y, antes de salir a la llanura, el río tiene todavía que salvar el estrecho paso de Miravet.



5. El Pirineo

El *alto Pirineo*, desde *Jaca* a la *Cerdeña*, queda encerrado por el *Pirineo propiamente dicho* al norte y la *contrabarrera* *Gua-ra-Arbe-Montsch-Comiols-Cadí-Puigmal*. La alta sierra pirenaica está determinada, al nivel de Aragón, por los picos de los macizos centrales: *Pic d'Anie* y *Pic de Ger*, *Pic du Midi d'Ossau* (entre ellos el valle de *Ossau* en Francia conduce por el *Somport* al valle de *Canfranc* y de él por el alto valle de Aragón a *Jaca*), *Pic de Vignemale*, círculo de *Gavarnie*, macizo de la *Maladetta*, con el *Pic d'Aneto*. Desde el macizo de la *Maladetta* la alta sierra se esfuma en las sierras del norte del *Ribagorza* y *Pallars*, dejando entre ellas y la segunda etapa de dicha alta cordillera, al nivel de Cataluña, la brecha del *valle de Arán*, con el nacimiento de *Garona* abierto hacia Francia y cerrado al sudoeste por las montañas, de cuya vertiente catalana arranca el *Noguera Pallaresa* y que permite salvar el *Port de la Bonaigua*. El segundo tramo de la alta cordillera, comienza a la altura del *Valle de Arán* con la sierra *Escarchada* y sigue determinada por el *Pic de Montvalier*, el *Pic de Montcalm*, el *Pic de Casamanya*, el *Pic de Campcardós* y el *Pic Carlitte*, después del cual se forma el recodo montañoso que va a unirse con el *Puigmal*, inicio de la *contrabarrera meridional*. Entre el *Pic de Campcardós* y el *Carlitte* comienza la brecha del *Ariège*, con el *Col de Puymorens*; al oeste quedan encerrados en la vertiente catalana los *valles de Andorra* y al este del *Carlitte* nace el río *Aude*. La unión del sistema del *Pic Carlitte* con el *Puigmal*, que permite salvar el *Col de la Perche*, es la divisoria entre la *Cerdeña* y el alto valle del *Tet*.

La alta región pirenaica es dividida por *sierras transversales secundarias* que forman las tres grandes regiones: *Sobrarbe* (con los valles de *Biescas*, *Broto*, *Bielsa* y *Gistain* y en la parte meridional *Ainsa* y el descenso del *Cinca*) desde *Vignemale* a la *Ma-*



ladetta; *Ribagorza*, *Pallars* (comunicando esta última con el valle del Arán por el Col de la Bonaigua), el *Alto Urgell* comunicando con Andorra y su prolongación en la *Cerdaña*. Tales comarcas vienen a formar la intersección entre Aragón, Cataluña y los territorios pirenaicos franceses, dejando encerrados al nivel de Cataluña los valles de Arán y de Andorra.

En la *vertiente francesa*, una zona pirenaica paralela a la española corre también desde el Atlántico al Mediterráneo, más estrecha y confusa al oeste (país vasco-francés, Béarn, Bigorra) y más clara desde la meseta de Lannemezan, a partir del nivel del círculo de Gavarnie. Aunque con grandes aberturas, la separan de la llanura del Garona los *Pequeños Pirineos* y la *cadena de Plantaurel*, equivalentes a la contrabarrera española: estos montes delimitan, en Francia, las comarcas del Comminges y Cousserans, y de Foix (valle del Ariège), en relación con la Cerdaña por el Col de Puymorens).

Del extremo oriental del Pirineo y del recodo que forma la unión del Carlite con el arranque de la contrabarrera en el Puigmal, que cierra la Cerdaña, salen sierras en disposición radial en dirección al Mediterráneo, dejando abiertos los grandes valles y comarcas de la Cataluña francesa: los *Corberas* y el macizo del *Canigó*, entre las cuales quedan, separados por sierras secundarias, el *Fenouillet* y el *Conflent* que se abre hacia el *Rosellón*; las *Alberas*, que dejan entre ellas y el Canigó el *Vallespir*, por el que corre el Tech. Las Alberas llegan al mar y, prolongándose después del paso del Perthus, terminan en la *península del Cabo de Creus*, delimitando la Cataluña española.

6. Cataluña ³

La forman, en su *parte montañosa del norte*, otras estribaciones pirenaicas que se dirigen hacia el mar en forma radial también, dejando entre ellas comarcas muy cerradas (Cam-



prodón, Ripoll, Berga, Solsona) o que se escalonan en forma más abierta (Olot-Besalú, Vich, Llusanés, Bages), uniéndose con el sistema de las cordilleras marginales (Montseny-Sant Llorens-Montserrat-Queralt-Prades-Llena-Montsant-Balaguer).

De las estribaciones pirenaicas descienden los principales ríos de la vertiente mediterránea de Cataluña: Muga, Fluviá, Ter, Llobregat-Cardener, así como de las sierras marginales arrancan otros ríos menos importantes (Ordal, Foix, Gayá, Francolí). Quedan entre esas montañas en la zona litoral y su inmediato hinterland las comarcas del *Ampurdán* y de la *costa Brava*, el llano de *Gerona*, las comarcas del *Montseny*, el *Vallés*, la *Maresma*, el *Llano del Llobregat*, el *Panadés*, y el *Campo de Tarragona*, con el *Plá de Cabra*, las comarcas de *Montblanch* y de *Prades*, entre otras de menor importancia, como en la intersección entre las sierras litorales y la unión con las estribaciones pirenaicas, la comarca de *Igualada* y la *Segarra*, transición a los *llanos de Urgel*. En éstos viene a terminar la *cuenca del Segre*, antes de unirse al Ebro, descendiendo de la comarca pirenaica de la *Cerdaña*, abriéndose paso entre la contrabarrera por el desfiladero de Orgaña, en la prolongación del Cadí, hacia el oeste y en su unión con las sierras intermedias interiores del *Pallars* (Boumort), así como entre las estribaciones meridionales del Cadí, al oeste de Solsona y la continuación del Montsech en la sierra de Comiols (Oliana-Basella-Pons).

El Segre recoge las aguas del Noguera Pallaresa y del Noguera Ribagorzana, cuya alta cuenca queda entre el alto Pirineo y la contrabarrera del Montsech, en un reducto (*cuenca de Tremp*), subdividido por sierras intermedias: Boumort, Sant Gervasi, entre las cuales el desfiladero de Collegats da paso al Noguera Pallaresa. El Montsech tiene que ser perforado por este último río en el desfiladero de Els Terradets.

La punta meridional de Cataluña está formada por la última etapa del curso del Ebro y por la prolongación, al sur de él,



de las sierras litorales que van a unirse con las valencianas, formando en la desembocadura la *comarca de Tortosa* y en la zona montañosa la de *Gandesa*, unida a través del río Algarz con el bajo Aragón.

7. *Regiones peninsulares geográfico-políticas*

De esa configuración geográfica y de la situación en ella de los pueblos formados en la península y matizados por las invasiones, aproximados o alejados por la más o menos fácil relación y por las vicisitudes históricas, condicionadas por la estructura del suelo, han resultado las grandes regiones actuales geográfico-políticas. En las *zonas marginales: Galicia y Portugal*, en el apéndice atlántico de la meseta; *Andalucía*, en la fosa del Guadalquivir y montes circundantes; *Murcia*, en la salida sudoriental de la meseta, a la vez que en el descenso oriental de los montes andaluces; *Valencia*, en la zona costera de Levante; *Cataluña*, en su prolongación septentrional y en la unión con el Pirineo; *Aragón*, en la unión del compartimiento central del Ebro con sus zonas limítrofes en el Pirineo y en los montes ibéricos; *Navarra* y el *país vasco*, en la unión del Pirineo y el alto Ebro; la *Montaña*, origen de Castilla, en la intersección del Pirineo, el nacimiento del Ebro y el arranque de las sierras del sistema ibérico; *Asturias*, en el extremo de las sierras cántabro-pirenaicas.

En la *meseta superior: León y Castilla*, que recoge, esta última, la salida de la montaña de que se originó y que desborda al otro lado de los montes del sistema ibérico, por la Rioja, comarca fluctuante en la historia entre Castilla y Navarra, hasta su unión definitiva a la primera. En la *meseta inferior*, en dirección a la Mancha: *Castilla la Nueva*, cerrada por las sierras que separan la meseta de los escalones occidentales por donde bajan el Tajo y el Guadiana, en donde se extiende la *Extrema-*



dura española, abierta hacia Portugal y delimitada al norte por los macizos Gata-Gredos y por el sur por Sierra Morena.

8. *Ambiente geográfico y económico*

A esta complejidad topográfica corresponden diferencias radicales de clima y de vegetación, de posibilidades de vida y de cultivos. El contraste es inmenso entre los paisajes alpinos del Pirineo y de la zona húmeda del norte, con sus prados, con su vegetación de robles, hayas, castaños y manzanos y su clima templado atlántico (excepto en el alto Pirineo) y el clima casi continental en invierno y caluroso en verano, con poca lluvia y ríos de poco caudal o secos, con avenidas torrenciales de la meseta y de la mayor parte de la cuenca del Ebro. Estas regiones interiores abundan en zonas esteparias, desprovistas de vegetación, reducidas a las vegas de los ríos (chopos, sauces), al monte bajo (carrascas, retamas, jaras) o a los excepcionales bosques de pinos y abetos, con sus inmensos trigales en la tierra fértil de las llanuras. Igualmente grande es el contraste de la meseta y de la zona mediterránea andaluza o portuguesa, con sus climas más suaves y dulces, sobre todo en las costas oriental y andaluza, llenas de huertos y viñedos y de bosques de pinos, en algunos lugares con vegetación africana de pitas y chumberas y aun de palmas, aunque no falten en las zonas interiores el calor y la nieve en las altas cumbres. La zona húmeda apenas si se extiende a una tercera parte de la península.

Los mismos contrastes ofrece la manera de vivir en relación con el suelo. Ganado vacuno en Galicia y en el norte, con abundancia de leche, grandes zonas de pastoreo con ganado lanar en las mesetas, con trashumancia de los rebaños, antes con caza abundante, modernamente limitada. Caballos, mulos, asnos, cerdos, conejos, gallinas, etc. Producción de miel. Gran producción de cereales en la zona central, viñas en Andalucía,



en la Mancha y en el este, así como en el Ebro, con vinos de muy distintos tipos. Olivos en Andalucía, en el sur de la Mancha, en la zona levantina y en el bajo Aragón. Árboles frutales, huertas y cultivos de regadío en determinadas regiones, acrecentados en la historia por los sistemas artificiales de riego y canales. El cultivo del arroz en los terrenos pantanosos, el almendro, la avellana, el algarrobo y la naranja en las zonas costeras, sobre todo del este. En las zonas montañosas pobres de Andalucía, de Levante y de Cataluña, cultivos logrados a fuerza de trabajo. Además, una gran riqueza minera que ha atraído la codicia extranjera desde muy antiguo: cobre, plata, plomo, estaño, zinc, oro, hierro, sal, mercurio, carbón, con las zonas mineras metalúrgicas principales en la zona cántabro-pirenaica y en sus prolongaciones por Galicia y el norte de Portugal, en las vertientes y proximidades del Moncayo o del sistema ibérico, en Sierra Morena y en su prolongación portuguesa, así como en las sierras costeras del sureste.

España es ciertamente un país rico y de inagotables posibilidades, pero tal riqueza **no** es uniforme y varía en gran escala según las regiones y las etapas de su civilización y del desarrollo de su economía, que permiten poner en valor determinados elementos o determinadas comarcas. Según el geólogo Mallada, los terrenos de España se clasifican en un 10% de rocas desnudas, un 35% de terrenos poco productivos por excesiva altitud, sequedad o mala composición, 45% medianamente productivos y sólo 10% de terrenos de agricultura privilegiada. En general, hay que atribuir una mayor posibilidad de riqueza a las zonas del sur, especialmente a Andalucía y al Levante, y así vemos que los famosos "Laudes Hispaniae" de los romanos se concretan a ellas y que las descripciones antiguas insisten en el clima inhospitalario, en la pobreza de la vida y en la menor densidad de población de la meseta y de las regiones del noroeste. De aquí que deban considerarse como el centro de gravedad



natural de España el este y el sur, centro desplazado, a veces por las vicisitudes históricas, hacia otros lugares, por efecto de sucesos militares o políticos, así como por el desarrollo industrial y por las corrientes mundiales del comercio.

9. Comunicaciones

Las comunicaciones en la península no son fáciles.

En el macizo pirenaico, en su parte extrema, el Perthus, que permite atravesar las Alberas y que es el puerto más accesible, excepcionalmente, no tiene más de 290 metros de altitud; pero ya el puerto de Ares, entre Prats de Molló y Camprodón, tiene 1,610. En el Pirineo propiamente dicho, el Col de la Perche, entre el valle del Tet y la Cerdaña, tiene 1,566; el Col de Puymorens, que comunica el valle del Ariège con el del Carol y de allí a Puigcerdá, 1,931; la comunicación del Ariège con Andorra por el puerto d'Envalira, 2,410; del valle de Arán al Noguerra Pallaresa y Sort, el puerto de la Bonaigua tiene 2,072 metros; el Somport, en el camino de Pau-Oloron a Canfranc-Jaca, 1,640; el de Roncesvalles o Ibañeta, en el camino de Bayona-Saint Jean de Pie de Port-Valcarlos a Roncesvalles-Burguete-Pamplona, 1,507; el otro camino de Bayona a Pamplona por Cambó-Espelette y el valle del Baztán tiene que salvar el puerto de Otsondo (602 m.), y después de Maya y Elizondo, el puerto de Velate (868 m.), bajando por Arraiz y Ostiz a Pamplona. Al oeste de estos caminos, se extiende el laberinto de los valles vascos y, desde ellos, las vías de penetración hacia el sur son difíciles: San Sebastián-Tolosa-Pamplona, a través de la sierra del Aralar por el paso de Lecumberri, o bien San Sebastián-Tolosa-Beasain, por el puerto de Echeagarate (751 m.) a Alsásua y de allí a Pamplona o Vitoria-Miranda.

Igualmente difíciles son los demás caminos que, desde distintos puntos, salvan la continuación del Pirineo, entre éste y



los montes cantábricos: de Tolosa y Vergara, por el puerto de Arlabán, al valle del Zadorra y Vitoria; de Bilbao, por Ochandiano o por Ceánuri a Vitoria; de Bilbao, por el puerto de Orduña, a Osma de Valdegobia, Puentelarrá junto al Ebro y Miranda.

Desde la costa santanderina, por el valle del Pas, el camino se bifurca en Entrambas Mestas y un ramal va, por el puerto de las Escadas a Espinosa de los Monteros y a la región de Villarcayo, mientras el ramal ordinario, por el puerto del Escudo (1,000 m.), lleva a la misma región: desde ésta, un camino va por Medina del Pomar y el valle del Nela, al Ebro (Puentelarrá), juntándose con otros caminos que parten de Bilbao, por Valmaseda, o de la Montaña, por ramales. Desde la región de Villarcayo, por el Ebro y el Oca, una derivación lleva a la Bureba. Después del puerto del Escudo, otro camino lleva por la región de Sedano, directamente a Burgos. El camino directo Santander-Palencia-Valladolid sube, por el valle del Besaya y por las Hoces a la Bárcena y a Reinosa, o sea a la región del nacimiento del Ebro y, en Aguilar de Campóo, desciende al valle del Pisuerga.

De Asturias y León a la Tierra de Campos, los caminos son todavía más difíciles: el principal, por Pola de Lena, el puerto de Pajares (1,364 m.), obstruido por la nieve en invierno y siguiendo, por La Robla, a León; otros aún peores por Cangas de Onís y el puerto de la Ventaniella a Riaño-Cistierna-Almanza-Sahagún, o bien, por Tineo-Cangas de Tineo y el puerto de Lcitariegos (1,800 m.) a León o al Bierzo.

La comunicación de Asturias con Galicia tampoco es demasiado fácil: de Oviedo, por la región costera, a Castropol-Ribadeo, o bien, por Tineo, a Fonsagrada y Lugo.

Los caminos entre León y la meseta superior a Galicia o al norte de Portugal son igualmente complicados y más fáciles desde el interior hacia la costa que al revés. El principal a Ga-



licia pasa por Astorga y, de allí, al Bierzo (Ponferrada, Villafranca del Bierzo), para salvar el puerto de Piedrafita (1,109 m.) y, de allí a Lugo y a La Coruña o Santiago, o bien, por el Sil a Orense. Otro camino, desde Benavente, por la Puebla de Sanabria, el Bollo y Verín, a Chaves en Portugal o a Ginzó de Limia y Orense, tiene que atravesar puertos (de Canda y de Padernelo) cerrados por las nieves de diciembre a marzo. Desde Zamora a Portugal no hay tampoco comunicación fácil, ni entre Zamora-Alcañices-Braganza, ni por el valle del Duero, obligado a formar un recodo por las cimas de Mogadouro. La única salida fácil es por Salamanca a Ciudad Rodrigo y al alto Coa y, desde allí, al Duero por Lamego, a la región de Vizeu y a Aveiro o Coimbra, o bien, bordeando por el este la sierra da Estrella, a Castello Branco y al Tajo.

La verdadera salida de la meseta norte es el camino de Salamanca a Extremadura por Béjar, el puerto de Béjar (980 m.) y, de allí, a Plasencia y Cáceres, siguiendo a Mérida sobre el Guadiana, a donde convergen los caminos que, de Madrid, siguen al Tajo por Talavera de la Reina y, hacia el sur, por Trujillo y el puerto de Santa Cruz (570 m.) en la sierra de Guadalupe, a Mérida; o bien, desde Toledo, por el puerto de San Vicente en los montes de Toledo, a Guadalupe, Logrosán, Miajadas y Mérida.

Desde Extremadura, hay caminos fáciles a Portugal: Cáceres-Valencia de Alcántara-Portalegre-Estremoz-Evora o Cáceres y Mérida a Badajoz-Elvas-Evora. Otros igualmente fáciles llevan a Andalucía: Almendralejo-Fuente de Cantos, pasando la Sierra Morena después de Monasterio por el puerto de los Morismas (755 m.) a Santa Olalla y Sevilla. Otras entradas a Andalucía son más accidentadas, aunque la Sierra Morena, en general, no ofrece un obstáculo como el de otras cordilleras españolas: de Mérida o Badajoz por Fregenal de la Sierra y, pasada ésta por Aracena, a Sevilla; o bien, por Zalamea la



Real, a Huelva; de Mérida a Córdoba, por los Pedroches y el valle del Guadiato, a donde convergen los caminos que unen Extremadura con la Mancha, por Ciudad Real, Almadén y Cabeza del Buey, con sus cuencas mineras.

La salida de la meseta superior, excepto por el camino aludido de Extremadura, debe hacerse salvando los puertos a gran altura del sistema del Guadarrama-Gredos. Desde el alto valle del Duero (Soria Almazán), por los altos de Barahona y Atienza, van caminos relativamente fáciles a Sigüenza y a Jadraque y, de allí, siguiendo el Henares, a Guadalajara y Alcalá; pero los demás tienen que salvar los puertos del Guadarrama: Burgos-Aranda de Duero-Madrid, por la Somosierra (1,444 m.); Valladolid-Segovia-Madrid por el puerto de Navacerrada (1,843 m.), a veces impracticable en invierno; o por el puerto del León o del Guadarrama (1,794 m.), por donde pasa el camino de La Coruña que viene por Astorga, Benavente, Medina del Campo, Villacastín, puerto del León. Otra comunicación desde Avila, a través de la sierra de Gredos, por Cebros, San Martín de Valdeiglesias y Brunete, es más complicada y pasa la sierra por el puerto de Navalgrande (1,144 m.), lo mismo que el camino de Avila por Piedrahita a Arenas de San Pedro y Talavera, que salva la sierra de Gredos por el puerto del Pico a 1,352 m.

Las salidas de la meseta inferior, aparte de la de Extremadura por el Tajo y Talavera y la más difícil por Ciudad Real y Almadén, son relativamente fáciles. La de Andalucía, después de atravesar la inmensa llanura y salvar el desfiladero de Despeñaperros (854 m.), por las Navas de Tolosa y Bailén, toma el camino del Guadalquivir. El del sudeste por Ocaña y Albacete, sin grandes obstáculos, se bifurca luego, en este último lugar, hacia Murcia y Cartagena, salvando las sierras que separan la Mancha de la vega de Murcia (puerto del Purgatorio: 791 m., puerto de Tobarra, 831 m., Hellín y puerto de la Mala



Mujer, 272 m.) y por Archena sale a Murcia. Desde la bifurcación en Albacete, otro camino va a Alicante por Almansa y Villena, volviendo a bifurcarse en Almansa el camino que sigue a Valencia, bordeando por el sur las sierras que forman la divisoria de la cuenca del bajo Júcar (El Mugrón, sierra de Enguera). Otro camino de Madrid a Valencia atraviesa la terraza del alto Júcar y sus afluentes (Tarancón-Valverde-Motilla del Palancar) y, después de salvar con dificultad el valle del Gabriel, sigue por Utiel y Requena, descendiendo rápidamente a Valencia por Buñol y Chiva.

La comunicación de la cuenca del Ebro con la meseta es sumamente difícil a través del sistema ibérico. Al sur de la contrabarrera pirenaica, el camino de Logroño a Burgos por Nájera y Santo Domingo de la Calzada —un trayecto del antiguo camino de las peregrinaciones a Santiago en la Edad Media— es, en realidad, un camino de montaña, como el de Calahorra a Soria por el puerto de Oncala (1,053 m.) Mejor es el de Tudela-Tarazona-Agreda-Soria por las vertientes norte del Moncayo. El camino del Jalón es difícil en los desfiladeros entre las sierras de la Virgen y Vicor, antes de Calatayud; este camino, entre Zaragoza y la Almunia, tiene que subir rápidamente grandes pendientes y salva el puerto del Frasno (779 m.) y, luego, sigue por el valle del Jalón hasta que, después de Medinaceli, pasa la sierra Ministra y empieza el descenso hacia Guadalajara en Alcolea del Pinar. Allí este camino se une con el que, desde Tarragona, por Mora-Gandesa-Alcañiz-Montalbán, a través del bajo Aragón y de los pasos entre las sierras de San Justo y de Cucalón, sale al valle del Jiloca, que atraviesa por Monreal, y, por las altiplanicies de Molina, busca Alcolea del Pinar. El valle del Jiloca, desde Calatayud, forma el camino, por Daroca, entre los dos grandes macizos del sistema ibérico meridional y pasa fácilmente a Teruel, desde donde, salvado el paso entre la sierra de Javalambre y Peña Golosa, desciende el Mijares hasta Caste-



llón y el Palancia a Sagunto y, desde este último punto, a Valencia, por la costa. Desde Teruel, excepto el camino fácil a Albarracín, siguiendo el valle del Guadalaviar, los caminos a Cuenca por Cañete o a la alta provincia de Teruel son difíciles y salvan montañas abruptas.

Los mismos caminos de la costa mediterránea no son tampoco fáciles. El del Perthus a Tarragona, una vez pasada la llanura del Ampurdán, está obstaculizado por numerosas montañas, estribaciones de las sierras costeras que, a menudo, llegan al mar, lo mismo que el trayecto de Tarragona a Valencia. En Tarragona principia el camino natural a Zaragoza por Valls, el Coll de l'Illa (483 m.), Montblanch, Las Borjas, Lérida, desde donde baja a Fraga y, después de salvar difícilmente la falla del Cinca, por los desiertos de Candanos y Bujaraloz, llega a Zaragoza. Los caminos entre las dos orillas del Ebro no son tampoco muy buenos, lo mismo que los que atraviesan las sierras de Prades o el Maestrazgo.

La comunicación entre Valencia y Alicante, por los valles de Albaida y Alcoy, tiene que salvar puertos como el de Albaida (629 m.), y el camino que bordea la costa sólo modernamente ha sido posible, por llegar las sierras que terminan en el Montgó a menudo hasta el mar, cortadas a pico.

Del sudeste de España a Andalucía, excepto el camino de la costa de Murcia a Almería, relativamente fácil, los demás ofrecen numerosos obstáculos. El de Albacete por Alcaraz a Ubeda y Linares o a Jaén; de Murcia, por Caravaca, Huéscar, Baza, Guadix, a Granada; de Murcia, por Lorca, Vélez Rubio y Baza, o por Lorca, Huércal, Purchena, Baza, a Guadix y Granada. Lo mismo sucede con la comunicación a lo largo de la costa andaluza o con ésta y el interior, que tiene que salvar los pasos de Sierra Nevada o de su continuación Almería-Guadix-Granada; Motril-Granada, Vélez Málaga-Alhama-Granada, Má-



laga-Loja, Málaga-Antequera-Lucena, etc., caminos que tienen que subir a 1,000 m. para luego volver a descender.

En realidad, los únicos caminos fáciles, en Andalucía, son los del Guadalquivir o su derivación a Huelva o a Cádiz. El mismo camino de Granada al Guadalquivir, por el valle del Genil, después de la vega de Granada, es cerrado por las montañas.

Estos caminos vienen indicados por la geografía, que los impone a los hombres en todas las épocas. Por ellos han pasado todas las invasiones y todas las comunicaciones, que han derivado a uno o a otro lado, según de donde procedía el impulso, llegando repetidas veces a las mismas fronteras, en donde han sido detenidas por los mismos obstáculos o encontrando parecidas facilidades para seguir adelante. En las invasiones, las batallas decisivas se dan en los mismos sitios, probablemente ya en las épocas prehistóricas, en las invasiones célticas, en las guerras cartaginesas y romanas, en el tiempo de los dominios germánicos, en las luchas con los musulmanes, en las rebeliones interiores, en la conquista de Navarra por Fernando el Católico, en las invasiones francesas del siglo XVII, en las guerras de Portugal y Cataluña, en la guerra de Sucesión, en la napoleónica, en las guerras civiles del siglo XIX y aún en la reciente. Por los mismos caminos naturales se verifican las relaciones pacíficas y ellos condicionan no poco el desplazamiento del centro de gravedad peninsular en una u otra dirección o de unos territorios a otros, una vez producido un florecimiento o una influencia y normalizado un estado de cosas.

Cuando la técnica humana, en momentos de civilización adelantada, ha intervenido en la construcción de caminos o ha tratado de salvar los obstáculos naturales, ha llegado siempre a las mismas soluciones. La red de las vías romanas está casi prefigurada por la naturaleza y siguió en uso hasta Carlos III, que



no hizo sino repararla y completarla y lo mismo se puede decir de las carreteras modernas que apenas si la rectifican.

10. *Aluviones étnicos y caminos de invasión.
Posibilidades de normalidad*

La posición de España ha determinado también la llegada de aluviones étnicos forasteros más o menos considerables y que han transformado en mayor o menor escala el carácter de su población, así como los caminos de estas invasiones son en general obligados y seguidos repetidamente. La variedad interior y el aislamiento geográfico de España y de sus comarcas determina también a la larga la fusión de los invasores con la población indígena por una parte y, por otra, la dificultad del mantenimiento de un dominio forastero por largo tiempo.

Los dos orígenes principales de las invasiones son Europa, a través de los pasos del Pirineo (el Perthus en el este y en el oeste los de Elizondo y Roncesvalles) y Africa, a través del estrecho de Gibraltar, excepcionalmente desde la costa argelina al sureste de España. La invasión por otros lugares de las costas es difícil y se reduce a piraterías pasajeras (normandos, árabes, turcos, marroquíes) o a colonizaciones limitadas y pacíficas (fenicios, griegos), o bien debe contar con bases o apoyos en España (los romanos, los bizantinos, los árabes). Desde el occidente, sólo el sur de Portugal ofrece una base de penetración, como, para los movimientos procedentes de Africa, la de la costa andaluza desde Tarifa hacia el norte, bordeando aquella costa y siguiendo hacia Sevilla y el valle del Guadalquivir. Desde aquí ha sido posible el dominio de grandes territorios españoles, como, una vez las invasiones han conseguido penetrar en la alta meseta castellana, han podido desparramarse en distintas direcciones. Pero más difícil ha sido hacerlo en las invasiones por el Pirineo oriental, limitándose entonces, en general, a infiltracio-



nes en el laberinto catalán y no pasando generalmente de los territorios del Ebro. De encontrar resistencia, el progreso de la invasión no es fácil. Las invasiones célticas fueron múltiples y repetidas en un espacio de varios siglos y se detuvieron en las barreras de la meseta, infiltrándose apenas en Andalucía y en la costa del sur y del este. Los romanos, habiendo contado con bases y un apoyo inicial indígena, redujeron prácticamente, durante dos siglos, su territorio a las zonas costeras del este y del sur, al Ebro y Andalucía. Los pueblos germánicos, como los árabes, vieron su tarea facilitada por la debilidad o la descomposición interior.

La geografía hace también difícil la consolidación de un dominio sobre toda la península. Quedan siempre zonas montañosas de arrinconamiento difíciles de reducir o posibilidades de fraccionamiento. En relación con ello la geografía explica también los desplazamientos de centros de gravedad política del país. Así, por ejemplo, la resistencia cántabra o vasca contra romanos y visigodos, el mantenimiento de los Estados cristianos del norte, frente al poder califal, las dificultades de la reconquista pirenaica, el avance rápido en la meseta o en el Ebro, el predominio castellano una vez dominada la meseta, la persistencia del núcleo de resistencia árabe en Granada, el mantenimiento de núcleos rebeldes en las zonas montañosas.

A la vez la geografía explica el desplazamiento normal de la población de la montaña a la llanura y la prosperidad de los núcleos establecidos en ésta, el mayor incremento de la población en la meseta norte que en la meridional, la formación de los grandes núcleos urbanos en determinados lugares, la abundancia y dispersión de aldeas, de granjas y casas de labor y de grupos de pastores en otros territorios.

E igualmente la geografía explica las dificultades que se han opuesto siempre a la unidad peninsular, nunca perfecta. La tendencia a ella, cuando no ha sido por imposición, surge



acaso del aislamiento respecto de Europa, de la mezcla y relación en el interior, de los límites imprecisos de algunas de sus regiones, de la necesidad de expansión de los grupos encerrados en comarcas pobres, que a la larga atenúan los contrastes, hacen resaltar la equivalencia de las mezclas raciales, a pesar de sus distintos matices, crean una solidaridad de defensa o unos vínculos económicos y una cultura común. Todo ello hace de la Península ibérica una diversidad abigarrada, imposibilita la uniformidad y crea una posibilidad de unidad, dificultada por múltiples factores.⁴

NOTAS

1 Sobre la complejidad de los factores que intervienen en el proceso histórico español y un ensayo de discriminar la evolución indígena de las intervenciones de las superestructuras: Bosch-Gimpera, *España* ("Anales de la Universidad de Valencia", 1937); Id. *Para la comprensión de España* ("Cuadernos Americanos", II, Núm. 1, México, 1943, pp. 153 y ss.); Id., *España, un mundo en formación* ("Mundo Libre", Núms. 19-20 y 21, México, 1943). Ver también: S. de Madariaga, *España* (3ª edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1942), pp. 25 y ss. y Waldo Frank, *España virgen* (2ª edición, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1941).

2 La mejor visión sintética de la geografía de España y de su relación con los fenómenos históricos en L. Martín Echeverría, *España. El país y los habitantes* (México, Atlante, 1940). Ver también A. Jiménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón* (Barcelona, Labor, 1930).

3 P. Vila, *La fesomia geográfica de Catalunya* (Barcelona, 1937) y *La división territorial de Catalunya* (Barcelona, 1937, publicación de la Generalidad de Cataluña), redactado en su mayor parte por el propio profesor P. Vila.

4 Sobre la unidad peninsular y sus dificultades, ver los estudios citados en la nota primera y las páginas 22 y siguientes del de Madariaga.



CAPITULO II

LA MAS PRIMITIVA BASE ETNICA DE LA PENINSULA (PALEOLITICO Y MESOLITICO)¹

1. *Ambiente climático y geográfico*

El ambiente climático y geográfico en que se desarrolla el paleolítico español ha sido estudiado principalmente por H. Obermaier y, aunque sus variaciones a través de la sucesión de períodos glaciales e interglaciales europeos todavía no nos son demasiado conocidas, pueden señalarse algunos puntos interesantes.

Focos glaciares, menos intensos que los del norte de Europa y de los Alpes, se reconocen, en la Península, en los picos de Europa, picos de Cornión, montañas galaico-leonesas, Sierra de Estrella, Sierra de Béjar, Sierra de Gredos, Sierra de Guadarrama, Montes Ibéricos en su mitad septentrional y en Sierra Nevada. En el centro de España, en la provincia de Ciudad Real, así como en el nordeste (Olot, en la provincia de Gerona), existían focos volcánicos activos, en el último con erupciones todavía en el período epiglaciar.

Generalmente se cree que el estrecho de Gibraltar se abrió durante el terciario y que las Baleares formaban ya entonces



una región aislada y de fauna independiente (Obermaier); pero, según los estudios más recientes sintetizados por O. Jessen, queda precisado que la apertura ocurrió durante el plaisanciense o sea en el plioceno inferior y que durante el plioceno superior y el cuaternario antiguo hubo una nueva emersión de tierras, quedando a mayor altura que en la actualidad y siendo probable que España y Africa se uniesen entonces de nuevo por un puente, hasta una nueva submersión producida en el cuaternario medio. Según esto, el paso de Africa a Europa y viceversa sería posible, por tierra, desde fines del terciario y a principio del cuaternario, durante el primer período glacial de Günz y el subsiguiente interglacial, quedando interrumpida la comunicación por tierra a partir del segundo glacial (Mindel), y luego avanzando y retrocediendo la línea de la costa en distintas oscilaciones hasta alcanzar la actual, lo que debió suceder hacia el mesolítico.²

La flora nórdica debía dominar sobre todo en la *zona norte de España*, en donde el clima debía ser semejante, en los períodos glaciares, al del sur de Francia. En la *meseta* interior dominaba un clima como el que hoy tiene Polonia. En las bajas llanuras y zonas costeras no sabemos cuál fuese entonces el clima; pero en la *zona mediterránea*, región entonces del bosque, sobre todo en la etapa final del cuaternario, debió reinar un clima mucho más templado, aunque no tanto como en la actualidad.

Con el clima frío del paleolítico superior, en el norte de España, vivió también la *fauna nórdica*: el reno se extendió por la zona costera cantábrica y por Cataluña, así como con las corrientes marinas frías llegó la foca groenlandesa al golfo de Vizcaya. Del centro de España, anteriormente, se conocen restos de elefante antiguo. En los interglaciares, España tuvo la fauna correspondiente a esos períodos, extendiéndose por ella el rinoceronte. El final del paleolítico inferior tiene todavía en



España, como en Italia, la *fauna cálida* del último período interglaciar, que persiste en la zona mediterránea.

El arte rupestre ha conservado representaciones que completan los hallazgos fósiles en el norte de España, de la fauna nórdica del paleolítico superior: reno, mamut, oso de las cavernas, bisonte, etc. El este y sur de España hasta ahora no ha proporcionado, en las representaciones artísticas, más que especies indiferentes al clima y apropiadas para la caza, como ciervos, cabras monteses, jabalíes, toros, caballos salvajes y, además, alces, gamos, asnos salvajes (hemión), cánidos, aves, peces y aun arañas, moscas y abejas.

2. El *paleolítico inferior*

Después de la etapa eolítica terciaria de Otta en el valle del Tajo en Portugal, la primera población conocida por la Península en el paleolítico inferior, no representa la cultura más primitiva que sea dable imaginar o que se haya conocido en Europa occidental en las etapas prechelenses. Los primeros rastros de población humana españoles de la época *chelense* o *abbevi-liense* pertenecen a recolectores y cazadores inferiores, como lo denota el campamento de cazadores de elefantes (*elephas antiquus*) de Torralba (provincia de Soria) cerca del Jalón, que revela una cultura de hachas de mano del tipo del norte de Africa y de la Europa occidental. Otro yacimiento importante de la misma cultura es el de las terrazas del Manzanares junto a Madrid (San Isidro), que parecen comenzar a estar habitadas en el primer período interglaciar con *chelense* y *clactoniense* antiguos, y rastros de aquella cultura *chelense* se encuentran también en el sur, en los alrededores de Algeciras y de la laguna de la Janda (provincia de Cádiz), lo mismo que en el Alemtejo (Portalegre y Arronches), en las zonas costeras portuguesas (alrededores de Lisboa, aluviones de Mealhada al norte de Coim-



bra, etc.) Con el abbeviliense se halla asociada, en el Manzanares, la industria de lascas, característica de la cultura *clactoniense* de Inglaterra y Francia. Posiblemente todo ello representa la coincidencia en España de varios tipos de población, unos de origen africano análogos a los que desarrollaron el cheleo-achelense de Marruecos y Argelia y otros que, durante el segundo período glacial, huían del clima más frío del norte de Francia. Estos últimos debían ser bandas de cazadores que se hallaban ya en posesión de la asociación del abbeviliense y del clactoniense. La presencia del *elephas antiquus* en Torralba se ha explicado imaginando que este animal emigró a la zona fría de la meseta huyendo del calor que se acentuaba en las regiones de la costa mediterránea durante el primer interglacial. La ausencia absoluta, hasta ahora, de hallazgos abbevilienses en el este de España y su aparición, en cambio, en el sudeste y en el occidente de la Península, hace pensar que la corriente africana debió llegar por el estrecho de Gibraltar cerrado durante el abbeviliense (primer interglacial) y extenderse hacia el norte, tomando los caminos del Guadiana y del Tajo, a lo que corresponderían los hallazgos portugueses: éste sería también el camino del replegamiento de los elefantes.

Es difícil todavía aclarar el problema de los orígenes de las culturas paleolíticas más antiguas. Si, como parece actualmente, es probable que en sus principios se diferenciases grandes áreas de cultura, lo que dió por resultado el desarrollo de la de lascas en la parte más septentrional habitada del Viejo Continente, desde Inglaterra y Alemania hasta el Asia central, de la que en Europa occidental es expresión el clactoniense y sus derivados, y de la de nódulos en sus distintas variedades de hachas de mano en sílex, cuarcita o en simples cantos rodados ("pebble"), que se difunde por occidente y sur de Europa, norte y este de Africa y el Asia anterior, desde donde avanza hacia el este por el sur del Viejo Continente, parecería que el



foco originario de la cultura de los nódulos y por lo tanto de las hachas de mano habría que buscarlo en una amplia zona del norte de África. Por el estrecho de Gibraltar, todavía no abierto, llegaría al sudoeste de la península, a su centro y quién sabe si a la misma Francia, en donde el abbeviliense sería un desarrollo local que muy pronto estuvo en contacto con la cultura de lascas del clactoniense, desarrollándose en forma autónoma y repercutiendo hacia atrás hasta la Península ibérica. La cultura de las lascas acaso se forma en la propia Europa, teniendo sus raíces en los eolitos de fines del terciario y en su evolución que iría a parar al clactoniense.

En el segundo período interglaciar³ se desarrolla el *achelense antiguo* en el Manzanares, que es donde puede seguirse la evolución del paleolítico inferior con gran cantidad de materiales relacionados con las alteraciones de las terrazas del río, y cuyo estudio debemos, sobre todo, a Pérez de Barradas, P. Wernert y Obermaier. La cultura achelense, sigue asociada a tradiciones clactonienses (Clacton II), las cuales persisten hasta más tarde.

Del tercer período glacial no hay depósitos seguros en Madrid; pero aparecen con una gran complejidad de fenómenos en el tercer interglaciar, en el cual, a través de las alternativas de clima húmedo y seco, aparece el *achelense medio, superior y final*, asociado con la persistencia de la técnica clactoniense, a la vez que con sus derivaciones francesas, la *tayaciense* y la *levalloisiense* y, en el final, ya en el cuarto período glacial, con *influencias musterienses*, del musteriense de fauna cálida, así como con las *primeras infiltraciones* de la cultura africana de las puntas tenuifoliadas *esbaikienses*, todavía de tipo primitivo. En Madrid, según los últimos trabajos de Pérez de Barradas, no existe el verdadero musteriense, sino tan sólo una industria musteroide.

El achelense se extiende en forma más o menos típica, lo mismo que el chelense, sobre todo por el centro de España, por



la provincia de Cádiz, por Extremadura y Portugal y, en el norte, por Asturias y Santander, acaso también esporádicamente por Cataluña (costa).

El *musteriense* propiamente dicho penetró en la zona cantábrica, en donde tiene una representación típica en la cueva del Castillo (puente Viesgo) y en la cueva Morín, así como en otros lugares de la provincia de Santander y en Asturias. En Cataluña aparece un *musteriense* pobre en los abrigos de Capellades (provincia de Barcelona), así como en otros lugares de la costa oriental de España, siendo muy típico en la Cova Negra de Játiba y en la provincia de Almería (cueva de la Zájara: Zájara I, en Cuevas). En el sur, en la cueva de Devil's Tower de Gibraltar y en otros lugares de las provincias de Málaga, Granada, Jaén, Sevilla y Cádiz, así como en Extremadura y Portugal, llegando hasta la parte meridional de Galicia (provincia de Pontevedra).

En el *musteriense* aparecen los primeros *fósiles humanos*, conocidos en España: la mandíbula de las tobas de las márgenes del lago de Bañolas (provincia de Gerona) y los cráneos de Gibraltar, el conocido desde antiguo de Forbes Quarry y el descubierto más modernamente en la cueva de Devil's Tower, todos ellos neandertaloides.

3. Paleolítico superior

a) El "*matritense*" y las infiltraciones africanas *esbaikioterienses*.—En el paleolítico superior asistimos, ante todo, a la persistencia de la población y de las industrias de fines del inferior en el Manzanares, según Pérez de Barradas, quien hoy considera en esta forma buena parte de las culturas que antes creía pertenecientes al *musteriense* y que, ahora, cree poder fechar más tardíamente. Caen dentro de esta nueva etapa buena parte de las infiltraciones africanas *esbaikienses* y *aterienses* y la



que antes denominaba “musteriense ibero-mauritano” o “pre-capsiense” y que, hoy, por creer que representa un tipo de cultura autónoma de hojas y lascas de tradición achelense, musteriense y levalloisiense, que ni es musteriense ni tiene conexión con el ibero-mauretaniense de África, prefiere calificar de “matritense” para evitar confusiones.⁴

En el “*matritense*” se mezclan industrias de diversos tipos durante las etapas que representan la cuarta glaciación: una inicial, el “pre-matritense”, con los precedentes de la industria matritense (acaso equivalente a la etapa final del musteriense francés del “Abri Audi”) y tres *etapas climáticas* subsiguientes: una húmeda (equivalente acaso al retroceso del frío en Europa durante el auriñaciense inferior y medio con el protosolutrense), otra fría y seca (coetánea de la estabilización del frío en el apogeo del solutrense) y la última húmeda (contemporánea del nuevo retroceso del magdalenense). En las dos etapas climáticas intermedias se coloca la evolución del matritense propiamente dicho: I, equivalente al auriñaciense inferior; II, coetánea del auriñaciense medio y protosolutrense; III, contemporánea del auriñaciense superior y solutrense desarrollado.

Con la industria matritense se encuentran las siguientes asociaciones. Con el *matritense I*, las *puntas tenuifoliadas esbaikienses* puras, *influencias aterienenses* en raspadores pedunculados de doble muesca y *tipos auriñacienses* (hojas de dorso rebajado y raspadores aquillados). Con el *matritense II*, una *infiltración aterienense* (pedicelo destacado por dos muescas), raspadores aquillados *auriñacienses* medios y una *influencia solutrense* primitiva (hojas de sauce y retoque solutrense). Con el *matritense III*, *puntas tenuifoliadas* de tipo fino, especialmente de laurel y de sauce, con retoque que corresponde más a la *influencia solutrense* que a la esbaikiense, que ha podido arraigar fuertemente en un ambiente afín como el que representa el es-



baikiense; las influencias auriñaciense y ateriense han desaparecido, lo mismo que el fondo levalloisio-musteriense. Hay que advertir que en el matritense faltan las puntas pedunculadas típicas del ateriense africano.

Parece, por lo tanto, que, a principios del paleolítico superior, llegó hasta el centro de España una infiltración de cultura africana, relacionada sobre todo con la cultura de Marruecos y del Sahara, que se coloca sobre la base indígena y que es modificada por influencias europeas auriñacienses y solutrenses.

A fines del paleolítico superior, con la desaparición de los influjos aterienses, esbaikienses y solutrenses, coincide la persistencia de la tradición indígena en una *etapa final* que cabe atribuir al *magdaleniense*, que parece representar una supervivencia confusa y decadente, con posibles influencias magdalenienses, propiamente dichas.

b) *El auriñaciense y el solutrense.*—El origen de las influencias auriñacienses y solutrenses en Madrid está relacionado con el *origen* de estas dos culturas en general.⁵ Generalmente se las supone llegadas a España desde Europa. Hay quien las cree ambas africanas (Reygasse), aunque, en cuanto al solutrense, esta teoría acaso no parezca del todo plausible y deba aceptarse, con Pérez de Barradas, que el solutrense es independiente del esbaikiense y que la analogía inicial de las formas facilitó el arraigo del solutrense en Madrid y su alianza con el esbaikiense, como se ha dicho.

El auriñaciense con sus tres etapas estratigráficas comprobadas en Francia: la cultura de Chatelperron con sus hojas típicas (auriñaciense inferior), auriñaciense medio y auriñaciense superior o cultura de La Gravette (con las puntas de la Font Robert en su etapa última francesa) representan un fenómeno sumamente complejo que Miss D. Garrod ha estudiado en su



conjunto, llegando a importantes conclusiones que parecen estar de acuerdo con las de Breuil.

De un centro desconocido en el Próximo Oriente y todavía a fines del paleolítico inferior salen influencias que introducen, como elemento forastero en las capas del achelense final de Palestina y del este de Africa (Kenya), hojas con tendencia a las formas de Chatelperron. En el principio del paleolítico superior, en el este de Europa y en Siberia, hay un complejo algo confuso de formas musterienses supervivientes y auriñacienses poco típicas. En el norte de Africa, sobre una base arcaica de formas levalloisio-musterienses se desarrolla el llamado aterriense, hoy perteneciente sin duda alguna al paleolítico superior, con sus puntas pedunculadas, cultura que parece centrarse en la margen norte del Sahara y en toda Africa Menor, pero que llega a Egipto en forma menos típica. Entre estas culturas marginales, a las que hay que añadir la continuación del acheleo-levalloisiense —que desde Kenya sigue hacia el sur de Africa evolucionando hacia la llamada cultura de Stillbay— comienza a propagarse desde el centro de formación en el Próximo Oriente, acaso desde el Irán, el auriñaciense.

Mientras en Palestina los tipos de Chatelperron —ya existentes allí intrusivamente en el paleolítico inferior— aparecen muy evolucionados y, acaso a través de Arabia, penetran en Kenya (auriñaciense inferior de Kenya), un movimiento paralelo lleva la cultura de Chatelperron al occidente de Francia, por caminos todavía mal conocidos, aunque probablemente a través de Europa, dejando un tenue rastro en Polonia.

En el período siguiente (auriñaciense medio) se desarrolla la cultura auriñaciense propiamente dicha en su centro de dispersión del Próximo Oriente, con raíces en el Irán o acaso más al este, conociéndose estaciones en Anatolia y Palestina, siendo muy abundante en la última región, desde donde no parece haber pasado. En cambio se extendió hacia Europa, en-



contrándose en Transcaucasia y en Crimea, así como en Rumania, Hungría y la Baja Austria y pasando al Occidente de Europa, en donde, además de por Francia e Inglaterra, se infiltra en la zona cantábrica (estaciones de la provincia de Santander) y probablemente también por la zona levantina, en donde aparece en el nivel inferior de la Cueva del Parpalló (Gandía, provincia de Valencia).

El nuevo período (auriñaciense superior) ve una persistencia marginal de la cultura del auriñaciense medio en Crimea y en Palestina; pero entonces se ha desarrollado un gran centro activo de evolución en Ucrania y el sur de Rusia, produciéndose los tipos llamados de La Gravette, con los que se propagan las estatuillas, como las conocidas desde antiguo en Willendorf y otras localidades europeas, arraigando en Moravia y la Baja Austria y pasando al occidente de Europa (Inglaterra, Francia, Italia y España). En España tiene un foco en las provincias de Santander y de Burgos y otro en Levante en la Cueva del Parpalló. El centro gravettiense de Ucrania y Rusia parece haber repercutido también hacia el sur en el Kurdistán; así como esta cultura continúa en forma decadente, cuando ya en Europa occidental se había formado el magdaleniense, tanto en el sur de Rusia, como en Italia (la llamada por algunos cultura "grimaldiense").

Así los diferentes períodos del auriñaciense (de los que llegan con seguridad a España sólo los dos últimos) representan sucesivas repercusiones del centro originario, relacionadas con posibles movimientos de pueblos. Otra explicación que no es aceptada por Miss Garrod y por Breuil es la de Peyrony, que cree el auriñaciense superior (gravettiense) una evolución del inferior, mientras que el medio representaría para él una intrusión de un nuevo elemento de cultura, que para algunos, como Menghin, procede de un gran círculo de cultura que usa preferentemente el hueso, cuyos orígenes buscan en Siberia y que



habría repercutido ya en el centro de Europa en diversos momentos.

El momento final del auriñaciense superior en Francia ve la aparición de los tipos pedunculados (puntas de la Font Robert). Acaso la producción de este tipo tiene alguna relación con influencias españolas que introdujeron formas originadas en el ateriense africano, el cual había hecho sentir su influjo ya en el matritense II (contemporáneo con el auriñaciense medio) y que contribuyó sin duda a la producción de las puntas pedunculadas con aletas del Parpalló en el nivel con gravettiense y solutrense desarrollado. En Levante, el solutrense tiene un foco importante en Cataluña (Cau de les Gojes de San Julián de Ramis, cerca de Gerona) y otro en el Parpalló, en la provincia de Valencia. En esta última aparece asociado con el auriñaciense medio y con el superior (gravettiense) en los respectivos niveles, en el último con tipos pedunculados relacionados con los aterienses africanos. El foco solutrense de la zona cantábrica está representado sobre todo por la Cueva del Cueto de la Mina (Asturias), en donde se hizo sentir igualmente la influencia de los tipos pedunculados.

Después del auriñaciense superior en el occidente de Francia y en la zona cantábrica, se intercala antes del magdaleniense en algunos lugares el solutrense. Hoy se atribuye al solutrense el carácter de una cultura local formada en Hungría y Polonia y regiones vecinas, en donde una primera fase, el llamado protosolutrense, influye en occidente en tiempo del auriñaciense medio, siguiendo la etapa de apogeo del solutrense (que en general es contemporáneo del auriñaciense superior o gravetiense). En realidad el solutrense, que falta en muchos lugares de Europa, no llena un verdadero período, y sólo en el oeste de Francia y en la zona cantábrica, a donde llega a fines del auriñaciense superior, constituye a veces un nivel posterior a aquél. En otros lugares aparece aislado. Ya hemos visto que en Madrid hace



sentir su influencia en el segundo período (que equivaldría al auriñaciense medio y al protosolutrense), y en el tercero (que sustituye al auriñaciense superior), en el que aparece el solutrense desarrollado.

En Levante, el solutrense tiene un foco importante en Cataluña (Cau de les Gojes de San Julián de Ramis, cerca de Gerona) y otro en el Parpalló, en la provincia de Valencia. En esta última aparece asociado con el auriñaciense medio y con el superior (gravettiense) en los respectivos niveles, en el último con tipos pedunculados relacionados con los aterienses africanos. El foco solutrense de la zona cantábrica está representado sobre todo por la Cueva del Cueto de la Mina (Asturias), en donde se hizo sentir igualmente la influencia de los tipos pedunculados.

El Levante español es una zona confusa en la que se cruzan diversas corrientes sobre una base local poco caracterizada en la que se desarrollan industrias de hojas atípicas, con núcleos en el sur de Cataluña y en la provincia de Castellón y que debieron ocupar todo el paleolítico superior. Sobre esta base penetran influjos auriñacienses superiores representados por tipos parecidos a las puntas de La Gravette (que faltan en el centro de España): taller de San Gregori (Falset, provincia de Tarragona), y, en el sureste, las cuevas de la segunda Zájara y de Ambrosio, ambas de la provincia de Almería, y Covalta (Buñol, provincia de Valencia). A la vez en el sureste se observa una infiltración ateriense (cueva del Serón, en Antas, provincia de Almería, y cueva del Parpalló, en Gandía, provincia de Valencia), la cual llegó a influir en el solutrense del Cau de les Gojes (San Julián de Ramis, provincia de Gerona) y aun repercutió en ciertos tipos del solutrense francés (sur de Francia). Finalmente a estas influencias se mezcla el solutrense, representado por tipos mezclados con el resto de la cul-



tura en el sureste en las cuevas del Serón (Antas), de los Murciélagos (Lubrín), de la provincia de Almería; en las de los Tollos y de la Bermeja (Mazarrón, provincia de Murcia), así como en Benidoleig (Alicante) y en la cueva del Parpalló (Gandía, Valencia).

Típica de estas asociaciones culturales es la cueva del Parpalló, explorada por L. Pericot, importante también por los documentos de arte mobiliario con pinturas y grabados relacionados con el rupestre, de que hablaremos más adelante. En ella se encontró una estratigrafía que contenía en la capa más antigua un protosolutrense aliado al auriñaciense medio, luego una importante capa con puntas de La Gravette y un solutrense muy desarrollado, conteniendo puntas pedunculadas y de aletas que parecen tener relación también con las influencias africanas aterienses de la cultura matritense y del ateriense africano.

c) *El capsienense y el magdaleniense.*—A fines del paleolítico superior, la cultura *capsienense* llega procedente de África y se extiende por el sur y sureste de España.⁶ Aparece en forma típica especialmente en la cueva del Hoyo de la Mina (Málaga); pero, según Obermaier, se extiende también por las provincias de Granada (Iznalloz), Almería (cueva Humosa, Serón) y Murcia (Las Pernerías, Palomas, Palomarico) e hizo sentir su influjo hasta más arriba: en el magdaleniense antiguo del Parpalló, posiblemente en toda la costa levantina, llegando en un momento avanzado hasta la provincia de Guadalajara (Alcolea del Pinar y Aguilar de Anguita). Obermaier admite también influencias en la cultura franco-cantábrica, incluso en su zona francesa.

El *magdaleniense* se extendió, desde Francia, en donde parece un desarrollo indígena local, tanto por la zona vasco-cantábrica-asturiana, llegando al norte de Burgos, arraigando en esta zona fuertemente, como por los pasos orientales del Piri-



neo, por Cataluña (“Bora gran d’en Carreres”, en Serriñá). Influye en el taller de San Gregori (Marsá, provincia de Tarragona), y en el este de España arraigó en las últimas capas de la cueva del Parpalló, llegando hasta la provincia de Almería (cueva de los Murciélagos, de Lubrín). Su influencia se hace sentir hasta en Madrid, en donde, después del matritense, sus influencias cierran el paleolítico superior.

La última etapa del paleolítico superior —que llena en Francia y en la zona cantábrica española el magdalenense, producido sin duda por evolución indígena en el occidente de Europa— convierte a este territorio en un hogar de cultura activo, mientras que en otros lugares se asistía a persistencias marginales de las culturas anteriores: ya hemos citado las persistencias de evoluciones gravettienses en Italia (grimaldiense) o en Ucrania y Rusia. A ellas hay que añadir el creswelliense de Inglaterra, que también continúa el gravettiense. En Crimea, lo mismo que en Palestina —que no parecen haber conocido el gravettiense— se había establecido el auriñaciense medio, el cual persiste hasta fines del paleolítico superior (Atliliense).

En Africa parece desarrollarse, aparte, una gran actividad creadora de tipos culturales. Toda su parte norte —llegando desde las costas occidentales de Marruecos a Túnez, por la costa, y de los territorios del sur tunecino hasta Egipto y aun con una prolongación en Kenya— parece ocupada por culturas emparentadas que forman lo que podríamos llamar el complejo capsense, del que hemos visto proyectarse una extensión en España. Son estas culturas la oraniense de la costa de Africa, la capsense propiamente dicha de los territorios meridionales tunecinos —en donde se halla Gafsa, la estación tipo—, el sebiliense egipcio y el llamado “auriñaciense superior de Kenya”. El sebiliense del Valle del Nilo, uno de los grupos más florecientes, parece tener sus raíces en la cultura anterior levalloisio-



musteriense con influencias aterienses, transformada por el chatelperroniense — acaso desde la cultura más o menos vecina del “auriñaciense inferior de Kenya”, a donde habían llegado, como se ha visto, tipos chatelperronienses desde el centro originario asiático a través de Arabia, como cree Miss Garrod.

No conocemos la suerte del antiguo ateriense que ha desaparecido de las regiones costeras de Africa Menor; pero que pudo muy bien perdurar en el Sahara occidental y enlazarse a través del mesolítico con los tipos pedunculados del sahariense neolítico.

El capsense, que también tendrá una larga historia —perdurando en el mesolítico (capsense superior) hasta el neolítico de tradición capsense, en su etapa de la última división cronológica del paleolítico (capsense inferior)— desarrolla ya la tendencia a los tipos microlíticos del micro-buril y de los microlíticos geométricos. Las localidades oranienses de Afalu-Bu-Rhummel (departamento de Constantina), para Vaufrey, al que se deben grandes precisiones en el estudio del capsense, pertenecen al “superior” o mesolítico; para Miss Garrod son en parte todavía del capsense inferior, o sea verdaderamente paleolíticas: geográficamente tienen gran importancia para señalar el posible camino hacia la extensión capsense española.

d) *El occidente de la península.*—El occidente de la península es mal conocido en el paleolítico superior, a excepción de la *región de Lisboa*, en donde hay restos muy poco típicos en los que se ha creído ver repercusiones del auriñaciense (Casal do Monte) y luego del magdaleniense (Cova da Moura, en Cesareda). En la costa del *norte de Portugal*, se ha supuesto que el paleolítico inferior del tipo de las hachas de mano persiste y se enlaza sin interrupción con la cultura mesolítica “asturiense”, lo que explicaría ciertas semejanzas entre ambas industrias.



4. *El arte del paleolítico superior y sus problemas*

El doble juego de las influencias francesa y africana parece reflejarse también en el arte del paleolítico superior. Ha podido hablarse, con razón, de la *provincia franco-cantábrica*, con el *arte mobiliar* y el *arte rupestre naturalista*, que tiene su apogeo en los frescos policromos de Altamira, pues la evolución de la cultura es de un paralelismo absoluto y parece corresponder a la identidad de la industria en la zona cantábrica y en el mediodía de Francia hasta la Dordoña y zonas vecinas.⁷

El arte “nórdico” parece haber llegado hasta muy lejos en España, pues, desbordando la cordillera cantábrica, aparece ante todo en el norte de la provincia de Burgos (cuevas Barcina en Oña y de Atapuerca en Burgos), se halla luego en el oeste de la provincia de Guadalajara (cuevas de La Hoz y de Los Casares en Santa María del Espino, cerca de Saelices) y llega al sureste y sur de España. En el sureste podrían considerarse de tipo franco-cantábrico las fases más antiguas de la cueva de Minateda y algunas representaciones relacionadas de Alpera, con animales grandes muy parecidos a los franco-cantábricos y distintos de los posteriores del arte “expresionista” levantino. En el sur han sido considerados por todos como de tipo “nórdico” los grabados de la cueva de La Pileta (Benaoján), y los de las cuevas de La Cala y de Doña Trinidad, en Ardales, todos en la provincia de Málaga.

Por el este de España, probablemente desde el sureste de Francia, se extendió el arte mobiliar “franco-cantábrico” por Cataluña en el magdalenense de (cueva “Bora gran d’en Carres”, Serriñá y Balma de S. Gregori en Falset), así como llegó a los niveles solutrenses y magdalenenses de la cueva del Parpalló (Gandía, Valencia).

Generalmente se ha creído el *arte “expresionista” del Levante y sur de España* de origen africano. Se propaga por los



macizos montañosos desde el sur de la provincia de Cádiz, por Sierra Morena (provincia de Jaén), por la provincia de Almería, por el sureste de España y, mientras llega hasta la serranía de Cuenca y la sierra de Albarracín por un lado, por otro sigue la vertiente oriental de la cordillera de la costa, por las provincias de Valencia (cueva de la Araña de Bicorp) y Castellón (barranco de la Valltorta, Morella, Cueva Remigia), hasta el sur de Cataluña (Perelló, Vandellós, Tivisa), iniciando un avance hacia el interior por el bajo Aragón (Cretas, Mazaleón, Alcañiz) y Ebro arriba (Benifallet), hasta llegar a las sierras al sur de Lérida (Cogul).

Tanto el arte franco-cantábrico como el de Levante pueden seguirse a través de distintas *fases*, que representan otros tantos períodos de su evolución. Ambos grupos parecen principiar en el auriñaciense (¿medio?). En el grupo naturalista del sur de España, representado sobre todo por la cueva de La Pileta, la evolución parece iniciarse, sin embargo, en el auriñaciense antiguo. En el arte cantábrico parecen faltar las manifestaciones artísticas en el solutrense; pero, en cambio, en Levante esta laguna queda llena con las placas grabadas y pintadas del Parpalló, que en el nivel solutrense ha proporcionado las obras de mayor vida. El magdaleniense ve el desarrollo de la policromía, que en Levante no pasa de ensayos (Minateda, Cogul) y que en el norte alcanza su máximo desarrollo (Altamira).

La extensión de tipos naturalistas por el sur y aun por el centro de España (Guadalajara), las relaciones mutuas de ambos grupos de arte paleolítico, así como los hallazgos del Parpalló plantean nuevamente el problema del *origen* de las culturas paleolíticas españolas y de su arte. A ello contribuyen también los hallazgos africanos y otros que pueden relacionarse con los españoles. Cabría pensar que el arte “expresionista”, tanto el levantino español como el africano, se hubiere desarrollado des-



pués de los impulsos recibidos en la propagación del arte naturalista franco-cantábrico hasta el sureste y sur de España.

En el norte del Sahara hay un grupo de arte rupestre de tipo naturalista cuya fecha paleolítica ya admite Obermaier.⁶ En la cueva Romanelli, en Lecce (Terra d'Otranto, Apulia), en un auriñaciense tardío (epiauriñaciense-grimaldiano), hay grabados de decoraciones geométricas como las que también aparecen en el grupo del sur de España y en el grupo todavía auriñaciense cantábrico. Semejantes grabados se hallan en una placa de piedra del capsense de El Mekta (Gafsa, Túnez). Un huevo de avestruz del capsense del Oued Mengoub (Tougourt, al sur de Biskra, en Argelia), tiene pintado en rojo un animal comparable a los de las placas solutrenses del Parpalló. Por otra parte, cada vez es más fácil encontrar paralelos entre el arte expresionista español y el que se extiende por las grandes zonas de Africa, llegando más tardíamente hasta el territorio de los bosquimanos actuales.

5. *El resultado final*

Con todas sus lagunas y complicaciones, que sin duda impiden hacer afirmaciones demasiado categóricas y que hacen más complejo el esquema admitido durante mucho tiempo, o sea la extinción de las poblaciones del paleolítico inferior y el contraste entre los dos pueblos y culturas del superior (franco-cantábrico y capsense), se precisan poco a poco las líneas de la evolución del poblamiento y de la etnología peninsular durante la última parte del paleolítico.

Sin duda la *población del paleolítico inferior* hubo de subsistir, por lo menos en parte, y es un elemento no negligible para la composición étnica de España. *Infiltraciones africanas*, comenzadas a fines del paleolítico inferior y continuadas en las primeras etapas del superior, llevaron elementos saharienses, con



el esbaikiense y el ateriense, a matizar las gentes de la meseta central y acaso del sur y sureste de España. No conocemos todavía el desarrollo del auriñaciense inferior, penetrando luego desde Francia la influencia del medio y del superior (grave-tiense).

La cultura auriñaciense parece debida a una inmigración europea que tuvo por punto de partida el occidente y el sur de Francia, penetrando en la Península por los dos extremos del Pirineo. Arraigando fuertemente en toda la zona cantábrica, desde ella, sus grupos extremos debieron emprender correrías hacia el sur, siguiendo paralelos a las estribaciones del sistema ibérico y, acaso por el camino de la Mancha, se infiltraron en el sureste, camino que fragmentariamente indican las pinturas de la provincia de Guadalajara y los estilos más antiguos de Minateda — si estos últimos pertenecen realmente al arte franco-cantábrico. Es incierto el camino de la infiltración hasta la provincia de Málaga (grupo de la Pileta, etc.), que se halla en la vertiente de la cordillera costera, lo que acaso haga pensar en el camino litoral. A estas expediciones cabría atribuir la influencia auriñaciense en el “matritense”, cuyas estaciones no están demasiado distantes de las cuevas pintadas de Saelices en la provincia de Guadalajara.

Desde el sur de Francia, otra infiltración de bandas pertenecientes a la cultura europea, por los pasos del este del Pirineo, pudo seguir el camino de la costa de Levante hasta instalarse en la cueva del Parpalló (Gandía), deteniéndose ante la barrera montañosa que separa las provincias de Valencia y de Alicante.

Los elementos europeos debieron mezclarse pronto, en estas extensiones hacia el sur, con los procedentes de la corriente africana que llevan hasta Madrid el ateriense, sin que sepamos todavía la zona máxima que pudo ocupar el ateriense, pero en sus bordes debían producirse contactos que infiltraron la



influencia ateriense, la cual introdujo los tipos pedunculados que arraigaron fuertemente en el solutrense del Parpalló y que desde allí irradiaron hasta Cataluña y el sur de Francia y aun hasta la zona cantábrica.

En las mezclas de pueblos del paleolítico superior y en sus correrías, se afirma la transformación general de la cultura europea, que pasa a la etapa de cazadores superiores del tipo que la escuela histórico-cultural considera como exogámica-patriarcal o totemista, pareciendo desarrollarse a fines del paleolítico superior la exogámico-matriarcal o de dos clases con el culto del cráneo (Pericot).

Desde Francia, posiblemente, oleadas sucesivas de pueblos reforzaron la identidad franco-cantábrica y llevaron, acaso, primero el *solutrense* y, luego, el *magdaleniense* al este de España. Estos últimos movimientos debieron coincidir con el de los pueblos *capsienses*, destacados de sus núcleos del norte de África y que se infiltraron por el sur y sureste de la Península, siguiendo acaso hasta más al norte y cruzándose con los elementos auriñacienses y solutreo-magdalenienses de aquellas regiones. Hay que seguir creyendo que el apogeo del arte expresionista levantino puede estar en conexión con la última oleada africana, capsiese, en las fases que se hallan emparentadas íntimamente con las pinturas semejantes de África. Es precisamente a fines del paleolítico cuando se afirman las diferencias entre ambos estilos en España y cuando se desarrollan ampliamente las composiciones con escenas de cacerías, de guerra, de danza ritual y otras, y cuando es frecuente la representación humana con sus tendencias a la estilización y a acentuar la expresión del movimiento en el arte levantino, coincidiendo con la llegada de las infiltraciones capsienes.

Una vez adoptado el arte por los pueblos capsienes españoles, en su zona de contacto con las infiltraciones de la cultura europea, en donde debió producirse una población muy mez-



clada (sur y sureste de España, Levante hasta el sur de Cataluña), el nuevo elemento cultural debió pasar a los pueblos capsioses africanos y arraigar entre ellos fuertemente hasta producir la larga evolución que, arrancando, todavía a fines del paleolítico, de los territorios meridionales tunecinos, el Hoggar y el Pezzán, se extendió poco a poco por el borde marginal de la zona del complejo capsiose hacia el Sudán y el África Oriental (Kenya), propagándose con las culturas mesolíticas de tradición capsiose (Wilton) hacia el sur, en donde arraigó de nuevo y persistió largo tiempo en el arte llamado “de los bosquimanos”.⁹

A fines del paleolítico superior, resultan netamente destacados los dos *grupos fundamentales de la población peninsular* que habrán de ser el punto de partida para la evolución ulterior y que la evolución cultural y los movimientos del mesolítico no harán sino precisar y acentuar: *el del norte franco-cantábrico* con una variedad portuguesa y *el del sur y sureste*, en el que, a pesar de los elementos auriñacienses y solutreo-magdalenenses, debió acabar por dominar el elemento capsiose. La antropología, de la que se tratará luego, contribuye sin duda a reafirmar estas conclusiones.

6. Mesolítico

El punto de partida de la evolución ulterior del poblamiento de España, de carácter indígena, se halla en esos dos grupos del norte y del este de España.

En el mesolítico el grupo de Levante parece extenderse ocupando grandes territorios del centro y oeste de la Península, siguiendo las cadenas de montañas en sentido occidental, según acusa la propagación del *arte rupestre esquemático* por la zona de las Batuecas en la provincia de Salamanca, luego por Beira y Tras os Montes en Portugal, y más tardíamente en el norte



de España, especialmente en Galicia, en donde perdura largo tiempo con caracteres especiales.¹⁰

El grupo de Sierra Morena con sus grandes núcleos en su parte oriental (provincia de Jaén y Ciudad Real), sigue hacia Extremadura, y por el sistema orográfico penibético sigue el arte esquemático en las sierras del sur de la provincia de Málaga y se prolonga hasta el sur de la de Cádiz (laguna de la Janda). Este arte rupestre esquemático arranca del expresionista del paleolítico, en sus primeras etapas representadas sobre todo en la laguna de la Janda y en las Batuecas, así como en la zona portuguesa limítrofe con la Extremadura española (Val de Junco al noreste de Arronches en la región de Portalegre). Entonces parece también, como el arte paleolítico, tener como finalidad la magia de caza, que sigue hasta las representaciones esquemáticas, en las que poco a poco se ha ido introduciendo la magia funeraria, con el predominio consiguiente de las representaciones humanas y con los signos de forma ininterpretable que dominan en las últimas etapas ligadas con las manifestaciones de este arte en las losas de los sepulcros megalíticos, incluso los de la época eneolítica más avanzada.¹¹ Con ellos pasa también a las zonas del norte de la Península (cultura pirenaica), en las que antes no hubo arte esquemático. En un cierto momento aparecen en las representaciones del arte neolítico figuras humanas tirando del cabestro de ciertos animales (¿caballos?), de Los Canforros (San Lorenzo, provincia de Jaén), en Sierra Morena, que parecen dar testimonio de la domesticación de los animales. A través de todo ello se sigue la continuidad de población a través del neolítico hasta las épocas avanzadas del eneolítico, que va transformando poco a poco su manera de vivir y su cultura, de acuerdo con las circunstancias de los nuevos tiempos. Seguramente en las zonas montañosas altas y en las mesetas interiores de España, los cambios climáticos del mesolítico no afectaron tanto la vida de las gen-



tes allí situadas, persistiendo el ambiente geográfico y económico anterior que se modificaba más lentamente que en las costas de clima más cálido, y esto explica que mientras en las últimas hubo una regresión cultural impuesta por la extinción de la caza y la dificultad de encontrar la subsistencia, las zonas interiores pudieron soportar la continuidad de la población, que sólo poco a poco fué transformando su antigua cultura.

En la zona norte de España, al aziliense de tipo epipaleolítico sigue la cultura *asturiense*, que aparece en concheros a la entrada de las cuevas en Asturias, con sus típicos cantos rodados con punta o “picos”. Contemporánea del “clima optimum” del mesolítico (que en las estaciones asturientes indica la abundancia de “trochus”, molusco de aguas calientes), es paralela del tiempo del mar de litorinas del Báltico, que en cierto modo representa un tipo de cultura “protoneolítica”. El asturiense evoluciona paralelamente en Galicia, en Asturias, Santander y el país vasco, y en Portugal, sobre todo en su parte norte, aunque hoy parece que debió llegar incluso al valle del Tajo (región de Almeirim, al noroeste de Muge), coincidiendo allí con la extensión de la cultura de tradición capsense del sur de España por la zona costera meridional. En el país vasco llega a su parte francesa (Biarritz) y en la parte española (Santimamiñe) ofrece algunas particularidades. Este asturiense del norte de España parece tener ciertas relaciones con el mesolítico de Bretaña (*Er-Yoh* en el Morbihan y *La Torche* en Finisterre) y con hallazgos de Irlanda. Una variedad asturiense la representa la *cultura del Montgrí* en el noroeste de Cataluña. Parece propia de la población paleolítica del norte que ha quedado aislada en sus montañas y a la que el cambio de condiciones climáticas ha obligado a cambiar de manera de vivir, volviendo a la recolección y reducida a alimentarse de moluscos (zona cantábrica) y principiando la do-



mesticación de animales de modo rudimentario (Montgrí). Con ello cambia casi totalmente su utillaje, volviendo a renacer tradiciones muy primitivas, con el canto rodado tallado a manera de hacha de mano, junto con útiles de hueso, supervivencias del paleolítico superior. Serpa Pinto ha llegado a creer que esta cultura tiene su origen en Portugal, en donde a veces se ha llegado a creer que en su parte norte debió existir una supervivencia marginal de la población del paleolítico inferior y de su utillaje, tratándose de relacionar el canto rodado con punta asturiense con las antiguas hachas de mano.¹²

La regresión a una etapa de recolectores de la población mesolítica la comprueba también otra estación encontrada en el sur de Cataluña y que a pesar de su utillaje poco típico parece más o menos relacionada con la del asturiense y de su extensión en el Montgrí, aunque allí no aparecen los cantos rodados con punta, pero sí cantos utilizados como utensilios. Es la cueva del Solá del Pep (Hospitalet, costa del sur de la provincia de Tarragona)¹³ ocupada también por comedores de moluscos, entre los cuales figura el “*trochus turbinatus*”. Es de notar que los *trochus* (*lineatus*) son característicos del asturiense cantábrico. La cueva del Solá del Pep representa la población miserable del mesolítico de Cataluña, lo mismo que algunas estaciones con sílex muy pobres de talla acusan un fenómeno paralelo en el interior de Cataluña y que pueden también corresponder al mesolítico (Les Planes en el Molar y la parte superior del taller del abrigo de Sant Gregori en Falset, ambas en la provincia de Tarragona) y los hallazgos de sílex cerca de la roca pintada de Cogul en la de Lérida, en la que también aparecen las pinturas esquemáticas, así como la continuación de esta cultura pobre puede reconocerse en los abrigos del Matarraña (Mazaleón, Alcañiz, Fabara y Fayón) en los límites de las provincias de Teruel y Zaragoza, de fecha incierta, pero en todo caso anteriores al pleno desarrollo neolítico.¹⁴



En el sur de España, aunque se conozca mal, debió existir un foco de cultura mesolítica que sigue la evolución del capsense africano, como lo demuestra la estratigrafía de la cueva del Hoyo de la Mina,¹⁵ en donde por encima del nivel con tipos del capsense típico aparece uno mesolítico con los microlitos del capsense superior, acompañados de moluscos entre los que existe el trochus, lo mismo que en los demás yacimientos mesolíticos españoles. Este foco mesolítico del sur de España debió ser más o menos paralelo del otro foco que encontramos en el valle del Tajo, en donde hoy ese grupo, según los últimos descubrimientos, parece coincidir con una extensión meridional de la cultura de tipo asturiense encontrada algo más al noreste de Muge, en los alrededores de Almeirim.¹⁶

El sur de Portugal (Muge en el valle del Tajo) recibió grupos de población capsense final con industria microlítica, en relación probablemente con el sur de España y el norte de África. Este capsense final parece seguir hasta bastante tarde, siendo uno de los elementos constitutivos del neolítico portugués. Así parece indicarlo la sucesión de tipos de los concheros portugueses. En ellos¹⁷ parece haber una primera etapa, que puede corresponder a la de comienzo del asturiense, y posiblemente ser de la época de la cultura de los bosques (maglemosense) del mesolítico, inmediatamente posterior al aziliense, que constituye una gran subdivisión del mesolítico y extenderse de 6,800 a 5,000 a. de J. C.: esta primera etapa la representa el conchero de Amoreira en Muge y se caracteriza por la elevación de las playas a un nivel más alto que el actual, por el clima caliente y húmedo y los microlitos en forma de triángulo alargado, con raros trapecios, muy parecidos a los del oasis de Négrine en el norte del Sahara (capsense final), semejantes a la etapa sauveterriense de Francia. Una segunda etapa, la del conchero de Arruda, con clima húmedo y muy caliente, subtropical casi, con la aparición en sus moluscos de los mismos meji-



llones que figuran en la segunda etapa del asturiense y con trapezoides parecidos al sauveterriense avanzado de Le Martinet y Montbani: esta etapa parece corresponder al clima óptimo y a la primera mitad de la cultura de Erteboelle en los concheros bálticos (5,000-4,000). Finalmente, en un período que corresponde acaso al de la solidificación de los concheros del asturiense cantábrico en el valle de Otta, con los microlitos trapezoidales aparece ya una hacha pulimentada en la sepultura del Vale das Lages. Representa la transición a la cultura neolítica (4,000-3,000), contemporánea con la segunda mitad de la cultura de Erteboelle en el norte de Europa, con la avanzada evolución del sauveterriense francés (Le Cuzoul en Gramat, Lot) y con el tardenoisense avanzado de Bélgica y Holanda. La cultura neolítica primitiva representada por la sepultura del Vale das Lages no es muy distinta de la que se encuentra en los primeros sepulcros megalíticos del norte de Portugal (Alvão) y de los alrededores de Lisboa (Pedra dos Mouros en Bellas), entre otros.

Esta cultura o un grado de transición semejante hacia el neolítico la representa no lejos de Muge, en Alemquer, la sepultura del Monte do Pedrogal, con sílex muy pobres (raspadores y hojita microlítica) y fragmentos de cerámica tosca.¹⁸

Los movimientos de pueblos del principio del mesolítico parecen haber afectado el este de España, llevando a Francia el capsense final que se encuentra muy puro encima de la capa aziliense de la Grotte de la Crouzade cerca de Narbona. Sigue propagándose hacia el norte (“sauveterrien”) y ocupa grandes zonas del occidente de Europa, evolucionando a través del “tardenoisense” propiamente dicho hasta entrar también en el norte de Francia como uno de los elementos constitutivos del neolítico avanzado. Aunque se ha querido a menudo poner el mesolítico de tipo microlítico del occidente en relación con otras culturas europeas (supervivencia de la cultura de La Gra-



vette del este de Europa) y que en el comienzo del mesolítico hay una tendencia general hacia la evolución microlítica, lo cierto es que, tanto en España como en el principio de la evolución, en Francia (La Crouzade: “les plus africains des silex français”, como dijo Cartailhac) la identidad con el capsense final africano es absoluta, habiendo dejado éste sentir su influencia también en el sur de España (capa mesolítica de la cueva del Hoyo de la Mina de Málaga). Por ello su propagación partiendo de la Península ibérica parece deducirse lógicamente. El sedimento capsense debió ser muy fuerte, en todo el sur y sureste de España, continuando la tradición microlítica capsense, no sólo en el neolítico portugués, como ya se ha dicho, sino en la cultura de Almería hasta muy tarde, propagándose con ella hacia el norte hasta Cataluña, en donde, en cambio, del paso de los capsenses en el mesolítico no debió quedar gran rastro, pues el elemento microlítico no aparece en el asturiense del Montgrí.

La población española, en el mesolítico, debía formar todavía grupos bastante dispersos y de poca densidad, con grandes zonas desiertas entre ellos. Los grupos humanos españoles, entonces, debían ser muy poco homogéneos desde un punto de vista racial y tendrían sin duda caracteres muy fluctuantes e imprecisos. Sobre esta base, en los tiempos siguientes neo-eneolíticos, al crecer y arraigar en sus territorios los antiguos grupos mesolíticos, con el desarrollo de la agricultura y la ocupación de las zonas desérticas, fueron constituyéndose y organizándose los grupos fundamentales de los pueblos indígenas de España, así como fijándose sus caracteres.

7. *La antropología*

La antropología, aunque es todavía muy mal conocida para los períodos aludidos, confirma indiciariamente lo que se ha dicho. Además de los *restos neandertaloides* de Bañolas y Gi-



braltar y de los pocos restos del paleolítico superior cantábrico (cráneo "cromagnonoide" de Camargo), y de Levante (cráneo femenino con afinidades cromagnonoides de la cueva del Parpalló), las semejanzas del arte levantino con el de África permiten acaso pensar en una población parecida a la africana del norte y del este en donde, con tipos muy avanzados de "homo sapiens", relacionados con posibles prototipos de las razas posteriores mediterráneas y camitas, se encuentran caracteres "negroidas" y aun "bosquimanos". Hasta el territorio de los últimos se extienden las pinturas semejantes a las levantinas españolas. A veces se han comparado las representaciones humanas con esteatopigia de éstas a la esteatopigia bosquimana. En el mesolítico español conocemos los esqueletos del capsense final de Muge que, a pesar de la tendencia reciente de Valois de agruparlos con la raza de Cro-Magnon y de negar o reducir la braquicefalia de algunos cráneos, en realidad representan una población mezclada de dolicocefalos y braquicefalos más o menos acusados, en los que pueden persistir caracteres de razas paleolíticas semejantes a las europeas del auriñaciense (Combe-Capelle), pero con indudables elementos negroidas y pigmoidas.¹⁰ Así hay que imaginarse la población capsense del paleolítico. En realidad, en la de las culturas neolíticas de derivación capsense en África o en la cultura de las cuevas española, análoga, la mezcla de elementos antropológicos es muy parecida a la de Muge. De esta población, todavía no constituida definitivamente en el aspecto racial, con sus raíces en el norte de África y recogiendo supervivencias del paleolítico superior europeo (en el que a su vez debían recogerse también evoluciones y supervivencias que tienen su raíz en el paleolítico inferior), se constituyeron y se afinaron, en el neolítico, grupos paralelos de las razas mediterráneas del Atlas y de las penínsulas del Mediterráneo occidental, mientras, por otro lado, se precisaban los caracteres de los grupos de las regiones marginales del Atlas, del Sahara y del Sudán que dieron ori-



gen a los distintos pueblos camitas. De éstos, una de sus infiltraciones septentrionales llegó a España con la cultura neolítica de Almería, predominando luego en el sureste de España (después de absorber la población derivada de la del paleolítico superior y del mesolítico que contenía elementos capsienes junto con otros diversos) y representando, como veremos, el germen de los iberos históricos.

NOTAS

1 Para lo referente al paleolítico y al mesolítico, de los cuales hoy tenemos muchos materiales nuevos que obligan a considerar nuevos puntos de vista, ver sobre todo Pericot, *Historia de España*, vol. 1. También Obermaier en Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*. Sobre puntos especiales también los siguientes trabajos: Pérez de Barradas, *Nuevas investigaciones sobre el yacimiento de San Isidro* (Madrid), ("Archivo Español de Arqueología", Madrid, 1941, Núm. 43, pp. 277-303) y, del mismo, *Nuevos estudios sobre prehistoria madrileña*, 1, *La Colección Berto* ("Anuario de Prehistoria Madrileña", IV-VI, 1933-35, p. 1 y ss.), en donde (en las pp. 54 y ss.) se da el actual estado del problema de la climatología, estratigrafía (completado en este punto por el trabajo anteriormente citado) y de las culturas paleolíticas de la zona del Manzanares, revisándose y modificándose las conclusiones de trabajos anteriores. También: Conde de la Vega del Sella, *Las cuevas de la Riera y Balmori* ("Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas", 1930); Siret, *Classification du Paléolithique Supérieur dans le SE. de l'Espagne* ("XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques et IV session de l'Institut International d'Anthropologie", Portugal, 1930), (Paris, 1931); L. Pericot, *Las excavaciones de la cueva del Parpalló* ("Investigación y Progreso", VII, 1933); E. Jiménez Navarro, *Nueva estación parpallense* ("Anales del Centro de Cultura Valenciana", 1935); Obermaier, *Das Capsien-Problem* ("Germania", XVIII, 1934, pp. 160 y ss.); S. Vilaseca, *L'estació-taller de S. Gregori (Falset)*, (*Baix Priorat*), ("Memorias de la Academia de Ciencias de Barcelona", 1934.)



El profesor Pericot acaba de publicar su obra monumental sobre la Cueva del Parpalló: *La cueva del Parpalló (Gandía)*, (Madrid, 1942, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez), que no nos ha sido posible consultar por la dificultad, en las presentes circunstancias, de obtener un ejemplar de ella. Un breve resumen de sus conclusiones lo da A. A. Mendes Corrêa en su recensión de "Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnografia", vol. x, Porto, 1942, pp. 81-82.

2 O. Jessen, *Nuevas investigaciones sobre el estrecho de Gibraltar* ("Investigación y Progreso", Madrid, 1929, pp. 2-3).

3 Obermaier siempre había colocado las series arqueológicas del paleolítico más tarde que en el sistema actual de Breuil, que parece seguro y en el que el abbeviliense o chelense se coloca en el primer interglaciar Günz-Mindel. Obermaier retrasaba el abbeviliense hasta el segundo interglaciar Mindel-Riss; sin embargo, en su último libro parece inclinarse a adoptar el sistema de Breuil. Pérez de Barradas en su estudio citado (*Nuevos estudios de prehistoria madrileña*, 1), establece la correlación de los períodos, de acuerdo con el sistema de Breuil, con la estratigrafía del Manzanares. Para el sistema cronológico actual del paleolítico inferior europeo ver el último trabajo de Breuil que da su más reciente punto de vista: *The Pleistocene succession in the Somme valley* ("Proceedings of the Prehistoric Society", London, v, 1939, p. 33). Los anteriores trabajos que conservan actualidad son: Breuil, *La Préhistoire (Leçon d'ouverture au Collège de France)*, ("Revue des cours et conférences", 30-xii-1929, París, 1930); Breuil-Kosłowski, *Etudes de stratigraphie paléolithique dans la France, la Belgique et l'Angleterre* ("L'Anthropologie", xli, 1931, p. 449 y xli, 1932, pp. 27 y 291); Breuil, *Le Clactonien et sa place dans la chronologie paléolithique* ("Bulletin de la Société Préhistorique de France", Núm. 4, 1930) y Breuil, *Les industries à éclats du Paléolithique Ancien, I. Le Clactonien* ("Préhistoire", 1, 1932, p. 125). Ver también Ch. Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe* (Londres, 1940).

4 Pérez de Barradas, *loc. cit.* Para el estado actual de la prehistoria norte africana, ver: F. R. Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* ("Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology", Harvard University, xix, 1, Cambridge, Mass., 1941); Vaufray, *L'art rupestre nord-africain* ("Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine", Mem. 20, París, 1939). Hoy parece probable que el ateriense se



desarrolla en el paleolítico superior con posibles raíces en la evolución del acheuleo-musteriense del norte de África, a fines del que se forma el esbaikiense derivado de una facies local acheulense. El ateriense posiblemente ocupa todo el paleolítico superior en ciertas regiones, como el Sahara y quién sabe si también en la costa de Argelia y Marruecos. El ibero-mauritano de África hoy se tiende a llamarlo "oraniense" (*ob. cit.* de Vaufray y Wulsin). Es una facies local de la costa de Marruecos, Argelia y Túnez, paralela del capsien superior, aunque puede tener sus orígenes en el verdadero paleolítico superior, contemporáneo del capsien antiguo o "típico" y relacionarse con la evolución local del ateriense.

5 Para las cuestiones relacionadas con la clasificación vigente hoy del paleolítico superior europeo: Breuil, *Les Subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur Signification* (2ª edición del trabajo publicado anteriormente en el *Compte-rendu del "Congrès d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques"*, Ginebra, 1912), (París, 1937); Miss D. Garrod, *The Upper Palaeolithic in the Light of Recent Discovery* ("Proceedings of the Prehistoric Society", London, IV, 1, p. 1 y ss.); Hawkes, *The prehistoric foundation of Europe*, citado.

6 Obermaier, *Das Capsien-Problem*, citado. También: Vaufray, *Notes sur le Capsien* ("L'Anthropologie", 1933, pp. 457 y ss.); Vaufray, *L'art rupestre nord-africain* ("Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine", Mem. 20. Paris, 1939); *ob. cit.* de Wulsin. También Obermaier-Bellido, *El origen del hombre prehistórico*.

7 Creemos innecesario citar la bibliografía especial sobre el arte rupestre que se halla en las obras de Obermaier (*El hombre fósil*, 2ª ed.) y de Obermaier-García Bellido (*El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*). Sólo mencionaremos el trabajo de conjunto (ya incompleto) de J. Cabré, *El arte rupestre en España* (Madrid, 1915); la nueva publicación de las pinturas de Altamira: E. Breuil y H. Obermaier, *La Cueva de Altamira en Santillana del Mar* (Madrid, 1935, publicación de la Academia de la Historia); la publicación de los grabados de las cuevas de La Hoz y Los Casares en la provincia de Guadalajara: J. y E. Cabré, *Las Cuevas de los Casares y de la Hoz* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1934, pp. 225-254), (ver también "Illustrated London News", mayo 25 de 1935) y los últimos estudios de Obermaier, *Nouvelles études sur l'art rupestre du Levant espagnol* ("L'Anthropologie", 1937) y *Probleme der palaeolithischen Malerei Ostspaniens* ("Quartär", Berlín, 1, 1938), y J. B. Porcar, H. Ober-



maier y E. Breuil, *Excavaciones en la cueva Remigia (Castellón)* (Madrid, 1935).

8 Obermaier, en Obermaier y García Bellido, *El hombre prehistórico*, p. 117. Pinturas rupestres africanas de estilo idéntico en general al expresionista del Levante español que constituyen, en opinión de Obermaier, “un grupo cerrado que nada tiene que ver con las manifestaciones artísticas de la edad neolítica del Atlas sahariense. Este grupo lo integran las pinturas rupestres de estilo naturalista del Oued Bou Aluan, cerca de Kerakda; las de Telezzharen, junto a Mursuk, y las de la gruta de In-Ezzan, al sur de Rhat, ambas en el Fezzan; así como las del oasis de Ouenat, al sur del oasis de Kufra (Tripoli)... Debe buscarse en Africa Menor un tercero y nuevo centro de arte diluvial, con lo cual, probablemente, las más antiguas capas pictóricas de las citadas localidades saharianas pertenecerían a una antigüedad glaciár”. Seguramente algunas de las pinturas del Oued Djerat del Tassili des Ajjers en la zona fronteriza entre Túnez y Tripolitania pertenecen a este grupo: ver M. Reygasse, *Gravures et peintures rupestres du Tassili des Ajjers* (“L’Anthropologie”, 1935, pp. 534 y ss.), así como otras del Oued Mertoutek en el Hoggar: ver F. R. Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* (“Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology”, Harvard University, vol. xix, Núm. 1, Cambridge, Mass., 1941). Ver también L. Frobenius, H. Breuil, *L’Afrique* (“Cahiers d’Art”, v, Paris, 1930) y Frobenius-Obermaier, *Hádschra Máktuba* (Munich, 1925), lám. 118 (pinturas del Oued-bou-Alouan, cerca de Kerakda en el Atlas sahariano).

9 Poco a poco parece aclararse el problema de las culturas paleolíticas y del arte rupestre del sur de Africa, resultando una positiva conexión con las del norte africano. Desgraciadamente se conoce bastante bien sólo el norte de Africa, el este (Kenya y región de los lagos), Rodesia, el Zambezi, y el sur (Transvaal, Orange, Unión Sudafricana). Menos conocido es el Congo, Guinea, Somalilandia y Abisinia, así como la costa del este de Africa, y casi desconocido el Sudán. Con todo, las líneas generales del proceso evolutivo resultan bastante claras ya. El hecho decisivo parece ser la formación de un gran complejo emparentado con el capsense en la última etapa del paleolítico y en él debió aclimatarse ya entonces el arte rupestre emparentado con el levantino español. Mientras se extinguían las culturas de hachas de mano propiamente dichas (como las de Stellenbosch y Fauresmith del sur de Africa), parece haber persistido largo tiempo una cultura de raíces acheuleo-levallouisenses de manera marginal, de la que salió el llamado



“Middle stone age complex” del sur de Africa y la cultura de Stillbay que, con distintas modalidades y nombres, es conocida desde Kenya y la región de los lagos hasta la colonia del Cabo, perdurando largo tiempo a través del mesolítico y aun hasta más tarde en las zonas extremas (Stillbay, Bambata o Stillbay de Rodesia Smithfield). La cultura de Stillbay parece vivificada por influencias muy antiguas del complejo capsense y poco a poco es transformada o substituida por la cultura de Wilton que desde Kenya llega hasta el sur de Africa, en donde persiste largo tiempo (hasta tiempos modernos). Al margen de las culturas de Stillbay y de Wilton, en la zona del Congo y vecinas (penetrando hasta Kenya y Nigeria), se desarrolla bastante tarde (¿tercer milenario?) la cultura de Tumba, que también persistió largo tiempo, así como en el segundo milenario aparece en Kenya la cultura de Gumba con elementos neolíticos e influencias egipcias indirectas (las perlas de vidrio como las de Tell-el-Amarna que tuvieron gran difusión también en el Mediterráneo y en el occidente de Europa: ver el capítulo siguiente).

En este cuadro hay que discutir el arte rupestre centro y sur africano, que desde el enlace de la zona del Tibesti y del Sudán (las regiones todavía más desconocidas), pasó y arraigó fuertemente en Kenya y la región de los lagos, Rodesia, el Zambezi, y la Unión Sudafricana. Parece que en Kenya, en donde desapareció antes que en otras regiones más meridionales, debió estar relacionado con las culturas derivadas o influidas por el complejo capsense (Stillbay, Magosi, Elmenteita, Wilton). En Rodesia parece seguro que sus comienzos, por lo menos, están relacionados con la cultura de Bambata en la que se hace sentir sobre el complejo de raíz levalloisiense una influencia del capsense, acaso a través del mesolítico. En esta cultura de Bambata (o propiamente la de Stillbay de Rodesia) parece haber verdaderas conexiones entre los estratos arqueológicos y los estilos más antiguos de las pinturas, como ha demostrado Armstrong. En el territorio de Tanganika, probablemente la misma cultura de Stillbay y más tarde la de Wilton estuvo, asimismo, asociada con las pinturas rupestres, que en la Unión Sudafricana parecen deberse al mismo pueblo de la cultura de Wilton, cuyas últimas etapas se asocian con los bosquimanos. En cambio hay otro grupo de grabados rupestres, que en el Estado de Orange parecen relacionarse con la cultura de Smithfield y que ofrecen caracteres distintos de las pinturas y, en cambio, son muy semejantes a los grabados saharienses del norte de Africa, en opinión de Breuil, habiéndose encontrado por algunos relaciones entre los artefactos de la cultura de Smithfield con ciertas industrias de Egipto. Posiblemente, después de una corriente cultural introducida por los pueblos derivados del complejo capsense con las pinturas semejantes a las del Levante español, que arraiga-



ron en los vecinos pueblos de la cultura de Bambata-Stillbay y que se extendieron con la cultura de Wilton, llegó otra corriente de cultura, formada cuando ya en época neolítica se habían desarrollado los grabados saharienses, que fué a parar en el sur de África a la cultura de Smithfield. Un punto de enlace entre estos dos grupos de arte parecen darlo los grabados del desierto líbico del Djebel Ouenat, en su parte sur y al occidente de Nubia. Ver sobre el arte rupestre del este y sur de África sobre todo L. S. B. Leakey, *Stone age in Africa* (Oxford, 1936) y también la obra citada de Wulsin, *The prehistoric archaeology of Northwest Africa* (Djebel Ouenat en el desierto líbico). Ver también Breuil, *The palaeolithic art of North-East Spain and the art of the Bushmen: a comparison* ("Man", septiembre de 1930).

10 Para el arte post-paleolítico de España ver la publicación monumental de Breuil, *Les peintures rupestres schématiques de la péninsule ibérique*, I-IV ("Fondation Singer-Polignac", Paris, 1933-1935), y el volumen anterior: Breuil-Burkitt, *Rock paintings of Southern Andalusia* (Oxford, University Press). Ver también para Portugal: J. dos S. Júnior, *Arte rupestre (Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português*, Porto, 1942) y para Galicia: Sobrino Buhigas, *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae* (Santiago, publicación del "Seminario de Estudios Gallegos").

11 En la adopción del arte rupestre por el pueblo de los sepulcros megalíticos portugueses, pasa a éstos no sólo la etapa ya decididamente esquemática, sino una etapa semi-naturalista parecida a la de algunas figuras de cacerías. Ver las de la Orca dos Juncais (Castam, al norte de Viseu, Beira), en J. dos Santos Júnior, *Arte rupestre* (Porto, 1942), figs. 7 y 8 y también en G. Leisaner, *Die Malereien des Dolmen Pedra coberta* ("IPEK", Berlín, 1934, vol. IX, p. 32). Es interesante que la mayoría de los sepulcros megalíticos con pinturas o grabados análogos a los del arte rupestre post-paleolítico se hallan en el norte de Portugal (Tras-os Montes, entre Douro Minho, Douro, Beira); sólo más al sur se halla el dolmen de la Pedra dos Mouros (Belas, en la región de Lisboa) y el dolmen do Freixo (Évora). Este hecho se corresponde con la extensión de la cultura de las cuevas en Portugal que también ocupa el norte y el este hasta el nivel de Lisboa, al oeste de las estribaciones de la Serra da Estrela.

12 Las últimas publicaciones sobre el asturiense: Conde de la Vega del Sella, *Las cuevas de la Riera y Balmori* ("Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas", 1930); Id. *Asturienses, capsicienses y vascos* ("Homenagem a Martins Sarmiento", Guimarães, 1933, p.



405); Jalhay, *Uma nova hipótese sobre a utilização da industria lítica asturiense* ("Homenagem a Martins Sarmiento", p. 145); Jalhay, en *Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protobistoriques*, Londres, 1932, p. 95; R. de Serpa Pinto, *Observations sur l'asturien du Portugal* ("V Congrès International d'Archéologie", Alger, 1930, Alger, 1933); J. R. dos Santos Júnior, *Nova estação asturiense da foz do Carado Gandra* ("Comunicação ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1940); Fernando Russell Cortez, *Novos achados líticos nas áreas do Castelo do Queijo e da Ervilha* ("Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia", x, 1942, pp. 33 y ss.) Para la extensión de los tipos asturienses en el valle del Tajo, en una zona próxima a los concheros de Muge, en Almeirim: M. A. Mendes Corrêa, *Novas estações líticas em Muge* ("Memória apresentada ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1940).

Sobre los hallazgos asturienses del Montgri: M. Pallarès y L. Pericot, *Els jaciments asturians del Montgri* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", vii, 1921-26, p. 27, Crónica).

13 S. Vilaseca, *La Cova del Solà del Pep de l'Hospitalet del Infant (terme de Vandellós)*. ("Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya", 1938.)

14 Sobre Sant Gregori la publicación citada antes de Vilaseca. Sobre Les Planes del Molar: Vilaseca, *La industria del sílex a Catalunya, Les estacions tallers del Priorat i extensions* (Reus, 1936), pp. 40-42, y en la p. 111-112 del mismo trabajo menciona las estaciones de Mazalcón, Alcañiz, Fabara y Fayón. Los sílex de Cogul en Bosch-Colominas, *Pintures i gravats rupestres* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", vii, 1921-26, p. 20, figs. 30-40, Crónica).

15 M. Such, *Avance al estudio de la caverna del Hoyo de la Mina en Málaga* ("Boletín de la Sociedad Malagueña de Ciencias", 1920).

16 A. A. Mendes Corrêa, *Novas estações líticas em Muge* ("Memória apresentada ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1940).

17 A. A. Mendes Corrêa, *Les nouvelles fouilles à Muge* ("Compte-rendu du XV Congrès International d'Anthropologie Préhistorique et Vème session de l'Institut International d'Anthropologie", Paris, 1931); Id. *Novos elementos para a cronologia dos concheiros de Muge* ("Anais da Faculdade de Ciências de Porto", xviii, 1934); A. A. Mendes Corrêa, *Novas estações*



líticas em Muge ("Memória apresentada ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1940).

18 A. A. Mendes Corrêa, *A sepultura do Vale das Lages e os eolitos de Ota* ("Butlletí e la Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria", III, 1925, pp. 117 y ss.); Leopoldina F. Paulo, *Restos humanos do Monte do Pedrogal* ("Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1940).

19 Además de los estudios anteriores de Mendes Corrêa, valorados por nosotros al tratar de la antropología de Muge en *Etnología de la Península ibérica*, pp. 34-37, los últimos estudios del profesor portugués *Les nouvelles fouilles à Muge* (Portugal) citado, en donde discute las conclusiones de Valois en su estudio de *L'Anthropologie*, 1930, pp. 337-389, así como del mismo Mendes Corrêa, *Anthropologie et Préhistoire du Portugal* ("Bulletin des études portugaises", fasc. I, Lisboa, 1941) y Alfredo Ataíde, *Novos esqueletos humanos dos concheiros mesolíticos de Muge* ("Comunicação apresentada ao I Congresso do mundo português", Lisboa, 1941). Ver también Coon, *The races of Europe* (Nueva York, 1939, pp. 63-64), quien se muestra escéptico en cuanto a la posibilidad de determinar los caracteres raciales de los hombres de Muge, aunque ve posible la semejanza con los natufienses de Palestina y un origen inmediato en África. Después de los recientes hallazgos africanos (hombres de Mezhta el Arbi pertenecientes al capsense superior y hombres de Afalu del oranense) creeríamos deber insistir en muchos de nuestros puntos de vista consignados en la *Etnología de la Península ibérica*, considerando a los hombres de Muge como relacionados con dichas razas africanas, en las cuales también aparecen caracteres arcaicos que a menudo se han comparado con la raza de Combe Capelle. Probablemente se trata de supervivencias de rasgos en relación con toda la evolución antropológica durante el paleolítico superior en Europa y en África, que parte de una base muy primitiva, sin que todavía haya cristalizado en la formación de razas definidas que no debió tener lugar sino después del mesolítico. En todo caso los hombres de Muge pueden seguir considerándose como representativos de la antropología del capsense y de sus relaciones, e indudablemente jugaron un papel importante en la evolución antropológica del neolítico de la Península ibérica.



CAPITULO III

LA FORMACION DE LOS PUEBLOS INDIGENAS

Cualesquiera que sean las mezclas y los distintos elementos fundamentales de la población paleolítica de España, durante el neo-eneolítico parecen fijarse y precisarse de manera estable los caracteres de sus grupos de pueblos, paralelamente a su transformación en pueblos sedentarios. Estos, sin abandonar el pastoreo, que desde entonces será característico de grandes zonas de España, especialmente de las montañosas, desarrollan la agricultura y hasta un principio de vida urbana en poblados y, a veces, en núcleos más importantes que casi merecen el nombre de ciudades (Los Millares).

1. *El pueblo de la cultura de las cuevas*¹

La mayor parte de la península parece haber sido ocupada o estar en vías de serlo progresivamente, entonces, por los descendientes del pueblo del arte rupestre "expresionista" paleolítico de Levante, que se iba transformando en "esquemático", por la progresiva estilización, y que, de acuerdo con la evolución ideológica de la época, transformaba también su objetivo: a la magia de caza y de guerra iba sustituyendo, poco a poco, la ma-



gia aplicada a las nuevas formas de vivir (representaciones de Sierra Morena con animales domésticos), y al culto de los muertos, que culminará al ser adoptadas las últimas evoluciones del arte esquemático en las culturas megalíticas de la península (representaciones en las paredes de los sepulcros megalíticos, santuario dolménico de Peña Tú en Asturias, altar con signos esquemáticos de Capmany en la provincia de Gerona). Este pueblo, en España como en el norte de África (“neolítico de tradición capsense” de Vaufray),² forma la *cultura de las cuevas* con cerámica ornamentada con relieves e incisiones que, en España, tiene sus hogares en los antiguos centros del arte rupestre o parte en su expansión de ellos, y en África va unida a un utillaje de derivación capsense. En este pueblo se debieron amalgamar los descendientes de las infiltraciones capsenses de fines del paleolítico superior y del mesolítico, así como los restos de otras poblaciones paleolíticas del este, centro y sur de España.

Los pueblos en cuestión debieron avanzar por las cadenas montañosas en los tiempos en que se transformaban de cazadores en pastores, hacia el oeste, llegando a las tierras portuguesas, y esta evolución debía realizarse paralelamente a la de los pueblos análogos, no sólo de África (zona del Atlas), sino del sur de Francia, sobre todo en el noreste del Pirineo, llegando hasta las vertientes occidentales de los Alpes (Saboya, Suiza) y hasta los Alpes marítimos y la Liguria italiana. Acaso hay que considerar como grupos autónomos de la cultura de las cuevas, formada por pueblos neolíticos de derivación capsense, ciertos grupos de Italia meridional y de Sicilia (cultura de Stentinello), aunque muy pronto éstos reciban la influencia de otros pueblos y culturas, especialmente de las de la zona montañosa del este del Adriático y del Egeo.

La dispersión geográfica de la cultura de las cuevas en la Península coincide con la del arte rupestre esquemático, en general. En la mitad centro, sur y oeste de la Península se for-



man *grupos regionales* con predominio de los ornamentos incisos y análogos a los de África, mientras en la parte este y nordeste de España predominan los relieves. La divisoria parece ser el sistema orográfico ibérico. En la zona de predominio de las incisiones hay que distinguir el *grupo del Macizo Penibético*, que coincide geográficamente con el grupo de arte esquemático de Sierra Morena y del sistema penibético (hallazgos de Vélez Rubio y de la Cueva de los Murciélagos cerca de Alburjol, Cueva de la Mujer en Alhama, Hoyo de la Mina y Cueva Tapada cerca de Málaga, La Pileta en Benaolán, Gibraltar). El *grupo de Extremadura* (Conéjar, Boquique), *Salamanca* (poblado del Cerro del Berrueco), *Avila* y *Segovia* (Cueva de la Solana de la Angostura, cueva Nogaleta), se apoya en los macizos montañosos de sierra de Gata-Gredos-Guadarrama. Los montes del este y del norte de la meseta castellana, en sus dos vertientes, parecen pertenecer al *grupo con relieves del norte de España*, aunque reciben influencias, que se intensifican a medida que avanza el eneolítico, de los grupos incisos: este grupo comprende las provincias de Soria (Cueva del Asno, poblado del Sabinar en Montuenga), Logroño (Cueva Lóbrega) y Burgos (Cuevas de Ameyugo y de la Miel, esta última en Oña, Cueva de Atapuerca), infiltrándose también en la vertiente cantábrica (Santander: cueva de Canto Pino en Iruz, niveles neolíticos de las cuevas del Castillo y de Hornos de la Peña). La llanura de Madrid fué alcanzada también por esta cultura de las cuevas con cerámica con relieves (fondos de cabaña de las Mercedes), así como se encuentra en la región de las terrazas al occidente de la serranía de Cuenca (cueva de Segóbriga en Uclés).

Los montes de *Portugal* (Tras-os-Montes, entre Douro e Minho, Beira, Serra da Estrela, hasta las cercanías de Lisboa) parecen formar un grupo emparentado al de Extremadura-Segovia (Outeiro Seco, Mairos, en el norte, cueva Furninha de



Peniche en la costa, bastante más al sur del Mondego), dependiente acaso de los pueblos del arte rupestre esquemático conocido sobre todo en los valles de las Batuecas.³ Esta cultura se mezcla a la megalítica formada en Portugal, probablemente en sus regiones montañosas del norte (Tras-os-Montes y Beira), hallándose influencias de la cultura de las cuevas en la cerámica de los sepulcros megalíticos de los alrededores de Figueira (Cabeço dos Moinhos).

Todo el *este de España* parece haber pasado por una etapa correspondiente a la cultura de las cuevas, que arranca de los nudos montañosos del sureste de España (en donde se encuentra en Vélez Rubio en la alta provincia de Almería, perteneciente a la vertiente oriental del sistema penibético). Aunque esta etapa es mal conocida, existen los hallazgos de Náquera (provincia de Valencia) y del Grao de Castellón, persistiendo la cerámica del tipo de la cultura de las cuevas aun después de la expansión de la cultura de Almería por el Levante (cuevas de La Valltorta en la provincia de Castellón y otras, en el sur de Cataluña y en el bajo Aragón). La mayor parte de Cataluña pertenece, asimismo, a la cultura de las cuevas que llega hasta la Cerdeña (cuevas de Olopte y de la Fou de Bort) y al Pallars (cueva de Las Llenas en Eriñá). El mismo fenómeno puede comprobarse en las montañas al sur de la línea del Montsech y de la sierra de Guara (cueva del Moro en Olvena, poblados de San Blas y El Juncal en el Bajo Alcanadre) así como en las sierras del norte de Navarra (Echauri, cerca de Pamplona), que en realidad pertenecen al sistema pirenaico.

En una etapa avanzada, los pueblos de la cultura de las cuevas, que han evolucionado hacia una etapa agrícola más o menos progresiva, *colonizan las llanuras* del centro de España y del valle del Guadalquivir, así como en Portugal se extienden en el valle del Tajo, en donde coinciden con las gentes de los *kioekkenmoeddings* del capsense final de Muges, los cuales a



finés de su ocupación del lugar, parecen haber conocido también la agricultura (hachas neolíticas de la sepultura del Valle das Lages en Otta, asociadas con sílex “tardenoisenses”).⁴

En las comarcas interiores de Cataluña al sur del Montsech queda aislado muy puro un grupo de la cultura de las cuevas (Cuevas del Foric, del Tabaco, de l’Aigua, Negra), que culmina en la cueva de Tartareu y en la Balma del Segre, mientras en el sur de Cataluña se mezcla con las infiltraciones almerienses y las influencias del vaso campaniforme (cueva Fonda de Salamó, cueva del Cartañá, cueva de Escornalbou). Otro grupo puro de la cultura de las cuevas queda aislado en las vertientes meridionales de Sierra Nevada (Hoyo de la Mina, Cueva Tapada). En esas etapas avanzadas se propaga la *decoración cardial* (Montserrat, cueva de la Sarsa en Bocairente, Vélez Rubio) que tiene paralelos en África en Marruecos (Aschakar) y en Argelia. Los grupos avanzados de cerámica cardial parecen contemporáneos de las primeras etapas del vaso campaniforme (estratigrafía de la cueva Forat del Pany en Cataluña, con una primera capa con cerámica cardial y otra superior con vaso campaniforme II).

Los grupos de las llanuras del Guadalquivir, del Guadiana y del Tajo, durante la colonización de estos territorios, evolucionan su decoración en el sentido de la *cerámica del vaso campaniforme*. Este tipo se infiltra también en la vertiente septentrional del macizo Gata-Gredos-Guadarrama hacia las llanuras de Salamanca (Berrueco) y de Palencia (Tejares del Otero) y gana también el alto valle del Duero, extendiéndose igualmente entre los grupos de la cultura de las cuevas de la alta provincia de Burgos, próxima a La Montaña, así como, en el este de España, por Valencia y Cataluña.

El vaso campaniforme experimenta un largo desarrollo con *distintos estilos* sucesivos: I, Palmella-Acebuchal-Ciempozuelos (estilo clásico) que penetra en la capa inferior de la cueva del



Somaén (sur de la provincia de Soria en la cuenca del Jalón), llegando al sur de Cataluña (cueva Fonda de Salamó) y al sur de la provincia de Valencia (estaciones de Bélgida); II, estilo menos perfecto, pero con las mismas decoraciones, representado en general en todas partes, pero apareciendo de manera típica y separado estratigráficamente del primero en la segunda capa de la cueva del Somaén; III, estilo decadente con decoraciones simplificadas, representado sobre todo en su extensión por el este de España y en Cataluña, en el cual se introducen las decoraciones hechas mediante la impresión de una cuerda, venidas del centro de Europa a través de Francia; tampoco falta este estilo III en Portugal en la propia cerámica de Palmella, así como se introduce en la cultura megalítica de Galicia (Puentes de García Rodríguez). Estos dos últimos estilos son los que más se propagan en Cataluña, partiendo de los grupos de las montañas de la alta cuenca del Tajo pertenecientes al sistema ibérico, influyendo en la cultura pirenaica del norte de Cataluña y, a través de ella, propagándose por el sur de Francia y llegando hasta Alemania y la cultura megalítica nórdica de Dinamarca (Kirke Helsing: estilo II y Gross Bornholt: estilo III), por una parte y, por otra, desde Holanda hasta las Islas Británicas.⁸ Muy pronto el primer estilo se propagó por los países del Danubio, en donde arraigó fuertemente en Bohemia y Moravia, no sabemos bien por qué camino, si por el de la cultura pirenaica y del sur de Alemania o por el del norte de Italia a través de la cultura de Remedello y del camino del Brennero hacia el alto Danubio. Los últimos estilos del vaso campaniforme desde Almería ganan el Mediterráneo occidental, propagándose por Cerdeña, Sicilia e Italia.

No se debe creer, sin embargo, en una migración de pueblos que lleven el vaso campaniforme a través de Europa, como han creído muchos desde Schliz y Schumacher, para la Europa central. Los pueblos de Andalucía y de la cultura de las cuevas



de España no se movieron. Tan sólo los pirenaicos han podido recorrer en sus movimientos de pueblos pastores, los territorios entre los Pirineos y los Alpes y la Borgoña, infiltrándose entre los indígenas de la cultura de las cuevas del sur de Francia. Las restantes transmisiones se operaron indirectamente, mediante las relaciones con los pueblos del este de Francia y de éstos con los territorios renanos o por relaciones marítimas de comercio entre la costa oriental de España con las islas del Mediterráneo occidental, la desembocadura del Ródano e Italia. Tan sólo en la zona marginal de la extensión del vaso campaniforme (Holanda y el Danubio) se vuelven a encontrar grupos de pueblos que se mueven. Pero una emigración desde el sur de España hacia la Europa central es del todo imposible. Hay que tener esto presente al considerar el problema general del vaso campaniforme, así como, para la cronología que se establece mediante la asociación de esta cerámica con culturas no españolas, deben tenerse en cuenta las diferencias de los estilos del vaso campaniforme.⁹

La etapa del vaso campaniforme representa el *apogeo de la cultura eneolítica* y un período muy largo de relaciones comerciales y de desarrollo de la *metalurgia*, paralelo de las relaciones de las demás culturas de la Península ibérica con los países atlánticos y mediterráneos.

El estilo clásico de Palmella-Alcores-Ciempozuelos parece haberse desarrollado antes de 2,500, el estilo II que llega ya a Alemania entre 2,500 y 2,300 y el estilo III decadente entre 2,300 y 2,100, así como los estilos que continúan su evolución en el Rin, en Holanda y en la Gran Bretaña, y comprenden el hallazgo de Bigum en Dinamarca, evolucionan en un cuarto estilo entre 2,100-1,900, continuando acaso hasta más tarde en la Gran Bretaña. En España no hay nada que corresponda a este estilo IV, exclusivo de las zonas marginales del vaso campaniforme europeo.



2. *El pueblo almeriense y los iberos*

La *cultura de Almería* representa sin duda nuevas infiltraciones africanas, relacionadas con la cultura “sahariense”, a la vez que con los antepasados de los iberos históricos. Después del desarrollo almeriense en el sureste de España, esta cultura avanza a través del reino de Valencia, del sur de Cataluña, de una parte limítrofe de Aragón y penetra por el alto valle del Ebro y por lo que después fué la Celtiberia, incluso por La Mancha, llegando hasta Madrid y la alta Andalucía. En un largo espacio de tiempo, que va desde el fin del neolítico hasta la plena edad del bronce (cultura de El Argar), parece que la población de aquellos territorios quedó bastante unificada y que ha permanecido la misma hasta los tiempos históricos, a pesar de infiltraciones célticas de la edad de hierro en el Ebro, Cataluña y Celtiberia. La población anterior es borrada, aunque no de golpe, debiendo haber dejado rastros numerosos y aun grupos muy compactos e “iberizados” tan sólo superficialmente en sus regiones extremas, como la zona montañosa entre la provincia de Valencia y de Alicante, el sur de Cataluña, Celtiberia y el alto valle del Ebro (cántabros). En todo caso existió una fuerte influencia cultural que se extendió a los pueblos vecinos, no pertenecientes al grupo de los almerienses-iberos, como sucedió con los vascos-pirenaicos. Los almerienses fueron sin duda agricultores y mineros, como lo ha demostrado plenamente la explotación de la plata de los filones de Almizaraque, sumamente belicosos, en oposición a los indígenas de la cultura de las cuevas: mientras entre éstos se encuentran armas rara vez, abundan, en cambio, en los poblados fortificados y en las sepulturas de los almerienses.

La manera como los almerienses se apoderaron del país, en medio de poblaciones anteriores no destruídas y cómo, a la larga, acaban por predominar, puede seguirse, paso a paso, en



la propia provincia de Almería. En ella, algunas localidades pertenecientes a momentos avanzados del eneolítico (El Gárcel, por ejemplo), muestran un utillaje todavía capsio-tardenoisense, aunque evolucionado.⁷ Lo mismo sucede en las cuevas y lugares fortificados de la provincia de Castellón y del sur de Cataluña⁸ y en las sepulturas almerienses de los valles montañosos catalanes (comarca de Solsona), a donde van a parar los extremos de la infiltración almeriense. Igualmente, la persistencia en la zona montañosa, entre las provincias de Valencia y de Alicante, de la cultura de las cuevas o de la del vaso campaniforme (cueva de la Sarsa con cerámica cardial, localidades cerca de Bélgida con los diferentes estilos del vaso campaniforme)⁹ muestra la existencia de grupos intactos de la población anterior a los almerienses. Los grupos del sur de Cataluña (Salamó, Cartañá, Escornalbou, Sitges), representan una cultura y una población mezcladas.

¿Cómo y cuándo los almerienses llegaron de África? Es todavía difícil explicarlo. Hará falta, para ello, conocer mejor la evolución del África menor. En todo caso, aunque existen relaciones muy íntimas entre el neolítico “de tradición capsense” (en realidad el equivalente de la cultura de las cuevas de España) y lo que se suele llamar el “sahariense” propiamente dicho, no creeríamos nosotros en la homogeneidad de los dos grupos, tal como la mantiene Vaufrey.¹⁰ En todo caso la cerámica se mantiene muy distinta en ambos y este hecho va acompañado de la abundancia de puntas de flecha en el sahariense, lo que contrasta con su ausencia en el “neolítico de tradición capsense”, excepto en la zona limitrofe (cuevas de Redeyef en el sur de Tunisia), o en las escasas infiltraciones de puntas de flecha en el material de tradición capsense de las estaciones del borde meridional del Atlas, o en las igualmente excepcionales de la cueva de Saida en la meseta al sur de Orán, pasado el Tell-Atlas. Tales diferencias parecen tener raíces muy profun-



das en el paleolítico superior, en el contraste entre la zona esbaidio-ateriense y la cultura llamada oraniense de una parte y la capsiese de otra. Esto recuerda las diferencias paralelas existentes entre la cultura de las cuevas de España y la almeriense: en esta última la cerámica sin decoración parece ser la típica y va igualmente acompañada de abundantes puntas de flecha. Posiblemente los saharienses-camitas que dominaban la zona del Sahara se infiltraron a través del sur de Túnez y de Argelia y grupos suyos de la región de Orán se infiltraron a su vez en la costa almeriense de enfrente, desde donde siguió la penetración en el grupo marginal de la cultura de las cuevas de España.

Si la cultura sahariense aparece bien destacada de la de las cuevas de tradición capsiese en los territorios saharienses propiamente dichos, aparte de las infiltraciones de puntas de flecha mencionadas dentro del neolítico de tradición capsiese, en la región de las Mesetas y aun en la región de Orán no se conocen estaciones saharienses. Solamente es posible comprobar su influencia muy ligera a través de dichas infiltraciones y en algunas formas de cerámica que pueden compararse con algunas de la cultura de Almería española: este es el caso de un gran vaso esferoidal con cuello cilíndrico y fondo puntiagudo de la “escargotièrre” de la Batería española de Orán y de los vasos de fondo cónico con boca muy ancha sin decoración y fondo también puntiagudo de la Grotte des Troglodytes, asimismo de Orán, sin decoración, o en la gran jarra de la Batería española, con ligeras incisiones insignificantes en el cuello.

El camino seguido por los grupos saharienses puede imaginarse que, desde el sur tunecino (Ouargla, Toughourt y la región de los Chotts), subiría hacia Biskra y el Chott-el-Hodna, siguiendo por el camino del Oued Chellal y atravesando el Tell Atlas, por la cuenca del Cheliff, cuando ya corre paralelo al mar, a salir a la costa y a la región de Orán. Es significativo que todas las estaciones más antiguas de la cultura de Almería



se encuentran en la costa oriental de la provincia, o sea en la región más directamente accesible desde Orán.

En todo caso es preciso tener en cuenta que la evolución de la cultura de Almería, una de las mejor conocidas y que permite una mejor subdivisión en etapas cronológicas, gracias a los excelentes trabajos de L. Siret fundados en numerosas excavaciones, ofrece *fases primitivas muy puras* y semejantes a las de la cultura sahariense africana, con cerámica sin decoración (en contraste con la de la cultura de las cuevas), perteneciente al círculo de formas y técnica que en la cultura sahariense se relaciona con uno de los grupos predinásticos de Egipto (Fayum, Merimde-beni-Salame, Badari) y en la que nada aparece que pueda hacer pensar en contactos mediterráneos. Estas etapas primitivas almerienses están limitadas a la zona costera, con un primer grupo representado por el poblado de Tres, Cabezos y la Cueva de Lucas y un segundo grupo con la parte más antigua del material de La Gerundia y las estaciones de Fuente Lobo y Palaces.

Una *etapa de transición* a la cultura de Los Millares que ve el apogeo de las relaciones de la cultura de Almería con el Mediterráneo, a la vez que con las demás culturas españolas, ofrece todavía un *primer grupo* de relativa pureza (Parazuelos, Puerto Blanco, Mina Diana, La Pernerá, Huércal, Loma del Cumbre, Vélez Blanco), en el que la cultura de Almería (en la que ya ha aparecido el cobre, aunque todavía en forma rudimentaria), comienza su extensión por el sureste de España y llega ya a Cataluña (grupos de sepulcros no megalíticos: Santa María de Miralles, Vilassar, los de la comarca de Solsona), y comienza a infiltrarse por las comarcas aragonesas próximas a Cataluña. Este primer grupo, que cabe fechar entre 2700 y 2500 a. de J. C., es contemporáneo del desarrollo del estilo primero clásico del vaso campaniforme en el centro de España, estilo que no parece todavía introducirse en la cultura de Al-



mería. A este grupo sigue un *segundo* representado por la estación de Campos sobre todo, que ofrece un material ya muy próximo al de Los Millares, cuyo desarrollo debió empezar por entonces. En los principios de la cultura de Los Millares se introduce el vaso campaniforme con su estilo II, correspondiendo a este segundo grupo las fechas entre 2500 y 2300 a. de J. C., e iniciándose entonces una intensa relación tanto con la cultura central del vaso campaniforme de España como con los países mediterráneos.

Finalmente el apogeo de la cultura de Almería y la intensificación de relaciones con el Mediterráneo y con el resto de España, llegando a Almería infiltraciones de la cultura megalítica portuguesa, es el representado por el *pleno desarrollo de la cultura de Los Millares* (2300-2100) con el apogeo de la metalurgia del cobre y de la plata (poblado de mineros junto a los filones de Almizaraque). Sólo en esta etapa se encuentran en la cultura de Almería los sepulcros megalíticos y sólo entonces aparecen las técnicas de las falsas cúpulas y de los ortostatos, tanto en Almería como en Andalucía y en Portugal.

Este proceso de evolución y este marco cronológico es esencial para poder juzgar el de las relaciones de las culturas españolas entre sí y con otros países europeos y de él depende la precisión de todo el sistema cronológico del eneolítico. Por no haberlo apreciado debidamente se han originado muchas confusiones, en las que persisten muchos autores.

3. *La antropología almeriense en relación con la de las demás culturas peninsulares*

Puede utilizarse también la *antropología almeriense*, cuando es bien conocida (cráneos de distintas estaciones almerienses del reino de Valencia, cráneo del Cañaret de Calaceite, cráneos de El Argar, pertenecientes a la continuación de la cultura al-



meriense en la Edad del Bronce),¹¹ como prueba del establecimiento en el sureste de España de grupos muy homogéneos de origen africano y que representan los dollicocéfalos bereberes saharienses. Esta homogeneidad dollicocéfala contrasta con las mezclas que acusa la antropología de la cultura de las cuevas.

Podemos preguntarnos si, en Africa, no existe algo parecido. Las infiltraciones de la cultura sahariense también existen en las capas superiores de la cueva de Redeyef, al sur de Túnez (puntas de flecha entre cerámica decorada análoga a la del "neolítico de tradición capsiese" y de la cultura de las cuevas españolas, acaso la gran jarra ovoide de algunas cuevas africanas semejante a la del Gárcel y otras estaciones almerienses). En la cultura sahariense propiamente dicha, en el margen norte del desierto, la cerámica que acompaña a las puntas de flecha saharienses no es del tipo corriente de la cultura de las cuevas, y sus decoraciones escasas (impresiones de esparto y aun de cuerdas) son algo excepcional. En la antropología africana, desgraciadamente mal conocida en esta época, creemos observar igualmente en los cráneos de la cultura de las cuevas una menor homogeneidad que en la cultura de Almería española, diversidad que se corresponde con la que acusan las culturas relacionadas con la tradición capsiese de España.

Desde el punto de vista de la población moderna, parecería que en Africa, como en la España neo-eneolítica, hay un doble elemento, relacionado pero manteniéndose muy distinto: el primero es el tipo sahariense-bereber, que representan los tuaregs y en general el tipo camita fino y poco negroide, pero de facciones acusadas y cara huesuda, y el segundo es el tipo de formas más redondeadas y facciones más suaves, análogo a ciertos tipos mediterráneos de Italia y España, que reconocemos en ciertos tipos argelinos y tunecinos y que, muy mezclado con elementos negroidas, se encuentra en todo el norte de Africa hasta los Gallas y Somalíes. En Europa, de estos dos elemen-



tos correspondería, en primer lugar, el bereber-sahariano, al tipo almeriense-ibérico de España, continuando en buena parte de la población del sureste y este de España hasta el bajo Aragón, predominantemente dolicocefalo. En segundo término, existe el tipo mezclado de dolicocefalos y braquicefalos habitual en la cultura de las cuevas y en la portuguesa, que en buena parte tiene raíces capsienenses o es una mezcla con estos elementos procedentes de la extensión hacia occidente de los grupos del arte esquemático y de la cultura de las cuevas. Este tipo tiene parecidos con la población mesolítica de Mugem y puede compararse a muchos tipos del sureste de Francia y de Italia, persistiendo en la mayor parte de la población actual andaluza, en el sur y centro de Portugal y en el centro de España, así como se halla en la base de la población actual del este de la península y en la mayor parte de Cataluña. Este segundo elemento sería el análogo al africano de la cultura de las cuevas, de facciones redondeadas y poco angulosas y, en realidad, representaría la verdadera raza "mediterránea", que de ningún modo es una "raza" unitaria antropológicamente, abundando, aunque en minoría, el elemento braquicefalo y aun un ligero matiz "negroide".

Es preciso insistir en que la asociación de dolicocefalos y de braquicefalos en la cultura de las cuevas y en la portuguesa, además de arrancar de las raíces mesolíticas de su población, sigue siendo un fenómeno constante hasta tiempos muy modernos en sus territorios, a través de las etapas eneolíticas. Este hecho da su verdadero valor a la presencia de braquicefalos en la cultura del vaso campaniforme del centro de España y a los grupos braquicefalos de los territorios en que la cultura de las cuevas con vaso campaniforme se mezcla con la pirenaica en la montaña catalana, haciendo imposible admitir una invasión de braquicefalos portadores del vaso campaniforme en España, como algunas veces se ha postulado. Así Coon¹² y otros



suponen esta invasión, procedente de los grupos braquicéfalos de Oriente por el Mediterráneo y creen luego que estos mismos braquicéfalos son los que llevan el vaso campaniforme y el cobre a distintas regiones de Europa. Nada comprueba este movimiento de braquicéfalos. Precisamente las regiones costeras desde Almería son las menos braquicéfalas, contradiciendo la invasión por mar, y el vaso campaniforme no tiene ningún paralelo seguro en Oriente, surgiendo en la península como un desarrollo natural de la cultura de las cuevas. Ya hemos dicho también que la difusión del vaso campaniforme en Europa no se debe a ningún movimiento directo desde el centro de España, sino a una transmisión indirecta a través de los grupos pirenaicos. Por otra parte, otro movimiento que supone una entrada anterior en España de población braquicéfala desde Francia, como supone Poisson, que intervendría en la formación de la cultura de las cuevas del noroeste y centro de España,¹³ introduciendo la decoración en relieves, tampoco es admisible, pues ni el elemento braquicéfalo español se destaca suficientemente aparte del dolococéfalo, apareciendo asociado con éste y en minoría ya desde el mesolítico,¹⁴ ni los relieves pueden considerarse como un fenómeno extraño a la cultura de las cuevas en todas sus regiones, ya que también aparecen en el sur de España (Cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol, provincia de Granada) y aun en el norte de África (Cimetière des Escargots, en la Orania del Norte, Argelia).¹⁵ Seguramente no se trata de un elemento extranjero, sino de un elemento de decoración surgido del mismo fondo común a toda la cultura de las cuevas y que adquiere un desarrollo regional mayor en la mitad norte de España y en la parte de Francia relacionada, convirtiéndose sólo allí en un sistema decorativo especializado, mientras el sur se especializa en las incisiones, aunque de modo paralelo tampoco faltan éstas acompañando a los relieves en el grupo norte. Esta es la explicación



que nosotros hemos dado siempre y no vemos hechos nuevos que obliguen a rectificarla. El difícil problema de los braquicéfalos de Francia y del centro de Europa no debe involucrarse en el de los braquicéfalos de España, y no se gana mayor claridad simplificando y reduciendo los españoles a los franceses mediante esta supuesta invasión.

4. *El pueblo indígena de Portugal*¹⁶

En Portugal, los hechos se presentan más complicados de lo que antes se había creído. Además de la *persistencia de la cultura de las cuevas* al norte de la línea del Tajo hasta las provincias del norte del país (incluso en Tras-os-Montes), que pertenece a la población de derivación capsiese, existe el problema de la formación de la *cultura y del pueblo de los sepulcros megalíticos*. Este lo creeríamos originado en los núcleos de pastores derivados de la cultura de tipo "asturiense" en las zonas montañosas del norte, en relación íntima con el sur de Galicia¹⁷ y que, al extenderse por las montañas hacia la costa, especialmente en dirección al norte de Lisboa, acaba por mezclarse con las gentes de la cultura de las cuevas, unificándose con ellas. Esto vendría indicado, a nuestro parecer, por la presencia de tipos rudos y primitivos de sepulturas megalíticas en dichas zonas montañosas y que faltan en la zona más llana del sur y por el utillaje de derivación capsiese (microlitos) que acompaña a ellos y que perdura hasta los últimos tiempos, así como por la mezcla con su cerámica, generalmente sin decoración, de cerámica con decoraciones de la cultura de las cuevas de algunos sepulcros megalíticos (grupo de Figueira y otros). En el sur, sobre todo para los sepulcros megalíticos de tiempo avanzado eneolítico, se ofrece el problema de la aparición de las puntas de flecha de base cóncava y de los cilindros, plaquitas de pizarra (ídolos-placas) y otros objetos rituales, que acaso,



hoy, se creerían difícilmente indígenas y que posiblemente acusen cierta relación con la costa africana atlántica y con el ala occidental de la cultura sahariense.

La *cronología y el origen de los megalitos* son todavía problemas difíciles. Muchos arqueólogos creen en imitaciones occidentales de los tipos orientales, por lo menos en cuanto a las cúpulas, desarrolladas en España en un momento avanzado del eneolítico, cuando parece que ya eran conocidas en el Egeo. La cronología es también un problema arduo, pudiéndose invertir la precedencia de los tipos y creer, con Forde y Childe, que los dólmenes son los últimos y las cúpulas las primeras, constituyendo aquéllos una barbarización de los tipos más perfectos. Pero esta inversión no está tampoco probada y los argumentos deducidos de la coexistencia, en un mismo período, de dólmenes con galerías cubiertas y cúpulas en los países extremos de la expansión megalítica, como la Bretaña francesa, Irlanda y la Gran Bretaña y aun el norte de España (cultura pirenaica), no prueban nada para Portugal.

En este último país, el hecho indudable es que la cultura de Alcalar posee a la vez cúpulas y pequeñas cistas que son contemporáneas de las cúpulas; pero tales cistas son muy distintas de lo que puede llamarse "dólmenes". Este es también el caso de los "dólmenes" de África o de Almería, que nosotros hemos llamado "cistas no megalíticas" para distinguirlas de los verdaderos dólmenes, porque no parece que dependan de la evolución megalítica y porque, además, son muy tardías.¹⁵

Otro hecho seguro, contradictorio con la opinión de Childe, es el de que *la etapa portuguesa de Alcalar y la almeriense de Los Millares son posteriores a las etapas de los estilos mejores del vaso campaniforme de Palmella y Ciempozuelos*,¹⁹ y que en la cultura de Almería, en la etapa de Los Millares, no aparece en abundancia más que el estilo III, pues del II sólo hay escasísimos fragmentos. El mobiliario acompañante del va-



so campaniforme permite comprobar la exactitud de nuestra cronología, por lo menos para los alrededores de Lisboa: Monte Abrahão y Palmella representan sin duda ninguna etapas cronológicas sucesivas y anteriores a Alcalar. Los megalitos de los alrededores de Figueira y de Tras-os-Montes ¿son anteriores a estas etapas, como nosotros habíamos creído siempre, o, por el contrario, representan tipos rudos locales, que pudieran ser contemporáneos? Es difícil una contestación concluyente, pero los argumentos no faltan para que pueda creérselos anteriores por lo menos al tiempo de Palmella, y la sencillez de su utillaje, con la persistencia de los microlitos de forma muy semejante a los de la sepultura del Vale das Lages, habla de una posición cronológica antigua y próxima a la de dicha sepultura.

Incluso si influencias extranjeras pudieron contribuir a aclimatar las cúpulas en el sur, creeríamos todavía en una cultura megalítica autónoma en las montañas del norte, que se habría extendido por Beira y hacia la Serra da Estrella y que pertenecería a los descendientes de un pueblo distinto del capsense, pudiendo ser identificado con el del asturiense del mesolítico, cuyos límites occidentales entonces se hallan precisamente en el norte de Portugal. Esto explicaría también la adopción de los megalitos en toda la zona norte de España y su penetración en la cultura pirenaica.

Como para Almería, es preciso insistir en Portugal en que es cosa esencial para la discusión de sus problemas, encerrarlos en un marco cronológico que ayude a comprender la evolución y discutir los problemas de las relaciones dentro de cada etapa. Para las primeras es cierto que la sencillez del material hace difícil convencer a muchos de su antigüedad y de que no se trata de una cultura pobre retrasada en las zonas montañosas; pero la abundancia de material en los grupos seguramente más recientes, el contraste de las culturas que representan y el carácter arcaico de algunos hallazgos del grupo más antiguo (sí-



lex geométricos de los sepulcros megalíticos de Alvão en Tras-os-Montes) y su relación con la cultura de la transición del mesolítico al neolítico (Vale das Lages y Monte de Pedrogal) y con fases arcaicas del arte postpaleolítico, fortifican nuestra convicción de la antigüedad del grupo megalítico del norte.²⁰

Las etapas del desarrollo de la cultura megalítica portuguesa las vemos de la siguiente manera: *Primer grupo de cultura primitiva* apenas distinta, más que por la forma dolménica de la sepultura, de las estaciones de transición del mesolítico: sepulcros de Alvão en Tras-os-Montes, Pedro dos Mouros y Orca de Outeiro do Rato en la zona costera. *Segundo grupo, todavía muy primitivo*, en el que la cultura megalítica se mezcla con cerámica de la cultura de las cuevas: Cabeços dos Moinhos, Carniçosas, debiendo ser estos dos grupos contemporáneos de las etapas más primitivas de la cultura de las cuevas, anteriores a toda la evolución del vaso campaniforme. *Grupo de transición* a la cultura floreciente de Palmella, representado por un grado inicial con las galerías cubiertas sencillas con técnica poco elaborada que no presupone ninguna influencia extranjera: Monte Abrahão y Folha das Barradas y por el grado con vaso campaniforme I de Palmella que representa el principio de su material, lo mismo que el análogo del castro de Rotura. Este grupo de transición puede fecharse de 2500 a 2300 a. de J. C. y es contemporáneo con el florecimiento del vaso campaniforme en el centro de España (Ciempozuelos, Somaén I) y en Andalucía (Los Alcores, cerca de Carmona). *Grupo de apogeo de la cultura de Palmella*, con vaso campaniforme II, que aparece en muchos lugares junto con el material megalítico (sepultura de cúpula de San Martinho en Cintra, galería cubierta de Seixo, sepultura de Monge, castros de Pragança, Outeiro, Licea, Rotura de Pena, Fonte da Rotura), de 2500 a 2300 a. de J. C. *Grupo de la cultura de Alcalar*, con el pleno desarrollo de la técnica de las cúpulas, en Alcalar sin vaso campaniforme;



pero en otros lugares (final de Palmella, Pragança, Rotura da Pena, Serra das Mutelas) con vaso campaniforme III: este grupo es del momento de la gran expansión de la cultura portuguesa, de las relaciones intensas con la cultura de Los Millares en Almería y del desarrollo de las relaciones atlánticas de Portugal.

La población de Portugal, en el neo-eneolítico, sería, pues, el resultado de la mezcla de pastores descendientes del asturienense, que habrían bajado de los montes hacia las costas y hacia el Tajo y de "capsienses" de la cultura de las cuevas. Esto explicaría también la adopción del arte rupestre esquemático en los megalitos. El proceso de mezcla se habría realizado lentamente y, durante largo tiempo, los núcleos de las respectivas poblaciones habrían vivido yuxtapuestas en su respectiva vecindad. Esto lo confirmaría el contraste entre la cerámica de la cultura de las cuevas y del vaso campaniforme con la sin decoración de los megalitos, así como las influencias de la primera en los megalitos de Figueira y del vaso campaniforme en los sepulcros más avanzados, por una parte, y por otra la penetración de tipos de utillaje megalítico en las cuevas de Alcobaça, Cascães, etcétera. A fines del eneolítico parece unificarse la cultura, lo que probablemente indica la definitiva fusión de ambos tipos de población.

En el *sur de Portugal*, en el Algarve y en el Alemtejo, el mobiliario de los sepulcros megalíticos contiene abundantes tipos africanos, particularmente las puntas de flecha de base cóncava. Se trata propiamente de una influencia sahariense, pero distinta de la que llega a Almería. Acaso represente una influencia africana, llegada por un camino distinto. Parece observarse que en el sahariense propiamente dicho existe cierta abundancia de tipos de base cóncava en la zona occidental, mientras que en las localidades del este y en Argelia predominan las puntas pedunculadas o se encuentran con exclusión de las otras.



Podría ser que del sahariense hubiesen salido dos oleadas distintas: una a través del Atlas, Orán y Almería, y la otra por la costa oceánica hacia el Algarve. Con esta última llegarían a Portugal, además de dichos tipos de puntas de flecha, las plaquitas de pizarra (ídolos-placas), los cilindros y las decoraciones antropomorfas, que establecen relaciones lejanas con el Egipto predinástico, pero que creeríamos procedentes de él tan sólo indirectamente, a través del norte de África.²¹ Difícilmente se puede tratar de un tipo procedente de Almería, pues en Almería aparecen tan sólo esporádicamente en la etapa de Los Millares y allí parecen más bien una influencia portuguesa, llegada a través de la expansión de los megalitos portugueses, desde el Alemtejo por Extremadura y Andalucía, mientras que, en Portugal, sobre todo en el sur, abundan enormemente y se convierten en una de las características de la cultura megalítica del país. Posiblemente se trata, en Portugal, de una influencia cultural y no de un nuevo aluvión étnico.

En todo caso, el eneolítico avanzado de Alcalar parece extenderse hacia España, infiltrándose grupos de población portuguesa hacia Extremadura y Andalucía, hasta Almería: los megalitos que se encuentran a lo largo de esta ruta, con material portugués exclusivamente (Badajoz-valle de Los Pedroches-Córdoba-Granada-Guádix-Los Millares), indican que es todo el complejo de cultura el que avanza y no una mera relación y, en el territorio de la cultura de Almería, apenas si hay un solo tipo portugués al norte de Almizaraque.²² Posiblemente este "raid" portugués hizo desaparecer la cultura del vaso campaniforme de Andalucía, llevando algunos elementos de población portuguesa hasta Almería, en donde se mezclaron con los almerienses, de los Millares, de Almizaraque, y, como reacción, provocó otros "raids" almerienses que colonizaron Sierra Morena y se infiltraron en el sur de Portugal en la primera etapa subsiguiente (cultura pre-argárica con cistas pequeñas y ce-



rámica almeriense en Castro-Marim, Algarve). Se trata, sin duda, de una lucha por la posesión y la explotación de los yacimientos metalíferos, después del comienzo y desarrollo de las relaciones comerciales con otros países del Mediterráneo y del Atlántico. En Almería se conocen explotaciones mineras de la época de Los Millares, en Almizaraque, en donde L. Siret excavó un poblado de mineros y halló abundantes pruebas del trabajo de fundición del cobre y aun de la plata.²³

5. *La cultura pirenaica: su pueblo y los vascos históricos.*
La máxima extensión de sus grupos étnicos:
influencia en el sur de Francia

Otro hecho notable en el proceso del poblamiento eneolítico de la Península ibérica es la *formación de la cultura pirenaica*, que personifican los grupos étnicos emparentados, no sólo de la vertiente española, sino también de la francesa y que en el occidente del Pirineo parece cristalizar en la formación del pueblo vasco histórico.²⁴

Debemos creer que *el pueblo pirenaico*, desde el país vasco hasta Cataluña, es el descendiente a través del asturiense de los antiguos grupos franco-cantábricos del paleolítico, más o menos modificados. Su personalidad se forma en derredor de los Pirineos, probablemente durante el curso del neolítico: los *grupos orientales* se desnaturalizarán en las épocas siguientes, como varían los núcleos de la zona cantábrica originariamente idénticos a los vascos; pero el grupo pirenaico occidental, debiéndose incluir en él sin duda todo el alto Aragón y acaso las comarcas occidentales del Pirineo catalán, sobrevive con caracteres fuertemente marcados, a pesar de los contactos culturales y de las infiltraciones de otros elementos étnicos, en el pueblo vasco histórico. Según los estudios del profesor Telesforo de Aranzadi, los caracteres antropológicos de los esqueletos procedentes de las



sepulturas megalíticas vascas del eneolítico establecen la identidad de su raza, llamada por aquél *pirenaica occidental* (mesocéfala, de cara larga, sienes abultadas y agujero occipital inclinado), con la de la mayoría de los *vascos* actuales. Estos no son de ningún modo los supervivientes de los iberos, como quería la doctrina clásica desde Humboldt y como se viene repitiendo, para los cuales, en cambio, debe buscarse la ascendencia en el neo-eneolítico, en el pueblo de la cultura de Almería.

Esta cultura pertenece, como se ha dicho, a los sobrevivientes de los antiguos pueblos paleolíticos franco-cantábricos arrinconados por el avance de los capsenses de la cultura de las cuevas. Este avance los aisló de los grupos semejantes de la zona cantábrica, desnaturalizándolos poco a poco en el extremo oriental del Pirineo catalán. Los valles interiores de éste, como sin duda todo el Pirineo aragonés, conservaron bastante intacta su población y en ellos subsisten abundantes nombres de lugar de tipo vasco, lo mismo que en la vertiente francesa (Esterrri en el Pirineo catalán, Bigorre-Baigorri = río rojo en Francia, por ejemplo). La cultura pirenaica debió formarse sobre un “substratum” muy primitivo²⁵ que se halla en la misma base de la propia lengua euzkera y que representan acaso nombres de lugar a lo largo de todo el macizo cántabro-pirenaico y que, en Cataluña, extienden una toponomástica peculiar de tipo monosilábico (Quer = piedra, Alp, Urtg, Das) y se desarrolla en el eneolítico, después de la larga época de empobrecimiento marginal que representa el “asturiense” mesolítico, bajo la *influencia de las culturas vecinas*. De ellas adopta diversos tipos, “escogiéndolos”: los sepulcros megalíticos de origen portugués, a través de los pueblos más o menos emparentados de la zona cantábrica, junto con los grabados procedentes del arte rupestre esquemático y aun las plaquitas de pizarra simplificadas y sin decoración, el vaso campaniforme de los grupos septentrionales de la cultura de las cuevas, el utillaje de sílex y particularmente



las puntas de flecha (primeramente las de forma de hoja y luego las pedunculadas) de la cultura de Almería. La cerámica propia de la cultura pirenaica es sin decoración, con formas propias, sobre todo en Cataluña y en el país vasco, aunque en los extremos del territorio, como en Cataluña y en el sureste de Francia, con la superposición de la extensión secundaria de los pirenaicos y las mezclas con los anteriores ocupantes, la cerámica de la cultura de las cuevas aparece en los megalitos y el mobiliario pirenaico en las cuevas con cerámica decorada.

En un cierto momento del eneolítico, los pirenaicos, que permanecen estacionarios en el occidente de su zona y en Aragón, descienden en *Cataluña* de los valles del Pirineo y alcanzan la línea Montsech-Cuenca de Meyá, en el Segre central-Solsona-Manresa-Llobregat hasta Barcelona y, en Francia, desde la Cerdaña, penetran por el valle del Ariège, así como por el Vallespir, el Conflent y las Alberas, hacia las sierras costeras, extendiéndose por las Corberas y los Cevenas y llegando hasta el Ródano y los Alpes occidentales de una parte, mientras por otra se infiltran en las regiones al sur del macizo central francés y por las regiones montañosas del norte del Garona, llegando hasta la Charente, etc. Se trata, sin duda, de pastores semi-nómadas todavía, que se establecen con sus rebaños entre las poblaciones anteriores. Ellos propagaron, en los territorios de sus correrías, los tipos de sepulturas megalíticas, las puntas de flecha almerienses y el vaso campaniforme, aunque cada cosa pueda haber seguido un camino distinto y haya sido conocido por los pueblos más allá del macizo central y del Ródano en momentos diferentes. Se trata de una *infiltración pirenaica en el sur de Francia* y de una *influencia más lejos*, no de una verdadera emigración y menos de un desplazamiento de pueblos de la España central. En todo caso los pastores infiltrados se fijaron pronto y se mezclaron con la población indígena, quedando absorbidos, y ello promovió una relación constante entre



uno y otro lado del Pirineo. Una vez aclimatados, desarrollaron la *minería* del cobre en el sur de Francia, como lo demuestra el martillo de minas de la Grotte Bounias cerca de Arles (Bouches du Rhône), así como practicaron el comercio con la Bretaña, al que se debe acaso la propagación del oro y del callais por el territorio de la cultura pirenaica, de cuyos materiales se hallan cuentas de collar en distintos sepulcros megalíticos.

La población mezclada de las comarcas de las bocas del Ródano fué también la intermediaria, pronto, de las relaciones de Francia con las islas del Mediterráneo occidental: de estas relaciones dan testimonio el tipo de gruta artificial cortada en la roca, con planta de galería cubierta, techo de lajas de piedra y túmulo de la Grotte du Castellet y la Grotte Bounias cerca de Arles,²⁶ así como la semejanza de los tipos de las perlas de collar de la cultura pirenaica francesa avanzada (período pirenaico III), distintos de los de la cultura pirenaica catalana, con las de Anghelu-Ruju en Cerdeña²⁷ y, en la edad del bronce, la aparición de la "Schnabelkanne" egea, a la vez en Menorca y en Marsella, desgraciadamente sin que sepamos qué objetos la acompañaban en ambos lugares.²⁸ Entonces se propaga también por Mallorca, en una cultura dependiente de la argárica de Almería y del sureste de España, el tipo sepulcral de las grutas artificiales del Occidente del Mediterráneo, combinada a veces con estructuras megalíticas como las francesas (cuevas artificiales de San Vicente, cerca de Pollensa y de Lluchmayor). Así, la extensión de la cultura pirenaica en Francia se matiza distintamente que en el punto de partida y emprende por su cuenta relaciones, independientemente de la española, que producen un cruzamiento de influencias de distintas procedencias.²⁹

También pueden comprobarse relaciones de la cultura pirenaica francesa con el noreste de Italia (grutas liguras) y con las tumbas de fosa ("tombe a fosse", *Hockergräber*) que parecen formar un verdadero círculo de cultura propio extendién-



dose por el valle del Po y, por ambos lados de los Alpes, en la Saboya francesa y en el suroeste de Suiza, rozando en este último lugar con el borde de la cultura palafítica, círculo de cultura cuyo desarrollo máximo es, en Italia, el grupo de Remedello. La cultura pirenaica pudo, a través de estas relaciones, influir en la introducción del vaso campaniforme en el norte de Italia (aunque no es seguro, pues pudo recibirlo también de Almería, vía Cerdeña); pero en todo caso se infiltró en su territorio hasta las vertientes occidentales de los Alpes (Alpes marítimos, Haute Savoie: el sepulcro de Cranves). Allí, la cerámica de cuerdas pudo ser recibida de la cultura palafítica (que ofrece también contactos con la cultura de las cuevas del sureste de Francia) o bien a través de las influencias mutuas de la cultura de Sajonia-Turingia con cerámica de cuerdas y de la del vaso campaniforme en el Rin, a través del este de Francia y por el Ródano. La *cerámica de cuerdas* se propaga entonces por el territorio de la cultura pirenaica francesa y desde él pasa tanto a la catalana como a la vasca y aun roza la extensión septentrional de la cultura de Almería en la costa del este de España (provincia de Castellón: sepulcro de Villarreal y otros lugares). A la vez que la cerámica de cuerdas, es posible que lleguen otras cosas a Cataluña, desde los grupos franceses de la cultura pirenaica; un indicio pueden constituirlo los cuchillos de sílex opalino, frecuentes en Cataluña.

También es importante, en cuanto a la cultura pirenaica, tener en cuenta su evolución a través de diversos períodos, cuya cronología relativa establecen los contactos con las culturas vecinas, sobre todo el vaso campaniforme y los tipos almerienses que adoptó. Los períodos de la cultura pirenaica contribuyen a la trabazón del sistema del eneolítico peninsular y, a la vez, son una pieza esencial en el sistema general europeo y una de las bases firmes para la discusión de las relaciones de la Penín-



sula a través de Francia. Es preciso pues, aquí, anotar las principales estaciones que integran dichos períodos.

El primer período de la cultura pirenaica comprende, hasta ahora, muy pocos sepulcros, con material lítico y cerámico escaso y rudo, tanto en el país vasco (sepulcros, en forma de dólmenes o cistas megalíticas, de Linduskolepoa en Navarra y de Axpea en Álava, el último sólo con microlitos geométricos “tardenoisienses”), como en Cataluña en la alta provincia de Lérida (dólmenes o cistas megalíticas de la Collada de Orri en Palierols y de la Cabana dels Moros en Turbiás). Este período representa probablemente el de formación de la cultura, recibiendo la forma del sepulcro megalítico por el oeste, a través de la zona cantábrica y del norte de Portugal, en donde la cultura megalítica se hallaba ya en una etapa avanzada (la representada por la galería cubierta de Monte Abrahão). Es contemporáneo con el desarrollo del primer estilo del caso campaniforme (Palmella-Ciempozuelos-Somaén I), que no aparece todavía entonces en la cultura pirenaica, y con la infiltración de la cultura de Almería en Cataluña (sepulcros almerienses de tipo no megalítico) a través de la cultura de las cuevas, a la que ya ha llegado el vaso campaniforme I (cueva de Salamó) en el sur de Cataluña. De Francia poco conocemos de carácter “pirenaico” en este período, siguiendo en su región sudoriental la cultura de las cuevas muy pura con material casi exclusivamente compuesto de cerámica (Grotte de Bédeilhac en el Ariège, Grotte de Baumes Chaudes en Lozère y Grotte de Montouliers en el Hérault), así como la capa inferior I de la Grotte de Bize, a la que ha llegado una punta de flecha de forma de hoja muy tosca. De carácter pirenaico es el material (puntas de flecha de tipo almeriense, todavía de perfiles no evolucionados y a veces de fabricación tosca, y objetos de adorno, con cerámica sin decoración) de las cuevas Trou du Loup (Armissan, Aude) y Baume Longue (valle del Gardon, Gard). Los



tipos almerienses parecen llegados del noreste de Cataluña, en donde aparecen en la cueva de Can Sant Vicens (San Julián de Ramis, provincia de Gerona), que parece tener un material mezclado de pirenaico y cultura de las cuevas y probablemente ya entonces comenzaron las puntas de flecha almerienses a propagarse por Francia, en donde llegaron muy al norte, pasando incluso a Inglaterra. Este período puede considerarse anterior a 2,500 a. de J. C.

El *segundo período* ve la extensión de la cultura pirenaica en Cataluña y en el sureste de Francia. En Cataluña alcanza ya la línea Montsech-Bages-Barcelona y en Francia ocupa no mucho más del departamento del Aude, que parece ser entonces su centro principal, mezclándose con la cultura de las cuevas del país, aunque su influencia, representada sobre todo por el vaso campaniforme del segundo estilo, se hace sentir también en los departamentos del Hérault (Caverne de la Roche Blanche, grotte Nicolas), del Aveyron (Caverne de Cabra) y del Ardèche (grutas de Villeneuve de Berg). Los hallazgos típicos del *país vasco*, en el que todavía no aparece el vaso campaniforme, pero en donde se introducen ya las puntas de flecha de tipo almeriense, son los de la cista megalítica de Pamplonagañe (Aralar navarro), y de las galerías cubiertas de La Cañada y Artekosara en la sierra de Urbasa (Navarra). En *Cataluña*, en donde a menudo se produce la mezcla de la cultura pirenaica y de la cultura de las cuevas, los hallazgos típicos son los siguientes: De una primera etapa, con vaso campaniforme de muy buen estilo todavía, los de la galería cubierta de Puig-ses-Lloses (Folgaroles) y de Puig Rodó (L'Estany), en la comarca de Vich, provincia de Barcelona; la cista de la Torre de'n Dach (Clará) y la cueva Esplugu Negra (Castelltort), ambas en la provincia de Lérida. De una *segunda etapa*, en que el estilo del vaso campaniforme empieza a decaer, siendo propiamente una transición al estilo tercero del siguiente período, las



galerías cubiertas de Llanera (comarca de Solsona, provincia de Lérida) y de la Cabana Arqueta (Espolla, provincia de Gerona); las cistas de la Barraca del Lladre (La Estrada, provincia de Gerona), de Cruilles (Vich), Boix (Brull), Massanés (comarca de Berga), y Plá de Trullás (Monistrol de Calders) en la provincia de Barcelona; la cista de la Tomba del General (Vallmanya) en la provincia de Lérida; así como las cuevas Abric de Llera (Lladurs), Cova d'Aigües Vives (Brics), Balma del Garrigó (Clariana) en la provincia de Lérida. En *Francia*, de la *primera etapa*, las galerías cubiertas de Sainte Eugénie (Laure) y Boun Marcou (Mailhac) en el departamento del Aude y de la *segunda etapa* los hallazgos de las cuevas: Grotte de la Vigne Perdue o de la Falaise (Monges, cerca de Narbona), Grotte de la Treille (Mailhac), Grotte de la Crouzade (Gruissan) en el departamento del Aude; Grotte Nicolas (Russon) y Caverne de la Roche Blanche, en el departamento del Hérault; Caverne de Cabra (Meyrueis) en el del Aveyron y las grutas de Villeneuve de Berg en el departamento del Ardèche. Material pirenaico de este período sin vaso campaniforme aparece en la cueva Trou de Viviés (cerca de Narbona). La cultura de las cuevas es todavía sumamente fuerte en Francia en este período, como lo acusa el segundo nivel (intermedio) de la Grotte de Bize (Aude), las grutas de Meyrannes, de Saint Veredème y de Campefiel (Sainte Anastasie), en el departamento del Gard, las grutas du Sablon, de la Cave y du Lierre en el departamento de Vaucluse, con decoraciones ricas y sin mezcla de cultura pirenaica, apareciendo también la cerámica de la cultura de las cuevas mezclada con el material pirenaico en algunas de las localidades pirenaicas mencionadas antes. En Cataluña, confirma la división de este período en dos etapas la cueva del Forat del Pany (sur de la provincia de Barcelona) en territorio de la cultura de las cuevas, en que el vaso campaniforme de la segunda etapa del estilo II aparece en la capa su-



perior, conteniendo la inferior sólo cerámica con decoración cardial que parece corresponder a la época de la primera etapa de este período. El período puede fecharse entre 2500 y 2300.

El *tercer período* parece mantener las fronteras de la cultura pirenaica en España; pero, en cambio, en Francia tiene lugar una gran expansión de la misma, siguiendo muy fuerte en el sureste y llegando costa arriba hasta el valle del Ródano, infiltrándose por las estribaciones de los Alpes, tanto por los marítimos como por los que bordean la cuenca de aquel río (sepulcro de Cranves en la Alta Saboya). Aparece entonces un grupo pirenaico francés apoyado en la mitad occidental de los Pirineos (grupo de La Halliade en el departamento de los Altos Pirineos) y, además, es probable que sea entonces cuando la cultura pirenaica, que ha arraigado también fuertemente en la zona de los Cevenas y en las estribaciones meridionales del macizo central, sigue paralela al Garona hacia la región de Cahors y termina infiltrándose por los departamentos de la Dordoña, de la Haute Vienne y de la Charente, como si buscara el contacto con la Bretaña, con cuya cultura megalítica, formada con fuertes influencias llegadas por mar desde Portugal, mantiene activas relaciones. En todos los grupos de la cultura pirenaica de este período se propaga el tercer estilo del vaso campaniforme, así como sigue muy intensa la relación con la cultura de Almería, cuyas puntas de flecha de sílex aparecen en todas partes. En el *grupo vasco* los sepulcros de este período con material típico son los siguientes: con puntas de flecha almerienses de formas evolucionadas las cistas de Debata del Realengo (Aralar-navarro), Zurgaina (sierra de Urbasa, Navarra) y Uelogoena (Aralar guipuzcoano); la cista de Balenkaleku (sierra de Alzania, Guipúzcoa), con una hacha de combate de tipo nórdico llegada a través de la Bretaña francesa y de la costa atlántica; las cistas de Pagobakoitza y Gorostiarán (sierra de Aitzcorri, Guipúzcoa) con cerámica del estilo III



del vaso campaniforme. En el *grupo de Cataluña*: las galerías cubiertas del Barranc (Espolla) y de Santa Cristina d'Aro en la provincia de Gerona; las cistas del Collet de les Forques (Espuñola), del Codonyet (Cint), de la Serra dels Quadrats (Muntant) en la provincia de Lérida; y las cuevas de Corderoure y de Aigües Vives de Brics y la de Sant Bartomen en Olius, todas en la provincia de Lérida; apareciendo en todos estos sepulcros o cuevas la cerámica del vaso campaniforme III. En el *grupo del este de Francia*, con vaso campaniforme III: una sepultura secundaria de la galería cubierta de Sainte Eugénie (Laure, Aude), la estructura combinada de galería cubierta y gruta artificial de la Grotte du Castellet (Gard), las cistas des Feuilles (Hérault), de Saint Vallier (Var), de Stramousse (Alpes Maritimes) y de Cranves (Haute Savoie), así como la capa III (superior) de la grotte de Bize (Aude). Muchos otros sepulcros pueden incluirse en este grupo, aunque no por el vaso campaniforme III, pero sí por los tipos de sílex que lo acompañan en las localidades mencionadas y que aparecen también en la Grotte des Escaliers (Armissan, Aude) y en las Grotte Bounias y Grotte Sartanette (Gard). En el grupo del *sudoeste de Francia* pertenecen al período los sepulcros megalíticos de que es representativa la galería cubierta de La Halliade (Hautes Pyrénées) con vaso campaniforme del estilo III. Las fechas del período son de 2300 a 2100 a. de J. C.

La cultura pirenaica parece continuar en un nuevo *período IV*, en el que ha desaparecido ya el vaso campaniforme y que viene a ser una transición a la Edad del Bronce. Esta cultura la representa en el *grupo vasco* la cista de Obioneta; en *Cataluña*, las cistas del Tossal de Jovell (Muntant), del Coll de Creus (Gavarrá), la de Clará, otra de Linyá y la de la Cabana dels Moros de Bescarán, todas en la provincia de Lérida, siendo cada vez más escaso el material de piedra. Este mismo fenómeno se observa en el grupo francés, aunque allí las pun-



tas de flecha de sílex parecen perdurar bastante, encontrándose también en algunas de sus localidades la asociación con agujas de bronce de cabeza en forma de trébol (“dolmen” de La Liquisse, Aveyron) procedentes del centro de Europa. De este período (que se fecha entre 2100 y 1900) pueden citarse como típicos los hallazgos de las cistas de Couriac (Aveyron), Ransas (Lozère) y la citada de La Liquisse (Aveyron).

La suerte de la cultura pirenaica, en Francia, no puede seguirse ya hasta más adelante, aunque debió dejar un fuerte sedimento en la población de las zonas por las que se extendió y transformarse lentamente en la cultura pobre de la Edad del Bronce, que, a medida que avanza el tiempo, se relaciona con la del valle del Ródano que constituye un grupo regional característico. Tampoco en el país vasco es fácil seguir su evolución. Pero, en cambio, en Cataluña parece continuar en un *V período*, siguiendo en él la construcción de cistas megalíticas, de las que ha desaparecido completamente el material lítico y que, por su cerámica, acusan la influencia de la cultura de El Argar en que se ha transformado la cultura de Almería. Los sepulcros en cuestión, que pueden fecharse entre 1900 y 1600, son los del Collet (Sú), Bullons, La Guardia (Santa Susagna) y Clará en la provincia de Lérida y el del Puig de les Forques (Calonge) en la provincia de Gerona.

Luego, desaparecen de Cataluña los sepulcros megalíticos, continuando, sin embargo, la población de los territorios pirenaicos su tradición, como lo acusan los hallazgos de la mina de Riner en la comarca de Solsona (provincia de Lérida) en la que una cerámica que recuerda la mezcla de tipos pirenaicos con los de la cultura de las cuevas se asocia con un molde para fundir hachas de cobre o bronce análogas a las del período avanzado de la cultura del El Argar (1600-1400). Probablemente a través de la Edad del Bronce, que en sus períodos finales (1400-1200 con hachas de aletas y 1200-900 con hachas tu-



bulares) es conocida por hallazgos sueltos y depósitos de objetos de bronce, la población de los territorios pirenaicos se enlaza con la cultura que, en la primera edad del hierro, hace revivir tipos de la cultura de las cuevas (la llamada cerámica del tipo de Marlés).

Para terminar debemos decir que esta exposición de la cultura pirenaica rectifica algunas de nuestras conclusiones anteriores publicadas, a lo que hemos llegado después de nuevas revisiones del material y muy especialmente de la cronología que hoy parece segura de los distintos estilos del vaso campaniforme, obtenida comparando las estratigrafías de la cueva del Somaén en el centro de España, del Forat del Pany en Cataluña y de la Grotte de Bize en Francia, así como afinando el estudio de las relaciones de la cultura pirenaica con otras culturas españolas y francesas y muy especialmente con la revisión del material de Los Millares.

6. Las relaciones de la Península con el Mediterráneo y con la Europa occidental en el eneolítico

En este cuadro complicado debe ser colocado el problema de las relaciones de la Península ibérica con las regiones más lejanas del norte de Francia, de la Bretaña, de Irlanda y de Escocia, por una parte, y por otra de Inglaterra, así como con el Rhin. Todas las influencias no siguieron el mismo camino ni llegaron al mismo tiempo.

Este problema ha preocupado desde largo tiempo a los investigadores, debiendo ser citados, entre los antiguos que lo plantearon, los españoles José Ramón Mélida, Antonio Vives y Manuel Gómez Moreno y, entre los extranjeros, Luis Siret y José Déchelette. Más recientemente han seguido estudiándolo, entre otros, Hubert Schmidt, Obermaier, Th. Leeds, Gordon Childe, Daryll Forde, Ch. Hawkes y nosotros mismos. Po-



co a poco se comienza a pisar terreno firme, sobre todo después de haberse podido establecer un sistema cronológico y una distribución geográfica de las distintas culturas, que permite abandonar el escepticismo a que inducían algunas conclusiones demasiado generales y fundadas en meras semejanzas formales. Nosotros mismos hemos rectificado algunos de nuestros resultados y seguramente, ante un cuadro general cronológico de las culturas eneolíticas de toda Europa, que todavía ofrece grandes dificultades, será posible afinar aún mucho.³⁰

Las relaciones mediterráneas y atlánticas del sur de la Península, cuyos puntos de partida son Almería y su región minera en el este y el sur de Portugal en el oeste, y que comienzan en la etapa de Palmella, ya no se interrumpirán en lo sucesivo. Las *mediterráneas* parecen haber propagado hasta la península tipos de sepultura (grutas artificiales de Palmella análogas hasta cierto punto a las del Mediterráneo occidental: Sicilia, Anghelu-Ruju en Cerdeña, Hal-Saflieni de Malta, más tarde en la época argárica las de Mallorca y Menorca del tipo de Calas Covas), las cúpulas y acaso el progreso técnico que caracteriza la construcción de los últimos megalitos (como los de Alcalar, en Portugal, los de Matarrubilla, Romeral y cueva de La Pastora en Andalucía, los mismos de Los Millares),³¹ y algunos objetos de tales sepulturas, tales como ciertos ídolos almerienses, que aparecen en etapas avanzadas de aquella cultura y que Forde ha comparado con los egeos del minoico primitivo II, así como las estatuitas humanas de Almizaraque.³² La contrapartida es sin duda el vaso campaniforme de Cerdeña y Sicilia y acaso del norte de Italia, y otros objetos como los colgantes de Anghelu-Ruju parecidos a los de Los Millares, aunque el objetivo principal del comercio sería sin duda el cobre, cuya difusión en Occidente posiblemente se debió a la Península. Con el cobre se propagan el oro y la plata. Esta última, obtenida en las minas de Almizaraque (Almería), se ha querido ver exportada hasta el



Egeo (Schuchhardt), en donde se conocen los clavos de plata de los puñales de bronce del minoico primitivo III y en todo caso llegó hasta la Bretaña francesa poco después (cista de Saint Fiacre de un momento que corresponde al pre-argárico de España). El oro de la Península (que se conoce ya en la Cueva de los Murciélagos: diadema, y que aparece regularmente en Palmella y otros lugares) pudo despertar la explotación de los yacimientos de Irlanda. Esta relación atlántica, que debió tener una etapa importante en la Bretaña francesa, llevó a España otros productos nórdicos, como el ámbar y el callaïs, frecuentes en Portugal y en Los Millares y, acaso, a través de las relaciones de la cultura pirenaica por el norte del Garona con la Bretaña, llegaron aquellos materiales hasta sus grupos franceses y aun a Cataluña.³³ También se propagan la turquesa, el alabastro y aun el mármol. El alabastro y algunas otras cosas, como la forma de las cazuelas de fondo convexo y perfil en ángulo muy agudo (“vases carenés”) proceden, según Forde, del este del Mediterráneo, de las culturas egeas y aun de Egipto. Siret siempre había interpretado el marfil de algunos ídolos como de origen africano. A estas importaciones habría que añadir posiblemente la pintura de la cerámica que, aunque muy escasa, aparece también en la cultura de Los Millares y hasta en el valle del Guadalquivir (Los Alcores de Carmona y algunas otras localidades).

La *relación continental* se bifurca hacia el este de Francia y el Rin de una parte (tipos de sílex pirenaicos, vasco campaniforme) y, de la otra, hacia la llanura del norte de Francia, a través de la cultura del sílex o del Sena-Marne-Oise, prosiguiendo hasta Inglaterra (cultura de Windmill-Hill). Antes de propagarse por el primer camino el vaso campaniforme hacia el Rin, parece que, de la cultura pirenaica, salieron las influencias que extendieron las puntas de flechas de tipo almeriense y las galerías cubiertas por el territorio de la cultura del sílex



y que, acaso en diferentes y sucesivos momentos, incorporaron a la cultura de Windmill-Hill las puntas de flecha y los tipos megalíticos. Otro camino, en el Continente, partiendo, asimismo, de la cultura pirenaica del sur de Francia, sigue el norte del Garona y llega a la Bretaña, de donde a su vez parten influencias, que siguen a lo largo de la costa atlántica, e introducen en el grupo vasco español las hachas de combate (Balenkaleku), cuyo origen se halla en la cultura megalítica nórdica de Dinamarca, Escandinavia y el norte de Alemania.

La *relación atlántica* parte de las costas de Portugal y de Galicia y llega a la Bretaña francesa desde donde se extiende a Irlanda, al país de Gales y aun a Escocia. Esta relación atlántica, posiblemente por mar, propagó las cúpulas y los tipos específicamente portugueses, como las formas de la cerámica de Alcalar, las últimas etapas del arte esquemático peninsular, los tipos occidentales de vaso campaniforme tardíos del estilo III y con formas gallegas (como en Pontes de García Rodríguez), que en Bretaña adoptan la decoración de cuerdas acaso a través de la cultura pirenaica francesa o de otra relación de la Bretaña, por La Mancha con los países del mar del norte, de donde recibe el ámbar y ciertos tipos (botellas de cuello postizo, hachas de combate, hachas en forma de bote). Acaso hubo también una relación directa de Portugal y de la cultura de Alcalar con Irlanda y Escocia. Hasta allí llegan, además de los tipos de cerámica de Alcalar (cerámica de Unstan y de Becharra en Escocia), que acompañan a las cúpulas (Irlanda, Escocia), las puntas de flecha de base cóncava de tipo portugués (Irlanda, Escocia) que no se hallan en Inglaterra.³⁴ En Irlanda aparece también el vaso campaniforme (Moytirra) procedente acaso de Bretaña, así como los grabados esquemáticos rupestres (Cluain-Fion-Locha) muy parecidos a los de la Península ibérica, pero no podemos precisar si llegaron directamente o a través de Bretaña, con la que, en una fase avanzada



de la cultura megalítica irlandesa, siguió el contacto intenso, así como en las etapas preliminares de la edad del bronce sigue también el contacto con Portugal. Se creería en la existencia de “emporios” portugueses o gallegos en Irlanda y aun en Escocia, perdidos más tarde entre las poblaciones indígenas.

Con la base de la relación en la Bretaña y en Irlanda, las influencias de las culturas españolas, a través de la vía atlántica, debieron luego irradiar a las culturas interiores. Forde ha insistido acertadamente en que, en Francia, los tipos de las galerías cubiertas y de los sepulcros de cúpula siguen más al interior, como lo muestra el de Fontenay-le-Marmion en Normandía y en que desde la Bretaña pudo llegar a la cultura megalítica pirenaica del sur de Francia el único sepulcro de cúpula conocido en esta última región, el de Collorgues (Gard), que falta en absoluto en el resto del territorio pirenaico. También insiste Forde en que el tipo de la galería cubierta, desde la Bretaña, pudo pasar a la cultura del Sena-Oise y Marne del norte de Francia, así como la relación marítima, girando en torno de la Bretaña, lo pudo introducir en Inglaterra.

La repercusión lejana de las formas megalíticas españolas se encuentra, por una parte, en la Europa central, ya que desde la cultura del norte de Francia (Sena-Oise-Marne), las galerías cubiertas siguen hacia Bélgica y —quién sabe si como reacción del avance hacia el oeste del pueblo de la cerámica de cuerdas— un grupo occidental desde Bélgica parece haber penetrado en Alemania, dejando su rastro en algunos sepulcros megalíticos de tipo de galería cubierta o de grandes cistas rectangulares en la Alemania central (Hessen, Turingia); por otra parte, a través de este avance, o acaso mejor por las relaciones de las Islas Británicas con la cultura nórdica, las galerías cubiertas se aclimataron también en la última, como reconoció acertadamente T. D. Kendrick, dando lugar a los tipos de grandes cistas rectangulares, que en realidad son galerías cubiertas.



Ya se ha hablado anteriormente de la propagación por Europa del tipo de la cerámica del vaso campaniforme español hasta Bohemia, Moravia y Hungría y por grandes territorios de Alemania, en donde arraigó sobre todo en el Rhin desde Baden hasta Holanda, habiendo penetrado además, no sólo en Turingia y Sajonia, en donde formó un grupo compacto tardío en relación con el de Bohemia y Moravia: también en menor escala y desde muy pronto, penetró en el norte de Alemania y hasta en Dinamarca, introduciéndose en su mobiliario megalítico (estilo II: Kirke Helsing, estilo III: Gross Bornholt). Cuando ya en España había desaparecido esta cerámica, todavía los grupos del Rhin desarrollaron un último estilo del vaso campaniforme (IV), que penetra también en la cultura nórdica (Bigum). Así como los distintos estilos del vaso campaniforme, en España y en las relaciones con Francia y el Mediterráneo, ofrecen una base segura para la discusión de los problemas de cronología de dichos países, la penetración hasta la cultura nórdica da también un elemento importante de cronología que no ha sido todavía bastante apreciado y que habrá de contribuir a la sistematización definitiva del eneolítico general de Europa, como ya lo previó H. Schmidt.

Estas relaciones atlánticas con el occidente de las Islas Británicas (en cuyo círculo hay que incluir al país de Gales y a Cornualles, que se destacan de Inglaterra, para relacionarse íntimamente con Irlanda), van unidas al conocimiento del cobre y del oro. El cobre debió ser conocido en un principio como un metal español, aunque pronto se empezó a buscar el metal indígena. En cuanto al oro irlandés, que en la edad del bronce tiene su gran desarrollo, paralelo del de Portugal, no sabemos si también en la etapa anterior fué buscado o si, acaso, debió su explotación a influencias peninsulares.

El cuadro de relaciones que propagan por las Islas Británicas tipos directa o indirectamente peninsulares, se cierra con



la invasión del pueblo del vaso campaniforme ("beaker folk"), que en diferentes etapas llegó a la Inglaterra meridional desde Holanda, llevando los tipos tardíos renanos (estilo III = beaker B y estilo IV = beaker A). El "beaker-folk" se infiltró en la Gran Bretaña y se mezcló luego con el pueblo inglés descendiente de la cultura de Windmill-Hill, que había adoptado ya los sepulcros megalíticos del norte de Francia, a la vez que otros fenómenos culturales de distinta procedencia (como la cerámica de Peterborough). En su avance hacia el norte dicho pueblo llegó al sur de Escocia.

El resultado principal que se obtiene del estudio de estas relaciones atlántico-mediterráneas de la Península es que se desarrollan durante los periodos que, en ella, llena la larga cultura de Los Millares, contemporánea en su principio, todavía, con la cultura de Palmella (con el segundo estilo del vaso campaniforme) y, en su pleno desarrollo, con la cultura de Alcalar (en la que no conocemos vaso campaniforme, pero que es contemporánea a su vez con el estilo III que abunda en Los Millares). Estos dos periodos se extienden de 2,500-2,300 el primero y de 2,300 a 2,100 el segundo. Antes del primero, o sea antes de 2,500, se halla el principio de la cultura de Palmella y el primer estilo del vaso campaniforme, con la evolución megalítica llegada ya a un cierto desarrollo: para estos tiempos anteriores es difícil comprobar relaciones ni con Europa ni con el Mediterráneo.

Las relaciones atlántico mediterráneas están en conexión con el desarrollo de la metalurgia en el sur de España y con la propagación del comercio general, que, en el Mediterráneo, coincide con una expansión del comercio egeo hacia occidente, en donde su centro principal es Malta. Desde Malta el comercio y la influencia egea pudo irradiar a Sicilia, Cerdeña y aun Almería y, con ello, propagar determinados tipos, como el de los sepulcros de cúpula, incluso el de las cuevas artificiales de Pal-



mella que se han comparado a menudo con el tipo sepulcral semejante que con distintas plantas abunda en Sicilia, en Malta y en Cerdeña, lo mismo que luego se propagará a las Baleares: con esta corriente cultural se pudo insertar en la ruda arquitectura megalítica peninsular, probablemente indígena, la superior técnica constructiva (ostostatos, cúpulas), cuyo precedente se ha solido ver en los *tholoi* de Messara en Creta del período minoico primitivo II o que representan la aclimatación en el Egeo de una estructura ya corriente en la primitiva Mesopotamia. A estos elementos de cultura egeo-oriental hay que añadir los ya citados en la página 95: el marfil, el alabastro, las formas de los vasos "carenés", la pintura de la cerámica y los ídolos, símbolo según muchos de la propagación de ideas religiosas y cultos que, con las relaciones intensificadas, adquirieron gran difusión a través de las culturas europeas. *En la segunda parte de esta época de relaciones* (cultura avanzada de Los Millares, cultura de Alcalar) se desarrolló la *metalurgia de la plata en Almería* y este metal pudo llegar a ser *exportado al Egeo* (minoico primitivo tercero, final). Guardémonos de todos modos de hablar de colonizaciones cretenses ni egeas en España; la relación entonces, como más tarde a fines de la edad del bronce, debió ser de etapa a etapa y los egeos probablemente no pasaron de la frontera entre ambos mediterráneos, en donde se halla Malta. Desde allí, con el comercio pudo irradiar también la cultura y enviar influencias que aclimatan tipos distintos en cada caso y que no permiten hablar de una verdadera extensión de la cultura de Malta o de la cultura egea. En Portugal, en Almería o en Cerdeña, existen culturas más o menos afines pero autónomas y, en todo caso, distintas fundamentalmente de la de Malta.

En esta isla acaso se pueda imaginar su cultura con caracteres generales egeos, aunque sea difícil identificarla con ninguna de las culturas particulares del Egeo en el minoico pri-



mitivo tercero o en sus períodos equivalentes en el Continente, en las islas o en la costa asiática. Posiblemente la cultura de Malta es el resultado de una verdadera colonización de elementos procedentes del Egeo; pero es difícil señalar su punto de partida y cabe creer, incluso, que en este movimiento se juntan elementos de distintas procedencias del Egeo, de la costa del Asia Menor y aun del norte de Siria. En todo caso está en relación con la corriente de cultura que llevó a Tesalia la cerámica pintada de Sesklo, con la cual se relacionan determinados grupos del sur del Asia Menor y que tiene acaso su punto de partida en el norte de Siria. Cabría imaginar un movimiento emigratorio hacia el oeste, mezclándose en sus etapas egeas con las gentes de los territorios visitados, que tenga sus causas en la formación del imperio de Sargón de Akkad, en su dominio del norte de Siria y en su expedición al sur de Capadocia.

7. La estabilización de la población indígena de la Península ibérica durante la edad del bronce (1900-900 a. de J. C.)

Después del eneolítico, *la población indígena de la Península parece estabilizarse* y no se tiene la impresión de que, durante la edad del bronce, hayan tenido lugar nuevas inmigraciones ni grandes desplazamientos de los pueblos peninsulares, a través de las etapas representadas por la cultura preargárica (Lugarico Viejo y Fuente Vermeja en Almería, Castro Marim y Santa María de Lobelhe en Portugal), por el florecimiento de la cultura de El Argar propiamente dicha o por la fase final de la edad del bronce, que precede la nueva invasión, en los comienzos de la edad del hierro, de los celtas de los campos de urnas.

La cultura del Argar mantiene sus centros en la zona minera de la provincia de Almería y en todo el sureste de España.



Pasadas las “modas” forasteras del eneolítico, la antigua cultura de Almería parece volver a lo más simple de sus tradiciones con los mismos tipos de poblados y de sepulturas (cistas no megalíticas y sin túmulo casi siempre, cerámica de color parduzco y de superficie alisada, sin decoración, con formas estereotipadas evolucionadas de las viejas almerienses) y con pocos aditamentos (sepulturas en jarras) si no es el florecimiento de nuevos tipos de metal (alabardas, puñales, espadas y objetos de adorno, especialmente diademas).

A pesar de la monotonía de formas de la cultura argárica, que ocupa la mayor parte de la Edad del Bronce, pueden distinguirse las siguientes etapas.³⁵

Después de la fase de transición (2,100-1,200) de la llamada *cultura-pre-argárica*, representada por Lugarico Viejo y Fuente Vermeja en Almería, la *cultura argárica* propiamente dicha tiene un *primer período* dividido en dos etapas: *Argar I a*, caracterizado por el poblado de El Oficio que parece una fase todavía arcaica (1,900-1,600), y *Argar I b*, que representa el principio del apogeo de la cultura, con gran abundancia de objetos de metal (las alabardas más perfectas, las diademas), aunque siguen algunas notas arcaizantes como la aparición de hachas de piedra y sierras o piezas de hoz de sílex; en esta etapa (1,600-1,400) debió extenderse la cultura argárica a las Baleares y colonizar la Alta Andalucía, especialmente la región minera de Sierra Morena. La estación tipo de Argar I-b, sería la propia de El Argar con su poblado y su necrópolis que fué utilizada largo tiempo a juzgar por el gran número de sus sepulturas. El *segundo período* (*Argar II*), de 1,400 a 1,200, está representado por el poblado y la necrópolis de Fuente Alamo y en él aparecen las espadas por primera vez.³⁶

En la *etapa final de la edad del bronce* (1,200-900), ya de transición a la edad del hierro,³⁷ el centro de gravedad de la cultura de la Península ya no se halla en el sureste de España,



quedando desiertos los antiguos poblados y siendo muy pocos los hallazgos que, en la provincia de Almería, acusan la persistencia de la población (hallazgos sueltos de “palstaves”). Entonces el centro de gravedad de la cultura se ha desplazado hacia la Baja Andalucía y las costas portuguesas y gallegas, con el nuevo florecimiento de las relaciones atlánticas y mediterráneas que parecen pasar de largo por el sureste de España y buscar directamente las islas del Mediterráneo occidental (Baleares y Cerdeña). En Baleares la antigua cultura de El Argar se ha transformado lentamente en la nueva civilización de los “talaiots”, íntimamente emparentada con la de los “nuraghes” de Cerdeña.

Las diferencias entre las viejas culturas desaparecen y aquéllas se unifican en general con la de Almería, adoptando las formas de cerámica y los tipos de metal de *El Argar*, cuyas influencias son sensibles en todas partes, en el este, sur, centro, oeste de la Península y zona cantábrica. Sólo la región pirenaica parece evolucionar de modo distinto, más en relación con el sur de Francia y, por lo tanto, con los países del Continente europeo, aunque con mayor pobreza. El centro de gravedad de la cultura del bronce parece hallarse en el sureste, sur y occidente de la Península. El *centro y el norte*, excepto las zonas mineras de Asturias, parecen más atrasadas. En *Cataluña (zonas montañosas)* y en la provincia de Castellón, parece subsistir la vieja cerámica del tipo de la cultura de las cuevas con decoraciones en relieve y algo parecido debió ocurrir en otros lugares del valle del Ebro (Aragón) y en las montañas del margen de la meseta castellana, aunque no se conozcan hallazgos, pues aun cuando en la edad del hierro vuelve a conocerse la cerámica indígena, ofrece tanto en Cataluña como en Castellón, Aragón y el alto Duero, tipos que son una verdadera continuación de los de la cultura de las cuevas (tipo de Marlés),



denotando la continuidad de la población y una *cultura marginal* persistente.

El hecho más saliente de la edad del bronce es la *colonización de las zonas mineras* de Sierra Morena, en Andalucía y Portugal, así como en Asturias (minas del Aramo), a la vez que la continuación de las relaciones atlánticas y mediterráneas anteriores, intensificadas a fines de la edad del bronce. De otros lugares de la Península, distintos de los indicados, se conoce una explotación rudimentaria de un filón de cobre en una cueva de Riner (comarca de Solsona), en Cataluña, de los principios de la cultura argárica. La colonización minera de Sierra Morena parece haberse hecho en su parte oriental (provincia de Jaén) por los mismos almerienses. No es imposible que ellos mismos se extendieran también por otros distritos mineros y que llegaran a tener colonias incluso en Portugal.

Hay que imaginarse la *población* de la edad del bronce como bastante densa en Andalucía y en Portugal y dedicada a la agricultura y a la minería. El norte, en donde predomina aún la economía ganadera primitiva, excepto en las zonas mineras de Asturias, continuaba ocupado por su población montañesa primitiva de pastores. El Ebro debió estar más densamente poblado por agricultores y Cataluña seguiría en una etapa de economía y cultura sumamente primitivas, continuación de las eneolíticas de la cultura de las cuevas. Esto sucedía en la mayor parte del territorio catalán, por donde, a merced de la afinidad de su población con el sur de Francia, basada en las extensiones por ambos lados del Pirineo de la cultura de las cuevas y de la pirenaica, se infiltraban tipos de bronce europeos, mientras que, en el sur, donde habían arraigado más los almerienses, se asimiló la cultura de El Argar.

Hasta la llegada de los celtas y aun hasta más tarde, en Cataluña y en la mayor parte de España, el hierro debió continuar totalmente desconocido (excepto en el sur) y el *uso del*



bronce se prolongó hasta muy tarde en Cataluña, en el centro de España y en el Ebro, en donde los poblados ibéricos del bajo Aragón, a pesar de las infiltraciones en ellos de los grupos célticos de las urnas, continúan usando hachas de bronce tubulares hasta el siglo VI (Vilallonga de Calceite).

8. *Las relaciones exteriores de la Península ibérica, durante la edad del bronce*

La *relación atlántico-mediterránea* no parece haberse interrumpido nunca, aunque durante los principios y la parte central de la edad del bronce parece más intensa la atlántica que la mediterránea. El contacto de Portugal y Galicia, países entonces ricos en oro, con la cultura de las lunulas de Irlanda (lunulas del norte de Portugal) es seguro y se continúa a través del período II-III de la edad del bronce general, encontrándose en Portugal lejanos resabios, a través de ella, de tipos del bronce nórdico (tesoro de Chão de Lamas). La relación mediterránea, salvo la penetración de la cultura argárica en Baleares, es menos conocida; pero, hacia 1,400, la atestigua la presencia de perlas de vidrio azul en la necrópolis de Fuente Alamo en Almería, frecuentes en Egipto a fines de la dinastía XVIII y que vuelven a encontrarse, en abundancia, en la edad del bronce de Inglaterra, y en un caso (enterramiento secundario del sepulcro de corredor de Parc-en-Guren en Carnac) en la Bretaña.³⁹ En general, los tipos de bronce (hachas planas) permanecen dentro de la tradición argárica, sin que se adopten los inter-europeos, salvo en la zona pirenaica.

La continuidad de la relación del Mediterráneo occidental con el Egeo, aunque, aparte de las expresadas perlas de pasta vítrea, no tiene otros testimonios en España, puede admitirse por algunos indicios fragmentarios de los países no españoles. Ante todo el grupo de hallazgos de Malta que aparecen en Hal-



Tarxien, después de una época de abandono que parece coincidir con el principio de la edad del bronce (2,100-1,900), que introduce en la etapa siguiente (1,900-1,600) tipos de cerámica que recuerdan los contemporáneos de la cultura de las islas egeas de sus etapas recientes (cicládico medio) y que se hallan en lo que se ha llamado “edad del bronce de Malta”. De la misma época son “Schnabelkannen” cicládicas que aparecen como hallazgos sueltos en Menorca y en Marsella y una figurita de mujer que se introduce en la etapa final de la cultura de Anghelu-Ruju (Cerdeña), la cual parece prolongarse hasta entonces. En el período entre 1,600-1,400, que precede inmediatamente a la difusión de las aludidas perlas de pasta vítrea por el occidente de Europa, llegaron a Cerdeña los lingotes de cobre cretenses de la época del “naturalismo” (minoico último I) o del estilo del palacio (minoico último II), que se encontraron en Serra Ilixi y que parecen coincidir con un florecimiento de la civilización sarda representado por las “tumbas de los gigantes”. Todo ello parece indicar que el comercio egeo seguía infiltrando en el Mediterráneo occidental algunas de sus mercancías y explica que, hacia 1,400, se difundieran las perlas de pasta vítrea a lo largo de la vía atlántica.

Entre 1,400 y 1,200, la época de florecimiento de la cultura micénica en el Egeo, la relación no parece rebasar Sicilia, el sur de Italia y el Adriático, en donde se encuentra cerámica de importación micénica.

A fines de la edad del bronce (IV período general: de 1,200 en adelante) y propiamente en la transición a la edad del hierro en los países mediterráneos, la relación se intensifica en ambas direcciones, atestiguándola los depósitos de bronce a lo largo de la costa, desde Galicia a Andalucía, así como en las zonas interiores del este de Andalucía. En ellos se mezclan tipos europeos de espadas y hachas de talón y tubulares, con variedades peninsulares (hachas de talón o “palstaves” con asitas la-



terales) y con tipos llegados por el Mediterráneo: en Huelva fíbulas de codo del tipo de Cassibile de Sicilia y espadas de empuñadura maciza de los países danubianos, en todas partes hachas planas de bronce con apéndices laterales. En Andalucía (depósito de Campotéjar, provincia de Granada) aparecen hachas de apéndices laterales de hierro, tipo al parecer del oriente mediterráneo, y aun asiático en donde, por entonces, era ya frecuente el hierro.

A través de tal mezcla de tipos se sigue la relación con el Mediterráneo occidental, en donde florece entonces la *cultura de los talaiots* de Baleares y de los *nuraghes* de Cerdeña, asociada con broncecillos parecidos a los de España y otros que completan el conocimiento del cuadro general de cultura. En Mallorca, con hachas planas de bronce arcaizantes, continuación de los tipos argáricos, aparecen collares (“Halskragen”) de bronce nórdicos, llegados probablemente a través de la relación atlántica. También aparece el hierro (puñal de la “Talaia Joana” de Las Salinas). Los broncecillos baleáricos ofrecen paralelismos con los de depósitos de Cerdeña, Sicilia y la Italia meridional de la época posterior a la importación de cerámica micénica (período postmicénico y concretamente el siglo XII a. de J. C.) Sicilia parece ser un límite entre ambas mitades del Mediterráneo, y aunque la relación sigue hacia el este, llegando los tipos sículos (fíbulas) hasta Grecia, el Egeo y la costa de Palestina (filisteos), el complejo de una y otra mitad del Mediterráneo aparece con elementos acompañantes distintos, lo que indica una relación indirecta y de etapa a etapa.

Parece que estas relaciones de fines de la edad del bronce, pueden asignarse con seguridad al *comercio del metal*, en el período en que, a partir de los conflictos aqueos con los hititas, se interrumpió la importación de metal asiático en Grecia y se buscó una compensación occidental. Pero, en el siglo XII, los principales agentes no debían ser los aqueos, en decadencia



después de la guerra de Troya y con el mar infestado de piratas asiáticos (pueblos del mar).

Los agentes de la relación serían distintos en cada etapa. La relación atlántica pudo estar a cargo de los pueblos del sur de España, conglomerado en el que se mezclaron sin duda las colonias de mineros almerienses, con los indígenas derivados de los antiguos pueblos de tipo capsiese. El centro de gravedad de estos pueblos en relación con la navegación no parece ser ya el antiguo hogar de la cultura de Almería, en donde los hallazgos son poco numerosos y en donde parece haberse producido una cierta decadencia a fines de la edad del bronce, sino más bien la baja Andalucía y la costa portuguesa. Con el tiempo sabremos que los tartesios de Andalucía navegaron hasta los mercados del estaño en la Bretaña y, si estos viajes están atestiguados solamente a partir del siglo VI, el proceso anterior, con más o menos variaciones, en cuanto al punto de partida y a la manera de hacerse el tráfico, debe imaginarse de modo semejante.

Probablemente los mismos pueblos del sur de España llegaban hasta las Baleares y Cerdeña, cuyos habitantes, que entonces viven el momento de prosperidad que representa la cultura de los talaiots y nuraghes, inexplicable sólo por un desarrollo agrícola interior aislado de las corrientes generales de la riqueza, pudieron ser los agentes de la relación en el resto del Mediterráneo occidental, y quién sabe si en un principio hasta los mercados egeos. En tal caso se explicaría así, que cuando se ponen en movimiento los "pueblos del mar", tengan un incentivo para primero emprender sus piraterías en los mares occidentales y luego para establecerse en ellos. La propagación del hierro de Asia Menor en la época post-micénica y la relación de etapa a etapa desde el sur de España hasta el Egeo explica la aparición del hacha de hierro de Campotéjar asociada a bronce, signo visible de la situación en el siglo XII. Al tomar



pie de modo durable en Sicilia, Cerdeña y Etruria los orientales, lo que debió terminar con la instalación de los etruscos en Italia en el siglo XI, terminó poco a poco el estado de cosas descrito. Siguieron recibiendo metales de occidente en Cerdeña; pero la relación hacia el este la debieron monopolizar ellos mismos, polarizándose en torno de la explotación de los yacimientos de hierro italianos.

La aparición de un nuevo pueblo de navegantes y mercaderes en el Mediterráneo occidental, los fenicios, establecidos de momento en Africa, en la costa tunecina, y dedicados en un principio, como veremos, principalmente al comercio del hierro con Etruria y Cerdeña —pero que con el tiempo descubrieron, hacia el siglo IX, los mercados y las fuentes españolas del metal (plata, hierro, estaño y plomo)—, limitó las navegaciones de los pueblos del sur de España al Atlántico. Con ello se arruinó paulatinamente la riqueza de las Baleares, al margen de las nuevas rutas, y los fenicios se convirtieron poco a poco en los principales agentes de las nuevas relaciones en la edad del hierro (siglos VIII y VII).

La llegada de las primeras bandas célticas (los “*Urnenfelder*”) a Cataluña, hacia 900, vanguardia de la gran oleada que sigue luego los pasos occidentales del Pirineo, es el anuncio de una gran transformación de los pueblos de la mayor parte de la Península por las conquistas célticas. Esta transformación se opera lentamente a partir del principio de la gran oleada que desde el siglo VIII sigue en distintos tiempos, principalmente en el siglo VII, para terminar con la llegada de los belgas no mucho después del 600.

NOTAS

1 Sobre la cultura de las cuevas y su pueblo: Bosch, *Etnología de la Península ibérica* y el capítulo correspondiente de *Pyrenäische Halbinsel* en



el *Reallexikon der Vorgeschichte* de Max Ebert. También L. Pericot, *Historia de España*, I.

2 En África, Vaufrey considera el neolítico de tradición capsense en el que el utillaje lítico de tal naturaleza se asocia con la cerámica parecida a la de la cultura de las cuevas españolas, como una cultura en la que convergen las tradiciones del capsense superior y las del oraniense. Vaufrey y Wulsin, *op. cit.*

3 La cerámica llamada "campaniforme" por Santos Júnior, *A cerâmica campaniforme de Mairós, Tras-os-Montes* (en el "Homenagem a Martins Sarmiento", Guimarães, 1933, p. 364, con un mapa), no es más que la incisa de la cultura de las cuevas en una etapa avanzada, que puede compararse a la de la Cueva del Hoyo en la Mina de Málaga.

4 Mendes Corrêa en el "Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria", III, 1925, pp. 117 y ss.

5 Bosch-Gimpera, *The types and chronology of Western European beakers* ("Man", enero de 1940, p. 6). La estratigrafía del Forat del Pany en "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", VIII, 1927-31, pp. 19 y ss.

6 La confusión de los estilos y el no haber reconocido su valor cronológico relativo ha hecho retrasar extraordinariamente la cronología de los grupos neo-eneolíticos del centro y norte de Europa, anteriores a la cultura de Aunjetic, de la edad del bronce, especialmente por Aoberg y otros arqueólogos nórdicos y alemanes. Con todo y que los límites últimos de la extensión del vaso campaniforme pueden acercarse a las fechas dadas por algunos de ellos, los primeros tipos que llegan al centro y norte de Europa son muy anteriores y entran de lleno en el segundo milenario a. de J. C., no pudiéndose rebajar por tanto a más de 2,500-2,300 la cultura de los sepulcros de corredor nórdicos en relación con la cual aparece el estilo II español, y fechándose el hallazgo de Bigum del estilo III en la época de las cistas más antiguas (2,100-1,900). Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe to the mycenaean age* (London, 1940), da fechas que se acercan a las nuestras: en España: 2,300-1,900, en Francia y en el centro de Europa, 2,100-1,900, fechas que asigna igualmente a los del Mediterráneo occidental, aunque su estudio, publicado al mismo tiempo que el nuestro distinguiendo los estilos del vaso campaniforme, no ha podido tener en cuenta las diferencias de estilo para su valoración cronológica.



7 La evolución de la cultura almeriense, tal como podemos concebirla hoy, puede verse en Bosch, *Etnología*, pp. 146 y ss.

8 S. Vilaseca, *La industria del sílex a Catalunya. Les estacions tallers del Priorat i extensions* (Reus, 1936) y el prólogo de Bosch.

9 F. Ponsell, *La Cova de la Sarsa (Bocairent)*, (“Archivo de Prehistoria Levantina”, t, Valencia, 1928, pp. 87 y ss.); M. Jornet, *Prehistoria de Bèlgida*. (Id., Id., p. 91.)

10 R. Vaufray, *L'art rupestre nord-africain* (“Archives de l'Institut de Paléontologie humaine”, Mémoire 20, Paris, 1939).

11 V. Jacques, *Etnología* (apéndice de la obra de E. y L. Siret, *Las primeras edades del metal en el sureste de España*, Barcelona, 1890); A. A. Mendes Corrêa, *Os povos primitivos da Lusitania* (Porto, 1924), p. 214: mapa de la figura 22; T. de Aranzadi, *Estudi mètric del crani femení i d'altres restes humans del sepulcre de Calaceit* (“Anuari del Institut d'Estudis Catalans”, vi, 1915-20, p. 460); J. Ballester, *La covacha sepulcral de “Camí Real” (Albaida)* (“Archivo de Prehistoria Levantina”, t, 1928, pp. 44 y ss. y mapa de la p. 50); también el mapa de la antropología del neoneolítico de España en L. Pericot, *Historia de España*, t. Ver también J. M. Batista-Roca, *Contribució a l'estudi antropològic dels pobles prehistòrics de Catalunya* (“Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria”, i, 1923, pp. 104 y ss.)

12 Coon, *The races of Europe* (Nueva York, 1939), pp. 146 y ss.

13 G. Poisson, *Les aryens* (Paris, 1934), p. 75.

14 La presencia de braquicéfalos entre la población mesolítica de Muge, que había sido discutida por Valois, ha sido confirmada con nuevos hallazgos en Muge. Ver Alfredo Ataíde, *Novos esqueletos dos concheiros neolíticos de Muge* (“Comunicação apresentada ao I Congresso do Mundo Português”), (Lisboa, 1940). También A. Mendes Corrêa, *Antropologie et pré-histoire du Portugal* (“Bulletin des études portugaises”, Lisbonne, 1941).

15 R. Vaufray, *L'art rupestre nord-africain* (“Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine”, Mémoire 20, Paris, 1939), p. 86, fig. 51, Núm. 20.

16 Sobre el pueblo de la cultura megalítica portuguesa y sobre esta misma: Bosch, *La arqueología prerromana hispánica* (apéndice a la traducción de Schulten, *Hispania*, Barcelona, 1920); Id. capítulo correspondiente



de *Pyrenäische Halbinsel* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert; Id. *Etnología de la Península Ibérica*; L. Pericot, *Historia de España*, I.

17 Aparte de pequeñas monografías nuevas que no cambian la posición de la cultura megalítica portuguesa, hay que citar el importante trabajo de conjunto sobre Galicia: F. López Cuevillas y F. Bouza Brey, *La civilización neo-eneolítica gallega* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1931, pp. 41-61). En la distribución geográfica de los megalitos gallegos en el mapa de la p. 46 se observa su concentración principal en el sur de la provincia de Orense y en la de Pontevedra, siguiendo en número menor hacia el norte por la de La Coruña y de Lugo. Los megalitos del este de la provincia de Lugo pueden ser el enlace con los de Asturias. En cuanto al carácter general de la cultura que representan, ésta es la del norte de Portugal con una cierta pobreza y los tipos de sepulcro son cámaras poligonales o sepulcros de corredor muy poco desarrollados, faltando en absoluto los tipos monumentales. En el material, aparte de las hachas, puntas de flecha y micolitos trapezoidales como los de los grados primeros de la evolución portuguesa anteriores a los sepulcros ricos, se hace notar la influencia esporádica de la cultura de las cuevas en la cerámica incisa del tipo "da Penha" (fig. 12), que contrasta con la cerámica lisa sin decoración, que es general. No parece que en Galicia exista un estrato cultural perteneciente a la cultura de las cuevas como existió en Portugal, en su parte centro. Ya muy a fines del eneolítico (probablemente los tiempos de la cultura de Alcalar), aparece excepcionalmente el vaso campaniforme en los sepulcros de Pontes de García Rodríguez, así como fragmentos semejantes en una mamoa de las Gándaras de Budiño y en A Laborada, así como en la comarca de Finisterre, pareciendo que el vaso campaniforme corresponde a un tiempo en que la forma del sepulcro megalítico se estaba perdiendo y era substituído por sepulcros pequeños: túmulos sin "anta", o sea sin construcción megalítica sepulcral. Los vasos de Pontes de García Rodríguez los consideraríamos como un tipo independiente occidental de la Península y relacionado con la costa occidental francesa y especialmente con los de Bretaña, en íntima conexión con las relaciones atlánticas de fines del eneolítico.

18 Hay que considerar como no pertenecientes a la evolución megalítica propiamente dicha los sepulcros del norte de África, que en lugar de ser una cámara de piedra cubierta por un túmulo, son una forma convergente, producto de la evolución del sepulcro consistente en un hoyo en el suelo con o sin túmulo y revestido de piedras. Ver L. Frobenius, *Der kleinafrikanische Grabbau* ("Præhistorische Zeitschrift", VIII, 1916, p. 1). Por



otra parte, hay que eliminar también de la serie megalítica los monumentos de Baleares y Cerdeña que se suelen incluir en ella, por el espejismo del origen oriental y por creer que los sepulcros megalíticos son en realidad una degeneración de tipos más perfectos orientales. En cuanto a los monumentos de Baleares y Cerdeña (talaiots, nuraghes), se trata de construcciones mucho más tardías, de fin de la edad del bronce y pertenecientes a una cultura que nada tiene en común con la megalítica del eneolítico. Lo propio cabe decir de los palacios de Malta que, excepto en particularidades técnicas, representan un fenómeno sin conexión con los megalitos.

19 Bosch, *The types and chronology of W. European beakers*. —Childe, *The dawn of european civilization* (3ª ed., Londres, 1939), p. 213, dice: "Bosch-Gimpera by labelling some small and ruinous tombs in Northern Portugal 'dolmens', traces their development into orthostatic passage graves, rock-cut tombs and lastly tholoi. We prefer Forde's well-documented thesis that the 'small passage dolmens have a poorer, but not earlier furniture and represent a provincial degradation typical of the peripheral areas'." Por mal que conozcamos la cultura megalítica del norte de Portugal y por mucho que se pueda discutir si se trata de una cultura pobre marginal degenerada de la más rica del sur (nosotros insistimos en que hay muchos argumentos en contrario), el hecho cierto es que no se trata de "small and ruinous tombs": basta hojear las láminas de "Portugalia", I (1899-1903, pp. 600 y ss.), correspondientes al trabajo de R. Severo, *Necropolis dolmenicas de Tras-os-Montes* para ver que se trata de grandes sepulcros hechos con verdaderos pedazos de roca sin desbastar, que no tienen otro paralelo que los verdaderos "dólmenes" del norte de Europa, desde el punto de vista tipológico. El hombre situado a su lado resulta mucho más bajo que ellos: en cambio los "dólmenes" de la cultura pirenaica son en general mucho más bajos que un hombre, y en la tipología clásica de Montelius habría que considerarlos como pequeñas cistas, como hemos venido haciendo nosotros.

20 Las representaciones de cacerías de la Orca dos Juncais (ver su publicación citada en la nota 10 del capítulo anterior), pintadas en un estilo todavía semi-naturalista, muy lejos del tipo esquemático que predomina en los grabados de las losas de los sepulcros del eneolítico avanzado (como en la galería cubierta de la Cueva de Menga) o en las representaciones de ciervos de la cerámica del vaso campaniforme de Palmella y Las Carolinas o de la almeriense de Los Millares, es un hecho muy significativo. Parece indicar que el arte post-paleolítico vivía todavía en una etapa semi-natura-



lista cuando ya había comenzado la evolución megalítica y que, cuando ésta se hallaba en la que se asocia con el vaso campaniforme, ya se había producido la evolución hacia el esquematismo. Esto se compagina muy bien con las diferencias del material que, en las etapas megalíticas con vaso campaniforme, contrasta por su complicación y por los tipos perfectos de sus puntas de flecha e incluso de sus microlitos con el material del grupo de Alvão que nosotros consideramos anterior, con material escaso, *sin puntas de flecha* y con microlitos de tipos todavía bastante arcaicos análogos a los de la sepultura del Vale das Lages, ya próxima a la última etapa de los concheros de Muge, mesolíticos. Por muy escasos que sean los elementos de juicio que poseemos, éstos parecen agruparse en una serie tipológica en la que hay indicios de mayor antigüedad para el grupo de Alvão y de mayor modernidad para el grupo con vaso campaniforme.

Sería muy conveniente una revisión completa del material de los sepulcros megalíticos portugueses, con un inventario del mismo por sepulturas, de manera que resultasen claras las asociaciones tal como se producen en los hallazgos y con un mapa completo que indicase la posición geográfica de los sepulcros. Los colegas portugueses que en los últimos decenios han hecho avanzar tanto la prehistoria de su país y que, en la escuela de Oporto, del profesor Mendes Corrêa, han iniciado la cartografía de la prehistoria portuguesa, pueden hacer mucho por aclarar definitivamente el problema. Nuestras conclusiones se han basado siempre en la revisión de dicho material con el criterio expresado —para lo que habíamos formado en el Seminario de Prehistoria de Barcelona un fichero, resultado del despojo de la bibliografía— y en el estudio del material en los museos portugueses, a lo que nos habían ayudado los señores Pericot y Serra-Ráfols. Desgraciadamente, cuando lo visitamos hace ya bastantes años, el Museo Etnológico Portugués se hallaba en reorganización y muchas de sus colecciones eran inasequibles por hallarse almacenadas y embaladas.

21 Además de las puntas de flecha de base cóncava, parecen existir también en Africa los cilindros y algo semejante a los ídolos-placas. Una serie de representaciones semejantes a éstos se encuentran en una de las pinturas reproducidas por Frobenius-Obermaier, Hádschra-Máktuba. *Urzeitliche Felsenbilder Kleinafrikas* (Munich, 1925), láms. 158-160: roca pintada de Habe, Sosongo, región de Badiangara, en el sur del Atlas.

22 Acerca de la infiltración portuguesa en Almería, ver Bosch, *Etnología*, pp. 92 y ss.



23 Bosch-Gimpera (P.) y Luxán (F. de), *Explotación de yacimientos argentíferos en el eneolítico en Almizaraque* (provincia de Almería). ("Investigación y Progreso", Madrid, ix, Núm. 4, abril de 1935.)

24 Sobre la cultura pirenaica Bosch, *Etnología de la península ibérica* y artículo *Pyrenäische Halbinsel* del *Reallexikon der Vorgeschichte* de Ebert. También L. Pericot, *Historia de España*, I, y del mismo, *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica* (Barcelona, 1925). Valioso material catalán publicado posteriormente al libro de Pericot se halla en J. Serra-Vilaró, *Civilització megalítica a Catalunya* (Solsona, publicación del Museo Arqueológico Diocesano, 1927) y, del mismo, *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcralis eneolítiques* (Solsona, Id., Id., 1923). El material de la cultura pirenaica francesa en Bosch-Serra Ráfois, *Etudes sur le néolithique et Pénéolithique de France* ("Revue anthropologique", 1927), y Bosch, artículo *Frankreich* del *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert. Nuevo material importante en Ph. Hélène, *Les origines de Narbonne* (Toulouse-Paris, 1937), y del mismo, *La caverne sepulcrale du Trou de Viviés à Narbonne* ("Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria", III, 1925, pp. 1 y ss.) El material de la cultura pirenaica vasca en las publicaciones de Aranzadi y sus colaboradores citadas en Pericot, *La civilización megalítica pirenaica* y en Bosch, *Etnología*.

25 V. Bertoldi ha planeado este problema del "substratum" en sus trabajos: *Problèmes de substrat* ("Bulletin de la Société linguistique de Paris", xxxii, 1931, pp. 93-184) y *Gava e derivati nell'idronimia tirrena* ("Studi etruschi", III, 1929, pp. 293-320). Comprueba que en vastos territorios europeos existen toponímicos que producen el efecto de muy primitivos y anteriores a la indogermanización, "substratum" de lenguas anteriores y que tienen un significado concordante en los distintos países, por lo que es lícito ponerlos en relación, ya que no se trata de meras semejanzas morfológicas que pudieran ser casuales. Este es el caso de *ganda* (tierra rocosa a consecuencia de un desprendimiento en la montaña), que se emplea en este sentido desde Portugal por la zona montañosa del norte de España, el Pirineo, los Alpes, llegando a Alemania, a los Balcanes y al Asia Menor, con algunas variantes: tierra inculta (Balcanes, Asia Menor) o barranco seco pedregoso (Portugal, Suiza, Alemania), y que viene atestiguado para la Antigüedad por Plinio como usado por los mineros asturianos. Este también es el caso de *gava*, que es una raíz que interviene en el nombre de ríos y arroyos y se aplica a su cuenca alta, cambiando el río a menudo de nombre en la cuenca baja. *Gava* significaría "río que nace de fuentes de montaña" o "torrente



o barranco de montaña”, o “parte alta del río o pasaje húmedo”, siendo propio de pastores que buscaban los prados de los valles altos, hallándose en los Pirineos, los Alpes, el Apenino, Sicilia, Cerdeña y Dalmacia. El nombre doble tiene como ejemplos Gave de Pau-Adour y Gabbio-Ticino. Bertoldi insiste en que, en general, puede presumirse una unidad lingüística desde Asturias y Santander hasta Toulouse, que además indican otros nombres como *urium*, *tasconum*, etc., y aun cierta comunidad en todo el Mediterráneo occidental con la Península Ibérica, los Alpes, Cerdeña, partes de Francia, Dalmacia y Sicilia, insistiendo especialmente, como ya se había hecho anteriormente, en el substratum común del paleo-vasco con los Alpes. Creemos de suma importancia estas comprobaciones, aunque hay que guardarse de atribuirseles un significado demasiado extensivo como querer deducir de ellas identidad absoluta de lengua y mucho menos de pueblos, para volver a la antigua unidad y aun al “imperio” ligur que tanto ha perturbado la investigación de la etnología de la Europa occidental. Que en épocas muy primitivas existiesen relaciones lingüísticas a merced de la relación de los pueblos y aun que se llegase a establecer cierta “koinés” nos parece muy posible, pudiendo llegar los préstamos de pueblo a pueblo y de grupo a grupo hasta muy lejos; pero el valor probatorio, así que se trata de poner en relación los fenómenos lingüísticos con los culturales o los étnicos, pierde firmeza cuando la comparación rebasa los territorios compactos, en los que con otros elementos de juicio se ha comprobado la existencia de grupos étnicos emparentados. Hay que partir, si se quiere valorar los paralelos lingüísticos como una aportación a la etnología primitiva, ante todo de grupos lingüísticos compactos que correspondan a territorios en los que la existencia de una cultura representativa de un grupo étnico parezca evidente y luego, en la aparición de paralelos lingüísticos a través de distintas áreas étnicas y culturales, tener en cuenta las posibilidades de adopción de formas lingüísticas por la relación de unos pueblos con otros.

Uno de estos últimos casos es el de la deducción de la identidad étnica de vascos e iberos concluida de la existencia en sus lenguas de elementos morfológicos comunes. Menéndez Pidal en su trabajo: *Sobre las vocales ibéricas e, y o, en los nombres toponímicos* (“Revista de Filología Española”, 1918, pp. 225 y ss.), deducía el carácter ibérico de la lengua vasca de tales paralelismos, atribuyendo a la menor intensidad de la romanización la mejor conservación de los hechos estudiados en la zona pirenaica y su casi desaparición en otras regiones de la Península. Igualmente insistió en la comunidad de elementos lingüísticos entre vascos e iberos y aun entre vascos, iberos



y bereberes Hugo Schuchardt en sus numerosos y fundamentales trabajos sobre la lengua vasca, si bien no acaba de probar que el vasco sea una lengua "ibérica", aunque pudo recibir considerable influencia de tal carácter (lo mismo que la arqueología demuestra las aportaciones almerienses-ibéricas a la cultura pirenaica dentro de la que se formaron los vascos históricos) y, por lo tanto, mucho menos la naturaleza étnica ibérica de los vascos. Sobre esta cuestión ver la polémica que tuvimos el honor de sostener con Schuchardt, resumida en nuestro trabajo *La Prehistoria de los Iberos y la Etnología Vasca* ("Revista Internacional de los Estudios Vascos", 1926), especialmente en las páginas 25 y siguientes de la tirada aparte.

26 Childe, *The dawn of european civilization* (3ª edición), p. 290.

27 Childe, *Id., Id.*, p. 245, fig. 122. Comparar estas perlas con las de la Grotte Haute de la Vigne Perdue (Monges, Narbona); en Ph. Hélène, *Les origines de Narbonne* (Toulouse-Paris, 1937), pp. 88-92, figs. 50, 52 y 54. Ver también Hélène, *Les grottes sépulcrales de Monges* (Toulouse, 1925).

28 *Compte-rendu de la Conférence de Barcelone de 1935 de la Commission internationale de la Préhistoire méditerranéenne* (Barcelona, 1937). Hay que tener en cuenta que en las Baleares hasta ahora no hay nada anterior a la cultura de El Argar y que el fragmento de vaso campaniforme que se viene citando de la Cova des Bous (Childe, *loc. cit.*, p. 248), es en realidad un fragmento de vaso polípodo como los de la cultura de Anghelu-Ruju de Cerdeña: ésta, probablemente dura hasta entrada la edad del bronce contemporáneamente con la cultura argárica de Baleares con cuevas artificiales, cerámica evolucionada de prototipos argáricos llegados del sureste de España y puñalitos triangulares argáricos, pero con formas propias que preludian la cerámica de los "talaiots".

29 Los trabajos de Hemp, *Rock cut tombs in Mallorca and in Arles in Provence* ("Anthropological Journal", xiii, 1933, pp. 33 y ss.), y *A possible pedigree of Long-barrows and Chambered Cairns* ("Proceedings of the Prehistoric Society", Londres, I, 1935, p. 110), han dado valor a las relaciones de la Provenza con las islas del Mediterráneo occidental a base de los paralelos arquitectónicos. El punto de partida creeríamos que es más bien Cerdeña que Mallorca, en donde esos tipos de cuevas artificiales son algo más tardíos que el período III de la cultura pirenaica francesa y cuyo material, en general argárico, es influido por la cultura de Anghelu-Ruju. La derivación de las galerías cubiertas francesas de las tumbas mallorquinas nos



parece imposible. El mismo Childe, *loc. cit.*, p. 249, admite que más bien sería posible derivar los tipos mallorquines de los franceses, aunque no hay necesidad de ello, en nuestra opinión, por tener más próximos los prototipos de Cerdeña y Sicilia.

30 Nosotros hemos estudiado en distintos lugares el problema de las relaciones de la península en el eneolítico. Nos referimos principalmente a lo dicho en nuestra *Etnología de la península ibérica*, en donde se resumen los trabajos anteriores y en *Rélations préhistoriques entre l'Irlande et l'Ouest de la Péninsule ibérique* ("Préhistoire", 11, 1933, pp. 195 y ss.) Los trabajos de Childe y Hawkes se citan en las siguientes notas. Para este problema es importante también el trabajo de C. Daryll Forde, *Early cultures of Atlantic Europe* ("American Anthropologist", 1930, pp. 19 y ss.)

31 Ver G. Leisner, *Ausgemeisselte Türen in Megalithgräber der Pyrenäenhalbinsel* ("Marburger Studien", 1938, pp. 147 y ss.)

32 Acaso también los ídolos almerienses, como el del Gárcel y otros. La cronología de las estaciones almerienses no se opone a ello, pues el Gárcel es considerado ahora como muy tardío dentro de la cultura almeriense. El punto de partida de las influencias extranjeras "orientales" en Almería y en general en España podría ser el Egeo y otra ilustración de ello podrían constituir la las figuritas de mármol de Anghelu-Ruju en Cerdeña. En los principios de la edad del bronce aparecen en el Mediterráneo occidental (Menorca, Marsella), los primeros objetos seguramente egeos: las "Schnabelkannen" de la cultura de las Cieladas, sin contar con la cerámica y las estatuillas de Malta (ver el *Compte-rendu de la Conférence de Barcelone de la Commission pour la Préhistoire de la Méditerranée occidentale*, Barcelona, 1937). En todo caso este comercio, y con él las influencias orientales, pasaría de un extremo a otro del Mediterráneo indirectamente y de etapa a etapa, como sucedió hasta fines de la edad del bronce y cabría pensar en que el punto central de esta relación fuese Malta. Otra cosa que llega entonces a Almería de procedencia extranjera es el marfil de hipopótamo, según Siret.

33 En Cataluña aparece el "callais" en los sepulcros no megalíticos almerienses, eneolíticos. El ámbar, que se halla en la cultura de Los Millares, llega a Cataluña a principios de la edad del bronce (época de El Argar) y en Cataluña constituye uno de los elementos normales del complejo argárico de su territorio almeriense y se transmite a los últimos sepulcros megalíticos.



líticos pirenaicos contemporáneos (período pirenaico IV: sepulcro del Collet en la comarca de Solsona).

34 No hemos tratado de dar aquí un cuadro del desarrollo prehistórico neo-eneolítico del occidente de Europa, sino tan sólo seguir en líneas generales las relaciones que parten de la Península. Childe reconoce en el desarrollo de las culturas neo-eneolíticas de Escocia esta influencia portuguesa, distinguiendo, además, en el grupo del Clyde otro elemento, el de las “segmented cists” o sea propiamente galerías cubiertas divididas interiormente por losas transversales, que relaciona con las pirenaicas de Francia (Halliade), el país vasco (Jentillarsi) y Catalunya (Puig-Rodó), que pone en relación con una etapa primera, anterior a las cúpulas y a la cerámica del tipo de Alcalá representada por Beacharra, y que en el material del sur de Escocia estaría representada por la entrada de la cerámica de tipo Windmill-Hill inglés, así como por las puntas foliáceas. Acaso se trata de un grupo de origen inglés y sus elementos pirenaicos llegan con la corriente que los llevó a Inglaterra. En el sur de Escocia esta fase precede a la propagación del vaso campaniforme inglés. Todo ello nos parece una corriente distinta de la portuguesa. El problema cronológico de los distintos grupos británicos es muy complicado y tampoco es cosa de intentarlo aquí.

En todo caso debemos insistir en que la corriente del vaso campaniforme inglés es independiente de la del portugués o pirenaico y en que, si el inglés es un fenómeno tardío que se propaga en un tiempo que en muchos casos es posterior a la cultura de Alcalá, todo ello no prejuzga nada para la corriente pirenaica o portuguesa. En Inglaterra hay ciertamente una introducción de tipos pirenaicos anteriores al vaso campaniforme y que representan una influencia desprendida de la cultura pirenaica (cultura pirenaica I), antes de propagarse, también a través de ella, el vaso campaniforme a merced de una comunidad cultural que representa en Inglaterra el neolítico A (Windmill Hill), en relación con la cultura del sílex de Francia, más antigua ciertamente como quiere Childe y que llega hasta la Escocia occidental y la Irlanda del norte y sobre la que, en estos últimos lugares, se coloca la influencia portuguesa más tardía correspondiente a la época de la cultura de Alcalá (contemporánea del período III de la cultura pirenaica con el estilo III del vaso campaniforme).

Es preciso hacer una revisión general de la cronología relativa de los grupos del occidente de Europa, que habíamos comenzado en nuestro Seminario de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, a partir de 1932, y de



la que dimos un avance en nuestras *Rhind Lectures* de Edimburgo de 1936 (cuya publicación está en preparación) y en un trabajo sobre el vaso campaniforme pirenaico que estaba en prensa en 1939 (en el "Homenaje al Conde Bégouen" y que no sabemos que haya aparecido), así como en *The types and chronology of W. European beakers*. Insistimos en que de esta revisión cronológica se desprende y se comprueba que el estilo I de Palmella es anterior a Los Millares y a Alcañar y que esta última cultura (sin vaso campaniforme, contemporánea del III estilo probablemente) no es en ningún caso anterior a Palmella, como quiere Childe.

Childe ha estudiado, magistralmente, en los últimos años, las culturas escocesas en su libro *The Prehistory of Scotland* (1935), precedido de sus artículos *The chambered tombs of Scotland in relation to those of Spain and Portugal* ("Homenaje a Mérida", I, "Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos", 1934, pp. 197 y ss.) y *Le Rôle de l'Écosse dans la civilisation préhistorique de l'Atlantique* ("Préhistoire", París, vol. IV, 1935). En este último trabajo me reprocha no haber tenido en cuenta los hechos escocesas en mi estudio: *Rélations préhistoriques entre l'Irlande et l'Ouest de la Péninsule ibérique*, publicado en "Préhistoire", II, 1933, pp. 195 y ss. En este trabajo, resultado, entre otros, de nuestros estudios en Dublín en 1926 y en Edimburgo en 1932, en las pp. 229 y 254, se dice: "La culture mégalithique de l'Écosse, quoique fortement influencée par celle d'Angleterre, semble aussi avoir reçu différents éléments d'origine irlandaise, et indirectement de la Péninsule ibérique. Outre les tombes mégalithiques à chambre circulaire, on trouve dans la poterie des formes qui rappellent des vases de la Péninsule ibérique qui rentrent dans le milieu de la culture portugaise, par exemple le vase du cairn de Limeklin (ciachaig, Arran), ceux du cairn de Monamore Glen, Arran, ceux du cairn de Beacharra, Kynntire, Argyll, pour lesquels on trouverait facilement des analogies dans la culture d'Alcañar ou de Los Millares en Espagne. Aussi le vase d'une ciste de Craig, Auchindoir, Aberdeenshire rappelle les formes de la poterie mégalithique irlandaise, plutôt que celle de l'Angleterre." Se citan luego los hallazgos de sílex de tipo portugués (puntas de flecha de base cóncava) de Glenluce Sands (Wigtownshire), Culbin Sands (Morayshire) y Airhouse Farm (Berwickshire) y se reproducen las figuras de Graham Callander con los vasos de Unstan y Beacharra, entre otros (Fig. 36) y, en las figuras 37-39, diferentes hallazgos de sílex, terminando: "On croirait que la culture mégalithique écossaise s'est formée par le croisement de l'expansion de celle de l'Angleterre avec une colonisation irlandaise plus ou moins intense."



Acerca de las relaciones de la cultura peninsular con los países occidentales, ver también Hawkes, *The prehistoric foundations of Europe* (Londres, 1940), especialmente el capítulo v.

La propagación de los tipos de cerámica de las culturas de Alcalar y Los Millares asociados al vaso campaniforme III parece haber llegado muy lejos. Por una parte, ya hemos visto que llega a Escocia. Por otra, dichas formas (aunque, por lo que conocemos hasta ahora, no el vaso campaniforme) debieron penetrar en los megalitos del norte de Francia del grupo del Sena-Oise-Marne, en el que se combinan con la cultura indígena de la región, formada sobre una base de la cultura occidental del tipo más primitivo del Camp de Chassey, con influencias nórdicas (hachas de sílex: por lo que a veces esta cultura se ha llamado "cultura del sílex") y aun de la cultura de las cuevas del sur de Francia (decoraciones propias de la cerámica de esta última cultura) y tipos almerienses de puntas de flecha recibidos a través de la cultura pirenaica. Con la extensión de los megalitos del grupo del Sena-Oise-Marne por Bélgica (ver Bosch, artículo *Belgien* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert), llegaron probablemente a las galerías cubiertas o cistas de gran tamaño al norte de Alemania y a la zona montañosa próxima de Hessen y aun a Turingia. Los hallazgos de cerámica relacionados con las formas de Alcalar-Los Millares, muy parecidas a las de Escocia, verlos en Sprockhoff, *Handbuch der Vorgeschichte Deutschlands*, III (*Die nordische Megalithkultur*) (Berlín, 1938): hallazgos de Lohra (Kreis Marburg, Hessen) en la lámina 17, en la que se reproducen otros hallazgos de Züschen junto a Fritzlar (Kreis Marburg, en Hessen) y de Altendorf (Kreis Kassel), también de Hessen.

Acaso éste fué el camino de propagación hasta el círculo de cultura nórdico de las llamadas cistas megalíticas de tipo jutlándico y de sueco ("jütländische" y "mittelschwedische Typen"), que son propiamente galerías cubiertas de tipo occidental: Boestrup, Gravlev, Monsted en Jutlandia y Berga y Skogsbo en Vestergotland (Suecia), a veces con piedra en entrada con agujero circular u ojo de buey ("porthole entrance"), lo mismo que algunos sepulcros megalíticos de Alemania, del norte de Francia y de la península ibérica (precisamente de la cultura de Los Millares): Skogsbo. Ver los tipos en cuestión en Forsander, *Der ostskandinavische Norden während der älteren Metallzeit Europas* (Lund-Oxford-Londres, 1936), figs. 21 (p. 109), 29 (p. 157), 44 (p. 95), 27-28 (pp. 148-149) y el mapa de distribución de la fig. 22 (p. 113). Ver también C. A. Nordman, *The megalithic culture in northern Europe* ("Rhind Lectures", 1932) ("Finska formminnesföreningens Tidskrift", xxxix, 3, Helsingfors, 1935). El parentesco de los



sepulcros nórdicos con los occidentales ya lo había reconocido también T. D. Kendrick, *The axe age* (Londres, 1925).

35 Acerca de la edad del bronce española nuestro último estudio es: *Die Bronzezeit auf der iberischen Halbinsel* ("Festschrift für H. Seger"), ("Altschlesien", v, 1934, Breslau, pp. 109 y ss.)

36 Estas etapas de la edad del bronce peninsular parecen paralelas de las europeas en la siguiente forma. La cultura pre-argárica (2,100-1,900) de la cultura de las lúnulas de Irlanda, del estilo IV de los vasos campaniformes del Rin, de Holanda y de Inglaterra, cuando ya habían desaparecido de Francia y de España, así como de las culturas del Pre-Aunjetic de la Europa central y de la de Adlerberg del sur de Alemania. La de El Argar I-a (1,900-1,600) de la plena cultura de Aunjetic, de las últimas cistas nórdicas y de la etapa del bronce nórdico iniciada por el depósito de Pyle, lo que viene a equivaler al antiguo período del bronce I-c de la clasificación de Montelius-Kossinna. El Argar I-b equivale al II período del bronce nórdico (1,600-1,400). El Argar II al bronce nórdico III y a la última parte del *middle bronze age* de Inglaterra (1,400-1,200), así como a la cultura del Lausitz A.

37 Esta etapa equivale al bronce europeo IV: 1,200-900.

38 Sobre la fecha de Fuente Alamo y las perlas: E. Thurlow Leeds, *A Milestone in Western Archaeology* ("Homenagem a Martins Sarmento", Guimarães, 1933, pp. 402 y ss.) Para las relaciones atlántico-mediterráneas a fines de la edad del bronce conserva actualidad el capítulo x de nuestra *Etнологía de la Península Ibérica*. Las perlas de Fuente Alamo y las semejantes son valoradas también por Forde, *Early cultures of Atlantic Europe*, p. 86.



CAPITULO IV

LAS OLEADAS CELTICAS

1. *La primera oleada: los celtas de las urnas*

Los celtas entraron en la Península en distintas oleadas.¹ La primera, la de *los celtas de los campos o cementerios de urnas* (“Urnenfelder”), *partiendo de Alemania meridional*, en donde se había replegado parte del grupo céltico que ocupaba la frontera con los grupos de pueblos que generalmente se consideran “ilirios”: uno de éstos, el de la cultura del Lausitz, a fines de la edad del bronce empujó hacia el oeste al grupo bohemio de Knovic, que se infiltró en Alemania, transformándose la antigua cultura de los túmulos en la nueva de las urnas. Desde el sur de Alemania, los celtas de las urnas pasan el portillo de Belfort y descienden por el valle del Ródano, infiltrándose por el este y centro de Francia. Por la costa mediterránea llegan a la *Cataluña litoral* y penetran en los *llanos de Urgel* (Verdú-Virodunum, Guissona, Llardecans), llegando hasta el Ebro (El Molar) e infiltrándose en la *parte oriental de Aragón* (en la región del Cinca: Sena, en el bajo Aragón: Escodines Baixes de Mazaleón). Esta invasión céltica entró por los pasos de las Alberas; pero, al mismo tiempo, otros grupos entrados por otros



puertos pirenaicos (Puymorens, Coll de la Bonaigua, cerca del cual se halla Salardú-Salardunum), se perdían entre los pueblos de la *montaña catalana* (entre los arenosios, los ceretanos, los bergistanos y aun entre los ausetanos). La *llegada* a Cataluña de esos celtas puede colocarse *hacia* 900 a. de J. C. y su dominación continúa hasta 650: entonces los iberos del sur reaccionan y los borran a su paso hacia la costa francesa. De todos modos, restos célticos del pueblo de las urnas continúan intactos hasta los alrededores de 500 en la región al oeste de Gerona (Anglés), en Olot (Gibrella y el nombre de Besalú-Beseldunum) y aun en el Ampurdán (Perelada). *La cultura céltica* de las urnas deja también *influencias en las indígenas* de la segunda edad del hierro, en las razas de animales domésticos y en la colonización agrícola del país (nombres en-*acum*).

El carácter militar de la ocupación céltica lo indican los citados nombres de lugar con el sufijo *-dunum*, que significa fortaleza.

Podemos sospechar que entre las tribus que formaban parte de esta primera oleada céltica se hallaban los *beribraces* (nombre que significaría: el pueblo del castor, *Biber* en alemán), posiblemente un animal totémico de la tribu. Este mismo nombre: los *bibroci*, aparece entre las tribus célticas primitivas de la Bretaña francesa, a donde, en otro movimiento, debieron llegar también celtas de las urnas.

De los beribraces de la oleada que penetró por Cataluña y que se extendió por el bajo Aragón, quedaron restos arrinconados en las montañas del occidente de la provincia de Castellón, en donde los conoce el Periplo massaliota en la primera mitad del siglo VI y, luego, otros beribraces aparecen, arrinconados también, en las montañas que bordean el Rosellón al otro lado del Pirineo, en donde los encuentra Aníbal en el siglo II antes de nuestra era.



2. La segunda oleada

a) *Los grupos celto-germánicos de Westfalia.*—Una segunda oleada se produce a consecuencia de los *movimientos germánicos en la línea del Rhin* (primeros avances de las culturas de Wessenstedt y de Harpstedt), durante la época hallstática y llega a España en distintos momentos.

Grupos pertenecientes a la cultura hallstática *del bajo Rhin fueron puestos en movimiento por las primeras infiltraciones germánicas en Westfalia (cultura de Wessenstedt: hacia 800)*. Después de una posible permanencia en el occidente de Francia, fueron empujados *hacia España*, a través de un proceso todavía mal conocido, acaso *hacia 700*. Luego un *grupo celto-germano, desplazado de Westfalia*, que atravesó Holanda y Bélgica (*cempsos, cimbrios, germanos, eburones*) por los primeros movimientos germánicos de *la cultura de Harpstedt, hacia 650*, encuentra su camino hacia España, pasando por la costa atlántica francesa.

Los que entraron primero, como todos los celtas de la segunda oleada, pasaron por los puertos occidentales del Pirineo, quedándose en el *valle alto del Ebro* o siguiendo el curso del río (Redal en la Rioja, Roquizal del Rullo, cerca de Fabara), infiltrándose en el *bajo Aragón* entre los iberos que ya habían experimentado las infiltraciones anteriores de los “Urnenfelder”. Otros penetraron en la meseta castellana, siendo probablemente desplazados hacia su margen este y sur por el siguiente grupo (el de los *cempsos*), desarrollando la cultura hallstática arcaizante de Las Cogotas I (provincia de Avila), extendida luego a los alrededores de Madrid (Areneros) y del alto Duero y la alta montaña soriana (Numancia I). El origen de este grupo, formado probablemente por los que luego conocemos con el nombre de *berones* en la Rioja (Redal) y de *pelendones* (en el alto Duero y la montaña soriana), parece indicarlo la *cerá-*



mica llamada "excisa", decoraciones cortadas profundamente: el "Kerbschnitt" que recuerda la del grupo hallstático del bajo Rin en Alemania, el sur de Holanda y sureste de Bélgica, la pintura del bajo Aragón (San Cristóbal de Mazaleón), que parece tener relaciones con la cerámica pintada hallstática alemana (Niedermockstadt: Hallstatt C) y los morillos del Roquiza! de Rullo y los pesos de telar del bajo Aragón que se hallan en toda la cultura del Hallstatt C alemán. En el occidente de Francia parecen haber quedado restos de los pelendones, que acusa el nombre de Belin en la región de las Landas.

Los grupos celto-germánicos de Westfalia se establecieron, por fin, después de una etapa en la meseta castellana, en el valle inferior del Tajo, en Portugal y en la Extremadura española. Los *cempsos* se reconocen en la necrópolis de *Alpiarça* (Portugal), con cerámica que recuerda la de *Vledder-Bonnin-ghardt* de Holanda y de la región de Düsseldorf. Los *germanos* se extendieron por la *región de las minas del norte de Sierra Morena* y se infiltraron entre los oretanos (*Oretum germanorum* y "*germani*" de Plinio).⁴⁶ Los *cempsos*, además, trataron también de extenderse por la *baja Andalucía*, en donde consiguieron establecerse temporalmente en la isla de Saltés (Cartare), cerca de Huelva, así como otros grupos célticos se mantuvieron largo tiempo en algunas ciudades del sur de las provincias de Sevilla (Hasta, Salpensa) y de Málaga (Cártima, Acinipo, Arunda). Los *cimbrios* se apoderaron de *Cembricum* (provincia de Cádiz), que poseían todavía en la época romana. Los restos de los *cempsos* se conocen como "*celtici*" en el Alemtejo y en las zonas limítrofes entre las provincias de Badajoz y Huelva durante la romanización. Intentaron penetrar incluso hacia Córdoba, pero fueron contenidos en la región de Villanueva del Duque. Este hecho parece indicarlo la lápida romana que habla de un "trifinium" o sea del límite entre las tres ciudades de Epora-Montoro, Sacili Martialis-Alcorrucén junto a



Pedro Abad y Solia en el valle de los Pedroches cerca de Villanueva de Córdoba: la última pertenecería a los célticos que avanzaron hacia Córdoba y las otras dos eran de los pueblos del valle del Guadalquivir. Así y todo se encuentran *influencias célticas en la cultura tartesia* de Los Alcores de Carmona, en Setefilla y en toda Andalucía. Con este conglomerado de pueblos debieron llegar también grupos de *eburones* germánicos a Portugal (Eburra-Evora). Este movimiento no puede ser muy posterior a 650.

b) *Las presiones germánicas en el Rin, Hessen y Turingia, y los movimientos del conglomerado de los "sefes".*—Una nueva presión germánica representada por el principal movimiento de la *cultura de Harpstedt* (caracterizada por el vaso llamado "Rauhtopf"), en el Rin, operándose desde Düsseldorf y Colonia a Coblenza, hizo marchar los *sefes* a través de los pueblos de la *cultura del Eifel-Hunsrück* del Hallstatt D. A ellos se juntaron otros pueblos célticos, los turones, empujados por la entrada de los germanos en Turingia, añadiéndose a los turones *otras tribus de Hessen* y de las regiones vecinas de la *Alemania central*: los *nemetati* o *nemetes* (entre el Main y la orilla derecha del Rin), los *boios* y los *santones* (cerca del Main), los *bituriges* (Hessen renano; ¿quizás el pueblo de los "Fürstengräber" del subsiguiente La Tène I de esta misma región?). Acaso también salieron grupos de *volcos* de Hessen (¿los olcades de España?)

A su paso por el este de Francia, otros pueblos se les juntaron: los *lingones* (Langres) y los *senones* (Mosela y Ardenas, a donde habían sido arrinconados acaso por otra presión germánica ejercida en Bélgica, que desplazó a Champaña el pueblo de la cultura de Les Jogasses). El movimiento continúa hacia la Turena y el camino de Tours-Angulema-Burdeos-Bayona, habiendo dejado en las etapas de este camino grupos que se reconocen más tarde: los *senones* (en Sens), los *nemetes* (en



Nemours), los bituriges (en Bourges), los santones (en Charente), los bituriges viviscos y los lingones, acaso también los boios en Girona, así como se recogieron *lemovices* del Limousin. En el suroeste de Francia se producen también movimientos parciales de grupos que avanzan hacia las mesetas de Ger y de Lannemezan (Avezac-Prat) o que son empujados hacia el Ariège (*belendi*, parientes de los pelendones que se hallaban ya en España), aunque restos suyos permanecieron en las Landas (“belendi” de Belin). Estos celtas del suroeste de Francia que quedan arrinconados en la zona pirenaica pertenecerían al movimiento del Hallstatt C, desplazado por las primeras presiones germánicas de Westfalia del 800.

Los que no se quedaron por el camino y llegaron a España, se establecieron en las llanuras del occidente de la meseta castellana, desde donde alcanzaron (acaso más tarde empujados por los belgas), la provincia de León, Asturias y Galicia, así como el Portugal septentrional y central. Son los grupos célticos infiltrados entre los astures (*lungones* en el camino de Pajares, por Pola de Lena a Gijón), los *nemetates*, *turodi-turonnes*, *lemavi-lemovices* y *sefes de Galicia y de Portugal*. En el Duero y en los confines de Zamora y de Galicia explotarán más tarde los yacimientos de estaño. Cuando los nuevos movimientos (de los belgas) lleguen a la meseta, poco después del 600, serán a su vez arrinconados hacia las vertientes y los valles de las sierras de Gredos y de Gata y hacia el *límite de Salamanca y Extremadura* (elementos célticos de los vetones, “berracos”, cultura de Las Cogotas II, con raíces en la cultura del Eifel-Hunsrück). Otros destacamentos, por el camino de Extremadura, constituyeron los elementos célticos del grupo vetón de Extremadura y, posiblemente, entre ellos había tanto celtas del grupo desplazado (turonnes en Turóbriga-Aracena), como de los nuevos invasores (turmódigos de Turmogum-Garrovillas).



Finalmente los *turonos* (turolenses) serán arrinconados hacia Teruel, probablemente por el avance del grupo belga (arévacos, belos, tittos). Más tarde, desde allí tratarán de bajar hacia el mar por el camino de Segorbe que durante algún tiempo debió señalar una victoria céltica (Segóbriga = fortaleza de la victoria), como acaso también Sagunto, si en el nombre de esta última ciudad pudiese reconocerse la misma raíz céltica. En la zona montañosa intermedia, entre las cimas de la cordillera costera y el litoral, fueron precedidos por los beribraces del grupo céltico de las urnas que, posiblemente, son una extensión de sus infiltraciones en el bajo Aragón.

En relación con el arrinconamiento de los Turones se produjo acaso también desde el alto Duero y el alto Jalón, extendiéndose por las terrazas de la provincia de Cuenca el de los *olcades* que se infiltraron entre los contestanos y los pueblos ibéricos de la costa valenciana y de Alicante (formas célticas de Oliva, etc.). La frontera de las tribus, en el límite contra los pueblos de otra naturaleza, lo marcan los lugares con los nombres de Ituero, Piedrafita, etc., que a veces también denotan límites entre tribus célticas; la frontera entre los olcades (¿volcos?) de la provincia de Cuenca y sur de la de Valencia y los iberos de la de Albacete y parte limitrofe de la de Valencia la señala el nombre de Cofrentes al norte de la fortaleza ibérica de Meca.

En este complejo étnico de los sefes-turonos sin duda existían también *elementos germánicos*, pertenecientes a las avanzadas de los promotores del movimiento, que se mezclaron con los celtas emigrados, lo mismo que parece haberlos habido en el primer aluvión celto-germánico procedente de Westfalia que llevó al suroeste de España a los cempsos junto con elementos cimbrios, eburones y germanos en sentido estricto.² En relación con el gran movimiento del segundo aluvión podemos descubrirlos en la región de Lugo a través de una inscripción ro-



mana que alude a la diosa Poemana, al parecer la epónima de los *pemanos*, así como el nombre de Eburobritium (Évora al norte de Lisboa, en el territorio de los sefes) esconde otro grupo de eburones.

La llegada a España del conglomerado de los sefes-turones-lemavi-nemetates-lungones-olcades-eburones parece deber fecharse hacia 600 a. de J. C.

c) *Los belgas*.—Las presiones germánicas se continuaron en Bélgica durante el curso del siglo VI, originando la partida, hacia el 600, de algunos grupos de celtas belgas. Pertenecían sobre todo a los *suessiones* y a los *belovacos*; pero en el conglomerado nuevo había *nervios*, *ambianos* y *veliocasses*, así como otros celtas, no belgas de la región del Eure: los *autrigones* que debían haber pertenecido al pueblo de los aulercos eburóvices, por cuyo territorio corre el Eure (Autura), y que emigrarían al ser invadido aquél por una avanzada germánica de eburones.

Llegados a España, se establecieron, ante todo, desde los Pirineos a la Rioja y al Ebro: los *suessiones* a lo largo del camino Pamplona-Vitoria-Miranda, los *autrigones* en la cabeza de puente de Miranda de Ebro, a ambos lados del desfiladero de Pancorbo, en el valle de la Bureba (provincia de Burgos) y en las montañas de Vizcaya y Santander inmediatas. Otros se infiltraron entre los vascos costeros (*origeviones*, *caristios* y *nerviones*, estos últimos acaso de origen germánico) o entre los cántabros (*veliocasses*), dominando sobre todo el camino de Reinosa al mar.

Los grupos principales ocuparon las tierras productoras de trigo de la meseta castellana superior. Estos fueron los *belovacos*, divididos en varios grupos: los *vascones* se dirigieron hacia la Tierra de Campos (Palencia-Valladolid), avanzando luego hacia Salamanca, Zamora y Avila; los *vacceos extremos* o *arévacos* remontaron el valle alto del Duero hacia Soria y Numancia. Esta última ciudad hacia el siglo III la conquistaron a



los pelendones del primer aluvión, arrinconándolos en las altas montañas. Los *belos* desbordaron hacia el alto Jalón, extendiéndose por su margen izquierda. Con los *belos* se extendieron otros grupos célticos menos importantes: los *tittos* (ribera derecha del Jalón y parameras de Molina).

Las *avanzadas del movimiento* llegaron más lejos. Las del grupo de los *belos* deshicieron la tribu indígena de los *lusones*, celtizándola y reduciéndola al medio y bajo Jalón de Bílbilis-Calatayud a Nertóbriga-Calatorao y al Jiloca (Daroca); luego descendieron por las terrazas de La Almunia y Cariñena y por la sierra de Cucalón hasta el límite de los edetanos ibéricos de Zaragoza, cuya frontera occidental contra los celtíberos señala Piedrahita (provincia de Zaragoza). Las vanguardias de los arévacos, al avanzar por el alto Duero, debieron desbordar desde Agreda por las vertientes del Moncayo en dirección al Ebro, en donde son conocidas con el nombre de *celtíberos del Ebro*, sin denominación particular de tribu (Turiasso-Tarazona, Balsio-Cortes, Bursada-Borja).³ El avance de los belgas hacia el Jalón-Jiloca y el Ebro da lugar al arrinconamiento de los grupos extremos de los pueblos del conglomerado sefes-turones: los turones o turolenses hacia Teruel, arrinconados por el avance de los *tittos* por las parameras de Molina. En la orilla izquierda del Ebro (desde Gallur, por los montes de Castejón y Zuera) al norte de Zaragoza, hasta el Gállego, al que dieron nombre, existe un grupo que no sabemos si procedía de los movimientos anteriores o si está en relación con la avanzada de los celtíberos del Ebro.

La *invasión de los belgas*, que representa el último tiempo de esta gran oleada, *debió partir de su patria* todavía durante la época de Hallstatt, es decir, aún durante el *siglo VI*, y el fin del movimiento, en España, *debió haberse terminado* hacia 570, pues su cultura, que evoluciona a través de la que hemos llamado posthallstática,⁴ no contiene en sus principios todavía



ningún elemento de La Tène. Cuando éstos aparecen en una etapa ya muy avanzada de la cultura posthallstática (siglos IV-III = La Tène I-b y sobre todo La Tène II) representan simples relaciones con la cultura de La Tène de Francia y, en ningún caso, una nueva invasión, ya que los tipos de La Tène aparecen esporádicamente en las estaciones de la cultura hallstática sin desnaturalizarla y sin formar grupos compactos, de manera análoga a como se introducen tipos de La Tène, especialmente fíbulas y espadas, en la cultura ibérica del este y sur de España. El *terminus ante quem* del movimiento, en España, lo señala el haberse situado los grupos extremos del conglomerado anterior de los sefes en zonas litorales, ya en tiempo del Periplo (570 a. de J. C.)

Después de la invasión de los belgas del siglo VI, no parece haber habido más movimientos célticos hacia España, contra lo que creía Hubert.⁶

3. *Los celtas en el centro de Europa y sus movimientos después del siglo VI*

Los celtas en el centro de Europa parecen haber logrado, desde principios del siglo V, calmados los movimientos germánicos que se infiltraron en Bélgica y desplazaron los belgas a España, estabilizar la frontera, que protegieron mediante fortificaciones a lo largo de la línea Ardenas-Eifel-Westerwald-Taunus,⁶ las cuales parecen indicar dónde se habían producido las irrupciones de la gran oleada anterior. Entonces, al amparo de esta seguridad, florece su cultura, como revelan los "sepulcros de príncipes" del Marne y del Rin, con objetos de oro abundantes, fíbulas de máscaras humanas y cabezas de animales, en el buen estilo de La Tène I y abundancia de importaciones griegas.⁷ Hacia 400, los nuevos movimientos célticos derivaron hacia Italia y el Danubio, como quiere la tra-



dición referente a las grandes expediciones de Segoveso y Beloveso, desde el país de los bituriges y que creeríamos representar, no una huida delante de un nuevo peligro, sino por el contrario, una expansión de un pueblo en plena prosperidad, y partir, no de Francia, como se ha creído frecuentemente, sino del Rhin, de los bituriges renanos, aunque participaron de ella grupos originarios de otras tribus de Alemania y de Francia. Hessen conservó su población céltica (los volcos) hasta que las nuevas presiones germánicas en el siglo III (La Tène II) la obligó a emigrar, esta vez hacia el sureste de Francia, siguiendo el camino del Ródano y alcanzando el Rosellón y la llanura de Tolosa. Pero no llegaron a pasar la frontera de las Alperas y por consiguiente no ocasionaron trastornos a España: su vecindad sólo se advierte en la aparición de los mencionados tipos de La Tène II, llegados a España por la vía de la relación comercial.

La frontera oriental de los celtas se mantuvo todavía intacta al este del Vogelsberg y del Rhön, siguiendo por la selva de Turingia: allí sus fortificaciones (Steinsburg cerca de Römhild, entre Meiningen y Coburgo) resistieron hasta que, a principios del siglo I, llegaron nuevas presiones germánicas irresistibles³ y con ello terminó el dominio céltico en Alemania, quedando sólo grupos aislados más o menos mezclados o rodeados de pueblos germánicos.

4. *La dominación céltica en la Península*

El *apogeo de la dominación céltica* en la Península fué el tiempo entre el siglo VI y el II a. de J. C. Entonces, después de haber fracasado en su intento de apoderarse de toda ella, por la resistencia de los tartesios en el sur y de los iberos en la costa oriental, pudieron mantener su poderío en casi todo el centro, en el oeste y en el norte, mezclándose con los indígenas, de los



que aparentemente desapareció todo rastro. Estos continuaron, con alguna personalidad sólo en las zonas marginales. Así, los lusitanos, aunque habían experimentado una fuerte influencia de los celtas vecinos, consiguieron, por fin, romper su dominación y extenderse, dominando a su vez la mayor parte de Portugal y la Extremadura española en el siglo II.

Uno de los principales factores de la decadencia céltica debió constituirlo, poco antes, en la segunda mitad del siglo III, la extensión de las campañas cartaginesas al centro de España, en que llegaron hasta Salamanca.

Los celtíberos se confundieron a la larga con los vencidos y se mezclaron con el extremo de los pueblos ibéricos, como lo denota su nombre y lo confirma su cultura, en la que, después de la netamente posthallstática de las necrópolis y castros de Guadalajara y Soria, a partir del siglo III comienzan a aparecer elementos ibéricos (cerámica) para, en el II, hasta la caída de Numancia en 133, tener una cultura con fuerte sabor ibérico. Los celtíberos fueron todavía bastante fuertes para luchar durante cincuenta años con los romanos y, aun después de la toma de Numancia (133), hubo nuevas sublevaciones de ellos (99-94) y de los vacceos (56 a. de J. C.), y su cultura, decadente, continúa hasta los alrededores de nuestra era. Portugal, después de las guerras lusitanas (154-138) quedó sometido a los romanos, aunque todavía hubo un nuevo alzamiento de su pueblo en 109-94.

Después de la muerte de Viriato, el principal caudillo de los lusitanos, una vez deshecha la dominación céltica del centro de Portugal y de la expansión temporal lusitana, cuando ya los romanos dominaban el sur y el este de la Península, Bruto Callaeco sometió, por lo menos nominalmente, el norte de Portugal y Galicia, en los que se mantenía la hegemonía céltica, en 138. Pero la cultura céltica, allí como en el norte de España (poblado indígena de tipo céltico en Coaña, Asturias),⁹



continúa incólume y sus pueblos no fueron apenas tocados por la de los nuevos dominadores hasta que Augusto logró por fin someter a los cántabros y astures, junto con los gallegos también sublevados.

En los territorios próximos al extremo occidental del Pirineo ocupados por los vascones, la dominación céltica no afectó demasiado a la masa de la población y mantuvo sin duda constantemente su carácter militar, desvaneciéndose cuando los romanos circularon por el alto valle del Ebro en conexión con las campañas de Celtiberia. Ya a principios del siglo II, Catón debió establecer amistad con los vascones y obtener una sumisión teórica, quebrantándose el núcleo fuerte de los suessiones-suessetanos que eran los principales dominadores de los vascones y de los pasos pirenaicos. Sacudido el yugo céltico y reducidos los suessiones a la zona de arrinconamiento del sur de Navarra, los vascones, quién sabe si de acuerdo con los romanos, avanzarían por el Ebro hasta Tudela y Alagón,¹⁰ poco a poco, recluyendo a los suessiones en las montañas de la baja Navarra hasta su total desaparición como pueblo y su absorción por los vasco-navarros. Los vascones, de todos modos, no encontrarían del todo cómodo el nuevo dominio y se sublevaron el 56 contra los romanos, permaneciendo luego quietos.

En el territorio de los cántabros y astures, también los pequeños núcleos celtas que los dominaron debieron acabar absorbidos por los pueblos indígenas.

5. Los resultados del dominio céltico

En general parece que, a pesar de la celtización cultural, los pueblos de Portugal y de Galicia, lo mismo que los del norte de España (Asturias, el territorio cantábrico) debieron mantener gran parte de su población indígena intacta bajo el dominio céltico y que, a la larga, en estos territorios aquélla debió



predominar, no siendo sus habitantes tan celtas como generalmente se supone. Donde los celtas parecen haber arraigado fuertemente, merced probablemente a la poca densidad de la población anterior, es en las tierras llanas de la meseta castellano-leonesa, en donde transformaron muy probablemente su pueblo y le imprimieron profundamente su propio carácter.

La aportación de los celtas a la vida y a la economía de los territorios que dominaron fué múltiple. Por un lado una más firme organización política y militar, social y jurídica, que hay que imaginarse parecida a la de otros países célticos. La imposición de su lengua, que debió desterrar las indígenas de tipo mucho más primitivo y que sólo sobrevivieron a la larga en el norte de España, dejó un fuerte rastro céltico en la toponimia, encontrándose éste incluso en la del país vasco. Los cultos y prácticas rituales célticos persisten largo tiempo en Galicia, hasta entrado el período suevo-visigótico, aunque es muy difícil saber lo que realmente se debe a los celtas y lo que sobrevivió del estado de cosas anterior. La vida urbana se propagó en muchos lugares del centro y norte de España, desconocida antes; en cambio, en Portugal y Galicia las ciudades célticas no hicieron sino reforzar y ampliar las tradiciones urbanas anteriores y muy arraigadas ya en el país; en las comarcas rurales, y especialmente en las zonas montañosas, los núcleos de población toman el carácter típico céltico de un centro de defensa y refugio (el “castro”, como el “Ringwall” de otros países), con la masa general de la población dispersa en el territorio, tipo que persiste a través de las “civitates” de la época romana, que incluyen todo el territorio dependiente de ellas.

En la economía extendieron sin duda el cultivo del trigo en gran escala, una de las características de los celtas históricos. La meseta, probablemente, lo debió a ellos, siendo posible que, antes de su entrada, la población indígena poco densa continuase la economía primitiva del neolítico y fuese predomina-



temente pastora. Este estado de cosas siguió en las zonas montañosas. La minería se desarrolló en algunas regiones, como en las vertientes septentrionales de Sierra Morena y en los distritos estaníferos del sur de Galicia (Pontevedra y Orense), del norte de Portugal (Tras-os-Montes) y de la provincia de Zamora. Como han observado Gómez Moreno y Leeds,¹¹ la población de ambas riberas del Duero desde Barca d'Alva a su confluencia con el Esla y en el valle del Aliste (provincia de Zamora) debió ser entonces mucho más densa que en la actualidad, a juzgar por el número de castros que allí se encuentran. Ello se debió sin duda a la explotación del estaño, que se intensificó en los últimos tiempos prerromanos, después de la época de los viajes de los tartesios a la Bretaña del siglo VI y de los de los propios celtas de Galicia a Cornuailles y a los mercados del estaño (islas Cassitérides, en Bretaña), probados arqueológicamente desde el siglo V. Indican esta relación tipos de cerámica y fibulas de origen español encontrados en los "hill-forts" de Cornuailles (Chun-Castle) y del noroeste de Francia (Kerviltré, Lannion en Bretaña), así como la introducción de estatuillas de bronce de tipo andaluz ibérico a través de este comercio y que llegaron hasta Irlanda e Inglaterra (Blandford en Dorset).¹²

En la región del Moncayo, en Celtiberia, los celtas desarrollaron, además, la industria del hierro, siendo conocida la fama que alcanzó el temple de sus espadas.

La prosperidad de los celtas durante su apogeo en España la indica el florecimiento de los distintos grupos regionales de su cultura: la de los castros de Portugal y Galicia, con sus grupos relacionados en Extremadura, León y la meseta palentina, y en Asturias, el grupo arévaco del alto valle del Duero y los grupos celtibéricos del Jalón con su cultura posthallstática, que se extiende por el territorio de los pelendones de Numancia y de la alta montaña soriana, en donde persiste la tradición hallstática arcaizante, lo mismo que en el sur de Avila (Cogo-



tas) y en Madrid hasta la absorción de la cultura de Las Cogotas por la de los vacceos de la meseta leonesa, como en Madrid debió ser absorbida la cultura arcaica por la de los carpetanos ibéricos. En el período de apogeo vemos a los celtas de Extremadura recibir, a través sin duda de sus infiltraciones andaluzas, joyas fenicio-cartaginesas (tesoro de la Aliseda), como los grupos extremos de Portugal comerciaron con los tartesios de Andalucía y recibieron su cerámica (castros de Figueira en la desembocadura del Mondego, Alcacer do Sal en la del Sado) y luego con los cartagineses.

En Andalucía, en donde se produjeron infiltraciones célticas en territorio tartesio, hubo muy pronto grandes contactos culturales, indicados ya en los sepulcros de Los Alcores de Carmona y de Setefilla en la provincia de Sevilla, por la presencia, en medio de la cultura ibérica andaluza primitiva, de broncees y láminas de cinturón de tipo hallstático y de fíbulas del tipo de La Certosa. En el armamento de las necrópolis andaluzas, a partir del siglo v se encuentran influencias de las armas célticas (soliferreum), lo mismo que de los iberos debieron tomar los celtas el sable curvo, llamado falcata, de origen griego, cuya empuñadura en forma de cabeza de pájaro transformaron los iberos en forma de cabeza de caballo, transmitiéndose así a los celtas del centro de España, en donde, en las necrópolis celto-ibéricas, aparece al lado de la espada de empuñadura de antenas degeneradas posthallstáticas.¹³

Iguales contactos e intercambios aparecen en la costa oriental y sus regiones vecinas. La cultura de los poblados y sepulcros del bajo Aragón y de la parte montañosa de Castellón y Valencia es, en realidad, una cultura mixta celto-ibérica hasta que en el siglo v se va asimilando a la ibérica del sureste de España. En aquélla duran las formas de cerámica célticas derivadas de la evolución de la cerámica de las urnas y de la hallstática excisa ("Kerbschnitt"), a la vez que se conocen los bro-



ches de cinturón y las fíbulas de tipo hallstático. En el sur de la provincia de Valencia, en el territorio por donde se extendieron o influyeron los olcades o que habitaron los iberos contestanos, en cuyo nombre se ha querido ver una influencia lingüística céltica, se extienden los tipos de la cerámica posthallstática que llegan (urna esferoidal con tapadera cónica) hasta aclimatarse en las necrópolis ibéricas (El Molar en la provincia de Alicante, Oliva en la de Valencia). Estas relaciones se desarrollaron no sin luchas, como lo demuestra la frontera en el norte de la provincia de Albacete: la fortaleza ibérica de Meca, próxima a la moderna población de Cofrentes, cuyo nombre parece indicador de frontera, algo más al norte, así como la necrópolis de Casal del Monte en Valdeganga (partido de Casas Ibáñez), en el norte de la provincia de Albacete, que puede indicar la extensión de los olcades con armas posthallstáticas.

Otro indicio de las relaciones entre celtas e iberos en la frontera sur por la parte de Sierra Morena, en donde se infiltraron los germanos entre los oretanos, puede serlo la influencia hallstática que se reconoce en algunos bronce votivos de los santuarios de Despeñaperros y de Castellar de Santisteban con los paralelos entre algunos de ellos y los bronce del territorio céltico (el guerrero sobre una plataforma con ruedas de Almorchón, cerca de Cabeza del Buey, Badajoz).¹⁴

NOTAS

1 Nuestra visión actual del problema de las oleadas célticas y de la etnología céltica de España se halla en *Two Celtic waves in Spain* ("British Academy", Londres, 1942), que modifica muchos puntos de nuestros trabajos anteriores, incluso de la *Etnología de la Península Ibérica*. Citamos a continuación algunos trabajos que no pudieron ser incluidos en la bibliografía de *Two Celtic waves* por no disponer entonces de ellos o por haber



sido publicados después: Martín Almagro, *La cerámica excisa de la primera edad del hierro en la Península Ibérica* ("Ampurias", 1, Barcelona, 1939, pp. 138 y ss.); B. Taracena, *La antigua población de la Rioja* ("Archivo español de Arqueología", Núm. 42, 1941, pp. 157 y ss.), (publicación del material de la habitación del Redal); J. Pérez de Barradas, *Fondos de cabaña de la edad del hierro del Puente Largo del Jarama (Aranjuez)*, ("Anuario de Prehistoria Madrileña", iv-vi, 1933-35, pp. 187 y ss.); *Id.*, *Nuevos estudios de prehistoria madrileña, 1, La colección Berto* ("Anuario de Prehistoria Madrileña", iv-vi, 1933-35, pp. 73 y ss.); A. A. Mendes Corrêa, "*Urnensfelder*" de *Alpiarça* ("Anuario de Prehistoria Madrileña", iv-vi, 1933-35, pp. 125 y ss.); B. Taracena, *Una cabaña circular en Vinuesa (Soria)*, ("Archivo español de arqueología", Núm. 44, 1941, pp. 449 y ss.); J. Martínez Santa-Olalla, *Casco de plata céltico de la primera edad del hierro* ("Investigación y Progreso", viii, Madrid, 1934, p. 22) y *Ein silbernes Hallstatthelm aus Spanien* ("Forschungen und Fortschritte", 1933, p. 374); A. García Bellido, *El castro de Coaña (Asturias)* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 42, 1941, pp. 138 y ss.); J. Uria, *Fragmentos de cerámica excisa en el Castellón de Coaña (Asturias)*, ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 345-347); J. Cabré, *La "caetra" y el "scutum" en España durante la segunda edad del hierro* ("Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid", vi, 1939-1940); J. L. Monteverde, *Hallazgos burgaleses de la edad del hierro* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 44, 1941, pp. 440-442); Serrano y Barrientos, *La estación arqueológica de Soto de Medinilla* ("Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid", fasc. v); R. Lantier, *Celtas e iberos* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 42, 1941, pp. 141 y ss.) El material nuevo que en estos trabajos se da a conocer (Puente, Largo del Jarama, Vinuesa, Coaña, etc.), no modifica en nada importante nuestras conclusiones. El importante material de El Redal había sido ya tenido en cuenta, pues lo conocíamos gracias a la amabilidad de don Blas Taracena.

2 Los "germanos" que llegaron a España mezclados con los celtas y cuyo nombre nos conserva Plinio y aparece en el nombre de lugar de Oretum Germanorum, debieron constituir una pequeña tribu llamada específicamente "germanos". La generalización del nombre a todos los pueblos emparentados de la gran familia germánica viene más tarde, como reconoció ya E. Norden en *Die Germanische Urgeschichte in Tacitus Germania* (1ª edición, 1920), planteando el problema de la existencia de verdaderos ger-



manos en España, en lo que le siguió Schulten y luego nosotros, viniéndose poco a poco a aumentar el número de tales elementos en la península.

3 Los celtíberos del Ebro debieron en un principio llegar hasta Calahorra y formar un grupo compacto hasta el tiempo de Sertorio (entre 77-74 a. de J. C.), según se deduce de un texto de Livio (fragmento del libro 91). Ver Bosch, *Los celtas y el país vasco* ("Revista internacional de los estudios vascos", 1933, p. 21 del sobretiro). Es posible que estos celtíberos del Ebro sean un desprendimiento de los arévacos, aunque también podían haber sido un grupo céltico que hubiese descendido en el momento de la invasión por el camino Pamplona-Tafalla-Olite-Paso del Ebro en Alfaro-Tudela-Tarazona. Lo mismo cabe decir de los "galli" de Gallur y del Gállego.

4 Esta denominación de "posthallstática" que venimos usando desde 1921 (*Los celtas y la civilización céltica en la península ibérica*, en el "Boletín de la Sociedad Española de Excursiones"), ha sido generalmente aceptado y no hay motivo para cambiarlo, a pesar de que García Bellido (Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*, Madrid, 1941, p. 290, nota), la encuentra "exótica, confusa y cacofónica", prefiriendo la simple denominación de céltica. No vemos motivo para la sustitución, pues el nombre de céltico no concreta nada y es verdaderamente confusionario, mientras el de "posthallstático" tiene la ventaja de referirse a una de las culturas célticas más características y a la vez precisar su posición cronológica, después de la cultura clásica de Hallstatt. Confesamos el exotismo y la cacofonía; pero la terminología arqueológica difícilmente puede prescindir de tales exotismos ni aspirar a una absoluta eufonía.

5 Hubert, *Les celtes à l'époque de La Tène et la civilisation celtique* (París, 1932), p. 89, lo mismo que Pokorny, *Zur Urgeschichte der Illyrier* (Halle, 1938), p. 167, exageran el significado de la influencia de la cultura de La Tène II en España hasta imaginar una nueva invasión, que no hallamos justificada. Otras opiniones acerca de las fechas y proceso de las invasiones célticas son las de Almagro (*El problema de la invasión céltica en España, según los últimos descubrimientos*, en "Investigación y Progreso", Madrid, 1935, p. 180), quien pretende que todos los celtas de España proceden del pueblo de la cultura de las urnas, colocando su entrada en España hacia el siglo VIII-VI a. de J. C. y la reciente de García Bellido (*ob. cit.*, en colaboración con Obermaier, p. 289), el cual admite, al parecer, dos invasiones: una primera en el siglo VIII que basa en la cerámica de Las Cogotas-



Numancia I y del Roquizal del Rullo y la del siglo VI (de nuestros celtas belgas con la cultura posthallstática), no hablando para nada de la de los "Urnenfelder", aunque cita bibliografía relacionada con ellos.

6 Anderson, *Cornelii Taciti, De origine et situ Germanorum* (Oxford, 1938, pp. XLIV-XLV). Una línea tal de fortificaciones parecía hacer frente, anteriormente, en la época de Hallstatt, al peligro de invasiones desde Alemania, en Lorena, defendiendo el alto Mosela y debió ser abandonada al establecerse la nueva línea mencionada en el texto para la época de La Tène. Ver Hubert, *Les celtes à l'époque de La Tène*, etc., p. 9. Tal línea nueva de fortificación debió dar a los celtas un largo periodo de paz entre los movimientos del siglo VI y la época de Segoveso y Beloveso: ver Lantier, *Tendances Nouvelles en Archéologie* ("Revue de Synthèse", XVII, 1939, p. 13).

7 Ver los mapas de Schumacher en *Siedlungs- und Kulturgeschichte der Rheinlande, I* (Maguncia, 1921) y Déchelette, *Manuel d'Archéologie Pré-historique, III* (reproducido por Hubert, *Les celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène*, p. 199).

8 Anderson, *loc. cit.* y Götze, *Die Steinsburg bei Römbild, nach den neueren Untersuchungen* ("Praehistorische Zeitschrift", 1921-22, pp. 19 y ss.)

9 Obermaier-García Bellido, *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad* (Madrid, 1941), pp. 298 y 300, figs. 48 y 49.

10 Esta expansión de los vascones hasta Tudela y Alagón, debió ser posterior a Sertorio, por llegar, en su época, los celtíberos del Ebro hasta Calahorra (nota 3 del presente capítulo). El momento en que los vascones alcanzaron la línea de Calahorra no puede precisarse aunque debió coincidir con la desaparición del grupo céltico de los suessiones, que hacia 206 ya parecen replegados en las comarcas de Sós y Egea de los Caballeros en Aragón y de Sangüesa en Navarra y que desaparecen de la historia después de 184. Ver nuestro trabajo: *Los celtas y el país vasco*, citado antes.

11 Gómez Moreno, en el "Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid", XLVI, 1904, p. 255; Leeds, *Excavations in Cbun castle* ("Archaeologia", LXXVI, 1926-27, pp. 205 y ss.) Se ha llegado a hablar del establecimiento de factorías de comerciantes célticos procedentes de España. Ver también Hawkes en "Antiquity", 1931, pp. 60 y ss. Estrabón, V, 153,



atestigua el conocimiento y utilización de los yacimientos de estaño de la superficie, en la región de la península ibérica aludida.

12 Jacobsthal, *An Iberian bronze found at Sligo* ("Journal of the Royal Society of Antiquaries of Ireland", LXXVIII, 1938, pp. 51 y ss.) En el siglo VI la antigua relación atlántica de los tartesios, la debieron seguir por su cuenta los celtas españoles, sirviendo de intermediarios a los tartesios y éstos a los griegos. Las relaciones comerciales de los tartesios con los celtas de Portugal están atestiguadas por los hallazgos de cerámica ibérica de tipo andaluz en los castros de los alrededores de Figueira, así como en Alcacer do Sal y aun en Lisboa (hallazgos de la Sé de Lisboa). En Alcacer do Sal se encontraron vasos griegos del estilo de Kertsch de la primera mitad del siglo IV, fecha paralela de la abundancia de vasos griegos en las necrópolis ibéricas andaluzas, que debían llegar a los tartesios a través del comercio griego de Hemeroskopion y de las factorías del sureste de España.

13 Ver M. Encarnación Cabré, *Dos tipos genéricos de falcata hispánica* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1934, pp. 207 y ss.) De los resultados de la señorita Cabré y de la distribución geográfica de las falcatas en España parece claro que se trata de un tipo que predomina en el territorio ibérico y que es de origen griego, como ya había intentado demostrar Sandars en su estudio *The weapons of the Iberians* ("Archaeologia", 1913). Nosotros habíamos intentado hacer la falcata un tipo derivado del cuchillo curvo hallstático, pero nuestra hipótesis no parece ya sostenible.

14 Ver Bosch, *Etnología*, p. 510, fig. 464. La riqueza de la civilización hallstática peninsular, que se trasluce a través de este bronce y de otros hallazgos como las diademas de oro de Ribadeo (Asturias), es mal conocida todavía. Otro indicio es el hallazgo del casco hallstático de plata del siglo VI en Caudete de las Fuentes (provincia de Valencia, en el territorio donde suponemos una extensión de los Olcades): ver J. Martínez Santa Olalla, *Ein silbernes Hallstatthelm aus Spanien* ("Forschungen und Fortschritte", 1933, p. 374) y *Casco de plata céltico de la primera edad del hierro* ("Investigación y Progreso", VIII, 1934, p. 22).



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



CAPÍTULO V

LOS PUEBLOS NO CELTICOS DE LA PENINSULA: TARTESIOS E IBEROS

1. *Composición de la población indígena*

El estado de cosas estabilizado durante la edad del bronce y que representa la España indígena anterior a las invasiones célticas, permaneció más o menos intacto hasta la conquista romana, con la adición de pequeñas masas de colonos fenicios, griegos y cartagineses, en la mayor parte de las regiones del este y sur de España. En los territorios afectados por los movimientos célticos quedaron también grandes grupos intactos, y donde no fué borrada o desnaturalizada por los nuevos dominadores, la población anterior subsiste igualmente, aunque mezclada con los recién llegados.¹

Los celtas se instalaron en grandes masas, sobre todo en el centro de la Península, menos densamente poblada. En los territorios occidentales, en Galicia y Portugal, penetraron clanes de guerreros o masas poco numerosas que, a la larga, no consiguieron desnaturalizar demasiado la población indígena, mestizada por los conquistadores. En los territorios marginales de las mesetas castellanas la mezcla de los celtas con los iberos hizo



nacer el pueblo celtibérico, con una masa indígena ibero-cap-siense. En el norte se infiltraron grupos célticos, probablemente de guerreros, entre las poblaciones indígenas, y aunque hayan quedado más o menos mestizadas, los grupos anteriores quedaron generalmente intactos también y absorbieron a sus dominadores: este es el caso de los vascos. En esas comarcas los celtas no parecen haber ocupado más que posiciones militares estratégicas. Semejante conclusión es también válida para los pueblos catalanes y para los del Ebro, en donde los celtas no dejaron grandes rastros y en donde no quedaron de ellos grupos compactos.

El resultado de la estabilización étnica pre-céltica es la aparición de pueblos con fuerte personalidad, aunque sin transiciones bruscas de unos a otros, formados en relación con la geografía extraordinariamente variada de la Península. En estos grupos étnicos se hallan mezclados todos los elementos que se han superpuesto en cada territorio.

2. Tribus iberas y tartesias del este y sur de España

En el sureste, en el este y en el Ebro hasta Zaragoza, predominan los *pueblos ibéricos*. Los *bastetanos* viven en la provincia de Almería y en la parte montañosa de la de Granada (¿con las Alpujarras y el alto valle del Genil?). Los *mastienos* en la región de Cartagena. Los *deitanos* en las comarcas de Archena, Murcia, Elche y en la llanura de Alicante. Los *gimnetas-contestanos* en las terrazas de Almansa y Montealegre, en la zona montañosa situada entre las provincias de Valencia y Alicante, desde el Júcar al Vinalapó, conteniendo posibles infiltraciones célticas. Los *edetanos* en las llanuras de Valencia y Castellón, en el Maestrazgo y montañas próximas, en el bajo Aragón hasta Zaragoza y, en un cierto momento, acaso también en el bajo Ebro en la comarca de Tortosa. Los *ilergetas*



vivían en la región natural comprendida entre las llanuras de Urgel (Lérida) y de Huesca, con grupos avanzados hacia el Campo de Tarragona y llegando posiblemente a la misma ciudad. Acaso en época tardía, hacia fines del siglo IV o en el III a. de J. C., los grupos extremos de los ilergetas (del campo de Tarragona), que fueron llamados *ilercaones*, empujados por los cossetanos (que desde entonces son el pueblo de la llanura de Tarragona), se replegarían hacia la desembocadura del Ebro, con Tortosa y la llanura de Castellón, que arrebataron a los edetanos. Este movimiento de los ilercaones a expensas de los edetanos, producido por la entrada de los cossetanos en el campo de Tarragona, puede deducirse tanto por una noticia de Estrabón —que parece referirse a tiempos muy anteriores a él y tomada de una fuente antigua (¿Hecateo?)— que acusa la presencia de un grupo de edetanos al norte del Ebro, como, por lo que se refiere al avance cossetano, de la estratigrafía de Tarragona; en que después de una capa con una cultura ibérica arcaica (siglos V-IV: época de los ilergetas-ilercaones) sigue una capa de incendio sobre la que aparece la cultura del siglo IV-III relacionada con la de los pueblos de más al norte de la costa catalana, con los que los cossetanos formaban un grupo.

Andalucía, comprendiendo también ambas vertientes de Sierra Morena, es el domicilio de los pueblos del *grupo tartesio*, asimilados por los historiadores antiguos a los iberos. A pesar de las infiltraciones ibero-almerienses, que penetraron en Andalucía muy pronto, con la colonización minera de la edad del bronce (cultura argárica), los elementos derivados de los capsienses debían persistir tenazmente en este territorio. Son los *tartesios en sentido estricto (túrdulos)* del valle meridional del Guadalquivir y las tribus secundarias cuya personalidad distinta se esfuma poco a poco y que ya se hallaba borrada del todo a la llegada de los romanos: los *olbisios*, llamados también selbinsios o elbestios de la región de Huelva, los *ileates* o *gletes* en



la llanura del norte del Guadalquivir y faldas de Sierra Morena entre Sevilla y Córdoba, los *etmaneos* en la provincia de Córdoba, los *oretanos* en la Sierra Morena oriental y en la provincia de Jaén, posiblemente desbordando también por el alto valle del Segura; en el sur, los *cilbicenos* en las montañas del sur de la provincia de Cádiz. Es posible reconocer como tartesios verdaderos los pobladores de algunas localidades distantes de su territorio propio, que en fuentes tardías se les atribuyen. Tal es el caso de algunas ciudades del sur de Extremadura, de Portugal: (Beja, Salacia en el bajo valle del Tajo), de otras entre el Mondego y el Vouga y aun del bajo Duero. Posiblemente serían restos de colonias de mineros y comerciantes muy antiguos, del tiempo de la cultura argárica o del de la intensificación de las relaciones comerciales después de las invasiones célticas.

Los pueblos tartesios parecen en ciertos momentos (siglo VI) haber formado una gran confederación, de que habla el Periplo, comprendiendo en ella a otra federación secundaria encabezada por los mastienos con los que se agrupaban los bastetanos y los deitanos, de los cuales sólo se encuentra el nombre en fuentes más tardías. Parece que, en el sur y sureste, los pueblos fundamentales son los tartesios, los mastienos y los oretanos, en torno de los cuales giran los menos importantes de los olbisios, ileates, etmaneos y cilbicenos (con los tartesios) y los bastetanos y deitanos (con los mastienos), manteniendo el grupo oretano aparte y habiendo sufrido al norte de Sierra Morena las infiltraciones de los germanos en sentido estricto, llegados con el conglomerado céltico.

La composición étnica de estos pueblos, a juzgar por el resultado de la investigación de los tiempos anteriores, por su cultura y por las noticias de las fuentes literarias, parece ser muy afín en todos los pueblos de la costa del sureste y este de la Península. Las fuentes más antiguas (el Periplo griego del siglo



vi, Hecateo) llaman iberos sólo a los de la costa valenciana a partir del Vinalapó, que debieron formar un grupo muy compacto, incluyendo a los del sureste de España en la federación tartesia, cuyas tribus no son llamadas ibéricas hasta Herodoro, hacia 430.² Ello parece indicar que, aunque los griegos distinguieron entre iberos y tartesios, pronto los confundieron. El grupo incluido en la federación tartesia en el sureste de España es indudablemente ibérico, en el sentido de ser descendiente de los antiguos almerienses e inclusive representa el núcleo primordial. Los iberos en sentido estricto (gimnetas-contestanos, edetanos e ilergetas-ilercaones, con las infiltraciones ibéricas hacia el noreste de Cataluña y hasta el sur de Francia) representan la extensión secundaria de los almerienses hacia el norte. Los contactos del grupo almeriense primario con los pueblos de Andalucía (el grupo tartesio en sentido estricto), que se realizaron desde muy antiguo y que se afirmaron durante el florecimiento de Tartessos y de su comercio, unificando su cultura hasta que fué asimilada por los iberos de la costa valenciana, de Aragón y de Cataluña, debieron mantener un cierto contraste, al principio, de los pueblos ibéricos comprendidos en la federación tartesio-mastiena con los del norte de Alicante, y este contraste dió lugar a la distinción de los griegos.

A medida que el centro de las relaciones griegas se concentraba en los pueblos netamente ibéricos en el este y sureste de España, y que la relación con los tartesios del interior de Andalucía era menos directa de lo que había sido en el siglo vi, por las semejanzas positivas de cultura entre ambos grupos y por el contraste de ellos con los celtas, se llegó a comprender a iberos y tartesios dentro de una misma denominación. El nombre de los iberos pudo, en un principio, ser exclusivamente el de las tribus formadas en la antigua extensión de la cultura de Almería, y como siempre en la antigüedad, poco a poco se extendió a los pueblos considerados como afines étnicamente.



Así, mucho más tarde, a partir del siglo III, toda la Península será llamada Iberia, aunque su mayor parte no estaba poblada por iberos.

3. Pueblos indígenas del occidente de la Península

El sur de Portugal (Algarve) en la época romana pertenece a los *cinetas* o *conios*. Allí fueron arrinconados por los celtas; pero, originariamente, se extendían más al norte: el Periplo, en el siglo VI, los hace llegar hasta el Sado y el nombre de Conimbriga (la “fortaleza de los conios”: Condeixa-a-Velha, cerca de Coimbra), los muestra habiendo llegado hasta el Mondego antes de las incursiones célticas.

El Periplo da a conocer también un nombre de los indígenas de la costa portuguesa, anteriores a aquellas incursiones: los *oestrimnios*. En el interior, en las montañas de Beira y en la Serra da Estrella, en tiempo del Periplo, existían ya sin duda los *lusitanos*, con los que hay que identificar probablemente el “*pernix luisis*” que aquella fuente cita en su transcripción latina.

Se ha creído poder encontrar, a través del Periplo, otro pueblo indígena en el norte de Portugal, los “*dragani*”; pero según Berthelot³ este nombre no sería sino otra denominación de los *sefes* (*sepes* = serpientes, equivalente a *dragani* = deformación de “*draconi*”), perteneciente a los invasores célticos de la región.

En la *Galicia* celtizada aparecen pueblos que acaso representan una capa *indígena*: los *gigurros*, *seurros*, *tibueros*, *bibalos* y *caporos*. Constituirían originariamente la transición hacia los elementos indígenas de los *astures*. Estos viven en la parte occidental y central de Asturias, León y territorios limítrofes, llegando hasta el ángulo noreste de Portugal, y entre ellos, celtizados también, persisten tribus como los *zoelas* y los *albiones*



que indudablemente no son celtas, como probablemente tampoco los *pésicos* y los *orniacos*.

El grupo de los *vetones*, arrinconado en la época romana en la región de las sierras de Gata y de Gredos, representa igualmente un pueblo celtizado que debía esconder un grupo indígena anterior, el cual había ocupado un tiempo la mayor parte de Extremadura y aun las provincias de Salamanca y sur de Zamora, así como una parte de los territorios portugueses próximos a la frontera, siendo sus posibles límites las Cimas de Mogadouro y la Serra da Lapa. Después de celtizado, debieron deshacerlo las expansiones tardías de los lusitanos en el siglo II.

4. El centro de España

En el centro de España, bajo la capa céltica de los celtíberos citeriores del Jalón, se hallan los restos de un pueblo indígena análogo a los lusitanos y que llevaba su mismo nombre: los *lusones* (con los nombres de lugar de Luzaga y Luzón en la provincia de Guadalajara). Puede creerse que tanto los lusitanos como los lusones representaban los restos de una antigua población eneolítica, perteneciente a un grupo de la antigua cultura de las cuevas (el de Extremadura-Segovia, que tiene conexiones con la extensión de la cultura de las cuevas por el centro de Portugal).⁴ En Celtiberia, entre el grupo indígena y los celtas se habría interpuesto todavía una capa ibérica procedente de las avanzadas almerienses que, desde el Ebro, se infiltraron por el Jalón y tierras vecinas sorianas, así como, posiblemente, llegaron los iberos hasta más al norte, Ebro arriba, a las regiones cantábricas.

Los *carpetanos* de la región Madrid-Toledo y Alcarria-Mancha parecen el cruzamiento de un grupo de tradición capsiense (en realidad el viejo pueblo de la cultura "matritense"



con infiltraciones capsio-africanas) con almerienses-iberos que lo mestizaron.

5. *El grupo cántabro*

Este grupo, aunque habiendo experimentado también la dominación céltica, de la que quedaron entre ellos grupos compactos como los aurinos, velegienses y juliobrigenses, sería un conjunto indígena resultado del cruzamiento de los antiguos pobladores paleolíticos franco-cantábricos con infiltraciones del pueblo de la cultura de las cuevas de tradición capsiese y de almerienses-iberos. De esta mezcla debían proceder las tribus de los *orgenomescos*, *concanos*, *vadinienses*, *tamáricos*, *morecanos* y *coniscos*.⁵

6. *Los vascos y el Pirineo*⁶

En el grupo vasco las infiltraciones célticas (autrigones, caristios, origeviones, nerviones, suessiones) desnaturalizaron temporalmente Vizcaya y Alava y aun parte de Navarra, aunque el carácter indígena vasco-pirenaico reapareciese después de roto el poderío céltico.

Los grupos principales de los *várdulos*, *vascones* y *navarros* permanecieron intactos. El nombre de los navarros no se halla hasta fines de la época visigoda; pero hay motivos para creerlo anterior a la invasión céltica, ya que se descubre (como en el caso de los conios en Conimbriga) en el nombre de Navardún (Navardunum), que sería el nombre dado por los celtas a una fortaleza de los navarros. De todos modos nos podemos preguntar si el avance de los vascones, hasta la Navarra meridional y la línea del Ebro, no se produjo hasta después de quebrado el dominio céltico y si el grupo vasco-navarro no se habría limitado originariamente a los valles pirenaicos y subpirenaicos.



El Pirineo central es ocupado en la época romana (valle de Jaca) por los *iacetanos*, una tribu, al parecer ibérica, emparentada con los aquitanos franceses; habíamos creído generalmente que debió entrar en el país tardíamente, como consecuencia de los movimientos, en Francia, de los volcos tectosages en la llanura de Toulouse. También es posible que la iberiorización de los iacetanos y aun de los aquitanos se hiciera antes con pequeñas infiltraciones almerienses a través de los grupos pirenaicos occidentales. La población indígena debía pertenecer a los grupos pirenaicos, lo mismo que los demás pueblos del Pirineo catalán, de que se han conservado los nombres. De lo que fué en la Edad Media Sobrarbe y Ribagorza no se tienen noticias; pero de allí hacia el este se conocen los *arenosios* (valle de Arán), los *andosinos* (Andorra) y los *ceretanos* (Cerdeña), que hay que imaginar como pueblos arrinconados, que originariamente se extenderían más al sur hasta el límite natural Montsech-Cadí. El grupo extremo, los ceretanos, debía estar ya mezclado con los pueblos de la cultura de las cuevas.

7. Los pueblos no ibéricos de Cataluña¹

Este es el caso de otras tribus de la montaña catalana, como los *bergistanos* de Berga, que, un tiempo, llegaron hasta Solsona y Cardona, con posibles infiltraciones célticas a las que se ha atribuído el mismo nombre de su capital Bergidum-Berga. Un pueblo mezclado de gentes de cultura de las cuevas y pirenaicos (y aun celtas en su parte oriental) es el de los *ausetanos* de Vich y Gerona (y acaso el Ripollés), que por el este posiblemente llegaban al mar, al sur de los montes Gavarras, en cuyo nombre Meyer-Lübke encuentra la raíz del de los vascos (*euzcausc-*). En las comarcas intermedias entre el Pirineo y la llanura ampurdanesa (Olot-Besalú) vivían los *auso-ceretas* o *castellanos*, cuyo primer nombre, transmitido por el Periplo, parece



indicar una mezcla de ausetanos y ceretanos: en ellos había sin duda también una mezcla céltica como enseñan la arqueología y a la vez el nombre de su ciudad Beseldunum-Besaltú.

Los pueblos de la zona litoral catalana y de su “hinterland” son los *indigetans* de la llanura del Ampurdán, los *laietanos* de la costa de Barcelona y en el Vallés, los *lacetanos* en la zona montañosa intermedia entre las zonas costeras y el territorio pirenaico, y los *cossetanos* originariamente en el Panadés y luego en el campo de Tarragona. Los lacetanos se infiltraron hasta Solsona, el Segre central (Artesa) y aun desbordaron las sierras de Comiols bajando en dirección a Tremp (Isona). En la zona del Segre medio (valles de Ager y regiones vecinas hasta la depresión del río en el bajo Urgel), hay que localizar, posiblemente, a los sordones mencionados por Plinio y que ninguna otra fuente vuelve a mencionar, que acaso fueron borrados de la mayor parte de aquellos lugares por la extensión de los lacetanos. Estos pueblos son la mezcla de las gentes de la cultura de las cuevas con una superposición pirenaica, que forma el substrato indígena que absorbió los restos de las infiltraciones célticas y de las ibéricas que reaccionaron contra las primeras, llegando en el siglo VI hasta penetrar en Francia.

Además, en la costa catalana, hacia San Feliu de Guíxols se habla de los gesatas, cuyo nombre (los armados con el *gaesum* o lanza céltica) puede acusar un resto de guerreros célticos que se estabilizó en aquel lugar y que puede compararse con el que revela el nombre de la población de Octogesa (¿Mequinenza?) que correspondería a una banda semejante.

8. *Los pueblos del sur de Francia emparentados con los de España*⁸

Probablemente las vertientes francesas de los Pirineos muestran una evolución parecida a la de la vertiente española. Allí,



debajo de la capa céltica e ibérica (de ésta no conocemos más que el nombre de los *aquitano*s en el occidente, noticias históricas de su penetración, restos arqueológicos que llegan, en los siglos v-iv, de la costa mediterránea hasta Toulouse y nombres de lugar) se encuentran pueblos emparentados con los indígenas de los valles pirenaicos españoles, como ellos pirenaicos de origen y aun emparentados con los vascos: son los *vascones* del país vasco francés, de filiación indudable, los *bigerriones* de Bigorra (con nombre vasco: río rojo), los *auscos* de Auch (cuyo nombre parece formado por la misma raíz ausc-, euzc- del nombre de los vascones) los *onesios* del alto valle de Luchon (acaso arrinconados allí y un tiempo ocupando todo el alto valle del Garona con el Comminges y el Cousserans). A partir del valle del Ariège (condado de Foix), el “substratum” indígena debió ser una mezcla de elementos paleolíticos franco-cantábricos, de capsioses de la cultura de las cuevas y de pirenaicos, borrada aparentemente por las infiltraciones célticas y, en la costa, ibéricas; pero el “substratum” indígena todavía puede reconocerse hasta cierto punto. En el Ariège quedaban los *taruscos* (Tarascon d’Ariège) cuyo nombre se reproduce en Tarascón junto al Ródano y, en el suroeste de Francia, en el valle de la Midouze (por Mont de Marsan): los tarusates; los *sordones* en ambas vertientes de las Alberas, a la vez en la Cataluña española y en el Rosellón y los *elísices* en el Narbonés. Este grupo extremo indígena debía tener afinidades con los de más al norte, de la Provenza, que ya formaban el grupo de pueblos ligures. En realidad, los griegos lo entendieron así, calificando Hecateo de ligures a los sordones y elísices y llamándolos el Pseudo-Escilax “mezcla” de iberos y ligures.

En el Rosellón puede sospecharse que los sordones representaban la población de las zonas montañosas: en el sur sabemos que se extendían por las dos vertientes de las Alberas. La llanura litoral estuvo acaso ocupada por otro pueblo, los ci-



netas o *conios*, de nombre idéntico al de los del sur de Portugal, pues en el Periplo se menciona dicha costa como “*litus cyneticum*”.

Más allá de la zona montañosa del Pirineo, además de los tarascos del Ródano y de las tribus liguras de la Provenza, puede sospecharse que el nombre de los *tolosates* de Toulouse revela una primitiva capa emparentada con los pueblos pirenaicos, pues Toulouse tiene el mismo nombre que la Tolosa del país vasco.

Sobre esta capa de pueblos indígenas se situaron los distintos aluviones célticos. En las regiones próximas al corazón del Pirineo quedaron grupos célticos de la cultura de las urnas: en los montes del Conflent, al oeste de la llanura rosellonesa, persistieron los *beribraces*, como ya se ha dicho, y posiblemente los *garumni* del alto Gerona corresponden a los descendientes del avance que en la región se conoce de la misma oleada céltica primitiva. Del primer movimiento de la segunda oleada, de los celtas de la cultura arcaica de Hallstatt, análoga a la de los pelendones de España y de las tribus que con ellos la representaron, pueden proceder los *pelendones* (o *belendi*) del valle del Ariège en sus terrazas más próximas al bajo curso del río, parientes de los *belendi* de las Landas, así como en la parte occidental de las terrazas subpirenaicas francesas los *tarbelli* de la región de Tarbes: la filiación de estos dos pueblos la indicaría la arqueología, respectivamente, a través de las necrópolis de Ayer (Bordes-sur-Lez) y de Pamiers para los *pelendones* y de las del grupo de Avezac-Prat para los *tarbelios*. En el ángulo suroeste de Francia, desde las estribaciones del Pirineo hasta las Landas, es probable que las distintas tribus célticas relacionadas con los aquitanos (*sibuzates*, *sotiates*, *cocosates*, *vasates*, *vocates*) pertenecen a restos de los movimientos de la segunda oleada, en relación con el arrinconamiento de los *pelendones* y *tarbelios*, al pasar la expedición de los belgas hacia Es-



paña. Finalmente, el último estrato céltico del sur de Francia es el de los *volcos tectosages* que dominaban el camino de la costa que se bifurca en Narbona hacia el Rosellón, por una parte, y hacia Toulouse y la llanura del Languedoc, por otra, que más al norte, entre Montpellier y el Ródano, se continúan con sus próximos parientes los *volcos arecómicos*.

9. La cultura, la organización, la vida y el carácter de los iberos y tartesios⁹

Sea cual sea el grado de civilización y de prosperidad de los celtas en la península, después de su estabilización, el hecho es que *el centro de gravedad de la cultura y de la riqueza de España se hallaba desde el siglo VI al IV a. de J. C. entre los pueblos del grupo tartesio* del sur y sureste de España, habiéndose extendido poco a poco también hacia el sur del territorio valenciano o sea en el hinterland de Hemeroscopion. Hacia el siglo IV y durante el III los territorios de Cataluña y Aragón, con todo su carácter más primitivo y rudo, poco a poco van recibiendo el influjo griego de Emporion y el ibérico del sureste, viniendo a unificarse en cierto modo la cultura en todos los territorios ibéricos o en su inmediato vecindaje, llegando las influencias al límite del territorio celtibérico.

El grado de cultura alcanzado en el sur y sureste es muy alto, beneficiándose España con las influencias de las colonizaciones, especialmente de la focea. La paz parece, en general, haber reinado en ella, calmados los movimientos célticos del siglo VI y terminadas las luchas entre griegos y cartagineses, que se desarrollan desde Alalia (535) hasta principios del siglo V, con intermitencias. Griegos y cartagineses debieron llegar, por fin, a una especie de compromiso y aun a relaciones comerciales intensas. El espíritu de aventura y belicoso de los pueblos ibéricos derivó fuera de España, sirviendo como mer-



cenarios en los ejércitos cartagineses o griegos de Sicilia, en donde a intervalos prosiguió la lucha. Conocemos esos mercenarios del siglo v y de todo el iv y ellos debieron ser de enorme influencia para aclimatar, a su regreso, las costumbres, la civilización y el arte griegos, reforzando la influencia de las colonias establecidas en suelo español.

La base de *la riqueza de estos siglos* fué la explotación de *las minas* del alto Guadalquivir y del sureste de España por los tartesios y pueblos afines y la venta de su producto a griegos y cartagineses en competencia. Con ello, *el comercio* de los productos agrícolas cambiados por vinos griegos, por productos manufacturados y objetos de arte. Con los cartagineses, de los que Cádiz y las antiguas colonias fenicias son meras dependencias, no hubo probablemente grandes luchas hasta la época de los Bárquidas y la relación de los tartesios con ellos también debió ser pacífica en los siglos v-iv.

A merced de esta prosperidad florece *la cultura ibérica* y las ciudades, sepulturas y templos toman un aspecto monumental. En el sureste y sur de España existe una *escultura en piedra, en bronce y en tierra cocida*. La *orfebrería* indígena, al lado de las importaciones fenicio-cartaginesas y griegas, es también muy notable. En la *pintura* hay intentos de *decoración mural* en las tumbas (Galera), de influencia griega y florece una bella *cerámica pintada*. En ésta se combinan los motivos geométricos, florales y animales, la mayor parte de origen griego y con raíces en las últimas especies de la cerámica orientalizante, en la jónica y en la ática, especialmente en las arcaicas, con ensayos, a veces afortunados, de representar la figura humana: escenas de guerra, danzas, cacerías, etc. La cerámica, además, florece en multitud de escuelas locales que casi vienen a coincidir con las distintas tribus. Sus principios se hallan en el siglo vi y florece sobre todo en el sur y sureste en los siglos v y iv, decayendo en aquellas regiones en el iii, aunque se conserva



en forma simple o degenerada hasta fines del siglo I; en cambio, en Cataluña y Aragón se adoptan los tipos del sureste en un arte más rural hacia mediados del siglo IV para florecer con personalidad propia en el III y continuar en la escuela del Ebro (Azaila) con un estilo geométrico-floral de un bello barroquismo en el siglo II hasta principios del I a. de J. C.; la influencia de la cerámica aragonesa, en el siglo III penetra en Celtiberia, en donde, en la cultura posthallstättica céltica se aclimata, combinándose con la tradición del país y da lugar a las curiosas representaciones rudas pero de gran originalidad de la escuela de Numancia. Es una característica, tanto de la cerámica como de la escultura, la persistencia de los tipos y los motivos durante un tiempo mucho más largo que en las artes que los han inspirado, lo que da al ibérico un fuerte sabor arcaizante.

La *escritura* jónica se propaga en España y da lugar a los *alfabetos locales*, en los que se escribieron textos no interpretados todavía, por ser la lengua ibérica aún desconocida y se grababan en láminas de plomo (con las que se constituyó un verdadero archivo en el poblado de La Bastida de Mogente, en la provincia de Valencia) o en láminas de plata, en vasos de metal, así como la cerámica abunda en grafitos.

Los iberos debieron tener una *literatura*, de la que dan noticia las fuentes históricas antiguas, y los tartesios tenían leyes antiquísimas en forma métrica. La *música* debía ser muy cultivada, conociéndose representaciones de flautistas en los relieves y en la cerámica (Liria), así como trompeteros (relieves de Osuna). En la cultura celtibérica de Numancia se conocen grandes trompetas de barro.

La *moneda* griega y la fenicio-cartaginesa circuló en territorio ibérico. En el siglo III principian las *acuñaciones indígenas*, debidas a las principales ciudades que estaban en relación comercial con Emporion y con las colonias del sureste, pareciendo haber influido sobre todo las acuñaciones de Emporion en



la formación de la numismática indígena: monedas homonomas de Ilerda y de Massalia, dracmas de Ilerda, Barcino, Arse-Sagunto, Saetabis-Játiba. Después de la conquista romana muchas ciudades acuñan monedas (serie autónoma) y con ello tenemos un último florecimiento del arte ibérico.

La *organización política y social* de los iberos y tartesios presentaba grandes diferencias y contrastes. El sur tartesio llegó a un grado de madurez mucho mayor en la evolución que el este ibérico, el cual permaneció más en estado primitivo y próximo al tipo de organización que podríamos comparar con la de los pueblos bereberes, constituídos en pequeñas agrupaciones alrededor del *poblado* o de la *ciudad*, prácticamente independientes y relacionados con otros poblados por vínculos tribales y por alianzas militares en momentos de peligro, sin demasiada consistencia. La base de la *organización es democrática* y en general igualitaria, con el poder en un *consejo de ancianos*, una especie de senado, como la *djemaa* de los bereberes y sólo *por excepción* se llega a una organización más amplia y a tener verdaderos *reyes* o caudillos. Estos, sin embargo, aparecen entre los edetanos e ilergetas en los momentos de la conquista romana (Edecon, Indibil y Mandonio) y entonces tienen un carácter en cierto modo hereditario.

Los *tartesios* en el sur aparecen con una organización más compleja. Allí parecen haber existido *clases sociales*: una aristocracia terrateniente y mercantil, navegantes, un pueblo agricultor y esclavos. Se habían organizado *monarquías* que tenían bajo su dependencia grupos de ciudades gobernadas por familias de príncipes y que parecían presidir *confederaciones de varios pueblos*. Así el Periplo habla del reino de los tartesios que comprendía todos los pueblos de Andalucía y del sureste de España; la tradición griega conoce al célebre Argantonio. Del tiempo de las guerras entre cartagineses se conoce a los reyes Culcas de Carmona, que dominaba una federación de ciudades, y



Budares y Besadines de Turba, así como a princesas ibéricas, casadas con caudillos cartagineses (Imilce, princesa de Cástulo, esposa de Aníbal y la hija de un rey ibero con Asdrúbal). Los tartesios tenían un derecho escrito en forma métrica.

La *religión*, mal conocida aún, había llegado a tener cultos de la naturaleza que sobrevivieron, algunos hasta muy tarde y que los romanos identificaron con los suyos propios, así como se adoraban también divinidades célticas. El culto debía tener gran pompa en algunos lugares, a juzgar por el santuario del Cerro de los Santos, un verdadero templo imitado de los griegos, con estatuas votivas de piedra, así como por el relieve de Osuna que reproduce un flautista o por el vaso de Liria con una escena de danza, probablemente ritual. En los santuarios más humildes montañoses o rurales, como Castellar de Santisteban o Despeñaperros, la Serreta de Alcoy o La Luz (Murcia), abundan las ofrendas votivas en bronce o en tierra cocida, representando guerreros, damas, miembros del cuerpo humano y aun dentaduras. Las prácticas mágicas, sin duda muy desarrolladas entre los demás pueblos de España, sobre todo en Galicia y en el Norte o en las Baleares, donde existía la “*couvade*”, debían existir también entre los tartesios e iberos. Los sacrificios humanos, conservados excepcionalmente entre las tribus ibéricas más bárbaras, debían haber ya desaparecido entre las más cultas.

Entre los pueblos célticos se adoraban, como es de suponer, las divinidades de aquel carácter, comunes a los cultos de los demás celtas de Europa; tales divinidades son atestiguadas por las inscripciones romanas de España (Epona, las *Matres*, Cernunnos), así como en la cerámica pintada de Numancia aparecen las representaciones de alguna de aquellas divinidades. Otra representación de Epona es conocida por un relieve de Villaricos (Almería).



Las *notas comunes* a todos los iberos y aun a todos los pueblos primitivos de España parecen haber sido: el espíritu de independencia y de oposición a dominios forasteros, el orgullo (“*authádeia*”), el sentido de la hospitalidad, el ser asequibles al trato benévolo y resistentes al altanero, la ingenuidad y credulidad, a la vez que la indolencia e inconstancia para empresas largas, la división con tendencias a la anarquía. En los pueblos del este y sur de España hay gran receptividad para las influencias culturales extranjeras y gran aptitud artística, incluso entre las clases más humildes. El *espíritu de caudillaje* y la institución de los “*soldurii*”, compañeros del jefe que forman una guardia y le defienden hasta la muerte, *son instituciones típicas*. En general se habla de la poca belicosidad de las tribus tartesias que, después de las primeras luchas y de la represión violenta de sus primeras sublevaciones, fueron dominadas fácilmente por los romanos. Sin embargo, en aquellas luchas los tartesios lucharon como buenos, como en la sublevación de Cástulo e Iiliturgi de 206-205: los romanos pasaron a cuchillo a Iiliturgi, a lo que siguió la resistencia de Astapa, prefiriendo sus pobladores incendiarla y suicidarse ellos a entregarla; asimismo, en 196 se levantó toda Andalucía al mando del rey Culcas de Carmo, costando mucho a los romanos pacificarla y siendo precisa toda la diplomacia de Catón el Censor. Las tribus del este de España y del Ebro dieron ejemplos de belicosidad y de valor: Sagunto, Indíbil y Mandonio, los mercenarios de los ejércitos cartagineses y griegos y los que sirvieron en las filas romanas, como la “turma salluitana” que mereció la ciudadanía por su valor en la guerra social de Italia. En otros lugares de España, la resistencia de los celtíberos, lusitanos y cántabros dejó persistente recuerdo en Roma y dió a España el dictado de “horrida et bellicosa provincia” y el carácter de las tribus del norte, en especial de las cántabras, las hizo considerar como hoscas y poco amigas de mezclas y de contactos extraños (“*dysepimiktoi*”).



NOTAS

1 Para esta parte de nuestro trabajo subsisten, en general, las conclusiones a que habíamos llegado en nuestra *Etnología de la Península Ibérica*, en donde se encuentran las ampliaciones y detalles pertinentes.

2 En el *Periplo* no parece haberse conocido más iberos que los de la costa oriental de España. En los versos 247-253 del poema de Avieno "Ora marítima", después de citar la ciudad de Herbi, o sea Huelva, se habla de iberos y del río Hiberus y suponiéndose que los iberos derivan su nombre de aquel río —que sería el Tinto— y no del Ibero-Ebro:

247 at Hiberus inde manat amnis et locos
fecundat unda. plurimi ex ipso ferunt
dictos Hiberos. non ab illo flumine
quod inquietos Vasconas praclabatur.
nam quicquid amnem gentis huius adiacet
occiduum ad axem, Hiberiam congnominant . . .

Schulten mantiene como del *Periplo* lo que no va transcrito en cursiva, pero no la teoría sobre el origen de los iberos — que transcribimos en cursiva. Nosotros creemos que todo el pasaje es interpolado, sea por Avieno, sea por alguno de los anteriores manipuladores del *Periplo*, por ejemplo Eforo. En el *Periplo* se debió citar sólo la presencia de un río (el Tinto) junto a la marisma y la ciudad de Huelva. Después ya de la generalización del nombre de los iberos a las tribus del sur de España (Herodoro) se debió introducir el pasaje y acaso la teoría sobre el origen, que resulta muy propia de las interpolaciones del tipo de las de Eforo y que tiene su paralelo en el pasaje (versos 132 y siguientes) del texto de Avieno que supone a los ligures habiendo habitado la costa de Frisia, de donde fueron expulsados por los celtas, refugiándose en una zona montañosa (¿los Alpes?). Este pasaje nosotros lo creemos interpolado también, acaso por Eforo, aunque Schulten también lo mantiene como del viejo *Periplo*.

3 Berthelot, *Festus Avienus, Ora marítima* (París, 1933).



4 Esta manera de ver el problema de los lusitanos creemos que lo explica más satisfactoriamente que otras explicaciones nuestras, influidas por la doctrina tradicional que los considera como iberos, para lo que, realmente, no hay ningún fundamento serio (Mendes Corrêa, *Os povos primitivos da Lusitania*, Porto, 1924). En *Los Celtas de Portugal y sus caminos* ("Homagem a Martins Sarmiento", 1933), habíamos pensado en una emigración a lo largo de los montes cárpeto-vetónicos de los lusitanos, a la llegada de los celtas al centro de España, refugiándose aquéllos y quedando aislados en las montañas portuguesas, partiendo de la identidad de nombres y del posible parentesco con los lusones, que un tiempo debieron extenderse más, ya que Luzaga y Luzón caen fuera de su territorio histórico. Pero actualmente preferimos encontrar las razones del parentesco en la cultura de las cuevas del grupo Extremadura-Segevia, con extensiones en Portugal, y considerar a los lusones de Celtiberia como un resto iberizado, a diferencia de los lusitanos portugueses que serían un resto occidental intacto de aquel grupo.

5 Bosch, *El problema de los Cántabros y de su origen* ("Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo", Santander, 1933). También Schulten, *Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma* (Madrid, 1943).

6 Además de la *Etnología de la Península Ibérica*, ver también: Bosch, *El problema etnológico vasco y la Arqueología* ("Revista Internacional de los Estudios Vascos", 1923); Idem., *La Prehistoria de los Iberos y la Etnología Vasca* (Id., Id., 1925); Id., *Los celtas y el país vasco* (Id., Id., 1932). Para la localización de los arenosios y los andosinos, respectivamente, en el Valle de Arán y en Andorra: L. Pericot, *Historia de España*, I, p. 431 y Bosch-Aguado, *La Conquista Romana de España* (vol. II de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Madrid, 1935, p. 18); Schulten (*Fontes Hispaniae Antiquae*, III, p. 47), admite la localización de los antiguos andosinos y arenosios hecha por nosotros y relaciona el nombre de los primeros con el vasco "andia", grande, lo que confirmaría el origen pirenaico de estos pueblos. Acaso el nombre de los arenosios está compuesto con el sufijo céltico "are": extremo, y esté relacionado con las infiltraciones célticas comprobadas en el Valle de Arán (cultura de las urnas: necrópolis del Pla de Beret y nombre de Salardú = Salardunum).

7 Además de lo dicho en la *Etnología de la Península Ibérica*, ver también: Bosch, *Assaig de reconstitució de la etnologia de Catalunya* (discurso de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1932); Bosch, *Problemes d'història i d'arqueologia tarragonines* (Tarragona, 1925). El límite



oriental de los ausetanos era el mar, al sur de las Gavarres, según Castillo (citado por Pericot, *Historia de España*, I, p. 431) comprendiendo la comarca de Blanes a Sant Feliu de Guixols. A. del Castillo, *La costa brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliu de Guixols. La villa romana de Tossa* ("Ampurias", I, 1939, pp. 186-267).

8 La población del sureste de Francia en sus distintas etapas durante la edad del hierro parece hoy bastante bien conocida. Desde el punto de vista arqueológico arranca de una población celtizada por el pueblo de la cultura de las urnas que se transforma con las primeras importaciones griegas jónicas, a fines del siglo VII o a principios del VI. En éste algunos poblados parecen haber padecido una destrucción violenta (señales de incendio: Cayla, cerca de Mailhac, Aude). En el siglo VI comienza una nueva cultura con cerámica ibérica de tipos españoles e importaciones griegas de figuras negras áticas, floreciendo en el V y IV con rica cerámica de figuras rojas, cerámica ibérica relacionada con España, desarrollos locales e influencia de la cerámica y de la cultura de La Tène del norte de Francia. A partir del III parecen dominar el país los volcos, recién llegados y que representan la última capa de población céltica, aunque no debió destruir la población anterior en la que se mezclaban indígenas descendientes de los pueblos prehistóricos, celtas de la cultura de las urnas e iberos. En este período se mezclan las influencias de la cultura de La Tène llevada por los invasores con nuevas influencias de los pueblos de Cataluña que van perdiendo su carácter ibérico resurgiendo el indígena, importándose cerámica de tipo ibérico de la costa catalana. Este estado de cosas sigue hasta la romanización que se infiltra poco a poco y que se hace notar tan sólo en el siglo I de nuestra era. Estas conclusiones son válidas no sólo para la costa del Aude, sino para el Hérault y aun para todo el territorio provenzal al oeste del Ródano. En la llanura de Toulouse, la arqueología acusa la persistencia probable de los celtas de las urnas hasta algo más tarde que en el este, infiltrándose poco a poco los iberos y siendo sustituidos por los volcos también a partir del siglo III. La extensión de los iberos parece comprobarse por los nombres de lugar: Iliberris-Elna y Carcaso (en el este); en el oeste: Eliberris (Auch), Hunguverro (entre Tolosa y Auch); Calagurris (entre Tolosa y Saint Bertrand de Comminges); Iluro (Oloron), acaso Tolosa, Burdigala (Burdeos); Carissa, Asta (en los Bajos Pirineos) y acaso también Corbulo (Nantes), el célebre mercado de la costa atlántica que pudo ser una avanzada a consecuencia de la ruta comercial antiquísima que desde Narbona se extendía a lo largo del Garona hasta Burdeos y seguía hacia el norte y de la que ya



habla el Periplo. Con la entrada de los volcos, éstos ocuparon la llanura de Tolosa y los iberos (aquitanos) quedaron replegados a las bajas llanuras de las Landas a la Gascuña y a la meseta de Lannemezan, en donde se mezclaban con los pueblos indígenas concentrados en las vertientes pirenaicas del Bearn, Bigorra, Comminges y Cousserans y Foix, en donde ellos, a su vez, se habían ya mezclado con las primeras infiltraciones célticas de la primera edad del hierro. Otros indicios de la iberización del sur de Francia son los nombres ibéricos de dioses y de personas y la circulación de monedas con leyendas ibéricas. Ver Bosch, *Two Celtic waves in Spain*; Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*; R. Lantier, *Celtas e Iberos* ("Archivo Español de Arqueología", Madrid, 1941, Núm. 42, pp. 141 y ss.); A. Blanchet, *Les Ibères en Gaule* ("Revue de Synthèse, xvii, 1939, p. 31); C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, I (París, 1914); R. Lizop, *Le Comminges et le Cousserans avant la domination romaine* (Toulouse-París, 1931).

9 Pericot, *Historia de España*, I; P. Dixon, *The Iberians in Spain* (Oxford, 1940); Schulten, capítulo sobre la España Ibérica en la *Cambridge Ancient History*, VII, pp. 782 y ss., Bosch, *Iberi* en la *Enciclopedia Italiana*. Nuestros trabajos de conjunto sobre arqueología y arte ibéricos citados en la *Etnología de la Península Ibérica*. El último, posterior a dicha obra: capítulo sobre el arte ibérico y celtibérico en el *Handbuch der Archäologie* de la serie de los *Handbücher der classischen Altertumswissenschaft*, de Ivan von Müller (Munich, Beck), se hallaba impreso, pero no sabemos si ha aparecido. Sobre la cerámica ibérica del este y sur de España y su cronología, nuestra conferencia en la "Society of Antiquaries of London", 1940, que revisa el problema poniéndolo al día, está en preparación para ser publicada en "Archaeologia".



CAPITULO VI

LOS FENICIOS

1. *Las primeras relaciones de los fenicios con el Occidente*¹

Contra lo que se ha venido suponiendo tradicionalmente, las expediciones fenicias a España, y especialmente el establecimiento de colonias, no creemos que haya empezado antes del siglo IX. Los mismos establecimientos del norte de África no son, al parecer, anteriores, a excepción de Útica en el golfo de Túnez, la primera fundación fenicia de Occidente y que pudo establecerse hacia el 1,000 a. de J. C. La historia general de Fenicia en estos siglos y la evidencia de las noticias históricas, si se las observa detenidamente y se las comprueba con lo que conocemos de la arqueología de estos tiempos oscuros en Occidente, permite una reconstrucción de los hechos que va a parar a este resultado.

La extrema antigüedad asignada a la fundación de Cádiz se basaba en un sincronismo de Veleio Patérculo (1, 2, 4) y se creyó que reproducía la fecha de la era de la fundación del templo de Melkarth en Cádiz en 1,100 a. de J. C.: es muy posible que esta fecha sea en realidad la del levantamiento de la



metrópoli de Tiro, al ser reconstruida por entonces después de haber sido destruida cuando la invasión de los pueblos del mar (zakaras y filisteos) en el siglo XII y que los sacerdotes del santuario de Cádiz, filial del tirio, utilizasen dicha era como base de cronología, lo que, a larga distancia, daría lugar a la confusión.

En realidad el siglo XI, entre la invasión de los pueblos del mar y la reconstrucción de las ciudades hacia 1,100, contemporánea del restablecimiento del orden en Siria por las conquistas de Tiglath-Pileser I, no era propicio para las navegaciones fenicias. Era entonces el tiempo de la hegemonía de los zakaras y filisteos y el mar estaba infestado por piratas que dificultaban la navegación normal: la misma relación de los egipcios con sus antiguos vasallos de Biblos no era muy fácil, como sabemos por el papiro de Wen Amón, quien tuvo grandes dificultades para volver a su tierra, detenido primero en Biblos, en donde el reyzeuelo fenicio se hallaba sublevado, y luego por los piratas en el mar. Este estaba entonces dominado por otros pueblos, según sabemos por la célebre lista de las thalassocracias de Eusebio-Diodoro basada en una fuente del siglo V, que antes de los fenicios (836-791) y después de la guerra de Troya (fin: 1,184) perteneció primero a los lidios y meonios (época del establecimiento de los etruscos en Occidente) y luego, hasta la fenicia, a pelasgos, tracios, rodios, frigios y chipriotas. El siglo XII fué una época de confusión y en él y en el XI el comercio con el occidente del Mediterráneo debía estar en manos de los pueblos del mar, correspondientes a la thalassocracia lidia y meonia y a los etruscos en su parte occidental, los cuales en los puertos de Sicilia primero y de Cerdeña después debían recoger los productos de las minas españolas que transportaban los indígenas de Cerdeña y Baleares, que entonces tienen su apogeo cultural (cultura de los nuraghes y de los talaiots). Véase lo



dicho anteriormente a propósito del comercio del fin de la edad del bronce y del hallazgo de Huelva en España.

Los fenicios hasta fines del siglo XI no debieron comenzar sus viajes a Occidente y, de momento, no pasarían de establecerse en el golfo de Túnez (Útica).² Una primera época del comercio fenicio principia en el siglo X: Útica es entonces el centro de aquél por mucho tiempo, desempeñando el papel que más tarde tuvo Cartago y hasta llegó a sublevarse³ contra Hiram I de Tiro (969-935). En la época de este rey el comercio con Occidente comenzaba a ser activo: de entonces data la expresión “barcos de Tarshish”, sinónimos de navíos para largas navegaciones, que se convirtió en algo parecido a lo que fué modernamente la de “galeones de América”. Que estas naves fueran al Tarshish de España o sea lo que los griegos llamaron Tartessos en Andalucía, tampoco es seguro. “Tarshish” pudo designar todo país o mercado de metal, siendo posible la identidad del nombre con Tarsos de Asia Menor, otro país productor de metal y que en Occidente fuera aplicado primero al Africa Menor, pasando luego a España.⁴ La alianza comercial de Hiram con su suegro Salomón, citada por el Libro de los Reyes I, 10, 22) no demuestra nada referente a España, a pesar de que ambos tuvieran en el mar “barcos de Tarshish”.⁵ El objeto principal de este primer comercio fenicio en Occidente debió ser, hasta avanzado el siglo IX, tan sólo Etruria y sus ricos yacimientos de hierro, y poco a poco también Cerdeña, donde además de su metal propio (cobre) se recogería el de España.

El rastro arqueológico dejado por estos viajes es el candelabro de bronce chipriota o urartio del santuario de Santa Victoria de Serri en Cerdeña y los primeros objetos de oro de importación fenicia de las tumbas etruscas (siglo IX).

Este primer período culmina en la thalassocracia fenicia de la lista de Eusebio-Diodoro, que se fecha entre 836-791 se-



gún Fotheringham, abarcando así parte de los reinados de Metten (849-821) y de Pigmalión (820-774).⁶

2. *La primera thalassocracia fenicia y su decadencia*

Entonces, hacia el último tercio del siglo IX, debieron hacerse los establecimientos que constituían una escala para la navegación en las Sirtes (Leptis) y en la costa tunecina (Hadrumetum = Susa, Cartago fundada en 814 a consecuencia de la guerra civil entre Pigmalión y Elisha en Tiro, Hippo = Bizerta), así como, poco a poco, los fenicios fueron extendiéndose en las islas próximas a Sicilia (Melita = Malta, Gauda = Gozzo, Cossyra = Pantellaria), que dominan el estrecho entre Túnez y Sicilia y en la propia Sicilia, en donde debieron establecerse primeramente en su punta occidental: Motya. Desde estos primeros establecimientos se extenderían luego, poco a poco, a lo que fueron luego ciudades mayores: Panormo = Palermo, Soloeis = Solunto. Las fechas de fundación de la mayor parte de estas colonias son inciertas, excepto la de Cartago. También parecen haber establecido una colonia por entonces en Argelia: Auzia, que se supone Aumale y que podría creerse más bien hacia Argel, como una estación de navegación hacia España.

Por entonces se debía haber descubierto también la existencia de las fuentes españolas del metal y comenzado la exploración de Andalucía. De acuerdo con el texto de Posidonio-Estrabón, 170, quien reproduce la tradición gaditana recogida en el mismo Cádiz por Posidonio, los fenicios enviaron una primera expedición a Sexi (Almuñécar, en la costa de la provincia de Málaga), luego otra a la isla de Heracles en el estuario de Onoba (Huelva) o sea a la isla de Saltés,⁷ y finalmente la última a Cádiz, en donde por fin los oráculos fueron favorables, a diferencia de los que habían impedido la fundación en los demás sitios, estableciéndose la primera base naval fenicia



en la isleta de San Sebastián (Gadir = fuerte) situada frente a la isla mayor unida al Continente, en donde luego estuvo la ciudad, quedando la ciudadela en San Sebastián.⁸ La fortaleza de la isla de San Sebastián, fundada por consiguiente no antes del último tercio del siglo IX, durante bastante tiempo debió ser el único establecimiento fenicio de España.

La costa atlántica africana no parece, contra lo que se ha creído, visitada por los fenicios hasta más tarde (fin del siglo VI), por bajeles cartagineses.

A fines del siglo IX o principios del VIII se desarrollaron las relaciones de los fenicios con el rey tartesio Gerón o Gerión, idealizado por la leyenda griega de Heracles, al que se suponía poseedor de un imperio en el que estaban incluidas las Baleares, lo que muy bien puede traducir la relación comercial antigua de Andalucía con las islas del Mediterráneo occidental hasta Cerdeña, a la que debieron posiblemente los fenicios el conocimiento de las riquezas andaluzas.

Después de una primera etapa de amistad con los colonizadores, los tartesios hubieron de luchar con aquéllos a fines del siglo IX o a principios del VIII.⁹ Tarshish, ahora claramente el sur de España, sería sometida a una situación de vasallaje más o menos efectivo que dejó un eco en la opresión de que hablan inmediatamente los textos bíblicos.

El siglo VIII, después del período de poderío fenicio de sus comienzos, debió ser de luchas con los griegos de Sicilia que entonces manifestaban gran actividad colonizadora y que les disputarían la parte oriental de la isla, dejándoles reducidos al occidente de ella, en donde los centros de su poder fueron constantemente las tres ciudades de Motya, Soloeis y Panormo, en cuyo vecindario se hallaba el territorio de los elimios, con sus ciudades de Eryx, Entella y Segesta, que una tradición supone de origen oriental y fundadas por fugitivos de Troya: en realidad estas noticias podrían relacionarse con la presencia de ele-



mentos de población y de cultura egeo-orientales que se encuentran en Sicilia al mismo tiempo que en Cerdeña y en Etruria y que parecen preludiar el establecimiento de los etruscos en Occidente. Hasta 735 estas colonias fenicias de Sicilia parecen haber pedido el auxilio de Cartago, fundada un siglo antes y que entonces debió empezar a sustituir a Útica en el papel de centro de los establecimientos fenicios de Occidente.¹⁰

El último cuarto del siglo debió ser de decadencia fenicia en el Mediterráneo, sobre todo después de las guerras de la metrópolis con Asiria en tiempo de Salmanasar V y de Sargón I (724-720), y esta decadencia dejó libres por algún tiempo a los tartesios.¹¹ Hacia el 700 uno de los descendientes de Gerón, Nórax, que se supone ser nieto de aquél, reemprendió por su cuenta la antigua relación marítima con Cerdeña, en donde se le atribuye la fundación de Nora,¹² más tarde ciudad fenicia.

3. *El nuevo poderío fenicio en el siglo VII*

El siglo VII vuelve a ver la fortificación del poderío fenicio, reconstruido por Ithobaal II (700-668). Entonces comenzó una nueva época de relación con Cerdeña, que Gsell cree debía tener lugar con ciudades sardas independientes, las cuales acaso recibirían pequeñas colonias mercantiles fenicias. Tales ciudades sólo en el siglo VI, después de las guerras de Malco y de sus hijos, se convertirían en verdaderas ciudades cartaginesas.¹³ Estas fueron Caralis = Cagliari, Sulcis (isla de San Antioco) y Tharros, en donde comienzan a aparecer objetos del comercio fenicio hacia la segunda mitad del siglo VII, lo mismo que por entonces principia también la serie ininterrumpida ya de los hallazgos de las necrópolis de Cartago¹⁴ y de Motya en Sicilia.¹⁵ En esta isla la mayor parte del siglo VII debió ser un período de apogeo, mal conocido todavía, enriqueciéndose con el comercio de la plata española¹⁶ que adquirirían las ciudades



griegas, y este comercio explica la regular aparición de objetos griegos (cerámica corintia orientalizante, por ejemplo) en los lugares cartagineses. Entre dichos objetos figuran normalmente los fabricados en Sicilia, tierras cocidas, por ejemplo.

Representativa de este período de restauración del poder y el comercio fenicio con su centro occidental en Cartago, es la fundación por ella de Ebusus = Ibiza, en 654. El motivo debió ser situar una base naval que dominase el camino de la costa española a Cerdeña y cortase posibles repeticiones del intento de los tartesios de establecerse en la última isla (la fundación de Nora aludida) y reanudar las antiguas relaciones. En el siglo VII principia también la serie de los hallazgos arqueológicos ebusitanos.¹⁷

En España, esta época debió ser la de mayor desarrollo del comercio fenicio. Además de la continuación del comercio de Gades con los tartesios, se fundaron nuevas colonias: Malaca = Málaga, Sexi (Almuñécar en la provincia de Granada) y Aberra (Adra, en la de Almería), sin contar con otros establecimientos menos importantes, de los cuales tenemos un ejemplo en Villaricos y en sus alrededores,¹⁸ en la misma provincia de Almería, en donde se hallaba el puerto de exportación del metal (plata, cobre, hierro, plomo) de las viejas minas de la cultura de Almería, ahora explotadas más intensamente y en donde debió haber un pequeño núcleo de población fenicia junto con elementos indígenas, de los que se conocen algunas tumbas de incineración con cerámica del país y otra fenicia junto con amuletos. El hecho es que en el siglo VI, el Periplo habla de los libifénices establecidos en toda la costa andaluza, aunque no cita dichas ciudades específicamente, dando idea de que allí se llevó una población mezclada de fenicios y africanos. El nuevo poderío fenicio en el siglo VII hizo caer nuevamente en vasallaje a los tartesios, como podemos deducir de varios testimonios bíblicos que documentan las navegaciones a Tarsis (Isaías, Jo-



nás, Ezequiel, Jeremías) y que precisan que de allí se importaba plata, hierro, estaño y plomo,¹⁹ así como la inscripción asiria del tiempo de Asaradón (681-669) atestigua el vasallaje, puesto que el rey asirio, señor de las ciudades fenicias, se atribuye también el país de “Tarsisi”.²⁰

A fines de siglo, las ciudades fenicias libertadas de los asirios después de la guerra con el sitio de Tiro por Asurbanipal en 671, apoyándose en el poder del Egipto saita (thalassocracia egipcia de la lista de Eusebio-Diodoro), siguen en posesión de sus colonias y mercados, en donde mantienen la supremacía hasta las luchas con Nebucadnezar de Babilonia (605-552). Entonces vuelve a decaer su poderío, después del bloqueo terrestre de Fenicia, en tiempo de Ithobaal III, por espacio de trece años, que terminó con la sumisión de Merbaal en 573. Entonces había ya surgido la potencia marítima rival de los focéos. No por ello cesó el comercio fenicio con el Occidente; pero entonces lo organizaba ya Cartago que, poco a poco, en su situación más libre, lejos de los teatros de la lucha en Oriente, va suplantando la metrópolis en la capitalidad de las colonias occidentales.

4. *La arqueología fenicia en la Península*

Desgraciadamente se desconoce la arqueología de Cádiz en la época del comercio y de la hegemonía fenicia. Del mismo Cádiz no hay hallazgos hasta más tarde, siendo dudoso que pertenezcan a esta época los ajuares de sus tumbas que son en general del tiempo de dominio cartaginés, a partir del siglo v. De las demás colonias no se conoce apenas nada: de Málaga sólo un pendiente de oro, que algunos han fechado hacia el siglo vii. De fines de este siglo es otro objeto del comercio fenicio que, procedente sin duda de Cádiz, llegó hasta la costa portuguesa: el escarabeo con el sello de Psamético I, el primer rey saita de



Egipto (663-609), encontrado en la capa más antigua de la necrópolis de Alcacer do Sal, cerca de la desembocadura del Sado y que puede fecharse a fines del reinado (614-609).²¹

Estos testimonios arqueológicos, entre los que sólo tienen continuidad los de Ibiza, acusan, no obstante, la presencia de los fenicios en España y una gran difusión de su comercio, lo que acaba de comprobar el tesoro de La Aliseda, en la provincia de Cáceres, en el que, si bien la mayor parte de los objetos pertenecen a la época en que empiezan a predominar los cartagineses en el último tercio del siglo VI, uno de los que puede ser más antiguo, el cinturón de oro con decoraciones asirizantes, recuerda en cierto modo los productos fenicios orientalizantes de Etruria del siglo VII y acaso puede fecharse en este último.²²

Los celtas del interior de España, a los que sin duda perteneció el tesoro de La Aliseda, se hallaban allí ya entonces, y además habían llegado en sus expediciones al país de los tartesios, en donde se infiltraron, habiendo ocupado por algún tiempo, según se deduce del Periplo, la isla de Cartare (Saltés) en el estuario de Huelva. Acaso tales objetos llegaron al territorio celta —y al de los indígenas conios el sello de Psamético, pues Alcacer do Sal se hallaba en su territorio—, no mediante los fenicios directamente, sino a través de los tartesios. Estos, por entonces, según el Periplo, emprendían sus atrevidas navegaciones atlánticas en busca del estaño de los mercados de Bretaña y además utilizaban un camino comercial que desde la desembocadura del Guadalquivir llegaba precisamente a la desembocadura del Sado.

NOTAS

1 Los problemas de las colonizaciones fueron tratados en nuestra *Etnología de la Península Ibérica* y en nuestros artículos anteriores: *Fragen der*



Chronologie der phoenizischen Kolonisation in Spanien ("Klio", XLII, 1928, pp. 345 y ss.) y *Problemi della colonizzazione greca in Ispagna* ("Historia", III, 1929, pp. 572 y ss.), traducidos al castellano en la "Revista de Occidente": *Problemas de la colonización fenicia de España y del Mediterráneo occidental* (junio de 1928) y *Problemas de la colonización griega de España* (junio de 1929). Se hizo una revisión total de ellos en nuestro curso de la Universidad de Oxford, 1940: *Phoenicians and Greeks in the West*, cuyas lecciones han de ser objeto de un libro en preparación. Hemos creído conveniente, entre tanto, resumir aquí los resultados.

2 Beloch duda que el nombre de Utica sea correcto. En todo caso, parece posible que por entonces existiese una base fenicia en el golfo de Túnez que fuese el punto de partida para los establecimientos posteriores.

3 Fragmento de las Historias fenicias de Menandro de Efeso, conservado por Josefo, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, IV, 446.

4 Contenau, *La Civilisation Phénicienne*, París, 1926, p. 92, cree que Tarshish tenía un sentido vago y significaba el extremo oeste o los países más lejanos alcanzados por los viajes fenicios. En todo caso el nombre de los Tartesios no es propiamente un nombre étnico, sino el de los habitantes del país de Tarshish = Tartessos.

5 Según el texto bíblico, estos barcos llevaban oro, plata, marfil, monos y pavos reales, a diferencia de los cargamentos típicos del Tarshish español que conocemos luego por Ezequiel (27, 12): plata, hierro, estaño y plomo. Parece más probable que se trate del comercio con el Mar Rojo y con el país de Punt de los egipcios (el Ufas bíblico), partiendo de Ezion-Geber en el golfo de Akaba, el puerto de los hebreos, que es lo que lógicamente tiene que citar el Antiguo Testamento tratándose de Salomón. Las citas del verdadero país de Tarshish en el texto bíblico se refieren todas a tiempos posteriores. Ver los textos reunidos en Schulten-Bosch, *Fontes Hispaniae Antiquae*, I (Barcelona, 1922). Schulten, *Tartessos*, pp. 4-5 y *Fontes Hispaniae Antiquae*, II (Barcelona, 1925), p. 15, cree que el oro, la plata, el marfil, los monos y los pavos reales proceden realmente del Tarshish español y que el marfil y los monos pueden proceder del comercio de los fenicios con la Costa de Oro, en Guinea, en donde Frobenius, *Das unbekannte Afrika*, 1923, p. 138, y también *L'Afrique* en "Cahiers d'Art", París, 1930, cree poder identificar el Ofir-Ufas de la Biblia con Ife. Nosotros insistimos en que esto es inverosímil para los tiempos de Hiram y Salomón, en que si el



fundamento para la presencia de los fenicios en Cádiz es muy discutible, todavía lo es más creer en un comercio regular desde Gades hasta el golfo de Guinea, pareciendo más verosímiles los viajes de las naves de Salomón al Ofir de Somalilandia (Punt). Probablemente el comercio con el Africa occidental no existió hasta la época cartaginesa, después de la exploración de Hannón en el siglo v y el descubrimiento, entonces, de un nuevo país de Ofir, explica la posibilidad de la confusión. Ofir-Ufas, como Tarshish-Tartessos, son nombres de significado vago y que pueden tener sucesivas localizaciones, dondequiera que se reúnan las mismas condiciones que los puedan hacer identificables con su contenido real de países del oro o países del metal. Es un caso como el de las Indias en los tiempos modernos, en que a pesar de que Colón no encontró las Indias que buscaba, el país descubierto en América se siguió llamando las Indias. Lo mismo que hay unas Indias orientales y unas Indias occidentales para nosotros, para la Antigüedad debió existir un país de Ofir en el este y uno en el occidente de África.

6 Seguimos las fechas de Moret, *Histoire de l'Orient*, II, p. 611 (*Histoire Ancienne de Glotz*, París, 1936). Para la historia fenicia y su bibliografía moderna ver el capítulo citado de Moret y el de Fougères en las páginas 228 y siguientes de Halphen-Sagnac, *Peuples et Civilisations*, vol. I, París, 1929.

7 Esta isla parece ser la isla Cartare del Periplo, aunque Schulten cree que Cartare es la isla en que se asentaba la ciudad de Tartessos, que para nosotros es Eritia. Ver Schulten, *Tartessos, Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens* (Hamburgo, 1922), p. 16, y nuestra discusión de sus conclusiones en la recensión de la traducción española de *Tartessos* (publicación de la "Revista de Occidente", Madrid, 1924), en el "Butletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria", II, p. 230.

8 La topografía de Cádiz parece clara deduciéndola del Periplo (Avieno, v, 314-317) que cita la isleta con la fortaleza (arx) y con el templo de la Venus marina (¿santuario de Astarté?), así como de Estrabón (p. 169) y Plinio, IV, 119 y ss., que describen las dos islas separadas por un pequeño estrecho, de las cuales Estrabón llama Afrodisia a la menor. El célebre templo de Melkarth-Heracles se halló en la isla próxima de Sancti Petri, al sur de la ciudad. Ver Schulten, *Gades und sein Heraklestempel* ("Deutsche Zeitung für Spanien", Barcelona, julio-agosto de 1923), Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, p. 286: razones para creer que el Periplo cita Cádiz al hablar del "arx". Posiblemente en su tiempo no había aún más que la



fortaleza y la base naval y la ciudad de la isla mayor se edificó bajo la hegemonía cartaginesa a fines del siglo vi.

9 Batalla naval de Gerón (nombre deformado en Terón) “rey de la España citerior” (confusión de ulterior en citerior) y los gaditanos de Macrobio, sat. 1, 20, 12. Ver Schulten, *Tartessos*, pp. 17-18.

10 Ver Hackforth en *Cambridge Ancient History*, iv, pp. 374 y ss. y St. Gsell, *Histoire de l’Afrique du Nord*, 1 (2ª edición, París, 1921), p. 379.

11 Isaías, 23, 1, Schulten (*Tartessos*, p. 17), da de este pasaje la siguiente traducción: “Haced oír vuestros alaridos, navegantes de Tarshish, que se ha producido una gran devastación y no queda ya ninguna casa, ningún refugio (se entiende en Tiro) . . . Desbórdate en tus tierras como el Nilo tú, pueblo de Tarshish, que ya no te oprimen más ligaduras” (texto no incluido en *Fontes Hispaniae Antiquae*, 1). Esta liberación de Tarshish, aludida por Isaías y la inscripción del tiempo de Asaradón que para la nueva época de dominio fenicio del oeste (ver más adelante) atestigua que se consideraba a Tarshish por tributario por los fenicios, justifica creer en un vasallaje después de las guerras de Gerón. Schulten, que, de acuerdo con la opinión general, cree que en el siglo x, en tiempo de Hiram, ya los fenicios iban a Andalucía, cree ver documentado el vasallaje para entonces también en el *Salmo* 72, 10; pero, aparte de las razones generales que nos hacen dudar de que en tiempo de Hiram se hubiese llegado ya a España, el salmo que ensalza la gloria de Salomón, dice: “los reyes de Tarshish y de las islas deben ofrecer regalos, los reyes de Saba y Seba han de traer tributos”. La interpretación recta creeríamos que no puede ser otra que la de que el salmista se refiere al vasallaje que Salomón creía tener sobre las tierras del sur de Arabia con las que él se relacionaba directamente y a la participación en el comercio de su suegro Hiram con el Mediterráneo (Tarshish y las islas), sin que esto pruebe el vasallaje de Tarshish y menos el del sur de España, pues ya hemos hablado de la vaguedad del significado de la palabra Tarshish y, además, hay una diferencia entre Arabia que proporciona tributos y Tarshish y las islas que sólo ofrecen “regalos”.

12 Ver los textos citados por Schulten, *Tartessos*, p. 68, especialmente Pausanias, 10, 17, 5 sobre la fundación de Nora por Nórax.

13 St. Gsell, *Histoire ancienne de l’Afrique du Nord*, 1. Gsell se apoya para esta doble etapa de la colonización cartaginesa de Cerdeña, en el texto



de Justino, 7, 1-2, del que se desprende que la verdadera colonización fue a mediados del siglo vi.

14 Para las necrópolis de Cartago: U. Kahrstedt, vol. iii de la *Geschichte der Karthager* de O. Meltzer (Berlín, 1913), con bibliografía, pero sin ilustraciones. Las necrópolis con material del siglo vii (en particular cerámica corintia), son las de Douïmés, Dermech y Byrsa (Saint Louis). Para Douïmés: Délattre, *La nécropole punique de Douïmés (Carthage)*, ("Mémoires de la Société Nationale des Antiquaires de France", 1897); Id., *Quelques tombeaux trouvés à Douïmés* ("Cosmos", 1897); Id., en "Missions catholiques" (Lyon, 1897). Dermech: P. Gaukler, *Nécropoles puniques de Carthage* (París, 1915); Id., *Fouilles de Tunisie. Fouilles de Carthage: La nécropole de Dermech* ("Revue archéologique", 1902, II, pp. 369 y ss.); Id. en el "Bulletin du Comité Archéologique de l'Afrique du Nord", 1899, 1900, 1903; Id., en "Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", París, 1899, 1900, 1901 y 1907; P. Délattre, en Id., Id., 1908; St. Gsell en "Mélanges d'Archéologie et d'Histoire", 1900; A. Schulten en "Archaeologischer Anzeiger", 1899, 1900, 1901 y 1902. Byrsa: P. Délattre, *Nécropole punique de la colline de Saint Louis* ("Missions catholiques", 1896); St. Gsell, en "Mélanges d'Archéologie et d'Histoire", 1899; P. Délattre, en "Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1900. Entre los hallazgos más antiguos de Cartago, se hallan los del santuario de Tanit: Poinssot-Lantier, *Un sanctuaire de Tanit à Carthage* ("Revue de l'Histoire des religions", 1923, pp. 22 y ss.) La comparación de su cerámica con la de Motya ha permitido una cronología interesante: B. Pace y R. Lantier, *Ricerca cartaginese* ("Monumenti antichi dei Lincei", xxx, 1925, col. 129 y ss.) y especialmente su capítulo: *Saggio di cronologia della ceramica punica* (col. 181 y ss.)

15 Whitaker, *Motya* (Londres, 1921).

16 St. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, I (2ª edición), pp. 405 y 407. Testimonios del enriquecimiento de las colonias fenicias de Sicilia con la exportación de la plata española: Diodoro, v, 35, que debe referirse a esta época (siglo vii), pues en el siguiente los griegos con la colonización focca no tenían ya necesidad de intermediarios. La plata española vendida por los cartagineses pudo suscitar a los foccos la idea de la exploración del oeste, con el objeto de buscar sus fuentes.

17 Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, cap. xi y xii; J. Colomines, *Les terracuites cartagineses d'Eivissa* (Barcelona, 1938); A. Vives, *Estudio*



de *Arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza* (Madrid, 1917). En Ibiza los hallazgos más antiguos son los de un posible santuario en la Illa Plana con figuritas de tierra cocida muy arcaicas que tienen un paralelo en Motya (Whitaker, *Motya*, p. 306, fig. 82), probablemente en la misma época (siglo VII) y que están emparentadas con otras de Siria y Chipre (Bosch, *Etnología*, p. 226) y el precedente tipológico de las más antiguas cartaginesas de la gran necrópolis del Puig des Molins (Bosch, *Etnología*, p. 260, fig. 213), que tienen paralelos en Cartago (Musée Alaoui) y que parecen el principio de una industria de figuritas que se desarrolla en Cartago independientemente de las de influencia griega y con tipos indígenas muy notables (Colominas, *Les terracuites cartagineses d'Eivissa*).

18 L. Siret, *Villaricos y Herrerías* ("Memorias de la Academia de la Historia", Madrid, 1908); Pericot, *Historia de España*, I; Bosch, *El Arte en España. Guía de la sección España Primitiva (Exposición Internacional de Barcelona, 1929)*, (Barcelona, 1929), pp. 168 y ss.; Siret, *Questions de Chronologie et d'Etnographie Ibériques* (Paris, 1913); Pericot, *Historia de España*, I, fig. de la p. 277 (aribalo corintio de Villaricos).

19 Ezequiel, 27, 12.

20 Schulten-Bosch, *Fontes Hispaniae Antiquae*, I, p. 156.

21 Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, p. 265, fig. 216: escarabeo de Alcacer do Sal. Pendiente de Málaga; Vives, *Estudio de Arqueología cartaginesa*, citado, con su reproducción; Dixon, *The Iberians in Spain and their relations with the aegean world* (Oxford, 1940), lo fecha en el siglo VII o fines del VIII (p. 24).

22 Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 266 y ss.: el cinturón de oro en las figuras 217-218. Ver también J. R. Mélida, *El tesoro fenicio de La Aliseda* ("Boletín de la Sociedad Española de Excursiones", 1921, pp. 96 y ss.) y, del mismo, *Der Schatzfund von La Aliseda* ("Archaeologischer Anzeiger", 1928, pp. 497 y ss.)



CAPITULO VII

LA THALASSOCRACIA FOCEA Y SUS CONSECUENCIAS

1. *El primer conocimiento griego del lejano Occidente*

Las relaciones intensas de los griegos con España pertenecen al siglo VI y se personifican en el comercio y en la colonización de los foceos, que introdujeron la civilización helénica entre los pueblos del sur y este de España y que dejaron profunda huella, transformando completamente la cultura de aquellas regiones. Su objetivo fué en un principio el mismo de los fenicios: el metal de Tartessos.

Pero, antes del siglo VI, algo se conocía en Grecia del lejano Occidente, que por algún tiempo se tradujo en mitos confusos, en los que se mezclaban idealizadas las figuras históricas de los reyes tartesios y las hazañas de los colonizadores fenicios, de los cuales debieron proceder las vagas noticias que habían llegado a Grecia de aquella tierra de misterio, ya a través de las mismas relaciones de griegos y fenicios en el Egeo, ya por los cartagineses establecidos en Sicilia y a los que los griegos adquirirían la plata de Tarshish. Así los griegos llegaron a trasponer algunas de sus figuras mitológicas o las hazañas de Heracles, confundido a menudo con el Melkarth tirio, al lejano



Occidente, y la lucha de los fenicios adoradores de Melkarth con el rey Gerón de los tartesios se convirtió en la de Heracles y Gerión. Otros personajes traducen en sus nombres la fama de riqueza del Occidente (Crisaor = el de la espada de oro, como luego Argantonio = el de la plata) o personifican accidentes geográficos occidentales o fenómenos de la naturaleza (Atlas, el Océano, las Hespérides). Finalmente, a través de esas personificaciones míticas y de noticias confusas conservadas en la tradición posterior, se puede recuperar en cierto modo la dinastía de los reyes tartesios que cubre aproximadamente el espacio de tiempo de las relaciones fenicias con los tartesios, desde el siglo IX al VI y que parece tener una verdadera historicidad: Gargoris, Habis y luego, después de reyes intermedios desconocidos, Gerón (el de la lucha con los fenicios a fines del siglo IX o principios del VIII), hijo de Crisaor y Calirroe (que pueden ocupar el lugar de un rey de los intermedios entre Habis y Gerón), su nieto Nórax (el fundador de Nora hacia 700), hijo de Eritia (a su vez hija de Gerón y del dios Hermes, acaso también representando otro reinado intermedio) y finalmente Argantonio, el rey amigo de los foccos,¹ no sabemos si inmediatamente después.

La mayor parte de estas noticias, recogidas indirectamente entonces o por tradición posterior, son confusas, como corresponde a aquellos siglos en que el mundo de los griegos terminaba en Sicilia y en Italia. Hesíodo, que representa este período, ha transmitido algunas, y cuando cita los pueblos extremos del mundo se refiere en Occidente a los ligures, el último pueblo conocido a través de los etruscos de Italia y que, aunque se ha intentado extenderlos en todo el Occidente, no hay motivo para creer que llegasen a España o que la hubiesen ocupado.²



2. *El descubrimiento de Tartessos por Coleo de Samos*

En el último tercio del siglo VII se realiza el descubrimiento de Tartessos por el marino de Samos, Coleo, y poco después tiene lugar la exploración sistemática del Occidente por los foceos.³ Acaso a fines de siglo los griegos, que servían como mercenarios en los ejércitos orientales y en Egipto (a partir de Psamético I) y que colonizaban la Cirenaica, próxima a las factorías cartaginesas de las Sirtes, iban teniendo una idea cada vez más precisa de los objetivos que podían atraerles en el Occidente.

El viaje de Coleo, hacia 630, relatado por Herodoto, está envuelto en detalles fantásticos, como el de haber sido desviado de su ruta por las tempestades mientras navegaba hacia Egipto y haber llegado así casualmente a Tartessos, de donde volvió enriquecido. Por estos detalles ha sido puesta en duda su historicidad o que hubiese llegado realmente a Tartessos. Hoy no parece que pueda dudarse ya, teniendo un hallazgo griego español que puede ser contemporáneo de Coleo: un casco corintio de bronce encontrado en las márgenes del Guadalete (en término de Jerez de la Frontera) y que parece corresponder por su tipo al tercer cuarto del siglo VII.⁴ Posiblemente el viaje histórico sería adornado después con detalles novelescos como el de exagerar la desviación de la ruta por las tempestades, hasta Tartessos. En todo caso las noticias de Coleo, recordadas hasta muy tarde, debieron causar fuerte impresión y contribuir a la exploración focea.

3. *Focca y la exploración del Occidente*

Hasta fines del siglo VII, Focea había permanecido alejada de las empresas de colonización; pero esta política cambió después de la llamada “guerra lelántica” en que por motivos co-



merciales el mundo griego se dividió entre los dos bandos Samos-Calcis y Mileto-Eretria, colocándose Focea al lado del primero y, como amiga de Samos, obteniendo libertad en el estrecho de Messina, que controlaban los calcídicos de Cime a través de su establecimiento en Zankla. Así los foceos pudieron aprovechar el descubrimiento de Coleo de Samos y tomar Cime como punto de partida para sus empresas.⁵

Hacia los alrededores del 600 los foceos, con sus penteconteras o sea las naves de cincuenta remos, construídas expresamente para largas navegaciones, emprendieron la exploración de las tierras situadas en los mares occidentales, y según el conocido texto de Herodoto⁶ fueron los primeros que “descubrieron”, o sea que exploraron, las costas del Adriático, Tirrenia (Etruria, en la que hay que incluir la Liguria próxima), Iberia (o sea la costa oriental de España) y Tartessos (las costas andaluzas). Naturalmente esto requirió diversos viajes. El punto de partida para el occidente del Mediterráneo debía ser la vieja colonia de Cime o Cumas en el golfo de Nápoles, la avanzada helénica en Occidente, y cabe pensar en dos caminos principales de la exploración: el de la costa italiana a Liguria y la costa ibérica y el del puente de islas hacia el sureste de España y Tartessos.

4. Marsella y la exploración de la costa ibérica

El primer camino siguió la costa italiana hasta Marsella, que debieron fundar los griegos hacia el año 600, acogidos amigablemente por los ligures, de cuyo rey Nannos, la hija Gyptis se casó con Protis, uno de los comandantes de la expedición. Desde Marsella se extendieron por las costas del golfo de Lión⁷ y fundaron otras escalas y factorías en momentos que es difícil precisar; en todo caso, luego aparecen junto a las colonias fo-



ceas algunas atribuidas a los rodios, que tenían en el golfo de Nápoles la de Parténope (la vieja Nápoles) y que o bien participaron en las exploraciones focas o reforzaron más tarde sus fundaciones. En Francia, en las bocas del Ródano (cuyo nombre puede proceder de ellos, en sustitución del indígena Eridanos, aunque se habla de un nombre primitivo ligur: Rose), establecieron la factoría de Rodanusia.

La exploración marselesa debió seguir hacia el sur y llegar a las costas catalanas; más tarde el Periplo nos habla de las relaciones con poblaciones indígenas, que a menudo se han confundido con verdaderas colonias, aunque en realidad se debió tratar de simples lugares visitados como mercado: tal es el caso de (Besara = Béziers), de Naro (luego llamada Narbo = Narbona),⁸ la capital de los celtas de la región de los indígenas elísicos, de Pirene (para algunos Port-Vendres, para otros el Puerto de la Selva en la costa norte del cabo de Creus). Al sur de las Alberas, el golfo de Rosas —desierto de colonias en los principios del siglo VI, no habiéndose fundado hasta otra etapa Emporion, lo mismo que Rhode = Rosas atribuida a los rodios— era temible por las tempestades y el viento norte (la tramontana) que empujaba las naves hacia sus escollos y por los indígetas, poco hospitalarios.⁹ Más al sur, el Periplo conoce las ciudades indígenas, bautizadas algunas con nombres griegos, de Cipsela (al norte del Cabo Bagur: ¿la Fonollera?), Calípolis (la “ciudad bella” = Tarragona), Salauris (Salou), Lebedoncia (nombre que recuerda el de la isla griega de Lébedos: cerca de Hospitalet),¹⁰ varias poblaciones entre el estuario del Ebro y el cabo de Oropesa (Hilactes, Histra, Sarna y Tiricas, la última acaso Tortosa), Tiris (Valencia) y Sicana (en la desembocadura del Júcar). De ellas el Periplo presupone relaciones con Pirene y con las de la desembocadura del Ebro. Este litoral fue sin duda explorado y visitado desde Marsella entre 600 y 570, después de cuya fecha parece haberse fundado Emporion.



5. *El camino del puente de islas y la ruta de Tartessos*

Otro camino, desde Cime, debió buscar directamente la ruta de Tartessos, a través del puente de islas entre Italia y la costa española. Carpenter ¹¹ ha identificado como rastro de estos viajes los nombres focéos con el sufijo *-oussa*, que desde el golfo de Nápoles (Pitecusa = islas de los monos: Isquia) siguen por la isla de Cerdeña (Icnusa), en donde a la entrada del estrecho de Bonifaccio más tarde los focéos fundaron la colonia de Olbia (Terranova), por las Baleares (Melusa = Menorca, Cromiusa = Mallorca, Pitiusa = Ibiza, Ofiusa = Formentera), bordeando la costa española desde el Hemeroscopion (vigía del día = punta de Ifach al sur del cabo de la Nao) en donde pronto se estableció la colonia de su nombre, y como luego, al norte del cabo, en las faldas del Montgó, se erigiría el santuario del Artemision (Denia).¹² Desde Heme-roscopion se siguió la costa hacia el sur hasta el mercado de Tartessos (en la isla Eritia, hoy unida al mar entre los brazos del Guadalquivir, donde hoy está el Coto de Doña Ana).¹³ Luego se fundó la colonia de Ménaca (cerca de Torre del Mar, en la desembocadura del Vélez, provincia de Málaga y al este de la colonia fenicia de Malaca = Málaga) y acaso las estaciones de Heracleia (la que luego se llamó también Carteia = Algeciras, antes de pasar el estrecho), y, al otro lado de él, el puerto de Menesteo (el patrón de los navegantes) cerca del puerto de Santa María y de la desembocadura del Guadalete en la bahía de Cádiz.¹⁴ Estos viajes debieron comenzar muy pronto y ser contemporáneos, en general, con la fundación de Marsella, pudiendo haber comenzado pocos años después del 600.

6. *La circunnavegación de Africa en tiempo de Neco II*

Por entonces el rey saíta de Egipto, Neco II (609-594), después de sus expediciones a Siria y de la derrota que le infligió



Nebucadnezar en Carchemish en 605, se dedicó a reforzar el poderío naval egipcio (¿la thalassocracia egipcia de la lista de Eusebio-Diodoro?) apoyándose en los aliados fenicios de Tiro y utilizando marineros griegos, lo mismo que reclutaba soldados griegos para sus ejércitos. Neco emprendió nuevas relaciones comerciales activas con Punt y Arabia, y partiendo del Mar Rojo, sus naves dieron la vuelta a Africa, regresando por las Columnas de Heracles (el estrecho de Gibraltar). Este viaje, que duró tres años y que relata Herodoto,¹⁵ lo realizaron navegantes fenicios y debió tener lugar en los alrededores del año 600 y alcanzar gran resonancia, llamando sin duda la atención de los griegos de Egipto, a través de los cuales pudieron conocerlo los foceos que entonces comenzaban a interesarse en el lejano Occidente y que ya comerciaban con Egipto.¹⁶

7. Los primeros viajes, el muro de Focea y la fundación de Hemeroscopion y Ménaca

Las noticias acerca de los viajes a Tartessos son confusas en Herodoto, y partiendo de él o de otras fuentes, es difícil reconstruir la historia focea, lo mismo que fijar la fecha de las fundaciones, de las que en el Periplo se mencionan ya Hemeroscopion (Ifach, provincia de Alicante) y Ménaca (Torre del Mar cerca de Vélez Málaga). En todo caso debían ser frecuentes los viajes entre 600 y 570, la probable fecha de aquel importante texto, y es posible que las fundaciones de las costas andaluzas y valencianas se realizasen muy pronto. Creeríamos que debió ser entre 590 y 570, pues el Periplo conoce ya dichas ciudades y en la noticia de Herodoto¹⁷ que se refiere posiblemente a los primeros viajes, habla de la invitación hecha por el rey de los tartesios Argantonio a los foceos para que se establecieran en sus dominios, abandonando su país, amenazado entonces, y dándoles grandes riquezas con las que fortificaron Focea. Entonces no



estaban, por lo tanto, establecidos todavía en las costas de Tartessos y por ello no puede tratarse de la amenaza de Focea por Ciro, después de la cual emigraron a Córcega, cuando ya había muerto Argantonio,¹⁸ por lo cual hay que referir estos hechos a la época de los primeros viajes a Tartessos e identificar la amenaza a Focea con las conquistas medas de Ciaxares y con su guerra con Aliattes de Lidia (591-585).¹⁹ En los años siguientes debieron fundarse Hemeroscopion y Ménaca.

8. *La thalassocracia*

La thalassocracia focea dura cuarenta y cuatro años, según la lista de Eusebio-Diodoro y se extiende probablemente desde 584 a 540, habiendo permanecido intacta bajo la supremacía Lidia de Creso (565-547), hasta que, después de la conquista de Lidia por Ciro, éste conquistó Jonia y destruyó Focea en 540. Entonces los foceos emigraron en masa y se establecieron en Córcega, donde veinte años antes habían fundado la colonia de Alalia en su costa oriental (560) y continuaron todavía dominando el mar de Occidente hasta que, en 535, los cartagineses y etruscos aliados, recelosos de su poder, lucharon con ellos en la batalla naval frente a Alalia. Los griegos vencieron a costa de la destrucción de la mayor parte de su escuadra, lo que les obligó a abandonar sus posesiones en Córcega y Cerdeña y a dispersarse en ciudades ya existentes o a fundar otras nuevas. Especialmente Marsella recibió tal incremento de población, que resultó como fundada por segunda vez.²⁰ En Italia unos grupos fueron a establecerse en Regio, en Calabria, y otros fundaron la ciudad de Eleia (Velia) en Lucania, en donde luego floreció la célebre escuela de filosofía con Parménides, Jenófanes y Zenón. Ya veremos que es probable que España recibiese también refugiados foceos y que se hiciesen en ella nuevas fundaciones.



La historia de la thalassocracia focea en Occidente debió aprovechar la decadencia fenicia con la sumisión de Tiro a Nebucadnezar en 573, después del largo bloqueo que el rey babilónico impuso a la ciudad en tiempo de Ithobaal III. Los cartagineses todavía no se interesaban por España directamente, tratando entonces sobre todo de asegurarse el dominio de los mercados de las Sirtes en Africa, así como de Cerdeña, en donde desde 550 Malco y sus hijos sostienen largas guerras. Las colonias fenicias de España se resintieron de estos acontecimientos y los tartesios pudieron comerciar libremente con los foceos.

De este período, en que los foceos eran los dueños indiscutidos del mar y en que tenían la hegemonía del mercado de Tartessos, al que muy pronto llegaron también los marselleses, se conoce el viaje de un cierto Midócrito que fué el primero en traer estaño de las islas Cassitérides.²¹ Posiblemente Midócrito llegó efectivamente a la Bretaña, en donde estaba el mercado del estaño frecuentado por los tartesios y es posible que su viaje u otro parecido fuera el fundamento de la descripción de las costas desde Marsella hasta el noroeste de Europa del Periplo massaliota, contenido en el poema de Avieno "Ora Maritima", que debe fecharse hacia 570, como veremos. En general, sin embargo, los griegos debían limitarse a recoger el estaño en Tartessos, con los demás productos españoles, y eran los tartesios los que navegaban hacia el norte, pues el Periplo, que tanto detalla las costas desde Marsella a Tartessos y su región, describe mucho más sumariamente la costa portuguesa (Ofiussa) y la de Francia, así como se limita a citar brevemente Hierne (Hibernia = Irlanda) y Albión (la Gran Bretaña) en el extremo norte.

Otra atrevida exploración focea de este período, hacia mediados del siglo VI, debió ser la de Eutimenes, que navegó por las costas de Africa, descubrió un río con cocodrilos (el Senegal) y teorizó acerca de las fuentes del Nilo.²²



Con estos viajes y el comercio con Tartessos pueden relacionarse, como lo hace Schulten,²³ las ofrendas de bronce tartesios dedicadas por Mirón hacia 550 en el tesoro de Sicione, en Olimpia.

9. La fundación de la Paleópolis de Emporion y el comercio massaliota

Pero otro resultado importante de la relación con Tartessos debió ser la primera fundación de los massaliotas en Emporion, la Paleópolis o ciudad vieja. El Periplo no habla todavía de ella, por lo que, siendo anterior, dicha fundación es un *terminus ante-quem*. Sin duda los massaliotas fueron inducidos a establecerse en la pequeña isla, hoy unida a tierra por los aluviones del río Fluviá, en donde se halla el pueblo de San Martín de Ampurias, por la necesidad de tener un refugio contra las tempestades en el golfo de Rosas, más que por relaciones con los indígenas, que todavía eran difíciles en aquel lugar, como se deduce del Periplo, ya que allí vivían los indigetitas, calificados de *gens dura* y de *asperi y feroces*. La fecha de la Paleópolis no puede ser, como ha creído Schulten, posterior al 535, porque en su necrópolis predomina la cerámica del segundo tercio del siglo VI, propia de la época de la thalassocracia focea: (chipriota, italo-corintia, "protocorintia", jonia, calcídica, corintia, y los pequeños arribalos esmaltados de fabricación corintia o rodia, supuestos antes como originarios de Naucratis, imitados de vasos esmaltados egipcios),²⁴ conjunto que ofrece grandes paralelos con la cerámica más antigua de Marsella.²⁵ Por otra parte, en la segunda fundación emporitana, la Neópolis, de la que hablaremos luego, poco después de 535 no existen estas cerámicas, pero se hallan las áticas de figuras negras de buen estilo, cuya importación empezaría ya antes. Esto parece dar otro límite para la Paleópolis, cuya fecha inicial puede es-



timarse hacia 570-560, debiendo representar una etapa anterior a la Neápolis y ocupar un cierto espacio de tiempo.

La fundación de la Paleópolis emporitana parece coincidir con una intensificación del comercio con las costas del sur de Francia, en donde hacia 575 debieron establecerse los iberos sustituyendo el dominio céltico de aquellas regiones. El Periplo da testimonio del dominio ibérico del sur de Francia y alude a Naro-Narbona, en donde vive la tribu de los elisices, como habiendo sido antes la capital de un importante reino, que todo hace creer que representa la pasada dominación céltica, a la que correspondía la cultura derivada de la de las urnas introducida allí y en Cataluña hacia 900. El movimiento ibérico fué sin duda la reacción contra aquélla, y a esta nueva conquista se debe que, con algunas ciudades del sur de Francia, por ejemplo el “Oppidum” de Cayla, en Mailhac (Aude) aparezca una capa de incendio por encima del nivel hallstático del siglo VII y de principios del VI. En este último siglo hubo relaciones intensas con los griegos, atestiguadas en los poblados de Cayla y Pech-Maho, y acaso también en Montfo (Hérault), Mouriès y Saint Blaise (Bouches du Rhône), así como en Montlaurés (cerca de Narbona), y en otros del “hinterland” de Marsella, apareciendo cerámica jónica y otros objetos (piedras talladas de anillo: Montlaurés) y, desde la segunda mitad del siglo, la cerámica ática de figuras negras (Montlaurés; cerámica del estilo de Exequias y de los “pequeños maestros”, Cayla: copas con ojos apotropéicos).²⁶

También se encuentra alguna importación de “bucchero” etrusco del siglo VI, especialmente en Marsella y en Narbona que, en opinión de Jacobsthal, no atestigua, dada su escasez, un comercio directo con los etruscos; posiblemente se trata de vasos adquiridos por los griegos en las costas de Italia y difundidos por ellos.²⁷ Lo propio hay que decir de algunas importaciones cartaginesas: escarabeos y vasitos de vidrio para per-



fumes o ungüentos de Montlaurés, que se hallan también en Emporion, en donde aparecen igualmente vasos de alabastro (alabastrones) orientales.

10. *La arqueología española del tiempo de la thalassocracia*

Del tiempo de la thalassocracia focea, aparte de la Paleópolis de Emporion, no se conocen en España demasiados restos arqueológicos, pero sí algunos que atestiguan la relación. Ante todo la hidria de bronce rodia con incrustaciones de plata de Andalucía (¿provincia de Granada?)²⁸ parecida a las que se encuentran en el último período de Hallstatt en Europa procedentes del comercio de Massalia con su “hinterland”: la de Andalucía representaría un caso equivalente debido a los focos de España. Otros hallazgos son el casco corintio de la ría de Huelva, perteneciente a mediados del siglo VI²⁹ y los vasitos corintios o “protocorintios” que se suponen hallados en Villaricos.³⁰

De las provincias de Alicante, Murcia y Albacete, o sea del “hinterland” de Hemeroscopion, proceden algunas esculturas de piedra que, con toda clase de reservas, puede intentarse referirlas a este período, consideradas generalmente como obras indígenas. Ante todo una cabeza de piedra caliza del Museo de Barcelona, encontrada en la provincia de Alicante, sin procedencia exacta conocida, que reproduce el arte arcaico de las “korai” y precisamente sus tipos más antiguos. Acaso la “bicha de Balazote” (Albacete), escultura de león o toro con cabeza humana, que se ha querido ver emparentada con tipos mesopotámicos, sea un monstruo relacionado con las influencias del Asia Menor sobre el arte foceo perteneciente a este período, teniendo también caracteres muy arcaicos. Posiblemente de este período sean también el león de Bocairente (provincia de Alicante), muy parecido al león encontrado en la propia Fo-



cea. Aun podría pensarse en la misma cronología para las esfinges del Salobral (Albacete) y la cabeza de Redobán (Murcia), la última con ciertas semejanzas con la cabeza de Alicante. Su cronología es difícil por no conocerse los objetos que las acompañaban y, además, porque siempre es posible dudar de si son esculturas ibéricas o griegas provinciales, en cuyo caso pueden tener una fecha más tardía que los prototipos. Los mismos problemas ofrece una figurita pequeña de bronce representando una mujer desnuda del santuario de Castellar de Santisteban (colección Jiménez de Cisneros), que si no es griega sino indígena, reproduce, en todo caso, un tipo griego muy arcaico.³¹

Es difícil saber a qué objetivo respondían tales esculturas. En la mayor parte de los casos tendrían sin duda una finalidad ritual: monstruos indicadores o guardianes de ciudades, de santuarios o de sepulturas. El caso del león de Bocairente, tan semejante al de Focea, y el estilo de la cabeza de Alicante hacen pensar cada vez más en que se pueda tratar de obras de escultores provinciales foceos, con lo que se compagina muy bien la abundancia de tipos animalísticos, los monstruos y las influencias del Asia Menor, bajo cuya influencia vivía entonces Focea, vasalla del imperio lidio. Acaso así se explicaría la aparición de una escuela de escultura ibérica que en seguida se desarrolla con tanta fecundidad y lozanía, por intervenir en ella directamente escultores forasteros, que vivieron en íntimo contacto con los indígenas, infiltrándoles sus creencias y sus ritos, adaptándose poco a poco a la mentalidad de los naturales, contribuyendo a erigir santuarios y sacrificando probablemente en ellos para propiciarse los genios protectores del país.³² Hay que notar que muchos de los hallazgos de esculturas tanto de las referidas como de las posteriores que luego se citarán, se han realizado en las proximidades de los caminos que de Hemeroscopion llevan a las regiones mineras de la alta Andalucía: por



Alicante-Villena-Albacete-Balazote-Alcaraz-Villacarrillo-Linares o por Elche-Redobán-Orihuela-Murcia-Cartagena. Estos caminos también permiten el acceso a las zonas interiores de la provincia de Granada: por Murcia-Archena-Caravaca-Huéscar-Galera-Baza-Guadix hasta Granada, así como desde Murcia, por Lorca y Cuevas de Vera, se penetra en la región minera de la provincia de Almería, en donde se halla el puerto de Villaricos.

A dichos hallazgos acaso deban añadirse algunos otros, como unas ánforas áticas de figuras negras del apogeo del estilo, que se suponen encontradas en el Port de la Selva (al norte del cabo de Creus, provincia de Gerona), donde a veces se ha localizado la ciudad de Pirene, de que habla el Periplo.³³

11. *La historia del período entre Alalia e Himera (535-480): la fundación de la Neápolis emporitana*

Después del desastre de Alalia en 535 y de la dispersión de los foceos en distintas ciudades de Francia y de Italia (la “segunda” fundación de Marsella), creemos que muchos de los refugiados debieron llegar también a España. Por aquella fecha, sin duda, se fundó la Neápolis de Emporion en el Continente, la que desde el primer momento tuvo un perímetro considerable, señalado por las murallas que debían ser del tiempo de la fundación y que muestran una técnica muy arcaica, no pudiendo ser su fecha inicial muy distante de 535, pues en su capa inferior se encuentra buena cerámica de figuras negras de manera muy regular, que no representa una mera supervivencia paralela a la de figuras rojas arcaicas.³⁴ La nueva fundación no se explica por el crecimiento natural de la Paleópolis durante los 50 ó 60 años que podía llevar de existencia, sino por haber recibido la ciudad un gran aluvión de nuevos inmigrantes, siendo lógico atribuirlo a la dispersión después de Alalia. Posiblemente de este momento es también la fundación de las nuevas



factorías del sureste de España próximas a Hemeroscopion: la que se debió llamar ya entonces “Leuké ákra”, cerca de la altura próxima a Alicante y cuyos restos se han encontrado algo más al norte en el lugar llamado La Albufereta y la llamada Alonis (isla de Benidorm).³⁵ Por entonces debía ya existir un santuario con un pequeño puesto de vigilancia en Denia, un Artemisión, como hito para la navegación, que luego fué confundido con Hemeroscopion. Las nuevas fundaciones y la continuación de su comercio con Massalia y con Grecia, por una parte, y, por otra, con los pueblos indígenas de España debieron dar a los griegos un nuevo período de riqueza que compensase la pérdida de la metrópolis focea y el abandono de Córcega. No parece que una vez alejados de las costas de esta isla, en donde constituían un peligro para los etruscos y los cartagineses, se viese su acción obstaculizada en España.

Posiblemente los cartagineses no se hallaban todavía en situación de pretender el monopolio del comercio en las costas españolas, ni siquiera en Andalucía, ocupados entonces en las guerras de Cerdeña, en donde se dedicaron a fortificar su posición y su dominio exclusivo, y en donde, por entonces, como consecuencia de Alalia se destruiría la colonia de Olbia, abandonada acaso por los mismos foceos a la vez que Córcega. Pero en cambio los cartagineses debieron empezar entonces un activo comercio en España, como parecen indicarlo algunos hallazgos arqueológicos.

El *status quo* creado por Alalia estuvo a punto de terminar a partir de 510. Por entonces los griegos parecen haber emprendido una cierta ofensiva contra los cartagineses en Africa y en Sicilia. En las Sirtes los griegos de Cirene atacaron las factorías cartaginesas, los llamados “emporía”. La tentativa llevada a cabo por Dorico fracasó y aquél marchó a Sicilia, en donde intervino en los ataques griegos contra los cartagineses y sus aliados los elimios que fracasaron igualmente. Los etrus-



cos por entonces (tiempo de Tarquino el Soberbio de Roma) amenazaban a los griegos de Cime, quienes a duras penas podían sostenerse. Después de las luchas de Sicilia, consolidada su posición en Sicilia, los cartagineses la completaron cerrando las Sirtes a toda intervención extranjera, celebrando tratados con sus aliados etruscos que les impedían llegar a ellas y otro con Roma, que consideraban como una ciudad etrusca más, en el primer año de la República (509) y que es recordado por Polibio,³⁶ el cual prohibía la navegación a los romanos y a sus aliados más allá del “kalón akrotérion”. Este cabo es hoy interpretado como el cabo Bon, que cierra la bahía de Túnez y Cartago por el este y no como el cabo Farina que la cierra por el oeste, así como se niega que pueda referirse para nada a España.³⁷ De todos modos, aunque España no fuese mencionada en él, con el término de las guerras con los griegos y su consolidación de las posiciones de Cerdeña, los cartagineses debieron dirigir entonces su política a Andalucía, y aun comenzar el conocimiento de la costa de Marruecos, desarrollando un intenso comercio, que debió despertar los recelos de los griegos y, a la larga, provocar nuevos conflictos.

12. *El ataque de los tartesios a Cádiz y la guerra de Artemisión*

Estos debieron producirse después del 500, representando los años anteriores una competencia entre ambas potencias. Los pueblos españoles que seguían su amistad con los massaliotas,³⁸ incitados posiblemente por ellos atacaron a Cádiz en fecha incierta, llegando a apoderarse de la ciudad, lo que significa que ocuparían la isla mayor, dejando a los fenicios reducidos a la ciudadela de la isleta de San Sebastián. Los cartagineses acudieron en auxilio de los atacados hasta expulsar a los tartesios.³⁹ Además del ataque a Cádiz debieron producirse otros ataques



a las demás colonias y establecimientos fenicios, por ejemplo al puerto de la región minera de Almería en Villaricos.⁴⁰

A ello parece haber seguido una guerra entre cartagineses y griegos, cuyo pretexto pudieron ser incidentes de pesca,⁴¹ y que tomó luego mayores proporciones, terminando con una victoria naval griega importante que puede localizarse en aguas de Artemisión (Denia), hacia 493-490.

La batalla de Artemisión la conocemos gracias a haber intervenido en ella, al servicio de los massalotas, un célebre príncipe de Caria, Heráclides de Milasa. Este tuvo gran renombre en la antigüedad por haber intervenido en la gran sublevación jonia de 498-494, en la que logró destruir en una emboscada nocturna en Pedaso un ejército persa, y después del fin desgraciado de la sublevación emigró, al parecer, a Massalia, poniéndose a su servicio, y ganó la batalla de Artemisión con la técnica llamada "diekplus", de disponer los barcos en dos líneas para que, cuando la primera había luchado y era rota por el enemigo, la segunda que se hallaba intacta pudiera caer sobre él. La intervención de Heráclides da la fecha de la guerra, pues tiene que haber sido después de la sublevación jonia, con lo que puede calcularse entre 493 y 490. Esta técnica fué empleada luego de nuevo en la segunda guerra púnica por los marseleses, y gracias a ello se nos han conservado por Sósilo, el historiador amigo de Aníbal, la noticia de la batalla de Artemisión ganada por Heráclides.⁴²

13. Las consecuencias de la guerra: el límite de la navegación en las Columnas

La victoria debió ser decisiva y restablecer la situación en el Mediterráneo occidental, comprometida primero por Alalia y después por el fracaso del ataque a las colonias fenicias del sur, y especialmente a Cádiz, protegidas por Cartago, asegu-



rando *de facto* un nuevo *status quo*, mediante el cual los cartagineses, que debieron reservarse el acceso al otro lado de las Columnas de Heracles (el estrecho de Gibraltar), no pudieron impedir la navegación de los griegos en toda la zona al este de él, consolidándose por lo tanto las posesiones foceas, ahora protegidas por Massalia, desde Ménaca hacia el norte. Posiblemente para España Artemisión representó lo que algo más tarde fué Himera (480) para Sicilia y Cime (475) para Italia. De la victoria de Artemisión era probablemente un recuerdo el exvoto de un león de bronce en el tesoro de los massalotas en Delfos, recordado por Pausanias.⁴³

Poco antes de esta guerra, o en su época, debió escribir Hecateo hacia 510⁴⁴ su *Periodos Gés*, que en general coincide en su descripción de España con la del Periplo, acusando no sólo la continuación del conocimiento de las costas andaluzas, sino uno mejor de los pueblos indígenas de España, ya que da las tribus parciales de los iberos de la costa oriental. En todo caso no puede ser tomado como testimonio de la supuesta destrucción de Ménaca ni del cerramiento del estrecho, pues cita a los elbestios (olbisios de Huelva), las ciudades de Ibila (¿Ilipa? cerca de Sevilla), de Elibirge de los tartesios (¿Iliturgi? cerca de Córdoba), y de Sixos (Sexi = Almuñécar, la ciudad fenicia), además de otras desconocidas por el Periplo y si no cita a la misma Ménaca, habla de Mainobora, que se ha supuesto una ciudad indígena próxima. Todo induce a creer que no hubo grandes cambios hasta mucho más tarde. Todo lo más, los cartagineses consolidaron sus posiciones en las antiguas colonias y mantuvieron las relaciones con los tartesios, y, después de la paz subsiguiente a la guerra de Artemisión, posiblemente dominaron el estrecho: si hubo límite para los griegos, éste se halló en las Columnas, como lo indican los textos del siglo v referentes a ellas.⁴⁵



Este límite pudo ser fijado en el tratado de paz con los marseleses, después de Artemisión o después de las nuevas luchas reducidas a Sicilia que se desarrollaron con la ofensiva de los cartagineses en la isla, en 490, aliados con los etruscos y los elimios, sus viejos amigos, y que se prolongaron hasta 480 en que sufrieron el desastre de Himera, como más tarde la situación de Italia quedó aclarada con el de los etruscos en Cime en 475, después de lo cual hasta las nuevas guerras de Sicilia de fines del siglo V reinó la paz. En España no conocemos nuevas luchas ni cambio de la situación hasta que el segundo tratado romano-cartaginés señala el límite de Mastia para la navegación, que posiblemente obedece a acontecimientos próximos a él y a un recrudecimiento de las hostilidades generales contra los griegos.

El límite en las Columnas se trasluce del texto de Euctemón, quien escribió hacia 440 en relación con la política de Pericles interesada en el Occidente. Aquel autor describe los alrededores del estrecho, en donde hay dos islas (Perejil y Paloma, la primera en la costa africana al oeste de Punta Leona, cercana a Ceuta, a la entrada del estrecho, y la segunda en la costa española al este de Tarifa, a la salida) con aras dedicadas a Heracles, a las que se permitía llegar para ofrecer sacrificios, retirándose inmediatamente, a condición de llevar las naves vacías y de haberlas descargado previamente en la isla de la Luna de Ménaca.⁴⁶

Este estado de cosas fué aprovechado por los cartagineses muy pronto, no sólo para organizar su comercio en España, sino para lanzarse a explorar el Océano, tanto en las costas europeas como en las africanas, a lo que obedecieron los célebres viajes de Himilcón y de Hannón, punto de partida de nuevas relaciones comerciales y de fundaciones en la costa africana, viajes que se suelen fechar entre 500 y 480. Un término medio sería hacia 490, inmediatamente después de la paz con los mas-



saliotas que fijaría definitivamente la situación en el sur de España.⁴⁷

La exploración de Hannón, emprendida con el propósito deliberado de fundar colonias en las costas de Marruecos, presupone un conocimiento anterior, que parece deberse a viajes a fines del siglo VI, antes de cuya fecha no debió existir, contra lo que se ha supuesto, ninguna relación de los fenicios con aquellas tierras. Los primeros viajes cartagineses debieron coincidir con el período entre Alalia y el ataque tartesio a Gades y la guerra de Artemisión. En el viaje de Hannón se fundaron Timiaterio (Mehedia, en la desembocadura del río Sebú, al norte de Rabat), un templo al dios del mar en el cabo Soloeis (cabo Cantin) y las ciudades del fuerte Cario (Mogador), Gutta, Acra (Agadir), Melitta y Arambys, iniciando relaciones de amistad con los lixitas de la región del río Lixo (Dras) que les sirvieron de acompañantes y de intérpretes en su viaje más al sur, en donde en las costas de Río de Oro fundaron la colonia de la isla de Cerne, que había de convertirse más tarde en el mercado del oro (¿al nivel de Villa Cisneros?), llegando hasta más allá del Senegal, probablemente hasta Sierra Leona.

14. *El problema de los tiempos entre Alalia e Himera, según la arqueología*

En este período existen indudables rastros de la relación con los griegos, que se traducen en hallazgos de sus importaciones. Aparte de los de la Neápolis emporitana ya mencionados (cerámica de figuras negras), abundan en la colonia catalana los vasos y fragmentos en su capa inferior pertenecientes a todos los estilos arcaicos de figuras rojas áticas; pero además se conoce, de la Paleópolis, un relieve con la parte trasera de dos esfinges, probablemente arcaicas, de fines del período, hasta ahora uno de los pocos hallazgos seguros de la ciudad vieja y acaso



de su templo de Artemis; posiblemente de la Neápolis, una cabeza de efebo de piedra de aspecto arcaizante, y, de la necrópolis, una cabeza de pantera de bronce y dos figuritas de tierra cocida arcaicas.⁴⁸

Otro grupo arcaico que servía a Carpenter para inducir el camino de la colonización focea desde Italia por el puente de islas, es el de los bronceos arcaicos de las Baleares, pero que por pertenecer al arcaísmo avanzado parecen más bien de este período: la "Atena promachos" de Mallorca, el atleta corriendo de Rafal Toro y la harpía de Rafal Pera, ambos de Menorca.⁴⁹

En el sureste de España se conocen fragmentos de cerámica de figuras negras de la necrópolis ibérica del Molar (provincia de Alicante), en donde parece haberse encontrado también un fragmento de brasero de bronce fenicio-cartaginés⁵⁰ y algunos bronceos arcaicos: los monstruos heráldicos de Elche, el centauro de Rollos (Murcia) y el sileno del Llano de la Consolación (Montealegre, provincia de Albacete).⁵¹ Otro hallazgo interesante es el de la estatua de piedra sedente masculina de Verdolay (Murcia), encontrada en fragmentos dispersos en el lugar de la necrópolis ibérica, como si hubiese sufrido una destrucción intencional, estatua que García Bellido considera como obra de un arte griego provincial, pudiéndose fechar hacia el 500:⁵² acaso su destrucción podría relacionarse con incursiones cartaginesas durante la guerra de Artemisión.

De Andalucía se conocen bronceos arcaicos con circunstancias del hallazgo inciertas: la Hera de Granada y el grifo arcaico y la figurita creída jónica por Carpenter, ambos del santuario indígena de Castellar de Santisteban.⁵³ Además, procedentes de la tumba 20 de Tútugi (Galera, provincia de Granada), posiblemente la más antigua de las necrópolis indígenas, una hidria de bronce con palmetas que parecen de fines del arcaísmo y semejante a las que se encuentran en Cartago (Saint Louis)⁵⁴ y una figurita de alabastro (para perfumes) repre-



sentando una mujer o diosa sentada en un trono con dos esfinges junto a sus brazos, de tipo muy arcaico y que generalmente se ha tomado por un trabajo oriental, aunque no es imposible que sea griego y que tiene algún paralelo en Sicilia; además, en la misma tumba se encontró una anforita de vidrio con hilos de colores incrustados en zigzag y de origen oriental; pero que por encontrarse en abundancia en Emporion podrían haber llegado también a través del comercio griego.⁵⁵ La influencia cartaginesa en Galera es representada por algunos vasos de formas indudablemente púnicas y acaso por algunas de sus decoraciones pintadas.

Del mismo período (último tercio del siglo VI a principios del V) son algunos hallazgos indudablemente fenicio-cartagineses de la Andalucía occidental. Los más importantes son los de las tumbas de la necrópolis indígena de Los Alcores de Carmona:⁵⁶ marfiles decorados (peines, plaquitas) con motivos orientales, fragmentos de huevos de avestruz, un brasero y una "oinochoe" de bronce, el brasero parecido al del tesoro de La Aliseda (del que algunas piezas pueden ser de fines del siglo VII),⁵⁷ así como al fragmento del Molar (provincia de Alicante). Pero además se conocen sepulcros con importaciones cartaginesas en Setefilla (Lora del Río, provincia de Sevilla): un vasito de alabastro, cerámica y pendientes de oro cartagineses,⁵⁸ y en Osuna cerámica.⁵⁹ Parte del contenido de las sepulturas de Cádiz puede corresponder a este período también. En la Andalucía oriental hay un grupo de hallazgos de Villaricos que probablemente se fechan en este tiempo.⁶⁰

En relación con los hallazgos griegos de este período, hay que discutir el problema de las obras de arte indígena, de difícil cronología y que acusan la influencia del arte arcaico griego. Tratándose de obras no producidas por los griegos, pueden ser más tardías y de hecho algunas esculturas ibéricas que tienen un aspecto muy arcaico, como algunas de Osuna, sabemos



que son de época muy posterior: tal es el caso de los guerreros que llevan escudos del tipo de La Téne II y que por ello se deben fechar hacia fines del siglo IV-III. Pero es lo cierto que esculturas arcaicas no llegaron sin duda a España en épocas posteriores, y, aunque los griegos pudieron en las colonias más extremas trabajar dentro de tradiciones arcaizantes, la abundancia de tipos que reproducen distintos momentos de la evolución del arte griego hace pensar en que no debieron llegar a España mucho más tarde del momento de su producción en los grandes centros de la cultura helénica y, por lo tanto, pueden documentar complementariamente las relaciones de las colonias con los indígenas en este periodo. Así, existen influencias griegas, aparte de las esculturas de Osuna, de fecha difícil, en un gran número de obras del sureste y aun de Andalucía, que están dentro de los tipos arcaicos. Pueden citarse las siguientes: elementos arquitectónicos de Elche (provincia de Alicante), el templo del Cerro de los Santos, en Montealegre (provincia de Albacete) y las cámaras y las sepulturas de Galera (provincia de Granada), que parecen partir de una tradición jonia muy antigua y muy relacionada con el arte oriental; la esfinge de Villaricos (provincia de Almería), de tipo muy arcaico (fin del siglo VI), parecido al de las del trono de la figurita de alabastro de Galera; las esfinges de Agost (provincia de Valencia), de Villacarrillo (provincia de Jaén) y del Cortijo del Alamo (Jódar, provincia de Jaén, fragmentos de las alas), que ofrecen un tipo de fines del arcaísmo que cabría comparar en cierto modo con las esfinges del relieve de la Paleópolis de Emporion; los leones de Baena (provincia de Córdoba), y las dos cabezas fragmentarias de león del Cortijo del Alamo (Jódar, provincia de Jaén) y el león de Sagunto, grupo que tiene rica decoración y que parece representar un tipo más avanzado dentro del arcaísmo que el león de Bocairente; el toro de la necrópolis del Molar; la mujer sedente del Llano de la Consolación



(provincia de Albacete), comparada por Carpenter con las estatuas de los Bránquidas de Mileto; las cabezas de guerreros de tipo arcaico (museo de Murcia y museo de Barcelona) y la cabeza de mujer con mitra y joyas del Cerro de los Santos; una figurita de bronce parecida a los “Apolos” arcaicos de Despeñaperros y otras figuritas de bronce de Despeñaperros y de Castellar de Santisteban (provincia de Jaén).⁶¹

Estas influencias llegaron indirectamente hasta el “hinterland” de los iberos y al territorio céltico de Extremadura, en donde, así como se encuentran las joyas fenicias del tesoro de La Aliseda, apareció la estatueta de bronce de Medina de las Torres (cerca de Badajoz) del Museo Británico, que Dixon considera como una obra de un escultor griego de fines del siglo VI, probablemente de Sicilia, representando un soldado ibérico.⁶²

Las peripecias de las relaciones amistosas e inamistosas de griegos y cartagineses durante el período entre Alalia e Himera probablemente se reflejan en algunos de esos hallazgos arqueológicos. De la etapa entre Alalia y 510, representando una tregua, son posiblemente el aumento de la importación cartaginesa en Andalucía, Alcores (Carmona), Setefilla (Lora del Río) y algunos hallazgos de Galera, llegando sus productos incluso al territorio controlado por los griegos en el sureste de España (El Molar). Algunos de los hallazgos griegos de Galera pueden ser de entonces (hidria de bronce de la tumba 20). La influencia conjunta griega y cartaginesa, llegando hasta el territorio céltico de Extremadura, la indicarían los hallazgos del tesoro de La Aliseda. La continuidad de la relación con los griegos a través de todo el período la atestiguarían la mayor parte de los objetos griegos arcaicos mencionados, sin interrupción para Mallorca, el sureste de España y la alta Andalucía. A la baja Andalucía, aunque es todavía mal conocida desde el punto de vista arqueológico para este período, creeríamos que después de la guerra de Artemisión llegaron con más dificultad los pro-



ductos griegos. Durante su etapa, acaso sería un indicio de la penetración del comercio griego hasta muy lejos, antes de establecerse la delimitación de las zonas de influencia, la estatuita de bronce de Medina de las Torres, Badajoz.

Otro problema difícil, relacionado con el de las influencias arcaicas griegas, es el de la cerámica y sus motivos helenizantes. La primera cerámica ibérica comienza ya en el siglo VI, pues vasos ibéricos con decoraciones de fajas de color se encuentran en la necrópolis de Carmona y en el sepulcro 20 de Galera. En Carmona las formas de los vasos parecen muy influenciadas por las cartaginesas, y en un vaso de La Cruz del Negro existen además otros motivos de tipo cartaginés. La cerámica del sureste es difícil de fechar en sus principios; pero entre los motivos más antiguos del grupo de Elche-Archena figuran los pájaros “carnassiers” y combinaciones de espirales y estilizaciones florales que, en la cerámica griega, pasan de las últimas especies orientalizantes a las arcaicas y aun a las de figuras rojas, a menudo como motivos de relleno o accesorios, teniendo en la cerámica ibérica una vida muy larga, continuándose en las distintas regiones del sureste y este de España y aun en Aragón hasta mucho más tarde, en el siglo III. Acaso algún día que se conozca mejor este problema pueda comprobarse que el principio de tales decoraciones es fruto también de la influencia griega arcaica. También el friso con una cacería de ciervos del conocido vaso ibérico de Emporion, parece arrancar de una tradición arcaizante.

Esta, en todo caso, contribuye a producir un arte indígena sólo en Andalucía y especialmente en el sureste. Por ello hay que considerar que las colonias de donde partieron las influencias fueron sobre todo Hemeroscopion y Ménaca. El “hinterland” de Emporion no tiene esculturas ni cerámica rica, lo mismo que la costa francesa. En ella se debió seguir importando la cerámica griega sin interrupción, pero es casi nada lo que



se ha encontrado después de los vasos de figuras negras.⁶³ En cambio, de estos territorios se conoce otro aspecto sumamente interesante del comercio griego: la moneda. Por hallazgos de Emporion y de otros tesoros de España y de Francia (Pont de Molins no lejos de Emporion en Cataluña y Morella en la provincia de Castellón y Auriol en Francia) puede saberse que durante el siglo vi y principios del v circulaba la de la llamada “Hansa” foceo-mitilenea, junto con primitivas acuñaciones masaliotas en las que predominaban tipos foceos. Precisamente hacia 480 tiene lugar un cambio en el numerario, desapareciendo las monedas de la “Hansa” y comenzando las acuñaciones emporitanas y acaso las de las colonias del sureste de España, según ha podido establecer Amorós.⁶⁴

15. *El problema etrusco en España*

Finalmente hay otro problema que se plantea para este período: el de las posibles relaciones con los etruscos. Schulten,⁶⁵ a través de la semejanza de algunos nombres de lugar españoles con los de Italia (Tarraco-Terracina, Subur-Suber, Herbi-Herba, Sarna-Sarno, etc., y hasta Tartessos de la raíz etrusca Turt), cree en una gran colonización etrusca de España que lleva muy atrás antes del año 1,000. Pero sus argumentos no son convincentes. En cambio, es posible encontrar objetos del arte etrusco en España y su influencia en el arte indígena, como nosotros mismos habíamos indicado⁶⁶ y como, con más elementos de juicio, ha afirmado García Bellido.⁶⁷ Estos objetos se reducen a muy pocos: un cabezal de caballo de bronce con figuras de guerreros del siglo vi que se supone procedente de Sangüesa (Navarra) en territorio céltico, una “kora” del siglo vi y un Ares arcaico que parecen proceder de Emporion, una figurita de bronce de Cádiz.



Otros hallazgos más dudosos (que generalmente se han considerado como griegos), son el bronce con monstruos heráldicos de Elche y el grifo de bronce del santuario ibérico de Castellar de Santisteban, etruscos según García Bellido. También algunas de las figuritas de los santuarios ibéricos de Castellar y de Despeñaperros, se han interpretado como etruscas.

Igualmente en las esculturas del Cerro de los Santos, especialmente en una gran figura femenina, nosotros mismos alguna vez hemos encontrado semejanzas con la plástica etrusca.⁶⁸ Dejando aparte estos últimos paralelos, que pueden explicarse acaso por corrientes arcaicas griegas que produjeron a la vez los tipos etruscos y los ibéricos, para los hallazgos considerados como indudablemente etruscos por García Bellido se puede preguntar, como para la cerámica etrusca de Francia, mencionada anteriormente, si realmente hubo un comercio etrusco directo con España o si más bien se trata de objetos traídos por los griegos, como creeríamos, igual que Jacobsthal para Francia. Hay, además, otro dato en contra de la presencia de etruscos en España, y es el hecho de que después de las exploraciones cartaginesas de Africa y del descubrimiento de la isla de Madera, independientemente del viaje de Hannón, según Timeo-Diodoro⁶⁹ los etruscos intentaron fundar una colonia (¿después de 490?), cosa que impidieron los cartagineses. Posiblemente no llegaron a España los etruscos y su dominio del mar se limitaba a las proximidades de Italia y Cerdeña y aun a viajes a Cartago, entre Alalia (535) y Cime (475), y los hallazgos etruscos españoles serían el resultado del restablecimiento de relaciones comerciales después de Alalia y antes de la guerra de Artemisión, ya que la fecha de algunos de ellos parece girar alrededor del año 500 a. de J. C.



NOTAS

1 Para estos problemas ver Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 374 y ss., y Schulten, *Tartessos*, pp. 16 y ss.

2 Hesiodo, frag. 55 (conservado por Estrabón): Ver *Fontes Hispaniae Antiquae*, I, pp. 161-162. Contra la interpretación de Schulten y sobre la cuestión ligura en España y en el occidente de Europa: Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 631-634.

3 Dixon, *The Iberians in Spain*; Carpenter, *The Greeks in Spain* (Bryn-Mawr, 1925); Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, cap. XII. Varias veces se ha creído poder comprobar relaciones de los griegos anteriores a la época del viaje de Coleo de Samos y de los focenses: cretenses, rodios, calcidicos. Este problema, por ahora, es sumamente oscuro. Ver A. García Bellido, *Las primeras navegaciones griegas a Iberia. Siglos IX-VIII a. de J. C.* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 41, 1940, p. 97). Fougères cree que en el sur de Francia y en Cataluña las fundaciones rodias preceden a las massaliotas (vol. I de *Peuples et Civilisations*, p. 388). Para los foceseos en España, también: García Bellido, *La colonización phokaia en España desde los orígenes hasta la batalla de Alalia (siglo VII a 535)* ("Ampurias", II, Barcelona, 1940, pp. 558 y ss.), y la recensión de Pemán en el "Archivo Español de Arqueología", Núm. 44, 1941, p. 458; García Bellido, *Factores que contribuyeron a la helénización de la España prerromana* ("Boletín de la Academia de la Historia", CIV, 1934).

4 C. Pemán, *Sobre el casco griego del Guadalete* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 44, 1941, pp. 407-414) y Schulten, *Ein griechischer Helm aus Spanien* ("Forschungen und Fortschritte", xv, 1939). También A. García Bellido, *Nuevos hallazgos de objetos griegos acacidos en España* ("Investigación y Progreso", XI, 1940, pp. 1-2).

5 Dixon, *The Iberians of Spain*, pp. 28-29. Sobre la guerra lelántica y sus problemas: G. Glotz, *Histoire grecque*, I (París, 1925), pp. 313-314.

6 I, 163. Ver los textos que citamos en *Fontes Hispaniae*, II (Barcelona, 1925).



7 Taurocis (La Ciotat o Sanary, según Glotz, que cree que La Ciotat es Citarista); Olbia (Salins d'Hyères), Antipolis (Antibes), Nicea (Niza), Monoicos (Mónaco), las islas Stoichades (islas Hyères) y, al oeste de Marsella, Rhodanusia en la desembocadura del Ródano (atribuida a los rodios, una supuesta colonia en la ciudad ligura de Theline, después conocida por Arclate-Arles con nombre céltico) y Agate (Agde). Fougères, *loc. cit.*, p. 338 y Glotz, *Histoire grecque*, 1 (París, 1925), pp. 200-201. La fecha de fundación de estas colonias es incierta.

8 Para estas relaciones ver el texto del Periplo en Avieno, *Ora maritima* (Schulten-Bosch, *Fontes Hispaniae Antiquae*, 1).

9 Según el Periplo: Avieno, *Ora maritima*, vv. 523-524.

10 Para la identificación de Calipolis con Tarragona (que Schulten no admite), ver Bosch, *Problemes d'Història i d'Arqueologia Tarragonines* (Tarragona, 1925). El nombre griego de Lebedoncia: Schulten, *Die Griechen in Spanien* ("Rheinisches Museum", 1936, pp. 289 y ss.)

11 R. Carpenter, *The Greeks in Spain* (Bryn Mawr, 1925). La independencia de la colonización del sur respecto de Marsella fué indicada por M. Clerc, *Les premières explorations phocéennes dans la Méditerranée Occidentale* ("Revue des études anciennes", VII, 1905, pp. 329 y ss.)

12 Denia ha sido identificada generalmente con Hemeroscopion, pues Estrabón lo hace (III, 4, 6) y en esta identificación insisten F. Martínez y Martínez, *Hemeroskopeion e Ifach* ("Boletín de la R. Academia de la Historia", 1928, vol. 92, p. 757), y García Bellido, *Sobre la localización y los nombres de Hemeroskopeion* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 349-50). Preferimos, a pesar de ello, la identificación de Carpenter (*The Greeks in Spain*). La topografía parece abonarla plenamente y la Peña, aislada y muy visible desde el mar, es apropiada para ser llamada el "Hemeroscopion", orientada de cara al sol naciente. En cambio, junto a Denia, debería tomarse al Montgó como tal "vigía del día" y el Montgó desde el mar aparece como un macizo montañoso más confuso. Denia, el Dianium romano o Artemision en griego, pudo tener un santuario al que debió su nombre, colocado allí muy pronto por los griegos, en el lugar donde la navegación desde Massalia tenía que doblar los cabos próximos de San Antonio y de la Nao, que la separan de Ifach. Si los griegos llegaron primero por la ruta de las Baleares y se dirigían hacia Andalucía, era lógico que se fijaran en el mojón de Ifach más que en el macizo del Montgó. Ifach,



con su baja península adyacente y su puerto natural, era más apropiado que Denia para establecer una escala de la navegación.

13 Para la topografía de Tartessos y la identificación del lugar del mercado con el Coto de Doña Ana: Schulten, *Tartessos*, pp. 81 y ss.; Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 274 y ss., en donde se cita la bibliografía pertinente, lo mismo que en Schulten, *Tartessos*. Recientemente se trata de localizar Tartessos en la campiña de Jerez de la Frontera, en una península antigua cerca del Guadalete, que se cree ser el brazo del Guadalquivir citado por Periplo como próximo a la ciudad, lo que sería una confusión de los griegos; ver C. Pemán, *Nuevas contribuciones al estudio del problema de Tartessos* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 42, 1941, pp. 177-187) y la bibliografía allí citada. Schulten insiste en su identificación (*Asta Regia*, en "Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 240 y ss.) y creemos que con razón. El resultado negativo de las excavaciones en el Coto de Doña Ana ha justificado la duda de Pemán y otros. En nuestro concepto Tartessos, a pesar de la descripción del Periplo como una ciudad amurallada, no debió ser sino un mercado que no dejaría trazas monumentales, lo que explica el resultado negativo de la excavación. La descripción como ciudad amurallada no es seguro que sea del texto del Periplo y puede ser un tópico introducido por los interpoladores posteriores. Ver *Etnología*, *loc. cit.*, y Bosch, artículo *Tartessos* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert.

14 C. Pemán, *Nuevas contribuciones al estudio del problema de Tartessos*.

15 Herodoto, IV, 42 (*Fontes Hispaniae Antiquae*, II). Sobre la circunnavegación de Neco, ver M. Cary y E. H. Warmington, *The Ancient Explorers* (Londres, 1929), pp. 87-95. También M. Moret, *Histoire de l'Orient*, II (París, 1936, p. 735).

16 Los foccos figuran entre los de las once ciudades unidas para la fundación del santuario y del depósito comercial de Naucratis, cuando Amasis concentró a todos los comerciantes griegos de Egipto en aquella ciudad, cuyo origen se remontaba a 650 y que había sido reconstruida después del incendio de 600. Es de suponer que la presencia de los comerciantes foccos en Egipto es muy anterior a la época de Amasis y por lo tanto puede suponerse que en la época de la circunnavegación de Neco pudieron tener noticia de ella. Para Naucratis: Fougères y Glotz, *loc. cit.*, pp. 382 y 205, respectivamente.



17 1, 163.

18 1, 165. Si no es exagerada la longevidad atribuída a Argantonio (ochenta años de reinado, lo que no es imposible; compárese con los reinados de Ramsés II de Egipto y de Luis XIV de Francia o de la misma Reina Victoria de Inglaterra: los ciento veinte de vida parecen menos verosímiles), se debería fechar su reino entre 620 y 540, pues en 540, cuando los foceos dejaron su ciudad en Asia Menor y se dirigieron a Alalia, Argantonio había ya muerto. Sobre Argantonio ver Carpenter, *loc. cit.*

19 Radet, *Arganthonios et le mur de Phocée* ("Bulletin Hispanique", v, 1903, p. III). Esta explicación es admitida por Déonna, *Dédale ou la statue de la Grèce archaïque*, II (París, 1931), p. 300.

20 Jullian, *Histoire de la Gaule*, I (París, 1914), p. 219. La población de Massalia fué doblada. Ver en Jullian las citas de los textos pertinentes, particularmente: Herodoto, I, 166; Higinio (en *Aulo Gelio*, x, 16, 4): *allii Veliam, partim Massiliam condiderunt*; Estrabón, VI, I, 1.

21 Plinio, *Natur. Hist.* 7, 197: *plumbum (album) ex Cassiteride insula primus adportavit Midacritus*. Ver Schulten, *Tartessos*, pp. 25-26, que cree que Midócrito se limitó a recoger simplemente un cargamento de estaño en Tartessos. En cambio, Cary-Warmington (*The Ancient Explorers*, pp. 30-31) creen que Midócrito llegó realmente al mercado del estaño en el norte, en Bretaña o en Cornualles. Schulten, como es natural dada su interpretación, no relaciona el viaje con las noticias del Periplo, que más bien se inclina a conectar con otro viaje célebre, el de Eutimenes, quien, en cambio, debió ir a Africa. La fecha del viaje de Midócrito, que no intentan averiguarla ni Schulten ni Cary-Warmington, parece darla el Periplo, que conoce el itinerario a la Bretaña, debiendo aquel viaje, por lo tanto, ser anterior al 570. (Véase más adelante.) El Periplo pudo recoger las noticias de Midócrito, añadiéndolas a las demás que los massalios tenían procedentes de Tartessos y de sus propios viajes a Andalucía.

22 Jacoby, *Euthymenes*, en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, VI, 1509; Schulten, *Tartessos*, p. 38; Cary-Warmington, *loc. cit.*, p. 46. Los últimos autores no creen indispensable identificar el río de Eutimenes con el Senegal. Por otra parte no hay tampoco motivo para identificar el viaje de Eutimenes con el del Periplo, aunque Schulten se inclina a ello. Si hay que relacionar algún nombre con la fuente de Avieno, es más lógico hacerlo con Midócrito.



23 Schulten, *Tartessos*, p. 25; Pausanias vi, 19, 2-4.

24 Para la fundación de la Paleópolis de Emporion (citada por Estrabón, iii, 4, 8 y por Silio Itálico 15, 176), ver también Schulten, *Tartessos*, pp. 38-40 y *Die Griechen in Spanien* ("Rheinisches Museum", 1935). Schulten insiste en la fecha baja, en relación con la que él atribuye al Periplo, que cree posterior a Alalia, y no valora suficientemente el *terminus ante quem* de los hallazgos de la Neópolis, dando excesivo valor a la fecha prudente que Frickenhaus asignaba a la cerámica del cementerio de la Paleópolis. En realidad, no es la fecha de Emporion lo que depende del Periplo, sino por el contrario la fecha del Periplo es la que depende de la de la Paleópolis de Emporion.

La cerámica de la Necrópolis en A. Frickenhaus, *Griechische Vasen aus Emporion* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", ii, 1908, pp. 195 y ss.), y la discusión de la fecha de la fundación en Frickenhaus, *Zwei topographische Probleme* (Bonner Jahrbücher, 118, 1909, pp. 24 y ss.) Ver también: M. Cazorro y Emilio Gandía, *La estratificación de la cerámica de Ampurias y la época de sus restos* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", v, 1913-14, pp. 657 y ss.) Entre los vasos más antiguos hay que citar especialmente una *forma chipriota* que continúa tipos muy arcaicos (Frickenhaus, "Anuari", fig. iv): comparar con Myres, *Handbook of the Cesnola collection of Antiquities of Cyprus* (Nueva York, 1914), p. 80; *Lecitos aribalísticos italo-corintios y vasitos corintios* (Frickenhaus, "Anuari", pp. 208-210 y Cazorro-Gandía, p. 650, fig. 3): comparar con H. Payne, *Necrocorinthia, A Study of corinthian art in the archaic period* (Oxford, 1931), pp. 281, 291, 320 y 321; *erizo y aribalos verdes de Naucratis o de fábricas rodias o corintias*: Frickenhaus, fig. 13 y Cazorro-Gandía, p. 659, fig. 3: comparar con el vaso esmaltado azul egipcio (¿encontrado en Corinto?) en el vol. 1 de láminas de la *Cambridge Ancient History*, p. 229, que tiene el cartucho de Apries (588-568), con otro aribalo esmaltado encontrado en Rodas (Perrot-Chipiez, *Histoire de l'Art*, iii, p. 685, lám. v) y con otros también encontrados en Rodas de fábrica corintia o rodia (British Museum A, 1117, 1118). Estos vasos no pueden estar muy distantes de la fecha dada por el cartucho de Apries y por lo tanto vienen a dar la fecha de los principios de la ciudad, pues no creemos, dada la actividad del comercio foceo y la gran comunicación que debió existir entre todos sus centros, que pudiesen llegar a Emporion con mucho retraso. Del tiempo de la Paleópolis son otros vasos griegos, especialmente la oinochoe calcídica con decoraciones orientalizantes tardías: Bosch, *L'Art Grec à Catalunya* (Barcelona, 1938), lám.



27 y ver también Rumpf, *Chalkidische Vasen* (Berlín, 1927), p. 103. Por entonces debió también circular la moneda de la “Hansa” foceo-mitilena, de la que en depósitos posteriores se han encontrado monedas: ver J. Amorós, *D’una troballa de monedes emporitanes i la possible cronologia de les monedes d’Empúries* y *Les monedes emporitanes anteriors a les dracmes* (“Publicacions del Gabinet Numismàtic de Catalunya”, Barcelona, respectivamente 1933 y 1934). Ver también buenas fotografías de los vasitos esmaltados y de un aribalo italo-corintio con guerreros en Pericot, *Historia de España*, I, p. 277.

25 Para los hallazgos de Marsella: G. Vasseur, *Les origines de Marseille* (“Annales du Musée d’Histoire Naturelle de Marseille”, XIII, 1914) y P. Jacobsthal y J. Neuffer, *Gallia Greca. Recherches sur l’hellénisation de la Provence* (“Préhistoire”, II, pp. 1 y ss.) También M. Clerc, *Massalia. Histoire de Marseille dans l’Antiquité, des origines à la fin de l’Empire Romain d’Occident, 476 après J. C.*, vol. I (Marsella, 1929).

26 Trabajos de conjunto sobre este período en el sur de Francia: R. Lantier, *Celtas e Iberos. Contribución al estudio de la relación de sus culturas* (“Archivo Español de Arqueología”, Núm. 42, 1941, pp. 141 y ss.); Ph. Hélène, *Les origines de Narbonne* (Toulouse-Paris, 1937), para las estaciones del Aude; Jacobsthal-Neuffer, *Gallia Greca*, citado, que trata del “hinterland” de Marsella. En estos trabajos se citan las monografías pertinentes.

27 Jacobsthal-Neuffer, *loc. cit.*, pp. 45 y 48-49.

28 J. R. Mélida, *La colección de bronce de don Antonio Vives* (“Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”, 1900, lám. xxx). Ver también P. Jacobsthal, *Rhodische Bronzekannen aus Hallstattgräber* (“Jahrbuch des Deutschen archaologischen Instituts”, Berlín, 1932, pp. 198 y ss.) Jacobsthal fecharía la de Granada hacia mediados del siglo VI.

29 Schulten, *Un casco griego en España* (“Investigación y Progreso”, V, 1931, p. 76); J. Albelda, H. Obermaier, *El casco griego de Huelva* (“Boletín de la Academia de la Historia”, xcvm, 1931, pp. 342 y ss.); E. Kulkahn, *Der griechische Helm* (Marburg, 1936), Núm. 128. Fotografía en Pericot, *Historia de España*, I, p. 277.

30 Bosch, *Guía de la sección “España primitiva”* (“El Arte en España, Exposición Internacional de Barcelona”), (Barcelona, 1929, p. 170) y Pericot, *Historia de España*, I.



31 W. Déonna, *Dédale ou la statue de la Grèce archaïque*, II (París, 1931), p. 307 y lám. xxxiv, considera la cabeza de Alicante como ibérica, pero "pourrait être prise pour la tête d'une Koré grecque du VIème. siècle". Ver García Bellido, *Una cabeza arcaica del estilo de las "korai" áticas* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1935, pp. 165-178), quien la cree derivada de prototipos arcaicos del 500 y con el retraso que hay que suponer en el arte ibérico respecto de los modelos, la fecha hacia el 475; nosotros creeríamos mejor que arranca de una tradición arcaica bastante anterior y que su fecha puede caer dentro de la thalassocracia o de sus tiempos inmediatamente posteriores. Sobre la "bicha de Balazote" ver: A. García Bellido, *La Bicha de Balazote* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1931, pp. 249-279), con excelentes fotografías que permiten un estudio mejor que el que se podía hacer hasta ahora. El león de Bocairente, en Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, p. 351, fig. 305 y en Pericot, *Historia de España*, I, p. 303. Ver también la "bicha" en Pericot, *loc. cit.*, p. 303. Las esfinges del Salobral, en Dixon, *The Iberians of Spain*, lám. 1-b. La cabeza de Redoban, en P. Paris, *Essai*, II, y en García Bellido, trabajo sobre la cabeza de Alicante, p. 177, fig. 12. La figurita de Castellar de Santisteban, en Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, p. 309, fig. 290.

32 La actividad ritual de los colonizadores en relación con el comercio y la propiciación de las divinidades indígenas podría sugerirle el hecho de las dedicaciones de los forasteros en santuarios del país que conocemos en Biblos por las ofrendas de los faraones egipcios y en Cerdeña en los santuarios de Sardara y Serri de los probables parientes de los etruscos; acaso también por los viejos santuarios de Malta. Además el texto de Herodoto 1, 166 referente a la colonización de Córcega antes de Alalia, en que se habla de la fundación de templos. El resabio oriental que siempre se ha encontrado en el primitivo arte ibérico del sureste de España responde muy bien a lo que debía ser el pueblo foceo en íntima relación con las viejas civilizaciones del Asia Menor, de donde proceden muchos cultos griegos, figuras de monstruos y de animales en el arte arcaico. También el culto nacional de los foceos; la Artemis jonia, en Efeso, es una divinidad de la naturaleza de aspecto monstruoso y en relación con el culto de las fuerzas naturales. Una de las mayores dificultades con que tropezamos para la explicación de estos problemas es lo poco que conocemos de la cultura de la metrópoli Focea. Propiamente la arqueología del tiempo de la thalassocracia es totalmente desconocida. Los pocos hallazgos de Focea, especialmente el león parecido al de Bocairente, apenas si hacen vislumbrar que, de conocerla, sin duda se aclararían muchas



cuestiones. Ver F. Sartiaux, *Récherches sur le site de l'ancienne Phocée* ("Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1914, pp. 6 y ss.). Ver también F. Sartiaux, *Les civilisations anciennes de l'Asie Mineure* (París, 1928).

33 Estas ánforas, inéditas que sepamos, fueron ofrecidas en venta al Museo de Barcelona (sin que se adquiriesen) en 1934 por don Cipriano Bernal de Puga, de Madrid. Hay que considerar este hallazgo como dudoso. Todavía más dudosa es una ánfora protoática del Museo de Copenhague que se supone encontrada en un sepulcro fenicio de Cádiz, que cita R. A. Beaumont, *The date of the first treaty between Rome and Carthago* ("Journal of roman studies", xxix, 1939, pp. 74 y ss.) y de la que dice que tiene un "pedigree suspect".

34 Para la fecha de la fundación de la Neápolis es decisiva la arqueología y los hallazgos de vasos de figuras negras en su estrato inferior, algunos todavía de muy buena época, por lo tanto, antes de 535, que no pudieron llegar mucho más tarde y en ningún caso después de 510, fecha a que tiende Schulten (*Tartessos*, pp. 39-40), fundándose en que Hecateo, que escribió hacia 510, no cita Emporion. El silencio de Hecateo no creemos que sea una prueba de la no existencia de Emporion (que haría creer que tampoco existía la Paleópolis, que la Arqueología demuestra como hemos visto que fué fundada en el período de la thalassocracia focea). Si no cita Hecateo a Emporion, lo cita Esteban de Bizancio, aunque sin decir la procedencia de su noticia, que puede muy bien ser Hecateo, aunque por tratarse de una ciudad conocida no creyese necesario mencionar la fuente (Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, p. 310). Además de los hallazgos mencionados a propósito de la estratigrafía de la Neápolis en Cazurro-Gandía, *La estratificación de la cerámica de Ampurias*, citado, ver los nuevos hallazgos realizados en las excavaciones de 1934 en Bosch, *L'Art Grec a Catalunya*, láms. 31 (copa ática con ojos apotrópicos y efebos) y 33 (copa con Atena entre dos guerreros), de los cuales el primero, particularmente, es del apogeo del estilo. Siguen siendo válidos y aún se refuerzan con estos hallazgos, los argumentos que dimos en el lugar citado de nuestra *Etnología*.

35 La identificación de la colonia con el Tossal de Manises, al norte de Alicante, es segura después de las excavaciones de Lafuente. Los hallazgos corresponden sobre todo al siglo v (tierras cocidas griegas y cerámica de figuras rojas). Cabría la posibilidad de que la fundación se hubiese realizado más tarde que la de la Neápolis de Emporion. La topografía y los nombres



griegos de la región quedan aclarados por los distintos textos que se refieren a ella. El nombre de "Leuké ákra" puede restituirse por citar allí Livio, xxiv, el "castrum album". El monte Benacantil inmediato y que separa la Albufereta de Alicante debió ser la "Leuké ákra" en donde Amílcar estableció su fortaleza, en la altura próxima a la ciudad griega, colocada en sitio más accesible y que tomó de ella el nombre. Del de la fortaleza de Amílcar derivó el nombre romano de Lucentum y a través del árabe Al-Lacant el nombre actual Alacant-Alicante. Ver J. Lafuente, *Las excavaciones en La Albufereta de Alicante* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Madrid, Núm. 126, 1933).

36 Polibio, III, 22, 5 y III, 23, 1.

37 Así lo interpreta Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae*, II, p. 64-65 y *Tartessos*, pp. 39, 46 y 69, suponiendo que el cabo Bello era el Cabo Farina y que el primer tratado era consecuencia de dominar España hasta Mastia-Cartagena, que se cita en el segundo tratado de 348 (Polibio, III, 24, 2). En cambio R. A. Beaumont, *The date of the first treaty between Rome and Carthage* ("Journal of the Roman Studies", xxix, 1939, pp. 74 y ss.), cree que el cabo Bello era el cabo Bon, el cual podía cerrar la navegación a los "emporium", no habiendo nada que autorice a creer que el límite de Mastia estaba ya fijado entonces. La situación en España hay que deducirla por la marcha general de los acontecimientos y la continuación de las navegaciones griegas hasta Mastia en el siglo V hace imposible retroceder a 509 la situación del segundo tratado en 348.

38 Justino, 43, 5, 3: *cum Hispanis amicitiam inxerunt (Massilienses)*, citado por Schulten, *Tartessos*, p. 47, aunque lo refiere a las relaciones con los iberos del este, de acuerdo con su teoría del dominio cartaginés de Andalucía. Nosotros veríamos en este texto un indicio de una inteligencia general que animaría a los tartesios a su acción contra Cádiz.

39 El ataque a Cádiz y su liberación por los cartagineses se conoce por una tradición confusa, recogida por Justino, 44, 5, 1, quien dice concretamente que los gaditanos atacados pidieron auxilio a Cartago, por un poliorcético del siglo I a. de J. C., Ateneo, y por Vitrubio (10, 13, 1), que toman la noticia de una misma fuente común (ver Schulten, *Tartessos*, pp. 18 y 45) y hablan de la invención del ariete en el ataque a un castillo indígena antes del sitio de Cádiz por los cartagineses. Schulten cree que la noticia de Justino se refiere a la guerra anterior de Gerón con los gaditanos



atestiguada por el texto de Macrobio (véase la nota 9 del capítulo vi de este libro), siendo errónea la mención de los cartagineses, así como que Ateneo-Vitrubio confunden Cádiz con Tartessos, ciudad que suponen destruída por los cartagineses después de la batalla de Alalia, lo mismo que la colonia griega de Ménaca. Después de estas destrucciones, según Schulten, cerrarían el estrecho e impedirían la navegación griega más al occidente de Mastia: esto lo quiere deducir del primer tratado romano-cartaginés de 509, que para nada habla de España. Creemos que los textos de Justino y de Ateneo-Vitrubio son explícitos y se refieren concretamente a Cádiz. Así como no hay ningún texto que hable de la destrucción de Tartessos, tampoco lo hay para la de Ménaca, por lo menos que pueda aplicarse claramente a esa época y, en cambio, hay indicios muy plausibles de la continuación del comercio en aguas andaluzas, como veremos, y que continúan por lo menos hasta el siglo iv.

40 El ataque a las colonias fenicio-cartaginesas, L. Siret quería verlo comprobado en el hallazgo, en Villaricos, de una cabeza de piedra de arte egíptizante que se encontró con señales de haber sido golpeada intencionadamente, como para destruirla, y que ponía en relación con las hostilidades contra Gades. Estas parecen haber llegado hasta la ocupación de la ciudad, dejando reducidos a los fenicios a la ciudadela de la isla de San Sebastián.

41 Esta guerra, que debió ser el principio de la gran lucha que termina en Artemisión, está atestiguada por Justino, 43, 5, 2 y por Tucídides, i, 13 (los textos en *Fontes Hispaniae Antiquae*, iii, p. 4). Schulten quiere referirla al tiempo de la fundación de Marsella hacia 600; pero entonces los massaliotas no tenían todavía intereses en España ni visitaban aguas en donde pudiesen entrar en conflicto con los cartagineses. Si las palabras de Tucídides "Massalian oikizontes" no tienen un sentido general sino que se refieren concretamente a que la lucha tuvo lugar en los tiempos "de la fundación", ésta pudo ser, de manera imprecisa, la "segunda fundación", después de Alalia. La fecha exacta no se deduce más que del texto de Sóilo referente a la batalla de Artemisión. Pero ya el mismo Tucídides circunscribe las posibilidades cronológicas al colocar la guerra victoriosa de Marsella entre el 525 y el 486 dentro de la lista de luchas navales entre Policrates y la muerte de Darío. Además se trataría de una verdadera y larga guerra, pues Justino dice que se luchó repetidas veces (*saepe fuderunt*) y Tucídides emplea el imperfecto "enikon" ("vencían"). Debo a la amabilidad de la profesora Isabel Henderson, de Sommerville College de Oxford, sugerencias interesantes acerca de este problema.



42 El texto de Sósilo, en un papiro de Würzburg y publicado por Bilabel, *Die kleineren Historiker Fragmente auf Papyrus Núm. 10* (Bonn, 1923, p. 29), había sido comentado por U. Wilcken, *Ein Sosylus Fragment* ("Hermes", xli, 1906, pp. 103 y ss.) y *Zu Sosylus* ("Hermes", xlii, 1907, p. 510), y referido a la batalla del cabo Artemision de la segunda guerra persa, en Grecia, en donde Wilcken supone que se refugió Heráclides después de la sublevación jónica. El profesor Munro (*Cambridge Ancient History*), iv, p. 389, sospechó con gran agudeza que Heráclides, lo mismo que Dionisio de Focea emigró al oeste y que el Artemision en cuestión fué el de España, siendo natural en este caso que la tradición de la técnica empleada por Heráclides fuese conocida en Marsella y utilizada por los massaliotas más tarde y no siendo probable que, en cambio, supieran de la batalla de Artemision en Grecia más que el propio Herodoto, quien no menciona en ella ninguna intervención de Heráclides, no existiendo tampoco ninguna batalla de Artemision en la sublevación jónica ni en las guerras de Grecia antes del Artemision de 480. Si se trata del Artemision de España la noticia se compagina con las demás referencias referentes a luchas navales en aguas occidentales de Tucídides y de Justino y con los textos de Pausanias, que menciona en x, 8, 6, victorias de los marsellese sobre los cartagineses, y en x, 18, 7 un ex-voto de un león de bronce en Delfos, que se hallaba junto al Apolo de bronce dedicado posteriormente (ver más adelante lo referente a las luchas de 340 del tiempo de la batalla del Crimiso en Sicilia y el texto sobre los exvotos en *Fontes Hispaniae Antiquae*, ii, p. 71). Esta reconstrucción de los sucesos del Occidente en relación a la batalla de Artemision y la intervención de Heráclides de Milasa la hemos dado por primera vez aquí y en dos artículos en prensa: *The Phocaeans in the West (an attempt to historical reconstruction)* (en el "Classical Quarterly") y *Una guerra entre cartagineses y griegos en España: la batalla desconocida de Artemision* ("Homenaje a Gamoneda", México).

43 x, 18, 7.

44 Ver los textos de Hecateo en *Fontes Hispaniae Antiquae*, i, pp. 165 y ss. y Schulten, *Tartessos*, p. 41.

45 Schulten, *Tartessos*, pp. 52 y ss. Realmente en el siglo v parece que se señala en general las Columnas como un límite (Píndaro: textos en *Fontes Hispaniae*, ii, pp. 16-17) y aunque el conocimiento del lejano Occidente no termina del todo para los territorios más allá de las Columnas, nada prueba que sea directo o que se llegase hasta más lejos de ellas.



46 El texto de Euctemón se conoce por aparecer interpolado en el del Periplo en el poema de Avieno *Ora maritima*. Ver *Fontes Hispaniae Antiquae*, I: versos 336-340 y 350-369. También *Fontes Hispaniae Antiquae*, II, pp. 31-32.

47 Cary-Warmington, *Ancient Explorers*, pp. 47-52 y para Himilcón también *Fontes Hispaniae Antiquae*, II, pp. 13-14. Los problemas de Himilcón en relación con el Periplo en el comentario de Schulten en *Fontes Hispaniae Antiquae*, I. También Berthelot, *Festus Avienus, Ora maritima* (París, 1933). Cary-Warmington aclaran, *loc. cit.*, la topografía del viaje de Hannón, que suponen no sería el primero realizado por los cartagineses, cuyo objetivo, además de la exploración, era el de fundar colonias. Pero cabe pensar que anteriormente fuesen los tartesios los que hubiesen emprendido viajes a África, como se deduce de que Hecateo (fragmentos 355 y 357), menciona además del río Lixos (oued Draa, al sur de Marruecos), la ciudad de Melissa que atribuye a los libios: la información de Hecateo parece más probable que proceda de Eutimenes o de los tartesios, que no de fuentes fenicias. Hannón debió llegar en su exploración hasta más allá del Senegal (ya alcanzado por Eutimenes) y haber tenido como límite Sierra Leona y, aunque se debieron ver las Canarias, éstas no se exploraron hasta mucho más tarde (Juba de Mauritania: 25 a. de J. C., 25 después de J. C.) Tampoco parece haberse conocido Madeira en el viaje de Hannón, aunque pudo descubrirse poco después (¿entre 490 y 475?). Las fundaciones hechas en este viaje de Hannón se redujeron sin duda a la costa de Marruecos y debieron ser de momento pequeñas estaciones para la navegación apoyadas en la amistad de los Lixitas que llegaban al Lixos (oued Draa, al sur de Marruecos). Entonces se descubrió Cerne (la isla de Hierne en Río de Oro), que con el tiempo fué uno de los mercados de los cartagineses en África, centro del comercio del siglo V-IV del marfil y oro. Si los cartagineses llegaron alguna vez a la Costa de Oro en Guinea y a Nigeria (en donde Frobenius localiza el Ofir bíblico, a través de Ufa-Ife) es dudoso y, de haber llegado, sería en ulteriores viajes, ya establecidos en Cerne.

48 Cerámica: Cazurro-Gandía, *loc. cit.*; Frickenhaus, *Griechische Vasen aus Emporion* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", II, 1908, pp. 195 y ss.); Bosch, *L'Art Grec à Catalunya* (Barcelona, 1938). Relieve con esfinges y cabeza de efebo: Bosch, *L'Art Grec à Catalunya*, figs. 2-3. Cabeza de pantera de bronce: Id., Id., fig. 21. Tierras cocidas: Id., Id., figs. 22-23.

49 Bosch, *Etnología*, p. 293, fig. 241 (Atena); p. 296 y p. 292, fig. 238 (atleta de Rafal Toro).



50 J. Senent, *Excavaciones en la necrópolis del Molar* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Madrid, Núm. 107 de 1929).

51 Bosch, *Etnología*, p. 294, fig. 242 y Pericot, *Historia de España*, I, p. 275 (centauro de Rollos); Bosch, *Etnología*, p. 293, fig. 420 (sileno del Llano de la Consolación).

52 García Bellido, *Arte griego provincial. La figura sedente de Verdolay (Murcia)* ("Archivo Español de Arqueología", 1941, Núm. 43, pp. 350-352).

53 Bosch, *Etnología*, p. 293, fig. 239 (Hera) y p. 295, fig. 243 (grifo). La figurita de Hera es jónica según Carpenter, que la reproduce en la lámina iv-b de su obra *The Greeks in Spain*.

54 Délattre, *Carthago, la nécropole de la colline de Saint Louis* ("Missions Catholiques", Lyon, 1896).

55 Tumba 20 de Galera: J. Cabré, *Necrópolis de Tútugi, objetos exóticos y de procedencia oriental en las necrópolis turdetanas* ("Boletín de la Sociedad Española de Excursiones", xxix, 1921). La figurita de alabastro también en Bosch, *Etnología*, p. 273 y fig. 224 y en Pericot, *Historia de España*, I, p. 274.

56 G. Bonsor, *Les colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Bétis* ("Revue Archéologique", 1899), y Bosch, *Etnología*, pp. 274-275 (placas de marfil: figs. 225 y 226). También G. Bonsor, *Early engraved ivories* (New York, Hispanic Society, 1928).

57 Braserio de La Aliseda: Bosch, *Etnología*, p. 270 y fig. 221. El vaso de vidrio con un pseudo-jeroglífico de La Aliseda es de forma parecida a la oinochoe de Carmona: Bosch, *Etnología*, p. 272, fig. 223 y Pericot, *Historia de España*, I, p. 273.

58 G. E. Bonsor y R. Thouvenot, *Nécropole ibérique de Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Fouilles de 1926-27* ("Bibliothèque de l'École des Hautes Etudes Hispaniques", xiv, Paris-Burdeos, 1928).

59 A. Engel y P. Paris, *Une forteresse ibérique à Osuna* ("Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires", xiii, 1906, pp. 357 y ss., Paris).

60 Siret, *Villaricos y Herrerías*. En relación con ellos puede acaso poner la cabeza egipcia destruída violentamente, mencionada anteriormente. Pericot, *Historia de España*, I, fig. de la p. 362: huevo de avestruz pintado.



61 Las esculturas de Osuna en la obra citada de Engel y P. Paris. Las demás citadas se encuentran reproducidas en P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, 1 (Paris, 1903); en Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*; en Pericot, *Historia de España*, 1; en P. Dixon, *The Iberians of Spain and their relations with the aegean world* (Oxford, 1940); en Carpenter, *The Greeks in Spain*; en Mérida, *Arqueología española* (Barcelona, Labor, 1929). Ver también J. M. de Carriazo, *Esculturas hispánicas del Cortijo del Alamo* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1931, pp. 163-166); M. González Simancas, *Sagunto* (Guía del IV Congreso Internacional de Arqueología, Barcelona, 1929), fig. de la p. 9 (león ibérico encontrado en el teatro romano); J. Senent, *Excavaciones en la necrópolis del Molar* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones", Madrid, Núm. 107 de 1929); F. Álvarez Ossorio, *La colección de ex-votos ibéricos conservada en el Museo Arqueológico Nacional* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 44, 1941, pp. 397 y ss.); A. García Bellido, *Apolo arcaico ibérico en bronce* ("IPEK, Jahrbuch für prähistorische und ethnographische Kunst", 1932-33, p. 99). El problema de las relaciones de la escultura ibérica con la griega lo tratamos en Bosch, *Beziehungen der iberischen zur griechischen Kunst* ("25 Jahre Römisch-germanische Kommission", Berlín, 1929, pp. 82 y ss.) y edición española: *Relaciones entre el arte ibérico y el griego* ("Archivo de Prehistoria Levantina", Valencia, 1, 1928, pp. 163 y ss.) y en *Iberische Kriegerköpfe aus dem Cerro de los Santos (Spanien)* ("Antike Plastik, Festschrift für W. Amelung", Berlín, 1928): sobre ello ver también las obras citadas de Carpenter y Dixon.

62 Dixon, *The Iberians in Spain*, pp. 110-111 y lám. 17-b.

63 Es curioso que en las estaciones francesas, después de la importación griega tan abundante en el siglo vi, no se encuentra nada hasta avanzado el siglo v, en que comienzan las importaciones de cerámica ática de figuras rojas de tipo avanzado. Esto ha sido explicado por Lantier, Hélène y otros como resultado del colapso de los poblados indígenas con la invasión ibérica de la costa francesa que se suponen hacia 475. Pero esta fecha que deriva de la cronología baja que se daba al Periplo anteriormente y que después del estudio de Schulten se ha rectificado, llevándolo nosotros todavía más atrás en el siglo vi a consecuencia de la fecha de la fundación de la Paleópolis emporitana, es inadmisibles, ya que el Periplo habla claramente del dominio ibérico en el sur de Francia, señalando su límite hacia el río Orano (Lezs, cerca de Montpellier) (v. 612 de Avieno, *Ora maritima*): según ello



la entrada de los iberos en el sur de Francia debió ser en los primeros decenios del siglo VI. La falta de cerámica griega importada habrá que explicarla de otra manera, lo mismo que la falta de los estilos hasta 440 que se nota en las importaciones en el sureste y sur de España. Pero no puede suponerse una falta de relaciones en España, pues allí hay otros rastros de la arqueología griega que llenan la laguna y probablemente en Francia algún día se descubrirán también.

64 J. Amorós, *D'una troballa de monedes emporitanes i la posible cronologia de les monedes d'Empúries* (publicación del "Gabinet de Numismàtica de Catalunya", 1933) y *Les monedes emporitanes anteriors a les dracmes* (Id., Id., 1934). Los tesoros que han servido para el estudio de las primeras monedas griegas que circularon en el sur de Francia y en España son principalmente los de Auriol en Francia y de Pont de Molins (provincia de Gerona) y Morella (provincia de Castellón).

65 Schulten, *Die Etrusker in Spanien* ("Klio", xxiii, 1930, pp. 365 y ss.)

66 Bosch, *Beziehungen der iberischen zur griechischen Kunst*.

67 A. García Bellido, *Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1931, pp. 119-148). Ver también R. Lantier, *Bronzes votifs ibériques* ("IPEK", 1930); García Bellido, *Una aportación más al estudio de las relaciones entre etruscos e iberos: un bronce etrusco de Ampurias* ("Homenaje a Mérida", "Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos", II, 1934, p. 301); J. Martínez Santa Olalla, *Nuevo bronce ibérico del santuario de Despeñaperros (Jaén)* (Id. Id., II, 1934, p. 163).

68 Bosch, *Beziehungen der iberischen zur griechischen Kunst*, p. 89 (= *Relaciones del arte ibérico y el griego*, p. 170), notando semejanzas entre la estatua de mujer que ofrece un vaso del Cerro de los Santos y una estatua de Vulci (Tombe della Polledrara), así como de una estatuilla de bronce, también de Vulci, con los tipos estilizados de los bronceos andaluces. Ver Ducati, *Storia dell'arte etrusca*, II (Florencia, 1927), lám. 63, Núms. 197 y 196, respectivamente. Ver también las figuras 79 y 80 de L. Goldscheider, *Etruscan Sculpture* (Londres, 1941).

69 Diodoro, 5, 20. Ver también Cary-Warmington, *The Ancient Explorers*, p. 53, y lo dicho en la nota referente al viaje de Hannón. También Beaumont, *loc. cit.*



CAPITULO VIII

GRIEGOS Y CARTAGINESES EN LA PENINSULA DESDE EL SIGLO V

1. *Los griegos y los cartagineses en España de 480 a 350 a. de J. C.*

Este periodo parece haber sido de paz en España, que no fué afectada sino indirectamente por las nuevas luchas que se desarrollaron fuera de ella.

En este período sigue el conocimiento y el interés de los geógrafos griegos por el lejano Occidente y aunque el límite de la navegación parece hallarse en las Columnas (el estrecho de Gibraltar), se tiene noticia de los pueblos de más allá. Después del "Periodos Gés" de Hecateo (510), que representa el conocimiento de los griegos después de Alalia y antes de la guerra de Artemisión, no hay descripciones del oeste hasta entrado el siglo v: Carón de Lampsaco, hacia 464, o no mucho más tarde, escribió su *Periplous tous éktós ton Heracléon stelón*,¹ desgraciadamente perdido. Herodoto, por noticias recogidas hacia 448, habla de los cinetas y de los celtas, estos últimos el pueblo extremo del ecumeno. Luego sigue el importante texto de Eucatemón de Amfópolis, que describe la situación creada por la



paz de Artemision y que es el testimonio de las Columnas como límite de la navegación griega, habiéndose escrito en la época en que los atenienses del tiempo de Pericles sentían renacer el interés por Occidente y en que aquél concebía sus planes ambiciosos. Herodoro de Heraclea (hacia 420) describe las tribus alrededor del estrecho en una obra erudita, conociendo también a los cinetas del sur de Portugal, vecinos de los ileates-gletes del valle del Guadalquivir, además de los tartesios, los elbisios (olbisios de Huelva), los celcianos (cilbicenos del estrecho) y sus vecinos en el Mediterráneo: los mastienos.

Luego, el interés decae, y, en todo caso hasta Piteas (330 a. de J. C.), no se vuelve a encontrar una nueva exploración. Sólo en el período intermedio aparecen textos de erudición basados en noticias anteriores, como la de Éforo en la primera mitad del siglo IV, quien escribe su geografía del ecumeno basada en viejas noticias jonias y utilizando para España el Periplo masaliota, lo mismo que, poco más tarde, hacia 340, el Pseudo Escílax, quien escribe otro Periplo, con muchos puntos de contacto con Éforo.²

Entretanto la costa occidental seguía siendo el monopolio de los cartagineses: los griegos sabían muy poco de ella y no llegaban allá, aunque los cartagineses llevaban a los mercados africanos vasos griegos, que el Pseudo Escílax³ dice que se vendían en las costas de Marruecos y no sabemos si también en el mercado de Cerne (Río de Oro), de donde los cartagineses sacaban oro y marfil. Este mercado debió ser explotado intensamente durante los siglos V y IV sólo por ellos, y las noticias vagas que daban los cartagineses de él y de las dificultades de la navegación en los países tropicales, procuraban envolverlos en un misterio a propósito para impedir que fuesen buscados por los competidores.⁴ En realidad, para los griegos seguía siendo un país desconocido en el que se localizaban hechos fabulosos, como antes se hiciera en España,⁵ y en este período



sólo se conoce una exploración no cartaginesa, la de Sataspes, bajo Jerjes, en el segundo tercio del siglo v, quien llegó hasta el Senegal y acaso hasta Guinea, encontrando una población de pigmeos y realizando su viaje desde las Columnas, idea que parece haberse concebido ya bajo Darío, sin que entonces se llegase a poner en práctica.⁶

La intervención de mercenarios en guerras fuera de España es conocida de los siguientes momentos. Ante todo en la de Himera en 480, al lado de los cartagineses, en Sicilia. Luego figuraron en Grecia en el ejército de Aristarco, uno de los generales atenienses en las Guerras del Peloponeso, hacia 411, de lo que procede la mención de los iberos en Aristófanes. Finalmente repetidas veces en las guerras siguientes de Sicilia, en las luchas que a partir de fines del siglo v siguieron sin interrupción casi entre los dos enemigos tradicionales. En 396 se pasaron del ejército cartaginés al de Dionisio el Antiguo, reclutándolos éste también en 368. En la guerra de Timoleonte reaparecen al lado de los cartagineses en 340 (Crimiso). Estas correrías militares ibéricas responden al espíritu de aventura del pueblo, y su reclutamiento se debía hacer desde las colonias cartaginesas y griegas, según los casos, contribuyendo a familiarizarlos con la civilización griega en Sicilia y aun en la propia Grecia.⁷

En España, las relaciones entre griegos y cartagineses debían estar reguladas por la paz después de Artemisión, que establecería el estado de cosas descrito por Euctemón, continuando la relación de unos y otros entre sí y con las tribus indígenas.

A la prosperidad de esta nueva etapa del comercio griego se debió probablemente el establecimiento de nuevos colonizadores procedentes del sur de Francia en el golfo de Rosas, en donde por entonces debió ser fundada Rhode (Rosas), por elementos rodios que hay que suponer no llegados directamente de la isla del Egeo, como se ha creído a menudo, sino relacionados con los rodios procedentes de Parthénope, la vieja Ná-



poles, que ya habían intervenido en la colonización del sur de Francia (Rhodanusia). Para la fundación de la Rhode catalana no hay ningún dato aprovechable en la literatura ni en la arqueología, no habiéndose hallado restos de la ciudad en las prospecciones realizadas en su territorio. El único indicio es la acuñación de monedas, que principia hacia 410 con imitaciones de las bellas monedas siracusanas de Evaineto, lo que hace pensar que la nueva colonia, floreciente a fines del siglo v, debió fundarse poco antes.

2. *La arqueología de 480-350 a. de J. C.*

La arqueología, en cambio, permite una reconstrucción más satisfactoria de las relaciones de los griegos y los cartagineses con España. Conocemos bastante de la Neápolis emporitana, menos de lo que quisiéramos porque los estratos griegos se hallan en general bajo la capa de la época romana, siendo posible llegar a aquéllos sólo excepcionalmente, y no habiéndose podido excavar metódicamente sus sepulcros, saqueados desde antiguo. Algo se conoce de la pequeña ciudad de “Leuké ákra”(?) en el Tossal de Manises de la Albufereta de Alicante, especialmente las tierras cocidas y la cerámica ática del estilo de Midias de su necrópolis, y prácticamente nada de las demás ciudades griegas, si no son las monedas de Rosas.⁸ De las colonias fenicio-cartaginesas, algo de los sepulcros de Cádiz, los sepulcros de Ibiza y sepulcros de Baria (Villaricos). Pero además existen hallazgos griegos en cierta abundancia y algunos cartagineses en las estaciones ibéricas.

En la Neápolis emporitana, en el siglo v, debió levantarse un templo a Asclepio del que se ha conservado el basamento y se ha recuperado la imagen, la mejor que conocemos del dios en todo el mundo griego, adquirida por los emporitanos en los talleres de escultura de Atenas, que trabajaban dentro de la



tradición de la escuela de Fidias y que decoraron los frisos del Partenón, a fines del siglo v.⁹ Del siglo v es probablemente un *buleuterion* próximo al santuario de Asclepio, lugar de reunión del consejo de la ciudad, y los hallazgos de la capa primera que, con los sepulcros, ha proporcionado abundante cerámica ática de figuras rojas. Esta domina casi exclusivamente, y a través de ella se sigue el desarrollo de todos los estilos áticos del siglo v y iv. Son de notar especialmente una “*pelike*” del taller de Aristófanes-Erginos, relacionado con la pintura cerámica de influencia polignótica y con el círculo de Midias, así como una crátera del llamado por Beazley “pintor del tirso negro”. Hay también cerámica de Kertch. Las esculturas están representadas, aparte del Asclepio, por una cabeza de Sileno, de mármol, que puede relacionarse con la escultura representada por el grupo de los Tiranicidas, una cabeza pequeña de mármol también de tradición fidiásica representando acaso a Poseidón. Una figurita de tierra cocida de mediados del siglo v, encontrada en la ciudad, representa una joven llevando la ofrenda de un ganso.¹⁰

Un capítulo interesante que hoy se comienza a reconstruir de la arqueología emporitana, es la evolución de su moneda.¹¹ Hacia 480 debió empezar un nuevo período en el que las acuñaciones de la ciudad imitan varios tipos de moneda (Massalia, Himera, Cime), pero especialmente las de Atenas arcaicas y las llamadas de transición entre 460 y 413. Las imitaciones de Atenas corresponden a la época de predominio del comercio ateniense, durante el que llegaron grandes cantidades de vasos áticos a España y en que se adquirió el Asclepio de Emporion. En el último tercio del siglo empieza a abundar la imitación de las monedas de Sicilia, entre otras (Corinto), para, después de 413, en la momentánea decadencia del comercio ático con el fin desastroso de la Guerra del Peloponeso, acabar predominando las imitaciones de la moneda siracusana, con



lo que se fija la escala de valores emporitanos y aparecen divisores de los dracmas, que siguen durante el siglo IV hasta que, hacia 317, empiezan los clásicos dracmas de Emporion con la cabeza de Aretusa y el Pegaso. Pero desde fines del siglo V (desde 610) y en la primera mitad del IV se desarrolló paralelamente la moneda de Rosas con sus acuñaciones extraordinariamente bellas, imitación de las siracusanas de Evaineto y otros. Amorós sospecha que paralelamente a las acuñaciones emporitanas pudieron existir otras de las colonias del sureste de España, todavía mal conocidas. La difusión de la moneda griega se conoce en la costa catalana y en el norte del reino de Valencia, en este período, por los hallazgos de Emporion y además por los tesoros del Pont de Molins (que desde el siglo VI llega al fin del siglo IV), Rosas (460-300), de Tarragona (de 430 al fin del siglo IV), y Morella (490 a 400).

De la colonia de la Albufereta y su necrópolis se tienen noticias confusas respecto a su estratigrafía; pero se conocen de ella figuritas de tierra cocida, muy semejantes a las griegas de Ibiza y cerámica de figuras rojas, especialmente del "bello estilo" que aparece en Francia en Ensérune y que se ha incluido en el ciclo de Midias, atribuyéndolo Beazley al "pintor de Iena" y fechándolo hacia el 400.¹²

De este período son los principales hallazgos de la necrópolis de Gades, consistentes en joyas y particularmente en el conocido sarcófago antropoide que, después de lo que conocemos de las necrópolis de Fenicia, hay que colocar mucho más tarde de lo que se había creído, no pareciendo anterior al último tercio del siglo V.¹³ De Ibiza proceden abundantes hallazgos de la necrópolis del Puig des Molins,¹⁴ con sus cámaras subterráneas excavadas artificialmente en la roca, en las que abundan las tierras cocidas de tipos griegos, junto con los cartagineses y de tradición oriental, a la vez que los escarabeos, las joyas, la cerámica y los huevos de avestruz cartagineses,



faltando en general de la cerámica griega la de la mayor parte del siglo v, todo lo que no son leцитos y aríbalos de figuras rojas de estilo muy avanzado. Parece como si la cerámica con alguna tierra cocida, que puede sospecharse que proceda de la Albufeřeta por la semejanza de sus tipos, a partir de este momento tardío fuese la principal importación griega. Las tierras cocidas de tipo griego en la mayor parte de los casos, después de la época arcaica, son imitaciones hechas por los mismos cartagineses, que continuaron a su vez desarrollando su propia plástica con tierra cocida. En Villaricos los sepulcros cartagineses del siglo v¹⁶ son relativamente pobres en hallazgos, que corresponden a los de Cádiz e Ibiza, aunque sin figuritas de tierra cocida: probablemente la población cartaginesa era poco importante, a diferencia de la indígena que hacia mediados del siglo v toma gran incremento.

Las relaciones entre griegos y cartagineses en este período, en España, están comprobadas por los hallazgos griegos de Ibiza, fuera del área visitada por los colonizadores helénicos, por una parte,¹⁶ y por otra por los hallazgos cartagineses en las colonias griegas (Emporion y La Albufeřeta), así como en los lugares ibéricos, en donde se mezclan con importaciones griegas. Acaso algunos hallazgos de Andalucía, próximos a la zona cartaginesa como los de Galera y los de los sepulcros ibéricos de Villaricos, pueden proceder de relaciones directas con los cartagineses. De Villaricos se conoce una estela funeraria con inscripción cartaginesa que Siret supone de un capataz semítico en las minas trabajadas por los indígenas.¹⁷ Más al norte, en la costa oriental y en los lugares próximos a las colonias griegas, parece probable que, cuando se encuentran pequeños objetos cartagineses, fueran importados por los mismos griegos.

Particularmente interesantes son los hallazgos de algunas necrópolis ibéricas, en donde los hallazgos griegos se asocian a los indígenas, asociación de gran importancia para fijar la cro-



nología de la infiltración de la influencia griega en el arte ibérico y especialmente en la cerámica.

Un primer grupo hasta mediados del siglo v lo constituyen algunos sepulcros de la necrópolis de Galera (Granada) con cámaras de piedra. Una muy monumental (sepultura 75) tiene una columna que sostiene el techo y con un capitel helenizante derivado del jónico, desgraciadamente sin hallazgos. En este grupo (sepulturas 10, 76, 2, 6) se asocian los hallazgos griegos o el arte helenizante (sepultura 76, asa de bronce con cabeza de felino y urna de piedra con pinturas griegas) con los vasos indígenas y la importación cartaginesa,¹⁸ pero no hay cerámica griega. En estas cámaras había pinturas murales de tipo griego, desgraciadamente destruidas (sepultura 76).

En Galera como en otras localidades ibéricas, a partir de 440 parece decaer la importación cartaginesa y en cambio se encuentra normalmente la de cerámica de figuras rojas, griega, que sigue sin interrupción hasta la segunda mitad del siglo iv.¹⁹ El profesor Beazley ha querido comunicarnos las fechas que él asigna a los vasos griegos en cuestión, y la identificación del estilo de algunos con los de maestros cuya obra ha podido reconstituir con el estudio de vasos de distintas colecciones, que permiten rehacer un importante capítulo de la historia de la cerámica de figuras rojas. El primero es la cratera ática de las musas de la tumba 34 de Galera que se fecha en 440, lo mismo que algunos fragmentos de figuras rojas de muy buen estilo de la necrópolis del Molar.²⁰ Sigue el sepulcro II de Galeña, con una cratera ática con un jinete frente a una mujer alada, fechado entre 430 y 425, que puede compararse en su estilo con el vaso representando a Triptólemo del poblado de La Bastida (Mogente, provincia de Valencia).²¹ Del 425 es la cratera ática con una representación de Orfeo de la sepultura 39 de Villaricos.²² Sigue luego el estilo florido del ciclo llamado de Midias, del que



en Ensérune (en el sur de Francia) hay bellas muestras atribuidas por Beazley al “pintor de Iena”,²³ al que también se atribuyen los “kylix” de la colonia griega de la Albufereta, al norte de Alicante,²⁴ fechándose hacia 400. Inmediatamente viene el que Beazley llama “el pintor de la *Grypomachia* de Oxford”, hacia 400 (crátera de la sepultura 82 de Galera). De 400 a 380 es el llamado “retorted painter”, al que se deben las cráteras de los sepulcros 48 y 52 de Villaricos²⁵ y probablemente la del sepulcro de Toya (la antigua Tugia, en Peal de Becerro, provincia de Jaén, en donde apareció también un disco de bronce dorado con el relieve de una cabeza de león);²⁶ continuando su estilo el “Black thyrsos painter”, hacia 380, al que se atribuyen las cráteras de las sepulturas 83 y 112 de Galera y la crátera citada de Emporion. En Galera, en la sepultura 106 hay otra crátera tapada con un plato griego de los llamados “campanienses” con palmetas, que se puede fechar hacia la misma época o poco después. Por fin, de los alrededores de 350 es una pelike del estilo de Kertch, de la sepultura 87 de Galera.

El estilo de Kertch, por esta época, alcanzó gran difusión (en el siglo IV) y debió ser introducido por las colonias griegas. Lo conocemos de Emporion,²⁷ del sur de Francia, de Puig Castellar en Cataluña, de La Bastida en la región valenciana²⁸ y, en la costa atlántica portuguesa, de la necrópolis de Alcacer do Sal.²⁹ Fuera del territorio ibérico, que comerciaba normalmente con las colonias griegas, o sea a Portugal, es probable que no llegase sino indirectamente, acaso a través de los cartagineses, que debían adquirirlo a los griegos de España, pues parece que en Cartago no hay vasos de Kertch.³⁰ Este debió ser el caso de la cerámica griega exportada a la costa occidental de África, sobre todo a Marruecos.

Además de estas importaciones, de las que se puede citar con exactitud la fecha, hay muchos otros hallazgos de cerámi-



ca griega del sur de Francia y de España que cubren, en general, el mismo espacio de tiempo entre 440 y los alrededores de 350, continuando hasta más tarde. Del siglo iv es particular la cerámica ática negra sin decoración pintada, como las “Rippenkrateren”, a veces con guirnaldas doradas o los platos mal llamados campanienses con palmetas, las “oinochoes” con panza acostillada (“Rippen”), los vasos negros con guirnaldas pintadas en blanco, etc., que aparecen, a veces, asociados con figuras rojas decadentes en Ensérune (sur de Francia), Cabrera de Mataró y Puig Castellar (costa catalana), San Miguel de Sorba y Anseresa (Olius, comarca de Solsona), Tossal de les Ternalles de Sidamunt (Urgel) en Cataluña, San Antonio de Calaceite (provincia de Teruel, bajo Aragón), La Bastida (Mogente), La Serreta (Alcoy) en el reino de Valencia,³¹ y los pequeños lekythos pintados de figuras rojas decadentes de Villaricos.

En el territorio indígena los contactos con la civilización griega continuaron y lo comprueba el hallazgo del pequeño Heracles de mármol de Alcalá la Real (provincia de Jaén), lugar de la ciudad indígena de Iiturgícola, escultura que Mélida³² cree del tiempo del Zeus de Olimpia, entre 480-450, relacionándolo con la escuela de Hageladas. Del siglo v es también la Atena de bronce de Mallorca.³³

En cuanto a importaciones griegas en territorio ibérico no hay que olvidar las joyas, de las que se tiene un bello ejemplo en el tesoro de Jávea (provincia de Alicante), en donde salió la conocida diadema de oro.³⁴ El tesoro de Jávea pertenece probablemente al fin del siglo v o a principios del iv. Del iv es el conjunto de vasos de plata, de Abengibre (partido de Casas Ibáñez, provincia de Albacete), con grabados de palmetas: uno tiene un grafito con letras ibéricas y también se encuentra otro grafito con una figura de guerrero indígena.³⁵



Por entonces la influencia griega en el arte indígena debió fructificar extraordinariamente. En la escultura en piedra, además de algunas esculturas del Cerro de los Santos, hay que señalarla en el guerrero con la falcata de Elche, acaso en algunas de las esculturas de Osuna que pueden pertenecer a este período, y sobre todo en el busto policromado llamado “la dama de Elche”, que representa una sacerdotisa ibérica, adornado con joyas, algunas de las cuales parecen de tipo cartaginés. Se ha dudado en atribuirlo a la plástica indígena (el último Dixon), o en creerlo la obra de un escultor griego trabajando para los iberos (Carpenter), variando también la fecha que se le asigna: todavía en la primera mitad del siglo v (Carpenter) o ya en la segunda (Dixon).³⁶

La influencia griega se sigue también a través del arte menor de los santuarios. En Castellar de Santisteban y en Despeñaperros (provincia de Jaén), parece haber persistido la tradición arcaizante en los bronce, pero poco a poco se hizo sentir la influencia de las corrientes del siglo v y posiblemente debió continuar hasta el siglo iv.³⁷ Del siglo iv es el santuario de San Antonio el Pobre en La Luz (El Palmar = Murcia), con notables figuras de guerreros a caballo y una mujer desnuda.³⁸ Del segundo tercio del iv es, posiblemente, el santuario de la Serreta de Alcoy (provincia de Alicante), sin bronce, pero con abundantes figuras de tierra cocida griegas y algunas ibéricas.³⁹

El desarrollo de la cerámica ibérica ofrece señales de la misma influencia. La andaluza, con decoraciones generalmente geométricas, tiene también influencias cartaginesas en las formas y en algunos ornamentos. En la del sureste, que en este período debió tener su máximo florecimiento, la ornamentación parte de una tradición de motivos orientalizantes florales y animales, a que nos hemos ya referido, y cuyos principios son de cronología difícil, que se transforman y estilizan, a la vez que a su lado aparecen las escenas humanas. El primer ejemplo



es el vaso de los guerreros de Archena,⁴⁰ de estilo muy arcaizante, en el que se ve acaso la influencia de la cerámica ática de figuras rojas antes de 480. Otro ejemplar posiblemente muy antiguo es el vaso ibérico con una cacería de Emporion, en el que se ha querido ver resabios de estilos todavía anteriores: acaso lo consideraríamos hoy posterior al vaso de Archena (¿último tercio del siglo v?) y en relación con las importaciones de figuras rojas conocidas.⁴¹ Desde fin del siglo v se desarrolla una escuela brillante de ceramistas ibéricos cuyas obras conocemos por los hallazgos de Oliva, Liria, el Charpolar y la Serreta de Alcoy (en el norte de la provincia de Alicante y en la de Valencia).⁴² Por tanteo y por la evidencia de la cerámica griega importada en los últimos lugares, puede fecharse el vaso de los guerreros de Oliva, que parece representar el sitio de una ciudad o fortaleza, hacia el 400; el vaso con guerreros a caballo combinado con motivos florales de Oliva, los fragmentos del Charpolar y los vasos de mejor estilo Liria (figuras 1, 2 y 10 de la publicación de Pericot), durante la primera mitad del siglo iv; un grupo de Liria menos correcto en el tercer cuarto del mismo siglo (figuras 3 y 9), degenerando el estilo hacia 300 y durante el siglo iii.

Desde el sureste de España la cerámica ibérica pintada, formada y evolucionando en relación con la influencia griega, se infiltra y aclimata poco a poco en los territorios extremos ocupados por pueblos análogos como Cataluña, el sur de Francia y aun el bajo Aragón. En el siglo v llegaron vasos con pájaros del estilo de Elche y Archena a Emporion y a su “hinterland” (La Aigueta, cerca de Figueras), y vasos con decoración geométrica a la costa francesa (Cayla, Ensérune) y a la frontera del bajo Aragón (La Gessera, Piuró del Barranc Fondo),⁴³ desarrollándose poco a poco la pintura local en el bajo Aragón y en Cataluña (Tarragona). Durante el siglo iv debió empezar el florecimiento de los grupos del Urgel (Sidamunt)⁴⁴ y del bajo Ara-



gón (San Antonio de Calaceite),⁴⁵ en los que hoy pueden encontrarse paralelos de los motivos florales todavía muy correctos y ricos de Oliva y Liria, aunque mucho más pobres, así como de la degeneración de aquéllos en el siglo III (fragmento con un hombre de dibujo bárbaro de San Antonio de Calaceite).

Se está tentado de poner en relación la abundancia de representaciones guerreras en la cerámica ibérica del sureste, lo mismo que en los bronce votivos de los santuarios y aun en la escultura en piedra, con los mercenarios ibéricos en Sicilia y en Grecia. Las épocas principales de su intervención en las guerras de aquellos países coinciden de modo sorprendente con las etapas del desarrollo de dichos motivos: Himera o acaso los mercenarios de Aristarco en la guerra del Peloponeso, con el vaso de Archena; los de la época de Dionisio el Antiguo, con el mejor estilo de Oliva y Liria, así como con los bronce de San Antonio el Pobre, en La Luz (Murcia); el grupo menos correcto de Liria, con las guerras del tiempo de Timoleonte y la batalla del Crimiso.

En este período debió comenzar a generalizarse ya el conocimiento de la escritura (archivo de documentos en plomo de La Bastida de Mogente, provincia de Valencia, plomo de Alcoy) con un alfabeto derivado del jonio.

3. Griegos y cartagineses en España después de 350 a. de J. C.

A mediados del siglo IV se volvió a una situación tirante entre cartagineses y griegos en Sicilia. Después del desgobierno de Dionisio el joven de Siracusa y de las intrigas cartaginesas en favor de la tiranía, fué llamado Timoleonte de Corinto, quien a través de una larga guerra restableció la situación. Uno de sus acontecimientos decisivos fué la victoria griega del Cri-



miso, cerca de Segesta, en 341, y por entonces los griegos de Sicilia debieron estar aliados con los massaliotas, quienes ganaron una batalla naval y dedicaron en Delfos un Apolo de bronce.⁴⁶ Esta intervención de los massaliotas debió repercutir en las relaciones en España, y probablemente entonces es cuando debieron consolidar los cartagineses su zona de monopolio hasta Mastia (Cartagena), y destruir u obligar a abandonar la colonia de Ménaca. Este estado de cosas lo indica el segundo tratado entre Roma y Cartago, de 348, que puede ser el principio de la política de monopolio, en el que se prohibía a los romanos y a sus aliados la navegación y el comercio más allá de la línea Mastia-Cabo Bello (“Kalón akrotérion”, que se fija en el Cabo Bon, al este de Cartago y cerrando su bahía), así como el acceso a Cerdeña y Libia, limitándose la navegación libre a la zona cartaginesa de Sicilia y a la propia Cartago.⁴⁷ Por los aliados de los romanos es lógico entender ahora a los massaliotas, cuya alianza era antigua, de los tiempos de la fundación de Marsella y de los reyes de Roma.⁴⁸

El único acontecimiento notable registrado en las fuentes griegas respecto a sus propios hechos en relación con España y el Occidente, es el viaje de exploración del extremo norte de Europa de Piteas de Marsella, aventura notable, pero de pocas consecuencias, habiéndose luego considerado como fabuloso por la geografía griega posterior,⁴⁹ excepto por Eratóstenes que lo aprovechó. Piteas recorrió la costa occidental de Europa desde Gades al Canal de la Mancha, y sin que sepamos si visitó Irlanda, dió la vuelta a la Gran Bretaña hasta el norte de Escocia, en donde recogió la noticia de la existencia de la tierra extrema de Thule (Escandinavia), y al regreso llegó hasta el estuario del Elba y el antiguo mercado del ámbar en la isla de Abalo (Heligoland), regresando por el camino de ida. El hecho de que el punto de partida se señale en Cádiz, ha hecho suponer que el viaje se hizo de acuerdo con los cartagineses. De la sola



mención de Gades no se deduce necesariamente esto, y Gades podría ser sólo una indicación geográfica del nivel de que partió la exploración. No es conocida exactamente la fecha del viaje, que se solía poner hacia 330; pero Cary y Warmington, del hecho de que se menciona en Dicearco, discípulo de Aristóteles y no en éste, deducen que el viaje debió ser entre 322 y 285 y creen que el haber podido eludir el bloqueo del estrecho por los cartagineses puede hacer creer que, en realidad, se hizo entre 310 y 306, cuando los cartagineses estaban ocupados en la defensa de su propia ciudad contra los siracusanos (expedición de Agatocles a Africa). Es sugestivo poner en relación la expedición de Piteas con la correlación de la política ofensiva massaliota con la de los griegos en Sicilia, que se comprueba varias veces.

Poco antes de la primera guerra púnica (264-241), en 270, Polibio⁵⁰ todavía atestigua el dominio cartaginés del sur de España. Durante la primera guerra púnica o a su fin desastroso, los cartagineses parecen haberla perdido, acaso por ataques de los iberos en combinación con los massalotas; Schulten lo deduce del texto de Polibio⁵¹ que indica que, al desembarcar Amílcar en Gades en 237, “restableció las posesiones cartaginesas”. Entonces se desarrolla la política de ofensiva en España y el avance hasta el cabo de la Nao, con la probable destrucción, en aquel momento, de Hemeroscopion y de las colonias griegas del golfo de Alicante. La población griega de “Akrá Leuké” desapareció y sobre sus ruinas se estableció luego un poblado ibérico, como indican los hallazgos arqueológicos de La Albuferea, en donde sobre el nivel correspondiente a aquéllas aparece otro con cerámica cartaginesa e ibérica. En el lugar de la moderna población de Alicante, especialmente en la altura que lo domina, Amílcar estableció una fortaleza cartaginesa que es designada con el nombre de “Akrá Leuké” del que procede el romano de Lucentum, el árabe y el moderno de Alacant (Ali-



cante), llamada también “Castrum Album”, en donde murió el propio Amílcar después de sus guerras con los pueblos indígenas españoles. Como consecuencia de estos avances del poderío cartaginés, se convirtió la antigua Mastia ibérica en Carthago Nova y con ello en el nuevo centro del dominio púnico en España.

Parece probable que la población griega de las ciudades destruidas en el sureste de España por Hamílcar, se refugiaría en el Artemisión (Denia), cuyo nombre traducido sigue en la época romana: Dianium, y creeríamos que a ello debió esta ciudad su importancia y su ulterior confusión con Hemeroscopion (Estrabón).

Tales avances dieron lugar a que en tiempo de Asdrúbal y tratando todavía de seguir una política de apaciguamiento, y abandonando toda pretensión de los griegos a sus antiguos territorios del golfo de Alicante —cuyas colonias se confirma con esto que habían sido destruidas o abandonadas⁷²—, los romanos fijaron como límite de la zona de influencia cartaginesa, por un tratado de 226, el Ebro. Esta política de apaciguamiento no dió resultado y el Ebro tampoco se consolidó como límite, ni de una parte ni de otra. Los romanos se apresuraron a establecer pactos de alianza con Sagunto, población ibérica enclavada en la zona cartaginesa, y por su parte los cartagineses prepararon con el ataque a ella la segunda guerra púnica (218-201) y la invasión de la zona al norte del Ebro, punto de partida para, a través del sur de Francia, invadir a Italia. La consecuencia de todo ello fué la conquista romana de España.

Entretanto los cartagineses desde Cádiz seguían los viajes hacia el norte a los mercados del estaño (islas Cassitérides en la Bretaña), a la vez que el comercio con la costa de Africa, especialmente la de Marruecos. Expediciones gaditanas parecen haber continuado por las costas de Africa hasta muy tarde, y desde el siglo II a. de J. C. a la época de Augusto, se hablaba de



barcos misteriosos de Gades que recorrían el Africa del oeste al este para comerciar con Somalilandia y Arabia, probablemente para evitar los impuestos de los Ptolomeos para las mercancías de aquellos países. En realidad Eudoxo de Cizico, después de 102 a. de J. C. en que encontró una proa que le pareció de un barco gaditano naufragado al sur del cabo Guardafui, trató de emprender el viaje alrededor de Africa hasta la India; pero, después de un primer viaje al sur de Marruecos, volvió a Cádiz para reemprender la aventura, en la que desapareció sin que se supiese más de él.⁵³ Con la aventura de Sertorio en Madeira (las Islas Afortunadas) en 80 a. de J. C. y el descubrimiento de las Canarias por el rey Juba de Mauritania (25 a. 25 desp. de J. C.) terminan las aventuras africanas.

4. *La arqueología en relación con los tiempos posteriores al 350*

Con la situación que representa el segundo tratado cartaginés con Roma y el recrudecimiento de las luchas en Sicilia en la última mitad del siglo IV, parece iniciarse una cierta decadencia de la influencia griega en el sureste de España, cesando todo comercio más al sur, en el territorio que se reservan los cartagineses, y con ello comienza también la decadencia de la cultura ibérica, que se estanca incluso en el sureste. Sólo Emporion y su “hinterland” siguen floreciendo.

En Emporion, que en su aspecto no sufrió grandes cambios en el siglo IV, en el III parece realizarse una transformación en el urbanismo de la ciudad. Entonces debió hacerse el trazado de las calles, que siguen el plan hipodámico, común ya entonces en las ciudades griegas. En el recinto de los templos se levanta una gran ara delante del antiguo de Asclepio, y acaso se construye entonces un nuevo templo inmediato y se transforma el “buleuterion”, construyéndose una gradería para los



asistentes a las deliberaciones y una doble ara enfrente. En uno de los cruces de las calles principales se construye un “ágora”, que tiene en su cabecera un edificio para la administración de la ciudad y delante de él un pozo público y un pedestal con una doble ara. Las casas, que antes eran sumamente humildes y pequeñas, comienzan a tener ahora un patio central cuadrado. En la colina inmediata se levantaba entonces una ciudad indígena amurallada. Algunos hallazgos notables pertenecen a este período, aparte de la común cerámica helenística: una cabeza de Afrodita, encontrada en el templo de Asclepio, que muestra la influencia del arte de Scopas, la parte inferior de una estatua de diosa, ambos hallazgos de fines del siglo IV y, probablemente de principios del III, un torso pequeño de mármol parecido al alabastro reproduciendo el tipo de la Afrodita de Praxiteles, de extraordinaria belleza,⁵⁴ además de otros hallazgos menos importantes.

El comercio de Emporion siguió sin interrupción hasta la guerra púnica de Aníbal. De su prosperidad da testimonio que en casi todos los poblados y necrópolis indígenas de Cataluña y de Aragón, se encuentra cerámica helenística; en el de Puig Castellar, cerca de Barcelona, también una cabecita de tierra cocida del siglo III, en Rubi hornillos para perfumes en forma de cabeza de Demeter de tierra cocida, a la vez que a Emporion llega cerámica ibérica de las fábricas de Cataluña, del tipo del horno de Fontscaldes cerca de Valls. Esta llega también a Francia (Ensérune, Montlaurés, etc.), en donde (Montlaurés) aparecen también los hornillos para perfumes. De Francia llegaron entonces a Emporion vasos célticos de La Tène II y fíbulas, que con las espadas del mismo tipo se difundieron por todo el territorio ibérico.⁵⁵ Cabe pensar que el intermediario fuese el comercio emporitano. Este llegaba en el siglo III como en el II, luego, hasta la lejana Celtiberia, en donde aparece cerá-



mica helenística en Numancia y en las necrópolis posthallstáticas más tardías.

En relación con el comercio de Emporion está el florecimiento de sus acuñaciones, que ahora alcanzan sus mejores tipos:⁵⁶ los dracmas imitados de la moneda de Sicilia, con la cabeza de Aretusa en el anverso y el Pegaso en el reverso, que se acuñan entre 317 y 250, siguiéndoles los que en el reverso ofrecen el Crisaor, desde 300 hasta 250 en sus tipos mejores y continuando en tipos decadentes hasta mucho más tarde (130 a. de J. C.) La moneda emporitana circulaba en el sur de Francia y en toda la costa oriental española, habiéndose encontrado (además de en la misma ciudad) en Rosas y en Gerona, en los tesoros del siglo III de Cheste, Mogente, Montgó en el sureste de España. En el tesoro de Tivissa (provincia de Tarragona)⁵⁷ las monedas emporitanas se asocian con las de las primeras acuñaciones ibéricas, que surgen imitando las griegas de Sagunto, Ilerda-Lérida (monedas omonoyas de Ilerda-Marsella) y además con denarios romanos de 218 a 217. En Tivissa, además, se encontraron vasos de plata helenísticos procedentes del comercio con los griegos.⁵⁸ Además de las dos ciudades mencionadas tuvieron acuñación propia Barcino (Barcelona) y Saetabis-Játiva (en la provincia de Valencia).⁵⁹ A Emporion debieron llegar en el siglo III, además de productos cartagineses, bronce etruscos, conociéndose un espejo con una escena mitológica, paralelo de un hallazgo de otro espejo de bronce que apareció entre Nissan y Colombiers (Aude), procedente probablemente de Ensérume.⁶⁰

El comercio de Emporion, además, debía extenderse no sólo a Sicilia, como lo demuestran los tipos de sus monedas, sino a la zona cartaginesa, probablemente a Ibiza y aun a la zona de Cartagena: hacia la primera mitad del siglo III se acuñaron monedas emporitanas de módulos y tipos influenciados por el sistema cartaginés, de las cuales se encontró una en una mina de



plata abandonada cerca de Cartagena, explotada en tiempo del poderío de los Bárquidas.⁶¹

De las colonias del sureste sólo conocemos hallazgos de La Albufereta (Leuké ákra), apareciendo allí, además de cerámica helenística, los mismos hornillos de tierra cocida que se conocen de Emporion y de la necrópolis indígena de Rubi en Cataluña, y que llegaron hasta Ibiza y Villaricos en España, así como son conocidos también de Cartago en el siglo III.⁶²

De los tiempos todavía prósperos del comercio griego hasta la primera guerra púnica, dan testimonio las monedas del siglo III halladas en los tesoros de Cheste, Mogente y Montgó. Acaso el motivo de haberse enterrado fué la ofensiva cartaginesa que hizo desaparecer las colonias griegas.

De este período, en Ibiza, existen abundantes hallazgos —además de los de la necrópolis del Puig des Molins que sigue utilizada sin interrupción— de la Cueva des Cuyeram, en donde debió existir un santuario cartaginés, y que ha proporcionado abundantes figuritas de tierra cocida, muchas de tipo helenístico (entre ellas los hornillos para perfumes), además de cerámica helenística (que se imitaba también en Ibiza) y de tierras cocidas cartaginesas. De Ibiza, sin circunstancias conocidas del hallazgo, se conoce una plaquita de bronce con una inscripción púnica que conmemora una dedicación hecha por un sacerdote.⁶³

De los demás lugares cartagineses es poco lo que se conoce. En Akra Leuké (La Albufereta) se hace sensible la nueva fundación por un estrato en el que predomina la cerámica ibérica junto con cerámica cartaginesa.⁶⁴ De Cartagena, la gran base de los Bárquidas, fundada por Asdrúbal, no se conoce gran cosa.⁶⁵

La evolución de la cultura indígena parece haber seguido en forma decadente a partir de fines del siglo IV, y sobre todo en el III, y las importaciones griegas van desapareciendo en el



sureste y en el sur. Es característica de esta decadencia la degeneración del estilo de los vasos de Liria. Aunque es difícil fecharlos exactamente, parecen pertenecer a este período el de la figura 4 de la publicación de Pericot,⁶⁶ que conserva un recuerdo todavía de la buena época y que puede ser de fines del siglo iv y los que muestran un estilo ya bárbaro: el de la figura 5 con una cacería de ciervos con redes y un curioso vaso, figuras 6-7, con escenas de caza y de pesca y hombres que cogen granadas de un árbol, documento que coincide con la introducción de este árbol frutal en España por los cartagineses: estos dos vasos son probablemente de la primera mitad del siglo iii. La serie de los vasos de Liria termina con el de la figura 8, que representa un combate naval y una escena de lucha entre guerreros de a pie, de estilo muy degenerado, que puede pertenecer a la segunda mitad del siglo iii, poco antes de la destrucción de la ciudad, que puede suponerse que sucumbiría como Sagunto en tiempo de Aníbal.

El curso de los acontecimientos se refleja también en Andalucía. Todavía en la primera mitad del siglo iii su cultura era floreciente: las esculturas de Osuna, cuyo principio puede ser anterior, en parte pertenecen a este período, como lo demuestra una representación de un guerrero con un escudo de La Téne II (siglo iii). Las campañas de Amílcar destruyeron probablemente la ciudad, debiéndose a ello la devastación que descubrieron las excavaciones y confirmándolo que algunas de dichas esculturas fueron aprovechadas como material de construcción al levantarse las fortificaciones del lugar a principios de la época romana. La cesación gradual de las relaciones con los griegos lo indica también que las importaciones griegas desaparecen desde poco después de principios del siglo iii, reflejándose esto en los sepulcros indígenas de Villaricos, en donde habían sido aquéllas tan importantes en los siglos v y iv.



Andalucía siguió, bajo los Bárquidas —que explotaron intensamente sus minas y que reclutaban numerosas tropas en su territorio— repitiendo su cerámica pintada con motivos geométricos en los que apenas se nota ninguna evolución.⁶⁷ Un conjunto importante de esta cerámica se ha encontrado en el norte de África, en la necrópolis de Orán, junto con armas ibéricas (falcatas), figuritas de tierra cocida de estilo helenístico y monedas púnicas de Ibiza. De acuerdo con García Bellido puede atribuirse a una guarnición de las tropas auxiliares españolas reclutadas por Aníbal y que según Polibio⁶⁸ constaban de mastienos, tartesios, oretanos y olcades, y que Aníbal, para asegurar la sumisión de las tribus libias desembarcó, parte en Cartago y parte en la Libia de los metagonios (o sea cerca de Orán), antes de emprender sus campañas de 219-218. A la misma Cartago había llegado anteriormente cerámica ibérica de tipo andaluz.⁶⁹

Sólo el territorio más alejado de la influencia cartaginesa y más en contacto con Emporion pudo seguir floreciendo sin interrupción. Este es el caso de Cataluña, del bajo Aragón y del valle del Ebro. En San Antonio de Calaceite, la ciudad —destruída a principios del siglo II (posiblemente en las campañas romanas de Catón)—, siguió durante el III y de ella se conoce un fragmento con una figura humana bárbara que puede compararse a los vasos decadentes de Liria.⁷⁰ La cultura ibérica de Aragón llega al límite de Celtiberia, hasta cuyas necrópolis en el siglo III llegan los vasos ibéricos, que tienen una representación en Luzaga y en Segeda (Belmonte), en esta última localidad con decoraciones muy ricas y elegantes, geométricas y florales, llegando también a Beruela y constituyendo el punto de partida para la transformación del arte numantino.⁷¹ Esta etapa del siglo III en el valle del Ebro, en realidad, fué el principio del nuevo florecimiento que en el siglo II, bajo los romanos y recibiendo todavía importaciones griegas, de las que hay abun-



dantes vasos que continúan los tipos helenísticos, producirá la bella cerámica pintada de Azaila.⁷²

Interesante para las relaciones de los colonizadores con los pueblos indígenas es la cultura peculiar que se desarrolla en las Baleares a partir de fines del siglo IV, y sobre todo en el siglo III, la época en que los mercenarios baleares figuraban en gran cantidad en los ejércitos de Cartago. Esta cultura, conocida por la reocupación parcial de algunos de los antiguos poblados de la época de los *talaiots*, por pequeños santuarios locales (*Cos-titx*, *Les Salines* en Mallorca) y por cuevas artificiales sepulcrales, ofrece una curiosa mezcla de la ruda cultura local (con cerámica que continúa la vieja de los *talaiots* y objetos rituales: protomos de toro, palomitas de bronce, etc.), con importaciones helenísticas escasas, cerámica ibérica y cerámica y perlas de collar cartaginesas.⁷³

NOTAS

1 *Fontes Hispaniae Antiquae*, II. Para Caron de Lampsaco: Beaumont, *loc. cit.*

2 *Fontes Hispaniae Antiquae*, II.

3 Pseudo Escílax, 112. Ver Beaumont y Cary-Warmington, *lugares citados*. Especialmente el último, p. 97.

4 Cary-Warmington, p. 97.

5 Localización de la isla de Sarpedón en Cerne: Paléfato hacia 350. (*Fontes Hispaniae Antiquae*, II, p. 50.)

6 Cary-Warmington, pp. 98-99.

7 Ver los testimonios históricos en *Fontes Hispaniae Antiquae*, II, pp. 22-23, 40, 41, 44-45 y 70. Sobre la importancia de los mercenarios para



la cultura ibérica llamamos la atención en nuestro artículo: *Las correrías de los soldados ibéricos y el origen del arte ibérico del sureste y sur de España*, en la revista "Hispania" (Madrid, 15 de enero de 1925) y luego en *Beziehungen der iberischen zur griechischen Kunst*. Ver también García Bellido, *Los iberos de la Grecia propia y en el Oriente helénico* ("Boletín de la Academia de la Historia", 1934), y, del mismo, *Los iberos en Sicilia* ("Emérita", VII, Núms. 1-2, 1939).

8 En dos ocasiones el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Cataluña intentó investigar la arqueología de Rosas, sin resultado. Estas investigaciones proporcionaron fragmentos de figuras rojas áticas del siglo V encontradas en los glacis de la fortaleza moderna y en campos próximos a la ciudad, pero sin que puedan ponerse en relación con restos de la colonia. Esto y las monedas de la serie de Rodas que empiezan después de 410, imitando las bellas monedas de Evaineto de Siracusa, es todo lo que se tiene de la arqueología de Rosas.

9 El Asclepio de Emporion parece relacionarse con el "hiparco" (oficial de la caballería) y con el efebo que conduce los bueyes al sacrificio, así como con los dioses del friso de las Panateneas del Partenón, y con los relieves encontrados por Kavvadias que ornaban el templo de Epidauro, como han puntualizado Carpenter y Philadelphus. Este último lo considera como derivando de una copia de la estatua criselefantina de Epidauro debida a Trasimedes, hijo de Arignoto de Paros, quien habría imitado la cabeza del Zeus de Olimpia. Todo él, como los paralelos griegos señalados, se halla dentro de la tradición fidiásica y presenta un tipo anterior al de las demás estatuas de Asclepio que poseemos. Ver: Carpenter, *The Greeks in Spain* y A. Philadelphus, *Un chef d'œuvre de la sculpture grecque du Vème. siècle en Catalogne. L'Esculape d'Emporion dans le Musée Archéologique de Barcelone* ("Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans", VIII, 1927-31, pp. 60-68). Ver también Bosch, *L'Art Grec à Catalunya*.

10 Bosch, Serra-Ráfols, Castillo, *Emporion* (Barcelona, 1934); Bosch, *L'Art Grec à Catalunya* (Barcelona, 1938); Cazorro-Gandía, *La estratificación de la cerámica de Ampurias* ("Anuari del Inst. d'E. C.", V, 1913-14, pp. 657 y ss.); Frickenhaus, *Griechische Vasen aus Emporion* ("Anuari del Inst. d'E. C.", II, 1908, pp. 195-295, Crónica); F. Hauser, *Fragmentierte Pelike aus Emporion (Museum zu Barcelona)* en Furtwängler-Reichhold, *Griechische Vasenmalerei*, serie III, texto (Munich, 1932); K. Schefold, *Untersuchungen zu den Kertscher Vasen* (Berlin-Leipzig, 1934). La crá-



tera de Frickenhaus, Núm. 51 = fig. 59 es considerada por Beazley como del "pintor del tirso negro" y de 380 a. de J. C. y no de la especie de Kertch.

11 Ver los dos trabajos citados anteriormente de Amorós y además del mismo, *Les dracmes emporitanes* ("Gabinet Numismàtic de Catalunya", Barcelona, 1933).

12 Lafuente, trabajo citado sobre las excavaciones de La Albufereta. Agradezco al profesor Beazley, de Oxford, haberme comunicado amablemente su opinión sobre el vaso perteneciente al "pintor de Iena".

13 Sobre Cádiz y el sarcófago antropoide, ver Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 266-277 y figs. 277-278 (reproducido también en Pericot, *Historia de España*, I, p. 269) y la bibliografía sobre Cádiz, en Bosch, *Etnología*. El sarcófago de Cádiz, en el que es imposible ver las influencias de arte arcaico griego que se habían supuesto, parece colocarse entre los de tipos egipzantes como el de Eshmunazar de Sidón del siglo V y la serie helenizante del IV, reproduciendo su cara rasgos étnicos semíticos. Ver Contenau, *La Civilisation Phénicienne* (París, 1926), pp. 241 y ss.

14 Vives, *Estudio de arqueología cartaginesa*, y Colomines, *Les terracuites cartagineses d'Eivissa*. Los paralelos de Cartago para el siglo V siguen siendo las necrópolis de Douimés, Dermech y Byrsa (Saint Louis): ver la bibliografía citada en la nota 14 del capítulo VI. Para el siglo IV, con los últimos sepulcros de la necrópolis de Douimés y algunos de Byrsa, las necrópolis de Ard-el-Kheraib y Dar-el-Mourali, así como las de los *rabs* (senadores) y sacerdotes. Para Douimés y Byrsa la bibliografía anteriormente citada. Para Ard-el-Kheraib: A. Merlin y L. Drapier, *La nécropole punique d'Ard-el-Kheraib à Carthage* (París, 1909), y Moret, en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1911. Para Dar-el-Mourali: P. Gaukler, *Marche du Service des Antiquités en 1903*, y del mismo, *Nécropoles puniques de Carthage* (París, 1915). Para las de los *rabs* y sacerdotes: Délattre en "Cosmos", 1899, 1901, 1903, 1904, 1906; Id. en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions", 1900, 1901, 1902, 1903, 1904, 1905, 1906. También, para este periodo, entra en consideración la necrópolis de Gouraya en la costa de Argelia: S. Gsell, *Sépultures puniques de la côte algérienne* (París, publicación de la "Association Historique de l'Afrique du Nord", 1903), y P. Gaukler, *Nécropoles puniques de Carthage* (París, 1915), II, pp. 321 y ss.

15 Siret, *Villaricos y Herrerías*.



16 Además de los vasos de Kertch de Alcacer do Sal, hay que mencionar en relación con este problema la noticia sobre importación de vasos griegos en las costas marroquíes que da el Pseudo Escílax, 112, mencionada anteriormente. Probablemente las relaciones entre griegos y cartagineses se intensificaron en la primera mitad del siglo IV y de entonces debía ser la introducción de mercancías griegas en los mercados africanos.

17 Ver las publicaciones citadas. La estela de Villaricos reproducida en Pericot, *Historia de España*, I, p. 364. En el sureste: Molar, La Bastida. En realidad los objetos cartagineses en los poblados del sureste son escasísimos e insignificantes más al norte (perlas de vidrio azul en Puig Castellar cerca de Barcelona), aunque llegaron luego en el siglo III hasta Celtiberia (Numancia), en donde pudieron recibirse junto con la cerámica helenística que también se encuentra entonces. La posibilidad de introducción mediante las colonias griegas la confirma que se encuentren también objetos cartagineses en La Albufereta y en Emporion.

18 En la sepultura 76 apareció una asa de hidria de bronce con una cabeza de Sileno y urnas cinerarias de piedra con pinturas policromas de tipo griego con escenas humanas y grifos, todavía con ciertos resabios arcaizantes: el asa de bronce, en opinión del profesor Jacobsthal, de Oxford (al que tengo que agradecer que discutiese amablemente conmigo la cronología de muchos de los hallazgos españoles), es de los alrededores de 450-440. En la sepultura 10 apareció una pequeña escultura de león que recuerda los leones ibéricos arcaicos del tipo del de Focea y una cornalina con la imagen de Osiris, probablemente de procedencia cartaginesa. En la sepultura 2 una urna cineraria en forma de caja de piedra, con pinturas geométricas de tipo griego y el pavimento pintado con curiosos motivos que aparecen como dispuestos a manera de tablero de ajedrez. En la sepultura 6 dos jarras ovoides con pinturas geométricas de motivos orientales, también probablemente cartaginesas, junto con cerámica ibérica pintada con motivos geométricos andaluces.

19 Las circunstancias de los hallazgos y el inventario de las sepulturas de Galera se halla en J. Cabré, F. de Motos, *La necrópolis de Tútugi* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", 1920); los objetos griegos y cartagineses en Cabré, *Objetos exóticos y de procedencia oriental en las necrópolis turdetanas* ("Boletín de la Sociedad Española de Excursiones", xxviii, 1920).



- 20 Senent, *Excavaciones en la necrópolis de El Molar* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones", Núm. 107 de 1929).
- 21 I. Ballester, L. Pericot, *La Bastida de "Les Alcuses" (Mogente)*. ("Archivo de Prehistoria Levantina", I, 1928), lám. XIII-c.
- 22 Siret, *Villaricos y Herrerías*, lám. XII.
- 23 Bosch, *Etnología*, p. 407, figs. 371-377; Hélène, *Les origines de Narbonne*, p. 387-391, figs. 252-254; ver también F. Mouret, *La collection Mouret (fouilles d'Ensérune)* ("Corpus Vasorum Antiquorum").
- 24 Lafuente, *Las excavaciones en La Albufereta*.
- 25 Siret, *Villaricos y Herrerías*, lám. X y IX, respectivamente.
- 26 J. Cabré, *El sepulcro de Toya* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1926, pp. 73-101). Además de la cratera apareció un disco de cobre dorado con una cabeza de león repujada, también griego. De la misma época (400-380) son varios fragmentos de La Bastida (Ballester-Pericot, *loc. cit.*, lám. XIII-b).
- 27 Schefold, *Untersuchungen zu den Kertscher Vasen* (Berlín-Leipzig, 1934), Núm. 271: "skyphos" con dos caras de mujer (reproducido en el "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", VI, 1915-20, Crónica, p. 709, fig. 554).
- 28 De Ensérune: Schefold, *loc. cit.*, y Hélène, *Les origines de Narbonne*, p. 395, fig. 255. De Montlaurés: Schefold, *loc. cit.*, y Hélène, *loc. cit.*, p. 385, fig. 251. Puig Castellar: Schefold, *loc. cit.* (reproducido en el "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", VI, 1915-20, p. 596, fig. 369); La Bastida: Ballester-Pericot, *loc. cit.*, lám. XIII-a.
- 29 Lám. en el artículo *Alcacer do Sal* en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert. Más allá del estrecho, aunque en territorio tartesio todavía, se cita cerámica ibérica del siglo V de la ciudad ibérica de Niebla (provincia de Huelva). (Dixon, *The Iberians of Spain*, p. 135.)
- 30 Beaumont, *loc. cit.*, y Cary Warmington, p. 52.
- 31 Ensérune: Hélène y Muret, *lugares citados. Cabrera de Mataró*: "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", VII, 1921-26, pp. 68-70, Crónica. Puig Castellar: "Anuari" VI (1915-20), pp. 593-597, Crónica. Sorba y Anseresa: Serra-Vilaró, *Excavaciones en el poblado ibérico de Sorba y Excavaciones en el poblado ibérico de Anseresa (Olius)* ("Memorias de la



Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades”, Núms. 44 de 1920-21 y 35 de 1919, respectivamente). *La Bastida*: Ballester-Pericot, *loc. cit.*, láms. xi-xii. *La Serreta*: C. Visado, *Excavaciones en el monte de “La Serreta” (Alcoy)* (“Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades”, Núms. 41 de 1920-21, 45 de 1921-22 y 56 de 1922-23). Hay que proceder a una revisión de toda la cerámica negra que, en la bibliografía corriente, se suele llamar “campaniense”, con o sin palmetas y que, de ordinario, se fechaba del siglo iii en adelante, pues se trata propiamente de cerámica griega barnizada de negro más usual que la pintada y que es en realidad contemporánea en sus principios de la pintada, llegando al siglo v y continuando hasta la época helenística tardía, dependiendo su fecha de las decoraciones estampadas, del barniz, de las formas, etc. Importantes para la clasificación y fecha de esta cerámica son: A. D. Ure, *Red figured cups with incised and stamped decoration* (“Journal of hellenic studies”, lvi, 1936, pp. 205 y ss.); C. L. Woolley, *Al Mina, Sueidia* (Id., Id., lvm, 1938, pp. 1 y ss.); H. A. Thompson *Excavations in the Athenian agora. Two centuries of hellenic pottery* (“Hesperia, Journal of the American Schol of classical studies at Athens”, iii, 1934, pp. 311 y ss.)

32 J. R. Mélida, *El Hércules de Alcalá la Real* (“Boletín de la Sociedad Española de Excursiones”, Madrid, 1930, pp. 108 y ss.)

33 Bosch, *Etnología*, p. 291, fig. 237.

34 Ver la figura de la página 319 de Pericot, *Historia de España*, I.

35 J. Martínez Santa Olalla, *Una vajilla de plata del país de los mastienos* (“Investigación y Progreso”, 1932, p. 163).

36 Carpenter y Dixon, *obras citadas*. Para las esculturas en piedra, además, P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, I (París, 1903); Bosch, *Etnología y Beziehungen*, y Pericot, *Historia de España*, I.

37 Trabajo citado anteriormente de Alvarez Ossorio. Además R. Lan-tier y J. Cabré, *El santuario ibérico de Castellar de Santisteban* (“Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas”, Madrid, 1927); I. Calvo y J. Cabré, *Excavaciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)* (para Despeñaperros) (“Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades”, 1917, 1918, 1919).

38 Bosch, *Traballes del possible santuari de San Antonio el Pobre (El Palmar, Murcia)* (“Anuari del Institut d'Estudis Catalans”, 1925-26, Cróni-



ca, pp. 162 y ss.), y C. de Margelina, *Excavaciones en el santuario ibérico de Nuestra Señora de la Luz* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 77 de 1924-25).

39 C. Visado, *Excavaciones en el monte de "La Serreta", próximo a Alcoy (Alicante)* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 41 de 1921-22 y 36 de 1922-23).

40 Bosch, *Etnología*, fig. 313. Desarrollo de la decoración del vaso en Dixon, *The Iberians of Spain*, lám. x.

41 Bosch, *Beziehungen*, lám. xviii, fig. 1; Id., *Relaciones entre el arte ibérico y el griego*, lám. v, 3, y Bosch-Serra-Castillo, *Emporion*, figura de la página 35.

42 Oliva: Bosch, *Beziehungen y Relaciones*; el vaso de los guerreros reproducido en color en Bosch, *Die iberische Kunstgewerbe*, lám. xiii; en Bosseret, *Geschichte des Kunstgewerbes*, 1 (Berlín, 1929). Charpolar: L. Pericot, *El poblado ibérico del Charpolar* ("Archivo de Prehistoria Levantina", 1, 1928, pp. 157 y ss.) La Serreta de Alcoy: C. Visado, *Excavaciones en el monte de "La Serreta" próximo a Alcoy (Alicante)* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 41 de 1920-21, 45 de 1921-22, 56 de 1922-23). Liria: L. Pericot, *La céramique de San Miguel de Liria* ("Revue archéologique", enero-marzo de 1936, pp. 95 y ss.) Fragmentos de cerámica con decoraciones florales, como las de Alcoy, Oliva, etc., se han encontrado también en Sagunto.

43 Bosch, *La cultura ibérica del bajo Aragón* ("Guías del IV Congreso Internacional de Arqueología", Barcelona, 1929); para los poblados del bajo Aragón. Para la costa francesa ver Hélène, *Les origines de Narbonne*, fig. 215, p. 338 (Cayla) y fig. 216, p. 339 y fig. 220, p. 344 (para los vasos ibéricos más antiguos de Ensérune).

44 J. Colominas y A. Durán, *Restes de poblats ibèrics al Pla d'Urgell i Segarra* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", vi, 1915-20, Crónica, pp. 606 y ss.) con figuras de la cerámica ibérica de Sidamunt.

45 Para San Antonio de Calaceite ver el trabajo citado: Bosch, *La cultura ibérica del bajo Aragón*, y Bosch, *Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", vi, Crónica, 1915-20, figs. 510-514 de las pp. 662-63), y Bosch, *Pyrenaische Halbinsel*



en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert (vaso con decoración floral, lám. 158-c.)

46 Textos, comentados antes, de Pausanias, x, 8, 6 y x, 18, 7, que hablan claramente de dos trofeos (el león y el Apolo) y que no parece que puedan reducirse sólo a la primera guerra anterior, como Schulten quiere hacer en *Fontes Hispaniae Antiquae*, III, p. 4. En *Fontes Hispaniae*, II, p. 71, acertó en poner, por lo menos en parte, los textos de Pausanias en relación con una batalla naval del tiempo del Crimiso. Como hay dos trofeos en Delfos, debió haber dos batallas en épocas distintas, que serían la de Artemision a principios del siglo V y la del Crimiso después de mediados del IV.

47 Schulten en *Fontes Hispaniae Antiquae*, II, pp. 64-65 y Beaumont, *loc. cit.*

48 Justino, XLIII, 3-4 y 5-3. Ver también Schulten, *The Carthaginians in Spain* ("Cambridge Ancient History", VII, 1928).

49 Polibio, I, 10-5 (Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae*, III, p. 9).

50 *Fontes Hispaniae Antiquae*, III, p. 9, y *loc. cit.* de la Cambridge Ancient History, VII.

51 Ver los textos y los comentarios de Schulten en *Fontes Hispaniae Antiquae*, III, pp. 10 y ss. Sobre el tratado del Ebro y su significación, especialmente, la p. 17.

52 Schulten en *Fontes Hispaniae Antiquae*, III, pp. 77-81 y Cary-Warmington, *The Ancient Explorers*, pp. 33-40.

53 Cary-Warmington, *Ancient Explorers*, pp. 98-103. La continuidad de relaciones entre la costa española y el norte de Africa la atestigua el hallazgo en Tamuda (a 5 kilómetros de Tetuán) de pebeteros de tradición púnica, cerámica campaniense tardía del sur de Italia, cerámica ibérica de estilo decadente y monedas ibero-romanas autónomas de Segobriga y de Cástulo, junto con otras de Gadir, todo ello del siglo II a. de J. C., pertenecientes acaso a una pequeña guarnición de tropas auxiliares ibéricas enviadas por los romanos. Ver A. García Bellido, *Iberos en el norte de Africa* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 347 y ss.)

54 La historia de la urbanización y de las construcciones de Emporion esbozada en Bosch-Serra-Castillo, *Emporion* (Barcelona, 1934), (guía de las excavaciones, nueva edición corregida de la publicada con ocasión del IV



Congreso Internacional de Arqueología). En este trabajo se exponen algunos puntos de vista que modifican los de los primeros estudios de Puig y Cadafalch y de Cazorro-Gandía: del primero, *Els temples d'Empuries* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", iv, 1911-12, pp. 302 y ss.), y la Crónica de las excavaciones en el "Anuari", iii (1909-1910) a vii (1921-26) y de Cazorro-Gandía el trabajo citado sobre la estratigrafía. En 1936 se estaba procediendo al estudio de la cronología de las construcciones por nosotros en colaboración con el arquitecto José Gudiol, después de terminada la excavación de la Neápolis en la campaña de 1935 y de completado el levantamiento del plano, trabajo interrumpido por la guerra. Los hallazgos mencionados en el texto en la guía citada y en Bosch, *L'Art Grec a Catalunya* (Barcelona, 1938).

55 *Hornillos con la cabeza de Demeter*. Emporion: Bosch, *L'Art Grec a Catalunya*, figs. 25-26; Rubi: "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", vi, 1915-20, Crónica, p. 601, fig. 373; Ensérune: Hélène, *Origines de Narbonne*, p. 413, fig. 273. *Cerámica del horno de Fontcaldes* de Cataluña: Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*, pp. 396-397, figs. 368-369 (de Fontcaldes), y p. 401, fig. 373 (de San Miguel de Sorba en la comarca de Solsona); Bosch, *Etnología*, p. 414, fig. 388 (Ensérune): *Los vasos de La Tène de Emporion* semejantes a los de Ensérune reproducidos por Bosch, *Etnología*, p. 418, fig. 393 y por Hélène, *Les origines de Narbonne*, pp. 314-315, figs. 198-199.

56 Amorós, *Les dracmes emporitanes* ("Gabinet Numismàtic de Catalunya", Barcelona, 1933).

57 Ferrandis, *La moneda hispánica* ("IV Congreso Internacional de Arqueología", Barcelona, 1929), p. 6. Ver también "Anuari del Institut d'Estudis Catalans", v, 1913-14, Crónica, p. 858, y M. Gómez Moreno, *Notas sobre numismática hispánica* ("Homenaje a Mérida", ii, "Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos", 1934, p. 173).

58 El importante tesoro de vasos de plata de Tivissa se halla prácticamente inédito. Sólo uno de los vasos reproducido en la *Memoria 1936-37 del Servei d'Excavacions i Arqueologia de Catalunya* (Barcelona, 1937), lám. ii.

59 Ferrandis, *loc. cit.*

60 García Bellido, *Espejo etrusco de Ampurias* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1936, pp. 191-193). El de Ensérune en Hélène, *Les origines de Narbonne*, p. 358, fig. 234.



61 Amorós, *Les dracmes empuritanes*, pp. 39-42. También: Amorós, *Una troballa de monedes empuritanes*, antes citado, pp. 18-23.

62 Para La Albufereta, la publicación citada de Lafuente. Los hornillos de Ibiza en Vives, *Estudio de Arqueología Cartaginesa*. El de Villaricos en Siret, *Villaricos y Herrerías*. De Cartago, procedentes de las necrópolis de Sainte Monique y Odéon: ver Délattre, *Carthage, La nécropole punique voisine de la colline de Sainte Monique. Le premier mois de fouilles, janvier de 1898* ("Cosmos", 1899), y (para la del Odeón), P. Gaukler, *Nécropoles puniques de Carthage* (París, 1915), lám. 93.

63 Para Ibiza: Vives, *Estudio de Arqueología Cartaginesa. La necrópolis de Ibiza* (Madrid, 1917). La placa de bronce con inscripción, publicada por E. Littmann en "Forschungen und Fortschritte" de Berlín, mencionada también por Lafuente en su publicación de La Albufereta, actualmente se encuentra en el Museo de Alicante. Su texto dice: "Mandó construir, hizo promesa y mandó grabar esta figura Abd Eshmun, el hijo de Azar Baal, el sacerdote, para nuestra dueña Tanit, la poderosa." En Cartago entran en consideración para este período, todavía, las necrópolis de los *rabs* (senadores) y *sacerdotes* (del siglo IV y III), parte de *Byrsa* (Saint Louis), *Ard-el-Kheraib* (que termina a fines del siglo IV), y *Dar-el-Mourali* (siglos IV y III). Especialmente hay que tener en cuenta, por cubrir exclusivamente este período, *Sainte Monique* (desde mediados del siglo IV a todo el III), *Bordj-el-Djedid* y la *colina de Juno* (siglo III) y el *Odeón* (desde fines del III a 149, ó sea el período de la segunda guerra púnica hasta la tercera). Para las que empiezan antes de mediados del siglo IV, ver la bibliografía citada en la nota 14 del presente capítulo. Para *Sainte Monique*: Délattre, *Nécropole de Sainte Monique* ("Cosmos", 1899, 1901 y 1904), Id. en "Memoires de la Société Nationale des Antiquaires de France", LVI; Id. en "Comptes-rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1899, 1900, 1901, 1902 y 1906; Gaukler en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1903. Para *Bordj-el-Djedid*: Délattre, en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions", 1898 y 1908; Merlin, en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions", 1907; Schulten, en *Archaeologischer Anzeiger*, 1906. Para la *colina de Juno*: Délattre, *Douïmès et la colline de Junon* ("Bulletin du Comité Archéologique de l'Afrique du Nord", 1907). Para el *Odeón*: Gaukler, *Nécropoles puniques de Carthage* (París, 1915); Id., "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions", 1903, "Revue Archéologique", 1902; Id., "Bulletin du Comité Archéologique de l'Afrique du Nord", 1900 y 1906. Para la época de las luchas con Agatocles entran



en consideración los sepulcros de *Ibel Mlezza*, cerca del cabo Bon: P. Cintas y E. G. Gobert, *Les tombes du Ibel Mlezza* ("Revue Tunisienne", nouvelle série, Núms. 38, 39, 40, 1939) y para el siglo III y comienzos del II también los sepulcros de Gouraya en la costa de Argelia (ver las publicaciones citadas en la nota 14 del presente capítulo, de Gsell y Gaukler). De época tardía son también los sepulcros de *El Kram*, al sur de las lagunas de Túnez: ver Gsell, *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, 1899, así como los del noroeste del lago de Túnez: ver Carton en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions", 1910, y en "Revue Archéologique", 1911.

64 Lafuente, *loc. cit.*

65 En las excavaciones practicadas por M. González Simancas: *Excavaciones en Cartagena* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 102 de 1928), que no han dado ninguna luz sobre la estratigrafía, se encontró una estela púnica. De la época post-cartaginesa hay urnas ibéricas con decoración de hojas de yedra y estilizaciones de espirales y hojas derivadas de los antiguos motivos florales del sureste, que se conocían de Elche y habíamos sospechado que eran muy tardías (Bosch, *El problema de la cerámica ibérica*, láms. 1, 2) y los hallazgos recientes de otros lugares han revelado que su fecha es el siglo II a. de J. C.: urna de Tamuda; García Bellido, *Iberos en el Norte de Africa* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 347-349), fig. 4. De la misma fecha o de más tarde son otros fragmentos de La Albufereta (Lafuente, *loc. cit.*), y aun de Sagunto.

66 Pericot, *La cerámica ibérique de San Miguel de Liria*, citada.

67 El siglo III, sobre todo en su última parte, debió ser de estancamiento en la cultura andaluza, debido al dominio cartaginés y a la explotación sistemática de las riquezas naturales andaluzas por los Bárquidas. Esto se translucía en que las grandes necrópolis, como Galera, si bien parecen llegar al siglo III, la cultura que revelan entonces es mucho más pobre que en los tiempos anteriores. Lo mismo se observa en la necrópolis indígena de Villarricos. La cerámica repite las decoraciones estereotipadas anteriormente. Un buen ejemplo de ella es la necrópolis de Orán en Africa (ver la nota siguiente). Esta cerámica, empobrecida, continúa todavía bajo la romanización (Mogón) y si bien el país sigue, bajo el yugo romano, tan duro o más todavía que el cartaginés, produciendo y explotando sus riquezas, la cultura ha perdido toda su anterior fecundidad. Ver N. Feliciani, *L'Espagne à la fin*



du IIIème siècle av. J. C. ("Boletín de la Real Academia de la Historia", XLVI, 1905, p. 363 y ss.) y N. Feliciani y J. J. Nostrand, *Roman Spain* en "Economic Survey of Ancient Rome", III (Baltimore, 1937).

68 Polibio, III, 33, 9-13. Ver García Bellido, *Iberos en el Norte de Africa* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 347-349).

69 Bosch, *El problema de la cerámica ibérica* (Madrid, 1915), p. 52, fig. 20, y P. Paris en "Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres", 1913, pp. 10 y ss. Se trata de una cratera, probablemente del siglo IV, imitada de las crateras en forma de campana griega como las de las necrópolis andaluzas, con círculos concéntricos y líneas onduladas, tipo que también existe en Francia (Ensérunc): Bosch, *Etnología*, p. 411, fig. 383, y Héléra, *Les origines de Narbonne*, p. 347, fig. 224. El tipo es sin duda andaluz y cabe preguntarse si el ejemplar francés como el de Cartago procede del sur de España. En Ensérunc hay varios ejemplos de cerámica de posible procedencia andaluza, que llegarían a través del comercio griego.

70 Bosch, *La cultura ibérica en el Bajo Aragón*.

71 Ver Bosch, *Etnología*, p. 576 y p. 581. Los vasos de Belmonte entran de lleno en la cerámica ibérica del Ebro (*Etnología*, p. 561, fig. 507 y p. 563, fig. 508), aunque se hallan en pleno territorio celtibérico. Los de las demás necrópolis (Luzaga, Molino de Benjamín Arcóbriga, Gormaz, Osma), son propiamente vasos posthallstáticos que han adoptado algunos motivos ibéricos, como sucede también en las ciudades celtibéricas de la región numantina (Bosch, *Etnología*, pp. 579-580).

72 Bosch, *Etnología*, y Pericot, *Historia de España*, I.

73 P. Bosch-Gimpera y J. Colomines, *Les fouilles de Majorque et la Préhistoire des îles Baléares* ("Commission Internationale pour la Préhistoire de la Méditerranée Occidentale. Conférence de Barcelone, 1935", Barcelona, 1937), pp. 17-24, con ilustraciones y la bibliografía pertinente. Ver también Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*.



CAPITULO IX

LA EVOLUCION DE LOS PUEBLOS PENINSULARES INTERRUMPIDA POR LA EXPANSION CARTAGINESA Y POR LA CONQUISTA ROMANA

1. *Las conquistas*¹

La evolución de los pueblos de España, antes de interrumpirla el intento de dominio cartaginés y particularmente la romanización, parecía tender a *estabilizar pueblos que iban asimilándose pacíficamente las influencias griegas* y que hubieran podido llegar a un elevado nivel.

Las luchas con Amílcar y los cartagineses, que buscaron una compensación en España por los desastres de Sicilia, comenzaron a *transformar* el cuadro, aunque no interrumpieron del todo la prosperidad del sur y del norte. En determinados momentos los Bárquidas hacen también política de atracción y se casan con princesas indígenas, pertenecientes a las grandes familias tartesias (Aníbal, Asdrúbal), lo que no hubiera hecho jamás un pretor romano.

Con la guerra de Sagunto comienzan las hecatombes, que continúan bajo los romanos con las matanzas en masa que diezman la población (Escipión en Andalucía: Iliturgi y en las guerras celtibéricas: Coca). Los primeros decenios de la conquista



romana y casi todo el siglo II empobrecen el país con las depredaciones de los pretores, los repetidos y cuantiosos tributos y las especulaciones de los “negotiatores”, provocando nuevas sublevaciones y prolongadas guerras; a pesar de la política hábil de Catón, el primer organizador de España, propiamente, el resultado obtenido por los romanos es escaso durante mucho tiempo y los tesoros arrancados a los pueblos españoles apenas si compensan los sacrificios hechos. “The chief item exported between 200-133 was experience” (Sutherland)² y “el dominio romano en España sólo puede calificarse de brutal”. (Schulten.)³

Después del primer tercio del siglo II, Andalucía fué turbada sólo por las incursiones de los lusitanos y el este con el Ebro poco a poco conoció la paz. Sólo en Celtiberia o en Lusitania se luchaba, y luego, en el siglo I, repercutieron en España las guerras civiles romanas, terminando las luchas con la guerra cántabra en tiempo de Augusto.

Sin embargo, en las regiones pacificadas poco a poco se rehizo la antigua prosperidad, a medida que la administración romana se tornaba más normal y menos despótica.

La población había evolucionado, especialmente en el sur. Grandes masas proletarias y de esclavos poblaron entonces los distritos mineros de Cartagena y Sierra Morena, se establecieron colonias romanas en Andalucía (Itálica, Córdoba), hasta una de libertos en Carteia para los hijos de soldados romanos y mujeres indígenas, en número de 4,000, en 171. A la vez, en Andalucía las clases sociales indígenas, más marcadas que en el este o que en Cataluña, evolucionaban en el sentido de una burguesía urbana y latifundista, acrecida con los nuevos elementos romanos, apoyándose en masas campesinas y obreras.

La persistencia de la cultura indígena bajo el dominio romano, por lo menos en la época republicana, la comprueba el uso de cerámica ibérica hasta muy tarde, como lo denota el vaso que contenía el tesoro numismático de Mogón (provincia



de Jaén), de fines del siglo II y que es un vaso ibérico de estilo andaluz corriente.⁴ Por lo demás, la prosperidad económica de Andalucía parece rehecha. Lo demuestran las joyas de plata que hay que creer de trabajo indígena del mencionado tesoro de Mogón, así como otros tesoros de objetos de plata: el de Perrotitos (Santisteban del Puerto, provincia de Jaén), del que se conserva una hermosa pátera romana de plata repujada con medalla central que representa a Hércules niño, de estilo considerado por Mélida como ibero-romano y otras piezas como un brazalete en espiral de cinco vueltas figurando una serpiente, dos fíbulas de arco terminado en figura de caballo y diez copas, más fragmentos de otras piezas sin duda ibéricas. La vajilla de plata debió ser corriente entonces en Andalucía: se conoce un vaso en forma de cono invertido de Cástulo, con inscripción ibérica, y otros de La Granjuela (Córdoba) y de Los Villares (provincia de Jaén); este último, con una cruz, incrustada de oro en el interior a manera de marca o adorno, se encontró lleno hasta la boca de denarios romanos de la República. Otro tesoro con vasos y joyas de plata y monedas romanas se encontró en Molino de Marrubial (Córdoba).⁵ Estos tesoros llegan incluso al centro de España, como lo indica el de Salvacañete en la provincia de Cuenca, con monedas del año 89 a. de J. C.⁶

Las relaciones de Andalucía con el norte de África siguieron también durante la época republicana y con ellas la influencia de la cultura ibérica andaluza. Del siglo II se conoce cerámica ibérica de esta procedencia en Tamuda (Marruecos, costa noroccidental), perteneciente posiblemente a una guarnición de *auxilia* ibéricos andaluces, llevada allí por los romanos.⁷

En otras regiones la población continuaba siendo predominantemente labradora y artesana en las pequeñas ciudades o en los poblados indígenas más o menos transformados, pero continuaban su cultura anterior, casi intacta. En el Ebro,



en el siglo I, la influencia romana es ya muy intensa y de allí sacan los dominadores tropas, como los soldados de la “turma salluitana”, hechos ciudadanos por el padre de Pompeyo en Asculum y condecorados “virtutis causa”.⁸ En Azaila, en la ciudad indígena se rendirá culto religioso a personajes romanos.⁹

En el sureste de España y en la costa levantina, lo mismo que en Cataluña, persisten las formas decadentes de la cerámica ibérica también en la época republicana. Estas se conocen en el poblado indígena de La Albufereta (Alicante), en Elche y en Cartagena, en el sureste, en Sagunto en la provincia de Valencia y, en Cataluña, en las sepulturas en silos del Puig de'n Planes de Vich y de Can Fatjó (Rubí), ambas localidades en la provincia de Barcelona.¹⁰

2. La romanización

Julio César creyó llegado el momento de conceder la ciudadanía a muchas comunidades indígenas, y Augusto, después de las guerras cántabras, aunque modifica la política de su predecesor en el sentido de no conceder más que el derecho latino,¹¹ comienza la verdadera romanización sistemática. Entonces empieza la organización a la romana de la meseta y poco a poco se transformarán hasta el extremo norte y Galicia, esta última apenas tocada desde su sumisión en el siglo II por Bruto Callaeco. La población de estas regiones extremas era, sin embargo, todavía escasa, comparada con la del este y del sur: en tiempo de Plinio los tres conventos jurídicos del noroeste no tenían más de 619,000 habitantes, menos de 8 por kilómetro cuadrado, mientras la población total de España puede calcularse en unos seis o siete millones,¹² aumentando sensiblemente durante el Imperio, al fin del cual ascendía ya a nueve millones.



Las antiguas colonias griegas Emporion y Artemisión (ahora llamada Dianium), debieron seguir floreciendo. De Dianium (Denia) no se conoce gran cosa. De Emporion sabemos que continuó con su prosperidad intacta. Después de las guerras de Catón en Cataluña, que empezaron por libertar a la colonia griega de la amenaza de los indigetitas sublevados, los cuales habían llegado a tomar Rosas, la vieja Emporion tiene un nuevo período de esplendor, que llega a su apogeo con Julio César, el cual transformó la ciudad ibérica de la colina inmediata en una colonia romana, llegándose poco a poco a la fusión de las dos ciudades (de aquí su nombre plural Emporiae) y, a partir de entonces, se rehizo toda la ciudad, que se llenó de suntuosas villas adornadas con bellos mosaicos, modificándose el recinto de los templos, construyéndose un santuario de Serapis y una nueva ágora mayor sobre el emplazamiento de la antigua y bordeada por una gran basílica-mercado. La prosperidad siguió ininterrumpida hasta las primeras incursiones germánicas (de los francos) en el siglo III, en que debió sufrir mucho la antigua Neápolis, que fué abandonada, concentrándose la población en la ciudad ibero-romana próxima. En el siglo IV, sobre las ruinas de la Neápolis se estableció un pequeño barrio cristiano con una basílica y este estado de cosas no fué interrumpido probablemente ni por las invasiones visigodas ni por las árabes, hasta la destrucción final en 890 por los normandos, cuando era capital de la Marca carolingia marítima, trasladándose entonces la sede del condado al interior (Castellón de Ampurias) y quedando desierta la Neápolis, lo mismo que la ciudad ibero-romana y no subsistiendo sino un pequeño núcleo de población rural en el antiguo emplazamiento de la Paleópolis.

En el este, en el valle del Ebro, en Andalucía, pronto en Portugal y Extremadura, desaparecen los viejos poblados ibéricos y la población se va concentrando en las ciudades principales,



algunas de ellas edificadas sobre las antiguas indígenas, otras de nueva planta, que se convierten en grandes aglomeraciones urbanas, ricas y suntuosas, con bellos monumentos y una vida comercial y aun intelectual próspera: Gerona, Barcelona, Tarragona, Cesaraugusta (Zaragoza), Celsa (Velilla de Ebro), Osca (Huesca), Bilibis (Calatayud), Valencia, Ilici (Elche), Lucentum (Alicante), Cartago-Nova (Cartagena), Córdoba, Híspalis (Sevilla), Itálica, Gades (Cádiz), Ebura (Évora), Olisipo (Lisboa), Salacia (Alcacer do Sal), Mérida, Metellimum (Medellín), Norba Cesarina (Cáceres), etc.¹³ En estos grandes núcleos de población se fundieron indígenas, colonizadores, mercaderes procedentes de todas las partes del imperio, soldados, conociéndose la existencia de sirios, africanos y judíos, aunque, a la larga, el aspecto de la masa principal de la población debía mantenerse indígena con leves matizaciones forasteras.

Otra cosa era el campo. Hubo en él latifundistas forasteros e importaciones de esclavos, pero la mayor parte de su población debía seguir siendo la indígena.

En general, *el aspecto de la España indígena rural permanecía bastante intacto*. A excepción de Andalucía, unificada y de donde habían desaparecido las antiguas tribus, de las que apenas queda memoria, en los demás territorios subsisten, si no como cuerpos políticos, al menos como grupos sociales y geográficos, y conservan sus lenguas que sólo desaparecen poco a poco. Así veremos, a fines del imperio romano y en la época visigoda, reaparecer los nombres de los gallaeci, de los cántabros y de los navarros (estos últimos nombrados por primera vez, aunque sin duda existentes desde antiguo), y los antiguos nombres étnicos de gran parte de España aparecen todavía en los mapas medioevales y se perpetúan en los límites de las demarcaciones episcopales¹⁴ y en los grupos políticos y administrativos que se forman en España a la desmembración del Califato y en la Reconquista. Excepto en los grandes centros de población y



sobre todo en sus propias colonias, los romanos no debieron introducir grandes masas de inmigrantes, mezclándose y en muchos casos absorbiéndose entre la población indígena.

Se ha insistido a menudo en que las divisiones romanas pesaron en la tradición posterior y contribuyeron a dar el marco por el que se extendieron los pueblos medievales, que aspiraron a tener antiguos límites romanos. Lo que hay de permanente en algunos límites depende de la naturaleza de la población anterior pre-romana y de la adaptación de las demarcaciones romanas a dichos límites étnicos anteriores. En las zonas en que el límite romano alteró el límite natural, surgieron territorios que habían de ser motivo de conflictos, pues la expansión natural de los pueblos medievales tendía a incorporar los territorios que eran afines secularmente, pero los imperialismos de los nuevos Estados —ya que en algunos de ellos pesaba la tradición romana efectivamente— tendieron a aspirar a alcanzar ciertos límites de la administración imperial. En la reconquista levantina se tiende a moverse por la Hispania citerior, ya se haga desde Barcelona —la sucesora de Tarragona, la antigua capital—, o desde Zaragoza, así que surge el imperialismo aragonés. En el imperialismo castellano parece buscarse como ideal, en su avance hacia el Mediterráneo, los territorios de la Cartaginense que habían estado en relación con el centro de España. En cierto modo el convento jurídico cluniense prefigura Castilla, como el asturicense prefigura León, el de Lugo Galicia y el de Bracara el primitivo Portugal, así como el reino de Portugal se mueve por la Lusitania romana; Aragón, cuando se centra en Zaragoza, parece querer reconstruir el convento Cesaraugustano y Cataluña se mueve en el convento tarraconense, aunque aspira desde el primer momento a incorporar los territorios de Lérica que habían quedado fuera de él.

Con el Imperio, ciertamente el proceso de unificación, de mezcla de poblaciones y de *desnaturalización de los pueblos más*



romanizados, se activa, contribuyendo a ello, en determinados centros, la afluencia de soldados, de extranjeros, negociantes y colonos, el acrecimiento de las grandes aglomeraciones urbanas, que se extienden también al centro de España (Clunia, Uxama, etc.), la transformación de los distritos mineros y del campo por la importación de esclavos y por la explotación de los latifundios, sin que deba olvidarse la inmigración de judíos, que ya bajo el Imperio tuvo importancia considerable, especialmente en el sur. Las dominaciones germánicas que cierran la antigüedad no alteran el proceso ni el resultado, salvo la introducción del nuevo matiz étnico, disperso en toda la Península, pero con focos más compactos en Galicia, con los suevos, y en las clases superiores de la sociedad española.

Las clases superiores constituyeron el verdadero elemento romanizado y propiamente una superestructura impuesta al país, la primera de las que ha conocido la historia de España,¹⁵ y que, lentamente, extendía su influencia a los demás. Pero quedaban vastas zonas intactas en la población española. Oficiales, funcionarios romanos, hispanos que intervenían en los senados municipales o servían en el ejército, comerciantes latifundistas, las colonias forasteras de las ciudades, cuantos se habían adaptado a la vida romana y encontraban en ella una garantía y una ocasión de prosperidad, como la Iglesia después del siglo III, constituían esa superestructura. Se confirmaba una vez más que a España se la dominaba mejor por vía pacífica. Parecía que la romanización se consolidaba y, entre los provinciales, los poetas cantaban la gloria de Roma como el galo Rutilio Numaciano:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam;
profuit injustis, te dominante, capi;
dumque offers victis propii consortia juris,
urbem fecisti, quod prius orbis erat.*



Este era, indudablemente, el sentir de los “optimates” y de buena parte de la población hispano-romana, de los centuriones y los “equites”, de los procuradores, los publicanos y los “duumviri”, de todos los “spectabiles” del Bajo Imperio y de muchos españoles, como lo fué de los emperadores que España dió a Roma y que gobernaron como perfectos romanos —Trajano, Adriano y Teodosio—, quienes incluso personificaron el máximo poderío y la máxima extensión del Imperio o la última tentativa eficaz para mantenerlo en cohesión.

Era también el sentimiento de los españoles que vivieron en Roma o de los que se incorporaron a su civilización activamente, contribuyendo a su literatura, a su ciencia o a su filosofía, de los Balbos, Lucano, Quintiliano, los Sénecas, haciendo un papel brillante y llegando a personificar todo un período de las letras romanas, la llamada “edad de plata”. Todos ellos, con la excepción de Marcial, y entre los políticos la de Teodosio, eran de Andalucía, de Gades, de Itálica, o sea de las tierras donde la cultura española era antigua y en donde prendió más fácilmente la civilización oriental y griega o la misma romanización apoyada en aquella solera. Marcial, el celtíbero, propiamente el “baturro”, con su inteligencia y agilidad mental, su soez y feroz mordacidad, su fracaso en la adaptación a la vida de la capital y su retirada a sus campos patrios, es el símbolo del indígena español de las zonas interiores, cuyo espíritu no ha podido ser transformado.

Poco a poco, estas zonas parecen también ganadas y lo indica la patria de Teodosio, Coca, en donde en las guerras celtibéricas se hizo una horrible matanza de españoles. La Iglesia contribuyó acaso como nadie a unificar y a suavizar las diferencias de los pueblos, extirpando las supersticiones paganas, terminando, aunque no del todo, con muchos cultos locales (restos de las religiones pre-romanas, que asoman acá y allá en las inscripciones, sobre todo del centro y de la zona céltica),



sobre todo con sus ideales y su relación ecuménicos. La cultura romana en España, en su última etapa, es la *civilización cristiana*, y en ella, todavía los hispanos harán un papel brillante: el Papa San Dámaso, San Paciano obispo de Barcelona, San Olimpio, Silio Itálico, Osio presidiendo el Concilio de Nicea, que impone la fe atanasiana contra Arrio; los poetas Juvencio y Prudencio, y en el momento final, Paulo Orosio, el historiador amigo de San Agustín y de San Jerónimo, cuyo libro será una de las bases del conocimiento histórico de la Edad Media, que Alfredo el Grande traducirá al anglosajón y que el Emperador de Constantinopla envió a Abderramán III para su traducción al árabe. Incluso el último confín de España, la Galicia céltica, aparece plenamente incorporada a la cultura romana a través de la Iglesia. El primitivo martirologio cuenta con gallegos; de allí es Prisciliano y su movimiento heterodoxo que tuvo grandes repercusiones en España y en buena parte del mundo occidental; y Paulo Orosio el historiador, y Eteria, la monja que emprendió una peregrinación a los Santos Lugares y escribió un relato de ella, eran también gallegos.

Así y todo, salvo en las ciudades y en los territorios del este y del sur, en que la unificación de las clases superiores y del mundo eclesiástico es un hecho, la *gran masa de la población permanecía intacta* y así pasó a la Edad Media. Como dice Albertini: "Debajo (de las clases superiores) existía una vasta población que permanecía en un bajo nivel y que era menos receptiva de las influencias romanas. Particularmente, cuando Roma hubo hecho cuanto pudo para lograr la unidad del país, éste permaneció dividido y constituyendo una complejidad de territorios que eran, a su vez, unidades en sí mismas, tal como la naturaleza y su pasada historia las había formado."¹⁶

El movimiento religioso de Prisciliano y su popularidad en Galicia tiene aires de rebrote de un espíritu nacional y racial latente bajo la romanización.¹⁷ Silio Itálico inicia un movi-



miento de simpatía para los antiguos pueblos dominados, y Orosio, el gallego, la manifiesta con vehemencia, a pesar de ser un hombre de formación cosmopolita, romana y eclesiástica, “hacia Cartago abrasada, hacia España ensangrentada durante doscientos años, hacia tantos reyes desposeídos y encadenados” y asegura que “a nuestros abuelos no fueron más tolerables los enemigos romanos que a nosotros los godos”, palabras que revelan, según Menéndez Pidal,¹⁸ *cómo las naciones conquistadas por Roma* —después de cuatro siglos de romanización y de paz perfecta— *empiezan a recobrar su antigua y suprimida individualidad.*

NOTAS

1 Para el período cartaginés ver, entre otras cosas: Schulten, *The Carthaginians in Spain* (cap. xxiv del tomo vii de la *Cambridge Ancient History*, 1928). Para la época romana, desde la República hasta Augusto: Bosch-Aguado, *La Conquista de España por Roma* (218-19 a. de J. C.), vol. ii de la *Historia de España*, de Menéndez Pidal, Madrid, 1935); Schulten, *The Romans in Spain* (*Cambridge Ancient History*, viii, 1930, cap. x); N. Feliciani, *L'Espagne à la fin du IIIème. siècle av. J. C.* (“Boletín de la Real Academia de la Historia”, Madrid, xlvi, 1905, p. 363 y ss.); Sutherland, *The Romans in Spain* (Londres, 1939); Schulten, *Numantia*, i (Munich, 1934); Schulten, *Geschichte von Numantia* (Munich, 1933); Schulten, *Lusitamer* (Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*); Schulten, *Viriathus* (Id., Id.), y trad. castellana en el “Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo”, Santander, 1930, y portuguesa, edición de la “Renascença Portuguesa”, Porto, 1927; Schulten, *Sertorius* (Leipzig, 1926; Id, *Los Cántabros y Astures y su guerra con Roma* (Madrid, 1943).

2 Sutherland, *The Romans in Spain*, Londres, 1939, p. 63.

3 Schulten, *The Romans in Spain*.

4 Ver Pericot, *Mogón*, en el *Reallexikon der Vorgeschichte* de M. Ebert, y H. Sanders, *Joyas ibero-romanas halladas en Mogón, cerca de Villacarrillo (Jaén)* (Jaén, sin fecha).



5 Sobre los tesoros andaluces: J. R. Mélida, *Arqueología española* (Barcelona, Labor, 1929), pp. 230-232, y Pericot, *Historia de España*, I, con grabados. También W. L. Hildburgh, *A find of ibero-roman silver at Cordova* ("Archaeologia", vol. 72, 1921-22, pp. 161 y ss.)

6 J. Cabré, *El tesoro de plata de Salvacañete (Cuenca)* ("Archivo Español de Arte y Arqueología", 1936, pp. 151-159.)

7 García Bellido, *Iberos en el Norte de Africa* ("Archivo Español de Arqueología", Núm. 43, 1941, pp. 347-349), que a su vez cita la publicación original, que no hemos podido consultar, de Pelayo Quintero, *Excavaciones en Tamuda*, Núm. 2 de las publicaciones de la "Junta Superior de Monumentos Históricos y Artísticos del Protectorado Español en Marruecos. Instituto General Franco para la Investigación Hispano-árabe". (Larache, 1941.)

8 Bosch-Aguado, vol. II de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, pp. 195 y ss., y Bosch, *España* ("Anales de la Universidad de Valencia", 1937), pp. 31 y ss.

9 En un santuario indígena de la ciudad ibérica parecen haber recibido culto Augusto y Livia jóvenes: a ellos pertenecen las bellas cabezas de bronce que se encontraron en él. Ver L. Curtius, *Zum Bronzekopf von Azaila und zu dem Porträt des jugendlichen Augustus* ("Romische Mitteilungen", LV, 1940, pp. 36 y ss.), y Brendel, *Ikongraphie des Kaisers Augustus* (Heidelberg, 1931). El éxito de la romanización en la zona del Ebro, pacificada después de Catón gracias a su hábil política, parece haber sido completo, aunque el carácter y las tradiciones indígenas persistieron tenazmente, incluso en la cultura material, como lo demuestra la cerámica ibérica de Azaila (Cabré, *Azaila*, "Guía del IV Congreso Internacional de Arqueología", Barcelona, 1929).

10 Para *La Albufereta*: Lafuente, *Excavaciones en La Albufereta* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 126 de 1933). *Cartagena*: M. González Simancas, *Excavaciones en Cartagena* ("Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", Núm. 102 de 1928). *Elche*: Bosch, *El problema de la cerámica ibérica* (Madrid, 1915), lám. I, fig. 2. *Sagunto*: M. González Simancas, *Sagunto* ("Guía del IV Congreso Internacional de Arqueología", Barcelona, 1929). *Cataluña*: J. Colomines, *Necrópolis de Can Fatjó (Rubi)* ("Anuari del Institut d'Estudis Catalans", VI, 1915-20, Crónica, pp. 599 y ss.), y Colomines, *Necrópolis*



ibero-romana del Puig de'n Planes (Vich) (Id., Id., vi, 1915-20, Crónica, pp. 270 y ss.)

11 Sutherland, *loc. cit.*

12 Torres, *La Península Hispánica, provincia romana (218 a. de J. C. a 409 de J. C.) Instituciones económicas, sociales y político-administrativas* (vol. II de la *Historia de España* de Menéndez Pidal), p. 318. Para todo lo referente a la plena romanización de España, ver los distintos artículos de este volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal.

13 Para las ciudades y sus monumentos, el trabajo de Mérida *El arte en España durante la época romana* (vol. II de la *Historia de España* de Menéndez Pidal). Para Cataluña: J. Puig y Cadafalch, *L'arquitectura romana a Catalunya* (Barcelona, 1934). Para Emporion especialmente, Bosch-Serra-Castillo, *Emporion*.

14 C. Sánchez Albornoz, *Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana* (Madrid, 1929), observa este fenómeno para el noroeste de España. En Cataluña obsérvase lo mismo, coincidiendo a menudo en todo o en parte la frontera de las antiguas divisiones tribales, de las diócesis eclesiásticas y de los condados de la Edad Media. La persistencia de la España indígena por debajo de la romanización es observada también por Torres en el primer capítulo de *La Península Hispánica, provincia romana*, citado en la nota 12 del presente capítulo.

Para Cataluña ver también: Bosch-Gimpera, *Els factors ètnics en la formació de Catalunya* ("Revista de Catalunya", México, 1943, pp. 17 y ss.)

15 Bosch, *España* ("Anales de la Universidad de Valencia, 1937) y *Superestructuras de la Historia d'Espanya* ("Revista de Catalunya", Barcelona, 1938).

16 Albertini, *The Latin West: Africa, Spain and Gaul* ("Cambridge Ancient History", XI), p. 501.

17 R. Otero Pedrayo, *Historia de la cultura gallega* (Buenos Aires, 1939).

18 Prólogo del II volumen de la *Historia de España*, p. xxxvi.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



CAPITULO X

CONCLUSION: GRUPOS PRE-ROMANOS Y PUEBLOS MODERNOS

1. *La diversidad peninsular bajo el dominio germánico*¹

El Imperio no termina jurídicamente con la invasión de los suevos, vándalos y alanos en 409. Termina, en realidad, cuando el Emperador de Bizancio Miguel Rangabé reconoce en 812 como legítimo soberano de Occidente a Carlomagno, coronado poco antes por el Papa. Pero durante este largo período de cuatro siglos, tantos como la romanización efectiva, se vive en una verdadera anarquía, que tampoco logrará acabar la imaginaria restauración de Carlomagno y que en España, hasta que se consolide el nuevo orden de las naciones medievales reconquistadoras, no empezará a tocar a su fin hasta el siglo XIII. Y aún hay mucho que hablar respecto a la normalidad alcanzada, entonces y después, así como de que se haya conseguido jamás llegar a una España estabilizada.

A través de todas esas convulsiones, no acabadas todavía, asistimos al revivir de los pueblos españoles, cuya evolución interrumpió el Imperio Romano, como luego el de los Austrias, impotente, lo mismo que el absolutismo moderno o la uniformidad administrativa y centralista, para fundir o para coordi-



nar violenta o artificialmente lo que fué y sigue siendo tan abigarradamente diverso.

Después de la primera invasión y del dominio prolongado de los suevos, vándalos y alanos, como de la segunda disfrazada de operación de policía por encargo de Roma, de los visigodos, quedan establecidas acá y allá nuevas masas de población, esta vez germánica, y con dificultad se reconstituirá un mecanismo estatal que, en los tres siglos hasta la nueva invasión musulmana, apenas si se extenderá a toda España durante poco menos de un siglo. Primero quedarán fuera de él el reino de los suevos y los núcleos hispano-romanos del sur, una vez emigrados los vándalos a África, a la vez que los cántabros y vascones —hasta Wamba— permanecerán independientes de hecho del Estado visigodo, que no pasa entonces de ser una organización militar usurpadora de la autoridad imperial, a la que a menudo, todavía, se reconoce de derecho. Durante más de medio siglo (551-612) el sur y el sureste de España —el antiguo territorio tartesio— obedecerá a su “legítimo” dueño, el emperador romano de Oriente, obediencia cuyo último resto no desaparece hasta Suintila en 612. Después de terminado el dominio suevo en Galicia (585) en la conquista de Leovigildo y del aparente apogeo de la monarquía visigoda, consagrada por la iglesia española y tratando de consolidarse hereditariamente, sin acabarlo de conseguir, se produce la sublevación, en tiempo de Wamba (678-680), de los vascones y aun del conde, de origen bizantino, Paulo. Este intenta ser rey de los visigodos apoyándose en Cataluña y la Narbonense, dos territorios en que sobreviven núcleos étnicos emparentados y con personalidad propia y prefigurando la ulterior Marca Hispánica. En Galicia, bajo el dominio visigodo, alentaba un espíritu nacional, arraigado en las antiguas tradiciones y en la antigua personalidad indígena y céltica, que los suevos habían contribuido a cristalizar.²



Para el poblamiento de España, con todo y la introducción de elementos nuevos por su raza, que integraron sobre todo la aristocracia militar, y que pudieron predominar en las ciudades en que se establecieron guarniciones, las invasiones germánicas no fueron de trascendencia excesiva. En proporción, representaban un número muy inferior al de la masa del país y a la larga se mezclaron con ésta, que predominó sobre todo en las clases populares. El derecho matrimonial del tiempo de los visigodos, en el que por fin hubo que abolirse la prohibición de matrimonios mixtos, es un signo claro de ello.

*2. La diversidad bajo el dominio de los musulmanes*³

Al romperse la aparente unidad visigoda, con la invasión árabe (712) provocada por los witizanos, como una ayuda forastera a una rebelión contra Rodrigo, reaparecen más vivos los núcleos indígenas en diferentes formas transitorias o permanentes, y de ellos partirá la nueva España medieval, como siempre que los pueblos españoles vuelven a encontrarse solos al quebrarse su superestructura.

Cuando Tárik venció al ejército de Rodrigo en la batalla de Guadibecca en la región de la laguna de la Janda (711), no terminó aún la monarquía visigoda. Los invasores no eran, de momento, sino auxiliares de los hijos de Witiza, que no reconocían a Rodrigo y que habrían de restablecer al rey "legítimo" Ákhila II, el cual, después de la expedición de Tárik a Córdoba y Toledo, quedó instalado en su trono de la capital visigoda, mientras su hermano Ardobasto se instalaba en Córdoba y se devolvía a los witizanos sus propiedades. Se esperaba que los árabes, con el botín obtenido como premio a su ayuda, se retirarían de nuevo a África. Pero se quedaron y siguieron la conquista de España por su cuenta, atraídos por su riqueza. Entre-



tanto Rodrigo, que no parece haber muerto en Guadibecca, se había retirado con su ejército desorganizado, después de la defeción de los wítizanos, a Extremadura, tratando de rehacerlo en Mérida, pero, no pudiendo mantenerse, se replegó al norte de la sierra de Gata, a donde fué a perseguirlo Muza, el cual, llegado de África con nuevos contingentes (712), había tomado Mérida. La derrota definitiva de Rodrigo fué en Segoyuela, cerca de la sierra de Francia, y entonces se replegó nuevamente a la zona montañosa del norte de Portugal, en donde debió permanecer todavía algún tiempo hasta su muerte, hacia 717. Otros restos de su ejército se refugiaron en las montañas de Asturias, en donde, de momento, los sometieron los árabes. Allí uno de sus jefes, Pelayo, había de sublevarse en 718 y derrotar las huestes del emir Alcama en Covadonga (entre 721 y 725). Del reino de Ákhila II no había quedado nada, no conociéndose la suerte final del hijo de Witiza. Así, la ayuda a uno de los bandos visigodos por unos mercenarios forasteros poco dóciles, derivó a un dominio verdadero bajo un rey fantasma, del que pronto se prescindió. Los pueblos de España no vieron en ello sino un cambio de dominio y ello explica la facilidad de la infiltración del dominio musulmán, que desvió el curso de la Historia de España, en muchos sentidos, frustrando la unidad política preparada por el dominio romano y realizada aparentemente por el visigodo, pero por otra parte, constituyendo el revulsivo que había de dar lugar al resurgimiento y a la organización de los verdaderos pueblos españoles.

El dominio árabe escondió siempre, aun bajo el Califato, un hervidero de pueblos y de rebeliones, aparte de la diversidad de elementos étnicos: árabes (sobre todo sirios), bereberes, judíos y mozárabes. En un principio, bajo los primeros emires, quedaron muchos núcleos de independencia, no sólo en el norte, que duraron más o menos o que se frustraron, tanto hispano-romanos como mozárabes. Muchos de estos núcleos de



independencia se basaban en antiguos grupos indígenas. Así hay que considerar la personalidad del reino de Teodomiro, que se sostuvo hasta 754, dejando larga tradición en Murcia y en el sureste de España, y la de los núcleos mozárabes de Toledo y de Mérida, así como los grupos islamizados de Zaragoza, que en realidad eran indígenas. En estos últimos, sus gobernadores pronto prefirieron someterse a Carlomagno rebelándose contra Córdoba, aunque pronto Zaragoza se arrepintió de su rebelión, cerrando sus puertas al rey franco. También los walies de Barcelona y de Pamplona participaron en la rebelión que llevó a Carlomagno a España (778). Antes, el gobernador berberisco de León, ya en 729, trató de librarse del yugo árabe con ayuda de su suegro el duque de Aquitania, Eudes.

En los núcleos mozárabes hay un eco de la persistencia de la tradición romano-visigoda, lo mismo que en los sueños de restauración, a merced de la influencia personal de Egilona, la viuda de Don Rodrigo, casada con el emir Abdelazis. Fracasaron como fracasó la instauración del condado de Andalucía a favor del vitizano Ardobasto, que es el primer personaje andaluz hasta Abderramán I. Pero, en las rebeliones de godos o hispanorromanos convertidos al islamismo, se trata a menudo de jefes de núcleos españoles indígenas que ven llegada una posibilidad de libertad, como en la rebelión de Omar-ben-Hafsún, oriundo de familia visigoda andaluza (en realidad española), hijo de un cristiano y él mismo convertido luego, que se mantuvo mucho tiempo independiente en la serranía de Ronda, al pie de Bobastro, a fines del siglo IX y a principios del X, no sometiéndose sus hijos a Abderramán III hasta 928. El mismo movimiento de rebeldía de los mozárabes de Córdoba en el siglo IX tiene este carácter.

En realidad el dominio musulmán en España no disfrutó de una sola época de paz estable ni de reconocimiento perfecto, y aun el Califato bajo Abderramán III o bajo Almanzor, en el



siglo x, cuando los Califas se consideraban soberanos de toda España y se habían reconocido vasallos suyos el conde de Barcelona y el mismo rey de León, tuvo que apoyarse en una férrea disciplina militar. Sólo entonces y por poco tiempo pudo considerarse que Córdoba dominaba efectivamente el Ebro y la "frontera superior". Allí, durante el siglo viii, los gobernadores, muchas veces elementos indígenas musulmanizados, habían estado sometidos nominalmente, pero en la práctica se hallaban en perpetua rebelión y casi siempre en independencia de hecho. Hay que recordar a Elosain de Zaragoza (el que se sometió a Carlomagno) y a sus hijos, de los cuales Saïd, al huir de Zaragoza, se refugió en el Pallars, en casa de parientes cristianos, y luego se sostuvo en el sur de Cataluña independiente y llegó a dominar a Tortosa. También es preciso tener en cuenta a Suleimán de Barcelona y a su hijo Matruh. Pero muy especialmente a los Beni-Casi de Zaragoza, descendientes de godos renegados y aliados con Toledo, que formaron un poderío hereditario durante el siglo ix allí y en Lérida, sin contar con el moro Ataul de Huesca, que dominó la frontera y llegó a casar con una hija de Aznar, el primer Conde de Aragón.

Por otra parte, diseminados en el territorio musulmán, había varios señoríos cristianos independientes de hecho, respetados por tratados de paz con los musulmanes, tratados que seguían en vigor todavía en el siglo x, y alguno de esos señores no entendía el árabe. En 1025, el Rey de Sevilla encontró al noroeste de Vizeu, en Portugal, un grupo cuyos antecesores en el siglo viii habían obtenido una de esas capitulaciones. Y en 1083 cayó prisionero del Cid un noble aragonés, García Aznar, independiente, quien en 1057 se vanagloriaba de la independencia que habían disfrutado todos sus abuelos, los cuales no habían obedecido ni a los Califas de Córdoba, ni a Almanzor, ni luego a los reyes aragoneses, "quia libertas nostra antiqua est".⁴



Las invasiones y el dominio musulmán, con su indudable aportación de elementos nuevos y con las transformaciones y trasiegos de la población que impuso, no la desnaturalizó del todo ni aun en las zonas dominadas más persistentemente. En las grandes ciudades predominó al fin un mestizaje abigarrado de antiguos pobladores y de invasores; en el campo la población indígena debía quedar casi intacta, islamizada sólo de nombre. La sangre española llegó hasta las familias califales, que al fin eran más españolas que árabes. No hay que olvidar que pocas mujeres musulmanas debieron haber llegado a España y que, en las guerras, si morían masas de hombres, o eran luego pasados a cuchillo, las mujeres, reducidas a esclavitud, iban a poblar los harenes de los vencedores, e infiltraban la sangre española entre ellos. En las épocas de paz las uniones mixtas eran cosa corriente.

Igualmente entre los judíos, que formaban parte importante de la España musulmana, y que se mantuvieron como núcleos compactos hasta las persecuciones de fines de la Edad Media, se debieron producir grandes mezclas con la población del país. Ya debieron estar mezclados en la época visigoda en que se prohíben los matrimonios mixtos y se dictan duras penas para castigar el proselitismo religioso judío. A la larga, así como mucha sangre judía se infiltró entre las familias cristianas, incluso en la aristocracia y, a fines de la Edad Media, en todo el pueblo con las conversiones, entre los mismos que formaban la comunidad de religión israelita, ésta difícilmente conservaba la pureza racial. Para comprenderlo basta observar en Oriente las grandes masas de sefarditas procedentes de España, cuyo aspecto apenas difiere del de la población de Andalucía y entre los que a veces se buscan en vano rasgos fisionómicos típicamente judíos.

Todo esto explica que en el crisol de España no sólo se fundieran los pueblos, sino que las propias culturas forasteras sintiesen pronto la influencia del genio y de la tradición local.



Mucho en la cultura hispano-musulmana o en la hispano-hebraica acusa el contagio de lo español y su originalidad, y productividad, que a menudo contrasta con las formas paralelas o con el pronto estancamiento de las culturas análogas en Oriente o en Africa. La cultura oriental de la península debe sin duda mucho al choque con los pueblos indígenas y a la tradición de la cultura española y fué impulsada por este choque.

3. *La constitución de nuevas agrupaciones*

No es extraño que, si en las regiones más próximas al centro de la autoridad musulmana persistían núcleos anteriores intactos y el dominio se rompía a menudo, en las extremas del norte se organizaran núcleos de rebeldía y de independencia que fueran el punto de partida de los reinos cristianos medievales, los que al constituirse, volvieron a reproducir las antiguas comunidades étnicas y a seguir en su expansión y en sus agrupaciones las leyes geopolíticas de aquéllas.

a) *Asturias-León*.⁵—Antes de los ensayos frustrados de imperio de los reyes de León, cuando se constituyeron los nuevos centros y así que pueden organizarse, se basan en las antiguas comunidades étnicas.

Asturias —constituida en reino después de la rebelión del antiguo "spatharius" visigodo, Pelayo, en 718, contra los árabes a los cuales de momento había reconocido, y de la victoria de Covadonga (entre 721 y 725)—, así que se extiende por León (re poblada en 856 por Ordoño I y convertida en capital del reino por Ordoño III, a la muerte de Alfonso III, en 916) reproducirá el territorio de los antiguos astures.

Formado el reino por los restos del ejército visigodo en un territorio de población indígena poco destacada y rural, en todo su desarrollo se acentuará el carácter militar de sus elemen-



tos activos, constituyendo una nobleza superpuesta al pueblo y separada de éste. Al engrandecerse y extender el territorio con Alfonso I (739-757), con Alfonso II (792-842), con Ramiro I (842-850), Ordoño I (850-866) y Alfonso III (866-910), creará ideales aristocráticos y aspiraciones de dominio, pretendiendo ser el continuador de la tradición visigoda y soñando siempre con reconstituir el antiguo reino. A pesar de algunas brillantes expediciones de aquellos reyes —algunas de ellas llegaron a las puertas de Córdoba—, poco es lo que se pudo hacer, sobre todo en el siglo x, en que el Califato desde Abderramán III acosó a los reyes de León teniéndolos a raya, a pesar de algunas campañas victoriosas que realizaron Ordoño II (910-924), Ramiro II (931-950) y Ramiro III (966-982). Bajo su sucesor Bermudo II llegó el ministro de Hixem II, Almanzor, hasta saquear León y Santiago, el gran centro religioso y cultural de aquellos reinos. No por ello los monarcas leoneses, que durante el siglo x tuvieron que reconocerse repetidas veces vasallos del Califato, dejaron de ornarse con el título de “emperador” desde Alfonso III, ornándolo de ampulosos calificativos (*Flavius, magnus basileus unctus*: Ramiro III).

Hasta el siglo xi las tierras bajas del valle del Duero y de sus afluentes son, propiamente, tierras de nadie y en su mayor parte despobladas, aunque, en momentos de expediciones afortunadas, pueda parecer que la frontera ha sido llevada al Duero y que se mantengan los territorios montañosos del norte de Portugal. En realidad las tierras del Duero eran cruzadas continuamente por los ejércitos leoneses o musulmanes y constituían su campo de batalla.

Pero el espíritu del reino de León deja un rastro profundo en la historia de España y habrá de ser heredado por todos los que ciñen su corona, que pretenderán imponer a España su dominio. El espíritu de la monarquía leonesa transformará la primitiva Castilla, así que sale de sus montes primitivos, y esta



transformación, fruto de la herencia celta de las tierras del Duero combinada con la tradición militar de origen visigodo, tendrá su expresión en Alfonso VI, al unir las coronas y cuando, por poco tiempo, pudo pretender ser emperador efectivo si no de toda España, de buena parte de ella. El imperialismo castellano, luego, será propiamente la continuación del leonés y León quedará relegado a segundo término, recluso en sí mismo en las épocas de separación (siglo XII-XIII) y fundido luego definitivamente con Castilla.

b) *Galicia y Portugal*.⁸—Al lado de Asturias-León, reconquistada con la ayuda de los reyes leoneses y unida a ellos, Galicia forma una unidad distinta, que seguirá constituyendo aún después de la separación del nuevo condado y luego reino de Portugal y de la consolidación de su unión con León, de cuyo reino siempre se mantendrá destacado. En los dos territorios de Galicia y de Portugal reconocemos fácilmente, en Galicia, el de los antiguos galaicos, cuya personalidad se acentúa con su sumisión al reino nuevo y con ella se diversifica todavía más respecto de los territorios dominados por los visigodos, a la vez que Portugal reproduce el territorio de los celto-lusitanos del occidente de la Península.

Pronto se acostumbró Galicia a la supremacía de los reyes asturianos-leoneses, que se apoyaron en el territorio gallego para sus primeras expediciones hacia los territorios musulmanes del occidente de la península y en los monasterios gallegos estuvo el primer hogar de la cultura de toda la España occidental hasta que, poco a poco, con la influencia mozárabe, que contribuyó también al desarrollo cultural gallego, florecieron los nuevos monasterios castellanos. Hasta Alfonso VII, en el siglo XII, hay, no obstante, un fermento muy fuerte de particularismo gallego, que obliga a constituirlo en reino separado, repetidas veces, en los repartos de las herencias reales, traduciéndose también en



rebeldías de la nobleza gallega contra los reyes de León. La gloria de Alfonso VII el Emperador, unida a la del arzobispo Gelmírez, su tutor y maestro, el gran impulsor de la cultura gallega y el organizador de las grandes peregrinaciones al sepulcro del Apóstol, sella la suerte de Galicia, que por un momento tuvo una gran influencia política en la corte de Alfonso. La cultura que florece al calor de las peregrinaciones y que convierte a Compostela en un centro internacional relacionado con todo el occidente de Europa, establece una solidaridad espiritual con Castilla-León, cuyo territorio atraviesan los peregrinos en su viaje a Santiago.

El predominio de los lusitanos en Portugal, en su base étnica, así como la mayor romanización y las relaciones con las tierras meridionales españolas, ofrece un factor de diferenciación respecto a Galicia, mientras las afinidades étnicas de parte de su población, la reconquista desde Galicia y la primitiva cultura cristiana de Portugal, formada en íntima conexión con la de aquélla, así como la originaria unidad lingüística, que sólo se diferencia dialectalmente andando la Edad Media, establecen multitud de lazos nunca desaparecidos entre Galicia y Portugal.

La diversidad se acentúa con la separación política. Galicia, con todo y mantener en los siglos XII-XIII su gran cultura independiente de la que Castilla es tributaria en muchos respectos, es poco a poco absorbida políticamente por Castilla y el contacto constante con ésta, con no borrar la personalidad gallega, la hace girar en la órbita castellana. Portugal, en cambio, con su independencia política y la formación de su imperio a fines de la Edad Media y en el Renacimiento, con su gran expansión marítima, afirma sus diferencias, imposibles de borrar con todo y las grandes relaciones culturales con Castilla y la efímera unión desde Felipe II a Felipe IV.

c) *La Castilla montañesa y el Estado castellano leonés.*— El primitivo Condado de Castilla salió de los antiguos cántabros



que ya anteriormente habían tratado de anexionarse la Bureba de los autrigones. Por un momento en rebeldía contra León, se apoya en Navarra, manteniéndose el carácter del núcleo montañoso indígena.

En el poema de Fernán González se dice:

*Entonce era Castyella un pequenno rryucon,
era de castellanos Montes d'Oca mojóñ,
e de la otra parte Fitero el Fondón—*

lo que puede referirse a la Castilla primitiva del siglo IX.

Poco sabemos de esta Castilla primitiva, gobernadas sus comarcas por condes, dependientes de los reyes de Asturias y no sabemos si surgidos del mismo país, ni de qué tipo de población, si de la indígena o de los elementos militares de origen visigodo. En tiempo de Alfonso II, en 824, se pobló Brañosera, al sur de Reinosa y de Peña Labra, junto a la sierra de Brañosera, por Nuño Núñez; el conde Rodrigo en 860 puebla Amaya, bajo Ordoño I, y en su tiempo parecen haberse rebelado contra el rey de Asturias, Alfonso III, los habitantes de la región de las Asturias de Santillana, saqueándola el conde para reducirlos, primer indicio del espíritu particularista castellano frente a los reyes de Asturias.

El hijo de Rodrigo, Diego Rodríguez, en 882-883, defiende a Pancorbo contra el príncipe moro Almondir y en 884 funda y puebla Burgos por orden de Alfonso III.

A principios del siglo X se produce la rebelión de los condes castellanos Nuño Fernández, Almondar el Blanco y su hijo Diego Almondárez, con Fernando Ansúrez, que se niegan a acudir a la batalla de Valdejunquera y provocan con ello la derrota de Ordoño II (920), siendo ejecutados; pero los castellanos se emancipan de León, nombrando dos jueces, Lain Calvo y Nuño Rasura y rehusan acudir al tribunal de León que aplicaba



el derecho visigodo del Fuero Juzgo, rigiéndose ellos por las costumbres no escritas hispánicas y germánicas, suplantadas por aquel código y producto de la nueva sociedad de los siglos ix y x. Esto representa, en opinión de Menéndez Pidal,⁷ el contraste entre las tradiciones monárquicas de origen visigodo y el espíritu de libertad de la nobleza castellana; en realidad en ello apunta el espíritu particularista del nuevo pueblo, al que se han adaptado plenamente sus regentes, pueblo que se apoya en una base étnica primitiva distinta de la de Asturias-León.

El conde Fernán González (923-975), hijo de Gonzalo Fernández, lo es de Burgos en 923 (bajo Ordoño II de León) y en 931, bajo Ramiro II, de Castilla y Alava. Se rebela contra Ramiro II de León, en 940, sostenido por los castellanos, que no reconocen al conde leonés nombrado por el rey, unifica a Castilla en 950 y hace hereditario el condado, comenzando entonces la expansión de Castilla; pero siguiendo la enemistad con León y relacionándose con Navarra.

Así se crea Castilla como un pueblo distinto y con fuerte personalidad particularista, distinta de la de León. De la relación con Navarra y de la intervención en los asuntos leoneses, cuando, unidas Castilla y Navarra bajo Sancho el Mayor de la última, éste intenta su dominio de buena parte de la España cristiana, así como de la expansión hacia el valle del Duero, con lo que predominan los núcleos celtizados de sus territorios, sale una Castilla nueva en espíritu, que, al unirse a León con Fernando I, el hijo de Sancho el Mayor que fué el primer rey de Castilla, pierde el antiguo carácter de pueblo encerrado en las montañas, para tener las llanuras de la Meseta como principal territorio y compenetrarse con los ideales leoneses. Con Fernando I todavía, el espíritu director gira en torno de Castilla; pero aún la unión no se halla consolidada y esto se expresa de nuevo en la división de los reinos a la muerte de aquel rey. Cuando vuelven a unirse con Alfonso VI, que se ha adaptado



al espíritu de León, Castilla queda ofuscada y, en adelante, aunque siga hablándose de Castilla y ésta con el tiempo se convierta de nombre en el país hegemónico, se trata de una Castilla que continúa la herencia leonesa, que ha pesado definitivamente sobre ella. El fenómeno no dejó de producir reacciones en los viejos castellanos y la última supervivencia de su espíritu particularista encarna en el Cid, con su enemistad contra Alfonso VI y con su política propia. El Cid, tomado como símbolo de la Castilla hegemónica y de su acción imperial aglutinadora de todas las tierras españolas, nos parece que debe ser interpretado como todo lo contrario: es, en realidad, la protesta contra la absorción leonesa y, ante ella, se desprende del Estado leonés y obra por cuenta propia, sintiéndose sólo unido sentimentalmente a su vieja patria castellana y no conservando para Alfonso sino una romántica lealtad caballeresca. Al no ser nunca apreciada ni aprovechada por el rey, tipo de militar violento sin verdadero sentido político,⁸ queda consagrada la dirección divergente y personal de las empresas políticas levantinas del Cid, que, de triunfar, pudieron desviar el curso de la historia de España.

El carácter general de la población, tanto en Castilla como en León, no se desnaturaliza con el despoblamiento de las tierras llanas del Duero en los primeros tiempos de la Reconquista, en que fueron la zona fronteriza entre cristianos y musulmanes. En su repoblación debieron intervenir muchos de sus antiguos pobladores refugiados en las montañas de la zona libre y que en ellas no debieron acabar nunca de arraigar permanentemente. Con todo, en la línea del Duero se produjo, al repoblarse, un verdadero trasiego de población, habiéndose establecido allí también grandes masas de mozárabes procedentes de territorios más meridionales. Al avanzar el tiempo, en la Edad Media, las zonas centrales, y sobre todo las ciudades, fueron teniendo una población más mezclada, procedente de



todas las regiones de los dominios de los reyes castellano-leoneses. Y es preciso también consignar la emigración hacia el sur de gentes de las zonas montañosas o costeras, a medida que el centro de gravedad del reino se desplazaba en aquella dirección. Un indicio de ello lo tenemos en las poblaciones que llevan el nombre de "vascos". También la trashumancia de los ganaderos pudo matizar los territorios centrales y aun los de más al sur.

Partiendo del Duero y probablemente de la herencia céltica, reforzada con sangre visigoda o interpretando a su modo las tradiciones romanas, el nuevo Estado Castilla-León, a partir de Alfonso VI, trastorna los destinos españoles, constituyendo la meseta en el centro de la Reconquistada y desbordando hacia Andalucía. Entonces impide que la reconquista del Levante se extienda por el sur, como intentaron repetidas veces los catalanes.

Antes de ello el episodio del Cid, desterrado por Alfonso VI, repetía las aventuras de los núcleos célticos orientales apoyándose en los macizos celtibéricos y tratando de hacer una política orientada al valle del Ebro y a Zaragoza y desbordando hacia la llanura valenciana. Con todo, como ya hemos apuntado, la aventura del Cid en Levante difícilmente puede considerarse, como suele hacerse, como una expansión de la propia Castilla. Es una hazaña personal del héroe castellano perseguido por la enemistad de su rey. Obró por su cuenta, al servicio a veces del rey moro de Zaragoza y se ofreció al conde de Barcelona Berenguer Ramón el Fratricida, que no supo comprender la ventaja que hubiera tenido para su política contar con la ayuda del Campeador. En Valencia gobernó el Cid como soberano independiente y como tal trató de oponerse al avance almorávide. De consolidarse su dominio allí, en donde se había aclimatado, el Cid se hubiera convertido en un levantino y ya, en sus últimos años, comenzó a orientar su política en la ór-



bita de los reinos cristianos orientales: a sus hijas las casó con príncipes de ellos, con Ramiro, infante de Navarra, señor de tierras aragonesas, la primera llamada Cristina; con el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, la segunda llamada María. El Estado valenciano hubiera ido a parar a una de ellas y por lo tanto se habría incorporado, ya a principios del siglo XII, a Aragón o a Cataluña. De hecho, muerto el Cid, cuando Jimena se defendía de los almorávides, parece haber recibido ayuda de Ramón Berenguer III, quien por un momento pudo considerarse dueño de la ciudad,⁶ más de un siglo antes de la conquista de Jaime I, en 1238.

La expansión de Castilla y León hacia el sur, dominando todo el centro de España y penetrando en Andalucía, que transformará y "castellanizará" hasta cierto punto, parece seguir las leyes de la herencia céltica y alcanzar lo que ésta no logró, o sea la conquista definitiva de las tierras tartesias.

En este proceso, después de interferencias con los reinos orientales y de conflictos con ellos, se llegará a un nuevo equilibrio durante algún tiempo, en que, bajo el dominio almorávide, la suerte de los territorios meridionales volvía a quedar indecisa. Efectivamente, la invasión almorávide vino a detener el avance castellano-leonés en los últimos veintitrés años del reinado de Alfonso VI y a poner un dique a su expansión. También quedó detenida la de Cataluña; pero, en el primer tercio del siglo XII, durante el reinado de Urraca y la menor edad de Alfonso VII en Castilla-León, surgió la nueva y efímera potencia aragonesa con Alfonso el Batallador que parecía reclamar, para Aragón, la continuación de la política de reconquista levantina, mientras Cataluña, después de los golpes sufridos por Ramón Berenguer III asestados por los almorávides, se veía imposibilitada de seguir su marcha hacia el sur y se distraía en la política ultrapirenaica.



La política de Alfonso el Batallador, con sus intervenciones en Castilla apoyadas en su matrimonio con Urraca, durante la menor edad de Alfonso VII parecían anunciar una posible hegemonía aragonesa. Pero la oposición de los castellanos y su muerte la hacen fracasar y, por el contrario, Alfonso VII pretende intervenir en la sucesión del Batallador; pero es rechazado por los aragoneses que han elegido rey a Ramiro II y que se apoyan en Cataluña, terminando el conflicto con el reconocimiento del vasallaje castellano sobre Zaragoza por Ramón Berenguer IV, casado con Petronila, la hija de Ramiro II, que da a Alfonso derecho a proclamarse Emperador de España. Las disputas sobre la respectiva extensión de Cataluña-Aragón y de Castilla en la reconquista futura son resueltas por el tratado de Tudilén (1151), que reconoce el derecho al sureste de España a Castilla y limita el de Cataluña-Aragón a Valencia.

Alfonso VII hace su expedición a Almería y conquista, aunque de manera efímera, la ciudad (1147-1157). Ha quebrantado nuevamente el poder almorávide y, paralelamente, ha comenzado la reconquista del alto valle del Guadalquivir y de las tierras altas andaluzas avanzando en Extremadura. Mientras, progresaba la reconquista de Portugal (Santarem y Lisboa: 1147) y la de Cataluña (Tortosa: 1148 y Lérida: 1149), siguiendo Caspe, y el Bajo Aragón (1169), Albarracín y Teruel (1171), con correrías por el reino de Valencia, bajo Alfonso II de Aragón. En Castilla, Alfonso VIII reconquista Cuenca (1177), pero es detenido por el nuevo poderío musulmán de los almohades, cuyo peligro conjura la victoria de Las Navas de Tolosa (1212), ayudado por León (que entonces se hallaba de nuevo separado de Castilla), Portugal, Navarra y Aragón-Cataluña.

Con el siglo XIII parece que va a terminar la reconquista con los avances de San Fernando en Andalucía (Sevilla: 1248), de Portugal en el Algarbe y de Jaime I el Conquistador con



la conquista de Baleares y de Valencia. San Fernando incorpora también a Castilla Murcia, que pone en peligro bajo Alfonso X una sublevación, sofocada por cuenta de aquél por Jaime el Conquistador de Cataluña. Alfonso X redondea algo la reconquista andaluza con la toma de Cádiz, Sanlúcar y Niebla (1261). Sancho IV hace lo propio con la de Tarifa (1292).

En realidad se paraliza entonces la reconquista castellana hasta la guerra de Granada de los reyes Católicos, en parte por las intervenciones de nuevos contingentes africanos (los merinitas), consiguiéndose sólo la toma de Gibraltar (1309, bajo Fernando IV), de Algeciras (1340, bajo Alfonso XI) y de Antequera (1410, por Fernando, el futuro rey de Aragón, cuando era regente de Castilla en la menor edad de Juan II). En buena parte la reconquista fué también detenida por las discordias dinásticas y civiles castellanas (Infantes de la Cerda, Pedro II contra Enrique de Trastámara, banderías del tiempo de Juan II, luchas civiles del reinado de Enrique IV). Sólo hubo entonces pequeñas escaramuzas de frontera y efímeras sumisiones del reino de Granada, cuyo rey envía su representación a las Cortes de Castilla.¹⁰ Por fin la guerra de Granada, de los reyes Católicos, pone fin a la reconquista con la toma de la ciudad en 1492. Castilla, entre tanto, había comenzado también su expansión marítima con la conquista de Canarias por el francés Juan de Béthencourt en 1403, bajo Enrique III, y Portugal había iniciado sus descubrimientos y comenzado a formar su imperio colonial.

Paralelamente a la Reconquista se organiza el Estado castellano. Este hereda el espíritu y las leyes de evolución del viejo reino de León, que marcan de manera indeleble su carácter, manteniéndolo dentro del tipo de un Estado militar y autoritario, en el que pesa la tradición céltica y visigoda. Ya en su origen, la nobleza, derivada de la visigoda, con su espíritu turbulento, se halla de continuo en lucha con el rey que trata de forti-



ficar su autoridad, fuerte y que se impone cuando los monarcas son grandes personalidades, naufragando en la anarquía de las banderías nobiliarias cuando el rey es inepto o débil. El Estado se debatirá constantemente entre los dos escollos de la anarquía aristocrática, con las consiguientes luchas civiles, a la que se incorporaron los altos dignatarios de la Iglesia, mezclados constantemente en las luchas políticas, y del despotismo real. La virulencia de estas luchas dificultarán la organización estable de las instituciones estatales y serán el precedente y la raíz de muchas convulsiones modernas.

Reforzará el espíritu de la monarquía la nueva influencia que, a partir del siglo XI se hará sentir constantemente: la francesa de los monjes de Cluny, altamente beneficiosa en el aspecto cultural, pero que contribuirá a dar a la Reconquista el espíritu de cruzada que no había tenido antes y que difícilmente logrará infiltrar en el pueblo. Con ella se manifiesta también, además, la de la política de amistad y entronques dinásticos con la monarquía francesa. La monarquía castellana robustecida por la guerra y en lucha constante para afirmar su autoridad contra feudatarios y poderes extranjeros, más tarde, en la evolución democrática mantendrá siempre dentro de ciertos límites las instituciones populares y velará celosa por la autoridad real. En Castilla, la evolución política de su monarquía ofrece grandes semejanzas con la francesa —a diferencia de las monarquías de los reinos levantinos— y cuando comenzará a crearse una democracia, difícilmente pasará ésta de ser una democracia municipal, surgida del fondo común a todos los pueblos españoles, de profunda raíz democrática; pero no llegará a alcanzar grandes vuelos la política de las instituciones estables. Con haber sido las cortes de León y Castilla las primeras de Europa, pues comenzaron a principio del siglo XI, no llegarán nunca al pleno desarrollo, tanto por quedar a menudo al arbitrio del rey las ciudades que se convocaban a ellas y



faltar las ciudades de Galicia a las que representaban las castellanas, como por anteponer la votación del subsidio a las peticiones, lo que frustraba a menudo su intervención en la vida del Estado. Sólo bajo reyes débiles se atreverán a oponerse a la vigencia de códigos o de leyes reales no consentidos por ellas o a proclamar que las cartas reales contrarias a la costumbre y al derecho habían de ser consideradas como nulas e inválidas y que las leyes y ordenanzas no habían de ser anuladas sino en Cortes, como se dispuso en las de Briviesca de 1387; pero, ya a mediados del siglo xv, habrán de claudicar ante el poder real nuevamente fortificado, como las Cortes de Olmedo que, en 1445, admiten que el rey, vicario de Dios, puede revocar las leyes de su "ciencia cierta, proprio motu y poderío absoluto". Por ello el desarrollo democrático castellano no llegó a cristalizar nunca en la formación de instituciones ejecutivas independientes de la voluntad real, como en Aragón o en Cataluña y menos a crear una teoría política y cuando se intentó en la lucha de las Comunidades, al tratar de oponerse al despotismo de Carlos V y de sus ministros flamencos, era ya tarde y el absolutismo fué consolidado definitivamente al ser las Comunidades ahogadas en sangre. Ciertamente que el espíritu democrático del pueblo castellano intentará expresarse en los teólogos de los siglos xvi y xvii, pero no se llegará tampoco a una doctrina democrática pura y sólo se intentará limitar el absolutismo con la ley y proclamar que el rey no debe obrar según su capricho, sino atenerse a ella. Pero ante el rey injusto no queda sino el recurso de la muerte del tirano, y por mucho que el rey reciba su autoridad de la "República", lo que implica la doctrina de la soberanía popular escolástica, queda muy dudoso lo que sea concretamente la "República" y, ante la autoridad real omnímoda, no hay defensa de ninguna clase. En realidad, en la tradición castellana no se había pasado de lo que Cánovas invocaba para no admitir la elección de rey: considerando la monarquía ante-



rior a las representación nacional, con la que se deseaba que aquél contase, en realidad, su consenso era sólo una colaboración conveniente, útil e imprescindible, un freno al despotismo, pero no el ejercicio de derechos soberanos. En Castilla las libertades habían sido sancionadas por el rey como un "privilegio".¹¹

Después de la época de prolongada anarquía del siglo xv no será difícil a los Reyes Católicos aprovechar el ansia general de paz y de orden interior para reorganizar el Estado en torno suyo, afirmando su autoridad legislativa en las Cortes de Toledo (1480), nombrando corregidores que limitan la autonomía municipal y reorganizando el Consejo Real, que se convierte en el eje de la administración y en el órgano del gobierno de los reyes y se generaliza a todos los reinos y aún al Imperio de Indias, después de la unión de las Coronas y del Descubrimiento; pero reducido a funciones administrativas y sujeto siempre al rey y aún formado predominantemente por letrados, en sustitución de los antiguos "hombres buenos".

Este proceso histórico-político tiene por consecuencia constituir un pueblo con clases sociales fuertemente diferenciadas, a gran distancia la nobleza del pueblo que constituye la masa agrícola, que le sirve de base, con escasa población artesana o comerciante, durante mucho tiempo de origen morisco o judío, con escasa clase media y, cuando ésta se forma, encuadrándose en la burocracia del Estado o en las profesiones liberales, aspira a incorporarse a las clases hídalgas y adquiere su mentalidad — incorporándose y sirviendo de instrumento a la "superestructura". A consecuencia de las luchas de la Edad Media se busca la prosperidad en las empresas guerreras y se descuida el desarrollo económico interior, considerando el trabajo manual como cosa propia de villanos, dificultando la formación de una sana economía. Cuando se repite que la España medieval fué un país casi exclusivamente agrícola y ganadero, esta afirmación es válida para Castilla y las tierras interiores,



no naturalmente para Andalucía o para las tierras levantinas, pero por el predominio político de Castilla, luego, se perpetuará el desequilibrio y se dificultará, modernamente, la incorporación de España a las corrientes económicas del mundo. El descubrimiento de América y la organización del Imperio no hicieron sino agravar el mal, por la necesidad de absorber los recursos que los países coloniales proporcionaban en los gastos de las guerras de los siglos XVI y XVII y por la especial organización del comercio con América por parte del Estado que derivó en buena parte a Flandes. La colonización americana, al distraer masas importantes de la población española en la empresa —masas que quedaron en su mayor parte en los nuevos países—, no canalizó hacia el exterior un sobrante de población, sino que contribuyó a despoblar y a mantener el empobrecimiento de la economía interior de España. El carácter de la evolución castellana se reflejó también en la colonización, manteniendo en ella el carácter señorial y acentuando el agrícola y minero, en perjuicio del industrial y mercantil.

Asimismo, la organización del Imperio sigue la trayectoria de la evolución política de Castilla, agravada por las corrientes absolutistas de la época —que tendían a las grandes monarquías absolutas— y por el carácter extranjero de la dinastía. El Imperio se organizó a base de reinos distintos y de las administraciones virreinales, que eran una prolongación de la organización castellana, mantenidos en cohesión por los Consejos sometidos en todo a la autoridad y a la vigilancia del rey y, en la evolución política de los nuevos países, sólo pudo florecer la institución municipal, como organismo de gobierno popular, en lo que se expresó la vieja tendencia democrática española, que, en Castilla sólo había conseguido arraigar en la democracia municipal.

d) *Vascos y navarros*.¹²—Los vascos montañeses reproducen el estado de cosas primitivo y se mantienen prácticamente independientes, aún bajo la soberanía nominal de los reyes de



Castilla, considerados no como dueños hereditarios del país, sino como señores elegidos libremente por ellos, viviendo totalmente al margen de la vida castellana. Navarra, formada en el valle de los "navarri" y originariamente en conexión con el alto valle del Aragón, origen del condado del mismo nombre, luego reino, al separarse definitivamente, sigue el camino de los celtas suesiones en la aventura de Sancho el Mayor y, luego, el de los vascones al extenderse desde Pamplona en dirección al Ebro, por territorios originariamente no vascos.

El dominio romano no había hecho sino ocupar las tierras bajas de Navarra, estableciendo destacamentos militares en Pamplona (que lleva el nombre de Pompeyo, junto con el indígena de Iruña) y acaso en los puertos vascos. Desaparecido el dominio romano, en la época visigoda, los vascos fueron independientes casi siempre, situados entre ellos y los francos y defendiéndose de ambos. Requiario atacó la Vasconia en 581, Leovigildo en 581 fundó Victoriacum (Vitoria, en Álava) y dejó allí destacamentos militares para vigilar a los montañeses de Euzcadí. El rey franco Chilperico (562-584), luchó con ellos y se atribuyen victorias al conde de Burdeos Galactorio; hacia 587 los vascones penetraron en Aquitania, de la que gran parte recibió desde entonces el nombre de Guasconia (Vasconia) del que deriva el actual de Gascuña, llegando al Garona. El rey visigodo Suintila, en 623, vuelve a luchar contra ellos, que mantienen su independencia, y lo mismo hace Recaredo. Teodorico consigue hacerlos tributarios en 601-602, luchan de nuevo con los reyes francos en tiempo de Dagoberto (636-637) y después de la misión de San Amando en 670, que los halla todavía paganos, en 675, Wamba vuelve a guerrear con los vascos, organizando el ducado de Cantabria que los incluye y, cuando en 711 los árabes desembarcaron en el sur de España, Rodrigo se hallaba sitiando a Pamplona.



Los musulmanes apenas rozaron su territorio, ocupando temporalmente a Pamplona y cruzando el territorio vasco en la expedición a Francia de Abderramán el Gafequí que terminó con la batalla de Poitiers (732) o en campañas hacia el alto valle del Ebro. En 778, Carlomagno realizó su expedición, que debía asegurarle la sumisión del valle del Ebro, en combinación con los walíes musulmanes de Barcelona y Zaragoza y aliado con los vascos. Fracasó en la ocupación de Zaragoza, que le cerró sus puertas, temerosa de la venganza de Abderramán I, y a la noticia de una sublevación de los sajones emprendió la retirada por el camino de Roncesvalles. Al pasar por Pamplona se apoderó por sorpresa de sus murallas y se llevó cuantioso botín y, en rehenes, al walí de Barcelona, Suleimán. Los hijos de éste parecen haber concluido una alianza con los vascos y los guerreros euskeldunes esperaron al ejército imperial en las gargantas de Roncesvalles, aniquilando su retaguardia. Más tarde, cuando ya había organizado la Marca Hispánica en Cataluña, sus guerreros volvieron a intentar expediciones por el occidente del Pirineo y se cita una toma de Tudela del 802 y una expedición de los condes Ebro y Aznar a Pamplona en 824 u 825. Probablemente la ciudad se hallaba entonces en poder de los musulmanes. No sabemos hasta qué punto esta expedición representó un verdadero dominio franco.

Pero, en todo caso, en el transcurso del siglo IX los vascos de Navarra consiguieron organizarse independientemente, guiados por Iñigo Arista, que se supone originario del otro lado del Pirineo, del condado de Bigorra, tierra de población pirenaica, afín a la de los vascos y aquel jefe es el primer rey de Navarra.

En los tiempos que siguen a Roncesvalles parecen haberse organizado también los vascos de las demás regiones de Euzcadi y se conoce el nombre del Jaun Zuria, el primer señor de Vizcaya. Por entonces los vascos de los valles montañoses estaban organizados en comunidades de familias residentes en ellos.



Probablemente ya se gobernaban mediante juntas elegidas por las comunidades que, en caso de peligro confiaba la defensa a un jefe que los llevaba a campaña. Esta organización debió ser común a todos los pueblos pirenaicos y subsistió secularmente en el país vasco, perdurando en el valle pirenaico catalán de Andorra, con su curiosa organización republicana independiente combinada con el co-principado del prefecto de los Pirineos Orientales (sucesor del rey de Francia) y del obispo de la Seo de Urgel. Las juntas de los valles se reunieron luego en junta general junto al árbol de Guernica, constituyendo una especie de poder legislativo, eligiendo allí unos encargados de gobernar en los períodos intermedios de las reuniones de la Junta. Eran considerados como mandatarios sin otro poder que el delegado por la comunidad, lo que expresaba la salutación que les dirigían los mandatarios de los valles: "Os saludamos, señores; señores, os saludamos. Todos somos igualmente criaturas de Dios, vosotros y nosotros también; os saludamos, señores, aquí nos tenéis" ("Agur, jaunak", etc.). Esta es la organización indígena vasca, con sus juntas de valle, representantes de las familias (el voto fogueral) que con los de las ciudades poco a poco, federativamente, constituyen Estados en Álava, Vizcaya, Guipúzcoa, Laburdi y Zuberoa —las dos últimas regiones hoy forman el país vasco-francés. La confederación de todos ellos se reunía en Guernica, aunque cada región se seguía considerando independiente y soberana, hasta cuando reconocía el señorío de reyes forasteros como el de Castilla. Se concertaban tratados entre las regiones y las Juntas de Vizcaya y Guipúzcoa los hicieron con Inglaterra en 1331 (Vizcaya, Guipúzcoa e Inglaterra) y en 1482 (Guipúzcoa e Inglaterra), así como con los reyes de Castilla.

Estos pronto trataron de incorporar el país vasco a su corona, lo que habían intentado ya los antiguos reyes asturianos y leoneses; pero aunque pudo haber sumisiones temporales,



los vascos quedaron, de hecho, independientes. Fortificada la monarquía navarra por los sucesores de Iñigo Arista, cuando reinó allí Sancho el Mayor todas las tierras vascas reconocieron su supremacía y aquel rey se lanzó a su aventura imperial dominando además de Aragón, Sobrarbe, Ribagorza y Pallars, en el Pirineo, la Rioja, Nájera y la Bureva, que Castilla ha considerado siempre suyas y que Sancho incorporó a Navarra, manteniéndolas unidas a ella en el reparto de sus reinos, al separar Navarra de Castilla que él erigió en reino para su hijo Fernando I. En los tiempos que siguieron a su muerte, los vascos, descontentos acaso de Navarra que intentaría dominarlos, buscaron el apoyo de Castilla y poco a poco las regiones vascas reconocieron como señor libremente elegido al rey castellano. Ya Alfonso VI fué reconocido como tal por Álava, Vizcaya y Guipúzcoa y, más tarde se conocen pactos con los términos expresos de tales reconocimientos, como el de los guipuzcoanos con Alfonso VIII de 1200 y el de los alaveses con Alfonso XI en 1332, en que los vascos conceden voluntariamente el señorío de sus tierras al rey de Castilla con la obligación por parte de éste de respetar las tradiciones, leyes y costumbres de dichas regiones. Así quedó unido el país vasco a Castilla, por un vínculo de tipo especial, que les permitía seguirse considerando independientes y conservar intacta su personalidad. La base étnica pirenaica, no desnaturalizada nunca, siguió absorbiendo todos los elementos forasteros infiltrados allí. La persistencia de la lengua euskérica y su diferencia fundamental respecto a las románicas de los territorios vecinos, la persistencia de la organización nativa a través de los siglos, con la situación geográfica alejada de los centros políticos castellanos que, durante mucho tiempo, no encontraron motivos serios de intervención, ni económica ni política, facilitó la conservación y la fortificación de aquella personalidad.



Esta siguió manteniéndose, a través de la intervención en las empresas castellanas, para las que los vascos fueron preciosos auxiliares por el desarrollo de su navegación y de su comercio, tanto a fines de la Edad Media, cuando Castilla comienza a relacionarse con el mundo europeo en más vasta escala, como en las empresas americanas de los siglos xvi y xvii.

Entre tanto, Navarra seguía una trayectoria distinta. Reducida a sus límites estrictos bajo los sucesores de Sancho el Mayor, unida luego con Aragón hasta la muerte de Alfonso el Batallador, separada de nuevo entonces, se aleja en espíritu de sus hermanos vascos y se orienta hacia el Ebro y la reconquista peninsular. Sancho el Fuerte contribuyó a la victoria de las Navas. Hubo discordias con Guipúzcoa, guerras con Castilla y alianzas con Aragón. Al morir Sancho VII el Fuerte, sin hijos, en 1234, pasó la corona a Teobaldo de Champaña, iniciándose las dinastías francesas que gobernaron el reino hasta 1425 en que sucedió al último de sus reyes Blanca, casada con el príncipe de Viana, hijo del que había de ser Juan II de Aragón. A pesar de la influencia francesa y de que los reyes de estas dinastías intervinieron activamente en la política europea y en la española, fué poco lo que desnaturalizaron a Navarra. La dinastía aragonesa —o mejor dicho castellana, puesto que Juan II era un Trastámara—, dió lugar a sangrientas luchas con las desavenencias de Carlos de Viana con su padre y con la agravación de las banderías navarras de beamonteses y agramonteses y vuelta de nuevo Navarra a poder de príncipes franceses fué finalmente conquistada por Fernando el Católico en 1512. Con todo quedó intacta la constitución peculiar del reino. De los siglos de la Edad Media resultó, sin embargo, un efectivo distanciamiento de Navarra —en donde la lengua vasca había retrocedido, quedando viva sólo en su parte montañosa septentrional— respecto a las demás regiones de Euzcadi.



El carácter y la organización propia continuaron tanto en Navarra como en el resto del país vasco a través de los siglos modernos y, entonces, los vascos produjeron eminentes figuras de colonizadores y navegantes (El Cano), lo mismo que hombres de ciencia como el Padre Francisco de Vitoria, creador del derecho internacional y defensor de los derechos de los indios, que en su doctrina política afirma los principios democráticos de la soberanía popular, de la que el rey es sólo un mandatario al que "no se transfiere la potestad, sino la autoridad", no pudiendo la comunidad "abdicar totalmente de ese poder" y debiendo la república gobernarse a sí misma mediante los magistrados y legisladores por ella elegidos, principios en los que alienta el viejo espíritu de libertad vasca. Luego, en el siglo xviii, el país vasco tiene una nueva época de prosperidad y de cultura, que encarna en las Sociedades de Amigos del país —los famosos "caballeritos de Azcoitia"—, que se dedican al estudio de la economía política, a mejorar el régimen de la producción y a estudios científicos de todas clases, contribuyendo al despertar de España en aquel siglo, en el que destacan vascos ilustres en la política, la administración y las letras.

Los intentos de Godoy de cercenar las libertades vascas no logran mayor éxito y continúa su organización autónoma hasta 1839, en que, después de la guerra carlista —a la que los vascos y los navarros fueron atraídos por las declaraciones fueristas del Pretendiente, aunque la mayor parte de las ciudades figuraron en el lado liberal— fué prácticamente abrogada, tanto en Navarra como en el resto de Euzkadi, completándose la obra centralizadora bajo la Restauración.

e) *Aragón*.¹³—El primitivo reino de Aragón, pirenaico, tiende a Navarra o a la relación con los demás núcleos pirenaicos de Sobrarbe, Ribagorza, Pallars y aún Urgel, antes de que la reconquista de Huesca le abra el camino del Ebro. Entonces transforma su carácter, después de dominar la "frontera supe-



rior” y de absorber los dos núcleos musulmanes de Huesca y Zaragoza —en realidad la supervivencia de los ilergetas occidentales y de los edetanos—, tratando de continuar su expansión hacia Lérida, originariamente afín con Huesca, pero surge en este intento el conflicto con Cataluña, resuelto por fin con la unión de las dinastías, después de las conquistas y correrías peninsulares de Alfonso el Batallador.

Aragón se forma en el Pirineo central del núcleo primitivo de los iacetanos, sobre todo en el valle de Jaca, por el que corre el río Aragón, de que toma nombre y que recoge las aguas de los valles de Ansó, Hecho y Canfranc, así como comprendió también la cuenca del alto Gállego (valle de Tena), con Panticosa y Biescas. La salida del río Aragón, por el valle de Sangüesa de los vecinos navarros y la conexión geográfica y las afinidades étnicas anteriores pirenaicas con ellos hacen que ambos grupos se hallen íntimamente relacionados, formando a menudo un solo complejo estatal. La situación de Navarra explica también que sea la primera en alcanzar madurez e influencia y en desempeñar un papel en la Reconquista. El primitivo Aragón continuó largo tiempo siendo una dependencia de Navarra y sólo pudo tener una vida propia independiente cuando se extendió al sur de la barrera de la sierra de Guara y logró la reconquista de Huesca, quedándole abiertos los caminos del valle del Ebro. Pero el primitivo Aragón no es sólo el viejo grupo iacetano, sino que, además se constituye con el grupo, independientemente al principio y no tocado nunca por la conquista musulmana, de Sobrarbe o sea de los valles al norte de la sierra de Arbe, que comprendía la alta cuenca del Cinca con sus afluentes, especialmente el Ara, que desde Vignemale, por el valle de Broto, baja hacia Boïtaña y Ainsa, en donde se reúne con el Cinca, el cual, a su vez, recoge las aguas de los valles de Bielsa y Gistain. Sobrarbe, acerca de cuyos habitantes en la Antigüedad no tenemos noticia alguna y a donde no debieron



llegar apenas los romanos, debió tener una población pirenaica primitiva análoga a la del resto de los valles pirenaicos y, a principios de la Reconquista, parece haber formado un grupo independiente (el supuesto reino de Sobrarbe), que ya debió existir en el siglo VIII y que en el IX aparece relacionado con Aragón y con Navarra, girando tanto Aragón como Sobrarbe en torno del reino fundado por Iñigo Arista hacia 840 en Navarra y constituyendo condados que a veces se mantienen independientes. A fines del siglo VIII, con la intervención franca en la reconquista pirenaica, el marquesado de Tolosa del Imperio de Carlomagno pretendía una soberanía, más nominal que efectiva sobre todos estos territorios, pero en el siglo IX —mientras la dependencia franca se mantenía en los territorios más orientales, que con el tiempo se agruparon con el condado de Barcelona y la Marca Hispánica—, Sobrarbe y Ribagorza quedaron independientes de los francos y Navarra tendió a dominarlos.

Sancho el Mayor de Navarra incorporó a su reino pirenaico no sólo Aragón y Sobrarbe, sino también Ribagorza y Pallars, que formaban grupos pirenaicos basados en la geografía y en antiguos grupos indígenas de población pirenaica. Ribagorza, en el valle del Ésera y en el de su afluente el Isábena —en donde estuvo Roda, la capital del condado, que comprendía el valle del Ribagorza, que dió nombre al grupo político—, tampoco había sido penetrado por los romanos y desconocemos el nombre primitivo de su pueblo. Pallars, que comprendía el valle del Noguera Pallaresa y sus dependencias, con su centro en la Conca de Tremp, había estado ocupado en casi su totalidad por los arenasios, cuyo nombre se conserva en el valle de Arán. Este por su situación geográfica, al norte de la divisoria de aguas y abierto hacia Francia, giró más bien en la órbita de los condados franceses de la marca de Tolosa. Pallars y Ribagorza tampoco fueron tocados por la conquista árabe, habiendo for-



mado núcleos independientes que aparecen ya en el siglo VIII como existentes, al producirse la intervención carolingia que los incorpora a la dependencia de Tolosa, de la que se libran en el siglo IX.

A la muerte de Sancho el Mayor, en la división de su reino, Aragón se convierte, como Castilla, en un reino aparte que se da a Ramiro I (1035) y su sucesor Sancho Ramírez incorporó Navarra a Aragón por decisión de los navarros al ser asesinado su rey Sancho el de Peñalén, y no querer aquéllos reconocer al asesino. Navarra permaneció unida a Aragón a través de los reinados siguientes de Pedro I y de Alfonso el Batallador, separándose a la muerte de éste, al no acatar los navarros la autoridad de Ramiro II, elegido por los aragoneses. Navarra formó desde entonces un Estado independiente gobernado por García Ramírez.

Hasta su independencia después de la muerte de Sancho el Mayor, Aragón estuvo recucido a sus valles pirenaicos y aún, después de formar reino aparte, no pudo abrirse paso hacia el sur hasta la conquista de Huesca por Pedro I en 1096, defendida la "frontera superior" con gran tenacidad por los musulmanes.

El hijo de Pedro, Alfonso I el Batallador con sus nuevas conquistas, después de la de Zaragoza (1118), incorpora a su reino los Monegros, Tarazona, Borja, el Jalón y el Jiloca y llega hasta Calamocha y Monreal. Luego emprende una correría aventurera hacia Levante y las tierras de la Andalucía oriental (Monreal-Teruel-Sagunto-Valencia-Játiba-Orihuela-Murcia-Lorca-Purchena-Guadix-Granada-Montril-Málaga-Granada-Lucena-Córdoba-Baena-Alcaraz-Cuenca-Albarracín-Monreal). Esta correría, de 1125-1126 quebranta el poderío almorávide, aunque no produce resultados territoriales, afirmando el prestigio aragonés y prefigurando unas aspiraciones a todo el Levante, mientras sus intervenciones en Castilla, durante su infeliz ma-



rimonio con Urraca, parecían revelar aspiraciones a una hegemonía general y crear un nuevo imperialismo aragonés opuesto al de Castilla-León. Su muerte sin hijos termina estos sueños y surge el conflicto con Castilla, en donde ya gobierna un nuevo rey enérgico, Alfonso VII, el discípulo de Gelmírez, que intenta entrometerse en la sucesión del Batallador. Rechazado por los aragoneses que se apoyan en Cataluña, con el matrimonio con Ramón Berenguer IV con Petronila, la hija del rey elegido por ellos, Ramiro II, se resuelve el conflicto con el vasallaje teórico de Ramón Berenguer a Alfonso por Zaragoza. El pacto de Tudilén (1151) vuelve a afirmar la aspiración de Castilla a dominar el sureste y el sur de España, pero también el derecho de Cataluña-Aragón a Valencia. Sobre estas bases se moverá en adelante la Reconquista.

La absorción del núcleo musulmán de Zaragoza por el Estado aragonés que allí tiene, desde entonces, el verdadero centro de gravedad del reino, le incorpora, no sólo el elemento ibérico del valle y de las tierras montañosas del bajo Aragón y de la frontera con las tierras castellonesas, sino también las celtibéricas de los valles del Jalón y del Jiloca y comarcas vecinas, contribuyendo a apartarlo de su antiguo carácter pirenaico. Con haber resultado vecino de Castilla, los conflictos con ésta y los intentos de dominio de Aragón por Alfonso VII de Castilla, continúan las anteriores intervenciones sobre el reino musulmán de Zaragoza. Resueltos con la unión de Aragón y Cataluña mediante el matrimonio de Petronila y Ramón Berenguer IV, Aragón se incorpora de hecho al mundo levantino.

El viejo Aragón había sido una democracia nobiliaria, con rey electivo que recibía el poder de sus pares, como lo expresa la vieja fórmula —“nos, que somos tanto como vos e juntos más que vos”— y este carácter lo mantuvo a través de toda su historia, defendiendo los nobles sus libertades celosamente a costa de las largas luchas de la “Unión”, de las que, si bien quedó



fortificado el poder real, no salió aniquilada la libertad política, defendida por la institución del "Justicia", amparador de los fueros.

Aragón mantiene su personalidad, a pesar de la unión de las coronas españolas bajo los Reyes Católicos y se defiende de los atentados a sus fueros por Felipe II, en ocasión del amparo prestado a Antonio Pérez por el Justicia Juan de Lanuza. Con el término infortunado de la lucha, las libertades aragonesas sufren mermas considerables y Aragón, desde entonces, gira cada vez más en la órbita castellana, a lo que contribuyen sus afinidades a través de la población primitiva celtibérica de la zona fronteriza y el parentesco de su lengua, diferente de la de Cataluña por el mayor predominio de los elementos iberos y celtiberos.

f) *Cataluña y su expansión.*¹⁴—El proceso de la reconquista catalana y la historia de los condados que forman su principal núcleo (Urgell-Cerdaña-Rosellón, Besalú, Gerona, Ampurias, Ausona-Vich-Barcelona), reproducen exactamente antiguos grupos indígenas pre-romanos y se mantienen por mucho tiempo en los límites de la "Cataluña vieja" (donde predominaron los pueblos no ibéricos, en el siglo III: ceretanos, ausetanos, indigetans, laietanos-lacetanos, cossetanos), con una relación poco definida con los demás núcleos pirenaicos, Pallars y Ribagorza, los cuales acaban por girar en derredor de Barcelona, siendo más afines de los grupos pirenaicos catalanes que de los aragoneses.

La invasión árabe en Cataluña había encontrado violenta oposición en Tarragona, capital del país y de la antigua Tarraconense romana, la ciudad más importante que quedaba en España, perdidas las del sur y ocupada Toledo. Tarik la destruyó totalmente (713) y su lugar quedó desierto hasta principios del siglo XIII, excepto en un corto intervalo en el siglo X en que vio una reocupación parcial musulmana. Un alzamien-



to de judíos en Zaragoza y en Cataluña atrajo una nueva expedición a Cataluña en 718 y su jefe el emir Alhor encontró nueva resistencia en Manresa, pero, en su paseo triunfal, recibió la capitulación de Barcelona, Gerona y acaso también de Emporion, terminándolo en Narbona, que había de servir de base de operaciones para ulteriores conquistas en Francia, que sólo pudieron alcanzar por aquella parte, entonces, a la región de Narbona, Carcasona y Nimes, por haber sido derrotado el emir Zama por el conde franco Eudes en 720, extendiéndose luego, en 737 las depredaciones musulmanas hasta Arles en la Provenza.

Quedaron permanentemente sometidas a los musulmanes sólo la zona costera de Cataluña y los llanos de Urgel (Lérida). Desde éstos alguna vez ejércitos musulmanes pasaron a Francia por el camino del alto Urgel y la Cerdaña, pero sin llegar nunca a permanecer y menos a dominar en aquellas comarcas, así como tampoco dominaron ni penetraron en las pirenaicas al norte del Montsech (Pallars y Ribagorza). En la Cataluña libre se organizó un principado independiente en las sierras del Montgrony, en las montañas entre el territorio de los antiguos ceretanos y el de los ausetanos, cuyos señores, que llevan el nombre de Quintiliano, parecen indígenas romanizados y desde 735 mantienen su dinastía hasta que se incorporan al dominio franco, a fines de siglo. En la Cerdaña, la diócesis eclesiástica de Urgel, subsistió y fué el centro de cultura cristiana más importante de Cataluña que, sin solución de continuidad, guardó la tradición y la enlazó con la del Estado carolingio.

Salvado el reino franco de la conquista musulmana por Carlos Martel en Poitiers (732), pronto se inició la reconquista de la Septimania. El mismo Carlos Martel pasó pronto a la ofensiva en esta provincia, sitiando en vano en 737 Narbona, que logró tomar Pipino el Breve en 759, sometiendo toda la Septimania hasta el Pirineo y ofreciendo refugio en ella a todos



los fugitivos de Cataluña. La conquista de Septimania determinó una política de intervención de Carlomagno en España, aprovechando las disensiones entre los musulmanes, con ocasión de la llegada allí del omeya fugitivo Abderramán. Un enviado de los nuevos califas abásidas, El Siclaví, se había puesto en relación con el gobernador de Barcelona Suleimán, que envió una embajada a Paderborn a pedir el auxilio de Carlomagno (777). Se trataba de levantar todo el este de España y el Ebro, habiéndose obtenido también el apoyo de Elosáin, el gobernador de Zaragoza y del de Pamplona y probablemente se obraba en combinación con los vascos por cuyo territorio entraría Carlomagno. Este entró en 778 para tomar posesión de Zaragoza, cuando ya había fracasado el levantamiento en el sur, mientras otro ejército franco entraba en Cataluña y obtenía la sumisión de Barcelona. Elosáin cerró sus puertas en Zaragoza temeroso del poder de Abderramán y Carlomagno hubo de retirarse, acuciado por la rebelión de los sajones en Alemania, y habiendo saqueado a Pamplona en su retirada —acaso irritado por el fracaso de Zaragoza—, su retaguardia sufrió el revés de Roncesvalles, en el que, además de los vascos, intervinieron probablemente también los hijos de Suleiman de Barcelona, que Carlomagno se llevaba como rehén.

Esta alianza de Suleimán de Barcelona con el rey franco es muy significativa. Probablemente, si aquél no era de origen plenamente indígena, se había adaptado ya al país y representa que este se iba distanciando del dominio musulmán. Entre 778 y 801 toda la frontera superior musulmana y las provincias de Cataluña ardían en rebelión contra Córdoba en combinación con los núcleos montañoses cristianos del Pallars y con los francos, siendo vanas las tentativas de Córdoba para dominarla, teniendo por caudillos a Saíd, hijo de Elosáin de Zaragoza y a Matruh, hijo de Suleimán de Barcelona. En esta época de confusión, Ludovico Pio, el hijo de Carlomagno y rey de Aquita-



nia —una de las demarcaciones de la organización establecida por Carlomagno en sus dominios— conquistó Gerona en 785 y organizó el primer condado franco de Cataluña. Se incorporaron la Cerdaña y Urgel, que formaron nuevos condados, a la Septimania y Pallars y Ribagorza se unieron al marquesado de Tolosa. El 795, sin embargo, se produjo la reacción musulmana: el emir Hixem I envió una expedición a la Cerdaña y a Gerona para saquearlas, continuando hasta Narbona y Carcasona, en donde fué detenida por el marqués de Tolosa San Guillermo, junto al río Orbieu, en un duro combate. Muerto Hixem, el nuevo emir Alhaquem I, en 796, envió otra expedición que no sabemos hasta donde llegó, pero que sometió al gobernador de Barcelona sublevado y que debía haber reconocido la supremacía franca. Carlomagno se decidió a una acción enérgica y Ludovico Pio se presentó ante Barcelona en 798, pero no logró que se le abrieran las puertas y se vengó devastando la comarca de Lérida. Por entonces se repobló las comarcas de Vich y Cardona, creando el condado de Ausona (Vich) que luego se transformó en el de Barcelona.

En 801 con mayores fuerzas Ludovico sitió Barcelona, logrando tomarla y dejando de gobernador al conde Bera. Entonces se organizó con los condados de Urgel-Cerdaña, Gerona (luego también Besalú) y Barcelona-Ausona la Marca de Gotia, unida con la Septimania, separándose después de ésta los condados catalanes para constituir la Marca Hispánica (864). Pallars y Ribagorza seguían dependiendo de Tolosa. Ampurias formó un nuevo condado y una marca marítima, desde la que en 813 se hizo una expedición contra los piratas musulmanes que infestaban las Baleares, mientras en 811 se había obtenido la capitulación de Tortosa y se había dominado el Campo de Tarragona. En 812 Carlomagno hizo la paz con Alhaquem de Córdoba y quedó asegurado el dominio de Cataluña que ya no se perdió, con la excepción de Tortosa y del



campo de Tarragona, “tierra de nadie” largo tiempo. Sólo el territorio de Lérida quedó en poder de los musulmanes.

Carlomagno no pudo realizar su sueño, que probablemente consistía en arrebatarse toda España a los musulmanes y redondear el Imperio de occidente, pero de su obra quedó la formación de Cataluña y un ejemplo y un impulso a la reconquista de todas las comarcas pirenaicas que resurgen vigorosas en el siglo IX. Aunque el ya fuerte reino de Asturias no estuvo nunca incorporado al Imperio, como algunos han creído, limitándose a una relación con él, pudo, con el quebrantamiento de la fuerza musulmana en el este de España, vigorizarse y prepararse para sus empresas. En el orden cultural la fundación de la Marca Hispánica significa el salvamento de lo que quedaba de cultura romano-cristiana en Cataluña y su entronque con el Renacimiento carolingio, en el que hay una activa participación catalana (Teodulfo, obispo de Orleans, Félix de Urgel, etc.), que habrá de ser fecunda para la continuidad de la cultura europea en el Levante español, en donde, además, Cataluña representará un puente entre ella y la de la España musulmana.

La Marca Hispánica y su unión a la Septimania y aún al ducado de Tolosa se fundaba no sólo en la necesidad de buscar el apoyo franco contra los musulmanes, ya que ningún otro podían esperar, sino en la tradición de la época visigoda que, a su vez, escondía la afinidad con los pueblos del sur de Francia, que en la Edad Media formaran la gran comunidad de la Lengua de Oc, en oposición al reino de Francia de los Capetos. Los condes de Barcelona, apoyados en esta afinidad, perseguirán la política ultrapirenaica que les llevará a tener como vasallos a los príncipes de casi todo el Languedoc y de Provenza, hasta que —fracasada con la poco afortunada intervención de Pedro el Católico en la guerra de los albigenses (Muret: 1213)— po-



ne fin a esta política el tratado de Corbeil entre San Luis y Jaime I (1258).

Este tratado sella definitivamente el destino peninsular de Cataluña, y Jaime I consigue terminar la reconquista del Levante español, además de la de Mallorca, siguiendo la otra tradición catalana de intervención en los asuntos de España, que arranca de muy lejos. De los siglos de íntima relación y aún de unión con el sur de Francia sacó Cataluña su lengua, formada paralelamente a la lengua de oc y diferenciada de las lenguas románicas de España, el impulso de la poesía de los trovadores en su poesía y una orientación europea de su cultura, favorecida por la relación con los monasterios franceses e italianos.

Los condes y marqueses, sometidos a los carolingios, que fundaron el Estado catalán y organizaron su nacionalidad, ya habían realizado expediciones a Mallorca en 813, tratando, inmediatamente de consolidados en la Cataluña vieja, de extenderse hacia las llanuras ilergetas de Lérida y el resto del territorio ibérico del sur de Cataluña, a través del cual existían afinidades con todo el Levante ibérico hasta los territorios del sureste de España y los límites de Andalucía, solidarizados con todos los grupos cristianos del Levante español e interviniendo activamente en los asuntos árabes desde la frontera catalana hasta la misma Córdoba. Así, bajo Wifredo I (874-898) el fundador de la dinastía condal de Barcelona, que comienza a obrar independientemente del Imperio carolingio —aunque los condes de Barcelona se siguieron reconociendo vasallos de los reyes francos hasta Borrell II— y que es el verdadero organizador del Estado catalán, el conde Suñer II de Ampurias-Rosellón emprendió una expedición marítima a las costas de Almería (891-892) para ayudar a los cristianos de aquellas regiones.

El gran conde Borrell II en el siglo x puso los cimientos de la cultura catalana con sus relaciones cordobesas, gracias a las que Cataluña se convirtió en uno de los transmisores de la cien-



cia oriental a Europa y en uno de los principales centros de cultura de la época post-carolingia.

El monasterio de Ripoll, en la última parte del siglo x y en la primera mitad del xi, regido por el abad Oliva, una de las figuras internacionales de Europa en la época, fué con Santiago de Galicia, entonces, uno de los ejes de la cultura cristiana peninsular. Allí se estudiaban no sólo el “trivium” y el “quadrivium” isidorianos, sino las matemáticas y la astronomía con todo el saber árabe, que atrajo como discípulo a Ripoll a Gerberto, luego papa con el nombre de Silvestre II; incluso el griego —caso excepcional en Europa—. Cataluña se hallaba, además, entonces, en íntima relación con Italia y sus monasterios, Monte Cassino y Bobbio. Un prócer veneciano, el dux Pedro Urseolo, fué a terminar su vida en el otro gran monasterio catalán de la época, Cuixá en el Rosellón, mientras un conde de Cerdeña, Oliva Cabreta, pasó sus últimos años en Monte Cassino.

Borrell tuvo que someterse nominalmente a Abderramán III y a Hixem II, como, por otra parte, hicieron Ramiro III y otros reyes cristianos españoles, pero seguramente entró en relaciones con los reinos cristianos españoles que no se avenían al vasallaje de Córdoba y Almanzor se vengó con la expedición a Barcelona en 985. Su sucesor Ramón Borrell en 1010 intervino en las discordias interiores de Córdoba realizando allí una expedición que repitió en 1017, haciéndose respetar de los musulmanes y dejando una tradición que siguió Ramón Berenguer I el Viejo (1035-1070) quien se erigió en el protector de los grupos cristianos del Levante español, considerándose como el señor de todo el Levante, cuyos reyezuelos musulmanes le pagaban parias. Su hijo Ramón Berenguer II, “Cap d’Estopes”, estuvo además aliado con el rey de Sevilla Morámid, al que ayudó en una expedición a Murcia (1076).

La intervención de los condes de Barcelona se extiende también al reino de Zaragoza; pero la interposición del Cid, pri-



primero —que terminó al fin con el acuerdo entre él y Ramón Berenguer III el Grande, el cual casó con la hija de aquél, como se ha visto—, la invasión almorávide y la de Alfonso el Batallador de Aragón seguidas de las intervenciones de Alfonso VII de León-Castilla, detienen luego esta política. Unidos los dos Estados con el matrimonio de Ramón Berenguer IV y Petronila, la proseguirán los condes-reyes, interviniendo en la conquista de Almería por Alfonso VII (Ramón Berenguer IV: 1147), en la reconquista de Cuenca por Alfonso VIII (Alfonso II: 1177) y en la defensa peninsular contra los almohades (Las Navas: Pedro II). Una conquista de las Baleares por Ramón Berenguer III en 1115 fué efímera. Pero, pasado el peligro almorávide, la reconquista peninsular se afirmaba bajo Ramón Berenguer IV (Tortosa: 1148, Lérida: 1149) y Alfonso II (Gandesa, tierras del Bajo Aragón, Teruel y Albarracín). Los conflictos acerca de los límites de la expansión catalano-aragonesa que podían surgir con Castilla fueron resueltos amistosamente con los compromisos de los tratados de Tudilén (1151), entre Ramón Berenguer IV y Alfonso VII; de Cazola (1179), entre Alfonso II y Alfonso VIII; y, después de la conquista de las Baleares (1229: Mallorca, 1232: Menorca, 1235: Ibiza) y del reino de Valencia (entre 1233 y 1248: toma de Valencia en 1238) por Jaime I el Conquistador, en el tratado de Almizra (1244). Estos tratados fijaron los límites de las respectivas expansiones y en virtud de ellos se intercala definitivamente entre los dominios catalanes y los musulmanes, el reino de Murcia, moviéndose los catalanes en la zona ibérica estricta y en el hinterland de Himerocopia. El reino de Murcia, conquistado por San Fernando en 1241 fué perdido por una sublevación de los musulmanes en 1253, bajo Alfonso X; éste pidió auxilio a Jaime I, quien generosa y gratuitamente lo reconquistó en 1266, devolviéndolo repoblado al rey castellano. La expansión catalana quedaba detenida en virtud de los pactos y



sólo fué posible, en tiempo de Jaime II (1296), completar el territorio del reino de Valencia con la ocupación de las tierras de Alicante en 1296. Murcia desde entonces gravita en la órbita castellana y su personalidad, que había sido más afín, por su población indígena, a la de las tierras del este y sureste de España y que por su musulmanización había gravitado en derredor de Andalucía, habiendo poseído uno de los centros de la cultura oriental de España, se ve cada vez más esfumada: sus clases dirigentes se asimilan a Castilla, mientras el pueblo, lo mismo que el de la vecina Almería, sigue atraído por el Levante valenciano y por Cataluña hasta nuestros días, emigrando a menudo y absorbiéndose fácilmente en su población.

Pero aún después de cerrada la expansión peninsular más al sur de las tierras valencianas, los reyes catalanes se sienten llevados a continuas intervenciones, ayudando gratuitamente a los reyes castellanos en los momentos de nuevos peligros en Andalucía. En el siglo xiii, todavía, Jaime II ayudó a Sancho IV de Castilla a la conquista de Tarifa (1292) y en el xiv el mismo rey fué llamado (1296) por Guzmán el Bueno y los magnates andaluces, desamparados por los consejeros de Fernando IV, que aconsejaban a Guzmán que entregase aquella plaza a los musulmanes. Jaime, en virtud de un pacto firmado en Alcalá de Henares (1308), intervino en la toma de Gibraltar (1309) y sitió a Almería, cuyo reino le había sido prometido por Fernando IV, en dicho pacto, que luego fué rechazado por los castellanos. Entonces estuvo a punto de terminarse la reconquista, pero se prefirió dejar el reino de Granada en poder de los musulmanes a tener que ceder Almería a los catalanes. Estos todavía, en tiempo de Pedro IV ayudan a Alfonso XI a obtener la victoria del Salado (1340), que detiene la invasión de los merinitas, y a tomar Algeciras (1344) y, finalmente, en el siglo xv, elementos catalanes participarán en la conquista de Granada.



De haber tenido éxito esta política, España hubiera sido otra de la que fué y su centro de gravedad acaso hubiera permanecido como en la antigüedad, en las zonas costeras del este y del sur, en donde residían los centros más importantes de la cultura tradicional indígena y romana y en donde se organizaba una economía más sana y más completa que la del centro de España, mas ligada desde el primer momento con los progresos industriales y comerciales europeos y en íntima relación con los países mediterráneos.

Cataluña en los últimos siglos de la Edad Media, de Jaime I a Martín el Humano, cerrados para ella los caminos de la expansión peninsular, emprende los de la mediterránea (Sicilia, Cerdeña, expedición a Oriente, intervenciones en Italia) y africana, siguiendo los derroteros de las tradicionales relaciones marítimas españolas, de raíces antiquísimas, siendo la última de las conquistas la de Nápoles con Alfonso V. En realidad la política exterior de España en este sentido, en el siglo XVI, será una herencia catalana. De no haberla realizado la dinastía de Trastámara en Cataluña a espaldas de ésta y de no haber desplazado nuevamente el centro de gravedad de las relaciones exteriores españolas el descubrimiento de América y las aventuras imperiales habsburguesas, excluyéndosela de nuevo de estas empresas, todavía Cataluña hubiera jugado un papel distinto, de acuerdo con su tradición y su carácter.¹³

En el terreno de la cultura, Cataluña y las tierras afines a ella en Levante (Valencia, Mallorca), siguen durante toda la Edad Media siendo el centro de gravedad peninsular. A través de Cataluña, más en comunicación con el mundo exterior y más dentro de las corrientes de los progresos generales europeos, penetraron no pocas influencias en toda España, en la propia Castilla (la filosofía de Raimundo Lulio, la poesía de Ausias March, el primer Renacimiento). Escritores castellanos y navarros escriben en catalán. Y en la Universidad del mar de Enrique



el Navegante de Portugal profesan cartógrafos judeo-mallorquines, influyendo en los grandes descubrimientos, así como las cartas geográficas de Mallorca (en donde sus navegantes usaron la brújula desde 1272), fueron utilizadas en el descubrimiento de América. Interesante también en el terreno de la cultura es que su arte, a pesar de las influencias extranjeras a través de las que Cataluña se incorpora a los movimientos generales de Europa (literatura trovadoresca provenzal, románico, gótico, influencia literaria italiana, pintura italiana, influencias francesas en la escultura, influencia italiana y flamenca en la pintura), aclimata lo forastero y lo convierte en un florecimiento nacional, con artistas del país que constituyen escuelas propias. Esto se hace sentir sobre todo en la escultura (ya desde la época románica) y en la pintura con su excepcional desarrollo y alto nivel (pinturas murales románicas, tablas góticas de los siglos XIV-XV) y sus generaciones de artistas (en la pintura gótica Ferrer Bassa, los Serras, Huguet, Vergós, Dalmau, etc.); pero también en la misma arquitectura en la que las técnicas y los estilos llegan a tener peculiaridades propias del país,¹⁶ así como no es posible distinguir un arte oficial y un arte popular, estando ambos íntimamente unidos orgánicamente. En ello se marcan notables diferencias con la evolución artística castellana, en la que intervienen numerosos extranjeros, sobre todo en el gran arte monumental, que sólo a la larga va adquiriendo características propias y en la que la pintura alcanza poco desarrollo original, en la Edad Media, concentrándose las tentativas para formar una escuela en los territorios periféricos, herederos de la tradición musulmana. Este es el caso de la escuela de pintura "giottista" de Sevilla y del arte mudéjar de raíz árabe y popular que poco a poco se va convirtiendo en el verdadero arte nacional y rezuma a través de todos los cambios de estilo hasta muy tarde en el Renacimiento. Con su fuerte personalidad, que desborda todas las influencias forasteras,



la cultura catalana medieval, mantiene una amplia visión de horizontes, manifestada ya en su participación en la cultura carolingia y de la que es símbolo la filosofía de Raimundo Lulio, de generoso sentido universal, cuya influencia no sólo persiste en España hasta tiempos modernos, sino que deja profunda impresión en Europa, lo mismo que, en los albores del Renacimiento, la del catalán de Valencia Luis Vives.

En la organización social y política el carácter y la historia de Cataluña dan lugar a una evolución muy distinta de la de Castilla, y marcan con sello indeleble su pueblo. Su origen en conexión con la reconquista franca, su carácter montañoso originario, la lentitud con que tiene que proceder la reconquista, que avanza palmo a palmo y que no realiza rápidos progresos hasta muy tarde, cuando ya el Estado y toda la vida catalana han quedado organizados; el equilibrio entre los condados, independientes en un principio pero relacionados íntimamente, y por fin coordinados bajo la supremacía de Barcelona, en general de modo pacífico; el temprano desarrollo de la vida urbana, especialmente en Barcelona, con el que va unido el florecimiento no interrumpido de la navegación de la industria y del comercio; el fuerte sentido jurídico que contribuye a ordenar las relaciones sociales y la administración; el sentido de libertad arraigado en todas las clases del pueblo, que es un freno constante a todo intento de despotismo; el contrapeso desde muy pronto de la nobleza por una fuerte clase media que en las ciudades va insensiblemente desde la burguesía rica al bajo pueblo, a través de la “menestralía” de los artesanos; la temprana formación de una nueva aristocracia en las capas altas de la población urbana (los “ciudadans honrats”), enriquecida por el trabajo, que nunca fué considerado innoble, como en Castilla; todo ello constituye un país organizado sobre sanas bases económicas y sociales, estabilizado en su vida política, con una monarquía prudente que acepta desde un principio la in-



tervención de notables y luego de representantes de los distintos estamentos en la administración y aún en la legislación, con una vida próspera que no depende exclusivamente de la guerra y de nuevas conquistas, afianzada al formarse el imperio mediterráneo en la relación pacífica y en un comercio mundial.

En este cuadro sólo hay un factor de desequilibrio, que hizo explosión violentamente a fines de la Edad Media: la situación de parte de la población del campo que, como herencia de la organización feudal, más fuerte en Cataluña que en otros lugares de España, se había mantenido alejada de la evolución política, sin formar parte de la comunidad con derechos y sometida a la servidumbre de los grandes señores y a los llamados "malos usos". Su situación era inferior a la del labriego castellano, en un principio, y a la larga se hizo intolerable, contrastando con la libertad y la prosperidad de la población urbana. Ello produjo las guerras de los "payeses de remensa" que agravaron las luchas del reinado de Juan II. Este aprovechó la agitación del campo, prometiendo soluciones que no llegaron, para poner de su parte a los payeses en la lucha contra la Generalidad, que había propuesto ya la liberación de los payeses en la "Concordia" de 1462. Establecidas en ella las bases para la definitiva solución del problema, llegó con la sentencia arbitral de Guadalupe del Rey Católico de 1486, después de haber vuelto este a hacer una política turbia como la de su padre. Con ello, a fines del siglo xv el resto de los campesinos que aún eran siervos —sólo en algunas comarcas, pues poco a poco se habían ido libertando, movimiento que tomó gran incremento ya desde fines del siglo xiv y que habían favorecido algunos reyes como Juan I y Martín el Humano—, obtuvo libertad personal y la equiparación con el resto de la clase campesina, que en Aragón no habían de conseguir hasta principios del siglo xviii y en otros Estados de Europa hasta fines del mismo siglo y aún hasta principios del xix. Desde la sentencia de Guadalupe que-



dó pacificado el campo catalán y con un régimen de arriendos que ha subsistido hasta nuestros días como satisfactorio en lo principal y que incorporó a la vida del país los campesinos que han constituido una de sus clases sociales más vigorosas y sanas.

El Estado toma en Cataluña desde el primer momento el carácter de una monarquía patriarcal y paccionada y el desarrollo de las Cortes y de su intervención en el gobierno se produce sin sacudidas violentas y sus facultades no se obtienen a través del forcejeo con la Corona. Desde el primer momento, a diferencia de Castilla, está regulado el derecho de asistir a las Cortes y las medidas de buena administración general preceden al voto del subsidio. Pero, sobre todo, lo que caracteriza el desarrollo político catalán es que, además de tener desde el siglo XI una verdadera constitución escrita que delimita la función real, dándole a la vez autoridad para el mantenimiento del orden público, incluso en el campo (“Usatje” de Ramón Berenguer I el Viejo, con la organización del condado de Barcelona, extendida luego a los demás condados), las Cortes mantienen su autoridad legislativa, que no necesita partir de la iniciativa real y, además, poco a poco, organizan instituciones que constituyen un verdadero poder ejecutivo propio, con la Diputación del General —de donde el nombre “Generalidad” que ha servido para designar las instituciones representativas catalanas—, que vela por el cumplimiento de los acuerdos de las Cortes y que tiene a sus órdenes funcionarios para la recaudación de impuestos y para ciertas funciones administrativas y hasta fuerzas de mar y tierra para la policía del territorio y de las costas.

No es extraño que a todo esto siga paralelo un florecimiento jurídico en todos los aspectos del derecho (Usatjes, Consulat de Mar, constituciones y capítulos de Cortes) y pronto una verdadera filosofía política, que llega a las conclusiones democráticas más avanzadas. Ya a fines del siglo XIII Ramón Lull proclama el origen popular de la soberanía, idea que, como la



de que el rey recibe su autoridad del pueblo y que sus representantes pueden decidir sobre el derecho del soberano y aún destituirle y elegir otro si no cumple las leyes, se halla en la base de todo el pensamiento político catalán. Este viene a constituir a las Cortes en órgano supremo de la soberanía y da lugar en el siglo XIV a que surja una verdadera filosofía política, representada sobre todo por Juan Cristóbal de Gualbes y por Francisco de Eiximenis. Este proclama que "jamás las comunidades dieron la potestad absoluta a nadie sobre sí mismas, sino con ciertos pactos y leyes", defiende el tiranicidio y prevé la desaparición de las monarquías y la generalización del régimen republicano como el de las ciudades de Italia, "reinando en todo el mundo la justicia popular".¹⁷

La organización de la Confederación catalana-aragonesa, con Valencia y Mallorca como reinos distintos, y la del Imperio catalán —con la plena autonomía de Sicilia y de Cerdeña y luego de Nápoles—, es también resultado del carácter peculiar del pueblo y de su evolución política. En la unión con Aragón se respetó su organización peculiar; al conquistarse Mallorca y Valencia, estos territorios no fueron anexionados simplemente o regidos desde Barcelona, sino que constituyeron reinos distintos con plena autonomía y a ellos se extendieron las instituciones democráticas catalanas, que también tuvieron los reinos del imperio catalán, que nunca se trató de anexionar o de absorber. Así los Estados de la corona catalano-aragonesa y de su imperio formaban una especie de "Commonwealth", con plena autonomía, unidos por la Corona y, los de España, con algunas instituciones comunes que reforzaban su unión, especialmente la reunión conjunta de las Cortes de los distintos reinos en determinados casos. Ello produjo la posibilidad de coordinar pueblos tan distintos como el catalán, el aragonés y los del Mediterráneo, no sólo por la composición étnica, sino por tradiciones culturales y lenguas diferentes y jamás hubo el me-



nor intento de romper el vínculo que les unía —a excepción de las querellas dinásticas con los reyes de Mallorca—, desarrollándose la vida de la Confederación y del Imperio en plena paz.

Cuando la dinastía de Trastámara, en el siglo xv, intenta conculcar las leyes y fortificar el absolutismo, halla oposición irreductible en las Cortes catalanas que deponen a Juan II, dirigen una larga guerra contra el rey, y nombran otros reyes y, por fin, cuando Juan II capitula, se ve obligado a jurar de nuevo las leyes del país. El rey Católico siguió la política de minar las libertades catalanas, particularmente, por el golpe de Estado de 1490 que, con el pretexto de una reforma municipal de Barcelona supeditó el Consejo de Ciento a la autoridad real. Después del corto intervalo del reinado de Carlos V, que tenía cierta simpatía por los catalanes y del respeto que, en general, guardó a la autonomía interior de las instituciones del país Felipe II —aunque el Emperador sofocó cruelmente los movimientos populares de las Germanías de Valencia y Mallorca y Felipe II limitó las libertades aragonesas con motivo de la defensa armada de los fueros de Aragón por el Justicia Juan de Lanuza—, Felipe III comienza el ataque a las leyes catalanas, con la intromisión ilegal de los virreyes en el gobierno interior, que llegaban a Cataluña con la deliberada intención de no guardar las constituciones catalanas, minando su organización. Comienzan los conflictos con la Generalidad que, de acuerdo con las leyes y la tradición, defiende las libertades. La política del Conde Duque de Olivares, que se propone establecer la monarquía absoluta centralizada, con maquiavélica perfidia,¹⁹ provoca la guerra de 1648. Como en tiempo de Juan II, se declara desposeído de la Corona de Cataluña a Felipe IV, después de agotados los intentos de arreglo; se proclama la República catalana y luego se reconoce a Luis XIII de Francia como Conde de Barcelona. Por fin comprende Felipe IV, libre ya de la influencia de Olivares, que es preciso rectificar su política y se



hace la paz, restableciéndose la organización autónoma de Cataluña que persiste hasta que, con el cambio de dinastía, Felipe V, siguiendo las instrucciones de su abuelo Luis XIV, trata sistemáticamente de organizar un Estado centralista, provocando con sus medidas la participación de Cataluña en la Guerra de Sucesión, a favor de Carlos de Austria. Después de la paz de Utrecht, abandonados los catalanes por Carlos y por sus aliados ingleses, Felipe tiene las manos libres para aplastar Barcelona y para emprender una política de represión dura y sangrienta.

g) *Los núcleos musulmanes.*¹⁹—He aquí cómo la formación de los primeros reinos cristianos y aún sus expansiones obedecen a la persistencia de las tradiciones pre-romanas y de sus pueblos. La formación de los Estados musulmanes a la quiebra del Califato, obedece a las mismas leyes, encontrándose en ellos, redivivos, también antiguos grupos indígenas. El de Zaragoza con sus relaciones íntimas con los de Lérida, Tortosa y Valencia, reproduce la relación de los edetanos con los ilergetas-ilercaones. El de Toledo se funda en el antiguo grupo carpetano, el de Badajoz tiene su raíz en el antiguo grupo de los vetones y en su extensión reproduce el de los cempsos y de los lusitanos, una vez éstos hubieron pasado el Tajo y ocupado el Alentejo y la Extremadura española. No es difícil encontrar paralelos en la formación de los reinos de taifas orientales: Albarracín, Denia, Murcia, Lorca, Almería, con las tribus indígenas, como se observa en el reino de Sevilla la repetición del grupo tartesios o en el de Granada la de los límites de los antiguos bastetanos, así como en la hegemonía de Sevilla, lograda o no, sobre los reinos del sureste, el paralelismo con la antigua confederación tartesia.

La política de estos reinos sigue también leyes que demuestran que han arraigado en España y se han convertido en verdaderos españoles. En sus afinidades y alianzas obedecen a las



tradiciones de los pueblos indígenas y sus luchas con los Estados cristianos tienen muchas veces el carácter de una guerra civil más que de una guerra de razas o entre pueblos totalmente extranjeros.

Zaragoza mantiene conexiones pirenaicas de enemistad o de amistad, y se apoya en los musulmanes de Toledo, siguiendo las direcciones de la expansión de los núcleos ibéricos del Ebro y de sus relaciones con los pueblos celtibéricos. En la época de apogeo, en el siglo xi, con Moctádir y Mostain intenta ejercer la hegemonía sobre todo el Levante, haciendo girar en su órbita a Lérida y Tortosa, tratando de intervenir en Valencia y logrando la anexión del reino de Denia. Las intervenciones de Motawakkil de Badajoz en Toledo, después de la época de apogeo de este último reino bajo Mamún y en el reinado del débil Alcádir, parecen reproducir las expansiones de celtas y lusitanos. La formación del reino de Sevilla y su expansión con Motámid, logrando el dominio de todo el valle del Guadalquivir, de Jaén y de Murcia, parecen una reconstitución del antiguo "imperio" tartésio y reconstruyen la antigua unidad cultural tartásico-ibera. Los reinos de Granada, Almería y Lorca del siglo xi, que continúan —los de Granada y Almería—, después de los dominios almorávides y almohades, reproducen el grupo, destacado en las montañas del sur de Andalucía y de las vecinas tierras murcianas, de los antiguos bastetanos con sus conexiones libio-ferúcias y los primitivos núcleos de las almerienses-iberos.

En la política de expansión de los reinos cristianos del siglo xi se reproducen viejas afinidades y viejas tendencias. La aspiración de Cataluña a la intervención en toda la zona de Levante hasta Denia y en Lérida y Zaragoza reasume la afinidad de los pueblos ibéricos levantinos. En la política de parias de Castilla-León y en la distribución de las zonas de influencia a la muerte de Fernando I, correspondiendo Badajoz y Sevilla



a Galicia y Toledo a León, pesan las afinidades de los viejos pueblos indígenas (expansión de los pueblos de la cultura portuguesa primitiva, unidad de los pueblos indígenas del centro de España) y las tradiciones de la expansión céltica (grupos en conexión de los celtas de Galicia y Portugal, desbordando los últimos hacia la baja Andalucía, desbordamiento de los pueblos célticos de la meseta leonesa hacia Extremadura y hacia los altos valles del Guadiana y del Tago, con el límite en Sierra Morena).

Esta situación hubiera podido consolidarse, lo mismo que la hegemonía del reino unido de Castilla-León-Galicia, bajo Alfonso VI con el vasallaje de Motamid de Sevilla, si la intemperancia de aquel rey no hubiera obligado a buscar apoyo en los almorávides africanos. La enemistad final de los últimos, con sus propios hermanos de raza, a los que los almorávides acabaron por despreciar más que a los propios cristianos y el arrepentimiento de Motamid buscando de nuevo la alianza con el rey castellano-leonés, que provocó su ruina definitiva, muestran claramente la persistencia de un estado de cosas español indígena, más fuerte que todas las superposiciones y que las absorbe a todas. En el subconsciente de los pueblos de España, apoyado en las leyes naturales de la geografía, pesan leyes casi eternas.

h) *Andalucía*.²⁰—A pesar de la diversidad de elementos étnicos constitutivos, que se refleja en su fraccionamiento político en muchos momentos, si hay un pueblo en España que mantiene su personalidad tenazmente es el del complejo andaluz. La vieja cultura primitiva, organizada en la época tartesia, resurge siempre y absorbe todo lo que se le superpone. La influencia romana no hizo, con la aparente desaparición de los antiguos grupos tribales, sino contribuir a la cristalización de Andalucía en su conjunto. En la época visigoda, las épocas en que permaneció libre y los dominios vándalo y bizantino no hacen sino ayudar a fortificar su unidad. Sometida a la monar-



quia de Toledo, la cultura "visigoda" andaluza de la que es exponente San Isidoro muestra que Andalucía es el centro de gravedad cultural de aquella España. El Califato equivale, en realidad, a Andalucía, y a través de las convulsiones de las luchas interiores, de las sublevaciones mozárabes y de la lucha con el Estado independiente de Omar-ben-Hafsún de Bobastro, así como del florecimiento del siglo X, no se hace sino fundir las razas, hispanizar a los musulmanes y crear una cultura de aspecto y acento musulmán y oriental, pero en realidad impulsada fuertemente por la herencia de la tradición española y transformada de acuerdo con ella. El crisol andaluz lo funde todo. El reino de Motámid es un nuevo aspecto de la unidad andaluza, que sigue aleteando bajo los dominios almorávide y almohade y el espíritu andaluz, con acento musulmán y judío, se expresa en Averroes y en Maimónides, y en su filosofía que habrá de pasearse triunfante por Europa. Después de la conquista cristiana el crisol andaluz transformará a los reconquistadores allí fijados. Se producirá la amalgama de todos, y la civilización castellana tendrá en Andalucía matices inconfundibles y autóctonos.

i) *Granada*.—Aún la última etapa de la Reconquista, con el reino de Granada aparte, mirando a menudo hacia Cataluña y subsistiendo sólo de los antiguos reinos musulmanes, hace perdurar la personalidad bastetana de la antigüedad con sus mismos límites esenciales. Este grupo revivirá todavía bajo el imperio habsburguiano, no sólo con las tentativas de independencia de los moriscos, sino con la del Duque de Medinasidonia bajo Felipe IV, de crear allí un reino independiente en las Alpujarras.²¹

* * *

No sería, por fin, difícil, seguir en los fenómenos de la cultura semejante proceso. Sería interesante revisar la historia



de la civilización española estudiando sus distintas modalidades locales en relación con la *persistencia de los pueblos y de su carácter*. En ellos se han producido mezclas, mutuas influencias y fenómenos unificadores; pero la cultura, como los pueblos, no ha llegado jamás a la uniformidad, ni es posible confundir los términos cultura española y cultura castellana. Por debajo de la extensión de la lengua y de moldes comunes, también en ella aletea una rica y fecunda diversidad, ofuscada por el maravilloso florecimiento en los siglos XVI y XVII de la cultura castellana. Esta recoge toda la herencia medieval, que, a pesar de su peso muerto,²² llega a completa madurez y produce nuevos e incomparables frutos, con un sentido profundo de humanidad, como sólo han tenido los pueblos españoles, a los que es inherente la espiritualidad, de horizontes y miras universales, que entonces encontró campo amplísimo en que desarrollarse, libertada Castilla de las limitaciones que, en la Edad Media, le impuso la lucha de la Reconquista y manifestándose el espíritu de su pueblo generosamente, a menudo en colisión con los estrechos moldes de la política de su Estado, muchas veces en marcha divergente y en conflicto con las energías populares. Cuando se ha dicho que España, al iniciar su obra en América, se hallaba decadente ya, fatigada de la lucha de la Reconquista, no se tiene en cuenta el caudal inmenso de energías que quedaba intacto en sus pueblos. Se olvida que este caudal se desbordó pródigamente y que los vicios de constitución, por mucho que fueran agravados por el absolutismo de los Austrias, por la necesidad de adaptar su Estado a empresas de hegemonía europea, ya imposibles, y por el encadenamiento de su dinastía a la suerte de los Habsburgos austriacos, si pronto produjeron la decadencia española del siglo XVII, no pudieron impedir que antes los pueblos de la Corona castellana viviesen uno de los períodos más brillantes de la historia de la civilización.



Con todo, no hay que olvidar, si se quieren comprender muchos fenómenos de la España moderna, que Fernando e Isabel no realizaron la unidad de España, sino sólo una unión circunstancial de las coronas de Cataluña-Aragón y de Castilla, como la que temporalmente se hizo de Castilla y Portugal desde Felipe II a Felipe IV, y que, a la muerte de Isabel, sólo el hecho fortuito de no tener sucesión Don Fernando con Doña Germana de Foix, su segunda esposa, impidió una nueva separación, proyectada por el Rey Católico.²³ Los súbditos de los distintos reinos eran considerados como extranjeros en los demás, y con este fundamento, por entenderse que el descubrimiento de América y la Conquista se había realizado a beneficio de Castilla, se prohibió a los súbditos de Cataluña-Aragón participar en las empresas colonizadoras, hasta la época de la dinastía borbónica en el siglo xviii.²⁴ Después de 1714, el Decreto de Nueva Planta realizó la unificación de los reinos intentada ya por el Conde-Duque de Olivares y se fundó en el derecho de conquista. Como en la Francia revolucionaria la Fiesta de la Federación afirmó por primera vez la existencia de una nación francesa, las Cortes de Cádiz, inspiradas en las doctrinas de aquélla, proclamaron por primera vez la de una nación española²⁵ y los períodos constitucionales del siglo xix intentaron organizarla, prescindiendo de la personalidad de sus distintos pueblos.

Esta, sin embargo, se manifestaba viva y sus lenguas y cultura peculiar resurgían en Cataluña (con Valencia y Mallorca), en Galicia y en el país vasco y en Navarra. El país vasco sólo vió desaparecer su régimen político particular a partir de 1839, después de las guerras carlistas.

En otras regiones más unificadas no deja de percibirse todavía viva y de manera más o menos acusada su personalidad, en un florecer general de la cultura con acento propio, como en Andalucía, o en el mantenimiento de las particularidades de su carácter (Andalucía, Aragón, Asturias, la propia Mur-



cia). Aun en la acentuación del carácter castellano, confundido a menudo con el general español por muchos y con el que algunos en Castilla han tratado de identificarlo, fracasada la unificación, puede reconocerse sin duda un aspecto del mantenimiento y del resurgir de la personalidad peculiar de Castilla.

Y el fenómeno general de la persistencia de los pueblos, con sus caracteres más o menos acusados y distintos, pero en el fondo intactos, se refleja también en el distinto concepto que del conjunto de España tiene cada uno de ellos y que es el resultado de su personalidad propia, de sus vicisitudes y de su trayectoria histórica. Sin duda a través del tiempo, de la convivencia y del desarrollo de notas culturales comunes, se ha formado algo de tipo general español en el que participan todos los pueblos que constituyen España, que ya en los siglos XIII y XIV comenzaban a ser una "entidad espiritual", coexistente con la de sus pueblos.²⁹ Estas notas no desnaturalizan, sin embargo, a sus diversos pueblos en su rica y fecunda diversidad.

Se iba organizando la diversidad de los pueblos del mundo español, proyectada y volcada en América —en donde al fundirse con nuevos elementos ha contribuido a formar los pueblos del mundo americano— y sus notas comunes y sus fuerzas de atracción respectivas obraban lentamente una unidad superior. Esta unidad se dificultó al pretender el Imperio de los Habsburgos imponer por comodidad —puesto que es lo que tenían más cerca y en lo que se apoyaban en su máquina de gobierno— los moldes castellanos. Los Reyes Católicos habían iniciado el establecimiento de una superestructura basada en su autoridad sobre todos sus pueblos; pero tanto ellos como Carlos V y Felipe II no se atrevieron más que a debilitar tímidamente la fuerza de sus instituciones y a iniciar la centralización administrativa por medios indirectos. Los pueblos permanecían intactos. Aun bajo su política, fué posible la incorporación de Portugal. Cuando empezó la ofensiva sistemática y violenta para desnaturali-



zarlos —con la política del Conde-Duque de Olivares bajo Felipe IV— esta ofensiva, emprendida en un momento ya de decadencia de la superestructura imperial, no pudo triunfar y provocó reacciones violentas, cuyo balance es la separación de Portugal. Tras larga guerra subsistió también la personalidad de Cataluña. El éxito aparente de la política centralizadora borbónica, seguida con mayor tenacidad y más firme propósito —y con mayores violencias en Cataluña, en Valencia, en Mallorca— pudo crear un Estado unitario; pero no destruir a los pueblos, que renacen en el siglo XIX.

Lo que ha mantenido la cohesión y ha acentuado la unidad, no ha sido la imposición de una estructura política, sino las leyes naturales de la convivencia geográfica y el libre obrar de las afinidades y de los valores espirituales creados en común y, a pesar de aquella imposición, los pueblos españoles, que arrancan del proceso secular de formación de las naciones medievales en que cristalizaron, siguen dando a España el carácter de un complejo polinacional y la constituyen en un “haz de pueblos”,²⁷ en una comunidad de naciones —nación de naciones, se ha dicho— que no ha encontrado todavía la fórmula del equilibrio y de una organización estabilizada.

NOTAS

1 Para la dominación visigoda en España ver el volumen III de la *Historia de España* de Menéndez Pidal (Madrid, 1940): introducción de Menéndez Pidal con una visión de conjunto; invasiones y reinos germanos en España, por M. Torres; instituciones, por M. Torres y R. Prieto Vances; escritura y el libro, capítulo que firma Matilde López Serrano y que en realidad había escrito Agustín Millares (ver la nota sobre este capítulo de J. I. Mantecón en “Cuadernos Americanos”, 2, México, 1942, pp. 54 y ss.); letras, por J. Pérez de Urbel; arte, por Camps; arte decorativo, por J. Ferrandis. Ver también C. Sánchez-Albornoz, *Ruina y extinción del municipio roma-*



no en España e instituciones que le reemplazan (Buenos Aires, publicación del "Instituto de Historia de la Cultura Española Medieval y Moderna", de la Facultad de Filosofía y Letras, 1943).

2 R. Otero Pedrayo, *Historia de la Cultura Gallega*. (Buenos Aires, 1939.)

3 A. González Palencia, *La España Musulmana* (*Historia de España* dirigida por L. Pericot, vol. II, Barcelona, Instituto Gallach); González Palencia, *Historia de la España Musulmana* (3ª ed., Barcelona, Labor, 1932). Ver también E. Bevan, *History of Spanish Architecture* (Londres, 1935).

4 Menéndez Pidal, *La España del Cid* (1ª ed. Madrid, 1929), vol. I, p. 99.

5 Las páginas que siguen apuntan sólo algunas consideraciones sobre el tema de la formación y de la evolución de la España moderna, que no es el objetivo principal del libro, pero que creemos relacionado con el de la evolución de la España primitiva y de sus repercusiones a través de los tiempos, creando problemas que no han sido nunca resueltos. En otras publicaciones hemos tratado algunos de estos problemas desde un punto de vista más amplio. Ver *España, un mundo en formación* ("Mundo Libre", México, 1943, Núms. 19-20 y 21 y tirada aparte); *Para la comprensión de España. Notas marginales a libros nuevos y viejos* ("Cuadernos Americanos", México, Núm. 1 de 1943, pp. 153 y ss.); también *España* ("Anales de la Universidad de Valencia", 1937) y *Dos interpretaciones de la historia de España* ("España", Bogotá, 1941).

Para la reconquista castellano-leonesa, ver Claudio Galindo, *Historia Política* (tomo II de la *Historia de España*, dirigida por L. Pericot, Barcelona, Instituto Gallach) y, también, Roger Bigelow Merriman, *The rise of the Spanish empire in the old world and in the new*, vol. I, *The Middle ages* (Nueva York, 1936, 2ª ed.). Interesantes puntos de vista ofrece C. Sánchez-Albornoz, *España y el Islam* (Buenos Aires, "Editorial Sudamericana", 1943) especialmente en los artículos comprendidos en este libro: *España y el Islam*, *España y Francia en la Edad Media (causas de su diferenciación política)*, y *La Edad Media y América*; en el titulado *A través de los Picos de Europa* estudia la topografía asturiana relacionada con la hazalla de Covadonga. Ver también de Sánchez-Albornoz: *Estampas de León durante el siglo X* (Madrid, Espasa-Calpe, 1934); *Las Rebetrias. La encomendación en Asturias, León y Castilla* ("Anuario de la Historia del Derecho Español", I, 1924) y *De Carlomagno a Roosevelt* (Buenos Aires, 1939).



6 R. Otero Pedrayo, *Historia de la Cultura Gallega*. (Buenos Aires, 1939).

7 Menéndez Pidal, *La España del Cid*, 1, p. 102.

8 La personalidad de Alfonso VI tuvo un solo momento de verdadera grandeza militar con la toma de Toledo y va unida con una política torcuosa contra su propio protegido, Alcádir, al que desposeyó provocando, con su desmesurado orgullo y su altanería, la ruptura con los reinos musulmanes sometidos en gran parte. Sin ello hubiera podido terminar en su época la reconquista y llegarse con el tiempo a la fusión de las diversas razas de la población española, pero con su falta de sentido político terminó por "ocasionar la restauración islámica almorávide" y se privó "con su invidencia del único (el Cid) que había sabido hallar los caminos antialmorávides": ver R. Menéndez Pidal, *Adefonsus imperator toletanus, magnificus triumphator*, publicado por primera vez en el "Boletín de la Academia de la Historia", Madrid, tomo c, 1932, pp. 513 y ss. e incluido en el tomo *Idea Imperial de Carlos V* de la colección "Austral" (Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 1941). Menéndez Pidal resume su juicio sobre él (pp. 150 y ss. de la edición americana), en la siguiente forma: en su largo reinado desde 1065 a 1109, seis años de actividad poco destacada, provocando guerras civiles; catorce años de gloria imperial, cuya gloria es en realidad la continuación de las empresas iniciadas por su padre Fernando I, encurbiada por su espíritu "rutinario" y por su "orgullo" que "desencadenó la desesperación de los reinos de taifas" y que "no acertó a idear soluciones"; y finalmente veintitrés años de fracaso frente a los almorávides, silenciados, naturalmente, por los cronistas oficiales.

9 El dominio de Ramón Berenguer sobre Valencia parece atestiguado por una frase de una carta de los cónsules de Pisa a su hijo Ramón Berenguer IV: *Valentiam a vestro Patre retentam fuisse*. Ver F. Soldevila, *Historia de Catalunya*, vol. 1 (Barcelona, 1914), pp. 108-109.

10 Ya el rey de Granada, en tiempo de Fernando III, al reconocer el vasallaje de Castilla había prometido concurrir a las Cortes con uno de sus ricos hombres y en las cortes de Medina del Campo de 1305 figura en primer lugar, en la lista de los confirmantes de las ordenanzas de Fernando IV, "Don Mahomat Abenazar, rey de Granada, vasallo del rey". Merriman, *The rise of the Spanish empire*, 1, p. 220.



11 Sobre la evolución política castellana y las limitaciones de sus instituciones democráticas en la Edad Media, ver Merriman, *loc. cit.*, I, p. 167 y ss. Sobre la evolución de la doctrina de los poderes legislativos de las Cortes castellanas en relación con la autoridad real: R. W. y A. J. Carlyle, *A history of the mediaeval political theory in the West*, vol. VI (Edimburgo-Londra, 1936). También A. J. Carlyle, *La libertad política* (trad. castellana, edición del "Fondo de Cultura Económica", México, 1942, p. 34).

12 Ver: A. Campión, *El genio de Navarra* (Buenos Aires, Editorial vasca "Ekin", 1942); J. de Galindez, *La aportación vasca al derecho internacional* (Id., Id., 1942); J. de Aciztimoño, *La democracia en Euzkadí* (Id., Id., 1942); E. de Gandía, *Primitivos navegantes vascos* (Id., Id., 1942); J. de Arzalar, *El Conde Peña Florida y los Caballeritos de Azcoitia* (Id., Id., 1942). Sobre los textos referentes a las luchas de los vascos con los francos y los visigodos: A. Schulten, *Las referencias sobre los vascos hasta el año 810 después de J. C.* ("Revista Internacional de los Estudios Vascos", 1927). La primera vez que se cita el nombre de los navarros es en la *Vita Karoli Magni* de Einhardo (edición de Waitz).

13 A. Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón* (Barcelona, Labor, 1930).

14 Para las peripecias de la reconquista catalana, los conflictos con Castilla y los compromisos establecidos, ver Soldevila, *Historia de Catalunya*, I (Barcelona, 1934). También el resumen de Soldevila, *Historia de Catalunya (curs mitjà)* (tercera ed., Barcelona, 1937) y F. Valls-Taberner y F. Soldevila, *Historia de Catalunya*, curso superior, vols. I-II (Barcelona, 1922-23). Se halla en prensa, en México, una *Historia de Cataluña*, en castellano, de F. Soldevila y P. Bosch-Gimpera.

15 El punto de vista catalán en Soldevila, *Historia de Cataluña*, II (Barcelona, 1935). Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*, da el punto de vista aragonés: "La política africana fué él (D. Fernando) quien la inició, según habían pensado sus antepasados en el trono aragonés, procurando crear un ideal para España" (p. 236); "... la conquista de Nápoles era empresa mediterránea, declaran todos los historiadores castellanos, y como tal extraña a Castilla" (p. 241); "... el problema del Mediterráneo hubo de abordarlo primero Carlos V, después Felipe II; estos impulsos aislados fueron estériles" (p. 249). "La Corona de Aragón, representaba la expansión en el Mediterráneo; Fernando el Católico dejó preparada esa política expansiva, pero nada hicieron los que le sucedieron para asegurar lo que él



dejó y menos para aumentarlo. España fué barrida de Berbería y ésta fué la causa de nuestra decadencia" (p. 381). "Estos dos elementos llevó la Corona de Aragón a la nacionalidad española: la continentalidad y la expansión mediterránea; los dos los anuló la casa de Austria, cuya política fué servir los intereses del Imperio, acordándose de su origen y metiendo a España en guerras de dignidad, olvidando la política de territorialidad, aun viéndola practicar a los franceses en contra de ella" (p. 381-2). Acerca de la intervención catalano-aragonesa en el descubrimiento de América, ver Giménez Soler, *loc. cit.*, y Soldevila, II, pp. 171 y ss. En la segunda expedición de Colón fueron como jefe de la misión militar el catalán Pedro Margarit y como jefe de la misión religiosa el catalán padre Bernardo Royl con doce religiosos catalanes, siendo bautizados los primeros indios en Barcelona y escribiendo el padre Ramón Pons, que participó en la misión, una relación acerca de los usos, costumbres, religión y mitos de la Isla Española (Santo Domingo), la primera sobre los indios de América (Soldevila, II, pp. 177-178). La exclusión de los catalanes, inmediatamente después, mencionada por Fernández de Oviedo (*Historia General y Natural de las Indias*, Madrid, 1851, Lib. III, cap. VII, vol. I, p. 74): "porque en tanto que la Cathólica Reyna doña Isabel vivió, no se admitían ni dexaban pasar a las Indias sino a los propios súbditos e vasallos de los señorios del patrimonio de la Reyna".

16 Sobre las particularidades catalanas de la arquitectura en Cataluña, ver B. Bevan, *History of Spanish Architecture* (Londres, 1938). Para el arte catalán en general ver el volumen *L'art catalan* (edición inglesa *Catalan Art*) publicado por Ch. Zervos, con artículos de J. Gudiol, con motivo de la exposición de arte catalán en París (París, 1937). Para la literatura catalana medieval y su influencia en las otras literaturas peninsulares: L. Nicolau d'Olwer, *Introducción al estudio de la literatura catalana* (Barcelona, revista "Estudio", vol. X, 1915, pp. 377 y ss.) y *Resum de literatura catalana* (Barcelona, 1927, "Colecció Popular Barcino").

17 Para las instituciones catalanas en la Edad Media, F. Soldevila, *Historia de Catalunya* (citada) y la abreviada *Historia de Catalunya* (Barcelona, 1931, tercera ed.); F. Valls Taberner y F. Soldevila, *Historia de Catalunya* (vols. I-II, Barcelona, 1922-1923). Ver también Merriman, *The rise of the Spanish Empire*, I y L. Nicolau d'Olwer, *Del patriotisme i la democràcia en el procés constitucional de la Catalunya antiga* (Barcelona, 1933).

18 "...habiendo con la asistencia divina y la justicia de mi causa, pacificado enteramente mis armas el Principado de Cataluña, tocaba a mi



soberanía establecer gobierno en él". (Decreto de Nueva Planta de Felipe V.) "Tenga V. M. por el negocio más importante de su Monarquía hacerse rey de España... y piense... por reducir estos reinos... al estilo y leyes de Castilla, sin ninguna diferencia... Tres son los caminos... y aunque diferentes, mucho podría la disposición de V. M. juntarlos y que, sin parecerlo, se ayudasen el uno al otro. El primero... que V. M. favoreciese los de aquel reino, introduciéndolos en Castilla, casándolos en ella y los de acá allá... El segundo... si hallándose V. M. con alguna gruesa armada y gente desocupada, introdujese el tratar estas materias por vía de negociación... y procurando que, obrando mucho la fuerza, se desconozca lo más que se pudiere, disponiendo como sucedido acaso lo que tocare a las armas y al poder. El tercer camino, aunque no con medio tan justificado, pero el más eficaz, ir en persona a visitar aquel reino... y hacer que se ocasione algún tumulto popular grande y, con este pretexto, meter la gente y... como por nueva conquista, asentar y disponer las leyes de conformidad de las de Castilla." (*Memoria del Conde-Duque de Olivares a Felipe IV sobre el Gobierno de España*: ver Marañón, *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid, 1936, pp. 429 y ss.) Sobre la significación de la política del Conde-Duque de Olivares, ver también Alvaro de Albornoz, *España, haz de pueblos* ("España Libre", Nueva York).

19 Ver en Menéndez Pidal, *España del Cid*, II (Madrid, 1929), el mapa de España en 1066 y también los mapas de González Palencia (*España Musulmana*) y de Claudio Galindo (*Historia política de los primeros siglos de la Reconquista*), en el volumen II de la *Historia de España* de Pericot. Para Aragón ver los mapas de A. Giménez Soler en *La Edad Media en la Corona de Aragón* (Barcelona, "Colección Labor", 1930). Ver también los de L. Martín Echeverría en *España* (México, Atlante, 1940).

20 Para la formación de Andalucía, además de la *España del Cid* de Menéndez Pidal, en lo referente a los reinos de Taifas, las obras de González Palencia: *España Musulmana* (*Historia de España* de Pericot, II), *Historia de la España Musulmana* (Barcelona, Labor, tercera ed., 1932), *Historia de la Literatura árabe española* (Barcelona, Labor, 1928). Ver también nuestros artículos *Para la comprensión de España* ("Cuadernos Americanos", II, enero de 1943) y *España, un mundo en formación* ("Mundo Libre", México, 1943), y la introducción de Emilio García Gómez, *Poemas árabe-andaluces* (Buenos Aires-México, colección "Austral", 1940). J. Ortega y Gasset ha intentado una caracterización del espíritu andaluz: *Teoría de Andalucía* (Madrid, publicación de la "Revista de Occidente", 1942).



reproducción de artículos de "El Sol", 1927), con algunos puntos de vista interesantes, pero sumamente discutibles. El "Centro Andaluz" de México organizó una serie de conferencias sobre Andalucía (que desearíamos ver publicadas pronto) y que aportan valiosas contribuciones al estudio del problema.

21 G. Marañón, *El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar)*, (Madrid, 1936), p. 55: "la intentona de Medina Sidonia para independizar a Andalucía, grave más que por su violencia por ser indicio de hasta qué punto se había deshecho el sentimiento de la conciencia nacional, cuando los propios Grandes, como más tarde ocurrió en Aragón, se levantaban contra la unidad de la patria. Esto era el Inri de la política de Olivares."

22 El peso muerto que, en la sociedad castellana, representan muchas supervivencias medievales, fruto de la trayectoria del Estado castellano, agravado por la permanencia de la lucha contra el Islam, ha sido maravillosamente resumido por C. Sánchez-Albornoz en *España y el Islam* (Buenos Aires, 1943), lo mismo que las dificultades para la organización normal de su Estado y de su economía y las consecuencias fatales que, para el ulterior desarrollo de España, tuvo el absolutismo y la desviación de la política imperial hacia objetivos no españoles:

"Castilla se organizó definitivamente en esta forma: En la cumbre una monarquía poderosa; en el centro un pequeño número de grandes señores, jurídicamente en estrecha subordinación de la realeza y, en la base, una masa enorme de pueblo, integrada por los habitantes de los municipios y por los hidalgos que, aunque nobles, al cabo pueblo eran." "Además, la falta de organización de la nobleza castellana y su espíritu de discordia, y el poder de los municipios y ciudades, que supieron unirse en hermandades y que, a cambio de las nuevas libertades y de su ordenada intervención en el Gobierno —las Cortes de Castilla fueron las más dominadas en Europa por el Tercer Estado— apoyaron a la realeza contra la aristocracia, impidieron a ésta convertir en ventajas jurídicas su nueva fuerza económica y política. Castilla, en consecuencia, se aproximó a la Edad Moderna con una monarquía que, después de haber dividido al factor pueblo y sus asambleas, era omnipotente de derecho. Y, como los Reyes Católicos lograron, en seguida, que lo fuera también de derecho, el Estado Moderno surgió entre nosotros antes y con más fuerza que en ningún otro país europeo de Occidente. Si ello nos dio la hegemonía de Europa durante el siglo XVI, ello permitió a los monarcas dominar en España sin hallar grave oposición, lanzarla a aventuras dinásticas contrarias o ajenas a sus peculiares intereses y sacrificarla en empresas



superiores a sus fuerzas económicas, con abandono primordial de sus problemas: la verdadera e íntima unidad nacional.” “Dañosa fué, asimismo, a la economía hispana la superexcitación guerrera que padecíamos a consecuencia de la lucha con el Islam. Ella separaba mucha parte de la actividad hispana de la vida económica, inclinándola hacia el ejercicio de las armas, donde se podía medrar sin gran esfuerzo... Y este permanente apartamiento de las tareas de la paz, de los más usados y de los más audaces, privó a la industria y al comercio peninsulares de aquel espíritu de empresa que produjo la grandeza económica de las ciudades italianas, flamencas, francesas y alemanas.” “Gracias al Islam, por tanto, y no obstante el innegable florecimiento de la industria y, en particular, del comercio de los reinos hispanos del 1300 hasta el 1500, nunca pudo equipararse nuestra economía retrasada con la de aquellos pueblos felices... cuyo desarrollo económico se remontaba a los siglos tempranos de la Edad Media.” “El Islam nos dió una superioridad guerrera frente a los otros pueblos del Occidente, pero él creó también el imperialismo hispano de los albores de la Edad Moderna que, aprovechado por los Austrias para empresas ajenas a nuestros destinos y a nuestros intereses, a la postre había de ser fatal para nosotros.” “La corona y el pueblo, las dos fuerzas básicas de la sociedad castellana medieval, fueron gobernados por una minoría —contra lo que se ha dicho, tuvimos minorías directoras, escuchadas y seguidas por las masas—; pero por una minoría de gentes de Iglesia. Llegada la ocasión oportuna, esa minoría hubo de alentar la confusión de religión y patria, provocada sin remedio por la guerra religiosa secular, hubo de moldear a su gusto el espíritu hispano y hubo de lanzar a España a la Contrarreforma. Esa minoría clerical, al trazar los rumbos de la vida exterior y del gobierno de mi patria en la crisis religiosa de los siglos XVI y XVII, antepuso en cada caso al interés de España el de los ideales cuya representación se atribuía e imposibilitó de esta manera una política flexible y comprensiva”. . . . Con la hipertrofia de la clero hispana y la superexcitación guerrera, el Islam “contribuyó también a atenuar la sensibilidad política del pueblo todo de España: de modo directo educando a las masas en la obediencia a la realeza, y de modo indirecto, desviando su interés hacia las pequeñas contiendas regionales y locales e impidiendo la formación de grandes centros comerciales y fabriles, siempre más atentos a la cosa pública que las masas rurales”. . . . faltaban las masas más aptas para interesarse por las cuestiones públicas. La aristocracia era una minoría codiciosa de privilegios y no de libertades; y en el pueblo integrado de hidalgos, burgueses y labriegos, apenas pesaban las clases mercantiles e industriales. Lo precario de nuestra economía, incluso en sus períodos de esplendor, no sólo



dió predominio en el reino a la población rural sobre la urbana, sino que, al permitir el desbordamiento del ruralismo de los campos sobre las poblaciones, privó a éstas de la función directriz que siempre les compete. Las ciudades castellanas fueron esencialmente agrícolas y, como en todos los tiempos han sido las masas labradoras menos sensibles a la vida pública, he aquí por qué la contienda secular con el Islam vino a atenuar, indirectamente, la sensibilidad política española, al impedir el desarrollo económico de los pueblos hispanos. En contraste con el vivo interés que las burguesías urbanas de allende el Pirineo y el mar Mediterráneo sintieron por los negocios del Estado, los pueblos españoles vieron casi siempre indiferentes cómo la realeza los apartaba poco a poco de la gobernación del reino, y antes o después dejaron a la monarquía el paso franco." "Por haber terminado antes la reconquista aragonesa-catalana, y por haberse emprendido después las guerras de Sicilia, con Francia y con el Papa, guerras que no encendían fervores de cruzada, el pueblo hermano de Castilla, aunque padeció también del mismo mal que ésta, reaccionó siempre con mayor viveza que nosotros ante las cosas públicas. La mayor dedicación a las tareas de la industria y del comercio de las ciudades de la costa española del mar Mediterráneo creó, además, en ellas, burguesías de más aguda sensibilidad pública." "Los Reyes Católicos fueron muy pronto víctimas de aquel terrible tósigo, y con mano inocente administraron la pócima a sus reinos. En primer término, abandonaron la tradicional tolerancia de las dos realezas castellana y aragonesa, se dejaron vencer por las ideas y los sentimientos de la masa intolerante, y creyeron lograr la fusión de sus reinos mal unidos, convirtiendo la unidad nacional en unidad religiosa antes que política." "... aprovecharon el activismo hispano para una política exterior de expansión y de lucha, que trabara por el común denominador de la victoria sus súbditos dispares." "Siempre hubiera sido dañosa para España esta política de Isabel y Fernando, pero por los azares de la Historia llegó a serlo mucho más de lo que hubiera podido augurar el adivino más sutil. La fatalidad quiso que el heredero de los Reyes Católicos fuera un Habsburgo... La unión con Alemania fué más que funesta para España. Si por Carlos V fué ésta lanzada a una política centro-europea contraria a sus destinos, Felipe II, al recordar a su padre derrotado en Alemania, y al contemplar en ruinas el poder imperial como fruto de la discordia religiosa, quiso evitar ese peligro en los Estados españoles...". pero "... Felipe, el primer soberano a la moderna, burócrata y sedentario, mitad flamenco y mitad portugués, arrastrado por una concepción no hispana del poder mayestático, desnaturalizó hasta el límite de la intolerancia y de lo absurdo, la política de los Reyes Católicos. Y la prosecución de tal con-



ducta por los Felipes sucesivos arruinó en menos de dos generaciones el maravilloso florecer de España durante el siglo de oro". "Si a pesar de ese retraso y de esa desviación mi patria es acreedora de la humanidad por la empresa de América y por las maravillas de su literatura, de su arte y de su pensamiento filosófico y jurídico, cuando superemos un pasado que todavía pesa sobre la espalda del presente, borrando las últimas huellas de aquellas reacciones, ¿quién puede entrever el porvenir de España?" (pp. 30-30).

23 Ver Giménez Soler, *loc. cit.*: "Tanto monta en Aragón, pero no en Castilla" (p. 220); acerca de los acontecimientos de Turégano, con la detención de don Fernando para demostrar que en Castilla él no era el soberano sino la reina: "menos amor al marido que a la dignidad de reina" (p. 221) y "la conducta de la reina es no poca censurable" (p. 222). "Virtualmente no fué aquello (la unión) más que la busca de un heredero común (ni unión personal siquiera como la de Aragón y Cataluña), conservando entretanto cada reino su total independencia y viviendo los reyes apartados entre sí como reyes. Los que tal acordaron no se dieron cuenta de la trascendencia del acto ni del daño que hacían a su propia patria. En esas suspicacias envolvían el germen de la decadencia española, porque impedían la fusión de los pueblos en una nacionalidad" (p. 224). "Esta labor, que debía ser aceptada con entusiasmo por los pueblos no fué comprendida; la nación no estaba preparada para ver las ventajas que traería dejar de ser castellanos, aragoneses o portugueses para ser españoles" (p. 243). "Castilla veía con recelo un rey de Aragón en el trono de Castilla, la propia reina sentíase castellana y rehusaba esculpir las armas de Aragón, las de su marido, en monumentos de su reino" (p. 246). "... Por esto cuando murió Doña Isabel se dió el triste caso del repudio de D. Fernando" y su "afrentosa y desairada salida de Castilla. Felipe el Hermoso se alia con Francia en perjuicio de Aragón, volviendo a los tiempos de Sancho el Bravo. Fernando para desviar la tormenta y parte por despecho se casa con Doña Germana" (p. 247). "Los Austrias se contentaron con una unión material y no se llamaron reyes de España; sus títulos llenaron una página; más que afianzar la unión alianzaron el disgregamiento" (p. 249).

24 Solórzano Pereira, *Política Indiana* (Madrid, 1648), lib. vi, cap. xvi, p. 1010: "Asimesmo no pueden ser mercaderes en las Indias, ni tratar, contratar ni aun pasar a ellas, i por el consiguiente ni gozar de sus privilegios, los Estrangeros de los Reinos de Castilla i León por sí ni por terceras personas, i en particular los Portugueses, los cuales están mandados echar de aquellas provincias." Ver Soldevila, II, pp. 175 y ss. También J. M. Oroz



Capdequí, *Estudios de Historia del Derecho Español en las Indias* (Bogotá, 1940), p. 369: "Los territorios de Indias fueron incorporados a la Corona de Castilla y esto hizo que fueren considerados como extranjeros los súbditos de los monarcas españoles no castellanos: navarros y aragoneses, comprendiéndose entre éstos a los catalanes, valencianos y mallorquines y, con mayor razón, según los tiempos, napolitanos, flamencos, alemanes y portugueses." Las pocas excepciones a la regla, consignadas en Soldevila y Ots, no prevalecieron nunca mucho tiempo. Entre estas excepciones hay la fundación de Barcelona en Venezuela en 1637 por Jaime Orpí; la de la evangelización de la Guayana en 1681 por capuchinos catalanes (Soldevila, n, p. 349). La prohibición cesa parcialmente en 1765, bajo Fernando VI, limitando la autorización a mercados tenidos como pobres y no codiciados por nadie y más tarde, por decreto de Carlos III de 1778, totalmente (Soldevila, iii, pp. 37-38 y 42).

25 M. Azaña, *Una política* (Madrid, 1932), pp. 432 y ss.

26 Sobre la idea de España en la Edad Media y el concepto que de ella tenían los catalanes, ver Bosch, *España, un mundo en formación* ("Mundo Libre", México, 1943) y F. Soldevila, *El concepte d'Espanya en la "Crònica" de Muntaner* ("Revista de Catalunya", Barcelona, 1938, Núm. xvi, pp. 171 y ss.) Jaime I escribe, a propósito de la reconquista de Murcia a beneficio de Alfonso X: "Nos ho fem la primera cosa per Déu... la segona per salvar a Espanya." Jaime, que no permitió que su yerno tomase nunca el título de "Emperador de España" que se habían atribuido los viejos reyes leoneses, expresa su alegría de que en el concilio de Lyon, en su persona, hubiese sido "honrada tota Espanya". Pedro III el Grande de Cataluña-Aragón creía que en el desafío de Burdeos se debatía "el honor de tota Espanya". El Infante Fernando de Mallorca, al ser designado jefe de la Gran Compañía Catalana de Oriente, lleva en su escuadra una galera llamada "La Española". El historiador Ramón Muntaner concibe una política conjunta de los cuatro reyes de España —los de Cataluña-Aragón, de Castilla, de Mallorca y de Portugal— "qui són d'una carn e d'una sang".

27 Álvaro de Albornoz, *España, haz de pueblos* y Bosch, *España, un mundo en formación*, citados. Ver también el libro recientemente publicado de J. B. Trend, *The civilization of Spain* (Oxford, 1944).



ADDENDA ET CORRIGENDA

<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice:</i>	<i>Debe decir:</i>
3	19	Gatas	Gata
7	18	Jaón	Jalón
9	2	Cerdeña	Cerdaña
10	2	Col	Coll
36	22	Falset	Marsá
40	28	Falset	Marsá
48	26	Falset	Marsá
53	21	... Trabajos anteriores. También,	... trabajos anteriores. La estratigrafía de Mealhada (Portugal), cuyos hallazgos se clasifican como acheulenses, con un estudio de la climatología del paleolítico de aquel territorio, se estudia en C. Teixeira: <i>A estação arqueologica de Mealhada e a sua cronologia</i> ("Trabalhos da Sociedade portuguesa de antropologia e etnologia", X, 1943-44, p. 139 y ss.) Datos para el paleolítico superior marginal portugués en: J. Ollivier: <i>Les Gisements paléolithiques de Santa Cruz (Torres Vedras)</i> . ("Trabalhos da Sociedade portuguesa de antropologia e etnologia", X, 1943-44, p. 97 y ss.) También,
57	5	Rodesia Smithfield	Rodesia, Smithfield.



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
58	19	... de Estudios Gallegos).	... de Estudios Gallegos). Nuevos materiales españoles en: J. Cabré: <i>Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria</i> . ("Archivo español de Arqueología", núm. 43, 1941, p. 316 y sig.) y Vila-seca: <i>Los grabados rupestres esquemáticos de la provincia de Tarragona</i> . (id., id.", núm. 52, 1943, p. 263 y ss.).
58	25	Leisaner	Leisner
63	9	Albunol	Albuñol
79	10	Pedro dos Mouros	Pedra dos Mouros
III	21	p. 104 y ss.)	p. 104 y ss.; L. de Hoyos Sainz: <i>Raciología prehistórica española</i> . (Discurso de recepción en la Academia de Ciencias, Madrid, 1943); A. A. Mendes Corrêa, <i>Raízes de Portugal</i> . (Lisboa, 1904).
112	16	micolitos	microlitos
112	38	Grabban	Grabbau
120	26	clachaig	Clachaig
124		14-15	La arqueología de la cultura de las urnas de Cataluña, la zona próxima del Bajo Aragón y la provincia de Castellón permite hoy las siguientes gradaciones cronológicas: <i>Período I (900-700 a. de J. C.):</i> Etapa A (900-800): 1) Urnas de cuello cilíndrico: Tarrasa, Argentona, Janet. 2) Grupo final, formas evolucionadas y meandros: Tarrasa, Vilars, Angullana, Punta del Pi, Mont Bufadors, Ullá, Bort. Etapa B (800-700):



<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice:</i>	<i>Debe decir:</i>
			Formas más evolucionadas redondeadas, últimos meandros: Tarrasa, Sabadell, Llorá; Marlés, Cueva del Segre; Guisona, Llardecans, Valletas (Sena; Molar, Escodines Baixes).
			<i>Período II (700-500 a. de J. C.):</i> En todo el período: Molar.
			Etapa A (700-650): Anglés, Llorá (fin).
			Etapa B (650-600): Gibrella; Escodines Altes; Salzadella, Almazora;
			Etapa C (600-500). Perelada. San Cristóbal, Cascarujo. (Primera mitad del siglo.)
			La influencia de la cultura de las urnas persiste en formas de cerámica de las culturas indígenas durante el siglo V: capa I del Castellvell de Solsona, Vilaró (Olius) y llega en la costa hasta los siglos IV-III: Cabrera de Mataró.
130	7	olcades-cburones	Olcades-pemanos-cburones.
130	12	600	650
130	6	<i>nervios, ambianos</i>	<i>nervios</i> , posiblemente germanos, <i>ambianos</i> .
132		16-17	El proceso de los movimientos célticos y de su repercusión en la Península ibérica puede sintetizarse como sigue: De 1200 a 1100 a de J. C. se forma, dentro de la cultura de los túmulos de Bohemia y del Alto Palatinado, sobre todo en la zona checa de contacto con la cultura del Lausitz (cuenca del Moldava y de sus afluentes, al nivel de Praga), la cultura de Knovic que



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
			<p>es el punto de partida de la formación y difusión de la <i>cultura de las urnas</i>, unificándose en cierto modo todo el territorio del sur de Bohemia, Austria, el sur de Alemania y el Rin de 1100 a 1000, comenzando a penetrar por las regiones vecinas de Francia desde la puerta de Belfort, y paralelamente a la extensión de influencias de la cultura del Lausitz por Hessen y el Rin medio. De 1100 a 900 la cultura de las urnas ha invadido el valle del Ródano y ha llegado a los Pirineos, que atraviesa hacia 900, extendiéndose luego por Cataluña y llegando a la zona fronteriza de Aragón (800-700), y de la provincia de Castellón (700-600): ver la adición a la pág. 124. De 900 a 800 la cultura de las urnas ha colonizado Westfalia y el NO. de Alemania, llegando hasta el Elba, pero hacia 800 comienza la expansión de los pueblos germánicos del N. de dicho río y de Jutlandia, en dirección sur, infiltrándose hasta el paso del Rin, en Diersford (cultura de Wessenstedt) y mezclándose con los celtas de Westfalia.</p> <p>De 800-750, mientras florece en el Sur de Alemania y Austria la cultura hallstática (Salem-Koberstadt), que repercute en el Rin medio y Hessen (Niedermockstadt), en el Bajo Rin desde la zona de Colonia y el sur de Holanda hasta Bélgica, existe una <i>cultura hallstática arcaizante</i> en la que renacen elementos muy antiguos de la cultura de los túmulos (<i>Kerbschnitt</i>) (mezclados</p>



Pág.

Línea

Dice:

Debe decir:

con otros de la cultura de las urnas). Comienzan los germanos a infiltrarse a la izquierda del Rin, desplazando su presión hacia Inglaterra y el norte de Francia los elementos célticos extremos (Deverel I) y los elementos hallstáticos arcaicos de la región de Colonia que de 750 a 700 buscan una salida hacia la costa occidental de Francia y de 700 a 650 entran en España por los pasos occidentales del Pirineo, avanzando por el valle del Ebro (Redal, Roquizal del Rullo, Bajo Aragón; ver la adición a la pág. 252), y por la Meseta superior (Numancia I, Cogotas I), y aun por la región de Madrid (Areneros, lám. XL).

Entre 700 y 650 un movimiento, posiblemente de los cimbrios de Jutlandia por la costa del mar del Norte, desplazó a los *cempsos* célticos de Holanda y de las regiones vecinas del norte de Alemania (*cultura de Vledder-Boninghardt*, última evolución de la de las urnas), que por el N. y Oeste de Francia marcharon hacia el Sur, contribuyendo acaso a la entrada en España del grupo de la cultura hallstática arcaica. Con los *cempsos* marchaban infiltraciones de los mismos cimbrios y de los primeros germanos que habían llegado a la línea del Rin, hacia 800, con la cultura de Wessenstedt y que se hallan luego cerca de los *cempsos* en España con el nombre de *germani*. Entretanto, se habían organizado en Alemania los grupos germánicos de los eburones (cultu-



Pág.

Línea

Dice:

Debe decir:

ra de Düstrup en Westfalia?) y de los pemanos (cultura de Harpstedt B? al N. de la Lüneburger Heide), el último de los cuales está en efervescencia desde 650 y 600. Hacia 650 los eburones aprietan hacia el Rhin, hacia Hessen y hacia Turingia y promueven una gran migración de los grupos célticos de aquellas regiones, especialmente de los *sefes* que debían vivir entre Colonia y Coblenza, a la que se unen grupos de volcos (=olcades?) de Hessen y de turones de Turingia, que partiendo por el camino del Sarre y el E. de Francia y resbalando por el borde de la meseta francesa hacia la Turana, arrastran otros grupos celtas de Alemania (nemetes, bituriges, santones, boios) y de Francia (lingones, senones), quedándose algunos en Francia a lo largo del camino, al Sur del Loire y en la Francia occidental (Landas), y llegando otros a España en donde su instalación en la Meseta contribuye a que el movimiento, anteriormente llegado de los campos, derive hacia Extremadura y el Sur de Portugal, con sus avanzadas infiltradas en la Baja Andalucía y en la vertiente NE. de Sierra Morena (*germani*). Con el conglomerado de los *sefes* debieron llegar a España pequeños grupo de eburones y aun de pemanos. La arqueología señala el punto de procedencia de este conglomerado con los caracteres que tiene la cultura de los grupos que, en España, pueden considerarse relacionados con él (Cogotas II,



Pág.

Línea

Dice:

Debe decir:

cultura de los castros de Galicia, el Norte de Portugal y Asturias) que recuerdan los de la cultura del Eifel-Hunsrück del Rhin Medio y de Hessen.

A fines del siglo VII y antes de 570, llegó a España el movimiento de los celtas belgas, los cuales, habían de desarrollar en la Península la cultura posthallstática, que arranca de la cultura hallstática final de Bélgica y del N. de Francia. Del grupo de germanos relacionados con la cultura de Harpstedt C, que entonces se extiende hasta el Rhin y que se infiltra en Holanda y Bélgica, salen grupos que forman la avanzada (nervios, menapios), penetrando también eburones y pemaños. Los belgas desaparecen del Norte de Bélgica, que poco a poco se germaniza, y grupos parientes de los que luego se conocen en el Sur de Bélgica y Norte de Francia (belovacos, susiones, veliocasses) y que arrastraron en su emigración a los austrigones del Eure y a algunos germanos (nervios), siguen el camino del Occidente de Francia, entrando por los pasos occidentales del Pirineo y ocupando el camino de la Meseta y la mayor parte de la septentrional, extendiéndose también por Cantabria y Celtiberia. En su avance, probablemente, empujaron a los celtas del conglomerado de los sefes hacia Asturias y las tierras leonesas, Galicia y el N. de Portugal por una parte, el N. de Extremadura de otra y, finalmente, el extremo de la cordillera ibérica (olcades de Cuen-



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
140	I	después: Martín Almagro	ca y el SO. de Valencia) y el alto valle del Jiloca hacia Teruel (turrones). después: S. Vilaseca: <i>El poblado y la necrópolis del Molar</i> (Tarragona). ("Acta Arqueológica Hispánica", I.) (Comisaría general de Excavaciones arqueológicas, Madrid, 1943.) Martín Almagro.
154	6	Besaltú	Besalú
164	penúltima	(1932); Bosch, Proble-	1932); Bosch: <i>Els factors ètnics en la formació de Catalunya</i> . ("Revista de Catalunya", 5ª época, núms. 1-3, 1943, México, pp. 17 y ss.) Bosch, Proble-
173	17-18	Abdra	Abdera
200	15	Dras	Draa
216	17	Carthag	Carthage
222	29	Tombe	Tomba
240	23	tierra cocida,	tierra cocida como los encontrados en la Neápolis emporitana.
246	13	Rodas	Rhode
249	30	Muret	Mouret
251	22	también en Sagunto	también en Sagunto. Una publicación reciente de cerámica ricamente decorada de La Alcudia de Elche: A. Ramos Folques: <i>Hallazgos cerámicos de Elche y algunas consideraciones sobre el origen de ciertos temas</i> . ("Archivo español de Arqueología", núm. 52, 1943, pp. 328 y ss.) El autor da una fecha baja para la cerámica clásica de Elche, fundándose en la mezcla de objetos de época tardía aparecida en dicha localidad (cerámica negra barnizada con ramitas de hojas blancas, cerámica negra de tipo "cam-



Pág.

Línea

Dice:

Debe decir:

paniense” y algunos fragmentos de *terra sigillata*, etc.), suponiendo que la cerámica pintada ibérica pertenece al periodo entre el siglo II antes de J. C. y el I de nuestra era. Nosotros compararíamos los bellos fragmentos reproducidos por el Sr. Ramos Folques con la cerámica de Oliva, con la más antigua de Liria y con los fragmentos del Charpolar, lo que daría la fecha de fines del siglo V a la primera mitad del IV antes de J. C. Dentro de la mezcla de objetos forasteros, algunos muy tardíos que acompañan dicha cerámica ibérica, podría preguntarse si la cerámica “campaniense” y la barnizada de negro con hojas blancas no es también de entonces y recordar lo dicho en la nota 31 de este capítulo a propósito de la cerámica llamada “campaniense”, que pertenece a distintas fechas, algunas mucho más antiguas de lo que se había supuesto.

El Sr. García Bellido en su artículo: *La escultura ibérica. Algunos problemas de arte y cronología* (“Archivo español de Arqueología, núm. 52, 1943, p. 272 y ss.), en el que hace referencia a otro anterior en que trató especialmente de la cerámica ibérica, publicado en el núm. 50 (1943) de la misma revista y a su libro: *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintroducidas en España en 1941*. (Madrid, 1943), que no hemos podido consultar, trata de dar una fecha tardía a todo el arte ibérico, suponiendo que la influencia grie-



Pág.

Línea

Dice:

Debe decir:

ga no tuvo ningún efecto sobre él y que, en cambio, fué decisiva la influencia romana, creyendo que no pasa de los últimos siglos antes de nuestra era, y que continuó hasta el Bajo Imperio. Esta tesis revolucionaria nos parece en contradicción con la mayor parte de los hechos conocidos hasta hoy. A menudo la cerámica ibérica aparece asociada con cerámica griega, especialmente en las sepulturas de Galera y en las de Oliva y en los poblados de la Bastida de Mogente y del Bajo Aragón, lo mismo que en la estratigrafía de Emporion. A través de esas asociaciones, que en sus distintas épocas corresponden a distintos tipos de la decoración ibérica, hemos tratado de precisar en las páginas del presente libro la cronología de la cerámica que creemos válida y corroborada por hechos indiscutibles, pudiéndose fechar luego por tanto los hallazgos que no ofrecen asociaciones de fecha segura. En cuanto a las esculturas en piedra y a los bronceos, que el Sr. García Bellido trata también de fechar tardíamente, aunque ofrecen mayor dificultad, por proceder de santuarios, excavados algunos hace mucho tiempo o cuya estratigrafía aparece alterada o poco concluyente, no creemos tampoco que pueda llegarse a las conclusiones de dicho autor. En el caso del Cerro de los Santos, que seguramente siguió utilizando hasta muy tarde en la época romana, los pocos objetos antiguos (que, sin embargo, no fal-



<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice:</i>	<i>Debe decir:</i>
252	2	lám. 158 c.)	<p>tan) encontrados, no prueban que todas las esculturas sean de época tardía. Es como si no conociésemos la fecha del arte románico y gótico y fechásemos un cáliz románico y un retablo gótico de una catedral utilizada hasta los tiempos modernos por exvotos recientes o por adiciones arquitectónicas neo-clásicas, con la diferencia de que para el arte ibérico tenemos bases de una cronología segura, por lo menos en la cerámica.</p> <p>lám. 158 c).</p> <p>Por la importancia cronológica de los poblados y sepulturas del Bajo Aragón que pertenecen a etapas relativamente cortas algunos de aquéllos y que ofrecen una evolución clara de la cultura rural ibérica que representan, creemos útil resumir aquí su cronología, que rectifica fechas que se dieron en un principio, antes de un estudio de conjunto más completo y de haber podido comparar aquellos hallazgos con otros:</p> <p><i>Siglo VIII:</i> Influencia de la cultura de las urnas de Cataluña: Les Escodines Baixes (Mazaleón), Mas de l'Hora y primer poblado de la Vall de la Cabrera de Calaceite.</p> <p><i>Primera mitad del siglo VII:</i> Influencia hallstática arcaica: Roquizal del Rullo (Fabara), Cabezo Torrente (Chiprana), Cistas del Barranco de San Cristóbal (Mazaleón).</p> <p><i>Segunda mitad del siglo VII:</i> Les Escodines altes (Mazaleón), Vall de la Cabrera (Calacci-</p>



<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice:</i>	<i>Debe decir:</i>
			te), Primer poblado del Tossal Redó (Calaceite).
			<i>Primera mitad del siglo VI:</i> San Cristóbal (Mazaleón), Casca-rujo (Alcañiz), Tossal Redó (segundo poblado) Vilallonc (Calaceite), Primer núcleo de San Antonio (Calaceite).
			<i>Primera mitad del siglo V:</i> La Gessera (Caseres), Coll del Moro (Gandesa).
			<i>Parte central del siglo V (?):</i> Piuró del Barranc Fondo (Mazaleón).
			<i>Segunda mitad del siglo V:</i> Els Castellans (Calaceite), Les Ombríes (Calaceite), Principios del poblado ampliado de San Antonio (Calaceite).
			<i>Siglos IV a III:</i> San Antonio (Calaceite). (Poblado ampliado) (destruido a principios del siglo II).
			Mas de Madalenes (Cretes).
			La Torre Cremada (Valdel-tormo).
273	20	de Guadibecca	del Guadalete, situada a veces en el Guadibecca.
274	I	Guadibecca	Guadalete
274	14-15	entre 721 y 725	722
278	24	entre 721 y 725	722
288	15	Pedro II	Pedro I
301	28	Montril	Motril
313	8	traovadoresca	trovadoresca
327	3	y Letras, 1943).	y Letras, 1843) y C. Sánchez Albornoz: <i>En torno a los orígenes del feudalismo, I, Fideles y Gardingos en la monarquía visigoda. Raíces del vasallaje y del benefi-</i>



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
327	19	Londres, 1935).	<p><i>cio hispanos.</i> (Publicación de la Universidad de Cuyo, Mendoza, 1942.)</p> <p>Londres, 1935). Para la batalla del Guadalete ver el reciente estudio de Sánchez Albornoz que la sitúa junto al río Guadalete, en las inmediaciones de las ruinas de la antigua ciudad hispano-romana de Lacca (acaso el Castrum Caesaris Salutariensis), junto a la fuente termal del cortijo de Casablanca, al sur de Arcos y en la comarca de Medinasidonia, y no en el Guadibekka de la región de la laguna de la Janda, después de un nuevo examen de las fuentes árabes que parece definitivo: <i>Otra vez Guadalete y Covadonga.</i> ("Cuadernos de Historia de España", I, II, Buenos Aires, p. II y sig.), en donde se precisa también la fecha de la batalla de Covadonga en 722. Sánchez Albornoz ha emprendido una revisión de las fuentes arábicas, de la que resultan importantes conclusiones para la España musulmana y para la Reconquista. Ver vol. II y III de <i>En torno a los orígenes del Feudalismo</i> (II: <i>Los árabes y el régimen prefeudal carolingio. Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII</i>; III: <i>Id. Id. La caballería musulmana y la caballería franca del siglo VIII.</i> Publicación de la Universidad de Cuyo, Mendoza, 1942), y <i>El Ajar Maymua. Cuestiones históricas que suscita</i> (publicación del Instituto de Historia de la cultura española medieval y moderna de la Facultad</p>



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
327	última	Buenos Aires, 1939).	de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1844). Buenos Aires, 1939). Para la formación de las lenguas de la España cristiana ver R. Menéndez Pidal: <i>El idioma español en sus primeros tiempos</i> . (Buenos Aires, colección Austral, 1942).
328	2	1939).	1939). Para Portugal ver: A. Mendes Corrêa: <i>Raíces de Portugal</i> . (Lisboa, 1944), y Peres y Cerdeira: <i>Historia de Portugal</i> (desde 1928). La raíz indígena de Portugal se halla en la resultante de la fusión de los elementos indígenas del neo-eneolítico que desarrolló la cultura megalítica portuguesa y que debió haber absorbido elementos de la cultura de las cuevas emparentados con los de ésta, sobre todo del centro de España. Este substratum indígena fué matizado por las invasiones célticas y los lusitanos lo organizaron. Se ha creído por muchos en el carácter ibérico de los lusitanos y nosotros mismos habíamos insistido en él y en la posibilidad de que se tratase de grupos emparentados con los lusos de Celtiberia, empujados por las invasiones célticas hacia el Occidente, hasta arrinconarlos en la Sierra de Estrella. Esta era la tesis de <i>Los Celtas de Portugal y sus raminos</i> . (Homenagem a Martins Sarmiento, Guimarães, 1933). Mendes Corrêa ha dudado siempre del carácter ibérico de los lusitanos y hoy creeríamos que tiene razón. Ya apuntamos la explicación que nos parece verosímil en <i>Two Celtic waves in Spain</i> (Londres, 1942), p. 108: tanto los lu-



<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Debe decir:</u>
329	26	y P. Bosch-Gimpera.	<p>sitanos de Portugal como los lusones de Celtiberia pertenecen a la población de la cultura de las cuevas neo-eneolíticas, lo que explicaría la semejanza del nombre sin necesidad de imaginar un movimiento posterior hacia Portugal. Mientras los lusones de Celtiberia fueron penetrados por elementos ibéricos almerienses a fines del eneolítico y celtizados después, los lusitanos de Portugal serían elementos más o menos puros de la población de la cultura de las cuevas y megalítica, sólo matizados por las invasiones célticas y sin mezcla ibérica.</p> <p>y P. Bosch-Gimpera. Para la contribución que pueden ofrecer a los problemas relacionados con la formación de la lengua y con la persistencia en ella de un substratum primitivo y de diversos elementos anteriores a los pueblos medievales, ver: P. Bosch-Gimpera: <i>Lingüística i etnologia primitiva a Catalunya</i> ("Miscelánea Fabra", Buenos Aires, Coni, 1943, p. 102 y ss.), y Amado Alonso, <i>Partición de las lenguas románicas de Occidente</i>. (Id., id., p. 81 y sig.)</p>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INDICE DE ILUSTRACIONES

LAMINAS

- I: El relieve de la Península ibérica.
- II: Utillaje paleolítico del centro y sur de España.
- III: Pinturas rupestres cantábricas.
- IV: Pinturas rupestres de la cueva del Castillo.
- V: Pinturas rupestres de la cueva de la Pileta.
- VI: Pinturas rupestres de la roca de Minateda.
- VII: Pinturas rupestres de Cogul y de Morella.
- VIII: Cráneos mesolíticos de Muge (Portugal).
- IX: Utillaje mesolítico.
- X: Pinturas rupestres eneolíticas de Peña Tú (Asturias).
- XI: Cerámica eneolítica de la cultura de las cuevas de Cataluña.
- XII: Cerámica de la cultura de las cuevas de Málaga.
- XIII: Cerámica del vaso campaniforme I de Ciempozuelos.
- XIV: Cerámica del vaso campaniforme I de Ciempozuelos y de Cataluña.
- XV: Cerámica de las cuevas de Montserrat con decoración cardial.
- XVI: Cerámica de cuevas catalanas con decoración cardial.
- XVII: Cultura de Almería. Etapa primitiva II (3000-2700): Fuente del Lobo. Etapa de transición I (2700-2500): Loma del Cumbre.
- XVIII: Cultura de Almería. Etapa de transición I (2700-2500): Huércal.
- XIX: Cultura de Almería. Etapa de transición I (2700-2500): El Gárcel y Mina Diana.
- XX: Cultura de Almería. Etapa de transición II con Vaso campaniforme II (2500-2300). Etapa de Los Millares (2300-2100).
- XXI: Cultura de Almería (etapa de Los Millares).
- XXII: Cultura de Almería (etapa de Los Millares).
- XXIII: Cultura de Almería (etapa de Los Millares).
- XXIV: Cultura de Almería (etapa de Los Millares).
- XXV: Cultura megalítica portuguesa: Grupo primitivo I. (antes de 3000 a. de J. C.)



- XXVI: Cultura megalítica portuguesa: Grupo primitivo II. (3000-2700 a. de J. C.)
- XXVII: Cultura megalítica portuguesa: Plantas de sepulcros de corredor y galerías cubiertas.
- XXVIII: Cultura megalítica portuguesa: Grupo de transición a la etapa de Palmella (2700-2500 a. de J. C.)
- XXIX: Cultura megalítica portuguesa: Etapa de Palmella (2500-2300 a. de J. C.)
- XXX: Cultura megalítica portuguesa: Plantas de sepulcros de cúpula y de corredor de la etapa de Alcalar (2300-2100) y de cistas de la transición a la Edad de Bronce (2100-1900).
- XXXI: Cultura megalítica portuguesa: Etapa de Alcalar (2300-2100 a. de J. C.)
- XXXII: Planta y sección del sepulcro de cúpula del Romeral (Antequera, prov. de Málaga) y de la galería cubierta de Viera (Antequera, prov. de Málaga).
- XXXIII: Cultura pirenaica vasca y catalana: Tipos de los sepulcros y material.
- XXXIV: Cultura pirenaica catalana II (2500-2300): Hallazgos de la cueva de Aigües Vives (Brics).
- XXXV: Cultura pirenaica catalana II (2500-2300): Cerámica del vaso campaniforme II de la cueva de Aigües Vives (Brics).
- XXXVI: Cultura pirenaica catalana III (2300-2100): Vasos campaniformes (estilo III) de la Balma de Solanells (Olius).
- XXXVII: Bronces de la cultura de los talaiots de Mallorca (1200-1100) y plano de la ciudad dels Antigors (Las Salinas, Mallorca).
- XXXVIII: Espadas, puñales y hachas de la cultura de los talaiots de Mallorca (1200-1100).
- XXXIX: Cultura de las urnas y cerámica de la cultura de Marlés de Cataluña. Período I-B (800-700).
- XL: Cultura de las urnas de Cataluña (IA: 800) y Castellón (IIB: 650-600) y cerámica de la cultura hallstática arcaica del centro de España (siglo VII).
- XLI: Cultura posthallstática de Celtiberia (I b; siglo IV): Hallazgos de una sepultura de Quintanas de Gormaz (prov. de Soria).
- XLII: Illa Plana (Ibiza): Figuritas arcaicas cartaginesas de tierra cocida.
- XLIII: Necrópolis cartaginesa del Puig des Molins (Ibiza): Sección de la necrópolis y cabecita cartaginesa de negro de tierra cocida.
- XLIV: Necrópolis cartaginesa del Puig des Molins (Ibiza): Figuritas de tierra cocida cartaginesas.
- XLV: Necrópolis cartaginesa del Puig des Molins: Figuritas de tierra cocida de estilo griego y cartaginés.
- XLVI: Topografía de Emporion.



- XLVII: Vista aérea de las excavaciones de la Neápolis de Emporion (antes de las últimas campanas de excavación).
- XLVIII: Plano de la Neápolis de Emporion.
- XLIX: Esquema de la primera etapa (griega) de la Neápolis de Emporion (Fin del siglo VI al IV a. de J. C.).
- L: Esquema de la segunda etapa de la Neápolis de Emporion (helenística: Siglos III-II a. de J. C.).
- LI: Esquema de la tercera etapa (romana) de la Neápolis de Emporion: (Siglo I a. de J. C. a III a. D.).
- LII: Cerámica ática de figuras negras y de figuras rojas de la Neápolis de Emporion.
- LIII: Asclepio de estilo fidiásico de la Neápolis de Emporion.
- LIV: Afrodita de estilo praxitélico de la Neápolis de Emporion.
- LV: Cabecita de mármol griega y pebeteros de tierra cocida griegos de la Neápolis de Emporion.
- LVI: La Dama de Elche.
- LVII: Bronces arcaicos de Castellar de Santisteban y del Llano de la Consolación y cerámica ibérica andaluza de Peal de Becerro (Jaén).
- LVIII: Decoración de la cerámica ibérica del estilo de Archena.
- LIX: Decoración de vasos ibéricos de Emporion y Oliva (prov. Valencia).
- LX: Decoración de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (prov. de Valencia (primer cuarto del siglo IV a. de J. C.)).
- LXI: Vaso ibérico de Oliva (prov. de Valencia) (hacia 400 a. de J. C.). Decoración de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (prov. de Valencia) (primero, segundo y tercer cuartos del siglo IV a. de J. C. ?)
- LXII: Decoración de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (prov. Valencia). (Tercer y cuarto cuartos de siglo IV y primera mitad del tercer a. de J. C. ?).
- LXIII: Decoración de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (prov. de Valencia). (Primera mitad del siglo III a. de J. C. ?).
- LXIV: Decoración de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (prov. de Valencia). (Segunda mitad del siglo III a. de J. C. ?).
- LXV: Poblados más antiguos del Bajo Aragón y comarcas vecinas.
- LXVI: Poblado de "Els Castellans" (Calaceite). Cerámica pintada del "Tossal de les Tenalles", Sidamunt (Cataluña), y necrópolis de silos de Rubí (Cataluña).
- LXVII: Poblado ibérico de San Antonio de Calaceite (Bajo Aragón).
- LXVIII: Plano y cerámica a mano del poblado de Anseresa (llamado también el Vilaró) de Olius (comarca de Solsona).
- LXIX: Cerámica a mano del poblado de Anseresa (llamado también El Vilaró de Olius (comarca de Solsona y plano del poblado de San Miguel de Sorba (comarca de Solsona)).



- LXX: Decoración de la cerámica ibérica de la necrópolis celtibérica de Belmonte (prov. de Zaragoza). (Siglo III.)
- LXXI: Cerámica celtibérica. (Numancia y Langa de Duero: Siglos II a. de J. C. y a. D.)

MAPAS:

- I: El arte rupestre del mesolítico y de los tiempos siguientes.
- II: Las culturas neo-eneolíticas de la Península ibérica.
- III: Europa a fines del eneolítico (2300-2100 a. de J. C.)
- IV: La cultura de las urnas y su expansión hacia 900 a. de J. C. y siguientes.
- V: Expansión de las culturas hallstáticas. (800-600 a. de J. C.)
- VI: Los pueblos relacionados con el movimiento de los sefes desplazados por los pemanos, etc. (hacia 650).
- VII: El movimiento de los belgas desplazados por los nervios, etc. (Fin del siglo VII al VI; antes de 570).
- VIII: Los pueblos de la España primitiva.
- IX: La colonización griega.
- X: Reinos cristianos y reinos de taifas en el siglo XI.
- XI: Los movimientos de pueblos en la España primitiva.
- XII: Movimientos de la Reconquista.



INDICE DE MATERIAS

A

- Abalo, isla de (Heligoland) 236
Abbeviliense o Chelense 27, 28
Abd Eshmun 254
Abdalajís, sierra de 6
Abdeluzis 275
Abdera (Adra), colonia fenicia fundada en el siglo VII 173, 344
Abderramán I 275, 294, 305
Abderramán III 266, 275, 279, 294
Abderramán el Gafequi 294
232, 250
Abengibre, tesoro de vasos de plata
Aberdeenshire 120
Abisinia 56
Abri Audi 31
Abric de la Llera (cueva) (Lladurs) 89
Absolutismo 290, 292, 323
Academia de la Historia (Madrid) XXIII
Acebuchal 65
Achelense 29, 21, 55
Acinipo 226
Acra (Agadir) 200
Actas y Memorias de la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Madrid) 23
—acum (sufijo céltico) 124
Adlerberg (cultura de) 122
Adour (río) 116
Adra 6, 173
Adriano 165
Adriático 63, 184
Afalú-bu-Rhumel 39; cráneos del oraniense 60
Afortunadas, islas (Madera) 239
África 2, 6, 22; unión con España a principios del cuaternario: 26; paleolítico: 27, 28, 29, 33, 37, 38, 42; arte paleolítico: 42; arte rupestre paleolítico africano y su continuación: 44, 45, 49, 52, 54, 55, 58, 60; neolítico de tradición capsense: 62, 63, 65; origen de los almerienses: 69, 73, 75, 77, 78, 110, 112, 177, 186, 187, 189, 195, 199, 207, 211, 219, 231, 237, 238, 239, 244, 252, 255, 259, 269, 272, 273, 277
África Menor 32, 39, 56, 69, 169
África, norte 166, 255, 256, 268 ver también África Menor
África Occidental 177
África Oriental 33, 45; culturas, paleolíticas y mesolíticas y arte 56, 58
Africanos, en la población romana de España 262
Afrodisia, isla de (en Cádiz) 177
Afrodita 240, lám. LIV
Agadir 200
Agate (Agde) 209
Agatocles 237, 254



- Ager, valle de 8, 154
Agora de Atenas 250
Agost 203
Agramonteses 297
Agreda 19
Agricultura americana 292
Agricultura medieval 291, 334
Agua Branca, quinta de, ver Quinta da
Agua Branca
Aguado Bleye, P. XXVI, 164, 267
268
Aguilar de Anguita 37
Aguilar de Campóo 16
Agullana necrópolis céltica 338,
lám. XL
Agustín, San 266
Aigua, cueva de l' 165
Aigues Vives, cueva de (Brics) 89,
láms. XXXIV, XXXV
Aigueta, L' 234
Ainsa 9, 299
Airhouse Farm 120
Aitzcorri, sierra de 90
Akaba, golfo de 176
Akhila II 273, 274
Akkad 101
Akrá Leuké, colonia griega, ver Leuké
Akrá y Albufereta
Akrá Leuké, (Alicante), fortaleza car-
taginesa fundada por Amílcar Bar-
ca después de 237 a. de J. C.
237
Alalia (Córcega) 157, 188: fun-
dación hacia el 560; desastre de
535 y consecuencias: 1934, 195,
197, 200, 204, 207, 211, 214,
217, 223.
Al-lacant 216, 237
Al Mina 250
Alabardas 102
Alabastro 95, 100
Alabastro, vasitos de 202
Alabastro, figurita de (Galera)
201, 203, 220
Alabastrones 192
Alagón, río 135, 142
Alamo, cortijo del, ver Cortijo del
Alamo
Alanos 272
Alaoui, museo (Cartago) 180
Alava 4, 87, 152, 283, 295, 296
Alaveses 296
Albacete XXIII, 5, 18, 19, 20, 129,
139, 192, 193, 194, 201, 203,
204, 232
Albaida 20, III
Albarracín 20, 287, 307, 310
Albarracín, sierra de 7, 41
Albelda, J. 213
Alberas, montes 10, 15, 84, 123,
133, 155, 185
Albertini, E. XV, XVII, 267, 269
Albigenses 307
Albión (Gran Bretaña) 189
Albiones 150
Albornoz, Alvaro de 331, 336
Albufereta, La (Akrá Leuké?) 195,
216, 236, 237, 242, 247, 249,
254, 255, 260, 268: necrópolis
226, 237; estratigrafía: 228,
242; tierras cocidas: 228; cerá-
mica de "Midias": 226, 228; ha-
llazgos cartagineses: 229, 242;
cerámica helenística: 242; pebetes-
ros: 242; poblado iberocartaginés:
242; cerámica ibérica: 242.
Albuñol 63, 75, 338
Alcacer do Sal 138, 143, 175,
180, 237, 248, 249, 262
Alcádir 320, 328
Alcalá de Henares 18
Alcalá de Henares, pacto de 311
Alcalá la Real 232, 250
Alcalá, cultura de 78, 79, 81, 82,
87, 94, 96, 99, 100, 112, 119,
120, 121, láms. XXX, XXXI
Alcalde del Río, H. XIII
Alcama 274
Alcanadre, río 8, 64
Alcañices 17
Alcañiz 19, 41, 48, 59, 348
Alcaraz 20, 194, 301



- Alcaraz, sierra de 6
Alcarria 5, 151
Alcobaça, cuevas de 80
Alcolea del Pinar 19, 37
Alcores 67, 79, 95, 127, 138,
202, 204, 205, 220
Alcorruccén 126
Alcoy 20, 161, 232, 233, 234,
235, 251
Alcubierre, sierra de 7, 8
Alcudia, La (Elche) 344, 345
Alcudia, (Mallorca) lám. XXXVIII
Alemania 28, 66, 67, 96, 97, 98,
115, 121, 122, 123, 125, 126,
127, 133, 142, 305, 324, 340,
341, 342
Alemquer 50
Alemtejo, yacimientos paleolíticos
27, 80, 81, 127, 319
Alfabetos ibero-tartésios 159
Alfambra, río 7
Alfaro 7, 141
Alfonso I de Asturias 279
Alfonso I el Batallador de Aragón
286, 287, 297, 299, 301, 310
Alfonso II de Asturias, el Casto
271, 282
Alfonso II de Aragón 287, 310
Alfonso III el Grande de Asturias
278, 279, 282
Alfonso V, rey de Cataluña-Aragón
312
Alfonso VI de Castilla-León 280,
283, 284, 285, 286, 296, 321,
328
Alfonso VII el Emperador 280,
281, 287, 302, 310
Alfonso VIII de Castilla 287, 296,
310
Alfonso X el Sabio de Castilla 288,
336
Alfonso XI de Castilla 288, 296,
311
Alfredo el Grande 266
Algars, río 12
Algarve 5, 80, 81, 82, 287
Algeciras 21, 186, 288, 311
Alhama, sierra de 6
Alhama de Granada 20, 63
Alhaquem I 306
Alhor 304
Alicante 5, 19, 20, 37, 43, 68, 69,
129, 146, 149, 187, 192, 195,
201, 215, 226, 231, 232, 233,
234, 237, 238, 260, 262, 311
Alicante, cabeza ibérica arcaica 193,
214
Alicante, museo de 254
Aliseda, La 138; tesoro fenicio
175, 180, 202, 204, 220
Aliste, río 137
Aljezur láms. XXX, XXXI
Almada do Ouro lám. XXVII
Almadén 18
Almadén, sierra de 5
Almagro, Martín XVII, 140, 141
Almansa 5, 19
Almanza 16
Almanzor 276, 279, 309
Almazán 18
Almazora 339
Almeirim 47, 49, 59
Almendralejo 17,
Almería 6, 20, 30, 36, 37, 41,
64, 66, 69, 77, 78, 80, 81, 84,
86, 94, 99, 100, 101, 103, 104,
114, 118, 146, 161, 173, 194,
196
Almería, cultura de 52, 53, 68 y
sig.: etapas cronológicas: 71, 83,
84, 86, 87, 90, 92, 108, 111,
117, láms. XVII, XVIII, XIX,
XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV
Almería, expedición marítima de *Suñer*
II de Ampurias 308
Almería, reino de 287, 310, 319,
320
Almeriense, pueblo 68 y sig., 146,
147, 149, 151, 152, 153, 320
Almeriense-ibérico, tipo antropológico
73, 74, 111



- Almizaraque 68, 72, 81, 82, 94,
115, láms. XX y XXII
Almizra, tratado de 310
Almohades 287, 220, 322
Almondar el Blanco 282
Almondír 282
Almorávides 286, 287, 301, 310,
320, 321, 322, 328
Almorchón 139
Almunia de Dona Godina, la 19,
131
Almuñécar 170, 173, 198
Alonis (Benidorm) 195 (funda-
ción después de 535 a. de J. C.)
Afonso, Amado 351
Alp 83
Alpera, cueva de 40
Alpes 25, 62, 67, 84, 86, 89,
115, 116, 163
Alpes Marítimes (departamento)
86, 91
Alpiarça necrópolis celtica 126,
141, mapa V
Alpujarras, Las 6, 146
Alpujarras, reino independiente 320
Alsásua 15
Atsius, P. XII
Alta Saboya, ver Haute Savoie
Altadill XXI
Altamira, cueva de 40, 41, 55
Altersdorf 121
Altos Pirineos, ver Hautes Pyrénées
Altzania, sierra de 90
Alvão, sepulcros megalíticos 50, 79,
114, lám. XXV
Alvarez Ossorio, F. XVII, 221, 250
Amades, J. XXI
Amador de los Ríos, J. XV
Amado, San 293
Amasis 210
Amaya 282
Ambar 95, 118
Ambianos 130, 339
Ambrosio, cueva de 36
América 292, 312, 313, 323, 325,
327, 330, 335; galeones de: 169,
177; pueblos de: 325
Ameyugo, cuevas de 63
Amigos del País, sociedades de 298,
329
Amílcar Barca 216, 237, 238, 243,
257
Amoreira, conchero de 49
Amorós, José XVI, 206, 213, 222,
227, 247, 253, 254
Ampuzdán, comarca del II, 20, 124
Ampurias, ver Emporion
Ampurias, condado de 303, 306,
361
"Ampurias", revista XIX
Amuletos fenicios 173
Anarquía ibérica 162
Anarquía nobiliaria 289
Anatolia 33
Ancora (Portugal) lám. XXX
Andalucía 5, 6, 12, 13, 14, 17, 18,
21, 23, 66, 68, 72, 79, 81, 102,
106, 107, 108, 127, 138, 147,
149, 160, 162, 169, 170, 171,
173, 178, 192, 195, 196, 198,
201, 202, 203, 204, 205, 209,
211, 216, 243, 244, 257, 258,
259, 261, 262, 265, 277, 285,
286, 287, 292, 301, 309, 311,
320, 321, 322, 324, 331, 332;
Alta: 102, 103, 193; Baja: 103,
108, 126, 342
Anderson, J. G. 142
Andía 164
Andorra 9, 10, 15, 153, 164, 295
Andosinos 156, 164
Aneto, pic d' 9
Anghelu-Ruju 85, 94, 106, 117,
118
Anglés, necrópolis celtica 124, 339
Angulema 127
Aníbal 124, 161, 240, 243, 244,
252
Anie, pic d' 9
Ansó, valle de 7, 299



- Anseresa, poblado de, ver Vilaró, El
Ansoleaga, F. de XVIII
Anta, (sepulcro megalítico) 112
Antas (prov. de Almería) 36, 37
Antenas, espada de 138
Antequera 29, 288, lám. XXXII
Anthropologie L' XXIV
Antibes 209
Antigors, Els (Les Salines) lám.
XXXVII
Antipolis (Antibes) 209
Antón, Manuel XXI
Antiguo Testamento 176
Antropología, investigación de la
XXI: paleolítica y mesolítica 51-
53; de la cultura de Almería: 72 y
sig.: 338
Anuari del Institut d'Estudis Catalans
Barcelona XXIV
Anuario del Cuerpo de Archiveros,
Bibliotecarios y Arqueólogos, Ma-
drid XXIV
Anuario de Prehistoria madrileña
XXIV
Aoberg, Nils XIX, 110
Apeninos, montes 116
Apolo, arcaico de bronce (ibérico)
321
Apolo, griego de bronce (dedicado en
Delfos por los massaliotas por la
victoria del Crimiso en 34 a. de
J. C.) 218, 252
Apolos arcaicos 204
Apries 212
Apulia 42
Aqueos 107
Aquitania, duque de 275
Aquitania, reino de 305
Aquitanos 153, 155, 156, 166
Ara, río 299
Arabe, conquista e invasión 300
ver Musulmana, conquista y do-
minación
Arabes 22, 23, 274, 293, 308
Arabia 33, 39, 178, 186, 239
Aracena 17, 128 sierra de 5
Aragón 7, 9, 12, 14, 68, 103,
142, 149, 157, 158, 163, 205,
240, 244, 296, 300, 318, 324;
Alto: 82; Bajo: 8, 11, 19, 41,
64, 74, 105; cultura céltica: 123,
125, 126, 129, 138, 146, 340,
341, mapa V; cultura ibérica: 232,
234, 235, 244, 245, 251, 256,
270, 287, 302, 310, 338, 347,
348, láms. LXV, LXVI, LXVII
Aragón, condado 276, 293
Aragón, primitivo 298, 299
Aragón, reino 276, 286, 287, 288,
297, 298 y sig 324, 329,
332, 335, 336
Aragón, río 7, 299
Aragón, valle alto del 293
Aragonés, dialecto 303
Aragonese 301
Aralar, J. de 329
Aralar, sierra del 15
Aralar navarro 88, 90
Arambys 200
Aramo, minas del 104
Arán, valle de 9, 10, 15, 153, 164,
300
Aranda de Duero 18
Aranjuez 140
Aranzadi, T. de XIV, XVIII, XIX,
XXI, 82, III
Araña, cueva de la 41
Aras de Heracles 199
Arbe, sierra de 8, 9, 299
Arbois de Jubainville, H. d' XX
Archaeologia (Londres) XXIV
Archaeologischer Anzeiger (Berlin)
XXV
Archena 5, 19, 148, 194, 205,
234, 235, lám. LVII: vaso de los
guerreros: 233
Archeologo Portugues, O. ver O Ar-
cheologo Portugues
Archivo español de Arqueología
XIX, XXIII
Archivo español de Arte y Arqueolo-
gía XIX, XXIII



- Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña XXI
Archivo de Prehistoria Levantina (Valencia) XXIV
Arcobriga, necrópolis celta 256
Arcos (prov. de Cádiz) 349
Ardales 40
Ard-el-Kheraib, necrópolis 247, 254
Ardèche, departamento 88, 89
Ardenas, montes 127, 132
Ardobasto 273, 275
Are 164
Arecómicos, ver Volcos Arecómicos
Arelate (Arles) 209
Arenas de San Pedro 18
Arenero de Valdivia (Madrid) lám. XL
Arcneros, hallazgos celticos 125, 341, lám. XL
Arenosios 124, 164, 300
Ares etrusco 206
Ares, monte de 8, 15
Aretusa 228, 241
Arévacos 130, 137, 141
Arga 7
Argantonio, rey de los tartesios 160, 182, 187, 188, 211
Argar, El 101, 102, 103, 104, 117, 118, 127
Argar, cultura de El 68, 72, 92, 101 y sig., 118, 122, 147, 148; etapas cronológicas 102
Argel 170, 255
Argelia 28, 42, 55, 65, 70, 75, 80, 170, 244
Argentona 338
Argyll 120
Aribalos esmaltados 190, 212
Ariège (departamento) 80, 87
Ariège, río 9, 10, 15, 155, 156
Arignoto de Paros 246
Aristocracia castellana 332, 333
Aristarco 225, 235
Aristófanes 325
Aristófanes-Erginos, taller de cerámica ática 227
Aristóteles 237
Aristimuño, J. de 329
Arlabán, puerto de 16
Arles 85, 209, 304
Armas celtas 138
Armissan 87
Armstrong 57
Aroche, sierra de 5
Arquitectura catalana 313
Arquitectura española 327, 330
Arraiz 15
Arran 120
Arrio 266
Arronches 27, 46
Arruda, conchero de 49
Arse 160
Arte castellano 313
Arte ibérico, ver cerámica ibérica, cultura ibérica, ibérico, arte, ibérica; cultura griega, influencia en el arte ibérico. Investigación del XIII
Arte mobiliario 40
Arte esquemático 79, mapa I; últimas etapas en la Península 96, 113, 114, 338; en los sepulcros megalíticos: 46; en Bretaña e Irlanda: 96; en el eneolítico: 115; ver Arte rupestre
Arte gótico 313
Arte romano 269
Arte románico 313, 329
Arte rupestre 27, 40, 41; franco-cantábrico: 40, 41; expresionista de Levante: 40, 41; africano, etc.: 42, 44, 45, 56, 57, 58; esquemático: 45, 46, 55; transformación en el neo-eneolítico: 61, 62, 113, 114, mapa I
Arte rupestre, investigación XII
Artekosara 88
Artemis, templo de (en Emporion) 201
Artemis, culto de 214
Artemision, cabo 218



- Artemision, guerra de 196: batalla naval de (hacia 493-490): 197, 198, 199, 200, 201, 204, 207, 217, 218, 223, 224, 225, 252
- Artemision (Denia) santuario y colonia griega, fundación en el siglo VI 186, 195, 209, 238, 239
- Artesa de Segre 8, 154
- Artiñano, P. de XVII
- Arunda 126
- "Arx" de Cádiz; ver Isla de San Sebastián
- Asaradón 174, 178
- Aschakar, cueva de 65
- Asclepio (Esculapio) 226, 227, 239, 244, lám. LIII; ver Emporion
- Asclepio, estatua criselefantina en el templo de Asclepio en Epidauro 246
- Asculum 260
- Asdrúbal 161, 238, 242, 257
- Ashmolean Museum (Oxford) XXIII
- Asia 28
- Asia Menor 101, 108, 115, 169, 192, 193, 211, 214, 215
- Asiria 172
- Asno, cueva del 63
- Associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria, Barcelona 60, 110, 111
- Asta (Bajos Pirineos) 165
- Astapa 162
- Astarté 177
- Astorga 17, 18
- Astures 135, 150, 164, 267, 278
- Asturias XVIII, 4, 8, 12, 16, 30, 36, 47, 62, 103, 104, 112, 116, 128, 134, 135, 137, 140, 143, 150, 163, 224, 269, 280, 283, 343,
- Asturias, reino de 278, 282, 307, 324, 327
- Asturias de Santillana 282
- Asturiense 39, 47, 48, 49, 51, 58, 59, 76, 78, 83
- Asurbanipal 174
- Ataide, Alfredo 70, III
- Atalaia, Cova de S', (Santa Margarida) lám. XXXVIII
- Atanasio, fe de 266
- Atapuerca, cueva de 40, 63
- Ataul 276
- Atena 215, 219, 227, 232
- "Atena promachos" 201
- Atenas 226
- Atenas arcaicas 227
- Ateneo 216, 217
- Ateriense 30, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 39, 43, 44, 55, 70
- Atienza 18
- Atlántico 5, 10, 67, 82, 96, 125, 171
- "Atlantis", revista XXIII
- Atlas, montes del 52, 56, 62, 69, 81, 114
- Atlas, personaje mítico 182
- Atiliense 38
- Auch 155, 165
- Auchindoir 120
- Aude, departamento 88, 89, 91, 191
- Aude, río 9, 165, 213
- Augusto 135, 239, 258, 260, 267, 268
- Aulercos Ebuovices 130
- Aulo Gelio 211
- Aumale 170
- Aurinos 152
- Auriñaciense 31, 35, 41, 43
- "Auriñaciense" de Kenya 38, 39
- Auriol, tesoro de monedas 205, 222
- Ausc- 153, 155
- Auscus 155
- Ausetanos 124, 153, 154, 165; en la población medieval: 303, 304
- Ausias March 312
- Ausoceretas 153
- Ausona, condado 303, 306
- Austria 340; Baja: 34



- Austrias, reyes 271, 323, 330, 335, 336
"Authadeia" 162
Autonomía catalana 318, 319
Autonomía municipal 291
Autonomía vasca 298, 324
Autrigones 130, 152, 282, 343
Autura 130
Auxilia ibéricos 259
Auzia (Aumale, Argelia?) 170
Aveiro 17
Averroes 322
Aveyron (departamento) 88, 89, 92
Avezac Prat, necrópolis de 128, 156
Avieno, Rufo Festo 163, 177, 189, 209, 211, 219, 221
Avila 18, 63, 125, 130, 137
Axpea 87
Ayer, necrópolis 156
Ayuntamiento de Madrid XIV
Azaila, ciudad ibérica 159, 244, 260, 268
Azaña, Manuel 336
Azar Baal 254
Azcoitia, "caballeritos" de 298, 329
Aziliense 47, 49
Aznar 276
Aznar, conde 294
- B
- Babilonia 174
Badajoz 17, 81, 127, 139, 204, 205
Badajoz, reino de 319, 320
Badari 71
Baden 98
Badingara 114
Baena 203, 301
Bages, comarca de 11
Bagur, cabo 181
Baigorri 86
Bailén 18
Bajo Aragón. Ver Aragón. Bajo
Bajo Imperio 265
Balaguer, sierra de 11
Balazote 192, 194, 214
Balbos 265
Balcanes 115
Baleares XX; aisladas de la Península en el terciario: 25; cultura de El Argar: 102, 103, 104, 108, 109; cultura de los talaiots: 107, 108, 168, 171; en relación con la colonización griega: 186, 201, 209; cultura indígena prerromana: 245, 256, 288; Edad Media: 306, 310; investigación de los monumentos: XIII; "couvade": 161
Balenkaleku 90, 96
Ballester, J. XIV, XVIII, III, 249, 259
Balma del Garrigó, cueva 89
Balma del Segre, cueva (Vilaplana, prov. Lérida) 65, 101, 102, 103, 113
Balma de Solanells, ver Solanells
Balmori, cueva de 53, 58
Balsio 131
Báltico, 47
Bambata, cultura de. Conexión entre el arte rupestre africano y los estratos mesolíticos 57, 58
Banderías navarras 297
Banolas mandíbula neandertaloide: 30, 51
Barahona, Altos de 18
Barandiarán, J de XIV, XVIII, XXI
Barca d'Alva 137
Barcelona XX, XXII, 30, 84, 88, 89, 154, 204, 240, 241, 248, 260, 262, 263, 266, 275, 276
Ciudad romana, ver Barcino; Barcelona musulmana: 304, 305, 306; reconquista por Ludovico Pío: 304; expedición de Almanzor: 309; caída de Barcelona en 1714: 319
Barcelona, condado de 276, 285, 300, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 316



- Barcelona, wali de 294
Barcelona (Venezuela) 336
Bárcena, la 16
Barcina, cueva de 40
Barcino (Barcelona) 160; monedas ibéricas: 241; ciudad romana: 252
Barcos de Tarshish 169
Bárdenas, Las 7
Baria (Villaricos) 226; ver Villaricos
Bárquidas 158, 242, 244, 255, 257
Barraca del Liadre, sep. megal. 89
Barradas, Folha das, ver Folha das Barradas
Barranc, sep. megal 91
Basella 11
Basileus unctus, Flavius Magnus (título adoptado por Ramiro III de León) 279
Bastetanos 146, 148; en la Andalucía medieval: 319, 320, 322
Bastida de les Alcuses, La (poblado ibérico) 159, 230, 231, 232, 248, 249, 250
Batería española. "Escargotière" de la 70
Batista Roca, J. M. XXI. 111
Batuecas, Las 45, 46, 64
Baume Longue, cueva 87
Baumes Chaudes, grotte des 87
Bayona 15, 127
Baza 20, 194
Baza, sierra de 6
Baztán, valle del 15
Becharra 96, 119, 120
"Beaker folk" 99; ver Vaso campaniforme
Beamonteses 297
Béarn 10, 166
Beasain 15
Beaumont, R. A. XVI, 215, 216, 222, 245, 249, 252
Beazley, R. XXIX, 227, 228, 230, 231, 247
Bédouilles, grotte de 87
Behetrias 327
Beira 4, 45, 58, 63, 64, 78, 150
Beja 148
Béjar 17
Béjar, sierra de 25
Belas, ver Bellas
Belfort, portillo de 123, 340
Belendi (pelendones del sur de Francia) 128, 156
Belgas 109, 128, 129, 130-132, 133, 142, 156, 343, mapas VI, VII
Bélgica 50, 54, 97, 121, 125, 127, 340, 343
Bélgida 66, 69
Belicosidad ibérica 162
Belin 126
Bellas 50, 58, láms. XXV, XXVII
Bello, cabo (cabo Bon) 216, 236; ver Bon, cabo y Kalón Akrotérion
Belmonte (Segeda) necrópolis con cerámica ibérica: 244, 256, lám. LXX
Beloch, J. 176
Belos 131
Belovacos 130, 343
Beloveso 133, 142
Beltrán, P. XX
Benagalbón, lám. XII
Benacantil, monte 216
Benaolán 40, 63
Benavente 17, 18
Benidoleig 37
Benidorm, isla de 195
Beni-Casí 276
Benifallet 41
Beni-merines, ver Merinitas
Bento, colección 53
Beta, conde 306
Berbería 330
Bereberes 73, 117, 160, 274
Beret, Plá de 164
Berenguer Ramón II el Fratricida, conde de Barcelona 285
Berga 11, 89, 153
Berga (Suecia) 121
Bergidum 153



- Bergistanos 124, 153, láminas
LXVIII, LXIX
Beribraces Este de España: 124;
Sudeste de Francia: 156
Berlanga, M. XVI, XVIII
Bermeja, cueva de la 37
Bermeja, sierra 6
Bermudo II de León 239
Bernal Puga, Cipriano 215
Berones mapa V
"Berracos" 128
Berrueco, Cerro del 63, 65
Berthelot 150, 163, 219
Bertoldi, V. XX, 115, 116
Beruela 244
Berwickshire 120
Berzosa, La 4
Besadines, rey de Turba 161
Besalú 11, 124, 153, 154, 344
Besalú condado de 303, 306
Besara (Béziers) 185
Besaya, río 16
Bescarón 91
Beseldunum 124, 154
Betis, río 220
Bethencourt, Juan de 288
Bevan, B. 327, 330
Béziers 185
Biarritz 47
Bibalos 150
Biblia 176
Biblioteca Benjamín Franklin (México) XXIX
Biblos 168, 214
Bibroci 124
"Bicha de Balazote" 192, 214
Bicorp 41
Bielsa, valle de 9, 209
Bierzo 3, 16, 17
Biescas, valle de 9, 299
Bigerriones 155
Bigorra 10, 155, 166
Bigorra, condado de 294
Bigorre 83
Bigum 67, 98, 110
Bilbao XXI, XXIII, 16
Bilbilis (Calatayud) 131, 262
Biskra 42
Bitúriges 127, 128, 133, 342
Bitúriges Vivisci 128
Bizancio 271
Bizantinos 22, 321
Bize, Grotte de 87, 89, 91, 93
Bizerta 170
"Black Thyrsos painter" 227, 231, 247
Blanca, reina de Navarra 297
Blanchet, A. 166
Blandford, 137
Blanes 165
Blázquez, A. XV, XVIII
Bobastro 275, 322
Bobbio, monasterio de 309
Bocairente 65, 111; León ibérico: 193, 203, 214
Boestrup 121
Bohemía 66, 98, 338, 340
Boios 127, 342
Boix, sep. megal. 89
Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba XXIV
Boletín de la Academia de Ciencias de Zaragoza XXIV
Boletín de la Academia de la Historia, Madrid XXIV
Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander XXIX
Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Navarra, Pamplona XXIV
Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense XXIV
Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, Castellon XXIV
Boletín de la Sociedad Española de Excursiones XXIV
Boletim da Sociedade Archeologica Santos Rocha, Figueira XXIV
Bollo, El 17
Boltaña 299
Bon, Cabo 196, 216, 236, 254
Bonaigua, Port o Coll de la 9, 10, 15, 124, 337



- Bonifaccio, Estrecho de 186
Bonninghardt 126, 341, mapa v
Bonsoms, I. XII
Bonsor, J. XIII, 220
Boquique, cueva del 63
Bora Gran d' en Carreres 38, 40
Borbones, dinastía de los 324
Bordes-sur-Lez 156
Bordj-el-Djedid, necrópolis de 254
Borgoña 67
Borja 7, 134, 301
Borjas Blancas, Las 20
Borrell II, conde de Barcelona 308, 309
Bort ver Fou de Bort
Bosch-Gimpera, P. XIV, XVII, XIX, XX, XXIII, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, 24, 59, 93, 109, 110, 111, 112, 114, 115, 118, 120, 121, 122, 139, 141, 143, 163, 164, 165, 166, 175, 176, 177, 179, 180, 208, 209, 210, 212, 213, 214, 218, 219, 220, 221, 222, 246, 247, 249, 250, 251, 252, 253, 255, 256, 267, 268, 269, 327, 329, 331, 336, 344, 350, 351
Bosques, cultura de los 49
Bosquimanos 45, 52, 58
Botet y Sisó, J. XVI
Bouches du Rhône, departamento 85, 191
Bouchier, E. S. XVIII
Boun Marcou, sep. megal. 89
Bounias, grotte 85, 91
Bourges 127
Bous, Cova dels 117
Boyl, P. Bernardo 330
Bouza Brey, F. XVIII, 112
Bracara (Braga), convento de 263
Braganza 17
Bránquidas de Mileto 204
Brañosera 282
Braquicéfalos 52, 74, 75, 76, 111, lám. VIII
Braseros de bronce fenicio-cartagineses 201, 202, 220
Brava, Costa (comarca) 11, 165
Brazaletes de pectúnculo almerienses lám. XIX
Brendel 268
Brenha láms. XXV, XXVII
Brennero, paso del 66
Bretaña francesa 47, 77, 90, 95, 96, 97, 112, 124, 137, 175, 189, 211
Breuil, H. XIII, XIV, 33, 34, 54, 55, 56, 57, 58
Brics 89, láms. XXXV, XXXVI
Británicas, islas 66, 97, 98
Británico, Museo, ver British Museum
British Academy XXVI, XXVII, XXIX
British Museum, Londres XXIII, XXIX, 204, 212
Briviesca, Cortes de 290
Boumort, sierra del 11
Bronce, edad del 73, 91, 92, 98, 101 y sig.: pueblos: 104 y sig., 113, 145, 169; investigación de la: XIII
Bronces andaluces ibéricos en Irlanda e Inglaterra: 137, 142
Bronces griegos 201, 219, lám. LVII
Bronces ibéricos votivos 139, 158, 193, 213, 221, 222, 233
Bronces tartesios votivos en Olimpia 190
Broto, valle de 9, 299
Brunete 18
Brunswick mapa vi
Bruto Callaeco 134, 260
"Bucchero" etrusco 191
Budares, rey de Turba 161
Bufadors, Mont (cueva con cerámica de las urnas) 338
Bujaraloz 20
Bullons, sep. megal 92
Buñol 19, 36
Burdeos 127, 165
Burdeos, desafío de 336



- Burdigala (Burdeos) 165
Bureba, La 8, 16, 130, 296
Burgos 16, 18, 19, 37, 40, 63,
65, 130, 140, 283
Burgos, repoblación de 282
Burguesia romana 258
Burguesia medieval 314, 333, 334
Burguete 15
Burkitt, M. XII, 58
Bursada (Borja) 131
Butlletí Arqueològic de la Societat ar-
queològica Tarragonina XXIV
Butlletí de la Associació catalana d'An-
tropologia, Etnologia i Prehistòria,
Barcelona XXIV
Butlletí del Centre Excursionista de
Catalunya, Barcelona XIV
Butlletí del Centre Excursionista de
Manresa XXIV
Butlletí del Centre Excursionista de
Vich XXIV
Butlletí del Centre de Lectura de Reus
XXIV
Byrsa (Saint Louis), necrópolis de
179, 201, 220, 247, 254
- C
- Caballos, sierra de los 8
Cabana Arqueta, sep. megal. 89
Cabana dels Moros, sep. megal. 87,
91
Cabeço dos Moinhos, sep. megal. 64,
79, lám. XXVI
Cabeza del Buey 18, 139
Cabeza Torrente (Chiprana) poblado
ibero-céltico 347
Cabo, Colonia del 57
Cabra, caverna de 88, 89
Cabra, Pla de II
Cabré, Encarnación 143
Cabré, Juan X, XIV, XVI, XVIII, XIX,
55, 140, 220, 248, 249, 250,
268, 338
Cabrera de Mataró, necrópolis 232,
249, 339
Cacella (Portugal) lám. XXVII
Cáceres 17, 175, 262
Cadí, sierra del 9, 19, 153
Cádiz XXIII, 21, 27, 30, 41, 46,
126, 148, 158, 186, 236, 288,
324; ver Gades; exploración de la
necrópolis fenicia: XVI
Caetra 140
Cagliari 172
Cahors 90
Cala, cueva de la 40
Calabria 188
Calaceite 72, III, 105, 232, 235,
347, 348
Calagurris (en Francia) 165
Calahorra 7, 19, 141, 142
Calamocha 301
Calas Covas (Menorca) 94
Calatayud 19, 131, 262
Calatorao 131
Calcídicos 184, 208
Calcis 184
Califato 23, 262, 274, 275, 276,
277, 279, 319, 322
Calípolis (Tarragona) 185, 209
Calirroe 182
Callaeci, ver Gallaeci
Callais 85, 95, 118
Callander, J. Graham 120
Caloñge 92
Calvo, J XVI, 250
Camarasa 8
Camargo, cueva de 52
Cambó (Francia) 15
Cambridge Ancient History 212,
218, 252, 269
Camos, sierra de 7
Cami Real d'Alacant III
Caminos terrestres del comercio grie-
go de Narbona al Atlántico por
el Garona: 165; de la costa del SE.
de España a las regiones mineras
andaluzas: 193-194; de Ménaca
a Tartessos y a la desembocadura
del Sado en Portugal: 175
Camitas 70, 73
Camp de Chassey 121



- "Campaniense", cerámica, ver Cerámica "campaniense"
- Campeardós, pie de 9
- Campefiel, grotte de 82
- Campeños aragoneses 315
- Campeños catalanes (payeses de remensa), ver Payeses de remensa
- Campión, Arturo XVI, 330
- Campos (Almería), poblado eneolítico 72
- Campos (Mallorca), ver Salines Campos
- Campotéjar 107, 108,
- Camprodón 10, 11, 15
- Camps Cazorta, E. 326
- Can Fatjó, necrópolis, ver Rubí
- Can Pascual, cueva de (Castellví de la Marca) lám. XVI
- Can Sant Vicens, cueva de 88
- Can Xanet (Alicudia, Mallorca) lám. XXXVIII
- Canarias, islas 219, 239, 288
- Canda, puerto de 17
- Candasnos 26
- Candelabro chipriota o urartio de Cerdeña 169
- Canforros. Los pintura rupestre con animales domésticos (caballos?): 46
- Canfranc, valle de 9, 15, 299
- Cangas de Onís 16
- Cangas de Tineo 16
- Canigó, macizo del 10
- Cano, El, ver Elcano
- Cánovas del Castillo, A. 290
- Cántabras, guerras 260
- Cantabria 135, 343
- Cantabria, sierra de 6
- Cantabria, ducado de 293
- Cantábrica, cordillera 3
- Cantábrica, zona 26, 34, 38, 44, 47, 135, 151
- Cántabro-pirenaico, macizo 83
- Cántabros 23, 68, 152, 164, 262, 267, 272, 281
- Cantín, cabo (África) 200
- Canto Pino, cueva de 63
- Cañada, La, sep. megal. 88
- Cañizet (Calaceite), sepulcro eneolítico 72
- Cañete 20
- "Cap d'Estopes", El, ver Ramón Berenguer II
- Capadocia 101
- Capellades 30
- Capetos, dinastía de los 307
- Capmany 62
- Capocorp Vell (Lluçmajor, Mallorca) lám. XXXVII
- Caporos 150
- Capsiense 37-39, 44, 45, lám. II; capsense final: 49-51, 52, 53, 54, 58, 64; neolítico de tradición capsense: 62, 76, 80; pueblos: 44, 45, 49, 50, 51, 146, 147, 152
- Capuchinos catalanes en la Guayana 336
- Carácter ibérico 162
- Caralis (Gagliari) 172
- Caravaca 20, 194
- Carballo, P. L. XIII
- Carcasona 304, 305; ver Carcasso
- Carcasso (Carcasona) 165
- Carchemish 187
- Cardona 153, 306
- Cardoner II
- "Carcnès", vasos 95, 100
- Caria 197
- Cariñena 131
- Cario, fuerte (Mogador) 200
- Carissa 165
- Caristios 130, 152
- Carlitte, pie 9, 10
- Carlitas, guerras 298, 324
- Carlomagno 271, 275, 276, 294, 300, 305, 306, 327, 329
- Carlos III 21, 336
- Carlos V de Alemania y I de España 290, 318, 325, 326, 329, 334
- Carlos V, pretendiente 297
- Carlos de Austria, pretendiente al trono de España 319



- Carlos Martel*, ver *Martel*
Carlos de Viana 297
Carlyle, A. J. 329
Carlyle, R. W. 329
Carmona (Carmona) 162
Carmona 79, 95, 127, 138, 139,
160, 202, 204, 205, 220
Carnac 105
"Carnassiers" 205
Cardial, decoración 65, láms. XV,
XVI
Carniçocas, sepulcros megalíticos das
(Brenha) 79, láms. XXVI,
XXVII
Caro, monte 8
Carol, río 15
Carolíneas, Las 113
Carón de Lampsaco 223, 245
Carpenter, Rhys XIX, 186, 201,
202, 208, 209, 220, 221, 233,
246
Carpitanos 138, 151: en la Es-
paña medieval 319
Carpeto-vetónico, sistema orográfico
164
Carreras Artau, T. XXI
Carreras Candi, F. XXI
Carríazo, J. M. de XVII, XVIII, 221
Cartailhac, Emile XIV, XV, XIX, 51
Cartaná, cueva del 65, 69, lám.
XIV
Cartanyá, ver *Cartaná*
Cartagena 18, 146, 194, 216, 236,
237, 241, 242, 255; estela púni-
ca: 256, 258, 260, 262; ver
Mastia, *Carthago-Nova*
Cartagineses 134, 157, 158, 175,
178, 189, 195, 196, 207, 216,
218, 219, 224, 225, 226, 229,
231, 236, 237, láms. XLII-XLV;
dominios cartagineses en España:
237; inscripciones: 229; hallaz-
gos cartagineses en *Emporion*, ver
Emporion; *íd.*, en estaciones ibéri-
cas: 226, 229, 230, 256, 257,
267, 268
Cartaginense, Hispania 263
Cartago 169, 172, 174, 201, 207,
244; fundación en 814: 170; ha-
llazgos más antiguos (segunda mi-
tad del siglo VII): 172; cronología
de la cerámica cartaginesa: 179;
fundación de *Ebusus* en 654: 173;
establecimientos en *Cerdeña* (*Ca-
ralis*, *Sulcis*, *Tharros*): 172; san-
tuario de *Tanit*: 179; hallazgos
más antiguos de *Ibiza*: 179, 180;
lucha en *Córcega*, alianza etrusca
y desastre griego (*Alalia*, 135):
188; comercio en España y lucha
con los griegos, socorro a *Cádiz*
y guerra de *Artemision*: 195, 196,
197, 216, 217, 218; tratados con
Roma: ver *Tratados cartagineses*:
protección a las colonias fenicias
españolas y límite en las *Columnas*
para la navegación griega: 196,
197, 199, 218, 219; luchas con
los griegos en *Sicilia* (*Himera*,
480): 199; viajes de *Hannón* e
Himilcón: 199, 200; hallazgos
cartagineses en España: 202, 204,
247, 248, 255, ver también *Vi-
llaricos*, *Puig des Molins*, *Cartha-
go-Nova*, *Emporion*; explotacio-
nes en *Africa* y mercado de *Cerne*:
200, 207, 219, 224; luchas en
Sicilia: 225, 235, 236; *Amílcar*
en España: 237, 238; dominación
de los *Bárquidas* y nuevos límites
de la zona griega: 237, 238, 242,
244, 245, 255; los cartagineses y
Roma: 238, 257; hallazgos ibé-
ricos en *Orán* y *Cartago*: 255,
256, 267; ver *Necrópolis cartagi-
nesas*
Cartare, isla de (*Saltés*) 126, 175,
177
Carteia (*Algeciras*) 186, 258
Carthago-Nova (*Cartagena*) funda-
ción por *Amílcar* después de 257
a. de J. C.: 237; época romana:
262



- Cártima 126
Cartografía arqueológica XXVI
Cartografía mallorquina 313
Carton 255
Cary, M. 210, 211, 219, 222, 237, 245, 249, 252
Casa nova de Son Ribes (Pina, Mallorca) lám. XXXVIII
Casablanca, cortijo de 349
Casal del Monte, necrópolis céltica postballstática 39, 139
Casamanya, pic de 9
Casares, cueva de los 40, 55
Casas Ibáñez 139, 342
Cascães, cuevas de 80
Cascajuo, (Alcañiz), poblado ibero-céltico 339, 348
Casco de plata ballstático de Caudete de las Fuentes 140, 143
Cascos griegos 183, 192, 208, 213
Caseras (prov. Tarragona) 348
Caso, Alfonso XXVIII
Caspé 7, 287
Cassibile, fíbula del tipo de 107
Cassino, Monte, ver Monte Cassino
Cassitérides, islas 137, 189, 211, 238
Castejón, montes de 7, 231
Castelho, Serro do, ver Serro do Castelo
Castellano, carácter 325
Castellanos 312
"Castellanos" (Cataluña) 153
Castellans, Els (poblados) 348, lám. LXVI
Castellar, montes del 7
Castellar de Santisteban (santuario ibérico) 139, 161, 193, 201, 204, 207, 214, 233, lám. LVII
Castellet, grotte du (galería cubierta) 85, 91
Castello Branco 17
Castello da Vide lám. XXIX
Castellón, prov. de, paleolítico superior: 366; arte rupestre: 41, 64, 69, 86, 103, 124, 138, 146, 206, 222, 282, 340
Castellón de Ampurias 261
Castellón de Coaña, El, ver Coaña
Castellón de la Plana 7, 19
Castelltort 88
Castellvell de Solsona, El 339
Castellvi de la Marca lám. XVII
Castelo do Queijo 59
Castilla 4, 12, 263, 291, 325, 333
Castilla, condado de 281, 282
Castilla la Nueva 12
Castilla primitiva montañesa 279, 281, 282
Castilla, predominio de 23
Castilla, reino de 280 y sig.: 293, 295, 297, 301, 302, 310, 312, 316, 317, 320, 323, 327, 328, 329, 331, 332, 334, 335, 336
Castillo, cueva del (Puente Viego) 30, 63
Castillo López XV
Castillo Yurrita, A. del XIX, 165, 246, 251, 252
Castro Marim 82, 101
Castros célticos 134, 136, 143, 343
Castros neo-eneolíticos portugueses, ver poblados
Castropol 16
Castrum Album (Alicante) 238
Castrum Caesaris salutariensis 349
Cástulo 161, 162
Cástulo, moneda de 252
Cástulo, vaso de plata 259
Catalana, lengua 303, 308, 351
Catalanes de América 330, 336
Cataluña XXII, XXVII, 8, 9, 10, 11, 12, 14; 21: fauna cuaternaria: 26; paleolítico inferior: 30; paleolítico superior: 36-38, 44; arte paleolítico: 40-41; mesolítico: 45, 48, 51; cultura de las cuevas: 64; vaso campaniforme: 66; cultura de Almería: 68 y sig.: cultura pirenaica: 82 y sig., 95, 104, 109, 119; invasión céltica de la cultura de las urnas: 123, 124,



- 333, 340; época ibérica: 149, 155, 157, 159, 164, 165, 191, 206, 231, 232, 234, 240, 242, 244, 256, 260, 269, 272; Cataluña medieval: 276, 286, 287, 288, 294, 299, 302, 303, y sig., 320, 324, 329, 330, 334, 335, 336
- Cataluña francesa 10
- Cataluña, investigación de XV, XVI
- Cataluña nueva 308
- Cataluña vieja 303, 308
- Católicos, Reyes, ver Reyes Católicos
- Catón el Censor 135, 162, 244, 258, 261, 268
- Cau de les Goges 36
- Caudete de las Fuentes 143
- Caudillaje ibérico 162
- Caudillos ibéricos 160
- Caurel, sierra del 3
- Cave, grotte de la 89
- Cayla (Mailhac) 191, 234, 251
- Cazola, tratado de 310
- Cazurro, Manuel XIV, XV, XVII, 212, 215, 219, 246, 253
- Ceánuri 16
- Cebollera, sierra 3
- Cebreros 18
- Cejador, Julio XX
- Celcianos (cilbicianos) 224
- Celsa (Velilla de Ebro) 262
- Celtas 22, 101, 105; 122 y sig., 145, 146, 148, 149, 150, 151, 154, 155, 159, 163, 164, 165, 166, 204, 206, 209, 212, 223, 272, 338 y sig., 350; primera oleada (urnas): 125-132; movimientos en Europa: 123, 125-128, 130, 132-133, 338, mapas IV-VIII, XI; dominación céltica en la Península: 133-139, 338, mapas IV-VIII, XI; dominación céltica en el sur de Francia: ver Urnas, "Urnenfelder", Hallstättica, Posthallstättica, La Tène; celtas en la formación y en la política de León: 280, 285; id. en Castilla: 283, 285, 286, 288; id. en Aragón: 303
- Celtiberia 68, 151, 159, 164, 240, 247, 256, 268, 343, 350, lám. XL1; ver Numancia.
- Celtibéricas, guerras 257
- Celtiberos 131, 134, 135, 138, 141, 142, 146, 147, 152, 244, 265; del Ebro: 131, 141; en la formación de Aragón: 303, 320
- Céltica, zona 265, 266
- "Céltici" 126
- Cembricum 126
- Cempsos 125, 126, 341, 342, mapa V; en la Edad Media: 319
- Centralización 298, 318, 319, 325
- Centro de Estudios Históricos, Madrid XVII, XIX, XXII
- Centros de investigación XXI, XXII
- Centuriones 265
- Cerámica argárica 102
- ática: 143, 158, 165, 190, 194, 200, 201, 203, 205, 206, 215, 221, 222, 226, 227, 230, 231, 232, 234, lám. LII; en estaciones ibéricas: 226, 230; en Francia: 231, 232
- "campaniense": 231, 250, 252, 345
- calcídica: 190, 212, 213
- cartaginesa: cronología: 179; 202, 237, 242, 248
- céltica posthallstättica: 138, 139
- chipriota: 190, 212
- corintia: 173, 180, 190, 191, 212
- de la cultura de las cuevas, ver Cuevas, cultura de las
- de la Edad del Hierro en Almería: 173
- esmaltada egipcia: 190, 212
- esmaltada griega: 212, 213
- etrusca: 207; ver "bucchero"
- excisa ("Kerbschnitt"): 126, 138,



- 140, 141, 340, lám. XL, mapa V
fenicia: 173
griega: ver ática: 205, 206, 229,
246, 249, 250; en las necró-
polis andaluzas: 143, 230,
231, 232; estilo de Kertch:
143, 227, 231
griega orientalizante: 158, 205,
212
hallstática: 125, 126, lám. XL
helenística: 240, 241, 242, 244,
245
ibérica: ver Cerámica ibérica
italo-corintia: 190, 212, 213
jónica: 158, 165, 190
de La Tène: Ensérune: 253; Em-
porion: 240, 253
neo-eneolítica: ver Cerámica neo-
eneolítica
numantina: 161, lám. LXXI
pintada celtibérica: lám. LXXI
pintada hallstática: 126
pintada ibérica: ver cerámica ibé-
rica
"protocorintia": 190, 191
rodia: 212
del tipo de Marlés: 93
de las urnas: ver Urnas
Cerámica ibérica 134, 143, 152,
153, 161, 166, 205, 233, 237,
242, 245, 249, 251, 255, 256,
258, 260, 344, 345, láms. LVII-
LXIV, LXVI, LXVIII, LXIX: ti-
pos regionales: 233; motivos de
decoración: 234, 235; de Francia:
165; de Cartago: 244, 252; de
Marruecos: 252, 255; influencia
en las necrópolis posthallstáticas
Beruela y Belmonte: 244, 256,
lám. LXX; en Numancia: lám.
LXXI; bajo la romanización: 256
Cerámica neo-eneolítica de la cultu-
ra de las cuevas 63, 64, 71, 75,
80, 181; de la cultura de Alme-
ría: 71, 80, 84, 121; de la cul-
tura portuguesa: 76, 80, 121; de
la cultura pirenaica: 84; ver tam-
bién Vaso campaniforme; africana:
69, 71, 73
Cerdeña, Infantes de la, ver Infantes de
la Cerda
Cerdeña 8, 10, 11, 15, 64, 84,
153, 304, 337
Cerdeña, condado de 303, 304,
306, 309
Cerdeña 66, 85, 86, 94, 99, 100,
103, 106, 107, 108, 109, 113,
116, 117, 118, 168, 169, 172
(hallazgos más antiguos cartagine-
ses en Cerdeña): 188, 189, 195,
196, 207, 214, 236; medieval:
317
Ceretanos 124, 153, 154; en la
Edad Media: 303, 304
Cerne, isla (cerca de Villa Cisneros,
Río de Oro) 200, 219, 224,
245
Cernunnos 161
Cerralbo, Marqués de XIV, XV
Cerro de los Santos (Santuario ibé-
rico) 161, 203, 204, 207,
221, 222, 233, 246
Certosa, La (fíbulas) 138
César Julio 260, 261
Cesaraugusta (Zaragoza) 262
Cesaraugustano, convento 263
Cesareda 39; cuevas de: lám. XXIX
Cesnola, colección 212
Ceuta 199
Cevenas, montes 84, 90
Champaña 127
Chão de Lamas 105
Charente, departamento 84, 90,
128
Charpouat, El (poblado ibérico)
234, 251, 345
Chatelperron, cultura de 32, 33,
39
Chaves 17
Chelense o Abbeviilense 27-28
Cheliff, río 70
Chestre, tesoro de 241, 242



- Childe, V. Gordon* XIX, 77, 93, 113, 117, 118, 119, 120
Chilperico 293
Chiprana (prov. Zaragoza) 347
Chipriotas 168, 169
Chiva 19
Chott-el-Hodna 70
Chotts 70
Chun Castle 137, 142
Ciixares 188
Cicladas 118
Cid Campeador 276, 284, 285, 286, 309, 310, 327, 328, 331
Ciempozuelos 65, 67, 77, 79, 87, lám. XIII-XIV
Cieza 5
Cilbicenos 148, 224
Cimas de Mogadouro 151
Cimbrios 125, 126, 341, mapas V, VIII
Cime (Cumas) 184, 185, 196, 198, 205, 227
Cínca, río 8, 9, 20, 123, 299
Cinetas (Conios) (de Portugal) 150, 152, 223, 224
Cinetas (Conios) (del Rosellón) 155, 156
Cint, El 91
Cintas, P. 255
Cintra 79, lám. XXIX
Ciotat, La 209
Cipsela (La Fonollera?) 185
Circunnavegación de África 187, 188, 210, 225, 232, 233, 245, 252
Cirenaica 183
Cirene 195
Cistas megalíticas: 77, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 92; no megalíticas almerienses: 77, 102; preargáricas portuguesas: 81, lám. XXX; de la cultura ibérica del Bajo Aragón: 347
Cistierna 16
Citarista 209
Ciudad Real 18, 25, 46
Ciudad Rodrigo 4, 17
Ciudades célticas, ver Numancia
Ciudades ibéricas y tartesias 158, 159, 160
Ciudades romanas 261
Ciudades medievales 289, 290, 314
"Ciudadans honrats" 214
"Civitates" célticas 136
Cizico 239
Clachaig 120, 338
Clactoniense 28, 29, 54
Clará (sep. megal.) 88, 91, 92
Clariana 89
Clerc, M. 209, 213
Clyde, río 119
Clima cuaternario: 25 y sig.: mesolítico: 46
Clunia (Coruna del Conde) 264
Cluniacense, convento 263
Cluny, monjes de 289
Coa, río 4, 17
Coaña (castro céltico) 134, 140
Coblenza 127, 342, mapa VI
Cobre 71, 82, 85, 98, 169, 173
Coburgo 133
Coca 257, 265
Cocosates 156
Codonyet (sep. megal.) 91
Cofrentes 129, 139
Cogotas, Las (poblado y necrópolis célticos) 125, 128, 137, 138, 141, 341, 342, mapa V
Cogul (pinturas rupestres) 41, 48, 59, lám. VII
Coimbra 17, 27, 150
Colecciones particulares XXIII
"Coleccionismo", revista XXIV
Colegio de México XXVIII
Coleo de Samos 183, 184, 208
Colina de Juno (necrópolis) 254
Coll de Creus (sep. megal.) 91
Coll del Moro (Gandesa) (poblado) 348
Collada d'Orri (sep. megal.) 87
Collegats, desfiladero de 11
Collet (sep. megal.) 92, 119
Collet de les Forques (sep. megal.) 91



- Collorgues 97
Colombiers (Aude) 241
Colominas, J. XIV, XVI, XIX, 59, 179, 180, 247, 251, 256, 268
Colomines, J., ver Colominas, J.
Colón 177
Colonia 127, 340, 342, mapa VI
Colonias fenicias de España, ver Gades, Malacca, Sexi, Abdera
Colonias griegas, ver Ménaca, Hemeroscopion, Artemision, Emporion, "Leuké Akra", Alonis; destrucción de Ménaca hacia 341: 236; destrucción de las colonias del S. E. excepto Artemision, después de 237 a. de J. C.: 237
Colonias romanas 257, 263
Colonización investigación: XV, XVII; colonización fenicia: 172, 173, 179, 226, ver Gades, Malacca, Sexi, Abdera, Libifénices, Villaricos; colonización cartaginesa: 179, 225, 226, ver Ebusus, Ibiza, Illa, Plana, Puig des Molins, Cuyeram, Cartago-Nova, Cartagena, Akra Leuké, Cartagineses, Baria, Villaricos; colonización focea: 179, 184, 187, 198, ver Focea; id. massaliota: ver Marsella; id. griega: 158, 159, 176, 195, 203, 209, 225, mapa IX; ver Colonias griegas
Colonización española de América 292
Columnas de Heracles 187, 197, 198, 199, 218, 223, 224, 225
Combe Capelle, raza de 52, 60
Comercio eneolítico: 82, 85, 94; del metal: 85, 86, 94, 100, 103, 105, 106, 107, 108, 109; ver Lingotes de cobre; comercio céltico: 142, 143; id. fenicio: 169, 172, 173, 174; id. etrusco: 207; id. cartaginés: 204; id. cartaginés en Marruecos: 196; id. foceo: 212; id. griego: 143, 212, 214, 231, 240, 241, 242, 243, 244, 248, mapa IX; comercio ibérico: 158, 240; id. tartesio en Portugal: 150, 151; romano: 258, 264; catalán en la Edad Media: 314; medieval en general: 333
Comillas, colección XXIII
Comiols, sierra de 9, 11, 154
Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Madrid XIV, XXIII, 53, 58
Commission Internationale de la Préhistoire Méditerranéenne XXV
Comisiones Provinciales de Monumentos XXII
Comminges 10, 155, 165
"Commonwealth" 317
Compañía Catalana de Oriente, Gran 336
Compostela, ver Santiago de Compostela
Conca de Tremp, ver Tremp
Comunidades de Castilla 290
Concanos 152
Concheros 47, 48, 59, 114, lám. IX
Concordia de 1462 315
Condados medievales 269, 303, 333; ver también los respectivos nombres
Condeixa-a-Velha 150
Conéjar, cueva del 63
Confederación catalano-aragonesa 317, 318, 329
Confederación de Estados vascos 295
Confederación de pueblos iberos y tartesios 160
Conferencia de Barcelona de la Prehistoria Mediterránea XXV
Conflent 10, 84, 156
Conflictos de Cataluña con Castilla 329
Congo 56, 57
Congrés international d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques 53, 59
Conimbriga 150, 152



- Conios, ver Cinetas
Coniscos 152
Consejo de ancianos, ibérico 160
Consejo de Ciento de Barcelona 318
Consejo real 298
Consejo de los reinos 292
Consejo superior de investigaciones científicas 54
Constantina 39
Constantinopla 266
Constitución catalana 316
"Constituciones" de Cataluña 316
Consulat de Mar 316
Contenau, G. 176, 247
Contestanos 139, 146, 149
Contrarreforma 333
Conventos jurídicos romanos 263
Coon, C. S. 60, 74, III
Copenhague, museo de 215
Co-principado 295
Corbeil, tratado de 308
Corberas, montes 10, 84
Corbulo (Nantes) 165
Córcega 188, 195, 214
Córdoba 5, 18, 81, 126, 127, 148, 198, 203, 258, 259, 262, 268, 273, 275, 276, 279, 301, 305, 308
Corduba (Córdoba) 262
Corintio, casco 183, ver Cascos griegos
Corinto 212, 227, 235
Cornión, pico de 25
Cornualles 98, 137, 211
Corredor, sepulcros de láms. XXV, XXVII, XXX
Corregidores 291
Correia, Vergilio XVIII
Cortes 289, 290, 291, 331, 329
Cortes de Cádiz 324
Cortes de Castilla 288, 328, 332
Cortes catalanas 316, 317, 318, 330
Cortes conjuntas de los reinos de la Confederación Catalano-aragonesa 312
Cortés y López, A. XVI
Cortijo del Alamo 203
Cortijo de Casablanca, ver Casablanca
Coruña, La 17
Cossetanos 147: en la Edad Media 303
Cossyra (Pantellaria) 170
Costa, Joaquín XXI
Costa, Marqués da XIV
Costa de Oro 176, 219
Costitx, santuario indígena 245
Costumbres primitivas XXI
Coto de Doña Ana 186, 210
Couriac (sep. megal.) 92
Cousserans 10, 155, 166
"Couvade" 161
Cova Freda (Montserrat) lám. XV
Cova Gran (Montserrat) lám. XV
Covadonga 274, 277, 327: batalla de: 349
Covalta 36
Craig 120
Cranves (sep. megal.) 86, 89, 91
Creso, rey de Lidia 188
Creswelliense 38
Creta 100, 106
Cretas (o Cretes) 41, 348
Cretes, ver Cretas
Cretenses 208
Creus, cabo de 10, 185, 194
Crimea 34, 38
Crimiso, batalla del (341 a. de J. C.) 218, 225, 235, 236, 252
Crisaor 182, 241
Cristianismo 255, 266
Cristina, hija del Cid 286
Cro-Magnon, raza de 52
Cromiussa (Mallorca) 186
Crouzade, grotte de la 50, 51, 89
Cruilles (sep. megal.) 89
Cruz del Negro (necrópolis tartesia) 205
Cruzada, espíritu de 289
Cucalón, sierra de 7, 19, 131
Cuenca 20, 129, 259, 287, 301, 310, 343



- Cuenca, serranía de 4, 5, 7, 41, 63
Cuenca de Tremp, ver Tremp
Cuerdas, decoración de 86, 97
Cueto de la Mina, cueva del 36
lám. IX
Cuevas, cultura de las 52, 58, 62,
y sig.: 68, 70, 71, 76, 80, 103,
104, 109, 151, 153, 154, 155,
164, 350; láms. XI-XII, XV-XVII;
en Francia: 87; tipo antropológi-
co: 74
Cuevas artificiales, ver Grutas artifi-
ciales
Cuevas, investigación XVII: paleo-
líticas: 35, 36, 37, 38, 39, 41, 43,
53, 54, 55; mesolíticas: 46,
47, 48, 49, 50, 51, 58, 59; con
material de la cultura de las cue-
vas neo-eneolíticas: 88, 89. Ver
cultura de las cuevas; con material
pirenaico: 88, 89; con material
de la cultura de las urnas: 338,
339
Cuevas de Vera 30, 194
Cuevillas, Florentino XVIII
Culbin Sands 120
Culcas, rey de Carmo (Carmona)
160, 162
Cultura carolingia 304, 307
Cultura castellana 323
Cultura catalana 304, 307, 308,
309, 310
Cultura gallega 327, 328
Cultura ibérica, ver Ibérica, cultura
Cultura del pueblo español 324
Cultura romano-cristiana 307
Cultura visigótica 322
Cumas, ver Cime
Cúpulas, falsas 72, 77, 79, 94, 96,
97, 99, 100, 119, láms. XXX,
XXXII
Curtius, L 268
Cuyeram, cueva des (Ibiza) (san-
tuario cartaginés) 242, 247;
pebeteros: 254
Cuzoul, Le 50
- D
Dagoberto 293
Dalmacia 116
Dalmau 313
"Dama de Elche", La 233, 245,
lám. LVI
Dámaso San 266
Danubio 66, 67, 132
Dar-el-Mourali, necrópolis 247,
254
Dario I de Persia 217, 225
Daroca 19, 131
Das 83
Debata del Realengo (sep. megal.)
90
Decadencia española 323
Déchelette, J. XIX, 93, 142
Decreto de Nueva Planta 324, 331
Deitanos 146, 148
Délattre, P. 179, 220, 247, 254
Delfos 198, 236, 252; exvotos:
león de bronce (Artemision): 218,
252; Apolo de bronce (Crimiso):
218, 252
Demanda, sierra de la 3, 7
Deméter 240, 253
Democracia 298; aragonesa: 290;
catalana: 289, 290; castellana:
289, 290, 329; ibérica: 160; mu-
nicipal: 289, 292; nobiliaria ara-
gonesa: 302; vasca: 295, 329
Denia 186, 195, 197, 209, 210,
238, 261
Denia, reino de 319, 320
Déonna, W. 211, 214
Depósito de bronce de Huelva 107
Derecho primitivo: XXI; cartesio:
161; latino: 260; catalán: 314;
de Indias: 336; internacional: 329
Descubrimiento de América 291
Dermech, necrópolis 179, 247
Despeñaperros, desfiladero de 5, 18
Despeñaperros, santuario ibérico 139,
161, 204, 207, 222, 233, 250
Despotismo real 289, 290, 291,
314



- Destitución de reyes Juan II: 318;
Felipe IV: 318
Deverel 340, mapa V
Devil's Tower, cueva de 30 (cráneo
neandertaloide y yacimiento mus-
teriense)
Diademas de metal argáricas 102
Diadema de oro hallstática de Riva-
deo 143
Diana, Mina, ver Mina Diana
Dianium (Denia) 209, 238, 261
Dicearco 237
Diego Almondáez 282
Diego Rodríguez 282
"Diekplus" 197
Diersford 340
Dinamarca 66, 67, 96, 98
Diócesis episcopales 269
Dionisio de Focea 218
Dionisio el Antiguo 225, 235
Dionisio el Joven 235
Diodoro 168, 169, 174, 179, 187,
188, 207, 222
Diputación provincial de Barcelona
XVII
Diputación provincial de Valencia
XIV, XVIII, XXIII
Diputaciones vascas XIV, XVIII
Discordias de los nobles 332
Djebel Ouenat 58
Dioses célticos 161
Divisiones tribales 269
Divisiones romanas de España 262,
263
Dixon, P. XXVI, 166, 180, 204,
208, 214, 221, 233, 249, 250,
251
Djemaa 160
Dólmenes 77
Dominio romano 293
Dominio germánico 272
"Don Lope de Sosa", Jaén XXII
Doña Trinidad, cueva de 40
Dordoña 40
Dorieo 195
Dorset 137
Douñés, necrópolis de 179, 247,
254
Douro, provincia 58
Draa, oued 200, 344
Dracmas de Emporion 241, 247,
253
"Draconi" 150
Dragani 150
Drapier, L. 247
Dublin 120
Ducati, P. 222
Duero 3, 4, 17, 18, 65, 103, 125,
129, 130, 131, 137, 148, 279,
280, 283, 284, 285,
—dunum, subfijo céltico 124
Durán y Sampere, Agustín XIV,
XVII, 251
Düsseldorf 126, 127
Düstrup, cultura de 342, mapa V
Duumviri 265
- E
- Ebert, M.* XXV, 112, 115, 121,
210, 249, 252, 267,
Eblo, conde 294
Ebro 2, 3, 4, 6, 7, 8, 11, 12, 14,
16, 19, 20, 23, 41, 68, 103,
104, 123, 125, 130, 131, 135,
140, 141, 142, 143, 146, 147,
151, 152, 159, 162, 185, 238,
244, 252, 256, 268, 276, 285,
293, 294, 297, 298, 299, 305,
320, 341
Ebro, tratado del 238, 252
Ebro, paso en Alfaro 141
Ebura (Evora) 127, 262
Eburonitium 129
Eburones 125, 127, 129, 130,
339, 341, 342, 343, mapas V,
VI, VIII
Ebuovices 130, ver Aulercos Ebu-
rovices
Ebusus (Ibiza) colonia de Cartago
fundación en 654: 173; monedas:
244



- Echauri 64
Echegarate, puerto de 15
Economía neo-eneolítica: 61, 64, 68, 72, 80, 84, 85, 94, 95, 98; céltica: 136; ibérica: 158, 256; romana: 258, 262, 264; medieval: 313, 333, 334; castellana: 291; en el siglo XVIII: 298
Edad de plata de la literatura romana 265
Edcon 160
Edtanos 146, 147, 149, 160, lám. LVII; en la formación de Aragón: 299; en la de Valencia: 319
Edimburgo 120
Edimburgo, universidad de XXVIII
Efeso 214
Eforo 163, 224
Ega, río 7
Egea de los Caballeros 142
Egea, influencia en Occidente 100, 101, 105, 106, 172
Egeo 62, 95, 99, 100, 101, 105, 118, 181, 225
Egítóna 275
Egipcios 174, 214; ver Thalassocracía egipcia
Egipto 33, 38, 57, 71, 81, 95, 105, 174, 175, 183, 186, 187, 210, 211
Eguten, E. de XII, XVI
Eifel-Hunsrück, cultura del 127, 128, 132, 342, mapa VI
Einhardo 329
Eivissa ver Ibiza
Eiximenis, Francisco de 317
Eje, sierra del 3
El Cano, ver Elcano
El Gárcel, ver Gárcel, El
El Kram, sepulcros de 255
El Molar, ver Molar, El
Elba, río 340
Elba, estuario del 236
Elbestios o elbisinos 198; ver Olbisios
Elcano, Juan Sebastián 296
Elche 146, 194, 201, 203, 205, 207; ver "Dama de Elche": 234, 255, 262, 268, 344, 345
Eleia o Elea (Velia) 188
Eliberris (Auch) 165
Elilibirge (Iliturgi?, cerca de Córdoba) 198
Elimios 171
Elísha 170
Elisices 155, 185, 191
Elizondo, puerto de 15, 22
Elmenteita, cultura de 57
Elna 165
Elosain 276, 305
Elvas 17
Emerita Augusta (Mérida) 262
Emires 274, 275
Emperador castellano 287
Emperadores españoles en Roma 265
"Emperadores" leoneses (desde Alfonso III) 279, 328
"Emporia" de las Sirtes 195, 216
Emporiae 261
Emporion (colonia massaliota) excavación: XVI, XVII, XIX: 157, 159, 185, 190, 191, 192, 201, 203, 205, 206, 212, 213, 219, 222, 234, 239
Paleópolis: fundación hacia 570-560 y cerámica griega del segundo tercio del siglo VI: 190, 191, 192, 194, 200, 212; (friso arcaico con esfinges): 203, 215, 221, lám. XLVI
Neópolis: 190, 191, 200, 201, 211, 214, 246, 253, 355, 356; topografía: lám. XLVI; fundación poco después de 535: 194; estratigrafía: 212, 214, 215, 226, 227, 246, 253, 346; templo de Asclepio: 226, 227, 239, 246; otros templos: 253; *buleuterion*: 227, 239; ágora: 240; edificio para la administración: 240; casas: 240; plano y eta-



- pas: láms. XLIII-LI; plano hipodámico: 239, láminas XLVIII, L, LI; urbanización: 252; cerámica ática: 194, 200, 215, 219, 226, 246, 247, lám. LII; cerámica helenística: 240; escultura griega: 201, 226, 227, lám. LIII (Asclepio), 240 (Afrodita del estilo de Escopas), 240, lám. LIV (torso praxitelico), lám. LV (cabecita); pebeteros: 240 y lám. LV; tierras cocidas: 227; hallazgos cartagineses: 240, 241, 248; hallazgos etruscos: 206, 222, 241, 253; cerámica y espadas de La Téne: 240, 253; comercio y exportaciones: 240, 241; ciudad indígena vecina: 240, 261; necrópolis: 201, 212, 219, 226; cerámica ibérica: 205, 234, lám. LIX; bronce griegos: 200, 219; monedas: 206, 213, 222, 227, 228; dracmas: 241, 247, 253
- romana: 261, 269; fusión con la ciudad indígena: 261; ágora: 261; templos: 261; templo de Serapis: 261; basilica-mercado: 261; casas: 261; mosaicos: 261; barrio cristiano y basilica: 261; visigodos: 261
- medieval: invasión árabe: 304; incursiones normandas y destrucción: 261; marca carolingia marítima: 261; condado de Ampurias: 261, 308; supervivencia: 261
- Encomendación 327
- Eneolítico, ver Neo-eneolítico y capítulo III
- Engel, A xv, 220, 221
- Enguera, sierra de 19
- Enrique II de Trastámara 288
- Enrique III el Doliente 288
- Enrique IV el Impotente 288
- Enrique el Navegante 312
- Enseñanza de la Prehistoria XXIII
- Ensérune 228, 230, 232, 234, 240, 241, 249, 251, 253, 256
- Entella 171
- Entrambas Mestas 16
- Entre Douro y Minho, provincia 58, 63
- Envalira, puerto de 15
- Eolitos 27
- Epiauriniense-grimaldiano 42
- Epidauro, templo de Asclepio en 246
- Epipaleolítico 47
- Episcopales, demarcaciones 262
- Epoca romana, investigación de la XVIII
- Epona 161
- Epora 126
- Equites 265
- Er-Yoh 47
- Eratóstenes 236
- Eretria 184
- Erginos, ver Aristófanes-Erginos
- Eridanos, río (Ródano) 185
- Eritia, hija de Gerón 182
- Eritia, isla 177, 186
- Eriñá 64
- Erteboelle 50
- Ervilha 59
- Eryx 171
- Esbaikiense 29, 30, 31, 32, 43, 70, lám. II
- Escadas, puerto de las 16
- Escaliers, grotte des 91
- Escandinavia 96, 336
- Escarabeo egipcio de Psamético I ver Alcacer do Sal
- Escarabeos fenicio-cartagineses 191
- Escarchada, sierra 9
- Escargotières 70, 75
- Escargots, cimetière des 75
- Escilax, Pseudo, ver Pseudo Escilax
- Escipión 257



- Escipión, campamentos de XVI
Esclavos en la época romana 258, 264
Esclavitud bajo los musulmanes 277
Escocia 96, 99, 119, 120, 121, 236
Escodines Altos (Mazaleón) (poblado) 339, 347, lám. LXV
Escodines Baixos (Mazaleón) (poblado) 123, 339, 347, lám. LXV
Escolástica 290
Escopas, ver *Scopas*
Escornalbou, cueva de 65, 69
Escritura ibérica: 235; ibero-tartesia: 159; jónica: 159
Escudo, puerto del 16
Escudos de La Tène 203, 243
Escuela Nacional de Antropología, México XXVIII
Escultura 220, 232, 250
griega: 201, ver *Emporion*
etrusca: 222
ibérica y tartesia: 158, 161, 192, 193, 194, 201, 202, 203, 204, 221, 232, 345, láms. LVI, LVII, ver *Bronces ibéricos*
Escultura catalana medieval 313
Esora, valle del 300
Esfinges 203, 214
Esla, río 137
Espadas de bronce 102
Espadas de La Tène en *Emporion*: 240; en la cultura posthallstättica: 132
España, ver el índice general
Citerior: 178
romana: ver *Romanización*
reyes de España: 335
España moderna: 236 y sig.
concepto de: 325, 326, 335, 336
Española, La 336
Española, La (Santo Domingo) 330
Espejos de bronce etruscos 241
Espelette 15
Espinosa de los Monteros 16
Espluga Negra, cueva 88
Espolla 89, 91
Espuña, sierra 6
Española 91
Estácio da Veiga XV, XIX
Estancias, sierra de las 6
Estany, L' 88
Estaño 109, 128, 143, 174, 175, 176, 211, 212
Estatuas votivas 161
Esteban de Bizancio 215
Estrella 7
Estერი 83
Esteve, F. XVII
Estilo del Palacio (Creta) 106
Estrabón 142, 147, 170, 177, 208, 209, 212, 238
Estrada La 89
Estrela, serra da, ver *Estrella*, sierra de
Estrella, sierra de 3, 4, 17, 25, 58, 63, 78, 150, 350
Estremoz 17
Estria (Portugal) lám. XXIX
Estudio cartigráfico de la Prehistoria, ver *Cartografía*
Eteria 267
Etmaneos 148
Etnografía XXI
Etruria 169
Etruscos, tumbas 169
Etruscos 109, 168, 182, 191, 195, 196, 199, 214: supuesta colonización en España: 206, 207, 220, 223; hallazgos etruscos en España: 206, 207, 222
Euctemón de Amfipolis 199, 219, 223, 225
Eudes, duque 275
Eudes, conde 304
Eudoxo de Cizico 239
Eure, río 130, 343
Europa, picos de 25
Eusebio 168, 169, 174, 187, 188
Euskeidunes 294
Eutimenes 189, 211, 219



- Euzc- 153, 155
Euzcadi 293, 294, 297, 298, 329
Euzkera, lengua XX, 83, 116, 296
Euzko-folklore XXI
Evaineto, monedas siracusanas de
226, 228, 246
Evora 17, 58, 127, 129, 262
Exequias 191
Expansión mediterránea de Cataluña
329
Exploración geográfica de la Antigüedad
210, 222, 224, 234, 239,
240
Extremadura española XVI, 5, 12,
17, 18, 30, 46, 63, 81, 126,
128, 134, 137, 138, 148, 151,
164, 204, 274, 287, 319, 321,
342, 343
Ezequiel 174, 176, 180
Ezion-Geber 176
- F
- Fabara 48, 59, 125, 347
Falaise, grotte de la 89
Falcata 138, 143, 233
Falses 36, 37, 48, 337
Farina, cabo 196, 216
Fauna cuaternaria 26, 27, 28
Fairesmith, cultura de 56
Fayón 7, 8, 48, 59
Fayum 71
Federación, Fiesta de la 324
Feliciani, N. XVIII, 255, 256, 267
Felipe I, el Hermoso 335
Felipe II 281, 303, 318, 324,
325, 329, 334
Felipe III 318
Felipe IV 281, 318, 324, 326
Felipe V 319, 331
Felix de Urgel 307
Fenicia 167, 174, 338
Fenicia, thalassocracia 168
Fenicios 22, 109, 145, 167 y sig.,
182, 196, 200
Fenouillet 10
Fernán González 282, 283
Fernández Guerra, Aureliano XVI
XVIII
Fernández de Oviedo 330
Fernando I, el de Antequera, rey de
Aragón 288
Fernando I de Castilla 283, 296,
320, 328
Fernando III, el Santo 287, 288
310, 328
Fernando IV, el Emplazado 288,
311, 328, 331
Fernando el Católico, V de Castilla,
II de Cataluña-Aragón 21, 297,
315, 318, 324, 329, 334, 335
Fernando VI, rey de España 336
Fernando de Mallorca, Infante 336
Fernando Ansúez 282
Ferrandis, J. XIV, 253, 326
Ferrer Bassa 313
Fevilles (sep. megal.) 91
Fezzan 45
Fibulas de bronce de tipo sicúlico
107
Fibulas hallstáticas 139
Fibulas de La Certosa 138
Fibulas de la Tène 132, 240
Fibulas posthallstáticas españolas en
Bretaña 137
Fidias 226
Figueira da Foz XXIII, 64, 76, 78,
80, 138, 143
Figueras 234
Filabres, sierra de los 6
Filisteos 107, 168
Finistère (departamento) 47
Fito, P. Fidel XVII
Fitero 282
Flamencos. (ministros de Carlos V)
290
Flandes 292
Flora nórdica cuaternaria 26
Flórez, P. Enrique XVI
Florián, R. XVIII
Fluviá, río II, 190
Focca, exploración del Occidente del
Mediterráneo desde Cime 183,



- 184; fundación de Marsella: 184; el sur de España: 186, 209; relaciones con Argantonio y reconstrucción del muro de Focea amenazada por Ciaxares entre 591 y 585: 187, 188, 211; thalassocracia; ver thalassocracia focea: arqueología de su tiempo: 192, 193, 194; destrucción por Ciro y emigración a Córcega: 188, 220; Alalia y las nuevas fundaciones en España: 192, 194, 195, 214, 215, 248
- Focea, colonización 157; ver Focea y Foceos
- Foceos 174, 181, 182, 185, 186, 187, 191; primeros viajes y fundaciones en el SE. de España: 187, 188; pleno desarrollo de la thalassocracia: 188, 189, 190, 191, 192; arqueología: 192, 194, 208, 209, 210, 214
- Foix 10, 166
- Foix, condado de 155
- Foix, río II
- Folgaroles 88
- Folha das Barradas (galería cubierta) 79, lám. XXVIII
- Folklore español XXI, XXII
- Folklore portugués XXII
- Fonda, Cueva 65, 66, 69
- Fonollera, La 185
- Fonsagrada 16
- Font Robert 32
- Font y Sagué, N. XV
- Fonte da Rotura, "castro" de 79
- Fontenay-le-Marmion 97
- Fontes, J. XIV
- Fontes Hispaniae antiquae (ed. Shulten-Bosch-Pericot) XX, XXVI, 176, 180, 208, 209, 216, 217, 218, 219, 245, 252
- Fontscaldes (horno de cerámica ibérica) 240, 253
- Forat del Pany, cueva, ver Pany
- Forbes Quarry (Gibraltar) cráneo neandertaloide 30
- Forde C. Daryll XIX, 77, 93, 94, 95, 97, 113, 118, 122
- Foric, Cueva del 65
- Formentera, isla 186
- Forsander, J. E. 121
- Fotheringham, S. 170
- Fortificaciones almerienses 68, 69; portuguesas eneolíticas ("castros") 79; argóricas 102; "castros" célticos de la edad del hierro, ver Castros, hallstáticas y de La Tène en Alemania: 142; ibéricas: láms. LXV, LXVI, LXVII, LXVIII, LXIX
- Fou de Bort, cueva de la, neo-eneolítico 64; vasos de la cultura de las urnas: 338
- Fougères, G. 177, 208, 209, 210
- Foz do Cavado Gandra 59
- Fraga 20
- Franca, intervención en la Reconquista, ver Francos
- Francia 4, 9, 26, 28, 29, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 40, 43, 44, 49, 51, 54, 62, 66, 67, 75; cultura pirenaica francesa: 84, y sig.; en relación con el neo-eneolítico, etc.: 95, 96, 97, 98, 104, 110, 116, 119; con los movimientos célticos: 123, 125, 127, 128, 130, 132, 133, 137, 340, 341, 342, 343; colonización griega: 184, 186, 189, 190; cultura ibérica: 191, 192, 206, 207, 220, 221, 228, 256; Edad Media: 300, 334, 335
- Francia medieval 307
- Francia revolucionaria 324
- Francia, sierra de 3, 274
- Franco-cantábrica, cultura y pueblo de la 37, 82, 83, 152, 155
- Franco-cantábrico, arte 40, 41
- Francolí, río II
- Francos 261, 293, 294, 300, 305, 306, 308, 314
- Frank, Waldo 24
- Frankowski, E. XXI



- Frantz, J.* XVIII
Frasno, puerto del 19
Freda, Cova, ver Cova Freda
Fregenal de la Sierra 17
Freixo, dolmen do 58
Frickenhaus, A. 212, 219, 246
247
Frigios 168
Frisia 163
Fritzlar 121
Frobenius, L. 56, 112, 114, 176,
219
"Frontera superior" 276, 298,
301, 305
Fuente Alamo 102, 105, 122
Fuente de Cantos 17
Fuente Lobo (Almería) 71, lám.
XVII
Fuente Vermeja (Almería) 101,
102
Furgus, P. XVI
Furninha, cueva 63
Fuero Juzgo 282
Fueros aragoneses 203, 218
Fueros vascos 298
"Fürstengräber" 127
Furtwaengler, A. 246
- G
- Gabbio, río* 116
Gabelentz XX
Gabinet numismático de Catalunya
213, 222, 247, 253
Gadir (colonia fenicia), ver Gades
Gades o Gadir (colonia fenicia) Su-
puesta fundación hacia 1100: 167,
168; probable fundación hacia el
último tercio del siglo IX: 170,
171; topografía: 170, 171, 177,
178; luchas con Gerión y los tar-
tesios en el siglo IX-VIII: 171;
restos del comercio fenicio de Ga-
des del siglo VII: 174, 175, 180;
ataque de los tartesios hacia 500
y ayuda cartaginesa: 196, 197,
200, 216, 217; necrópolis: 202,
206, 226, 228, 229, 247; via-
jes de Hannón e Himilcón: 199,
200, 219; sarcófago antropoide:
228, 247; templos, ver templos
de Gades; viajes de las Cassitérides
y de África: 238; viaje de Piteas
de Marsella: 236, 237; nuevos
ataques tartesios y desembarco de
Amilcar en 237: 237; viajes al-
rededor de África hasta Somalilan-
dia y Arabia: 238, 239; Eudo-
xo le Cízico: 239; monedas:
252; época romana: 262, 265
Gaditanos 178, 216
Gaesum 154
Gafsa 38, 42
Galeico-leonesas, montañas 25
Galaicos 280; ver *Gallaeci*
Galera (necrópolis bastetana) 158,
194, 201, 202, 203, 204, 205,
220, 230, 231, 248, 255, 346
Galerías cubiertas 85, 87, 88, 89,
90, 91, 117, 121, láms. XXVII,
XXVIII, XXIX
Gales, país de 96, 98
Galia 166, 269
Galicia XVI, XIX, XX, 3, 4, 12,
13, 14, 16, 30, 47, 58, 66, 76,
96, 105, 106, 112, 128, 134,
135, 136, 137, 145, 150, 161,
213, 260, 263, 264, 266, 272,
280, 281, 290, 302, 309, 321,
343
Galicia, reino de 280
Galíndez, J. de 329
Galindo, C. 327, 331
Gallaeci 262
Gallas 73
Gallega, cultura 269, 281
Gállego, río 7, 8, 131, 141, 299
"Galli" 141
Gallur 131, 141
Ganadería 291
Ganda 115
Gándaras de Budiño, mámoa 112
Gandesa 8, 12, 310, 348
Gandesa, comarca de 11



- Gandia 34, 36, 37, 40, 43
Gandía, E. XVII, 212, 215, 219, 246, 253
Gárcel, El 69, 73, 118, lám. XIX
García Bellido, A. XXVII, XIX, XXV, 53, 55, 56, 140, 141, 142, 201, 206, 207, 208, 209, 214, 220, 221, 222, 244, 246, 252, 253, 255, 256, 268, 345, 346
García Aznar 276
García Gómez, E. 331
García Máynez, Lic. XXIX
García Ramírez, rey de Navarra 301
Gard, departamento del 87, 97, 99, 91
Gardon, valle del 87
Gargoris 182
Garona, río 9, 10, 84, 90, 95, 155, 156, 165, 293
Garrod, D. 32, 39, 55
Garrovillas 128
Garumni 156
Gascuña 166, 293
Gata, cabo de 6
Gata, sierra de 3, 4, 13, 63, 65, 128, 151, 274, 337
Gaudó (isla de Gozzo) 170
Gaukler, P. 179, 247, 254, 255
Gava 115
Gavarnie 9, 10
Gavarras, montes 91, 153, 165
Gave de Pau, río 116
Gayà, río 11
Gelmírez, arzobispo 281
Generalidad de Cataluña XVII, XXII, 315, 316, 318
Genil, río 6, 21, 146
Geografía 1 y sig.: en el paleolítico: 25, 26
"Geografía general de España" (editorial Martín) XXI
Ger (necrópolis) 128
Ger, pico de 9
Gerberto (Papa Silvestre II) 309
Gerón, ver Gerón
Germana de Foix 335
Germani 126, 133, 341, 342; mapas VI, VII, VIII
Germanias de Valencia y de Mallorca 318
Germánicas, incursiones del siglo III de nuestra era 261
Germanos 23, 125, 126, 129, 130, 139, 140, 142, 340, 341, 343, mapas VI, VII, VIII; reinos de los: 326; ver Cempsos, cimbrios, eburones, pemanos.
Gerón o Gerión (rey de los tartesios) 171, 172, 178, 182, 216; lucha con los fenicios: 171, 178, 182, 216
Gerona, ciudad romana, ver Gerunda
Gerona, condado de 303, 306
Gerona, llano de 11
Gerona medieval 304; reconquista por Ludovico Pio: 306
Gerona, museo de XXIII
Gerona, provincia de 25, 36, 62, 88, 89, 91, 92, 121, 153, 222, 241
Gerunda (Gerona) 262
Gerundia, La (poblado) 71
Gesatas 154, mapa VIII
Gessera, La (Caseras) (poblado ibérico) 234, 348, lám. LXV
Gibraltar 6, 51, 63, 288, 314
Gibraltar, estrecho de 2, 22; vicisitudes en el terciario y cuaternario: 25-26; 28, 29, 30, 54, 188, 198, 199, 223, 234, 237
Gibrella (necrópolis de urnas) 124, 339
Gigüela, río 5
Gigurros 150
Gijón 128
Gil, Pedro XV
Giménez Soler, A. 24, 329, 330, 331, 335
Gimnetas 146, 149
Ginzo de Limia 17
"Giottista" de Sevilla, escuela de pintura 313
Girona 128



- Gistain, valle de 9, 219
Glaciarismo 25, 26
Glenluce Sands 120
Gletes o Ileates 147, 148, 224
Glotz, G. 177, 208, 209, 210
Gobert, E. G. 255
Gobierno autónomo de Cataluña. ver Generalidad de Cataluña
Godos 267, 275
Godoy, Manuel 298
Goldscheider, L. 222
Gómez Moreno, Manuel XVII, XX, 93, 142
Góngora, Manuel de XV, XIX
González Palencia, I. 327, 331
González Simancas, M. 221, 236, 268
Gonzalo Fernández 283
Gordon, Prof. XXIX
Gormaz (necrópolis posthallstática celtibérica) 256
Gorostiarán (sep. megal.) 90
Gotia, ver Marca de Gotia
Götze, A. 142
Gouraya, necrópolis de 247, 255
Gozzo 170
Grabados rupestres esquemáticos 388, mapa I; ver también Arte esquemático
Grafitos ibéricos 159, 232, 259
Gramat 50
Gran, Cova. ver Cova Gran
Gran Bretaña 67, 77, 99, 189, 236
Granada XXI, 20, 21, 23, 30, 37, 81, 107, 146, 173, 192, 194, 201, 203, 213, 230, 301
Granada (introducida por los cartagineses y representada en la cerámica de Liria) 143
Granada, guerra de 288
Granada, reino de 311, 319, 322, 328
Grandes de España 332
Granjuela, La 259
Grao de Castellón 64
Gravette, cultura de La 32, 36, 37, 38, 43, 50
Gravlev 121
Gredos, sierra de 3, 13, 18, 25, 63, 65, 128, 151
Grecia 181, 195, 218, 235
Griega, influencia en el arte ibérico 192, 193, 200, 202, 203, 204, 205, 221, 230, 233
Griegos 22, 149, 157, 158, 169, 173, 179, 181, 182, 191, 195, 196, 197, 198, 200, 209, 210, 211, 212, 224, 225, 229, 235; colonias: ver Colonización griega. Colonización focea. Colonización massaliota: cultura: 158, 257; arte: 158
Grimaldiense 38, 42
Gross Bornholt 66, 98
Gruissan 89
Grutas artificiales 85, 94, 99; helénístico - romanas de Mallorca: 245
"Grypomachia de Oxford", pintor de la 231
Gsell, St. 172, 178, 179, 247, 255
Guadalajara XVIII, 18, 19, 37, 40, 41, 43, 134, 135, 147, 148, 151, 158
Guadalaviar, río 7, 20
Guadalquivir, río 2, 5, 6, 12, 18, 21, 22, 64, 65, 127, 175, 186, 210, 224, 287, 320, 348, 349
Guadalete, río hallazgo de un casco corintio: 183, 208, 210; batalla del: 348, 349. ver Cortijo de Casablanca
Guadalupe, sierra de 5, 17
Guadarrama, sierra del 3, 18, 25, 63, 65
Guadiana, río 2, 5, 12, 17, 28, 65, 321
Guadiato, río 18
Guadibeca (región de la laguna de la Janda) localización de la ba-



- talla del Guadalete: 274, 348, 349, ver Guadalete
Guadix 20, 81, 194, 301
Guarbés, Juan Cristóbal de 317
Guara, sierra de 7, 8, 9, 64, 299
Guardafu, cabo 239
Guardia, La (sep. megal.) 92
Guasconia 293
Guayana 336
Gúdar, sierra de 7
Gudiol, J. XVII, 253, 330
Guernica, árbol de 295
Guerra de Artemisión, ver Artemisión, guerra de
Guerra napoleónica 21
Guerra persa, segunda 218
Guerra de sucesión 21, 319
Guerras púnicas, ver Púnicas, guerras
Guichot, S. XXI
Guillermo, San (marqués de Tolosa) 306
Guimarães XXIII
Guinea 56, 176, 177, 219, 225
Guipúzcoa 4, 90, 295, 296, 297
Guipuzcoanos 296
Guissona 123, 339
Gumba, cultura de 57
Günz (primer período glacial) 26, 54
Gutta 200
Guzmán el Bueno 311
Gyptis 184
- H
- Habe 114
Habís 182
Habsburgos 334
Hackforth, C. A. H. 178
Hadrumetum (Susa) 170
Hageladas 232
Hal-Tarxien 105, 106
Halliade (sep. megal.) 90, 91, 119
Halphen, L. 177
"Halskragen" 107
Hallstatt, ver Hallstättica, cultura
Hallstättica, cultura 126, 131, 137, 138, 139, 141, 142, 143, 156, 191, 192, 340, 341, lám. XL, mapa V
Hannón 197, 199, 200, 207, 219, 222
Hannover mapa VI
Hansa foceo-mitilenea, monedas de la 206, 313
Haro 6
Harpstedt, cultura de 125, 342, 343, mapas V, VI
Hasta 126
Haute Savoie 86, 90, 91
Haute Vienne, dep. 90
Hautes Pyrénées, dep. 90, 91
Hawkes, Ch. XXIX, 54, 55, 110, 118, 121
Hebreos 176
Hecateo de Mileto 147, 149, 198, 215, 218, 223
Hecho, valle de 7, 299
Hegemonía castellana en Europa 332
Hélène, Ph. 117, 213, 221, 249, 251, 253, 256
Heligoland 236
Hellin 5, 18
Hemeroscopion (Ifach) colonia focea 143, 186, 187; fundación poco después de 585 a. de J. C.: 188, 191, 194, 205, 209; destrucción hacia 237 a. de J. C.: 237; confusión con Denia: 238, 310
Hemp, W. J. 117
Henares, río 18
Henderson, Isabel XXIX, 217
Hera 201, 220
Heracleia (Carteia, Algeciras) 186
Heracles 171, 177, 181, 182
Heracles (estatuilla de mármol de Alcalá la Real) 232
Heracles (Isla de Saltés) 170
Heráclides de Milasa 197, 218
Hérault, Depar. 87, 88, 91, 165, 191
Herba 206



- Herbi 163, 206
Hércules, ver Heracles
Hércules niño 259
Hermes 182
Hernández Pacheco, E. XIV
Hernández Sanahuja, B. XVIII
Hernández Sanz, F. XVII
Herodoro de Heraclea 149, 224
Herodoto 183, 184, 187, 210, 211, 218, 223
Hesíodo 182, 208
Hespérides 182
Hessen 97, 121, 127, 133, 340, 342, 343, mapa VI
Hetitas 107
Híberia 163
Hibernia (Islanda) 189
Hiberus, río 163
Hidalgos 223, 332, 333
Hidria de bronce rodia 192, 213
Hidrias de bronce griegas 201, 204
Hierne (Cerne) en río de Oro 219
Hierne (Hibernia, Irlanda) 189
Hierro 104, 107, 109, 169, 173
Hierro, Edad del 102, 104, 106, 107, 108, 123 y sigs., 140 y sigs., 165, 166
Hierro, investigación de la Edad del XIII
Higa de Monyeal 7
Higinio 111
Hilactes 185
Hildburgh, W. L. 268
Hill, G. F. XVI
"Hill-Forts" 137
Himera 194, 198, 199, 200, 204, 221, 225, 235
Himilcón 199, 219
Hiparco del friso del Partenón 246
Hippo (Bizerta) 170
Hitam I de Tiro 169, 176, 178
Hispalis (Sevilla) 262
Hispania citerior 263
Hispania tarraconense 303
Hispanic Society, Nueva York XXIII
Hispano-romanos 272, 275
Hispanos 216
Historia de la Antigüedad española, investigación de la XVI
Histra 185
Hixem I 306
Hixem II 279, 309
Hoces, Las 16
"Hockergräber" 85
Hoggar 45, 56
Holanda 50, 66, 67, 79, 99, 122, 125, 126, 340, 341, 343
Holder, A. XX
Homenagem a Martins Sarmiento XXV
Homo taganus lám. VIII, ver Muge
Homs, Son, ver Son Homs
Hornachos, sierra de 5
Hornillos para perfumes helenísticos, ver Pebeteros helenísticos
Horno de cerámica ibérica de Fontscaldes 240, 253, 254
Hornos de la Peña, cueva de 63
Hospitalet del Infant 48, 59, 185
Hospitalidad ibérica 162
Hoyo de la Mina, cueva del 37, 49, 51, 59, 63, 65, 110, láms. II, XII
Hoyos Sáinz, L. de XXI, 338
Hoz, cueva de la 40, 55
Hübner, Emilio XVI, XVIII, XX
Hubert, H. XX, 141, 142
Huelva 18, 107, 126, 147, 169, 170, 175, 191, 198, 213, 224, 249, 250
Huércal (Almería) 20
Huércal (sepultura almeriense) 71, lám. XVIII
Huesca XXI, 7, 147, 262, 276, 299, 301
Huéscar 20, 194
Huevos de avestruz 202, 220, 228
"Hügelgräber", ver Túmulos
Huguet 313
Humboldt, W. von XX, 83
Humosa, cueva 37
Hungarverro 165
Hungria 34, 98
Hunsrück 127, 128, ver también Eifel-Hunsrück
Hyères, islas 209



I

- Iacetanos 153; en la formación del primitivo Aragón: 299
- Ibañeta (Roncesvalles), puerto de 15
- Ibel Mlezza 255
- Iberia 150, 184
- Ibérica, cerámica 134, ver Cerámica
- Ibérica, cultura 132, 138, 145, 157, 158 y sig; bajo los romanos: 258, 259; investigación de la: XIII; ver Francia, cultura ibérica
- Ibérica, lengua XX, 117
- Ibérico, arte 160, 166, 214, 345
- Ibérico, sistema orográfico 12, 14, 25, 243
- Ibéricos, poblados 105, 160
- Ibero-tartésia, organización política social 160; clases sociales, monarquía y confederaciones: 160
- Iberos 68, 83, 116, 124, 125, 133, 138, 139, 140, 145, 146, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 157, 159, 161, 163, 164, 165, 166, 186, 191, 198, 204, 213, 216, 222, 237, 255, 256, 268; en la formación de Aragón y Valencia: 203, 310, 320
- Iberos en el sur de Francia 154, 155; entrada hacia 575: 191; 213, 221, 222
- Ibila (Ilipa? cerca de Sevilla) 198
- Ibiza exploración de la necrópolis cartaginesa: XIV: 173, 175, 186, 227, 228, 229, 241, 242, 244, 247, 254; inscripción cartaginesa: 247, 254; monedas: ver Ebusus; ver Illa Plana, Puig des Molins, Es Cuyeram; reconquista medieval: 310
- Icnusa, isla (Cerdeña) 186
- Idolos eneolíticos 94, 95, 100
- Idolos-placas portuguesas, 76, 81
- Iena, pintor de 228, 231, 247
- Ifach, peñón y punta de 186, 187, 209
- Ife 176, 219
- Iglesia cristiana española 265, 266, 272
- Iglesia medieval española 289, 333
- Igualada, comarca de 11
- Ileates, ver Gletes
- Ilercaones 147, 149; en la Edad Media: 319
- Ilerda (Lérida) 160, 241; monedas omonoyas de Ilerda-Marsella: 241
- Ilergavones, ver Ilercaones
- Ilergetas 146, 147, 149, 160, lám. LXVI; en la formación de Aragón: 299
- Iliberris (Elna) 165
- Ilici (Elche) 262
- Ilipa, cerca de Sevilla 198
- Ilios 123, 142
- Iliturgi, cerca de Córdoba 162, 198, 257
- Iliturgicola (Alcalá la Real) 232
- Illa, coll de l' 20
- Iluro (Oloron) 165
- Illa Plana (junto a Ibiza) (santuario cartaginés) 180, lám. XLII
- Imílee (princesa de Cástulo, esposa de Aníbal) 161
- Imperialismo castellano: 280, 284, 286, 287, 302; leonés: 279, 280, 302; navarro: 283; aragonés: 286, 287; catalán: 312; portugués: 281, 288, 302; habsburgués: 312
- Imperio de Carlomagno 300, 307, 308
- Imperio catalán 317, 318, 330
- Imperio español 291, 292, 327
- Imperio habsburgués 322, 325
- Imperio romano 260, 263, y sig., 271
- Imperio de Occidente 307
- Imperio de Oriente 271, 272
- In-Ezzan 56



- Incineración, sepulcros indígenas de Almería de la Edad del Hierro 173
- India 239
- Indias 177, 291, 336
- Indibil* 160, 162
- Indígetas 154, 190, 261; en la Edad Media: 303
- Indios 330
- Indolencia ibérica 162
- Industrias 333
- Industria catalana 414
- Infantes de la Cerda 288
- Influencia griega en el arte ibérico, ver Griega, influencia
- Influencia cartaginesa en España, zonas de, ver Zonas de influencia, etc.
- Influencia griega en España, zonas de, ver Zonas de influencia, etc.
- Influencias literarias 313
- Inglaterra 28, 34, 38, 54, 88, 95, 97, 98, 99, 119, 120, 122, 137, 189, 211, 341
- Ingleses en la guerra de Sucesión 319
- Inscripciones antiguas, estudio de las 16
- Inscripciones asirias 174
- Inscripciones ibero-tartésias 159
- Inscripciones romanas 265
- Instituciones democráticas catalanas 317
- Instituciones primitivas XXI
- Instituciones vascas 295
- Institut d'Estudis Catalans, Barcelona XIV, XXII
- Institut de Paléontologie Humaine, París XIII, 54, 111
- Instituto de Antropología, Oporto XXII
- Instituto Nacional de Antropología, México XXVIII
- Invasión musulmana 272
- Invasiones germánicas 272
- Investigación, centros de, ver Centros de investigación
- "Investigación y Progreso", Madrid XXIV
- Iñigo Arista*, rey de Navarra 294, 296, 303
- Irán 33
- Iruña (Pamplona) 293
- Irlanda 47, 48, 77, 95, 96, 97, 98, 105, 118, 137, 189
- Iruz 63
- Isabel la Católica* 324, 334, 335, 336
- Isábena, río 300
- Isaías 173
- Isidoro*, San 322
- Islam 327, 332, 333, 334
- Isona 154
- Italia 27, 38, 66, 67, 73, 83, 94, 107, 109, 132, 162, 182, 191, 194, 198, 199, 201, 206, 207, 238, 265, 309, 312, 317
- Itálica (Santiponce) 258, 262; excavación de: XVIII
- Isuela, río 8
- Ithobaal II* 172
- Ithobaal III* 174, 189
- Ituero 129
- Iznalloz 37
- J**
- Jaca 7, 9, 15, 153, 299
- Jacobsthal*, P. XXIX, 143, 191, 207, 213, 248
- Jacoby*, E. 211
- Jacques*, V. XXI, 111
- Jadraque 18
- Jaén 20, 30, 41, 46, 104, 148, 203, 204, 222, 231, 232, 233, 258, 259
- Jaén, reino de 320
- Jaime I* el Conquistador de Cataluña-Aragón 206, 287, 288, 308, 312, 336
- Jaime II* el Justo, rey de Cataluña-Aragón 310, 311
- Jalhay*, P. E. XIV, 59
- Jalón, investigación de la comarca del XV



- Jalón, río y valle del 4, 7, 19, 27, 66, 129, 131, 137, 151, 301, 302, 337
- Janda, laguna de la yacimientos paleolíticos: 27; arte esquemático: 46
- Janda región de la laguna de la localización de la batalla del Guadalete y rectificación: 273, 249; ver Guadalete
- Janet, cueva del (prov. de Tarragona) 338
- Jardines, cueva y collado de los. ver Despeñaperros
- Jatiba 5, 30, 160, 241, 301
- Jaun Zuria de Vizcaya 294
- Javalambre, sierra de 7, 19
- Jabalruz, sierra de 6
- Jávea, tesoro de joyas 232
- Jenófanes 188
- Jentillarri (sep. megal.) 119
- Jeremías 174
- Jerez de la Frontera 183, 210
- Jerjes 225
- Jeroglíficos, pseudo (de La Aliseda) 220
- Jerónimo, San 266
- Jessen, O. 26, 54
- Jiloca, río 4, 19, 301, 302, 344
- Jimena, esposa del Cid 286
- Jiménez de Cisneros, colección 193
- Jiménez Navarro, E. 53
- Jiménez Ruéda, Lic. XXIX
- Joan d'Os, cueva de (prov. de Lérida), ver Tartareu, cueva de
- Joana, Talaia, ver Talaia Joana
- Jódar 203
- Jogasses, Les 127
- Jonás 173, 174
- Jonia 188; sublevación de Jonia contra los persas (498-494 a. de J. C.): 197
- Josefo, Flavio 176
- Joyas ibero-romanas 259
- Joyas fenicio-cartaginesas 138, 202, 233
- Juan I, rey de Cataluña-Aragón 315
- Juba de Mauritania 219, 239
- Júcar, río 5, 19, 146, 185
- Juan II, rey de Castilla 288
- Juan II sin Fe, rey de Cataluña-Aragón 297, 315, 318
- Judios 274, 277, 304, 313, 322
- Judios en la población romana de España 262
- Jueces de Castilla 282
- Juliobrigenses 152
- Jullian, C. XX, 166, 211
- Juno, colina. ver Colina de Juno
- Juncal, El (poblado) 64
- Junta de Guipúzcoa 295
- Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid XIV, XXII, 248, 249, 269
- Junta Superior de Monumentos Históricos y Artísticos del Protectorado de Marruecos 268
- Junta de Vizcaya 295
- Juntas vascas 295
- Jurra, monte 7
- Justicia de Aragón 308, 318
- Justino 179, 216, 217, 252
- Jutlandia 221, 340, 341
- Juvenio 266
- K
- Kahrstedt, U 179
- Kalón Akrotérion (cabo Bon) 196, 236
- Kassel 121
- Kavodias, P. 246
- Kendrick, T. D. XXIX, 97, 122
- Kenya 33, 38, 39, 45, 56, 57
- Kenyon, Sir Frederic XXIX
- Kerakda 56
- "Kerbschnitt" (cerámica "excisa") 126, 138, 140, 141, 340, lám. XL, mapa V
- Kertsch, cerámica griega de 143, 217, 231, 246, 247, 248, 249
- Kerviltré 137
- Kirke Helsing 66, 98
- Knovic, cultura de 123, 339



- Koberstadt, ver Salem-Koberstadt, cultura de
Kora etrusca 206
Kores arcaicas griegas 214
Koslowski 54
Kossinna, G. 122
Kram, El, ver El Kram
Krüger, F. XXI
Kufra 56
Kukahn, E. 213
Kyme, ver Cime
Kyntire 120
- L
- L'Anthropologie, ver Anthropologie
L'
- Laborada, A. (mámoa) 112
Laburdi 295
Lacca 349
Lacetasos 154, lám. LXIX; en la Edad Media: 303
Lafuente, J. XVI, 215, 216, 247, 249, 254, 255, 268
Laietanos 154, lám. LXVI; en la Edad Media: 303
Lain Calvo 282
Lamego 17
Landas 126, 156, 166, 342
Langa de Duero (prov. Soria) lám. LXXI
Langres 127
Languedoc 157, 307
Lannemezan 10, 128, 166
Lannion 137
Lantier, R. XIX, 140, 142, 166, 171, 213, 222, 250
Lanuzá, Juan de 303, 318
Lapa, Sierra de 4, 151
Larramendi, P. XVI
Latifundios 258, 262, 264
Laudes Hispaniae 14
Laure 89, 91
Lausitz, cultura de 122, 123, 339, 340, mapa vi
Leakey, L. S. B. 58
Lebedoncia (Hospitalet) 185, 209
Lecee 42
Lecumberri, paso de 15
Leeds, E. Thurlow XIX, XXIX, 93, 122, 137, 142
Lehman Hartleben, C. XXIX
Leisner, G. XIX, 58, 118, 338
Leitariegos, puerto de 16
Leite de Vasconcellos, J. XIV, XV, XVI, XX, XXI, XXIII
Lelántica, guerra 183
Lemavi 128, 130
Lemovices 128
Lengua catalana, ver Catalana, lengua
Lengua ibérica XX, 159
Lengua vasca, ver Euzkera
Lenguas peculiares de los pueblos peninsulares 324
Lenguas primitivas de España XX
León 4, 12, 16, 128, 137, 138, 150, 343
León gobernador berberisco: 273; repoblación: 278; capital del reino: 278; saqueo por Almanzor: 279
León de bronce massaliota en Delfos (exvoto de la guerra de Artemision) 218, 252
León, montes de 3
León, puerto del 18
León, reino de 263, 276, 278, 280-287, 289, 295, 310, 320, 321, 327, 335
Leonés, imperialismo, ver Imperialismo
Leones ibero-tartesios 192, 193, 203
Leovigildo 272, 293
Leptis 170
Lérida XXI, 20, 41, 48, 87, 88, 89, 91, 92, 147, 241; en la edad Media: 263, 276, 277, 304, 306, 307, 308
Lérida, reino de 319, 320
Les Salines, ver Salines, les
Leuké-Akrá (Albufereta) fundación poco después de 535: 195, 215, 226, 242; ver Albufereta



- Levalloisiense 29, 31, 56, 57
Levalloisio-musteriense 32, 38-39
Levante español 12, 14, 36, 40-41
45, 55-7, 64, 66, 67, 86, 133,
145, 146, 161, 163, 166, 181,
285, 301, 305, 307, 308, 309,
311, 312, 320
Ley de excavaciones y antigüedades
XVI
Lez, río 221
Libertad en Cataluña: 314; libertad
política: 329; aragonesa: 303,
318
Libertades 334; castellanas: 289;
catalanas: 318; vascas: 298
Libia de los metagonios 244
Libias, tribus 244
Libi-fénicos o libio-fenicios 173,
320
Licea, "castro" de 79
Lidia 188, 193
Lidios 168
Lierre, grotte du 89
Ligur, estrato lingüístico XX
Ligures 116, 155, 156, 163, 182,
208, 209
Liguria 62, 184
Limeklin 120
Limousin 128
Linares 20, 194
Linduskolepoa (sep. megal.) 87
Lingones 127, 128, 342
Lingotes de cobre cretenses en Cerde-
ña 106, 181
Linyá (sep. megal.) 91
Lion, golfo de 184
Liquisse, "dolmen" de la (sep. megal.)
92
Liria, poblado ibérico de San Miguel
de (prov. Valencia) 159, 161,
234, 235, 251, 255; grupos de
la cerámica ibérica de Liria y su
cronología: 234, 243, 244, láms.
IX-LXIV
Lisboa XXII: yacimientos paleolíti-
cos: 27, 39; 58, 63, 76, 78, 143,
262, 287
Literatura arábigo-española: 331;
catalana: 330; ibero tartesia: 159
Littmann, E. 254
Livio 268
Livio, Tito 216
Lixitas 200
Lixo, río (Draa) 200, 219
Lizop, R. 166
Lladurs 89
Llanera (sep. megal.) 89
Llano, Aurelio de XVII, XXI
Llano de la consolación 201, 203,
220, lám. LVII
Llardecáns (prov. Lérida) (necrópolis
de urnas) 123, 339, lám....
XXXIX
Llena, sierra de la 11
Llenas, cueva de las 64
Llera, ver Abric de Llera
Llobregat, llano del 11
Llobretat, río 11, 84
Llorá, cueva de 339
Lloseta (Mallorca) láms. XXXVII,
XXXVIII
Lluchmajor (Mallorca) 85, lám.
XXXVII
Llusanés, comarca del 11
Lóbrega, cueva 63
Logroño 19, 63
Logrosán 17
Lohra 121
Loire, río 342
Loja 21
Loma del cumbre (sep. almeriense)
71, lám. XVII
Londres XXVI
López Cuevillas, F. 112
López Serrano, M. 326
Lora, la 4, 8
Lora del Río 202, 204, 220
Lorca 20, 194, 301
Lorca, reino de 319, 320
Lorena 142
Louvre, museo del (París) XXIII
Lot. (depart.) 50
Lozère (depart.) 87, 92
Lubrín 37, 38



- Lucania 188
Lucano 265
Lucas, cueva de 71
Lucena 21, 301
Lucena, sierra de 6
Lucense, convento, ver Lugo, convento de
Lucentum (Alicante) 216, 237, 262
Ludovico Pío 305; reconquista de Gerona y de Barcelona: 306
Lugarico Viejo 101, 102
Lugo 16, 17, 112, 129
Lugo, convento de 263
Luchón, valle de 155
Luis IX, San (de Francia) 308
Luis XIII de Francia, conde de Barcelona 318
Luis XIV 210, 215
Lulio, Raimundo 212, 314, 316
Luna, isla de la 199
Lüneburger Heide 342
Lungones 128, 129
Lúnulas 105
Lusacia, ver Lausitz
"Lusis" 150
Lusitanas, guerras 134
Lusitania romana 263
Lusitanos 150, 151, 162, 164, 258, 351; en la formación de Portugal: 280, 281, 319
Lusones 131, 151, 164, 351
Luxán, F. de 115
Luz, la (santuario ibérico) (San Antonio el pobre, el Palmar, Murcia) 161, 233, 235, 250, 251
Luzaga (necrópolis céltica posthallstática) influencias ibéricas en la cerámica: 244, 256
Luzaga, nombre de lugar 151, 164
Luzón 151, 164
Lyon, concilio de 336
- M
- Machado y Álvarez*, J. XXI
Maciñeira, F. xv, xviii
- Macrobio 178, 217
Madariaga, S. de 24
Madera, islas de, ver Madeira
Madeira, isla de 207, 219, 239
Madrid XXII, XXIII; exploración de los yacimientos paleolíticos y otros: xv, xviii, xx; paleolítico: 29 y sig., 38, 43, 53; neo-eneolítico: 63, 68; celtas: 25, 138, 341; carpetanos: 151
Madrona, sierra 5
Maestrazgo, comarca 20, 146
Maestrazgo, montes del 8
Magdaleniense 32, 37, 38, 39, 44
Magia ibérica y de otros pueblos de España 161
Magie, D. xviii
Magina, sierra de 6
Maglemosiense 44
Magosi, cultura de 57
Mahomat Abenazar, ver Mahomet Abenazar
Mahomet Abenazar, rey de Granada 328
Mahr, A. xx
Mailhac 89, 181
Main, río 127, mapa VI
Mainake ver Ménaca
Mainobora (cerca de Ménaca) 198
Mairós 63
Mala Mujer, puerto de la 18
Malaca (Málaga) (colonia fenicia) fundación en el siglo VII: 173
Maladetta, La 9
Málaga xiv, 6, 20, 21, 37, 40, 43, 46, 51, 63, 110, 126, 170, 173, 174, 180, 186, 301
Mallada, L. 14
Mallorca 85, 94, 106, 117, 186, 201, 202, 232, 244, 256, 324, 325, 326, 336, láms. xxxvii, xxxviii; investigación de la cultura de los talaiots: xv, xvii
Mallorca, reino de 308, 310, 312, 313, 317, 318
Malta 99, 100, 101, 105, 106, 113, 118, 170, 213



- Malos usos 315
Mámoas 112
Mamún 320
Mancha, La (región) XVIII, 5, 12, 14, 18, 43, 68, 151
Mancha, canal de la 96, 236
Mancomunidad de Cataluña XVII
Mandonio 160, 162
"Mannus", Berlin-Leipzig XXIII
Manresa 84, 304
Martecón, J. I. 326
Manzanares, río terrazas y yacimientos: 27-32, 53, 54
Maroñón, G. 331, 332
Marburg 121
Marca carolingia marítima 261, 306
Marca de Gotia 306
Marca hispánica 272, 294, 300, 306, 307
Marca de Tolosa, ver Marquesado de Tolosa
Marcella (sep. de corredor) lám. XXX, XXXI
March, Ausias, ver Ausias March
Marcial 265
Marcsma, comarca de la 11
Marett, Dr. XXIX
Marfil 95, 100, 176, 202, 219, 220, 224; fenicio-cartagineses: 202, 220
Marçait, Pedro 330
María, hija del Cid 286, 310
María, sierra 6
Marlés, cultura de 92, 103, 339, lám. XXXIX
Mármol 95
Marne 95, 97, 121, 132
Marofa, sierra de 4
Marqueses de la Marca hispánica 308
Marroquíes 22
Marruecos 28, 32, 38, 55, 66, 196, 200, 219, 224, 231, 252, 259
Marsá 36, 38, 40, 48, 337
Marsella 85, 118; ver Massalia
Marselleses, ver Masaliotas
Martel, Carlos 304
Martín I el Humano, rey de Cataluña-Aragón 312, 315
Martín Echeverría, Leonardo XXII, 24, 331
Martinet, Le 50
Martínez y Martínez, F. 209
Martínez del Río, Pablo XXVIII
Martínez Santa Olalla, Julio XVII, XIX, 140, 143, 222, 250
Martorell y Peña, F. XV
Martins Sarmiento, F. XV, XVI, XIX
Mas de l'Hora (Calaceite) (poblado) 347
Mas de Madalenes (Cretas) (poblado) 348
Masdeu, P. J. F. XVI
Massalia 160; fundación hacia 600 a. de J. C.: 184, 185; exploración de la costa ibérica: 184, 185; bajo la thalassocracia focea: 188, 189, 209, 213; fundación de Emporion: 190, 212; comercio con el sur de Francia: 191, 192; "segunda fundación" después de Alalia: 188, 194; nuevo apogeo del comercio con España: 195; amistad con los tartesios y ataque a Cádiz: 196, 216; guerra de Artemision: 197, 198, 217; intervención en las guerras de Sicilia y batalla del Crimiso: 235, 236, 252; ver Massaliotas, acuñaciones
Massaliotas 197, 218, 236, 237; ver Massalia
Massaliotas, acuñaciones 206, 227, 241
Massilienses 216, ver Massaliotas
Massanés (sep. megal.) 89
Mastia (Cartagena) 199, 216; límite de zonas en el tratado romano-cartaginés de 348: 236; transformación en Carthago-Nova y capital cartaginesa en España:



- 238; ver Carthago y Carthago-Nova
- Mastienos 146, 148, 149, 224, 244, 250
- Matarrubilla 94
- Matériaux pour l'Histoire de l'Homme, Paris XXV
- "Matres Callaicae" 161
- Matritense 30-32, 38, 43, 151
- Matruh 276, 305
- Mauritania 219, 239
- Maya, puerto de 15
- Mayr, A. XIX
- Mazaleón 41, 48, 59, 123, 126, 347, 348; lám. LXV
- Mazarrón 37
- Mealhada, yacimiento paleolítico 27, 237
- Meandros en la cultura de las urnas, decoraciones de 339
- Meca, fortaleza ibérica 129, 139
- Mechta-el-Arbi (cráneos del capsien-se superior) 60
- Medellín 262
- Medina del Campo 18, 328
- Medina de las Torres 204, 205
- Medina del Pomar 16
- Medinaceli 19
- Medinasidonia 332, 349
- Medinasidonia, duque de 322
- Mediterráneo 5, 10, 52, 57, 67, 72, 73, 82, 99, 106, 184, 224, 263, 317, 329, 334; occidental: 85, 94, 103, 105, 106, 108, 109, 110, 116, 117, 118; oriental: 95, 168, 171, 172
- Mediterráneo, tipo antropológico 73, 74
- Mediterránea, zona 26, 27, 155
- Medos 188
- Megalítica portuguesa, cultura 76 y sig., 112; cronología y grupos: 77, 79, láms. XXV-XXXII; pueblos: 77 y sig., 350
- Megalíticos, sepulcros, investigación XVII; ver sepulcros megalíticos portugueses
- Megalitos, ver sepulcros megalíticos portugueses
- Mehedia 200
- Meiningen 133
- Mekta, El 42
- Mérida, J. R. XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XXVI, 93, 180, 213, 221, 232, 250, 259, 268, 269
- Melita (Malta) 170
- Melitta (Africa) 200
- Melkarth 167, 177, 181, 182
- Meltzer, O 179
- Melusa (Menorca) 186
- Memorias de la Academia de Ciencias de Barcelona XXIV
- Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Madrid XXIV
- Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid XXIV
- Menandro de Efeso 176
- Ménaca (Torre del Mar, colonia foca) 186, 187; fundación poco después de 585: 188, 198, 199, 205, 217
- Menapios 343, mapa VII
- Mendes Corrêa, A. A. XIV, XVIII, XIX, XXI, XXIII, XXV, 54, 59, 60, 110, 111, 114, 164, 338, 350
- Menéndez y Pelayo, M. XXI
- Menéndez Pidal, R. XX, XXI, 116, 164, 267, 269, 289, 326, 327, 328, 331, 350
- Menesteo, puerto de: ver Puerto de Menesteo
- Menga, "cueva" de (galería cubierta) 113
- Menestralía 314
- Menorca 85, 94, 106, 118, 186, 201, 204, 310
- Meonios 169
- Mequinenza 154
- Merbaal 174
- Mercados Corbulo: 165; de la plata en Sicilia: 172, 173; del estaño



- en Bretaña: 175, 211; Tartessos: 186, 210; del oro y marfil en África (Cerne): 200, 219, 224; ver también Cassitérides, islas
- Mercados americanos 336
- Mercedes, Las (Madrid, fondos de cabaña) 63
- Mercenarios ibéricos 157, 158, 162, 183, 225, 235, 238, 239, 244, 245, 246, 252
- Mergelina*, C. de XIV, XV, XVII, 250
- Mérida 17, 18, 262, 273, 274; excavación de XVIII
- Merimde-beni-Salame 71
- Merinitas 288
- Meclin*, A. 247, 254
- Merriman*, R. B. 327, 328, 329, 330
- Mesas, sierra de las 4
- Meseta, castellano-leonesa XVI, 12, 16, 17, 18, 19, 22, 103, 125, 128, 151, 283, 321, 341, 342, 343; central, ver castellano-leonesa; francesa: 342
- Mesetas norte-africanas 70
- Mesolítico, investigación del XIII, XV, 26, 39, 45, 51, lám. IX; antropología: 52, 60, lám. VIII; pueblos: 50, 51; africano: 57, 78, 83
- Mesopotamia 100
- Messara 100
- Messina, estrecho de 184
- Metagonios 244
- Metalurgia 67, 85, 100; ver Cobre, plata, oro
- Merellinum (Medellín) 262
- Metton* 170
- Meyá, cuenca de 84
- Meyer-Lübke*, W. XX, 153
- Meyrannes, grotte de 89
- Meyrueis 89
- Miajadas 17
- Micénica, cerámica 107
- Microlitos 39, 48, 49, 50, 51, 76, 77, 78, 79, 112
- "Middle stone age complex" del S. de África 57
- Midi, pic du 9
- Midias*, cerámica ática del estilo de 226, 227, 230
- Midócrito* 189, 211
- Midouze, río 155
- Miel, cueva de la 63
- Miguel Rangabé*, emperador de Bizancio 271
- Mijares, río 19
- Milasa 197
- Mileto 184, 204
- Millares, Los (cultura de) 61, 72, 77, 80, 82, 93, 94, 95, 99, 100, 113, 118, 120, 121, láms. XX-XXIV
- Millares Carlo*, Agustín 326
- Miller*, K. XVIII
- Mina Diana (hallazgos almerienses) 71, lám. XIX
- Minateda, cueva de 40, 43, lám. VI
- Mindel (segundo período glaciár) 26, 54
- Minería almeriense desde el eneolítico 68, 82, 85, 94, 103, 104, 146, 148, 168; de la plata: 68, 72, 82, 94, 100, 115; céltica: 137; en la época fenicia: 158, 173; tartesia: 158, 193, 194; cartaginesa: 241, 242 (de la plata), 246; romana: 264
- Minería americana 292
- Ministra, sierra 19
- Minoico primitivo II 100; primitivo III: 95, 100; último I: 106; último II: 106
- Miño 4
- Miranda de Ebro 8, 15, 16, 130
- Miravet, paso de 8
- Mirón* 190
- Mitjá Gran (Les Salines) lám. XXXVIII
- Moctádir* 320
- Mogador 200



- Mogadouro, cimas de 3, 17
Mogente 159, 230, 232, 249
Mogente (tesoro de monedas) 241, 242
Mogón (tesoro de monedas y joyas) 255, 258, 267
Moinhos, Cabeço dos, ver Cabeço dos Moinhos
Molar, El (necrópolis ibérica) 139, 201, 202, 203, 204, 220, 221, 230, 248, 249
Molar, El (poblado y necrópolis céltica) 48, 59, 123, 339, 344
Moldawa, río 339
Molina de Aragón 19
Molina, parameras de 131
Molino de Benjamín (necrópolis céltica posthallstátrica) 256
Molino del Marrubial (tesoro) 259
Mónaco 209
Monarquía 327, 329, 331, 332, 333, 334; aragonesa: 281, 303; castellana: 289, 290, 291, 294; catalana: 289, 314, 316; francesa: 289
Monarquía ibérica y tartesia 160
Monasterio 17
Monasterios castellanos 280; franceses: 308, ver Cluny; gallegos 280; italianos: 308, ver Bobbio, Monte Cassino
Moncayo 3, 7, 14, 19, 131, 137
Mondego, río 64, 138, 151
Monedas, estudio de las XVI; fenicio-cartaginesas: 159, 241, 242; griegas: 159, 206, 213, 222, 226, 227, 228, 241, 242; acuñadas en Emporion: 206, 213, 222, 228, 241 (draemas); acuñadas por las colonias del SE.: 206, 228; acuñadas en Marsella: 206; hallazgos en Francia: 222; ibéricas: 159, 160, 166, 253; autónomas: 160, 252; romanas: 268, 269
Monegros, Los 8, 301
Monges 89, 117
Monistrol de Calders 89
Monoicos (Mónaco) 209
Monos 176
Monreal 19, 301
Monstedt 121
Mont de Marsan 155
Montalbán 19
Montánchez, sierra de 5
Montaña, La 4, 8, 12, 16, 65
Montbani 50
Montblanch 20
Montblanch, comarca de 11
Montcalm, pic de 9
Monte Abrahão (Belas) (galería cubierta) 78, 79, 87, láminas XXVII, XXVIII
Monte Cassino, monasterio de 309
Monte do Pedrogal 50, 60, 79
Monte Velho Aljezur (sepulcro de corredor) láms. XXX, XXXI
Montealegre 146, 201, 203
Montelius, Oscar 113, 122
Montes de Oca 3, 282
Monteverde, J. L. 140
Montfó (Hérault) 191
Montgó, monte 20, 186, 209
Montgó (tesoro de monedas) 241, 242
Montgrí, cultura del 47, 48, 51, 59
Montgrony, principado del 304
Montgrony, sierras del 304
Montlaurés (poblado ibérico) 191, 192, 240, 249
Montoro 126
Montouliers, grotte de 87
Montpellier 157, 221
Montsant, sierra del 11
Montsech, sierra del 8, 9, 11, 64, 65, 84, 153, 304
Montseny, comarca del 11
Montseny, sierra del 11
Montserrat, monte 11, 65; cuevas Freda y Gran: lám. XV
Montuenga 63
Montvalier, pic de 9
Monumenta linguae ibéricae XX



- Mota de Ebro 8, 19
Morán, P. C. XIV
Moravia 66, 98
Marayshire 120
Morbihan (departamento) 47
Morecanos 152
Morella 41: pinturas rupestres:
lám. VII; tesoro de monedas: 206,
222, 228
Moret, M. 177, 210
Moret 247
Morillos hallstáticos 126
Morín, cueva 30
Moriscos 291, 322
Morismas, puerto de los 17
Moro, cueva del 64
Mosela, río 127, 142
Mostain, rey de Zaragoza 320
Motamid, rey de Sevilla 309, 320,
321, 322
Motawákkil, rey de Badajoz 320
Motilla del Palancar 19
Motos, F. de XIII, XVI, 248
Motril 6, 20, 301, 348
Motya 170, 171, 172, 179, 180
Moura, Cova da 39
Mouret, F. 249, 344
Mouriés (dep. Bouches du Rhone)
191
Mouros. Pedra dos. ver Pedra dos
Mouros
Movimientos de pueblos en la Espa-
ña primitiva: mapa XI: célticos:
mapas V-VII: de la Reconquista:
mapa XII
Moytirra 96
Mozárabes 274, 275, 280, 284,
322
Mudéjar, arte 313
Muga, río 11
Muge (concheros) 47, 49, 50, 52,
59, 60, 64, 74, láms. VIII, IX
Mugem. ver Muge
Mugrón, El 19
Müllenhof, K. XVI, XX
Müller, I. von 166
Municipio romano 326, 327
Municipios castellanos 332
Munro, profesor XXIX, 218
Muntaner, Ramón 336
Muntant 91
Murcia 5, 6, 12, 18, 19, 20, 37,
151, 161, 192, 193, 194, 201,
204, 233, 235, 275, 288, 301
Murcia, reino de 310, 311, 319,
320, 324
Murciélagos, cueva de los (Albuñol)
63, 75, 95
Murciélagos, cueva de los (Lubrín)
37, 38
Muret, batalla de 307
Murguia, M. XVII
Murray, M. XVII
Mursuk 56
Musée des Antiquités Nationales. Saint
Germain en Laye XXV
Museo Antropológico, Madrid XXV
Museo de Arqueología, Barcelona
XVI, XVII, XXI, XXII, 215, 244
Museo Arqueológico Nacional, Ma-
drid XVII, XXII, 221
Museo del Ayuntamiento de Madrid.
XXIII
Museo de Barcelona, ver Museo de Ar-
queología, Barcelona
Museo Británico, ver British Museum
Museo Cerralbo, Madrid XXIII
Museo de Ciencias Naturales, Madrid
XXIII
Museos etnográficos vascos XXI
Museo Etnológico Portugués, Belem
XV, XXII, XXIII, 114
Museo numantino, Soria XVI, XXII,
XXIII
Museo de Soria, ver Museo Numan-
tino, Soria
Museo Prehistórico, Berlín XXIII
Museo romano-germánico de Magun-
cia XXIII
Museos XXII, XXIII
Musteriense 29, 30, 31, 55
"Musteriense ibero-mauritano" 31
Música ibero-tartesia 159



Musulmanas conquista y dominación: 275 y sig., 299, 305; invasión: 272, 303; tradición: 313; disensiones: 275, 276, 294, 305
Musulmanes 294, 298, 307, 308, 309, 319 y sig., 322, 331
Muza 274
Muzárabes, ver Mozárabes
Myres, Sir J. L. XXIX, 212

N

Nabucodonosor, ver *Nebucadnezar*
Nájerá 19, 296
Nannos 184
Nantes 165
Nao, cabo de la 186, 209, 237
Nápoles 184, 185, 186, 225
Nápoles, reino de 312, 317, 329
Náquera 64
Narbo 185, 191
Narbona 50, 89, 117, 157, 165, 185, 191, 213, 249, 251, 253, 256, 304, 306
Narbonense, Galia 272
Narbonés, el 155
Naro (Narbona) 185
Naucratis 190, 210, 212
Navacerrada, puerto de 18
Navalgrande, puerto de 18
Navardún 152
Navardunum 152
Navarra 4, 8, 12, 21, 64, 88, 97, 135, 142, 154, 282, 283, 286
Navarra, reino de 287, 293 y sig., 298, 300, 301, 324, 329
Navarri 293
Navarro, imperialismo ver Imperialismo
Navartos 135, 152, 262, 291, 292 y sig., 299, 301, 312, 329
Navas de Tolosa 18; batalla de: 287, 310
Nacscués, J. M. de XVII
Navegación eneolítica: 96; fenicia: 170; gaditana: 238, 239; etrusca: 196; cartaginesa: 171, 199, 200, 224; focea: 187, 189; griega: 197, 198, 199, 209, 210, 211, 216, 224, 236; límite en las Columnas: 219; ver Circunnavegación de África, Hannón, Himilcón; romana: 196, 236; catalana medieval: 314
Navegantes vascos 329
Nebucadnezar de Babilonia 174, 187
Neápolis de Emporion, ver Emporion, Neápolis
Neco II de Egipto 186, 210
Necrópolis cartaginesas, ver Puig des Molins; Villaricos; Cartago, ver: para las del siglo VII-V: Douimés, Byrsa (Saint Louis), para las del siglo IV: Ard-el-Kheraib, Dar-el-Mourali, Rabs, Douimés (últimos sepulcros) y Byrsa (id. id.), Gouraya (Argelia), Ibn-Mlezza cerca del cabo Bon (tiempo de la expedición de Agatocles), para las del siglo III Rabs, Dar-el-Mourali, Sainte Monique, Bordj-el-Djedid, Colina de Juno, Odeon, Gouraya (Argelia), para el siglo II: Odeón, El Kram, al noreste del lago de Túnez
Necrópolis célticas posthallstáticas 134
Necrópolis celtibéricas 138, lám. LXX
Necrópolis de Emporion, ver Emporion, *Necrópolis*
Necrópolis ibéricas 138, 143, 201, 202, 203, 204, 205, 229, 230, 231, 232, 248, 255
"Negotiatores" romanos 258
Negra, cova (Játiba) 30
Negra, cova (Ager) 65
Négrine, oasis de 49
Negroidas 52, 73
Nela, río 16
Nemetates, Nemetati o Nemetes. 127, 128, 129, 342



- Nemours 127
Neo-eneolítico investigación del: XIII;
las culturas peninsulares: mapa
II; las culturas europeas de 2300-
2100 a. de J. C.: mapa III; cap.
III
Neolítico de tradición capsense 62,
69, 73
Nertóbriga 131
Nervios o Nerviones 130, 339,
343, mapa VI
Neuffer, J. 213
Nicea (Niza) 209
Nicea, concilio de 266
Nicolás, grotte
Nicolaus d'Olwer, L. 330
Niebla 249, 288
Niedermockstadt 126, 340, mapa V
Nienburg, cultura de mapa VI
Nigeria 57, 219
Nilo, valle del 38, 178, 189
Nimes 304
Nissan (Aude) 241
Niza 209
Nobleza 289, 291
Nogaleda, cueva 63
Noguera Pallaresa, río 9, 11, 15,
300
Noguera Ribagorzana, río 11, 302
Nombres ibéricos de dioses y de per-
sonas 166
Nora (Cacella) (galería cubierta)
172, 173, 178, 182, láms. XVII,
XXIX
Nórax 172, 178, 182
Norba Cesarina (Cáceres) 262
Norden, E. 140, 142
Nordman, C. A. 121
Normandía 97
Normandos 22, 261
Norte, Mar del 341
"Nós" (revista), La Coruña XXIV
Nostrand, J. J. XVIII, 256
Nubia 58
Nueva York XXIII
Nueva Planta, Decreto de, ver De-
creto de Nueva Planta
- Numancia 125, 130, 134, 137,
142, 159, 160, 161, 241, 249,
341, láms. XL, LXXI, mapa V;
excavaciones de: XVI
Numismática, ver Monedas
Nuño Núñez 282
Nuño Rasura 282
Nuraghes 113, 118
- O
- O Archeologo Português XXVI
Obermaier, Hugo XIII, XIV, XVII,
XIX, XXIII, XXVI, 25, 26, 29, 37,
42, 53, 54, 55, 56, 93, 114, 142,
213
Obioneta (sep. megal.) 91
Oc, lengua de 307, 308
Oca, río 16
Ocaña 18
Occidente 167, 168, 169, 172,
174, 181, 182, 183, 187, 199,
208, 218, 223, 224, 236, 271,
333
Océano (personaje mítico) 182,
199
Ochandiano 16
Octogesa 154
Odemira (cista megalítica) lám.
XXX
Odeón, necrópolis del 254
Oestrímnios 150
Oficio, El 102
Ofir 176, 177, 219
Ofiusa (costa portuguesa) 189
Ofiusa (Formentera), isla 186
"Oinochoe" de bronce de Carmona:
220: de bronce cartaginesas: 202;
de cerámica con panza acostillada:
232
Oise 95, 97, 121
Olbia (Salins d'Hyères) 209
Olbia (Terranova, Cerdeña) 186,
195
Olbisínios, elbestios o elbisínios, ver
olbisios
Olbisios 147, 148, 198, 224



- Olcades 127, 128, 129, 139, 143,
239, 244, 342, 343, mapa VI
Olíana 11
Olimpia 190, 244, 246
Olimpio, San 266
Olite 141
Olius lám. XXXVI, ver Vilaró, El
Olisipo (Lisboa) 262
Oliva, abad de Ripoll 209
Oliva, necrópolis ibérica de 129,
139, 234, 235, 251, 345, 346,
láms. LIX, LXI
Oliva Cabreta, conde de Cerdana
309
Olivares, Conde-Duque de 318,
324, 326, 331, 332
Ollivier, J. 337
Olmedo, Cortes de 290
Olopte, cueva de 64
Olóriz, F. de XXI
Oloron 15, 165
Olot XXIII, 11, 25, 124, 153
Olvena 64
Omar-ben-Hafsún (Samuel) 275,
322
Ombries. Les (Calaceite) (poblado)
348
Oncala, puerto de 19
Onesios 155
Onoba (Huelva) 170
Oña 40, 63
Oporto 114, XXII, XXIII
Optimates 265
Orán 69, 70, 71, 81
Orán (necrópolis ibérica) 244,
255,
Orania 75
Oraniense 38, 60, 70
Orange 56
Oranus, río (Lez) 221
Orbieu, batalla del 306
Orca du Outeiro do Rato (sep. megal.)
79, lám. XXV
Orca dos Juncais (sep. megal.) con
pinturas: 58, 112
Ordal, río 11
Ordoño I de León 278, 279, 282
Ordoño II de León 282
Ordoño III de León 278
Orduña, puerto de 16
Orense XXIII, 17, 112, 137
Oretanos 139, 148, 244
Oretum Germanorum 140
Orfeo 230
Orfebrería fenicio-cartaginesa: 158;
griega: 158; ibérica: 158
Organización social catalana 314
Organización social y política de los
iberos 160
Orgaña, desfiladero de 11
Orgenomescos 152
Orgullo ibérico 162
Oriente 277, 278; próximo: 33,
73, 174
Oriente, expedición de catalanes a
130, 152
Origeviones 130, 152
Orihuela XXIII, 194, 301
Orniacos 151
Oro 85, 94, 95, 98, 143, 169,
174, 176, 177, 200, 202, 219,
224
Oropesa, cabo 185
Orosio, Paulo 266, 267
Orpi, Jaime 336
Ortega y Gasset, J. 331
Ortostatos 72, 94, 97, 100
Osca (Huesca) 262
Osio 266
Osiris 248
Osma (prov. Soria) (necrópolis célti-
ca posthallstática) 256
Osma de Valdegobia 16
Ostiz 15
Ossau 9
Osuna 159, 161, 202, 203, 220,
221, 233, 243
Ota ver Otta
Otero Pedrayo, R. 269, 327, 328
Otranto, Terra d' 42
Ots Capdequí, J. M. 335, 336
Otsondo, puerto de 15
Otta 50, 60, 65
Ouargla 70



- Oued Bou Aluan 56
Oued Chellal 70
Oued Djerat 56
Oued Mengouh 42
Oued Mertoutek 56
Ouenat, oasis de 56
—oussa 186
Outeiro, castro do 79
Outeiro Seco 63
Oviedo 16
Oxford XXIII, XXIX, 217, 231,
248
Oxford, Universidad de XXVII,
XXIX
- P
- Pace*, Biagio 179
Paciano, San 266
Paderborn 305
Paderno 17
Pagobakoitza (sep. megal.) 90
País vasco-navarro XXII
Pajares, puerto de 16, 128
Palaces 71
Palancia, río 20
Palatinado, Alto
Paléfato 245
Palencia 16, 65, 130, 137
Palencia, I. de XXI
Paleolítico investigación: XIII, XIV,
XV; inferior: 27 y sig., 48; su-
perior: 30 y sig., 55, 82; pue-
blos: 42-45, 152; africano: 56,
57, 70; de Portugal: 27, 28,
30, 39, 337
Paleópolis de Emporion, ver Emporion,
Paleópolis
Palermo 170
Palestina 33, 38, 60, 107
Pallarés, M. XIV, XVII, 59
Pallars, comarca 9, 10, 11, 276,
296
Pallars, condado de 290, 300, 303,
304, 305, 306
Pallerols 87
Palmar, El 233, ver Luz, La
Palmella, cultura de 65, 66, 67,
77, 78, 79, 80, 87, 94, 95, 99,
113, 120, láms. XXVII, XXIX
Paloma, isla (al E. de Tarifa) 199
Palomarico, cueva del 37
Palomas, cueva de las 37
Palomitas de bronce 244
"Palstaves" 103, 106
Pamiers 156
Pamplona XXIII, 7, 15, 64, 130,
141, 275, 293, 294, 305
Pamplonagañe (sep. megal.) 88
Panadés, comarca del 11, 154
Panateneas, friso de las 246
Pancorbo, desfiladero de 3, 6, 8,
130, 282
Panormo (Palermo) 170, 171
Pantellaria 170
Panticosa 299
Pany, cueva Forat del 65, 89, 93,
110, lám. XVI
Papa 335
Parazuelos 71
Parc-en Guren 105
Parga Pondal XVIII
"Parias" 309, 320
Paris, P. XV, XIX, 214, 220, 221,
250, 256
Paris XXIII
Parménides 188
Parpalió, cueva del 34, 35, 36, 37,
38, 40, 41, 43, 44, 52, 53, 54,
lám. II
Partenón de Atenas 227
Parténope (Nápoles) 185, 225
Particularismo gallego: 280; caste-
llano: 282, 283, 284
Pas, río 16
"Pas del Ase" (Fayón) 7
Pascual, Can, ver Can Pascual
Pastora, "cueva" de la (sepulcro de
cúpula) 94
Pau 15
Paula e Oliveira, F XIV, XXI
Paulo, conde 272
Paulo, Leopoldina, F. 60



- Paulo Orosio*, ver *Orosio*
Pauly 211, 267
Pausanias 178, 199, 218, 252
Pavos reales 176
Payne, H. 212
"Payeses de remensa" 315, 316
Paz de la guerra de Artemision 199
Paz entre Carlomagno y Alhaquem I 306
Peal de Becerro (necrópolis ibero-tartesía) 231, lám. LXVII
"Pebble" 28
Pebeteros helenísticos 240, 242, 252, 253, 254
Pectúnculo, brazaletes de, ver *Brazaletes de pectúnculo*
Pedaso 197
Pedra coberta (dólmen con pinturas) 58
Pedra dos Mouros (Belas) (sep. megal. con grabados) 50, 58, 79, 338, lám. XXV
Pedrell, F. XXI
Pedro I el Cruel, de Castilla 288, 348
Pedro I de Aragón 301
Pedro II el Católico, rey de Cataluña-Aragón 307, 310
Pedro III el Grande, rey de Cataluña-Aragón 336
Pedro IV el Ceremonioso o el del "Punalet", rey de Cataluña-Aragón 311
Pedro Abad 127
Pedroches, valle de los 5, 18, 81, 127
Pegaso 228, 241
Pelasgos 168
Pelayo, rey de Asturias 274, 277
Pelendones 125, 130, mapa V
Pella y Forgas, J. XVI
Peloponeso, guerra del 225, 227, 235
Pemán, C. XIX, 208, 210
Pemanos 130, 339, 342, 343, mapas V, VI, VIII
Penha, "cerámica" da 112
Penibética, cordillera 6, 46, 62
Peniche 64
Peña, sierra de la 7
Peña de Amaya 3
Peña Florida, conde de 329
Peña Golosa 8, 19
Peña Labra 4, 282
Peña Tú (Vidiago, Asturias) (pinturas rupestres esquemáticas) 62, lám. X
Perche, Col de la 9, 15
Peregrinaciones a Santiago 281
Perejil, isla del (al O. de Punta Leona en Africa) 199
Perelada (necrópolis céltica) 124, 339
Perelló 41
Peres y Cerdeira, D XXV, XXVII
Pérez, Antonio 303
Pérez de Barradas, J. XIV, XV, XVII, XIX, 29, 30, 32, 53, 54, 140
Pérez de Urbel, J. 326
Pericles 199, 224
Pericot, Luis XII, XIX, XX, XXI, XXII, XXV, XXVI, XXVII, 37, 44, 53, 59, 111, 114, 115, 164, 165, 180, 213, 214, 220, 234, 243, 247, 248, 249, 250, 251, 255, 256, 267, 268, 327, 331
Periplo de Carón de Lampsaco 223
Periplo massaliota 124, 132, 148, 150, 153, 156, 160, 163, 166, 173, 175, 177, 185, 187; fecha (hacia 570 a. de J. C.): 189, 212; 190, 191, 198, 209, 210, 211, 212, 219, 221, 224
Periplo del Pseudo-Escifaz 224
Pernera, La 71
Pernerás, Las 37
Perotitos (Santisteban del Puerto) (tesoro) 259
Persa, ejército 196
Perthus, paso del 10, 20, 22
Pésicos 154
Peterborough 99



- Petronila*, reina de Aragón (esposa de Ramón Berenguer IV) 287, 302, 310, 313
- Peyrony*, D. 34
- Philadelphus*, A. 246
- Phillipon*, E. XX
- Pico, puerto del 18
- Picos, sierra de 3
- Picos de Europa 4, 327
- Piedrafita 120
- Piedrafita, puerto de 17
- Piedrahita 18, 131
- Pigmalión* 170
- Pigmoidas 52
- Pigmeos 225
- Pijoán*, J. XVI, XVII
- Pileta, cueva de la 40, 41, 43, 63, lám. IV
- Pina (Mallorca) lám. XXXVIII
- Pindal, cueva de (Asturias) lám. III
- Pindaro* 218
- "Pintor del tirso negro", ver "Black thyrsos painter"
- Pintura rupestre: ver Arte rupestre y Plaquitas de piedra; en las losas de los dólmenes portugueses: 46, 112, mapa I; de la cerámica eneolítica: 100; de la cerámica hallstättica: 126; de la cerámica ibérica: ver Cerámica pintada ibérica; Cerámica pintada celtibérica, Cerámica numantina; mural ibérica: 158; catalana: 313, flamenca: 313; "giottista" de Sevilla: 313; italiana: 313
- Pipino el Breve* toma de Narbona: 304
- Piraterías musulmanas 306
- Pirenaica, cultura 46, 66, 74, 77, 82 y sig., 95, 96, láms. XXXII-XXXVI; periodos: 87 y sig., 115, 116
- Pirenaicos, pueblos 67, 68, 82 y sig., 116, 117, 153, 154, 155, 156; en la formación de los pueblos de la Reconquista: 295, 296, 298, 300, 303
- Pirenaicos, valles, ver Pirineos
- Pirene 185, 194
- Pirineos XVIII, 4, 9, 10, 11, 12, 13, 15, 21, 22, 37, 43, 67, 82, 83, 84, 85, 104, 116, 124, 128, 130, 152, 153, 154, 155, 156, 294, 299, 300, 304, 307, 334, 340, 341, 343; Pequeños Pirineos: 10
- Pirineos orientales (departamento) 295
- Pisa 328
- Pisuerga, río 16
- Piteas* de Marsella 224, 236, 237
- Pitecusa, isla de (Isquia) 186
- Pitiussa, isla (Ibiza) 186
- Piuró del Barranc Fondo (Mazaleón) (poblado ibérico) 234, 248, lám. LXV
- Plá de Beret, ver Beret
- Plá de Trullás (sep. megal.) 89
- Plana, Illa (junto a Ibiza), ver Illa Plana
- Planes, Les 48, 59
- Plantaurel, cadena del 10
- Plaquitas de piedra pintadas paleolíticas 37, 41, lám. II
- Plasencia 17
- Plata 68, 72, 82, 94, 95, 100, 109, 115, 140, 143, 172, 173, 174, 176, 179, 181, 259; minería: ver Minería, de la plata; láminas de plata ibéricas con inscripciones: 159; vasos de plata: ver Abengibre, Tivissa;
- Plinio* 115, 126, 141, 154, 177, 211, 260
- Plomo 109, 173, 174, 176, 211
- Plomos ibéricos con inscripciones 199, 235
- Plumbum album (estaño) 211
- Po, río 86
- Población castellana 291, 293
- Población española en la época romana 260



- Poblados neo-eneolíticos 68, 69, 79 (castros neolíticos portugueses); almerienses de la Edad del Bronce: 102; de la Edad del Hierro, céltico: 140; ver Castros célticos; poblados ibéricos: XVII (investigación): 160; ibero-célticos del Bajo Aragón: 347, 348; (cronología), láms. LXV, LXVII; ilergetàs y bergistanos: LXVI, LXVIII, LXIX
- Poblamiento en la época visigoda 273
- Poblamiento en la época musulmana 277
- Poemana, diosa 130
- Poesía árabe-andaluza 331
- Poisson*, L. 179
- Poisson*, G. 75, III
- Pokorny*, J. XX, 141
- Polá de Lena 16, 128
- Polibio* 196, 216, 237, 252, 256
- Policrates* de Samos 217
- Poitiers, batalla de 234, 304
- Política, filosofía: 316, 317; teoría: 290
- Polledrara, tumba della 222
- Pollensa 85
- Polonia 33
- Pompeyo*, Cneo (padre de Pompeyo el Grande) 260
- Pompeyo* el Grande 293
- Ponferrada 17
- Pons II
- Ponsell*, F. III
- Pont de Molins (tesoro de monedas) 206, 222, 228
- Pontes de García Rodríguez, ver Puentes de García Rodríguez
- Pontevedra 30, 112, 137
- Porcar*, J. V. 55
- Port de la Selva 194
- Port Vendres 185
- Portalegre 17, 27, 46
- Portugal, investigación XIV y sig.; museos: XX y sig.; síntesis: XXV, XXVI, 350; geografía 3 y sig.; paleolítico: 21, 22, 27, 30, 39, 337; mesolítico: 45, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 58, 59, 60; neo-eneolítico y bronce: 63, 64, 66, 72, 76, 78, 80, 81, 87, 90, 94, 96, 97, 98, 100, 101, 105, 112, 113, 115; celtas, lusitanos, etc.: 123, 126, 127, 134, 135, 136, 137, 138, 145, 148, 150, 151, 156, 164, 342, 343, 350, 351; escarabeo de Psamético: 175, 180; minería portuguesa del estaño y comercio con los tartesios: 137, 138; caminos de comercio desde Andalucía: 175; Portugal en el Periplo: 189; en Herodoto: 224; vasos griegos de Kertch (Alcacer do Sal): 231, 249; época romana: 261, 263; Edad Media: 276, 279, 280, 281, 287, 288, 350
- Portugal, condado de 280
- Portugal, reino de 280, 281, 287, 288, 321, 324, 325, 326, 336; celtas en la formación de Portugal: 280; lusitanos en id., id.: 280, 281, 350, 351
- "Portugalia", revista (Oporto XXIV
- Portugueses 335
- Poseidón 227
- Posidonio* 170
- Posthallstättica, cultura, investigación XV, 132, 134, 138, 139, 141, 159, 241, 256, 343, lám. XLI
- Postmícénica, época 108
- Prades, comarca de II
- Prades, sierras de 8, 11, 20
- Prado*, Casiano del XIV
- Praehistorische Abteilung der Staatlichen Museen, Berlín, ver Museo de Berlín
- Praehistorische Zeitschrift, Berlín XXV
- Praga 339
- Pragança, castro de 79, 80



- Prats de Molló 15
Praxiteles 240
Preargárica, cultura 81, 101, 102
Pre-Aunjetic, cultura del 122
"Precapsiense" 31
Prechelense 27
"Préhistoire", Paris XXV
Prematritense 31
Pretendiente a la corona de España 298
Priego, sierra de 6
Prieta, Peña 4
Prieto Vances, R. 326
Princesas ibéricas 161
Principado de Cataluña 330
Priorato, comarca del 59
Prisciliano 266
Privilegios 291, 334
Procuradores 265
Protección de antigüedades XVI, XXII
Protis 18
"Protoneolítico" 47
Protosolutrense 31
Provenza 117, 155, 156, 213
Prudencio 266
Psalms, ver Salmos
Psamético I 174, 175, 183
Pseudo Escítax 224, 245, 248
Ptolomeos 239
Publicaciones periódicas XXIII, XXIV, XXV
Publicanos 265
Puebla de Sanabria 17
Pueblo, el (en Castilla) 332, 333
Pueblos indígenas bajo los dominios romano y visigodo 257, 258, 262, 263, 264, 272
Pueblos del mar 108, 168
Pueblos primitivos de España, paleolíticos 42 y sig.; neo-eneolítico y Edad del Bronce: cap. III; celtas: cap. IV; pueblos no célticos: cap. V, mapas VIII y X; medievales: cap. X y mapas X y XII
Puente largo del Jarama 140
Puente Viesgo 30
Puentelarrá 16
Puentes de García Rodríguez 66, 96, 112
Puerto Blanco 71
Puerto de Menesteo (Puerto de Santa María) 186
Puerto de la Selva 185, 194
Puerto de Santa María 186
Puig y Cadafalch, J. XVII, XVIII, 253, 269
Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet, poblado ibérico) 231, 232, 240, 248, 249
Puig de les Forques (sep. megal.) 92
Puig des Molins (Ibiza, necrópolis cartaginesa) 179, 180, 226, 228, 242, 246; pebeteros: 254, láms. XLIII, XLV
Puig Rodó (sep. megal.) 88, 119
Puig d'en Planes (Vich, necrópolis) 260, 269
Puig-ses-Lloses (sep. megal.) 88
Puigcerdá 15
Puigmal, sierra del 9, 10
Pujol y Camps XIV
Púnicas, guerras primera: 237, 242; segunda: 238, 240
Punt (Africa) 176, 177, 187
Punta Leona 199
Puntas de flecha de base cóncava, cultura portuguesa 80, 81, 120; cultura sahariense: 80, 114
Puntas de flecha de tipo almeriense 71, 84, 95, 96, 119
Punta del Pi (prov. Gerona, (necrópolis céltica) 338
Purchena 20, 301
Purgatorio, puerto del 18
Puymorens, col de 9, 10, 15, 124
Pyle 122
- Q
- Queijo, sierra de 3
Quer 83



- Queralt II
Quinta da Agua Branca (Sta. María de Lobelhe, Portugal) lám. XXX
Quintanas de Gormaz (necrópolis posthallstática) lám. XLI
Quintero, Pelayo XVI, 268
Quintiliano de Montgrony 304
- R
- Rabat 200
Rabs, necrópolis de los 247, 254
Rada y Delgado, J. de D. de la XIX
Rader, G. 211
Rafael Pera 201
Rafael Toro 201, 219
Ramiro I de León 279
Ramiro I de Aragón 301
Ramiro II de León 279, 282, 301
Ramiro II el Monje, rey de Aragón 287, 302
Ramiro III de León 279, 309
Ramiro, infante de Navarra 286
Ramón Berenguer I el Viejo 309, 316
Ramón Berenguer II, "Cap d'Estopes", conde de Barcelona 309
Ramón Berenguer III el Grande, conde de Barcelona 228, 310, 328
Ramón Berenguer IV el Santo, rey de Cataluña-Aragón 287, 302, 310, 328
Ramón Borrell, conde de Barcelona 309
Ramos Folques, A. 344, 345
Ramsés II 211
Rangobé, Miguel, ver Miguel Rangobé
Ransas (sep. megal.) 92
"Rauhtopf" 127
Recaredo 293
Reconquista 23, 262, 284, 285, 288, 289, 299, 300, 302, 303, 307, 323, 329, mapa XII
Redeyef, cuevas de 69, 73
Redal, El (necrópolis céltica) 125, 140, 341, mapa V
Redobán 193, 214
Regio 188
Reichhold 246
Reinos de taifas 309, mapa X
Reinosa 8, 16, 130, 282
Relaciones cordobesas con Cataluña 308
Edad del Bronce: 105 y sig.: en la Edad Media 327
Relaciones de la Península con el Mediterráneo: 93 y sig., 118 y sig.; con el Occidente de Europa: 93 y sig., 112, 118 y sig.; en la Edad del Bronce: 105 y sig., 118, 122; en la Edad del hierro con las Islas Británicas: 137, 143; con la Bretaña: 137
Relieve peninsular mapa I, capítulo I
Religión eneolítica 100, ver Idolos
Religión ibero-tartesia 161, 166
Religiones prerromanas 265
Religiones primitivas XXI
Remigia, cueva 41, 56
Remedello, cultura de 66, 86
Renacimiento 281, 312, 313, 314
Renacimiento carolingio 307
Representación nacional 290, 291
República, La 290
República de Andorra 295
República catalana 318
República romana, ver Romana, República
Republicano, régimen 317
Requena 19
Requiaró 291
Restauración borbónica 298
"Retorted painter" 231
Reus XXIII
Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid XXIV
Revista de Catalunya XXIV
Revista Internacional de los Estudios Vascos, S. Sebastián XXIV



- Revista de la Sociedad Española de Amigos del Arte, Madrid XXIV
Revue Archéologique, Paris XXV
Revistas, ver Publicaciones periódicas
Rey Católico, ver Fernando el Católico
Reyes ibéricos 160
Reyes, Libro de los 169
Reyes Católicos 288, 291, 303, 325, 332, 334
Reygasse, M. 32, 56
Rhat 56
Rhin 67, 95, 98, 122, 125, 127, 128, 132, 133, 142, 340, 341, 342, 343, mapa IV
Rhodanusia, ver Rodanusia
Rhode (Rosas) (colonia griega) 185, 225, 226, 228: monedas: 226, 228, 246, 344
Rhön 133
Riaño 16
Ribadeo 16, 143
Ribagorza 9, 10, 153, 296
Ribagorza, condado de 298, 300, 302, 303, 304
Ribeiro, C. XIV, XV, XIX
Richard, T. A. XVIII
Riera, cueva de la 53, 58
Riner, cueva de (mina de cobre) 104
"Ringwall" 136
Rio de Oro 200, 224
Rioja, La 4, 8, 12, 125, 130, 140, 296
Ripoll II
Ripoll, monasterio de 309
Ripollés, comarca del 153
"Rippenkrateren" 232
Risco, Vicente XVIII
Riss (tercer periodo glacial) 54
Ritos y magia paleolíticos 44
Robla, La 16
Rocha, J. dos Santos XV
Roche Blanche, caverne de la 88, 89
Roda de Ribagorza 300
Ródano, río 67, 84, 85, 86, 89, 92, 123, 132, 133, 155, 156, 157, 158, 165, 185, 209, 340
Rodanusia 185, 209
Rodas 212
Rode, ver Rhode
Rodesia 56, 57, 337
Rodios 168, 185, 208, 209, 225
Rodrigo, conde de Castilla 282
Rodrigo, rey visigodo 273, 274, 275, 293
Rodrigo Díaz de Vivar, ver Cid Campeador
Rodríguez de Berlanga, ver Berlanga
Rojo, mar 176, 187
Rollos 201
Roma 162, 164, 196, 215, 216, 236, 239, 264, 267, 272
Romana, cultura 265, 266, 326, ver Arte romano
Romana, conquista 257 y sig.
Romana, República 196, 258, 259 267
Romanas, tradiciones 263, 271, 272, 277, 278, 309
Romani, A. XIV
Románicas de España, lenguas 308
Romano-cristiana, cultura, ver Cultura romano-cristiana
Romanelli, cueva 42
Romanización 165, 166, 256, 260 y sig., 321
Romanos 22, 23, 134, 135, 196, 236, 252, 255; conquista romana de España: 160, 238
Romeral (Antequera) (sepulcro de cúpula) 94, lám. XXXII
Römhild 133, 141
Römisch-Germanisches Zentralmuseum, Maguncia, ver Museo romano-germánico de Maguncia
Roncal, valle del 7
Roncesvalles, derrota de Carlomagno 294, 305



- Roncesvalles o Ibañeta, puerto de 15, 22, 294, 305
Ronda, serranía de 6, 275
Roquízal del Rulío, poblado del (Fabara, prov. de Zaragoza) 125, 126, 142, 341, 347, mapa V
Rosas 185, 190, 225, 228, 241, 246, 260, 261; colonia griega: ver Rhode
Rosas, golfo de 185, 225
Rose, río (Ródano) 185
Rosellón 10, 124, 133, 155, 157
Rosellón, condado de 303
Rotura, "castro" de 56, 57, 337
Rotura da Pena, "castro" de 79, 80
Rubi, necrópolis laietana de Can Fatjó 240, 241, 253, 260, 268, lám. LXVI
Rubín de la Borbolla, Daniel XXVIII
Rubio de la Serna, J. XV
Rumania 34
Rumpf 213
Rusia 38
Russan 89
Russell Cortez, Fernando 59
Rutilio Numaciano 264
- S
- Saavedra, E.* XIV, XVI, XVIII
Saba 178
Sabadell (necrópolis céltica) 339
Sabinar, poblado del 63
Sablon, grotte du 89
Saboya 62
Sacili Martialis 126
Sacrificios humanos ibéricos 161
Sado, río 138, 150, 175
Saelices 40, 43
Saetabis (Játiba) 160, 241
Sagnac, Ph 177
Sagra, La 6
Sagunto 20, 129, 160, 203, 221, 238, 245; monedas ibéricas: 241, 251, 255; guerra con los cartagineses: 151, 260, 268, 301; excavación: XVIII
Sahagún 16
Sabara 32, 33, 39, 42, 49, 52, 53, 55, 70
Sahariense, cultura 69, 69
Saharienses, pueblos 70, 73
Sahariano-bereber, tipo antropológico 73, 74
Said 276, 305, 306
Saida, cueva de 69
Saint Bertrand de Comminges 165
Saint Blaise (Bouches du Rhone) 191
Saint Fiacre 95
Saint Germain, Museo de XXI
Saint Jean de Pié de Port 15
Saint Louis (necrópolis), ver Byrsa
Saint Vallier (sep. megal.) 91
Saint Veredème, gruta de 89
Sainte Anastasie 89
Sainte Eugénie (sep. megal.) 89, 91
Sainte Monique, necrópolis de 254
Sajones 305
Sajonia 98
Sajonia-Turingia, cultura de 86
Salacia (Alcacer do Sal) 148, 262
Safado, batalla del 311
Salamanca 17, 45, 63, 65, 130, 134, 151
Salamó 65, 66, 69, 87, 128
Salardú 124, 164
Salardunum 124, 164
Saſauris (Salou) 185
Salem-Koberstadt, cultura de 340, mapa V
Salinas, Las 107
Salines, Les (talaiots y santuario indígena) (Mallorca) 245, láms. XXXVII, XXXVIII
Salines-Campos (Mallorca) láms. XXXVII, XXXVIII
Salins d'Hyères 209
Salmanasar V 172
Salmos 179
Salobral 193, 214
Salomón de Jerusalén 169, 176, 177, 178



- Salpensa 126
Saltés, isla de (Cartare) 126, 170,
ver Cartare, isla de
Salvacañete, tesoro de 259, 268
Salzadella (prov. de Castellón)
339, lám. XL
Samos 183, 184, 208
Samuel, ver Omar-ben Hafsun
San Antíoco, isla de 172
San Antonio, cabo 209
San Antonio de Calaceite (poblado
ibérico) 232, 235, 244, 251,
348, lám. LVII
San Antonio el Pobre (La Luz) (san-
tuario ibérico), ver Luz, La
San Blas (poblado) 64
San Cristóbal (Mazaleón, prov. de
Teruel) (poblado y sepulcros)
126, 339, 347, 348
San Isidro (Madrid) yacimientos
paleolíticos: 27, 29, 53
San Julián de Ramis solutrense:
36: pirenaico: 88
San Justo, sierra de 7, 19
San Lorenzo (prov. Jaén) 46
San Martín de Ampurias 190
San Martín de Valdeiglesias 18
San Martinho (Cintra) (sepulcro de
cúpula) 79, lám. XXIX
San Miguel de Liria (poblado ibérico)
ver Liria
San Miguel de Sorba (poblado) ver
Sorba
San Pedro, sierra de 5
San Sebastián XXI, XXII, 15
San Sebastián (isleta de Cádiz) 171,
177, 190, 217
San Vicente, cuevas artificiales 85
San Vicente, puerto de 17
Sanary 209
Sánchez, Luis XXI
Sánchez Albornoz, Claudio XVIII,
269, 326, 327, 332, 348, 349
Sancho el Mayor, de Navarra 283,
293, 296, 297, 300, 301
Sancho, el de Peñalén, rey de Navarra
301
Sancho Ramírez, rey de Aragón
301
Sancho IV el Bravo, rey de Castilla
288, 311, 335
Sancho VII el Fuerte, rey de Navarra
297
Sancti Petri, isla de (Cádiz) (con el
templo de Heracles) 177
Sandars, H. XVI, XIX, 267
Sangüesa 7, 142, 206
Sangüesa, valle de 299
Sanlúcar de Barrameda 288
Sant Feliu de Guixols 154, 165
Sant Gregori (Marsá) (taller de la
cueva o balma de) 36, 38, 40,
48, 53, 59
Sant Gervasi, sierra de II
Sant Llorens del Munt, sierra de II
Santa Anastasia de Sàrdara (Cerdeña)
214
Santa Cristina d'Aro (sep. megal.)
91
Santa Cruz (Torres Vedras, Portugal)
337
Santa Cruz, puerto de 17
Santa Eugenia (Mallorca) lám.
XXXVIII
Santa Margarida (Mallorca) lám.
XXXVIII
Santa María, talaïot de ((Mallorca)
lám. XXXVII
Santa María del Espino 40
Santa María de Lobelhe (Portugal)
101, lám. XXX
Santa María de Miralles 71
Santa Olalla 17
Santa Susagna 92
Santa Vittoria di Serri (Cerdeña)
169, 214
Santander XVI, XXI, 4, 16, 30, 34,
47, 63, 116, 130
Santarem 287
Santiago, camino de las peregrinacio-
nes de 19



- Santiago de Compostela 17, 279, 281, 309
Santillana 282
Santimamiñe, cueva de 47
Santisteban del Puerto 259
Santo Domingo, isla de 330
Santo Domingo de la Calzada 19
Santones 127, 128, 342
Santos Júnior, J. dos XVIII, 58, 59, 110
Santos Lugares 267
Santuarios cartagineses 179, 180, 242, 254
Santuarios fenicios, ver Templos de Gades
Santuarios ibéricos y tartesios 161, 190, 199, 203, 204, 214, 221, 233, 235, 250, 251; ibero-romano de Azaila: 60, 268
Saralegui, L. XIII
Sarcófagos antropoides 228, 247
Sárdara, ver Santa Anastasia de Sárdara
Sargón de Akkad 101
Sargón I de Asiria 172
Sarmiento, F. Martins, ver Martins Sarmiento
Sarna 185, 206
Sarno 206
Sarpedón, isla de 245
Sarre, río 342, mapa VI
Sarsa, cueva de la 65, 69, 110
Sartanette, grotte 91
Sartiaux, F. 215
Sataspes 225
Sautuola, Marcelino de XIV
"Sauveterrien" 50
Schefold, K. 246
Schlitz, A. 66
Schmidt, Hubert XIX, 93, 98
"Schnabelkanne" 85, 106, 118
Schuchardt, H. XX, 95, 117
Schulten, Adolf XVI, XVII, XVIII, XX, XXVI, 111, 141, 163, 164, 166, 176, 177, 178, 179, 180, 190, 206, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 216, 217, 218, 219, 221, 222, 237, 252, 254, 258, 267, 329
Schumacher, K. 66, 142
Scopas 240
Scullard, H. H. XVIII
Scutum 140
Sê de Lisboa 143
Seba 178
Sebiliense 38
Sebú, río 200
Sedano 8, 16
Sefarditas 277
Sefes 127, 129, 132, 150, 342, 343, mapas V, VI
Segarra, F. de XVI
Segarra, comarca de la II, 251
Segeda (Belmonte) 244
Segesta 171, 236
Segóbriga, monedas de 252
Segóbriga, cueva de 63
Segorbe 129
Segoveso 133, 142
Segovia 18, 63, 151, 164, 338
Segoyuela, batalla de 274
Segre, cuenca del II, 154
Segre, cueva o balma del (Vilaplana, prov. de Lérida) 339, lám. XI
Segre, río 9, 11, 84
Segura, río 6, 148
Segura, sierra 6
Seixo (Portugal) (sepulcro de corredor) lám. XXVII
Selbisinios 147
Seminario de Estudios Gallegos XVII, XIX, XX, XXVI, 114, 119
Seminario de Prehistoria e Historia Antigua de la Universidad de Barcelona I, XXII, XXIV, 58
Seminario de Prehistoria de la Universidad de Madrid XXIII
Sena (prov. de Huesca) 128, 339
Sena, río (Francia) 95, 97, 121
Sénecas, los 265
Senegal, río 189, 200, 211, 219
Senent, J. J. 220, 221, 248
Senones 127, 342
Sens 127



- Sentenach*, M. XVI
Sentencia arbitral de Guadalupe 315
Señoríos vascos 295, 296
Seo de Urgel 295
Separación de Cataluña, guerra de 326
Sepes 150
Septimania 304, 305, 306, 307
Sepulcros en fosas almercienses: 69, 86; id. franceses e italianos: 85, 86; en cistas no megalíticas almercienses: 118; megalíticos portugueses: 76 y sig., lám. XXV-XXXII; pirenaicos: 83 y sig.; de cúpula: ver cúpula, falsa; en jarras de la Edad del Bronce: 102; ibéricos: 261
Sepulturas, ver Sepulcros
Serapis, templo de (Emporion) 261
Seriñá 38, 40
Serón, cueva del 36, 37
Serpa Pinto, R. de XIV, XVIII, XIX, XXVI, 48, 59
Serra, los 313
Serra Boldú, J. XXI
Serra Hixi 106
Serra das Mutelas 80
Serra y Pagés, R. XXI
Serra dels Quadrats (sep. megal.) 91
Serra-Ráfols, J. de C. XVII, XVIII, XIX, XXV, XXVI, 95, 98, 114, 115, 246, 251, 252, 269
Serra Vilaró, J. XVI, XVII, XXI, 115, 249
Serreta, La (Alcoy) (poblado y santuario ibérico) 161, 232, 233, 234, 250, 251
Serri, ver Santa Vittoria di Serri
Serro do Castelo (Almada do Ouro, Portugal) lám. XXVII
Serro das Pedras (Portugal) lám. XXV
Sertorio 141, 142, 239
Servei d' Investigacions arqueològiques de Catalunya, ver Servicio de Investigaciones arqueológicas de Cataluña
Servicio arqueológico de Cataluña, ver Servicio de Investigaciones arqueológicas de Cataluña
Servicio de Investigaciones arqueológicas de Cataluña XIV, XVII, XIX, XXII, XXVI, 246
Servicios de Investigaciones Prehistóricas de la Diputación Provincial de Valencia XVIII, XXII
Servicio de Investigaciones prehistóricas del Ayuntamiento de Madrid XXII
Sétabis, ver Saetabis
Setefilla 127, 138, 202, 204, 220
Seurros 150
Severo, R. 113
Sevilla XXIII, 5, 17, 22, 30, 126, 138, 148, 198, 202, 220, 262, 287
Sevilla, reino de 276, 319, 320, 321
Sexi (Almunécar) (colonia fenicia fundada en el siglo VII) 170, 173, 198
Siberia 33
Sibuzates 156
Sicana 185
Sicilia 62, 66, 94, 99, 100, 101, 107, 109, 118, 159, 169, 170, 171, 172, 181, 182, 195, 196, 198, 199, 202, 204, 218, 225, 227, 235, 236, 237, 239, 241, 246, 257
Sicilia, guerras de 225
Sicilia, reino de 312, 317, 324
Sicione, tesoro de 190
Siclaví, El 305
Sidamunt 232, 234, 251, lám. LXVI
Sidón 247
Sierra, P. L. XIII
Sierra Leona 200, 219



- Sierra Morena 5, 6, 13, 14, 17, 41, 46, 63, 64, 81, 102, 104, 126, 137, 139, 147, 148, 258, 321, 342
- Sierra Nevada 6, 20, 25, 65
- Sigüenza 18
- Sil 4, 17
- Sileno 227, 248
- Silio Itálico* 211, 266
- Silos láms. LXVI, LXVIII
- Silvestre II*, papa, ver Gerberto
- Síntesis XXV, XXVI, XXVIII
- Siracusa 228, 246
- Siret*, E. XV
- Siret*, L. XIV, XV, XVI, XIX, 53, 82, 93, 95, 111, 180, 212, 220, 229, 247, 249, 254
- Siria 101, 168, 180, 186
- Sirios en la población romana de España: 262; en la población musulmana: 274
- Sirtes 170, 183, 189, 195, 196
- Sitges 69
- Sixos (Sexi, Almuñécar), ver Sexi
- Skogsbo 121
- Sligo 143
- Smithfield, cultura de 57, 337
- Soberanía popular 290, 291, 298, 316, 317
- Sobrarbe 9, 153, 296, 298, 299, 300
- Sobrarbe "reino" de 300
- Sobrino Buñigas* 58
- Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, Madrid XXV
- Sociedad de Estudios Vascos XXIV
- Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia, Oporto XXIII, 54, 59, 337
- Society of Antiquaries of London XXVII
- Society for the Protection of Science and Learning XXIX
- Solá del Pep, cueva del 48, 51
- Solana de la Angostura, cueva de la 63
- Solanelis (Olius), Balma de lám. XXXVI
- Soldevila*, F. 328, 329, 330, 336
- Soldurii 162
- Solia 127
- Soliferreum 138
- Soloeis (Solunto) 170, 171
- Soloeis, cabo (cabo Cantin) 200
- Solórzano Pereira*, J. de 335
- Solsona XXIII, 11, 69, 71, 84, 89, 119, 153, 154, 232, 253, 339
- Solunto 170
- Solutrense 31, 32, 36, 37, 44, lám. II
- Somaén, cueva del 66, 79, 87, 93
- Somalies 73
- Somalilandia 56, 177, 239
- Somme, valle del 54
- Somosierra, La 18
- Somport 9, 15
- Son Homs (Mallorca) lám. XXXVIII
- Son Juliá (Lluchmajor) (poblado de la cultura de los talaiots) lám. XXXVII
- Sorba, poblado de San Miguel de 232, 249, 353, lám. LXIX
- Soria XX, XXI, 18, 19, 27, 63, 66, 125, 130, 141, 338; exploración de la provincia: XVI, XVII; ver Museo Numantino
- Sordones 155
- Sort 15
- Sós del Rey Católico 142
- Sósiño 197, 217, 218
- Sosongo 114
- Sotiates 156
- Sotillo, El (Madrid) lám. II
- Spatharius visigodo 278
- "Spectabiles" 265
- Sprockhoff*, E. 121
- Steinsburg 133, 142
- Setellenbosch, cultura de 56
- Stentinello, cultura de 62
- Stillbay, cultura de 33, 56, 57
- Stilbay de Rodesia, cultura de 57



- Stoichades, islas (islas de Hyères) 209
Stramousse (sep. megal.) 91
Sú 92
Suber 206
"Substratum" étnico y lingüístico primitivo XVIII, 83, 115, 116, 155, 351
Subur 206
Such, Miguel XIV, 59
Sudán 45, 52, 56, 57
Sudeste de España 20, 53, 71, 84, 85, 86, 88, 98, 101, 107
Suecia 121
Sueidia 250
Suessetanos 135
Suessiones 130, 135, 142, 152, 343; ver Suessetanos
Suiza 62, 86, 115
Suevos 136, 272
Suíntila 272, 293
Sulcis (isla de San Antioco, Cerdeña) 172
Suleimán 276, 294, 305
Suñer II, conde de Ampurias-Rosellón 308
Superestructuras 1, 24; romana: 264, 269; visigoda: 272; musulmana: 277 y sig.; estatal: 291, 325
Supersticiones paganas 265
Susa (Tunisia) 170
Sutherland, C. H. XVIII, XXVI, 258, 267, 269
Syme, R. XVIII
- T
- Tabaco, cueva del 65
Tácito 140
Tafalla 141
Taifas, reinos de 331
Tajo, río 2, 5, 12, 17, 18, 28, 47, 49, 64, 76, 80, 126, 148, 319, 321
Talaia Joana 107, lám. XXXVII
Talaiots, cultura de los 113, 117, 168, láms. XXXVII, XXXVIII; investigación: XVII
Talavera de la Reina 17, 18
Tamáricos 152
Tamuda 252, 255, 259, 268
Tanganika 57
Tanit, santuario de (Cartago) 254
"Tanto monta" 335
Tapada, cueva (Benagalbón, prov. de Málaga) 63, 65, lám. XII
Taracena, Blás XVI, XVII, XIX, 140
Tarancón 19
Tarascon (cerca de Mont de Marsan) 155
Tarascon de Ariége 155
Tarascon (valle del Ródano) 155
Tarazona 7, 19, 131, 141, 201
Tarbelios, ver Tarbelli
Tarbelli 156
Tarbes 156
"Tardenoisenses", tipos 65, 87
Tarifa 199, 288, 311
Tarifa, punta de 2, 22
Tarih 273, 303
Tarquino el Soberbio 196
Tarraco (Tarragona) 206, 262, 263
Tarragona XXIII, 8, 19, 20, 36, 38, 48, 147, 154, 164, 185, 209, 228, 234, 241, 303, 338
Tarragona, ciudad romana, ver Tarraco
Tarragona, Campo de 11, 306, 307
Tarrasa (necrópolis céltica de urnas) 338, 339, lám. XXXIX
Tarshish 169, 171, 173, 176, 177, 178, 181
Tarsis, ver Tarshish
Tarsisi, país de 174
Tarsos 169
Tartareu, cueva de Joan d'Os de 65, lám. XI
Tartesia, cultura 127
Tartesias, tierras, base de la Andalucía medieval 286



- Tartesios 133, 143, 145, 146,
147, 148, 149, 157, 158, 159,
160, 161, 171, 172, 173, 175,
176, 182, 224, 244
Tartesios, reyes 182
Tartessos, ciudad 172, 210, 217
Tartessos, país de 149, 169, 176,
177, 180, 181, 183, 184, 186,
187, 188, 189, 190, 198, 206,
211
Tarusates 155
Taruscus 155
Tassili des Ajjers 56
Taurus, montes 132
Tauroeis (La Ciotat o Sanary)
209
Tayaciense 29
Tech, río 10
Tectosages, ver Volcos Tectosages
Teixeira, C. 337
Tejares del Otero 65
Telezzharen 56
Teline, ver Theline
Tell-Atlas 69, 70
Tell-el-Amarna 57
Templos de Gades de Melkarth:
167, 177; de Astarté (Venus
Marina): 177
Templos ibéricos 158, 161; ver
Santuarios ibéricos
Tena, valle de 299
Tène, La, cultura de 132, 133,
141, 142, 165, 203, 240, 243,
253
Teobaldo de Champaña, rey de Na-
varra 297
Teodomiro, reino de 275
Teodorico 293
Teodosio el Grande 265
Teodulfo de Orleans 307
Teólogos castellanos 290
Teoría política medieval 329
Ter, río 11
Tercer Estado 332
Terciaria, época 25, 27
Terón, ver Gerón
"Terra Portuguesa", Coimbra XXIV
Terracina 206
Terra sigillata 344
Terradets, Els, desfiladero de 11
Terranova, 186
Teruel 7, 8, 19, 20, 48, 129, 131,
232, 287, 301, 310, 344
Tesalia 103
Tesoros de monedas, ver Moneda grie-
ga
Tessino, ver Ticino
Tet, río 9, 16
Tetuán 252
Textos antiguos, estudio de los XVI
Thalassocracias 168, 170, 174;
egipcia: 174, 187; fenicia: 170,
172, 174; focea: 181, 183, 184,
186, 187, 188, 189, 190, 192,
214
Tharros 172
Theline (Arles) 209
Tholoi 100
Thompson, H. A. 250
Thouvenot, R. 220
Thule (Escandinavia) 236
Tibesti 57
Tiburos 150
Ticino (Tessino), río 116
Tierra de Campos 3, 16
Tierras cocidas griegas 173, 201,
215, 219, 227, 228, 240
Tierras cocidas de Ibiza 179, 180,
242, 246
Tierras cocidas ibéricas 161
Tierras cocidas helenísticas 242,
244
Tiglath-Pileser I de Asiria 168
Tímeo 207
Timiaterio (Mehedia) 200
Timoleonte de Sicilia 225, 235,
236: victoria del Crimiso sobre
los cartagineses, en alianza con los
massaliotas (341 a. de J. C.)
Tineo 16
Tinto, río 163
Tiranícidas, grupo de los 227
Tiranicidio 317
Tiricas (Tortosa?) 185



- Tiro 168, 169, 170, 174, 178
Tirrenia 184
Tittos 131
Tivisa 41
Tivisa tesoro de monedas griegas e ibéricas: 241, 253; vasos de plata helenísticos: 241, 253
Tobarra, puerto de 18
Toledo 17, 151, 273, 275, 276, 303, 322
Toledo, Cortes de 291
Toledo, monarquía visigótica de 322
Toledo, reino musulmán de 319, 320, 321, 328
Toledo, montes de 4
Tollos, cueva de los 37
Tolosa (Francia). véase Toulouse
Tolosa (país vasco) 15, 16, 156
Tolosa, ducado de 317
Tolosa, marquesado de 300, 301, 306
Tolosates 156
Tomba del General (sep. megal.) 89
Tombe a fosse 85
Torche, La 47
Toro, protomos de (de bronce) 245
Toros ibero-tartesios 192, 203
Torralba chelense: 27-28
Torre Cremada (Valdeltormo, prov. Teruel) (poblado ibérico) 348
Torre d'en Dach (sep. megal.) 88
Torre del Mar 186, 187
Torres, M. XXVI, 269, 326
Torres Vedras (Portugal) 337
Tortosa 8, 12, 146, 147, 185, 276, 287, 306, 310, 319, 320
Tossa 165
Tossal de Jovell (sep. megal.) 91
Tossal de Manises 215, 226; ver La Albufereta
Tossal de les Tenalles (Sidamunt) (poblado ibérico) 232, lámina LXVI; ver Sidamunt
Tossal Redó (Calaceite) (poblado ibero-céltico) 348
Touggourt 42, 70
Toulouse 116, 133, 153, 155, 156, 157, 165, 166
Tours 127
Toya, sepulcro de 231, 249
Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia, Oporto XXIII, XXIV
Tracios 169
Trajano 265
Transcaucasia 34
Transvaal 56
Tras-os-Montes 45, 58, 63, 64, 76, 78, 79, 137
Trasimedes 246
Trastámara, casa de 297, 312, 318
Tratado de Corbeil entre Jaime I y San Luis 308
Tratados romano-cartagineses Primero de 509 a. de J. C.: 196, 216; segundo de 348 a. de J. C.: 236, 252; del Ebro: 252
Tratados de delimitación de la Reconquista aragonesa y castellana 302; ver Tudilén, Cazola, Almizra
Tratados vascos con Inglaterra y con Castilla 295
Treille, grotte de la 89
Tremp, comarca de 11, 154, 300
Trend, J. B. 336
Tres Cabezos, poblado almeriense 71
Tribales, vínculos (entre los iberos) 160
Trifinium 126
Trípoli 56
Triptólemo 230
Troglodytes, grotte des 70
Trompetas de barro de Numancia 159
Trompeteros de Osuna 159
Trou du Viviès, cueva 89
Trou du Loup, cueva 87
Trovadores 307
Troya 108, 168, 171



- Trujillo 17
Tuaregs 73
Tubino, F. XV, XIX
Tucidides 217, 218
Tudela 7, 19, 135, 141, 142
Tudía, sierra de 5
Tudilén, tratado de 287, 302, 310
Tugía (Peal de Becerro) 231
Tule, ver Thule
Tumba, cultura de 57
Tumbas de los Gigantes (Cerdeña) 106
Túmulos, cultura de los 339, 340
Túnez 38, 42, 55, 56, 69, 70, 73, 167, 169, 170, 176, 255
Turba 161
Turcos 22
Turdetanos, ver Tartesios; en la formación de la Andalucía medieval 275, 278, 319, 320, 321
Túrdulos 147
Turégano 335
Turena 127, 342
Turjasso 131
Turingia 97, 98, 121, 127, 347
Turingia, selva de 133
Turma salluitana 162, 260
Turmódigos 128
Turmogum 128
Turóbriga 128
Turodi 128
Turolenses 129
Turones 128, 129, 342, 344, mapa VI
Turquesa 95
Turt 206
Tútugi (Galera) 201, 220; ver Galera
- U
- Ubeda 20
Uclés 63
Ucrania 35, 38
Ufa o Ufas 176, 177, 219
Ullá, cueva de (prov. de Gerona) 338
Ultrapirenaica, política (de los condes de Barcelona) 286
Unidad de España 324, 325, 326, 337
Unidad peninsular 23, 24, 271
Unificación política 325, 331
Unitarismo 326
"Unión" aragonesa 302
Unión de Cataluña y Aragón 302, 310, 317
Unión de las Coronas de Aragón y Castilla 291, 302, 335
Unión Sudafricana 56, 57
Universales, montes 7
Universidad Autónoma de México XXVIII, XXIX
Universidad de Barcelona XVII, XIX, XXI; cátedra de Prehistoria: XXIII
Universidad de Lisboa, cátedra de Prehistoria XXIII
Universidad de Madrid, cátedra de Prehistoria (Historia primitiva del hombre) XXIII
Universidad del Mar de Sagres 312
Unstan 96, 120
Urtios 169
Urbasa, sierra de 88, 90
Ure, A. D. 250
Urgel, alto 10, 304
Urgel, condado de 298, 303, 306
Urgel, diócesis de 304
Urgel, llanos de 8, 11, 123, 147, 154, 232, 234, 251, 304
Urcia, J. XIX, 140
Urnas, cultura de las 101, 105, 123, 124, 138, 141, 156, 165, láms. XXXIX, XL, mapa IV; etapas cronológicas: 338, 341; pueblo: 123, 124; investigación de las necrópolis: XVII
"Urnfelder" 109, 123, 125, 140, 142
Urraca 286, 287, 302
Urtg 83
Usatges 316
Utica 167, 169, 172, 176



- Utiel 19
Utrecht, paz de 319
Uxama (Osma) 264
- V
- Vacceos 130, 134
Vadinienses 152
Vajilla de plata 259; ver Plata, vasos de
Val de Junco 46
Valcarlos 15
Valdeganga 139
Valdegobia 8
Valdejunquera, batalla de 282
Vale das Lages, sepultura de 50, 60, 65, 78, 79, 114
Valencia XXIII, 12, 19, 20, 36, 37, 40, 41, 46, 68, 69, 72, 129, 138, 139, 143, 146, 159, 203, 228, 230, 232, 234, 235, 241, 260, 262, 282, 301, 344
Valencia, estado del Cid 285, 286
Valencia de Alcántara 17
Valencia, reino de XVII, 287, 288, 302, 310, 311, 312, 317, 318, 319, 320, 324, 326, 328
Valentia (Valencia) 262
Vall de la Cabrera (Calaceite) (pobladors ibero-célticos) 347
Valle de Arán, ver Arán
Valladolid 16, 18, 130
Vallés, comarca del 11, 154
Vallespir 10
Valletes, Les (Sena, prov. de Huesca) 339
Vallmanya 89
Vallois, H. V. 52, 60, 111
Valls 20
Valls Taberner, F. 329, 330
Valltorta, barranco de la 41, 64
Valmaseda 16
Valois, H. V., ver Vallois, H. v
Valverde de Júcar 19
Vándalos 272, 321
Vandeliós 41, 59
Var (departamento) 91
Vasates 156
Vasca, lengua, véase Euzkera
Vasco, país XV, XIX, 8, 12, 84, 87, 88, 141, 142, 164, 324
Vasco-francés, país 295
Vascones 130, 135, 152, 153, 163, 272, 324
Vasconia 293
Vascos 23, 58, 68, 82, 83, 111, 116, 135, 138, 146, 152, 153, 164, 285, 292 y sig., 306, 329; en las empresas castellanas 297, 298
Vaso campaniforme, cultura del 65, 67, 72, 77, 79, 80, 81, 84, 86, 88, 89, 91, 96, 98, 99, 110, láms. XIII, XIV, XVI, XX, XXXV, XXXVI; estilos y etapas cronológicas: 65, 66, 83 y sig., 98, 99; "beaker-folk": 99, 110; extensión en Europa: 86; antropología: 74, 75
Vasos de metal, ibéricos 159; ver plata, vasos de
Vasseur, G. 213
Vaucluse (departamento) 89
Vaufrey, R. 39, 54, 55, 62, 69, 110, 111
Vega del Sella, conde de la XIV 53, 58
Velate, puerto de 15
Velegienses 152
Veleio Patérculo 167
Vélez, río 186
Vélez Blanco 71
Vélez Málaga 6, 20, 187
Vélez Rubio 63, 64, 65
Velia 188, 211
Velilla de Ebro 262
Vellocasses 130, 343
Venezuela 336
Ventaniella, puerto de la 16
Venus Marina 177
Verdolay 201, 220
Verdú 123
Vergara 16



- Vergós* 313
Verín 17
Verner, W. XIV
Vestergotland 121
Vettonos 128, 151; en el reino de Badajoz 315
Viana, príncipe de, ver Carlos de Viana
Vías romanas, estudio de las XVIII, 21
Vich XXIII, 11, 88, 89, 153, 306; ver *Ausona*
Vicor, sierra de 7, 19
Victoria, reina de Inglaterra 210
Victoriacum (Vitoria) 293
Vidal, L. M. XIV, XV
Vidrio, vaso con pseudo-jeroglíficos de La Aliseda 220
Vidrio, perlas de, Edad del Bronce 57, 105, 122; cartaginesas: 245, 248
Vidrio, vasitos fenicio-cartagineses 191, 192, 202
Viera, galería cubierta de (Antequera) lám. XXXII
Vigne-Perdue, grotte de la 89, 117
Vignemale, pic de 9, 299
Vila, P. 24
Vilallonc, El (Calareite) (poblado ibérico) 105, 348
Vilanova y *Piera, J.* XIV, XV, XIX
Vilaró, El (Olius) (llamado también *Anseresa*) (poblado bergistano) 232, 249, 338, láms. LXVIII, LXIX
Vilars (Espolla, prov. de Gerona) (necrópolis céltica) 338
Vilaseca, Salvador XIV, XVII, XIX 53, 59, 111, 338, 344
Vilassar 71
Villa Cisneros 200
Villacarrillo 194, 203, 267
Villacastín 18
Villafranca del Bierzo 17
Villafranca del Panadés XXIII
Villanueva de Córdoba 122
Villanueva del Duque 126
Villanueva y Geltrú XXIII
Villarcayo 4, 8, 16
Villarreal, sepulcro de 86
Villares, Los (tesoro) 259
Villaricos (minería y comercio eneolítico) desde su región: ver *Almizaraque* y *Plata* (minería de la); puerto de exportación del metal en la época fenicia (siglo VII): 173, 180; núcleo indígena: 173; comercio griego: 192, 194, 202; ataque indígena a la colonia fenicia: 196-197, 217, 220; hallazgos cartagineses y colonia de Baria: 202, 220, 226, 229, 247, 248; poblado ibérico y comercio griego: 230, 231, 232, 242, 243, 247, 249, 254, 255
Villena 5, 19, 194
Villeneuve de Berg, grutas de 88, 89
Vinalapó, río 146, 149
Vinuesa (prov. Soria) (fondo de cabana) 140
Virgen, sierra de la 7, 19
Viriato 134, 267
Virodunum 123
Virreyes 318
Visedo, Camilo XVI, 250, 251
Visigoda arqueología: XIX; dominación: 326; monarquía: 272; unidad: 273
Visigodos 23; invasiones: 261; 272, 275, 278, 280, 288, 293, 321
Vitoria 15, 16, 130, 293
Vitoria, P. Francisco de 298
Vitrubio 216, 217
Vives, Luis 314
Vives y Escudero, A. XVI, 93, 179, 180, 213, 246, 254
Vizcaya 4, 130, 152
Vizeu 17, 276
Viedder-Bonninghardt, cultura de 126, 341, mapa V
Vocates 156



Vogelsberg, montes 133
Volcanismo en España 25
Volcos 127, 128, 133, 165, 166,
342
Volcos Tectosages 153, 156
Volcos Arcómicos 158
Vouga, río 148
Vulci 222

W

Wackernagel, J. XX
Waitz, J. 329
Walies, 275, 305, 306
Wamba 272
Warmington, E. H. 210, 211, 219,
222, 237, 245, 249, 252
Wen-Amón, papiro de 168
Wernert, P. XIII, XIV, 29
Wessenstedt, cultura de 125, 340,
341, mapa V
West, L. C. XVIII
Westerwald, montes 132
Westfalia 124, 125, 126, 128,
129, 340, 342
Whitaker, J. 179, 180
Wifredo I, conde de Barcelona 308
Wigtownshire 120
Wilcken, U. 218
Wilke, G. XIX
Wilsdorf, D. XVIII
Wilton, cultura de 47, 57, 58
Windmill-Hill 95, 96, 99, 119
Wssowia 211, 267
Witiza, hijos de 273, 274
Witizanos 274
Woolley, C. L. 250

Wulsin, F. R. 54, 55, 56, 58, 110
Würm (cuarto periodo glacial) 29
Würzburg, papiro de 218

Y

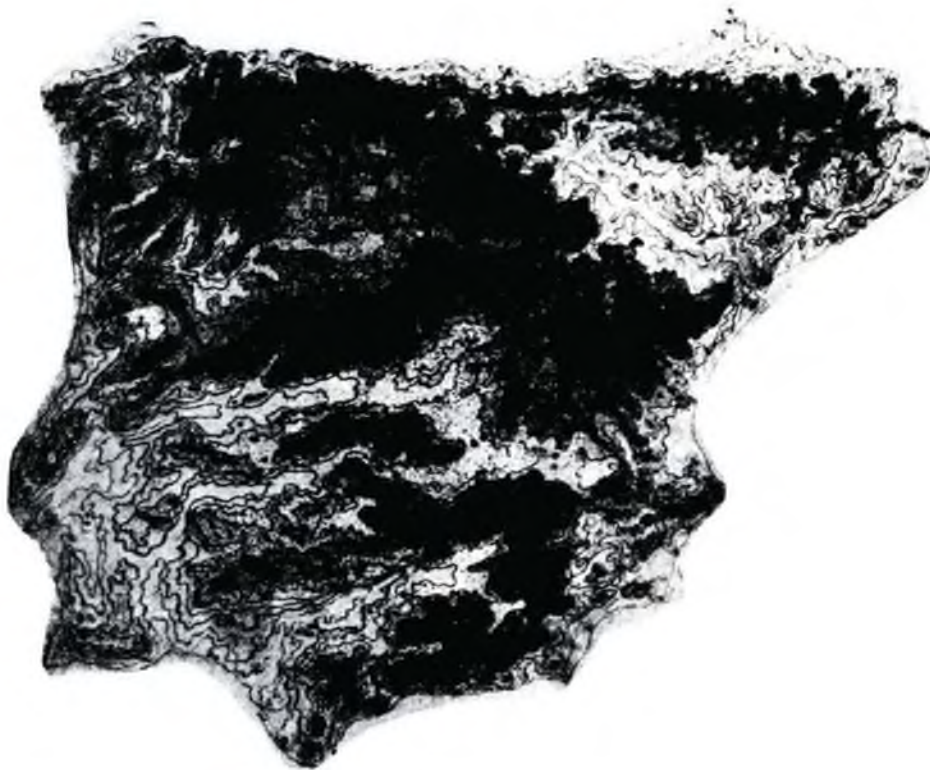
Yecla XXIII

Z

Zadorra, río 16
Zájara, cueva de la 30, 36
Zakaras 168
Zalamea la Real 17
Zama 304
Zambezi 56, 57
Zamora 17, 128, 137, 151
Záncara, río 5
Zankla 184
Zaragoza XXIII, 7, 8, 19, 20, 48,
131, 146, 275, 276, lám. LXX
Zaragoza, reino musulmán 285,
287, 299, 301, 302, 304, 305,
309, 319, 320
Zeiss, H. XIX
Zenón de Elea 188
Zervos, Ch. 330
Zeus de Olimpia 232, 246
Zobel de Zangróniz, J. XVI
Zoelas 150
Zonas de influencia griegas y cartagi-
nesas 186, 198, 199, 205,
216, 218, 236, 237, mapa IX
Zuberoa 295
Zuera, montes de 7, 131
Zurgaina (sep. megal.) 90
Zuria, Jaun, ver Jaun Zuria
Züschen 121



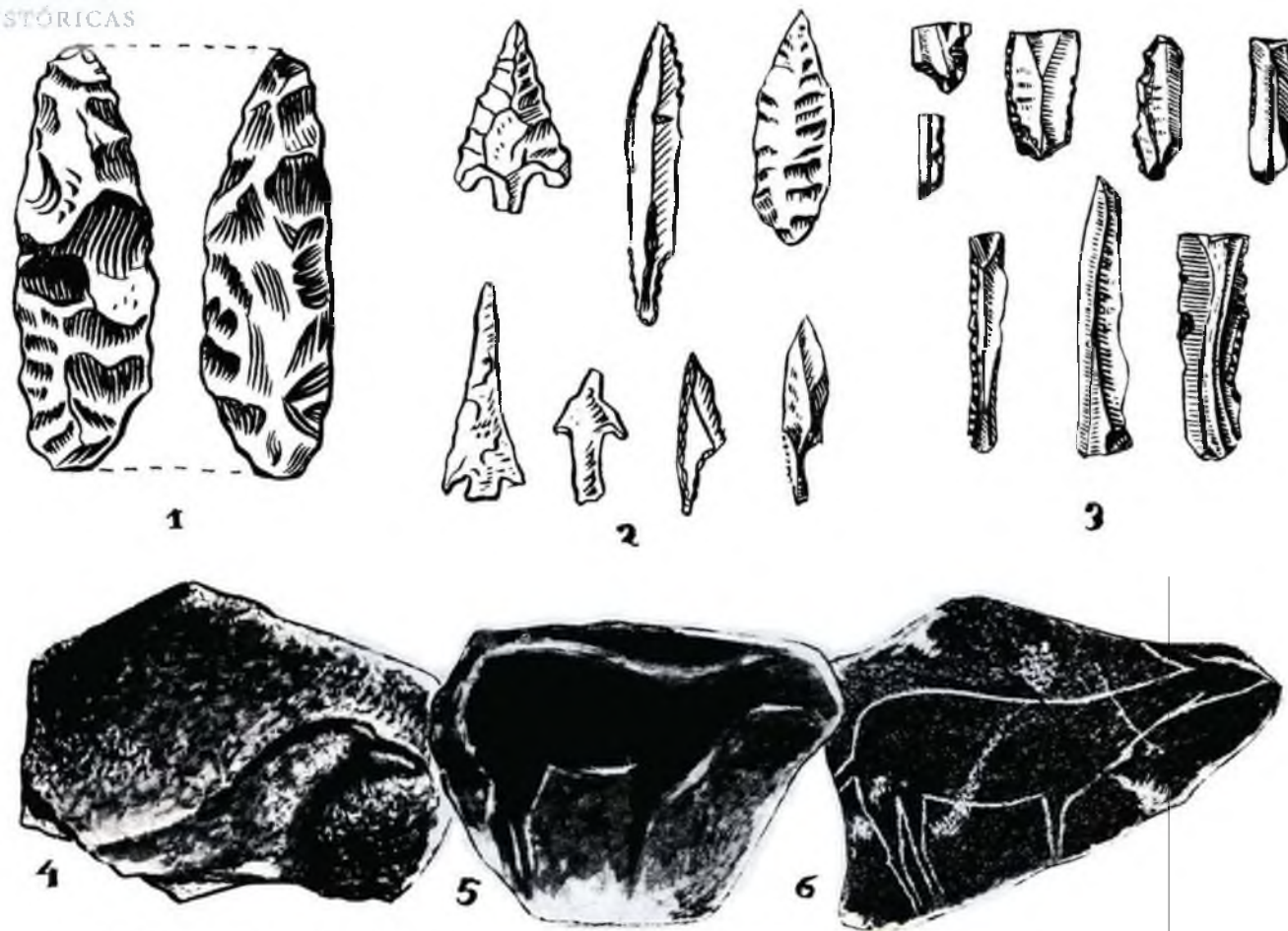
LAMINA I



El relieve de la Península Ibérica

Curvas de nivel de 50, 100 y de 100 en 100 metros, hasta 1.000

(Croquis Bosch.)



Utilería paleolítica del centro y sur de España 1. Punta tenuifoliada esbaikiense de El Sotillo (Madrid). 2. Puntas de flecha del nivel solutrense de la cueva del Parpalló (Gandia, Prov. de Valencia). 3. Hojas capsienenses de dorso rebajado de la cueva del Hoyo de la Mina (Málaga). 4-6. Plaquitas pintadas (4-5) y grabada (6) de la cueva del Parpalló (Gandia, Prov. de Valencia)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Pinturas rupestres cantábricas
Bisonte y elefante de la cueva de Pindal (Asturias)
(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Pinturas rupestres de la cueva del Castillo (Puente Viesgo. Prov. de Santander)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Pinturas rupestres de la cueva de la Pileta (Benaoján. Provincia de Málaga)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")

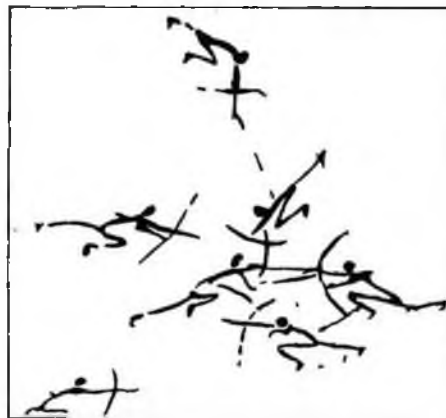


Pinturas rupestres de la roca de Minateda (Provincia de Albacete)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")

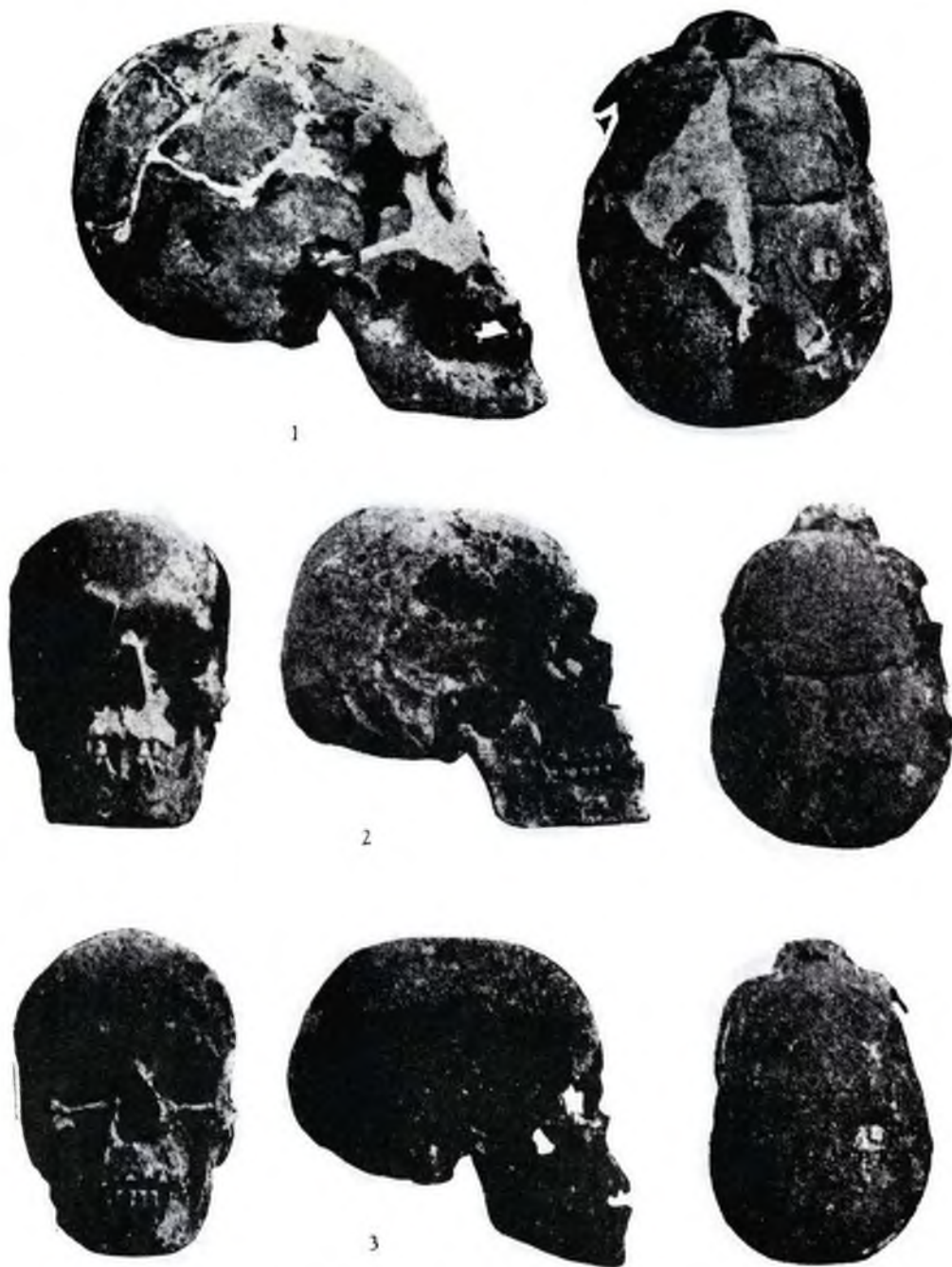


Pinturas rupestres con danza ritual de Cogul (Provincia de Lérida)



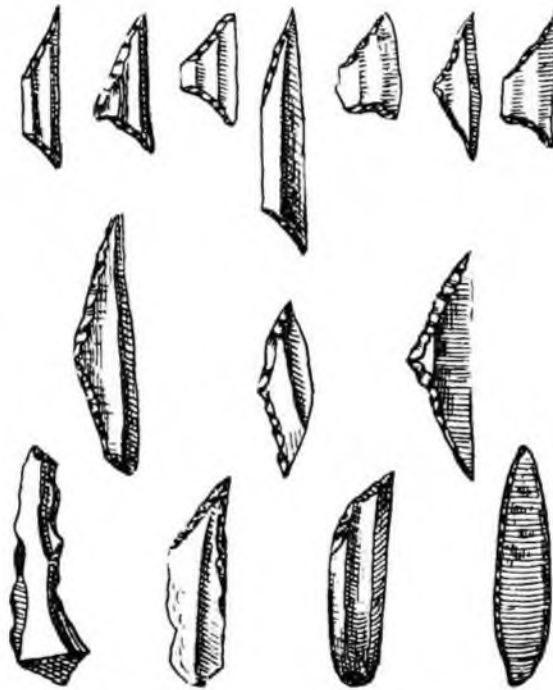
Un combate de Morella (Prov. de Castellón)

(De Pericot, "Hist. de Esp." y Obermaier-García Bellido, "El Hombre Prehistórico".)



Cráneos mesolíticos de los concheros de Muge (Portugal)

1. Braquimorfo (cráneo Núm. 1). 2-3. *Homo tapanus* (cráneo masc. Núm. 6 y fem. Núm. 5)
(Fot. Mendes Corrêa.)



Utillaje mesolítico

1. Sílex microlíticos de los concheros de Muge (Portugal, capsense superior).

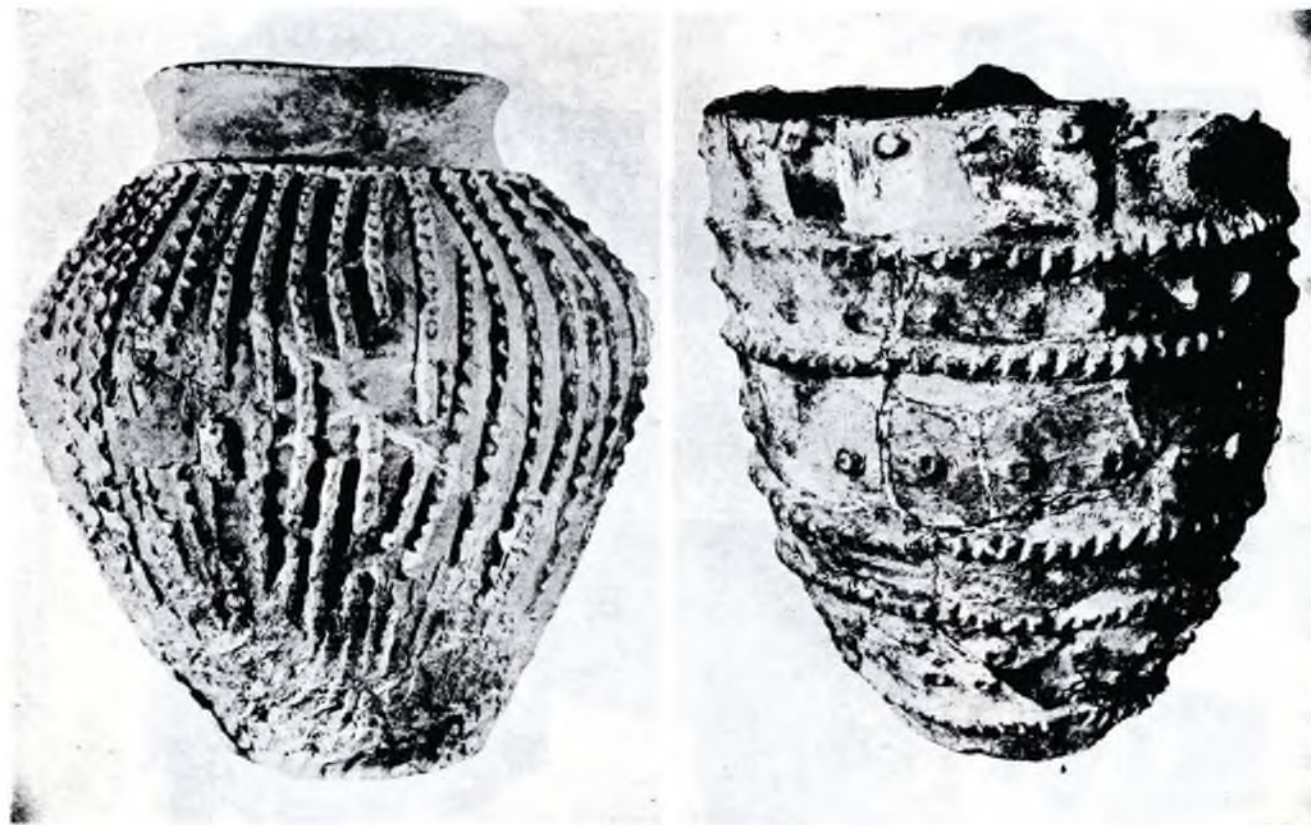


2. Pico asturiense de la cueva del Cueto de la Mina (Asturias)
(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Las pinturas rupestres eneolíticas de Peña Tú (Vidiago. Asturias)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



1

2

Cerámica de la cultura de las cuevas de Cataluña (etapa eneolítica de 2.500-2.300 a. de J. C.)
1. Cueva de Joan d'Os de Tartareu (Prov. de Lérida). 2. Balma del Segre (Vilaplana, Prov. de Lérida)
(De Pericot, "Hist. de Esp.")



1



2



3



4

Cerámica de la cultura de las cuevas de Málaga (2.700-2.500 a. de J. C.)
1-3. Cueva del Hoyo de la Mina (Málaga). 2. Cueva Tapada (Benagalbón. Prov. de Málaga)
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



LAMINA XIII



Cerámica del vaso campaniforme I de Ciempozuelos
(Prov. de Madrid. 2.700-2.500 a. de J. C.)
(Fot. Museo Arq., Barcelona y Bul. Ac. Hist.)



1



2

*Cerámica del vaso campaniforme I de Ciempozuelos y de Cataluña
(2.700-2.500 a. de J. C.)*

1. Cazuela de Ciempozuelos (Prov. de Madrid); 2. Vaso campaniforme de la cueva
del Cartanyà (Vilaverd, Prov. de Tarragona)

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



1



2



3



4

Cerámica de las cuevas del Montserrat (Cataluña). con decoración cardial
(2.500-2.300 a. de J. C.)

1. Cova Freda. 2-4. Cova Gran.

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



1



2



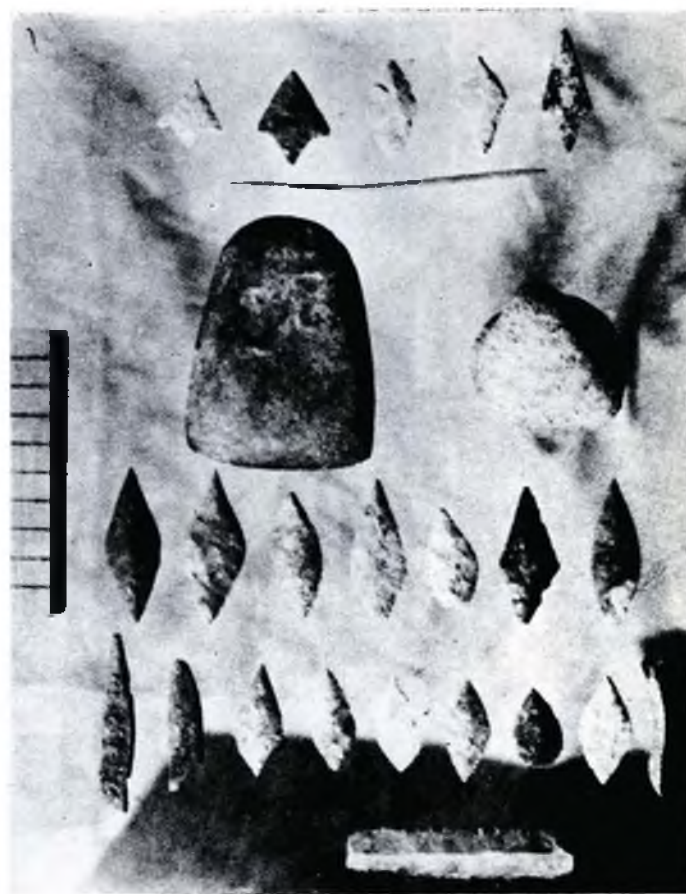
3

Cerámica de las cuevas catalanas, con decoración cardial (2.500-2.300 a. de J. C.)
1. Cueva de Can Pascual (Castellví de la Marca, Prov. de Barcelona). 2. Cerámica
cardial de la capa baja del Forat del Pany (Pontons, Prov. de Barcelona). 3. Vaso
campaniforme II-b de la capa superior del Forat del Pany (Pontons, Provincia
de Barcelona)

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



1



2

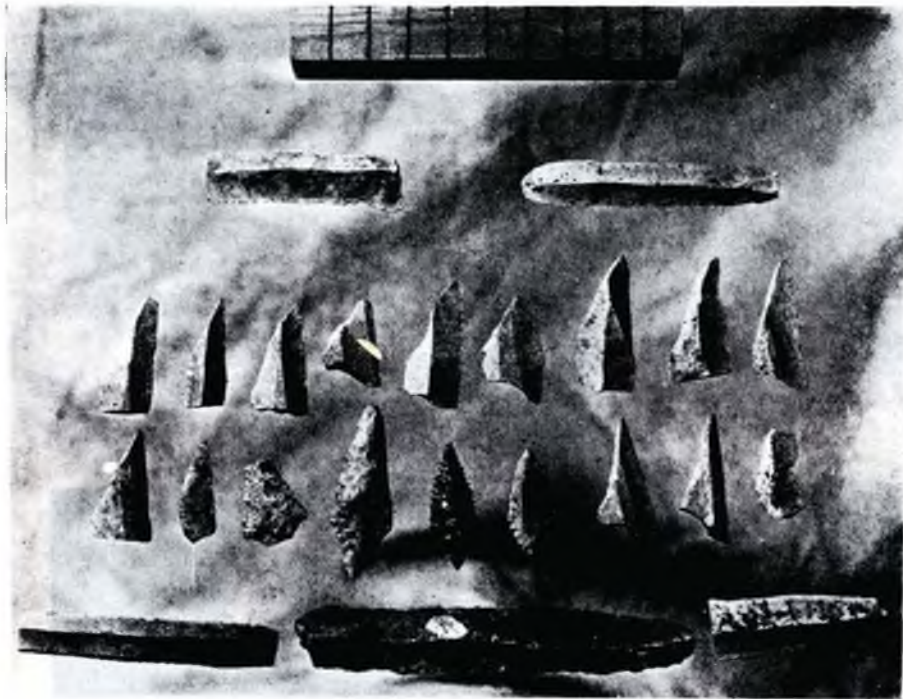
Cultura de Almería

1. Etapa primitiva, segundo grupo (3.000-2.700 a. de J. C.) Hallazgos de la sepultura de Fuente del Lobo. 2. Etapa de transición a la cultura de Los Millares: primer grupo (2.700-2.500 a. de J. C.) Sepultura de la Loma del Cumbre

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



LAMINA XVIII



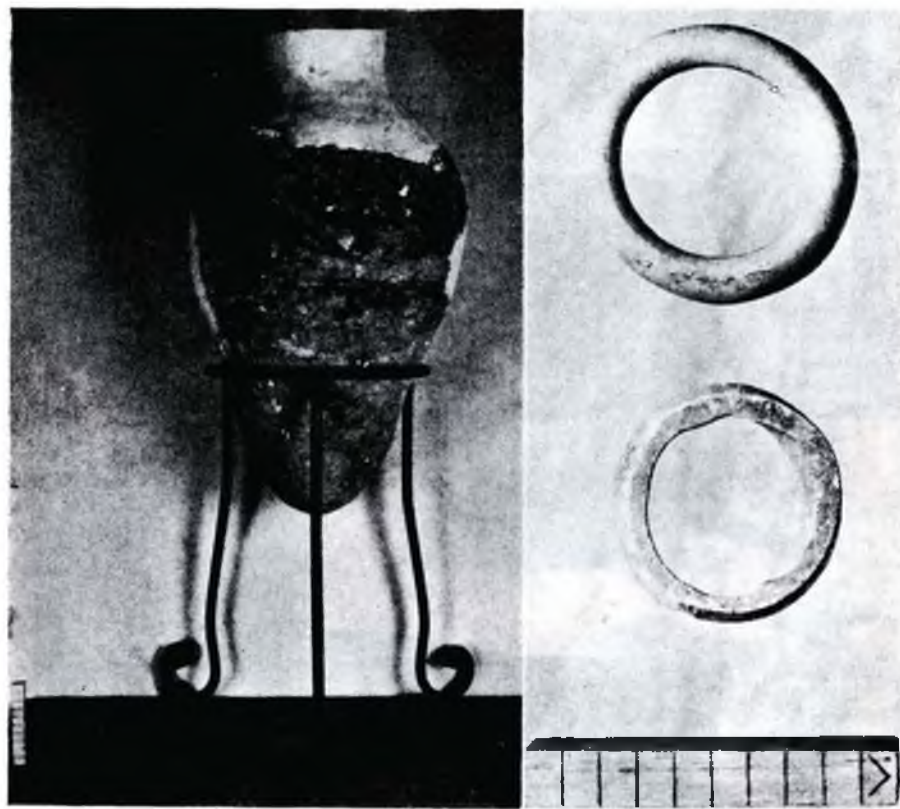
Cultura de Almería

Etapa de transición a la cultura de Los Millares: primer grupo (2.700-2.500 a. de J. C.)
Sepultura de Huércal

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



LAMINA XIX



Cultura de Almería

Etapa de transición a la cultura de Los Millares: primer grupo (2,700-2,500 a. de J. C.)
Tinaja del poblado de El Gárcel y brazaletes de pectúnculo de la Mina Diana (Herrerías)

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



Cultura de Almería

Etapa de transición a la avanzada de Los Millares: segundo grupo (2.500-2.300 a. de J. C.) 1. Fragmentos de cerámica del vaso campaniforme II del poblado de Los Millares (casa 1).—Etapa avanzada de Los Millares (2.300-2.100 a. de J. C.). 2. Vaso campaniforme III (Los Millares, sepultura 3). 3. Vaso campaniforme III (sepultura del Llano de la Atalaya (Purchena). 4-5. Estatuillas de alabastro (poblado de Almizaraque, Herrerías) (Tam. nat. apr.)

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)

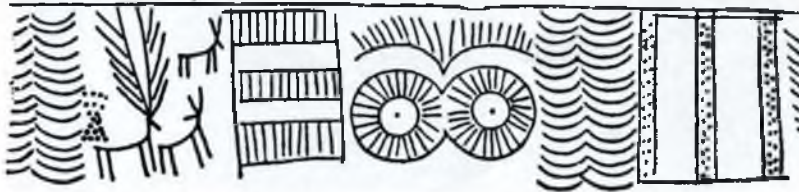


Cultura de Almería

Etapa avanzada de Los Millares (2.300-2.100 a. de J. C.) Hallazgos de las sepulturas 57(1) y 10(2) de Los Millares
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



1



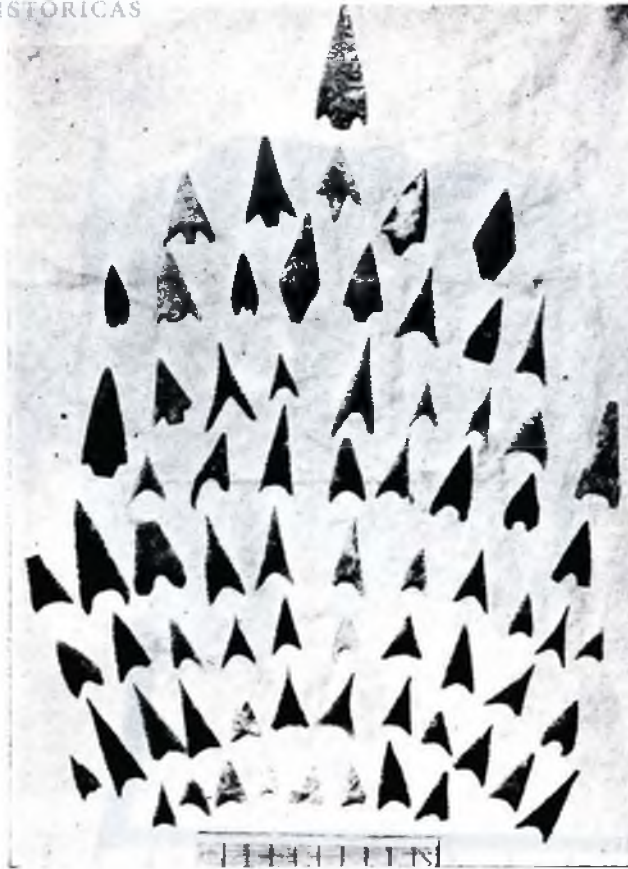
2



Cultura de Almería

Etapa avanzada de Los Millares (2,300-2,100 a. de J. C.). 1. Vaso de Los Millares con decoración de ojos y ciervos. 2. Objeto de hueso grabado de Almizaraque (Herrerías). (Un tercio, aproximadamente)

(Fot. Ashmolean Museum, Oxford y Mus. Arq., Barc.)



1



2



3

Cultura de Almería

Etapa avanzada de Los Millares (2,300-2.100 a. de J. C.) 1-2. Puntas de flecha de sílex y plaquitas de pizarra de la sepultura 40 de Los Millares. 3. Objetos de hueso grabados y con señales de pintura de Almizaraque (Herrerías)

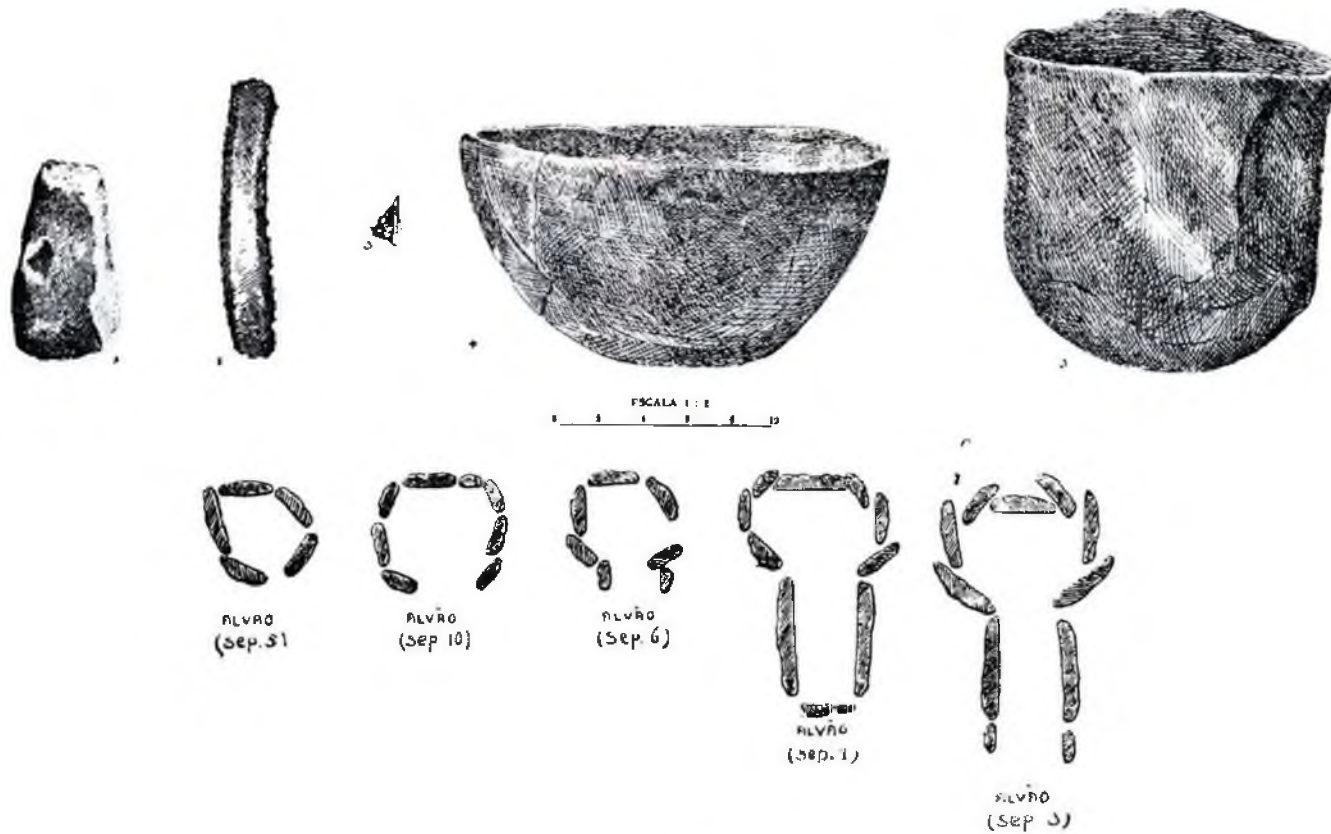
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



Cultura de Almería

Etapa avanzada de Los Millares (2.300-2.100 a. de J. C.) 1. Vaso con restos de pintura de la sepultura 40 de Los Millares. 2. Vaso con decoración en relieve de la sepultura 39 de Los Millares

(Fot. Mus. Arq. Barcelona.)



Cultura megalítica portuguesa

Grupo primitivo 1 (antes de 3.000 a. de J. C.). Plantas de los sepulcros megalíticos de Alvão y hallazgos de sepulcros de la misma etapa: 1-2. Pedra dos Mouros (Belas). 3. Serro das Pedras. 4-5. Orca do Outeiro do Rato.

(De Bosch, "Arq. Prerom. Hisp.")



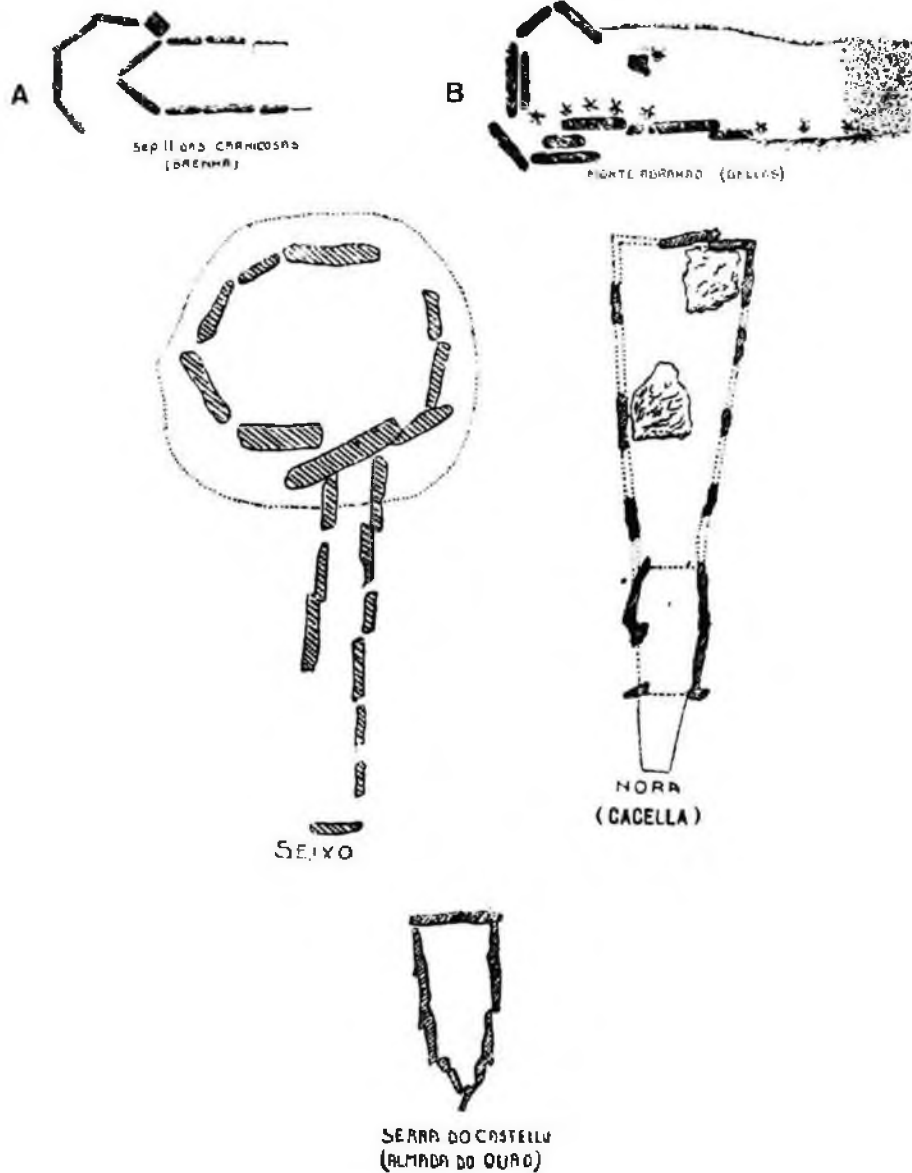
ESCALA 1 : 2
0 2 4 6 8 10
Cultura megalítica portuguesa

Grupo primitivo II (3,000-2,700 a. de J. C.) 6-8. 10. 12-19 Cabeço dos Moinhos (Brenha). 9. 11. Sepulcro II das Carniçosas (Brenha). (Los fragmentos números 16 y 17 del tipo de la cultura de las cuevas.)

(De Bosch, "Arq. Prerom. Hisp.")



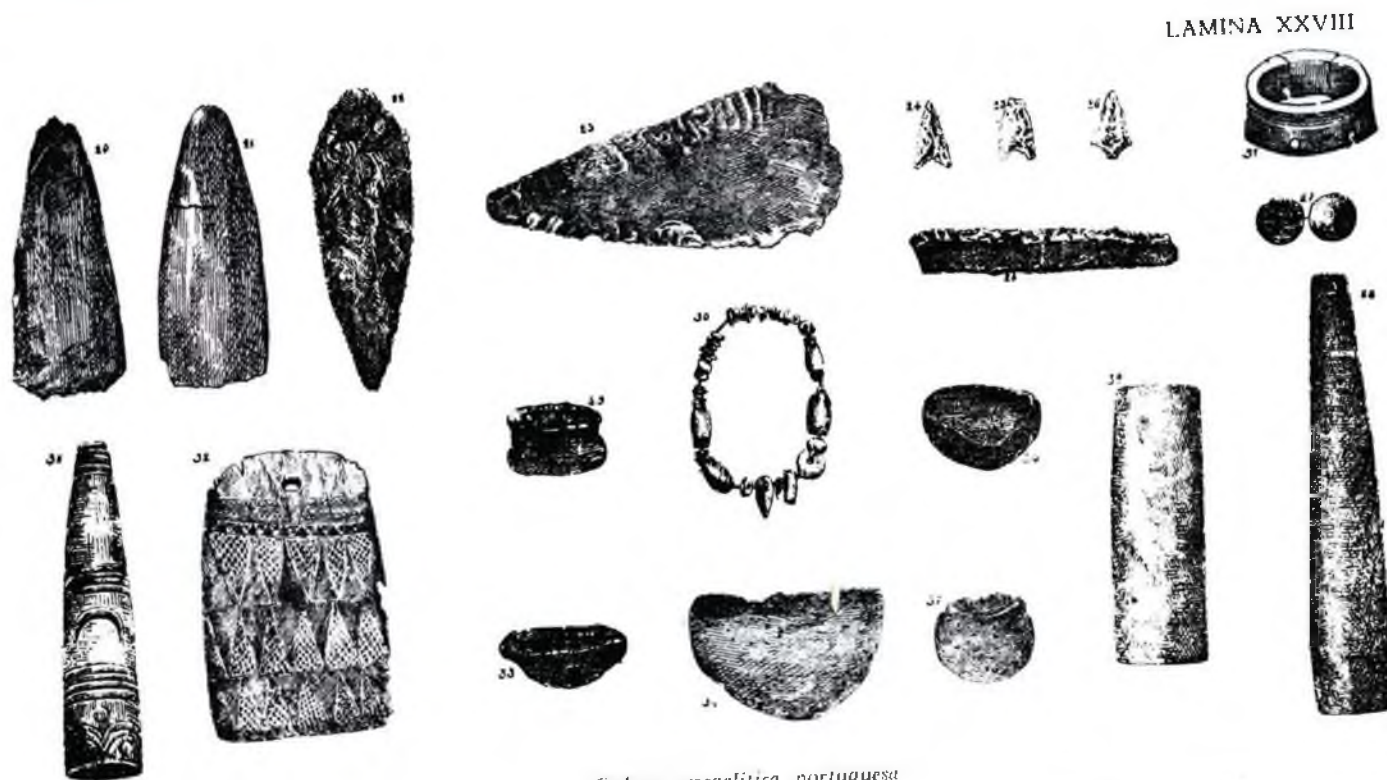
LAMINA XXVII



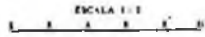
Cultura megalítica portuguesa

Plantas de sepulcros de corredor y galerías cubiertas: a) Grupo primitivo II (3,000-2,700 a. de J. C.) b) Grupo de transición (2,700-2,500 a. de J. C.). c-e) Cultura de Palmella (2,500-2,300 a. de J. C.)

(De Bosch, "Arq. Prerom. Hisp.")



Cultura megalítica portuguesa
Grupo de transición a la etapa de Palmella (2.700-2.500 a. de J. C.) 20 32. 34. 39. Monte Abraão
33, 35-38. Folha das Barradas
(De Bosch, "Arq. Preom. Hisp.")



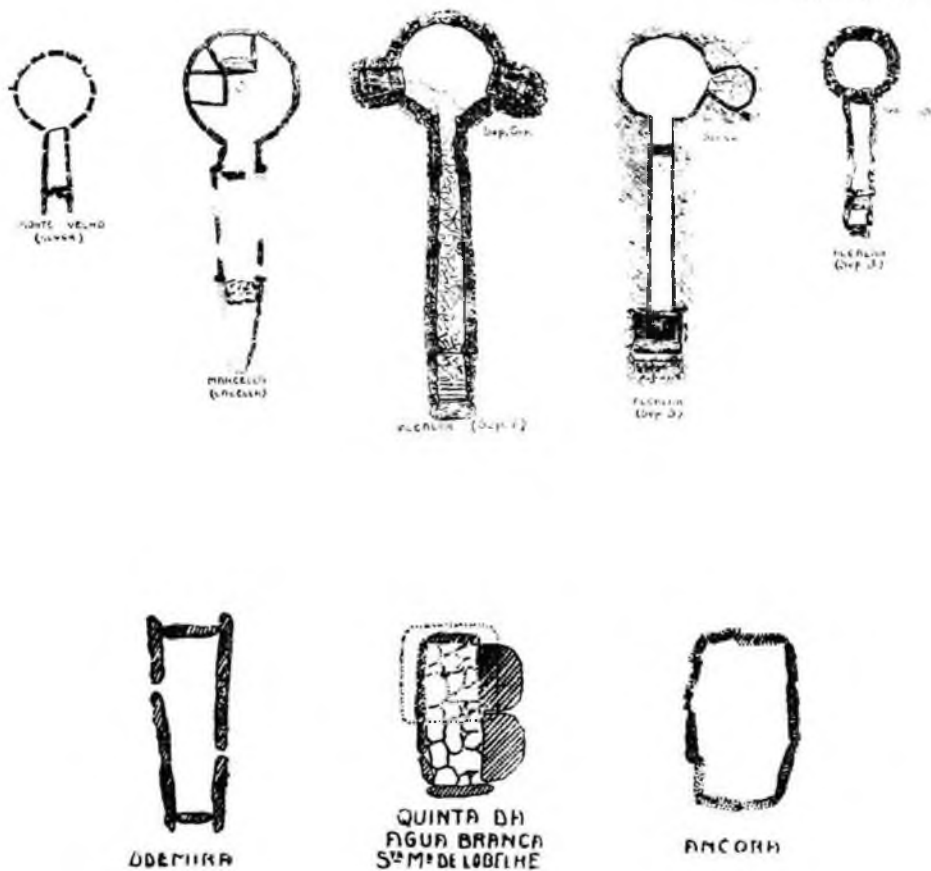
Cultura megalítica portuguesa

Apogeo de la etapa de Palmella (2.500-2.300 a. de J. C.) 40-44. 49. 51. 56. 58-65. Palmella. 45-48. Nora. 50. Estria. 52. San Martinho (Cintra). 53-55. Cesareda. 57-66. Castello da Vide

(De Bosch, "Arq. Prerom. Hisp.")



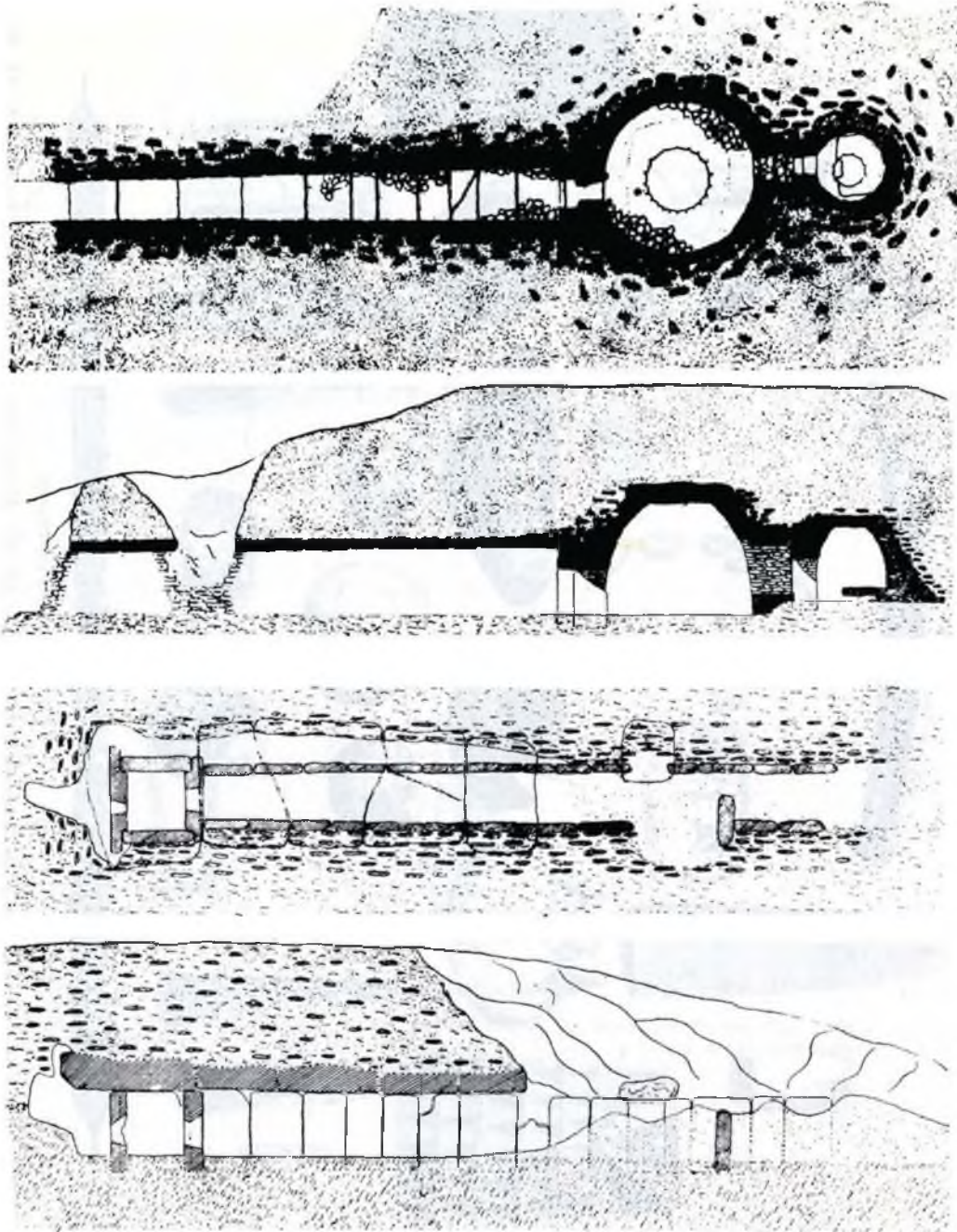
LAMINA XXX



Cultura megalítica portuguesa

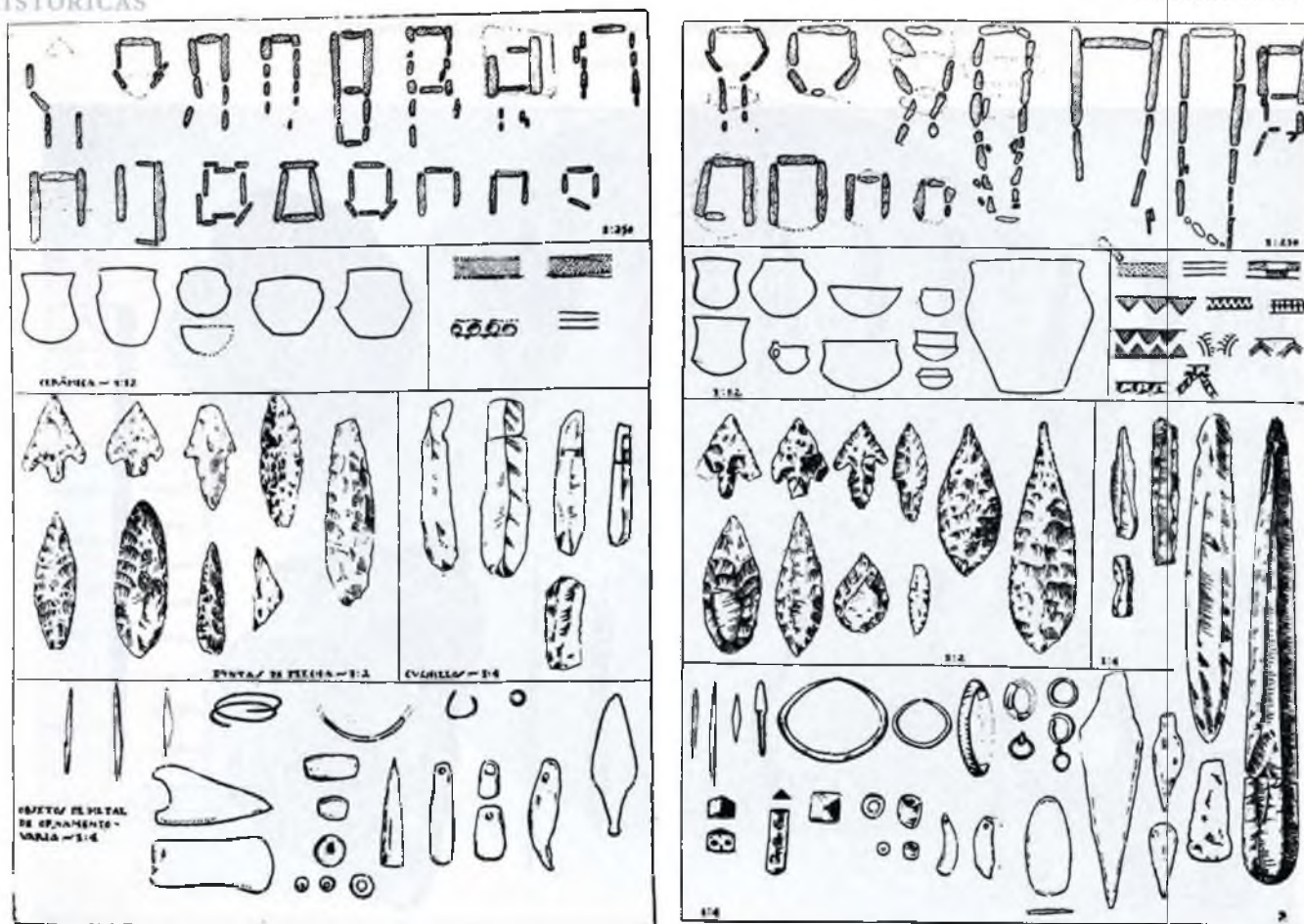
Plantas de sepulcros megalíticos de las últimas etapas. 1. Sepulcros de corredor y de cúpula de la etapa de Alcalar (2,300-2,100 a. de J. C.) 2. Cistas de la transición a la Edad del Bronce (2,100-1,900 a. de J. C.)

(De Bosch, "Arq. Prerom. Hisp.")



Planta y sección del sepulcro de cúpula de Romeral (Antequera. Prov. de Málaga) y de la galería cubierta de Viera (Antequera. Prov. de Málaga)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Cultura pirenaica vasca (1) y catalana (2)

Tipos de los sepulcros y del material

(De Pericot, "Civ. Megal. Catal.")



Cultura pirenaica catalana (segundo periodo: 2.500-2.300 a. de J. C.)

Hallazgos de la Cueva de Aigües Vives (Brics, comarca de Solsona)

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



Cultura pirenaica catalana (segundo periodo: 2.500-2.300 a. de J. C.)
Cerámica del vaso campaniforme II de la cueva de Aigües Vives, Bries, comarca de Solsona)

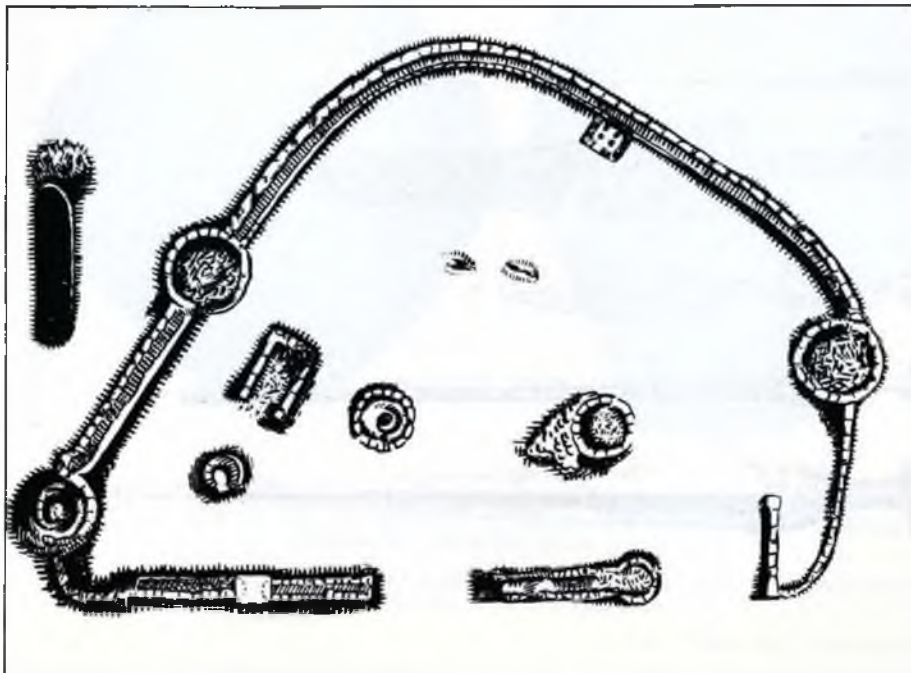
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



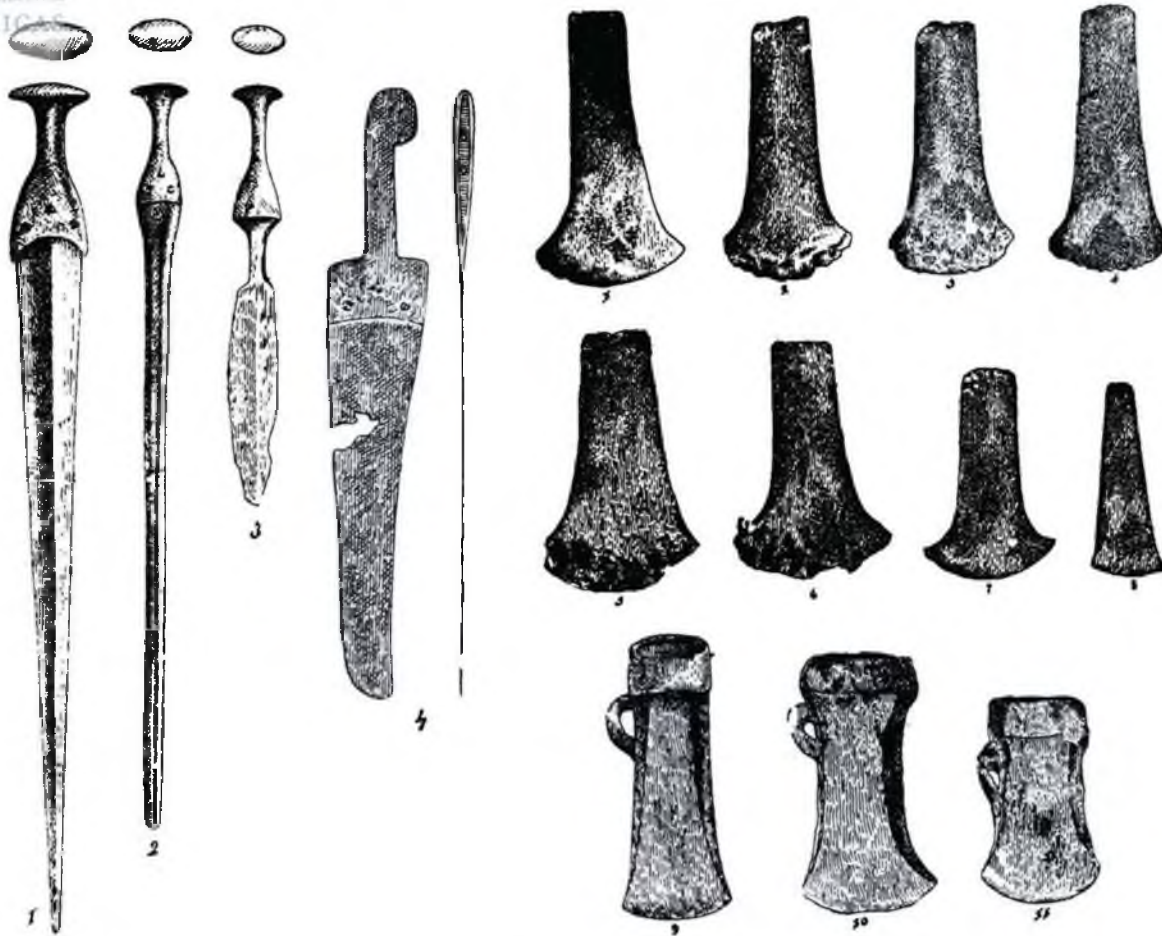
Cultura pirenaica catalana (tercer periodo: 2.300-2.100 a. de J. C.)
Vasos campaniformes III de la Balma de Solanells (Olius, comarca de Solsona)
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



Bronces de la cultura de los talaiots de Mallorca (1.200-1.100 a. de J. C.)
1-3 Talaiot de Santa María. 4-6. 10. Lloseta. 7. Talaiot de Capocorp Vell (Lluch
major). 8-9. 13-14. Las Salinas-Campos. 11. Localidad desconocida de Mallorca. 12.
Talaia Joana (Les Salines). 15. Son Julià (Lluchmajor)
(De Colomines, "Conf. Preh. Med.")



Planta de la ciudad de la cultura de los talaiots "dels Antigors". (Les Salines. Mallorca)
(De Colomines, "Conf. Preh. Med.")



Espadas, puñales y hachas de la cultura de los talaiots de Mallorca (1.200-1.000 a. de J. C.)

Espadas y puñales: 1. Son Homs (ciudad de Mallorca). 2. 4. Lloseta. 3. Mitjà Gran (Les Salines). Hachas: 1-5. Les Salines-Campos. 6-7. Cueva de S'Atalaia (Santa Margarita). 8. Can Xanet (Alcudia). 9. Talaiot de localidad desconocida. 10. Casa nova de Son Ribes (Pina). 11. Santa Eugenia

(De Colomines. "Conf. Preh. Med.")



1



2



3



4

*Cultura céltica de las urnas y cerámica de la cultura indígena de Marlès de Cataluña
(Período I-B: 800-700 a. de J. C.)*

1-2. Urnas de Llardecans (Prov. de Lérida). 3. Urna de Tarrasa (Prov. de Barcelona).
4. Vaso de Marlès (Prov. de Barcelona)

(Fot. Museo Arq., Barcelona)



1



2

Cultura de las urnas

1. Agullana (Prov. de Gerona, fin del periodo I-A: hacia 800 a. de J. C.) 2. Salzadella
(Prov. de Castellón, Periodo II-B: 650-600 a. de J. C.)
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



Cerámica hallstática arcaica del centro de España
(Siglo VII, a. de J. C.)

- a, l, d, g. Arenero de Martínez (Madrid); b, e, f, h. Arenero de
Valdivia (Madrid); i. Numancia (primera cultura)
(Fot. Mus. Arq., Barcelona y Mérida, Exc. de Núm.)



Cultura posthallstättica de Celtiberia
Hallazgos de una sepultura de Quintanas de Gormaz. (Prov. de Soria). (Periodo
I-b: siglo IV a. de J. C.)
(Fot. Museo Arq., Barcelona.)

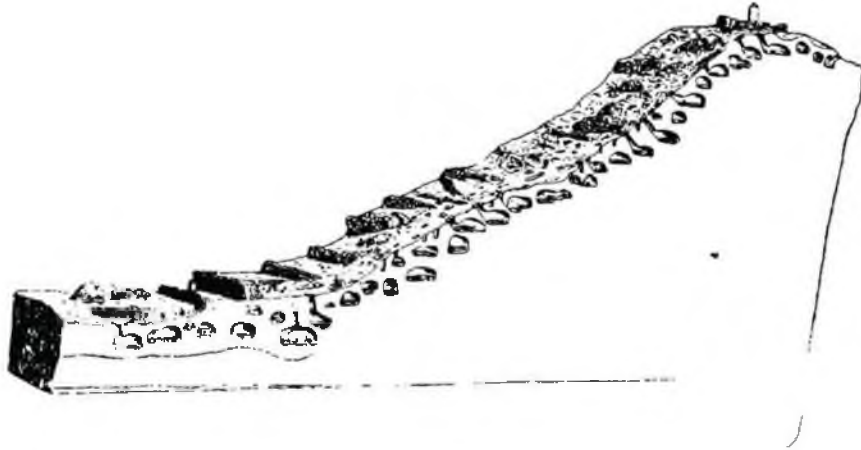


Illa plana (Ibiza)

Figuritas cartaginesas arcaicas de tierra cocida



LAMINA XLIII



Necrópolis cartaginesa del Puig des Molins (Ibiza)

Sección de la necrópolis y cabecita de negro cartaginesa de tierra cocida

(De Colomines, "Terres cuites Ib.")



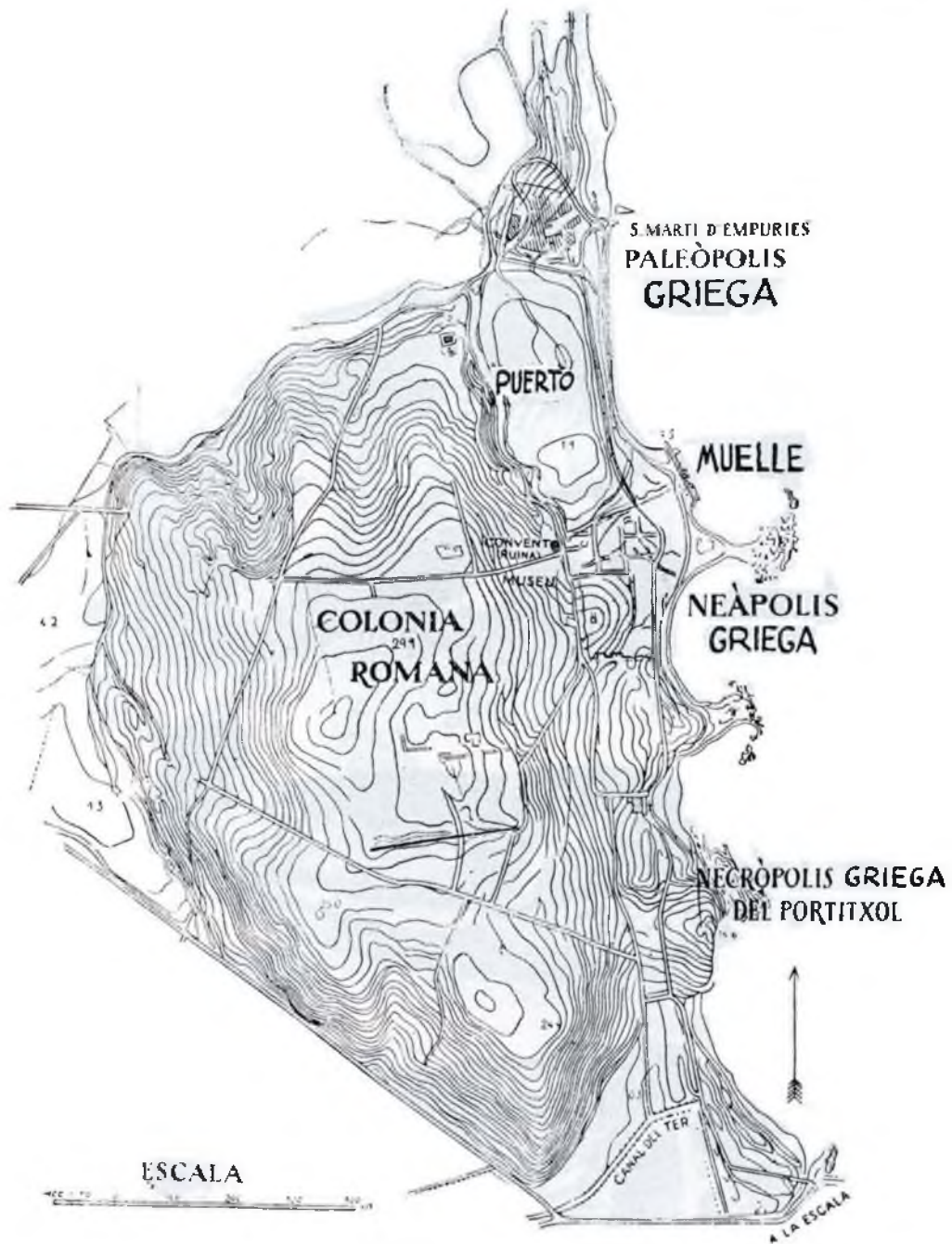
*Necrópolis cartaginesa del Puy des Molins (Ibiza)
Figuritas cartaginesas de tierra cocida*

(De Colomines, "Terres cuites Ib.")



Necrópolis cartaginesa del Puig des Molins (Ibiza)
Figuritas de tierra cocida de estilos griego y cartaginés

(De Colomines, "Terres cuites Ib.")

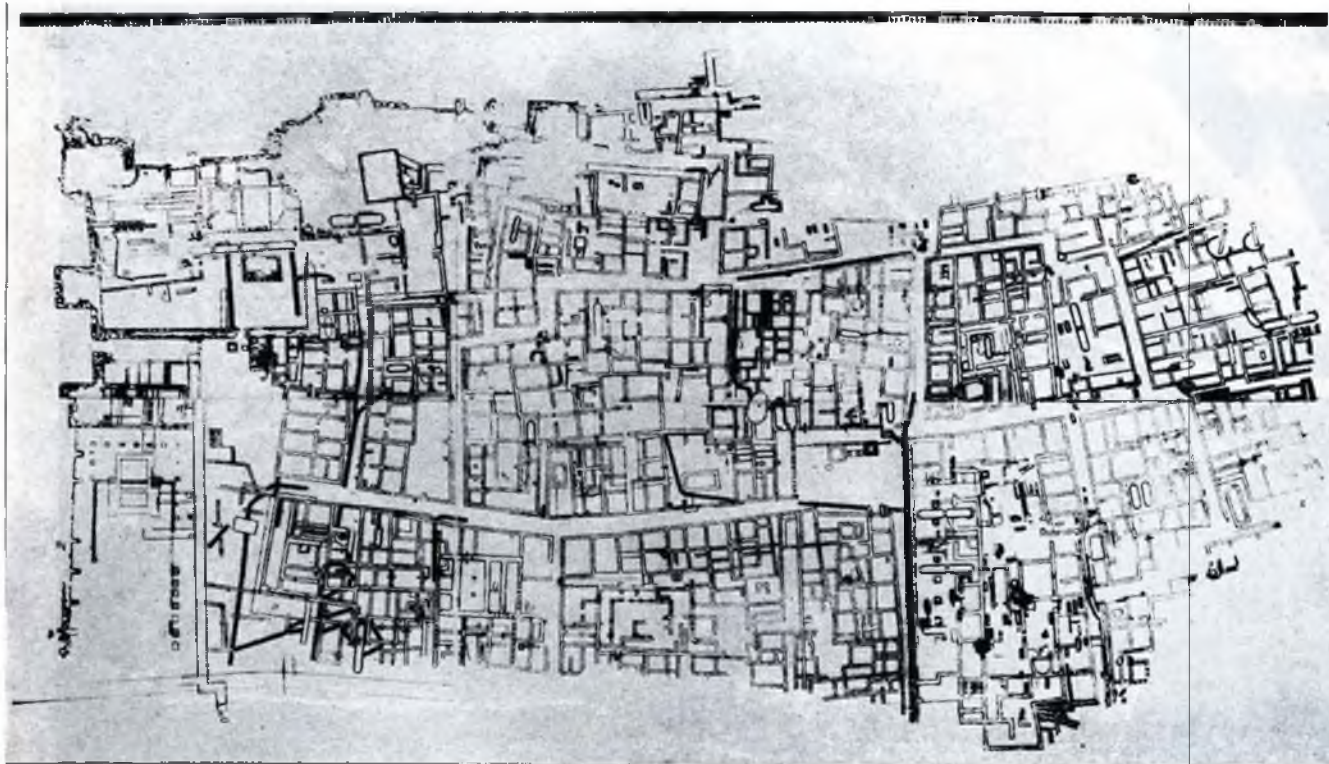


Topografía de Emporion

(De Bosch, "Etnología".)

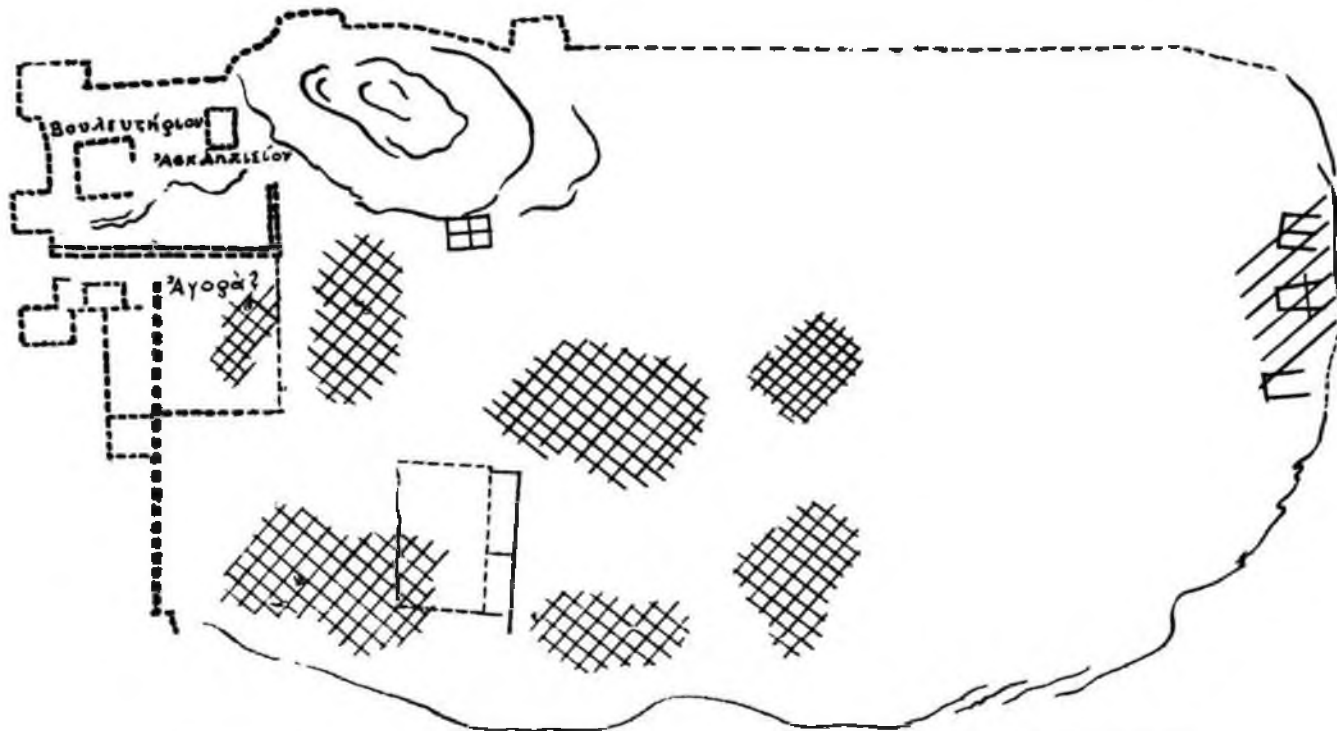


Vista aérea de la Neópolis de Emporion (antes de las últimas campañas de excavación)
(Fot. Aviación militar española.)



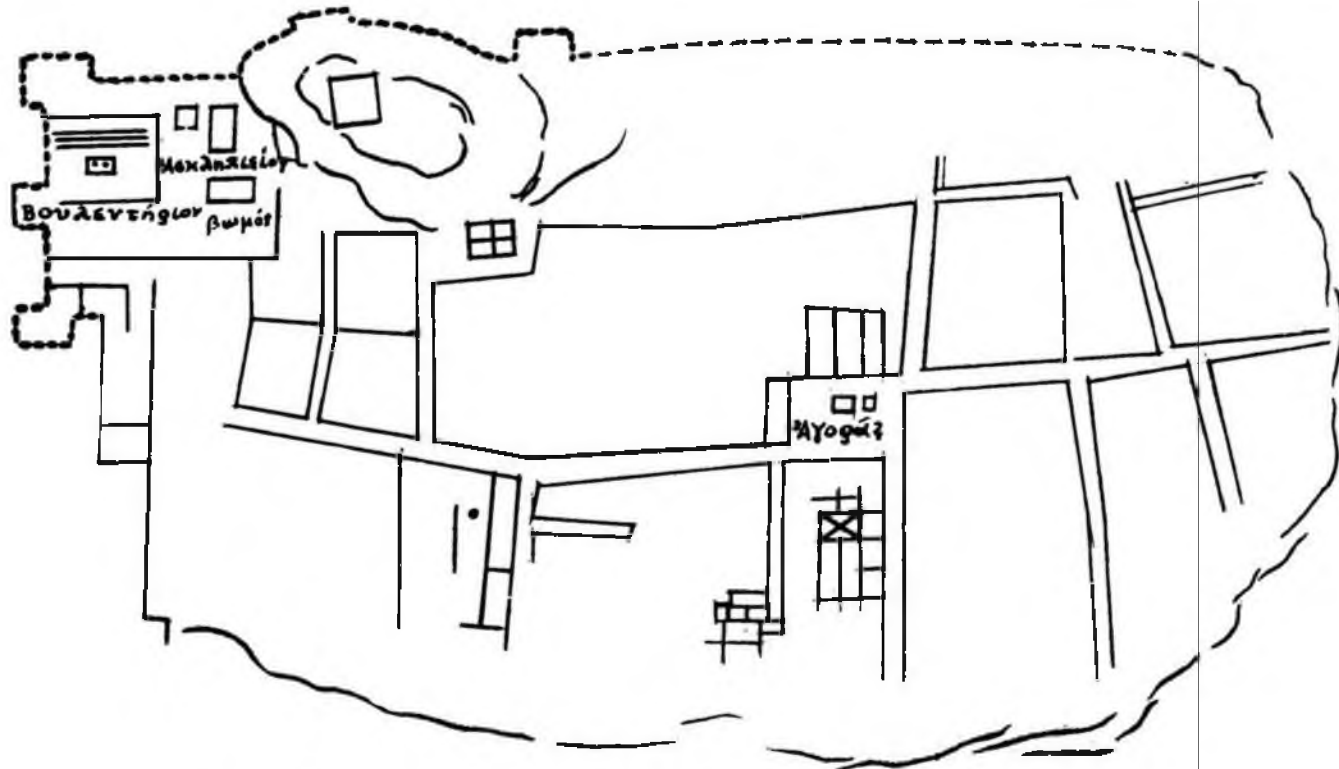
Plano de la Neópolis de Emporion

(Fot. Museo Arq., Barcelona.)



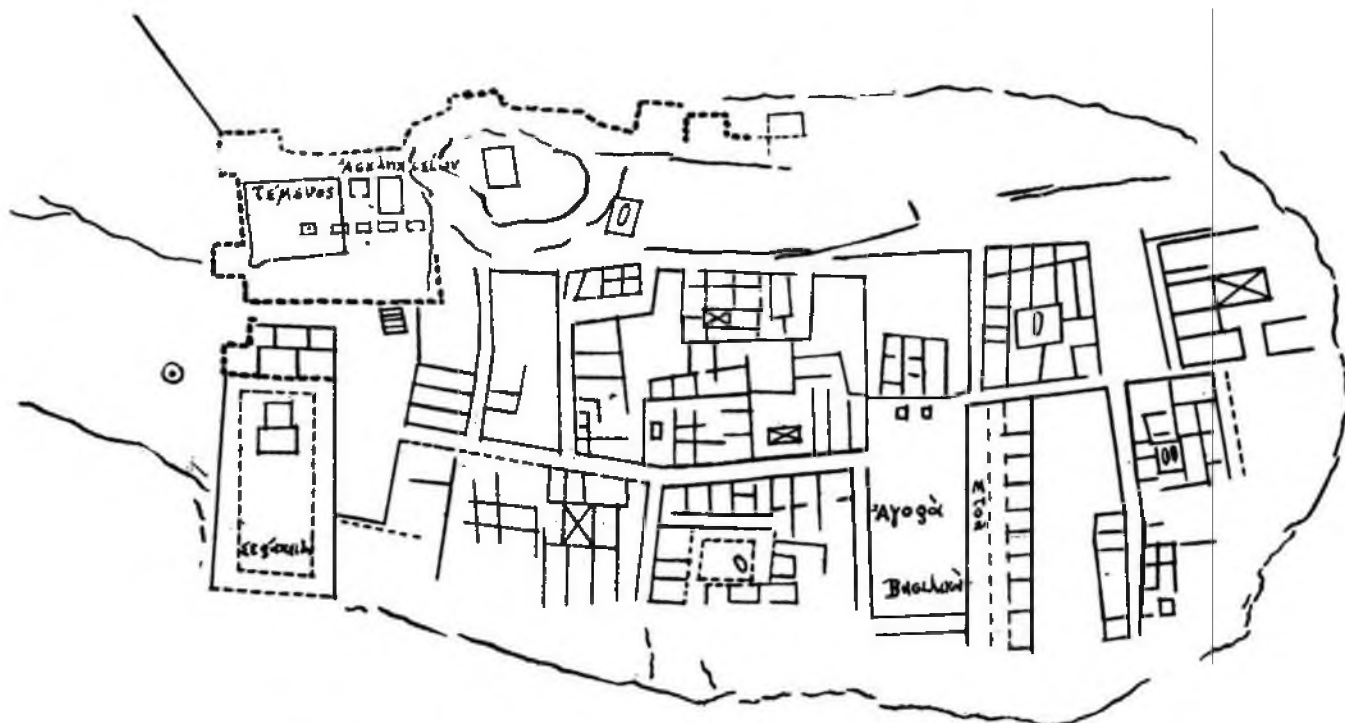
Esquema de la primera etapa (griega) de la Neópolis de Emporion (fin del siglo VI al IV, a. de J. C.)

(Según Bosch.)



Esquema de la segunda etapa (helenística) de la Neópolis de Emporion (siglos III-II a. de J. C.)

(Según Bosch.)



Esquema de la tercera etapa (romana) de la Neópolis de Emporion (siglos I a. de J. C. a III de nuestra era)
(Según Bosch.)



Cerámica ática de figuras negras y figuras rojas de la Neápolis de Emporion

(De Bouché, "L'art grec à Catal.")



*Asclepio de estilo fidiasico de la Neápolis de Em-
porion. (Mármol pentélico, altura: 2.50 m.)*

(De Bosch, "L'art grec à Catal.")



*Torso de Afrodita de estilo praxiteliano de la Neápolis de Emporion. (Mármol. Alt. 13.5 cm)
(De Bosch, "L'art grec à Catal.")*



*Cabecita de mármol griega (tamaño natural aproximado) y pebeteros de tierra cocida griegos (medio aprox.) de la Neápolis de Emporion
(De Bosch, "L'art grec à Catal.")*



La Dama de Elche, busto ibérico policromado

(De l'ericot, "Hist. de Esp.")



*Bronces arcaicos de Castellar de Santisteban (1)
y del Llano de la Consolación (2)*

(De Bosch, "Etnología".)



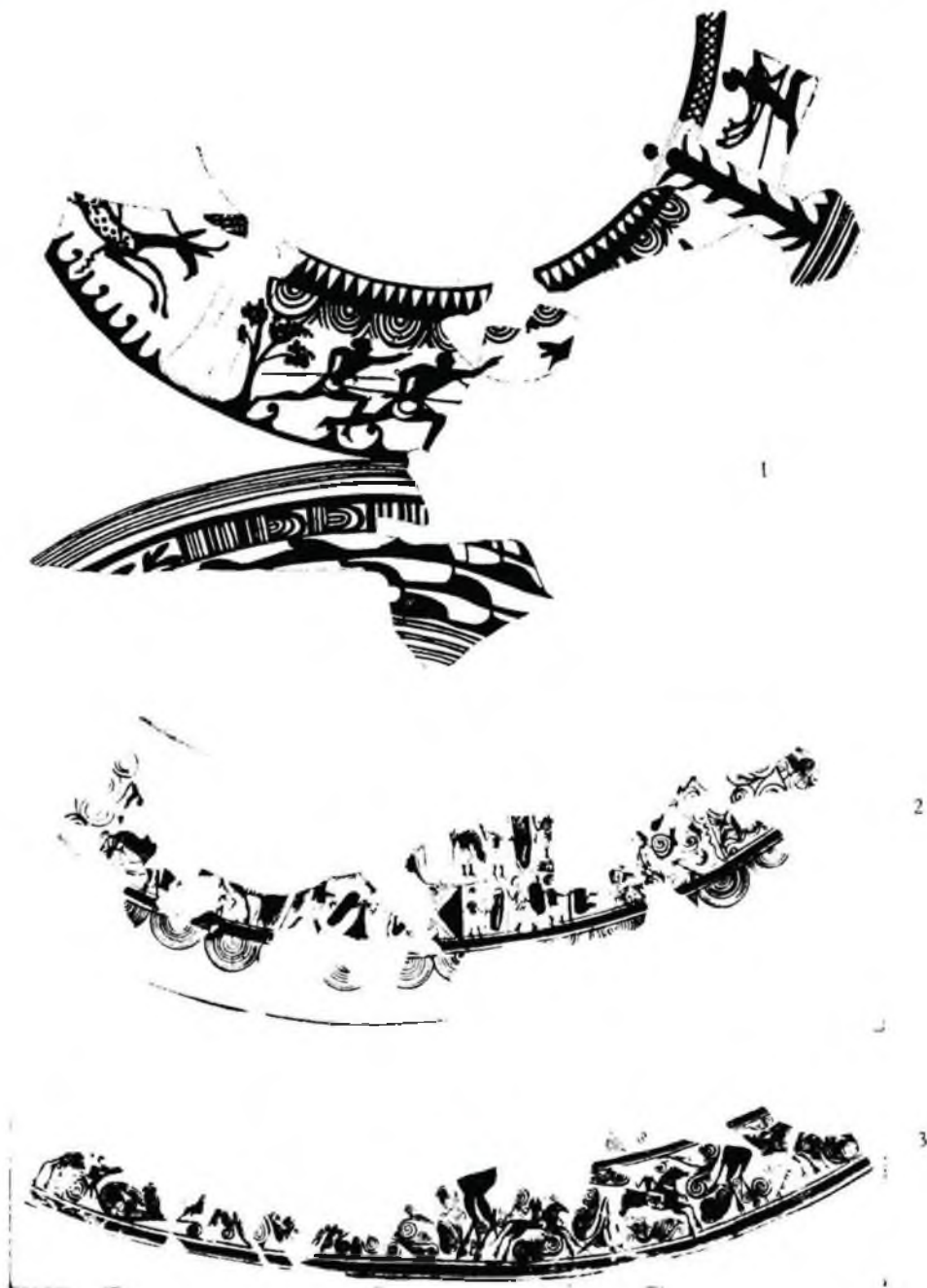
*Cerámica ibérica andaluza de la Necrópolis de Peal
de Becerro (Prov. de Jaén)*

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Decoraciones de la cerámica del estilo de Archena (Provincia de Murcia)

(De Pericot, "Hist. de Esp.")



Decoraciones de vasos ibéricos de Emporion y Oliva (Provincia de Valencia)

1. Emporion: cacería (último tercio del siglo V a. de J. C.) 2. Oliva: asedio de una fortaleza (hacia 400 a. de J. C.) 3. Oliva: Jinetes y motivos florales (primer cuarto del siglo IV a. de J. C.)

(De Bosch, "Relac. del Arte Ib. con el Griego".)



a



b



c

Decoraciones de vasos de San Miguel de Liria (Prov. de Valencia) (Primer cuarto del siglo IV a. de J. C.)

(De Pericot, "Rev. Archéol.")



1



2



3



4

1. Vaso ibérico de *Oliva* (Prov. de Valencia). (Hacia 400 a. de J. C.)
(De Pericot, "Hist. de Esp.")
- 2-4. Decoraciones de vasos ibéricos de *San Miguel de Liria*
(Provincia de Valencia)
2. Primer cuarto del siglo IV a. de J. C. 3. Segundo cuarto del siglo IV
a. de J. C. 4. Tercer cuarto del siglo IV a. de J. C.
(De Pericot, "Rev. Archéol.")



1



2



3

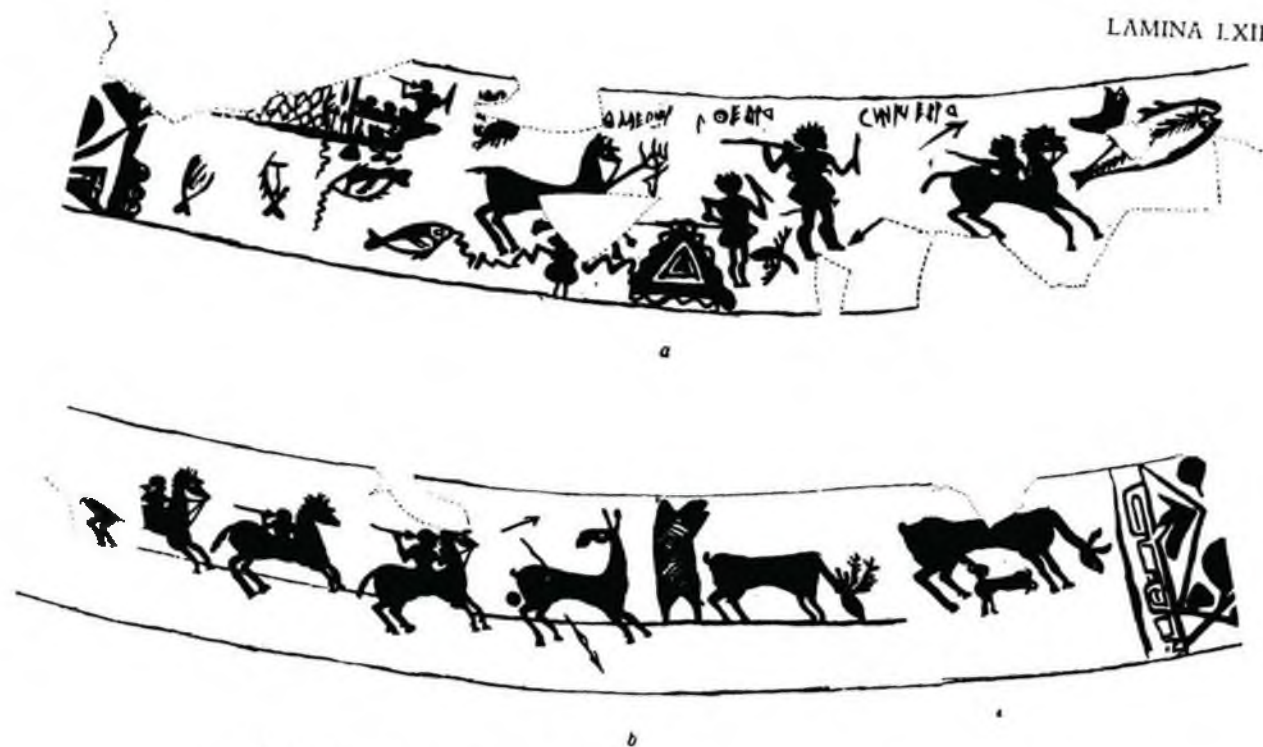


4

Decoraciones de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (Prov. de Valencia)
1. Tercer cuarto del siglo IV a. de J. C. (?). 2. Cuarto cuarto del siglo IV
a. de J. C. (?). 3. Representación de granadas (primera mitad del siglo III a.
de J. C.). 4. Primera mitad del siglo III a. de J. C. (?)
(De Pericot, "Rev. Arhecol.")

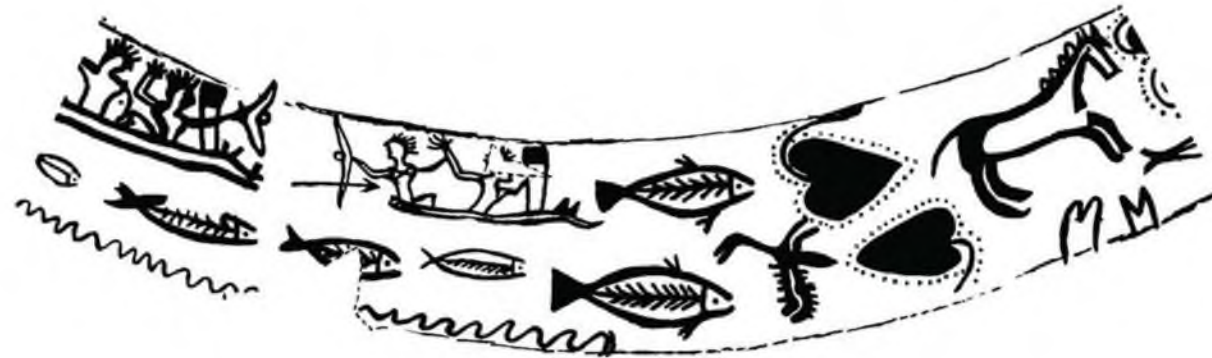


LAMINA LXIII



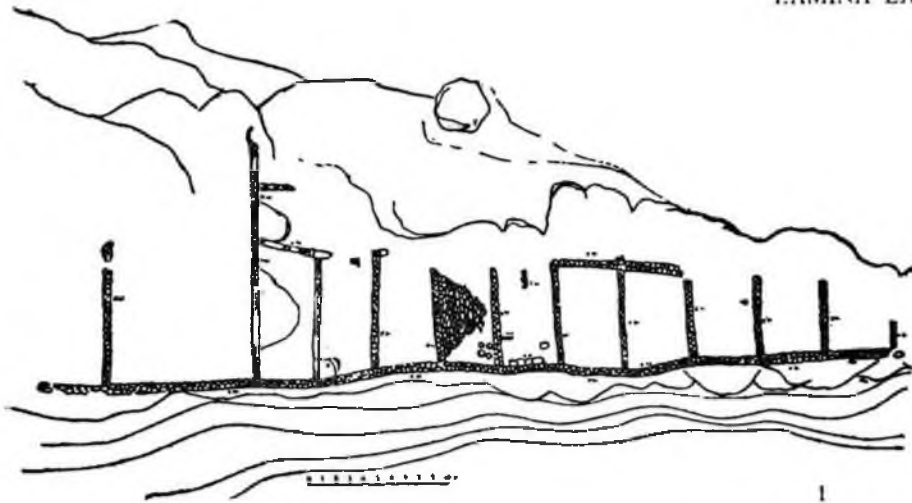
Decoraciones de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (Prov. de Valencia)
Primera mitad del siglo III a. de J. C. (?)

(De Pericot, "Rev. Archéol.")

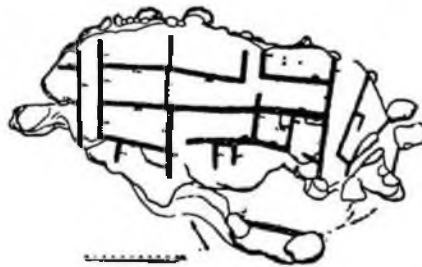


*Decoraciones de vasos ibéricos de San Miguel de Liria (Prov. de Valencia)
Segunda mitad del siglo III a. de J. C.) (?)*

(De Pericot, "Rev. Archéol.")



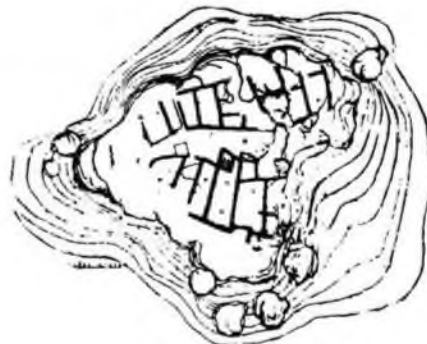
1



2



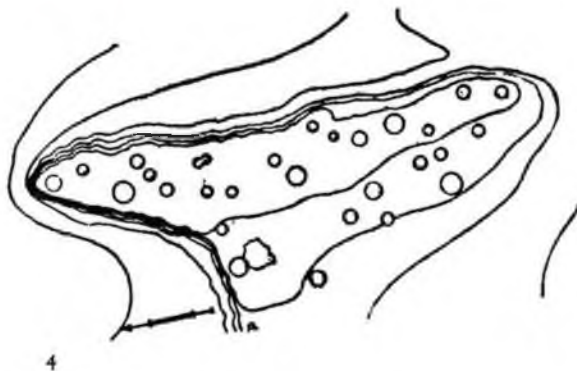
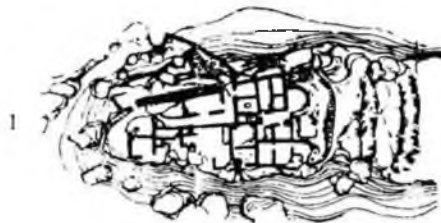
3



4

Poblados más antiguos del Bajo Aragón y comarcas vecinas

1. Las Escodines Baixes (Mazaleón, siglo VIII).
2. Las Escodines Altas (Mazaleón, siglo VII).
3. La Gessera (Caseras, primera mitad del siglo V a. de J. C.)
4. El Piuró del Barranc Fondo (Mazaleón, parte central del siglo V a. de J. C.)
(De Serra-Ráfols, "Pob. Preh. de Catal.")



1. Poblado dels Castellans (Calacite. Bajo Aragón, siglo V a. de J. C.)
(De Serra-Ráfols, "Poblament".)
3. Cerámica pintada del Urgel (Cataluña). Tossal de les Tenalles (Sidamunt, Prov. de Lérida, ilergetas) : siglo III a. de J. C.
(De Colomines, "Anuari Inst. E. C.")
4. Necrópolis de silos de Can Fatjó (Rubi. Prov. de Barcelona (Iaietanos), siglo III-II a. de J. C.)
(De Serra-Ráfols, "Poblament".)



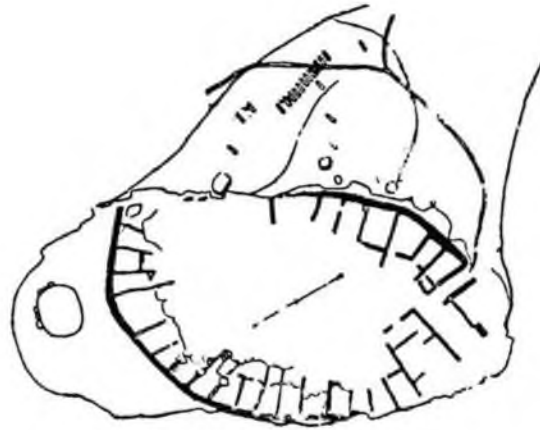
Poblado ibérico (celtano) de San Antonio de Calaceite (Bajo Aragón)

Parte alta: siglo VI a. de J. C.—Ampliación: siglos V (final), IV-III a. de J. C.

(De Bosch, "Cult. Ibér. del Bajo Aragón".)



LAMINA LXVIII



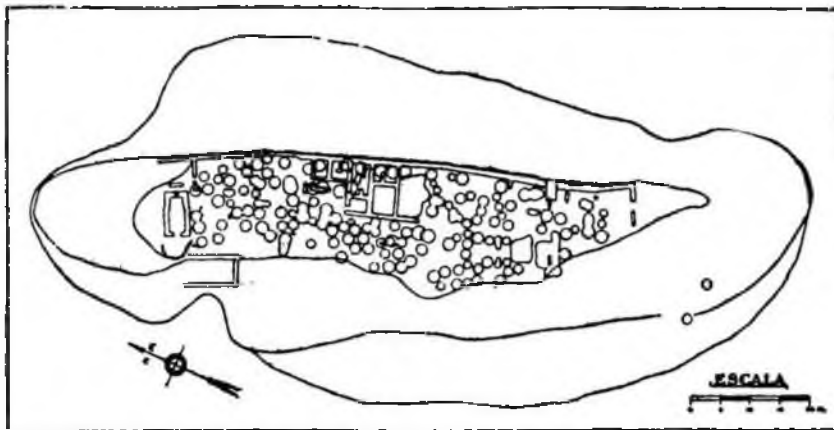
*Plano y cerámica a mano del poblado (bergistano) de Anseresa, llamado también El Vilaró,
de Olivas, comarca de Solsona (siglos VI-V a. de J. C.)*

(De Serra-Ráfols, "Poblament" y Busch, "Etnología".)



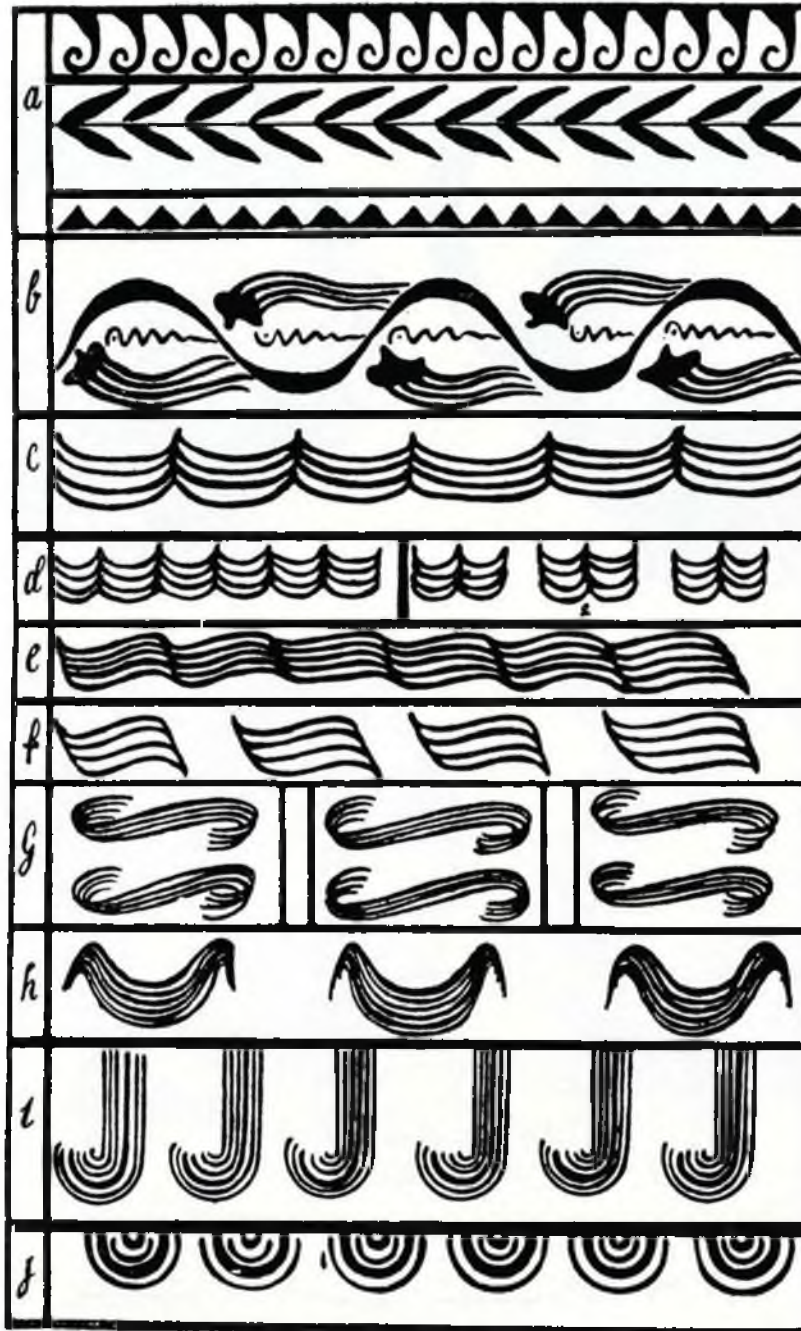
1-2. Cerámica a mano del poblado (bergistano) de Anseresa, llamado también El Vitaró, de Olius, comarca de Solsona (siglos VI-V a. de J. C.)

(De Bosch, "Etnología".)



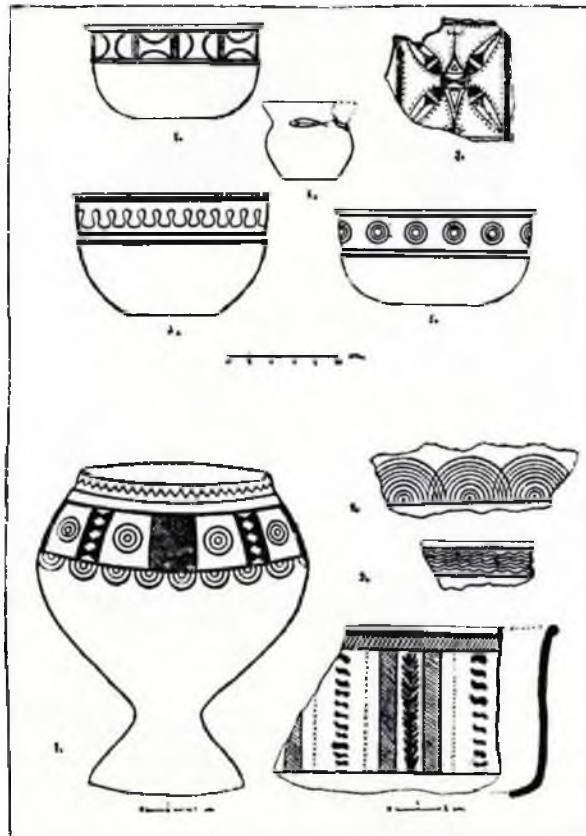
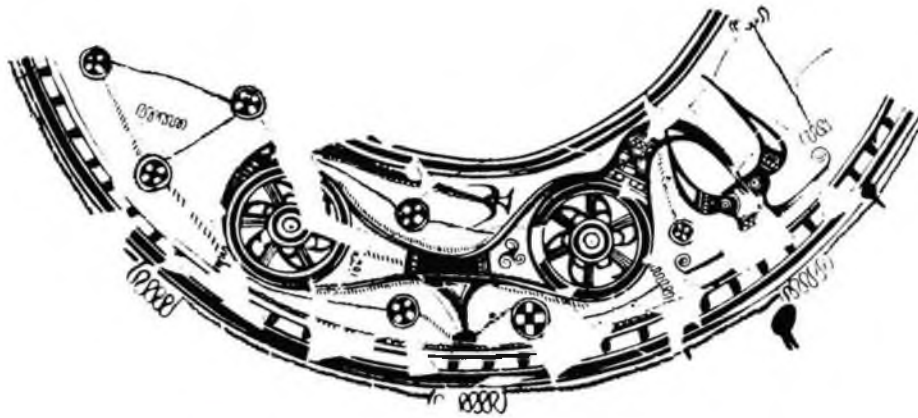
3. Plano del poblado (lacetano) de San Miguel de Sorba, comarca de Solsona (siglos IV-III a. de J. C.)

(De Serra-Ráfols, "Poblament".)



*Decoración de la cerámica ibérica de la Necrópolis celtibérica de Belmonte
(Provincia de Zaragoza, siglo III a. de J. C.)*

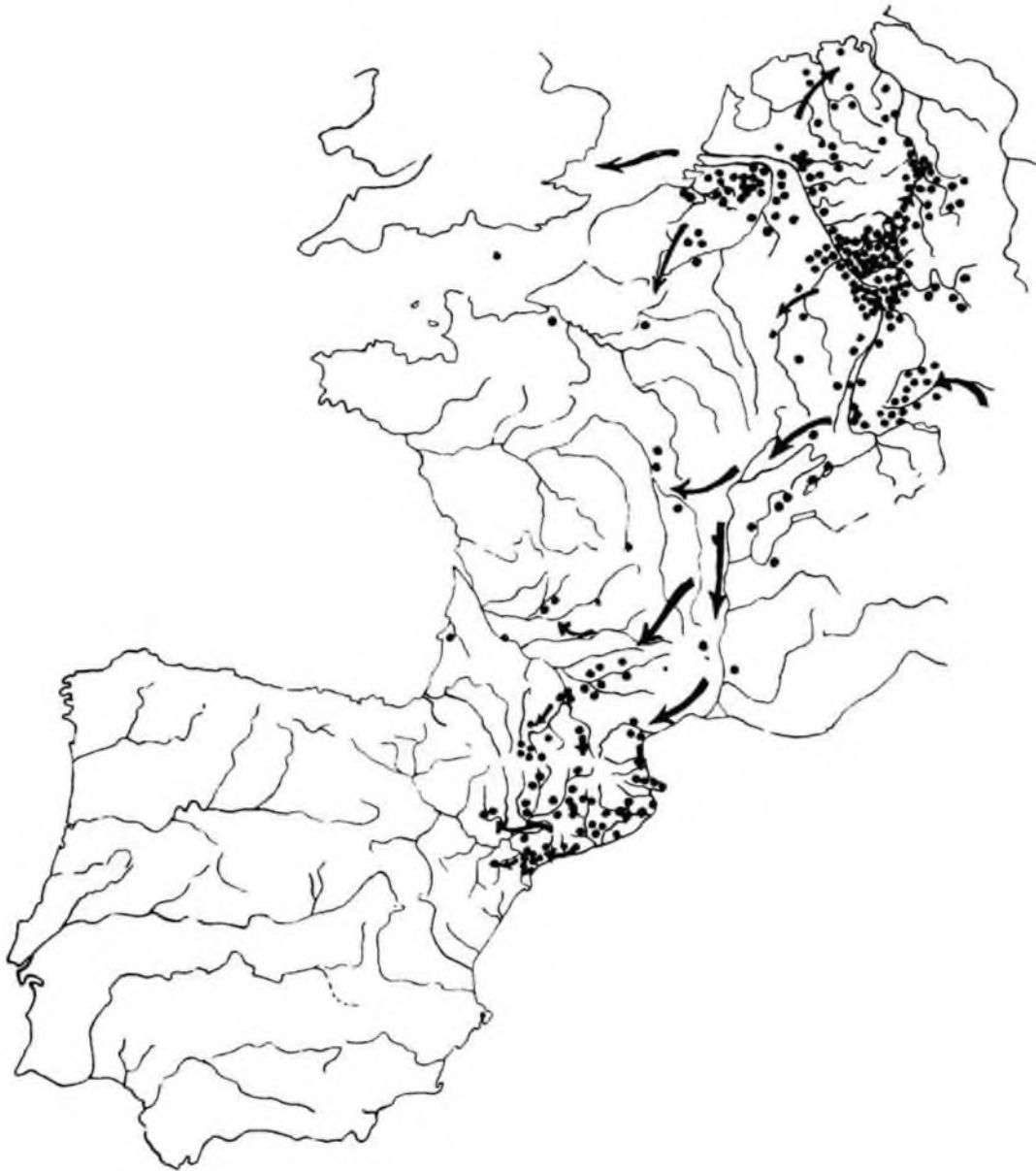
(De Bosch, "Etnología".)



Cerámica celtibérica

1. Numancia: siglo II a. de J. C. 2. Langa de Duero (Prov. de Soria): mediados del siglo I a. de J. C. al I de nuestra era

(De Bosch, "Etnología".)



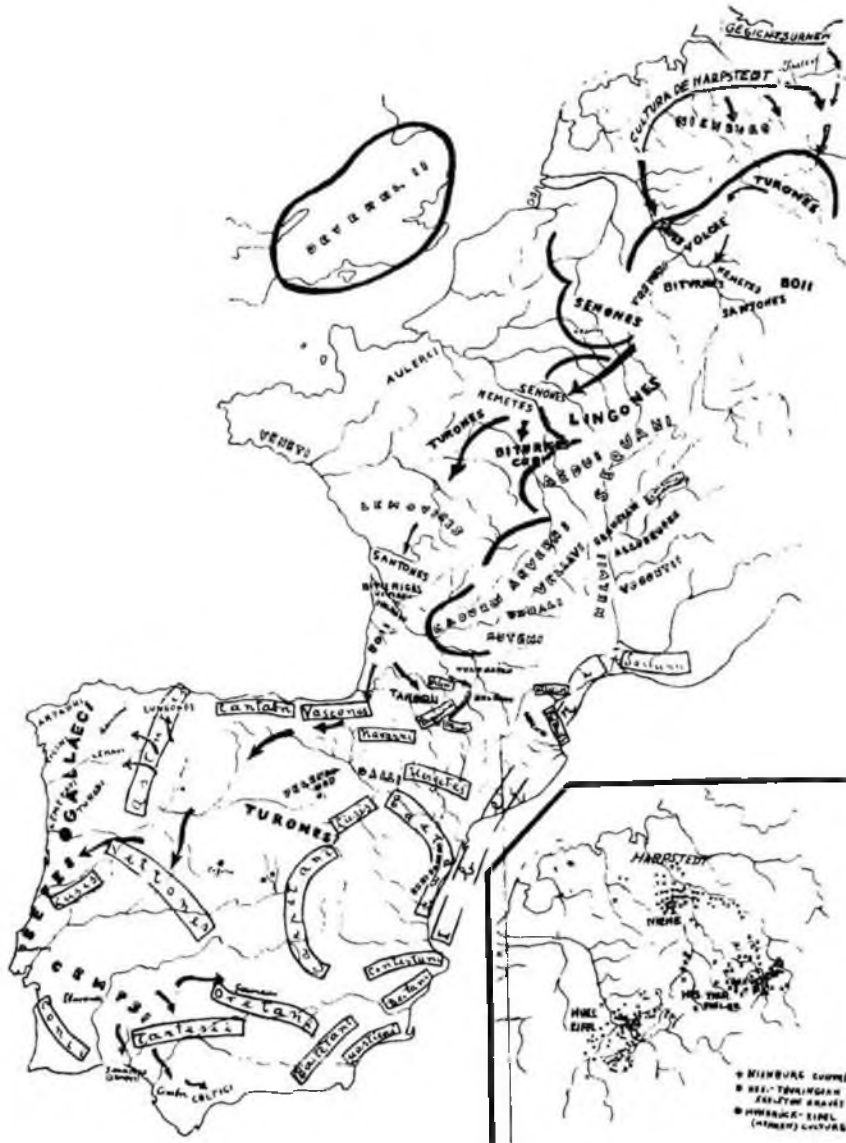
La cultura de las urnas (Hallstatt A-B: 1200-900 a. de J. C.) y su expansión hacia 900 a. de J. C. y siguientes. (Sur de Francia y Cataluña: hallazgos hasta 700 a. de J. C.) (De Bosch, *Two Celtic Waves*.)



Expansión de las culturas hallstáticas (800-600 a. de J. C.)
En el recuadro: 800-700 a. de J. C.

Grupos del Bajo Rin (célticos): Deverel I que emigra a Inglaterra y al N. de Francia: cultura hallstática arcaica (Kerbschnitt) que emigra al Occidente de Francia y a España: Wessenstedt (germanos) que ejerce la presión.

Mapa General: período después de la expansión de Wessenstedt en el Bajo Rin (800-650 a. de J. C.) y desarrollo de las culturas hallstáticas en los restantes territorios.— Vledder-Bonninghardt (cempsos empujados por los cimbrios entre 700 y 650 hacia el Occidente de Francia y que llegan a Alpiarça en Portugal hacia 600 después del nuevo movimiento de los sefes).—Düstrup (¿eburones?).—Harpstedt (¿pemanos?).—Salem-Koberstadt (con el grupo norte de Niedermockstadt): desde 800 (Hallstatt D).—Francia Centro-Sur: Hallstatt C: desde 800 a. de J. C.—España: cultura hallstática arcaica: Redal (berones). Numancia I (pelendones). Bajo Aragón (Roquizal). Cogotas I: siglo VII.—Alpiarça en Portugal (cempsos): hacia 600. (De Bosch, *Two Celtic Waves*.)



Los pueblos relacionados con el movimiento de los sefes, etc., desplazados por los pemanos, etc. (Hacia 650 a. de J. C.)

En el recuadro: Grupos al ejercerse la presión de los eburones y pemanos sobre los sefes, etc.— Eifel-Hunsrück (celtas del Rin medio, Sarre y Main).— Hessen-Turingia (olcades, turones, etc.) —Rhin entre Colonia y Coblencia (sefes).—Bajo Rin, etc. (belgas).—Harpstedt (eburones y pemanos).—Sur de Hannover, Brunswick, etc.: Nienburg (grupo marginal emparentado con la cultura del Lausitz)


Mapa general: Presión de los pemanos y eburones, etc., sobre los sefes, turones, etc., y movimientos del grupo de los sefes, turones, etcétera. (De Bosch, *Two Celtic Waves*.)




El movimiento de los belgas desplazados por los nervios, etc. (Fines del siglo VII), terminado en España antes del 570 a. de J. C. (De Bosch, *Two Celtic Waves*.)




LA ESPAÑA PRIMITIVA

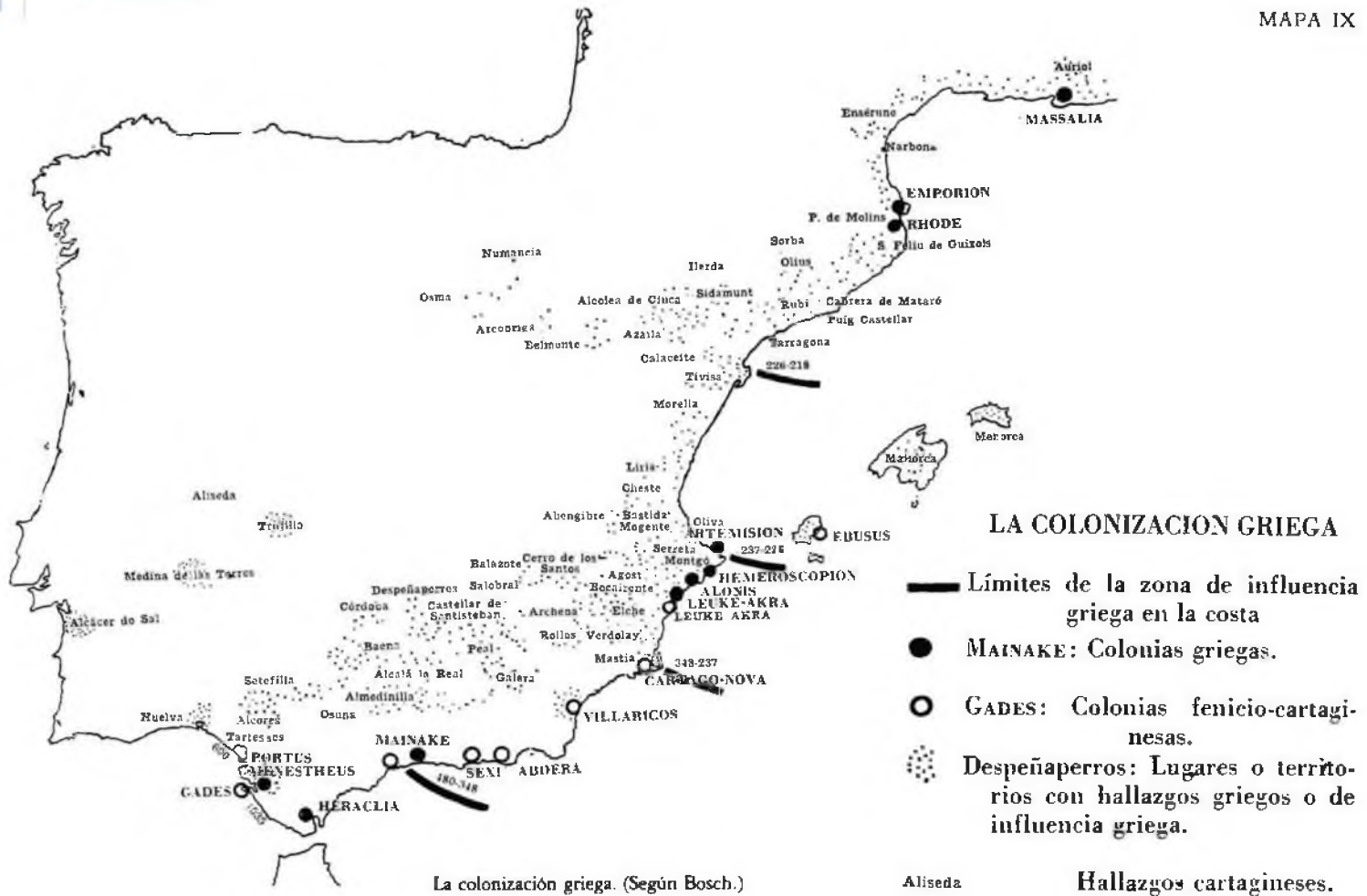
 Pueblos indígenas pre-ibéricos y pre-célticos.

 Pueblos iberos y tartesios.

 Límite de los territorios en donde la celtización fué más persistente.


 Territorios en que predominó la celtización.


g. Gesatas c. Cimbrios
 BERIB. Beribraces
 E. Eburones P. Pemanos








**REINOS CRISTIANOS Y REINOS
DE TAIFAS EN EL SIGLO XI**

 *Territorios dominados efectivamente por los cristianos a la muerte de Alfonso II de Asturias (866)*

 *Fronteras hacia 1050*
Fernando I de Castilla-León, García III de Navarra, Ramiro I de Aragón, Ramón Berenguer I el Viejo de Barcelona, Moctádir de Zaragoza, Modáfar de Lérida. Mocatil de Tortosa, Mamún de Toledo, Modáfar de Badajoz, Motadid de Sevilla, Badis de Granada, Alí-Ben-Moyedid de Denia-Baleares.

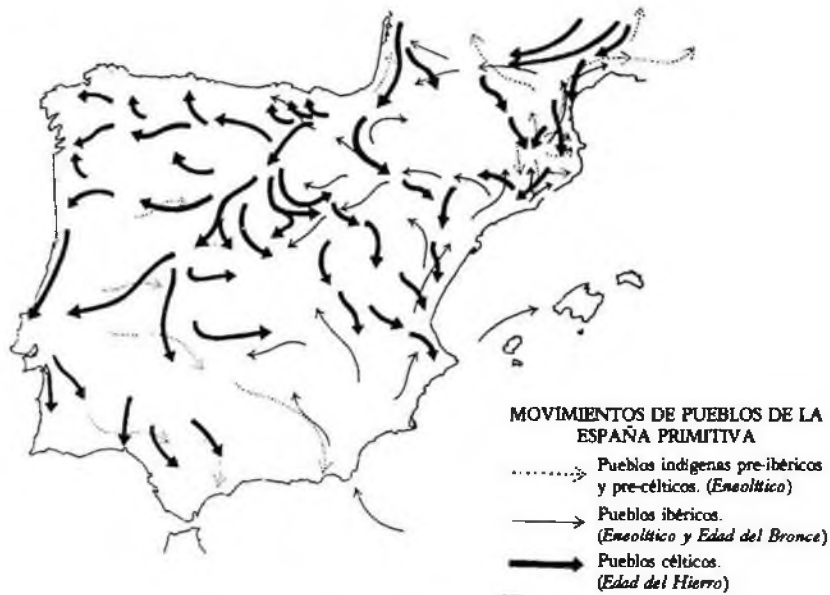
 *Fronteras hacia 1076*
Alfonso VI de León-Castilla, Mamún de Toledo (con Valencia), Omar-Motawakil de Badajoz, Motámid de Sevilla, Abdalá de Granada, Sancho Ramírez de Navarra-Aragón, Ramón Berenguer I el Viejo de Barcelona, Moctádir de Zaragoza (con Tortosa y Denia).

 *Fronteras de 1093*
Incorporaciones de Alfonso VI en Portugal y en la Meseta y del Cid en Valencia (1094-1099). Mostain de Zaragoza.

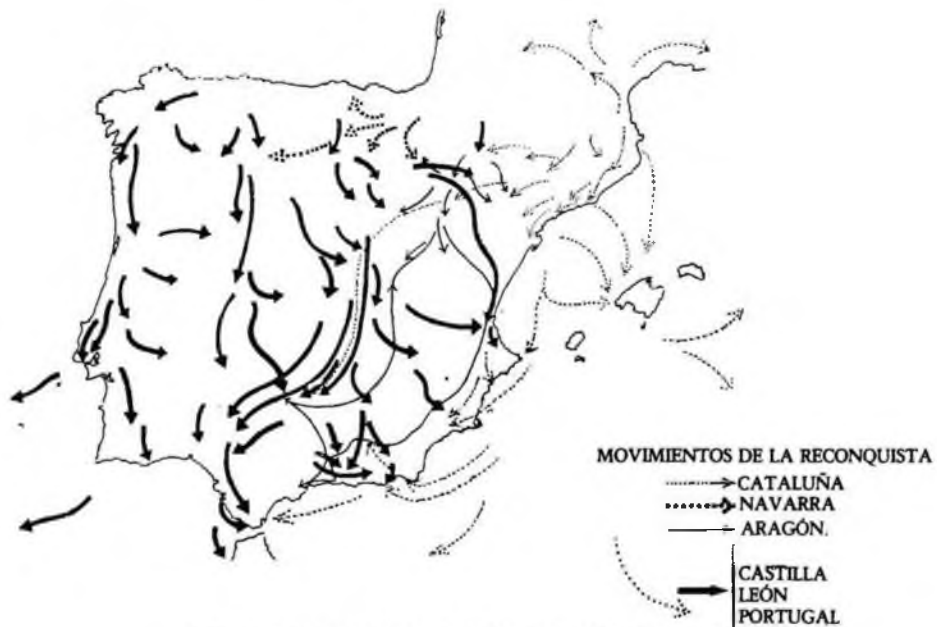
 *Fronteras hacia 1096*
Navarra-Aragón: Pedro I. Barcelona: Ramón Berenguer III.

 *Fronteras de los reinos de Portugal y Castilla en el siglo XIII*

Reinos cristianos y reinos de taifas en el siglo XI. (Según Menéndez-Pidal y Bosch.)



Síntesis de las direcciones de los movimientos de pueblos de la España primitiva. (Según Bosch)



Síntesis de los movimientos de la reconquista. (Según Bosch)



INDICE GENERAL

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN.	VII
INTRODUCCIÓN:	
LA INVESTIGACIÓN DE LA PREHISTORIA Y DE LA HISTORIA ANTIGUA	
ESPAÑOLAS.	XXIX
1) <i>La investigación del paleolítico.</i>	XXIX
2) <i>La investigación de los periodos prehistóricos y protohistóricos.</i>	XXXI
3) <i>Los trabajos de sistematización arqueológica y las aportaciones de otras disciplinas.</i>	XXXV
4) <i>Centros de investigación, museos, publicaciones periódicas.</i>	XXXVIII
5) <i>Síntesis de utilización actual.</i>	XLI
Capítulo I. GEOGRAFÍA.	1
1) <i>El conjunto peninsular.</i>	2
2) <i>La altiplanicie central y sus apéndices.</i>	3
a) <i>La meseta norte.</i>	3
b) <i>Los apéndices de la meseta norte: Galicia y Portugal, las comarcas cantábricas y vascas.</i>	3
c) <i>La meseta meridional.</i>	4
3) <i>El valle de Guadalquivir y Andalucía.</i>	5
4) <i>La fosa del Ebro.</i>	6
5) <i>El Pirineo.</i>	9
6) <i>Cataluña.</i>	10
7) <i>Regiones peninsulares geográfico-políticas.</i>	12
8) <i>Ambiente geográfico y económico.</i>	13
9) <i>Comunicaciones.</i>	15



10) <i>Aluviones étnicos y caminos de invasión. Posibilidades de normalidad.</i>	22
Notas.	24
Capítulo II. LA MÁS PRIMITIVA BASE ÉTNICA DE LA PENÍNSULA (PALEOLÍTICO Y MESOLÍTICO)	25
1) <i>Ambiente climático y geográfico.</i>	25
2) <i>El paleolítico inferior.</i>	27
3) <i>El paleolítico superior.</i>	30
a) <i>El matritense y las infiltraciones africanas esbaikioaterienses.</i>	30
b) <i>El auriñaciense y el solutrense.</i>	32
c) <i>El capsense y el magdaleniense.</i>	37
d) <i>El occidente de la Península.</i>	39
4) <i>El arte del paleolítico superior y sus problemas.</i>	40
5) <i>El resultado final.</i>	42
6) <i>El mesolítico.</i>	45
7) <i>La antropología.</i>	51
Notas.	53
Capítulo III. LA FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS.	61
1) <i>El pueblo de la cultura de las cuevas.</i>	61
2) <i>El pueblo almeriense y los iberos.</i>	68
3) <i>La antropología almeriense en relación con la de las demás culturas peninsulares.</i>	72
4) <i>El pueblo indígena de Portugal.</i>	76
5) <i>La cultura pirenaica: su pueblo y los vascos históricos. La máxima extensión de sus grupos étnicos: influencia en el sur de Francia.</i>	82
6) <i>Las relaciones de la Península con el Mediterráneo y con la Europa occidental en el eneolítico.</i>	93
7) <i>La estabilización de la población indígena de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce (1900-900 a. de J. C.).</i>	101
8) <i>Las relaciones exteriores de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce.</i>	105
Notas.	109
Capítulo IV. LAS OLEADAS CÉLTICAS.	123
1) <i>La primera oleada: Los celtas de las urnas.</i>	123



2) <i>La segunda oleada</i>	125
a) Los grupos celto-germánicos de Westfalia.	125
b) Las presiones germánicas en el Rin, Hessen y Turingia y los movimientos del conglomerado de los “sefes”.	127
c) Los belgas.	130
3) <i>Los celtas en el centro de Europa y sus movimientos después del siglo VI</i>	132
4) <i>La dominación céltica en la Península</i>	133
5) <i>Los resultados del dominio céltico</i>	135
Notas.	139
Capítulo V. LOS PUEBLOS NO CÉLTICOS DE LA PENÍNSULA: TARTESIOS E IBEROS.	145
1) <i>Composición de la población indígena</i>	145
2) <i>Tribus iberas y tartesias del este y sur de España</i>	146
3) <i>Pueblos indígenas del occidente de la Península</i>	150
4) <i>El centro de España</i>	151
5) <i>El grupo cántabro</i>	152
6) <i>Los vascos y el Pirineo</i>	152
7) <i>Los pueblos no ibéricos de Cataluña</i>	153
8) <i>Los pueblos del sur de Francia emparentados con los de España</i>	154
9) <i>La cultura, la organización, la vida y el carácter de los iberos y tartesios</i>	157
Notas.	163
Capítulo VI. LOS FENICIOS.	167
1) <i>Las primeras relaciones de los fenicios con el Occidente</i>	167
2) <i>La thalassocracia fenicia y su decadencia</i>	170
3) <i>El nuevo poderío fenicio en el siglo VII</i>	172
4) <i>La arqueología fenicia en la Península</i>	174
Notas.	175
Capítulo VII. LA THALASSOCRACIA FOCEA Y SUS CONSECUENCIAS.	181
1) <i>El primer conocimiento griego del lejano Occidente</i>	181
2) <i>El descubrimiento de Tartessos por Coleo de Samos</i>	183
3) <i>Foceas y la exploración del Occidente</i>	183
4) <i>Marsella y la exploración de la costa ibérica</i>	184
5) <i>El camino del puente de islas y la ruta de Tartessos</i>	186



6) <i>La circunnavegación de África en tiempo de Neco II</i>	186
7) <i>Los primeros viajes, el muro de Focea y la fundación de Hemeroscopion y Ménaca.</i>	187
8) <i>La thalassocracia</i>	188
9) <i>La fundación de la Paleópolis de Emporion y el comercio massaliota.</i>	190
10) <i>La arqueología española del tiempo de la thalassocracia. . . .</i>	192
11) <i>La historia del periodo entre Alalia e Himera (535-480): la fundación de la Neópolis emporitana. . . .</i>	194
12) <i>El ataque de los tartesios a Cádiz y la guerra de Artemision.</i>	196
13) <i>Las consecuencias de la guerra: el límite de la navegación en las columnas.</i>	197
14) <i>El problema de los tiempos entre Alalia e Himera según la arqueología.</i>	200
15) <i>El problema etrusco en España.</i>	206
Notas.	208
Capítulo VIII. GRIEGOS Y CARTAGINESES EN LA PENÍNSULA DESDE EL SIGLO V.	223
1) <i>Los griegos y los cartagineses en España de 480 a 350 a. de J. C..</i>	223
2) <i>La arqueología de 480 a 350 a. de J. C..</i>	226
3) <i>Griegos y cartagineses en España después de 350 a. de J. C.</i>	235
4) <i>La arqueología en relación con los tiempos posteriores a 350 a. de J. C..</i>	239
Notas.	245
Capítulo IX. LA EVOLUCIÓN DE LOS PUEBLOS PENINSULARES INTERRUMPIDA POR LA EXPANSIÓN CARTAGINESA Y POR LA CONQUISTA ROMANA.	257
1) <i>Las conquistas</i>	257
2) <i>La romanización.</i>	260
Notas.	267
Capítulo X. CONCLUSIÓN: GRUPOS PRE-ROMANOS Y PUEBLOS MODERNOS.	271
1) <i>La diversidad peninsular bajo el dominio germánico.</i>	271
2) <i>La diversidad bajo el dominio de los musulmanes.</i>	273
3) <i>La constitución de nuevas agrupaciones.</i>	278



a) Asturias-León.	278
b) Galicia y Portugal.	280
c) La Castilla montañesa y el Estado castellano.	281
d) Vascos y navarros.	292
c) Aragón.	298
f) Cataluña y su expansión.	303
g) Los núcleos musulmanes.	319
h) Andalucía.	321
i) Granada.	322
Notas.	326
<i>Addenda et Corrigenda.</i>	337
Índice de ilustraciones.	353
Índice de materias.	357



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

*El poblamiento antiguo y la formación
de los pueblos de España*

editado por el Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM, se terminó de imprimir en
Hemes Impresores el 31 de mayo de 1995.

Su composición original se hizo en tipo
Gáramond 12:14, 10:12 y 8:10 puntos.
Esta segunda edición, en papel Cultural de 90 gramos
y Couché de 100 gramos, consta de 1000 ejemplares